



**CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS
SUPERIORES EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

BLOQUES DE LA PARED

Procesos de Socialización de Jóvenes que Habitan
Enclaves de Pobreza Urbana

T E S I S

QUE PARA OPTAR AL GRADO DE

DOCTORA EN ANTROPOLOGÍA

P R E S E N T A

MARÍA LAURA SERRANO SANTOS

DIRECTOR DE TESIS: DR. GONZALO A. SARAVÍ

CIUDAD DE MÉXICO

MARZO DE 2019

A las mujeres de mi vida:

mis abuelas

mi madre

mi hermana

mis amigas

Agradecimientos

Concluir este proceso ameritó mucho más tiempo del establecido institucionalmente, además de mucha más energía y ánimo del que suponía. Entre días de esperanza y angustia fui escribiendo cada línea, aunque no sola, pues este trabajo es resultado de la intervención de muchas personas que me acompañaron en este (a veces arduo) recorrido. Desde la satisfacción de saberme acompañada y querida, escribo estos agradecimientos, con la plena convicción de que sin toda la escucha recibida, sin los brazos soportándome, sin las voces alentándome, esta tesis, sin duda, seguiría “pendiente”.

Agradezco enormemente a todos los y las jóvenes que me brindaron su confianza y amistad, que me abrieron las puertas de su casa y de sus vidas, permitiéndome acompañarles al menos por un año. Aquellos recorridos entre calles maltrechas han constituido, además de una experiencia etnográfica única, la oportunidad de conocer Tuxtla –mi ciudad- desde otra posición, invitándome incluso a la reflexión sobre mí misma.

Extiendo el agradecimiento a los padres y madres de los jóvenes, quienes también se involucraban y, de vez en vez, hacían sugerencias respecto a quiénes debía entrevistar o sobre qué temas debería indagar. Así mismo, agradezco a las maestras de la secundaria por permitirme irrumpir en sus clases y presentarme un panorama bastante interesante sobre la vida cotidiana de los jóvenes en la colonia, y por brindarme “consejos de seguridad” siempre que podían. El trabajo de campo no estuvo exento de riesgos; sin embargo, me sentí acompañada y cuidada por cada uno de los jóvenes y demás involucrados. Para todas ellas y ellos, infinitas gracias.

Para continuar, quisiera mencionar el apoyo recibido por parte del personal administrativo de CIESAS-CDMX, que sin su comprensión ante mis olvidos y tardanzas habría tenido que esforzarme el doble para cumplir con cada trámite. Aprovecho este espacio para agradecer al Consejo Nacional de Ciencia y

Tecnología (CONACYT) por la beca de doctorado recibida, y también por la “beca mixta”, que fue un apoyo importante en la estancia realizada en Berlín.

Al Programa “Entre Espacios. Movimientos , Actores y Representaciones de la Globalización” del Colegio Internacional de Graduados (CIG), conformado por el COLMEX, CIESAS, UNAM y el Instituto de Estudios Latinoamericanos (LAI) de la Freie Universität Berlín, extiendo mi gratitud por el apoyo y acompañamiento en el proceso de formación. Realizar una estancia en Berlín inscrita en este programa fue una experiencia favorable y satisfactoria, abriéndome la posibilidad de conocer otras realidades, escuchar otras voces y ampliar mis redes de apoyo y colaboración, así como de conocer a personas muy especiales y comprometidas con la construcción del conocimiento.

Estar en la línea “Territorio y Sociedad” me permitió conocer y convivir con grandes personas, a quienes admiro y agradezco la lectura y escucha siempre activa. A Carmen Icazuriaga, Roberto Melville, Claudia Zamorano, Margarita Pérez Negrete y Alberto Aziz, sólo puedo decirles que sus cuestionamientos, sugerencias y preocupaciones por mi proceso “tesístico” fueron un apoyo invaluable. Por supuesto, a mis compañeros de línea, Vicente Moctezuma y Adolfo Ortega, agradezco su buena vibra y amistad desinteresada.

A mi comité de tesis compuesto por la Dra. Ángela Giglia, el Dr. Ernesto Isunza y el Dr. Gabriel Kessler, quiero agradecer la lectura paciente y sensible, los comentarios precisos y las sugerencias que me guiaron a nuevos aprendizajes y contribuyeron a darle forma a este trabajo. De manera alternativa, agradezco a la Dra. Edith Calderón por la escucha y motivación para incluir la dimensión emocional en el análisis, sin duda esta tesis cobró una forma particular debido a ese elemento.

A Gonzalo Saraví, mi director de tesis, no me alcanzan las palabras (ni habladas ni escritas) para brindarle mi entera gratitud por todo el aprendizaje que le debo, pero aún más, por el acompañamiento académico, moral y emocional que me ha brindado. Su escucha y soporte de mis angustias han sido pilares para mi

camino profesional y personal. Cualquier inconsistencia o exceso presente en esta tesis, sólo tiene que ver conmigo. Gracias muchas, Gonzalo.

Por supuesto, agradezco a mi familia todo el apoyo (moral, afectivo y económico) brindado durante todo este proceso. Sin la fortaleza de mi madre, la compañía y escucha de Romeo y el amor de mis hermanos, habría sido más difícil asimilar las realidades que hacían cimbrar mi existencia.

Y no voy a olvidar a todos mis amigos y amigas que estuvieron “ahí” cuando más los necesitaba, para charlar de todo y nada, para apoyarme, para escuchar y retroalimentarme, para compartir angustias, miedos y buenos ratos. Conocerles y tenerles en mi vida es uno de mis más preciados bienes: Tania Ávalos, Tatiana Amor, Paulina Mendoza, Karlita Pérez, Isaac Guzmán, Iván Porrás, Verónica Velázquez, Adriana Di Giacomo, Elena Herrera, Erika Bárcenas, Lucila Moreno, Carlos Correa (Sr. Petrucci), Maye-k Querales, Leo Yamasaki, Laura Saavedra... ¡Gracias eternas!

Índice

Agradecimientos	3
Índice	7
I. Introducción	9
II. Itinerario metodológico	18
III. Breviario capitular	34
Capítulo 1 La socialización como herramienta de análisis para las juventudes actuales	41
1.1. Introducción	41
1.2. Elementos de análisis para un marco interpretativo de la socialización	42
1.2.1. Aproximaciones a la socialización: de la inducción a lo relacional.....	45
1.2.2. La socialización: un proceso constante, múltiple y plural.....	58
1.3. Socializaciones contemporáneas: un proceso fragmentado	73
1.3.1. ¿Espacio dado o espacio gestionado?: la dimensión socio-espacial.....	76
1.3.2. En el fondo de la socialización, las emociones.....	82
Capítulo 2 Tuxtla Gutiérrez: ciudad de promesas rotas	97
2.1. Introducción	97
2.2. Coyatocmoc: el pueblo disperso que se hizo ciudad	99
2.2.1. Tuxtla en la disputa por la capital.....	106
2.3. Tuxtla Gutiérrez: florecimiento desigual y desintegrado	112
2.4. El Aguaje: de la lucha por la autonomía al enclave sin memoria	141
Capítulo 3 Vivir en “El Aguaje”, un enclave de pobreza	155
3.1. Introducción	155
3.2. Espacio negociado para habitar en la pobreza	156
3.3. Nacer y crecer en un enclave de pobreza: cuatro reseñas de vida introductorias	160
3.3.1. Feyo: “nacé el año en que mi papá comenzó a tomar”.....	160
3.3.2. Cristal: “la escuela me gusta, pero no me sirve para lo que quiero”.....	173

3.3.3. Juan: “un día regresamos de la escuela y no estaba mi mamá”	179
3.3.4. Paola: “imagínate si yo le cuento lo que me pasó...”	186
Capítulo 4 La experiencia urbana desde un enclave de pobreza: transitar dentro y fuera	193
4.1. Introducción	193
4.2. Espacio habitado, espacio de despojo	197
4.3. Espacios públicos: usos y sentidos.....	225
4.4. Andar la ciudad: circuitos espaciales y circuitos emocionales	229
Capítulo 5 Encuentros y desencuentros: las relaciones entre pares	243
5.1. Introducción	243
5.2. Amistades: sentidos de pertenencia sujetos al espacio	245
5.3. Noviazgos: cuando la eternidad es efímera	262
5.4. Las Bandas del barrio: Semblantes de atracción y temor	278
Capítulo 6 Las instituciones locales y la negociación de la existencia	297
6.1. Introducción	297
6.1.1. Agentes territoriales del estado: instituciones locales.....	299
6.2. La escuela: relaciones con los maestros.....	303
6.3. La Seguridad Pública: un encuentro con policías	324
6.4. Los Partidos Políticos: relaciones con líderes locales	350
Conclusiones Emergencias y Procedencias en la Condición de Juventud	369
Bibliografía.....	393
Referencias electrónicas.....	413
Anexo 1 Circuitos Espaciales de los Jóvenes por la Ciudad.....	415

I. Introducción

Bajo la inquietud de continuar un trabajo de investigación académica que me llevara a comprender de una manera más profunda cómo se configuran las juventudes a partir de la experiencia, y cómo llegan a ser más que una etapa de transición, una condición de vida, me aventuré a realizar el Doctorado en Antropología. En la travesía tuve altibajos que me hicieron cuestionar si esta había sido la mejor decisión tomada, pero asumida la responsabilidad, continúe el camino. La reflexión constante respecto a esta última cuestión me llevó a fijarme en la inversión emocional que constantemente realizamos, a la que estamos sujetos, en cada paso, en cada andar, en cada camino que se toma.

Un trabajo anterior al que ahora presento me guió a comprender que, en la configuración de estilos de vida, el grupo de jóvenes indígenas que fueron mis dialogantes en dicha investigación, condensaban elementos que devienen de sus condiciones étnica y urbana, principalmente. La experiencia de ese trabajo me resultó satisfactoria, por lo que concluí el trabajo sintiendo felicidad y regocijo. Pero estas emociones se diluían cuando me percataba que había algo en lo que no había profundizado, ni durante el trabajo de campo ni en el análisis posterior, para comprender a dichos jóvenes, pues me había instalado tan sólo en la comprensión de lo que en ese momento particular se manifestaba como su estilo de vida.

La falta que en aquel momento no pude enunciar tenía que ver con una cuestión muy básica: ¿qué es ser joven para esos jóvenes? Más allá de analizar las condiciones de vida –étnicas y urbanas- y encuadrarlas en marcos de referencia para su comprensión teórica, sentía que tenía la responsabilidad de indagar sobre cómo ellos y ellas estaban formulando sus realidades como jóvenes a partir de las experiencias por las que transitaban, cómo elaboraban tales experiencias tomando referentes incorporados a sus propios marcos de comprensión desde donde se posicionan y reconocen en dos sentidos: como sí mismos y como parte de ese mundo en el que proyectan su pertenencia.

Así fue como, para esta nueva travesía académica, me propuse indagar sobre esa cuestión básica, por lo que volqué el interés hacia los procesos de socialización. Bajo este cometido llegué a la colonia El Aguaje,¹ esperando encontrar respuestas en los jóvenes² que imaginaba se agolparían en el afán de compartirme sus experiencias. La travesía de campo comenzó con un choque de frente con una realidad no contemplada, la cual rebasaba mis propios recursos e incluso, mi propia existencia: la violencia. Esta condición marcó el trabajo de campo desde el inicio, llevándome a buscar espacios más seguros dentro de la colonia desde los cuales pudiera contactar a jóvenes que, sin comprometer el pacto de seguridad, pudieran adentrarme en su vida cotidiana. Este fue el preámbulo de mi llegada a la escuela secundaria de la colonia, espacio en el que deposité la esperanza para cumplir con lo planteado.

La experiencia de campo, si bien estuvo marcada por un dominio de información respecto a la vida de los jóvenes en relación con la institución escolar, no se limitó a tal espacio, pero sí representó un parteaguas para replantear el objetivo inicial de la investigación, la cual estaba centrada en el análisis de las relaciones entre jóvenes y policías exclusivamente. Los jóvenes, después de un par de meses en donde las dudas, desconfianza e inquietudes respecto a mi persona predominaron, aceptaron incluirme en su vida cotidiana, tanto dentro como fuera de la escuela. Incluso, me abrieron el camino para poder conocer a otros jóvenes no estudiantes, a sus padres y otros familiares, así como a episodios de su vida que no esperaba, ni contemplaba acceder.

De esta manera, durante las conversaciones informales entabladas en diferentes espacios de la colonia, a veces durante las caminatas a sus casas, solía preguntar casi de manera espontánea, o a veces enmarcando las preguntas en conversaciones pertinentes: ¿qué es ser joven?

¹ Nombre ficticio asignado a la colonia de estudio para cuidar la privacidad y seguridad de los sujetos que participaron en la investigación.

² Generalizo el uso de la palabra “jóvenes” en masculino para ser concreta respecto al espacio de la tesis, más no por un afán de invisibilizar o no reconocer a las mujeres jóvenes protagonistas de este estudio.

Al principio, mis preguntas parecían “sacar de onda”³ a algunos jóvenes, pues me veían fijamente por un momento con gesto de extrañamiento. Era habitual una pausa no larga antes de responder. Es probable que la pregunta que yo hacía les resultara ambigua por ser una pregunta general que les interpelaba respecto a su ser, a cómo conciben su existencia a partir del periodo de vida por el que atravesaban. Sin embargo, el extrañamiento y la casi imposibilidad de responder me llevó a cuestionar qué era lo que causaba confusión o resultaba tan ambiguo. Si en ese momento preciso se encontraban siendo jóvenes, ¿por qué se les dificultaba responder a algo que parecía tan obvio?

Las respuestas que daban no eran tan diferentes entre los jóvenes estudiantes y los no estudiantes, condensándose en una serie de atributos y situaciones que para ellos representa lo que es ser joven: es pasarla chido/ se siente chingón porque puedes hacer lo que quieras/ estar alegre; no preocuparse por nada; ser rebelde/ rebelarse al sistema, a los papás, a la escuela; hacer cosas que sean de riesgo/ que todo valga madres/⁴ pasarla de fiesta, probar de todo/ andar a la moda y ser feliz/ disfrutar de la vida.

Cuando lograba obtener algunas respuestas o comentarios respecto a lo que consideraban como “ser joven”, seguía con la conversación para aterrizar otra pregunta: ¿cómo es ser un joven o una joven de El Aguaje? Esta pregunta causaba aún más revuelo desde mi entender, puesto que escuchaba risas nerviosas, murmullos, frases sueltas como “para qué quieres saber”; hasta que, poco a poco, se animaban a responder en voz alta: ser joven en El Aguaje es vivir mal, inseguros/ con miedo de lo que te puede pasar; mucha violencia porque hay muchos pleitos y aunque no quieras te tocan/ es como vivir nervioso, como sin saber porque no sabes qué pasará mañana o no sabes qué puede pasar en la siguiente calle si vas caminando/ es vivir alegres aunque te hagan falta muchas cosas; aprender que puedes ser feliz sin tener muchas cosas/ es vivir con miedo porque aquí los riesgos te llegan no los andas buscando/ aprender a pelear para

³ Sorprender, causar confusión.

⁴ Que no tenga importancia.

defenderte y que te respeten/ es andar por ahí y que todos piensen que eres pandillero/ que no importe lo que hagas bien porque siempre van a decir que eres pandillero o malandro⁵ aprender a defenderte desde que eres chiquito porque ni en tu casa estás seguro/ pues... fácil, ser joven aquí es ser malandro, aunque no lo seas, los demás van a pensar así.

Algunos jóvenes, además de lo mencionado, enfatizaban una cuestión más: “no importa lo que hagas bien porque siempre van a decir que eres un pandillero o malandro”. Las mujeres, por su parte, comentaban: es difícil ser joven acá porque no te respetan, tienes que hacerte respetar en la calle o en tu casa/ vivir con miedo de que te quieran violar o secuestrar o tocar en la calle/ es bonito ser joven porque tienes amigas, porque es cuando disfrutas más de tus amigas y de tu novio/ tienes que aprender a pelear para que te respeten, y pelear con otras mujeres pero también con los hombres/ aquí no es fácil ser joven, pero una sabe ser feliz con lo que tiene y se busca cómo ahorrar o cómo tener lo que se quiere; es estar cuidándote siempre, de todo, hasta de la vecina/ es estar en boca de todos, hagas lo que hagas porque todos te critican cómo te vistes, con quién te juntas, todo le importa a la gente para señalarnos como si fuéramos “fáciles”, “mujeres de la vida alegre”, “pirujas”, por eso una debe andarse cuidando siempre”.

De estas enunciaciones detonadas a partir de mis preguntas, algunos jóvenes me contaban anécdotas o experiencias que tenían que ver con la respuesta otorgada. No profundizaré en este momento sobre esas otras situaciones, sólo mencionaré que una buena parte de estos relatos (algunos cargados de muchas emociones positivas y negativas), forman parte de las diversas escenas mediante las que explico los procesos de socialización de los jóvenes a lo largo de esta tesis.

Después de ubicar en la conversación el ser joven en el espacio habitado, lanzaba una tercera pregunta: ¿qué cambiarías en tu experiencia de ser joven? Cuando llegaba a este punto en las conversaciones, me percataba que los

⁵ Nombre que se le asigna a la persona que comete algún acto ilícito.

jóvenes sentían más confianza, se veían más relajados y participaban más, lo que se notaba en las respuestas otorgadas: lo que estaría chingón cambiar es que hubiera menos pleitos, porque sí es bonito pelear no hay que decir que no, pero no tanto/ que haya un poco de menos violencia; que nos vean diferente los que no viven acá; que no crean que somos malandros antes de conocernos/ que tuviéramos más dinero o trabajo para poder tenerlo y comprar las cosas que nos gustan/ que no nos exigieran tanto en la escuela/ que tuviéramos más lugares *perrones*⁶ a donde ir a pasear con los amigos; que no nos vean mal o nos señalen cuando andamos en otros lugares, que se den cuenta que también sentimos, porque sí tenemos sentimientos/ que no nos quieran llevar a la cárcel o subir a la patrulla por cualquier cosa; que la escuela fuera más divertida; que nos llevaran a más paseos para conocer más lugares de la ciudad/ que hubiera más luz en la colonia para poder salir más a la calle, sentirnos más seguros/ que acabaran ya con todas esas bandas que sólo problemas traen.⁷

Las mujeres, además de compartir las respuestas dadas, también señalaban: que los chavos o señores de otras colonias o de otros lados no crean que somos “fáciles” sólo porque somos de aquí/ que no crean los hombres que nos pueden hacer lo que quieran/ también eso de que se den cuenta que tenemos sentimientos porque no somos sólo un juguete/ que haya menos pleitos entre nosotras por envidia o por celos/ que pudiéramos salir más a la calle a pasear sin miedo de que nos pase algo/ que las chavas de otras colonias no nos vean como menos/ que tuviéramos más oportunidades de aprender otras cosas en la escuela

⁶ Perrones: Adjetivo que se usa para indicar que algún objeto, lugar o experiencia es del agrado (o excede a este) de quien lo menciona.

⁷ Esta última respuesta provocó un altercado entre algunos jóvenes en uno de los grupos de la escuela, ya que algunos pertenecen o simpatizan con ciertas bandas y se muestran susceptibles ante lo que consideran comentarios negativos o desfavorables respecto a las mismas. El altercado se solucionó de momento, al mencionar que no se hacía referencia a ninguna banda en específico y que se trataba sólo de aminorar la violencia que se ejercía, incluso hacia los miembros de las bandas, más no de eliminarlas por completo.

o en el DIF,⁸ como computación, inglés o algo que nos sirva para después, para la vida.

Estas respuestas me permiten, desde este momento del texto, abrir el espacio a las voces de los propios protagonistas para presentar cómo se vive el ser joven, cuáles son sus referencias inmediatas, a partir de qué particularidades se representan como jóvenes que viven en un enclave de pobreza y, qué dicen ellos mismos sobre eso que se llama juventud. Este ejercicio repetido en casi todas las conversaciones mantenidas con los jóvenes en diferentes espacios, me permitió aproximarme a la experiencia de ser joven en un contexto como el de El Aguaje desde el entendimiento de las procedencias y emergencias de los jóvenes protagonistas.

Las ciencias sociales se han ocupado del estudio de la juventud (o juventudes) desde hace más de medio siglo, cobrando relevancia después de la Segunda Guerra Mundial. En el caso de México, tal como lo señala Saraví (2018), se han instaurado dos perspectivas desde donde se cimentan discursos que intentan explicar y/o comprender las prácticas, condiciones y estilos de los jóvenes. Ya sea desde una perspectiva sociodemográfica -que toma a la juventud como un periodo en el ciclo de la vida-, o desde una perspectiva identitaria y cultural -que retoma las expresiones culturales de los jóvenes para, a partir de ellas, explicar qué es la juventud y quiénes son los jóvenes-, los jóvenes han estado presentes en las ciencias sociales.

La experiencia de ser joven en una sociedad y momento histórico específico alude a algo más que a un periodo etario o a expresiones asociadas a gustos, consumos o culturas particulares. Si bien, centrarse en los marcadores sociales o en las identidades y estilos puede guiar a la construcción de un saber sobre las juventudes, estas no pueden ser entendidas sin tomar en cuenta el proceso mediante el cual todos los seres humanos somos integrados a la sociedad y moldeados por ella: la socialización.

⁸ Institución Pública para el Desarrollo Integral Familiar. Dicha institución otorga servicios y cursos de capacitación para los habitantes de la colonia. Los cursos que se ofertan para las mujeres en El Aguaje son: Belleza y Corte y Confección.

Mi interés por centrar la discusión sobre el proceso de socialización radica en incidir en la discusión sobre la conceptualización de las juventudes desde el trabajo etnográfico. No basta con describir elementos que den pistas sobre situaciones, gustos, prácticas y discursos atribuidos al proceso de socialización para explicar las realidades y emergencias tan diversas y adversas –ambiguas, tal vez- de los jóvenes de hoy en día; es necesario escudriñar en los procesos de socialización para avanzar en el entendimiento de las procedencias que posibilitan tales emergencias de las juventudes actuales, la configuración de sus realidades sociales y sus subjetividades.

Siguiendo a Foucault (2002), las emergencias remiten a la multiplicidad de huellas que al imbricarse conforman al sujeto joven: lo que vemos, lo emergente, lo palpable, lo que lo hace (y nos hace) consciente de su existencia; mientras que las procedencias apuntan a las fuerzas, condiciones, emociones desde donde emerge el sujeto. Al preguntarle a los jóvenes qué significaba ser joven para ellos, las diferentes respuestas inmediatas daban cuenta de una emergencia apegada a referentes globales, que al profundizar más en sus experiencias y emociones, se desapegaban de tales referentes globales para mostrar emergencias más reales, más suyas, ceñidas (y constreñidas) a los entramados de verdad que determinan sus procedencias.

Como mostraré a lo largo de la tesis, los entramados de procedencia se configuran como los marcos desde donde la existencia de los jóvenes es reconocida. Sin los entramados de procedencias no es posible comprender la emergencia de los sujetos.

Mi rol en El Aguaje con y para los jóvenes se configuró, a partir de sus propias demandas, en el de una acompañante de vida, a quien no sólo le permitían caminar y entablar conversaciones superficiales, sino también me vieron como una interlocutora que les procuraba un espacio de escucha y atención. Esta posibilidad de verme como una acompañante trajo consigo la movilización de afectos y emociones que me permitió, por un lado, acceder a experiencias sumamente significantes para la vida de estos jóvenes, al mismo tiempo que

algunos de ellos veían representada en mí una figura de fuga frente a sus realidades. Por otro lado, también me llevó a confrontar mi propia realidad al ubicarme constantemente fuera de mi zona de confort y de seguridad personal.

Realizar esta tesis implicó, además del esfuerzo intelectual, un gran reto respecto a mis habilidades para gestionar riesgos y una inversión emocional que constantemente me rebasaba. La experiencia de conocer a las y los jóvenes que protagonizan esta investigación me colocó en una posición de incertidumbre que me obligó a replantear mi trayectoria y mis propios recursos para afrontar responsabilidades, temores y, sobre todo, enfrentarme a mí misma en la ardua tarea que a veces es existir.

Este andar con los jóvenes de El Aguaje, que connota más que el caminar por las calles, el acompañamiento vivencial que desempeñé para y con ellos, me ha llevado a comprender a la juventud (sí, en singular) como experiencia, pero también como condición de vida que delimita referentes, mismos que permiten signar como positivas y negativas, aceptables o rechazables, permitidas o prohibidas, a las diversas experiencias que dan sentido y contenido (porque contienen) a la existencia. Así mismo, estos referentes al llenar de sentido y contener, también sujetan a formas de vida que son reconocidas como propias, habilitando a los sujetos jóvenes (en la medida de las posibilidades) para gestionar lo que reconocen como el *sí mismo*; es decir, su subjetividad, para no permanecer en la deriva social.

La importancia de los referentes de juventud se amplía al comprenderlos como diques que delinear las rutas que seguirán durante y después del andar siendo jóvenes y, en ese andar diferenciado, a veces más fracturado, con más ventajas o desventajas; los jóvenes van produciendo espacios de enunciación desde donde decir de sí mismos, expresarse, ser y emerger distinguiéndose entre sí. A partir de los contenidos diversos que resultan de la dimensión de la experiencia, es posible dar cuenta de cómo, ellos mismos (nosotros mismos siendo jóvenes), pluralizan el carácter singular de la juventud como etapa de vida, para expresarla y reafirmarla desde la heterogeneidad como juventudes.

En este documento se condensan las experiencias que dan cuenta cómo se moldean las juventudes en enclaves de pobreza. A lo largo del texto presento las maneras en las que los jóvenes de El Aguaje reafirman y resisten a las condiciones de posibilidad de las que emergen como sujetos jóvenes, gestionando su existencia en el entramado de relaciones sociales en las que están inmersos, y en donde se destacan tres dimensiones clave para su socialización en las cuales he decidido concentrarme en esta investigación, sin negar la posible existencia de otras: el espacio urbano, sus pares y las instituciones.

Al inicio de esta introducción presenté una breve descripción de enunciados realizados por los jóvenes respecto a cómo significan los modos de ser joven viviendo en El Aguaje. Lo dicho da cuenta de las tensiones en las que cimentan su experiencia de juventud. Tensiones que resultan de las condiciones de procedencia y posibilidad, sintetizadas en las condiciones del espacio que habitan, la posición que ocupan en la ciudad, así como del ideal local que transita por el espacio habitado que, en muchos casos, se confronta con un ideal global que impone imágenes sobre un modelo de ser joven.

Los jóvenes de El Aguaje se ven interpelados por ambos ideales y, en la manera de resolver las tensiones ponen en juego habilidades, estrategias, movilizan afectos y emociones a partir de las condiciones de posibilidad, en donde –como es plasmado en lo que enuncian al inicio de la introducción- la condición de género cobra relevancia. Las condiciones del espacio influyen de manera diferenciada en hombres, mujeres y otros géneros, profundizando las brechas de desigualdad y abriendo otras, pese a que comparten el mismo espacio urbano. Si bien la tesis no presenta un apartado específico respecto a la cuestión de género, esta no fue una condición que quedó de lado en el análisis; por lo que a lo largo de esta tesis explicaré con mayor detalle cómo se configuran la masculinidad y la feminidad en un espacio como El Aguaje, es decir, en un enclave de pobreza.

Al inicio de la introducción mencioné que al comienzo del trabajo de campo me había encontrado con dificultades que cambiaron un tanto el rumbo de la investigación. El siguiente apartado está dispuesto para explicar la metodología

empleada, así como a detallar las especificidades que guiaron el proyecto de investigación.

II. Itinerario metodológico

El proyecto original que guió esta investigación tenía como objetivo analizar las relaciones entre jóvenes y policías en un enclave de pobreza, a fin de dilucidar las implicaciones que esta figura de autoridad y agente del estado tenía sobre la experiencia de juventud. Dadas algunas circunstancias que narraré a continuación, la finalidad de esta investigación dejó de centrarse en la figura de los policías como los interlocutores principales para comprender cómo se configura la experiencia de juventud en enclaves de pobreza. Fue así que me centré en el proceso de socialización –de manera más amplia- al detectar durante las primeras indagaciones en la colonia a otras figuras de importancia en la vida cotidiana de los jóvenes, en donde la dimensión espacial cobraba una relevancia antes no atendida.

De esta manera, esta investigación tiene como objetivo explorar y analizar el proceso de socialización de jóvenes que habitan enclaves de pobreza. La cuestión fundamental radicó en explorar las especificidades atribuibles a la dimensión espacial en los procesos de socialización de los jóvenes, partiendo de la noción sobre ésta como elemento clave en la incorporación de normas, la apropiación de prácticas y discursos que modelan los modos de existencia a partir de configurar realidades objetivas y subjetivas basadas en la experiencia social.

Bajo la pregunta ¿qué implicaciones tiene habitar un enclave de pobreza en las socializaciones de los jóvenes?, se desarrolló el guión de esta investigación; teniendo como sede un espacio urbano caracterizado y dominado por dos aspectos prevalecientes en muchos entornos de las urbes latinoamericanas: la violencia y la pobreza. Tomando estos aspectos, ubiqué el escenario en una colonia periférica de la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, capital de Chiapas: El Aguaje. Además de lo señalado, cabe decir que me motivaba un interés personal dado que

yo soy oriunda de dicha ciudad y reconozco que existe una carencia importante respecto a investigaciones sociales sobre el espacio urbano tuxtleco.

Tuxtla Gutiérrez es una ciudad intermedia con 598,710 habitantes (INEGI, 2015) que en las últimas décadas ha experimentado una rápida expansión demográfica, debido principalmente a las migraciones internas emprendidas desde otras ciudades del estado de Chiapas. En 2011, Tuxtla Gutiérrez fue reconocida con la certificación de “Comunidad Segura”, siendo la primera ciudad en alcanzar ese título en la República Mexicana y la tercera en Latinoamérica. Dicha certificación se otorga a aquellas ciudades que implementan acciones eficaces “para el control y la prevención de las lesiones y la violencia basado en la comunidad”. Bajo este título se originaron programas municipales con miras a salvaguardar la seguridad ciudadana, entre ellas se encuentra el aumento de policías efectivos, la creación de una “policía solidaria” que brindará seguridad en las colonias reconocidas como problemáticas, patrullajes programados en tales zonas, entre otras acciones (H. Ayuntamiento Municipal de Tuxtla Gutiérrez, 2011).

Paradójicamente, en 2012 -un año después de tal reconocimiento, la ciudad fue integrada al Programa Nacional de Prevención del Delito y la Violencia⁹ al presentar dos de las 57 demarcaciones con mayores índices de violencia en el país. No obstante, la violencia que se reconoce en Tuxtla no es catalogada como grave, puesto que en el análisis de la información requerida por dicho programa no se incorporan los datos relacionados a la violencia asociada al crimen organizado y al narcotráfico, tomando en cuenta únicamente la información sobre “violencia urbana”.¹⁰ Cabe señalar que en dicho programa se concede “atención prioritaria” a jóvenes que habitan las demarcaciones seleccionadas, por considerárseles población vulnerable, lo que indica que son sujetos a una serie de acciones que

⁹ Este programa fue “desaparecido” por la Secretaría de Gobernación durante el año 2016 sin mayores explicaciones. La información de transparencia indica que en el periodo entre 2013 a 2016 (años en los que se ejecutó dicho programa), el ejercicio fiscal reportado por el programa arroja la cantidad de 9 mil 793.54 millones de pesos (Milenio, 2016).

¹⁰ Wacquant señala que el término “violencia urbana” es una categoría de concepción burocrática “en la que cualquiera puede incluir lo que le convenga, habida cuenta de que no corresponde prácticamente a nada” (2010b: 64).

van desde la promoción de mayores oportunidades para su desarrollo personal y profesional, hasta la ejecución de medidas de control para disminuir la incidencia en acciones asociadas a la delincuencia y a la violencia (SEGOB, 2013).

Con base en la información del Programa Nacional de Prevención del Delito y la Delincuencia, decidí sobre una de las dos demarcaciones ubicadas en Tuxtla Gutiérrez para realizar esta investigación, decantando por la colonia El Aguaje. Además del aspecto señalado, la decisión de ubicar a El Aguaje como el espacio de estudio para abordar las socializaciones de los jóvenes que la habitan, radicó en que esta colonia representa el mayor asentamiento periférico que se ha establecido en la ciudad desde la década de los ochenta (Escobar Rosas, 2000; Viqueira, 2009).

El Aguaje presenta, como mostraré a lo largo de este documento, una serie de expresiones de violencias que van desde el robo callejero, riñas entre vecinos hasta homicidios y feminicidios, que la ubican como una de las colonias con mayor índice de violencia en la ciudad (H. Ayuntamiento Municipal, 2015). A esta condición se le debe agregar la presencia de diversas bandas que controlan el territorio, algunas incluso con vínculos y pactos con la policía y otros agentes políticos.

El trabajo de campo está basado principalmente en la etnografía como metodología, recurriendo a algunas técnicas:

- 1) Observación directa. para ello busqué tener acceso a los diferentes espacios en los que se encuentran los jóvenes: la escuela, su casa, las calles de la colonia y de la ciudad, espacios públicos en la colonia y en la ciudad. Intentaba acompañarlos durante sus actividades diarias, aunque estas se limitaban casi siempre al espacio dentro de casa, con excepciones que aproveché para observar cómo se conducían fuera de la colonia.
- 2) Entrevistas semi-estructuradas: realicé una guía de entrevista que me fue útil en un primer momento. Posteriormente, conforme iba teniendo más información, comencé a indagar sin necesidad de una

guía, planteando preguntas respecto a situaciones que despertaban mi interés o se relacionaban con las problemáticas de la colonia. Realicé entrevistas a cincuenta jóvenes (entre 15 y 22 años de edad), a ocho padres/madres, a tres maestras de la secundaria y dos policías. Las entrevistas fueron grabadas y transcritas para ser sistematizadas.

- 3) Charlas/conversaciones informales: durante los recorridos que realizaba con los jóvenes dentro y fuera de la colonia, mantenía conversaciones que giraban en torno a temas de mi interés para la investigación. Me fue posible grabar algunas de estas charlas, pero otras no, por lo que recurría a tomar notas de todo lo que podía captar al momento. Muchas de estas charlas fueron más satisfactorias que las entrevistas, puesto que los jóvenes se sentían más confiados y libres de decir lo que pensaban y sentían.
- 4) Grupos de discusión: a través de las actividades en la escuela, pude organizar grupos de discusión respecto a ciertas temáticas específicas como juventud, percepciones y experiencias en torno a la colonia, relaciones afectivas, autoestima, sexualidad. Para los grupos de discusión apliqué algunas técnicas de trabajo con grupos para dinamizar la participación de los jóvenes. Realicé los grupos, uno con jóvenes y uno con las maestras de los terceros grados de la secundaria. Con los jóvenes fueron organizados de acuerdo a los grupos de secundaria y también fuera de la misma, cuando había algún tema en común y era posible juntar a varios jóvenes (sin conflicto entre ellos).

El trabajo de campo fue arduo, satisfactorio, con mucha información y también con emociones comprometidas, puesto que algunas situaciones por las que atraviesan los jóvenes de El Aguaje me llevaron a reflexionar sobre los procesos de socialización y estructuración de mi persona, sobre decisiones tomadas, experiencias vividas y expectativas. Pude crear vínculos sólidos con

algunos jóvenes y sus familias, con quienes hasta la fecha continúo teniendo contacto.

Para ahondar con mayor profundidad sobre lo acontecido en campo, he organizado la experiencia en tres momentos cronológicos: 1) el aterrizaje, 2) el enganche, 3) la consolidación.

i. El aterrizaje.

Tuxtla Gutiérrez es la ciudad en la que nací y crecí, por lo tanto consideraba que tenía una ventaja para realizar el trabajo de campo. Pese a haber vivido en dicha en la ciudad durante casi toda mi vida, no recuerdo con exactitud cuándo comencé a escuchar sobre la colonia El Aguaje, pero sí recuerdo que siempre los comentarios o descripciones del lugar eran desagradables, teñidos de un componente de peligrosidad y delincuencia.

La supuesta ventaja con la que contaba se fue difuminando cuando al llegar a la ciudad tuve que enfrentarme a una serie de cambios. El primero de ellos fue la inseguridad que se percibe y vive en las calles, condición que ha tenido mayor eco en el centro de la ciudad, el cual de ser un espacio comercial y de esparcimiento para algunas familias de clase media, se ha convertido en un sinfín de locales de tiendas de rebajas, vendedores ambulantes, sitios de prostitución disfrazados de clubes nocturnos (incluso de estéticas), aunado a la falta de alumbrado público y descuido del mantenimiento de las calles.

Este panorama se extendió a mis primeros encuentros con jóvenes y con instituciones que busqué para tener los primeros acercamientos, mismos que fueron si no fallidos, sí desafortunados para el fin que perseguía, pero reveladores para detenerme y cuestionarme sobre el objetivo que perseguía con mi investigación. La colonia El Aguaje, que en mi imaginario se colocaba como un espacio alejado de la ciudad, poco urbanizado y un tanto peligroso, poco a poco se fue revelando como un espacio carente de servicios aunque urbanizado, con una presencia política importante que, pese a ser parte de un ejercicio de simulación, es abrumadora. A la vez, se fue configurando también como un

espacio profundamente violento y con un nivel alto de peligrosidad que no se alcanza a vislumbrar a primera vista y tampoco es clara, pues está escondida, anidada entre sus calles y sus paredes, erigiéndose como un laberinto de fronteras simbólicas que adquieren resonancia social al limitar el andar libre de los jóvenes al interior de la colonia y fuera de ella.

Para poder comprender cómo la violencia y la pobreza intervienen en las socializaciones de los jóvenes armé una estrategia para incursionar en la colonia. El punto elemental de la estrategia se basaba en contactar a una persona que había conocido años antes, mientras laboraba en un programa de alfabetización del estado. Él no sólo era habitante de El Aguaje, también tenía a su cargo un albergue para jóvenes “adictos en recuperación” –como él los llamaba y cómo ellos se identificaban, ubicado en uno de los extremos de la colonia.

El primer encuentro con Ernesto, el líder del albergue, fue muy satisfactorio, mostrándose interesado y entusiasmado. Mi estrategia consistía en brindar algunos talleres y un espacio de psicología en el albergue para los jóvenes que se encontraban reclusos en él. A cambio, Ernesto me permitiría trabajar algunos temas de interés para la investigación y me pondría en contacto con otros jóvenes -no “adictos en recuperación”- que vivían en la colonia.

De entrada, el plan parecía avanzar de manera óptima, siendo quizás el optimismo lo que veló algunas situaciones que tendrían que haber sido tomadas como alertas para mí, pero que en ese momento pasé por alto. Una de ellas consistía en los reiterados comentarios que Ernesto hacía respecto a su “buena” relación con el gobierno anterior y con el actual, lo cual le había permitido obtener las escrituras del terreno que ocupa el albergue (inicialmente era una invasión), así como la oportunidad de construir y ampliar las instalaciones del mismo, además de otros “favores” que no mencionaba.

Otra circunstancia que fue mencionada giraba en torno a las comparaciones que Ernesto hacía respecto a las juventudes actuales y a las de su generación. Un dato que salió a la luz en al menos dos ocasiones fue el que para obtener dinero u otros objetos que él describía como “beneficios”, algunos jóvenes de su

generación, incluido él mismo, habían tenido que incorporarse a las filas de grupos de choque a la orden de los agentes políticos en turno. Quizás no me fue relevante en ese momento, puesto que Ernesto decía sentirse arrepentido por algunas cosas que había tenido que hacer y que esperaba que los jóvenes de ahora no se prestaran a dichas acciones. Hasta ese momento, dado que era el primer acercamiento, no percibí relación alguna entre los vínculos que decía tener ahora con algunos políticos y aquel pasado apenas mencionado.

Después de una larga charla, acordamos vernos en dos días para comenzar con las actividades convenidas. Al despedirme, hizo énfasis en que extremara mi cuidado, puesto que aquel territorio no era seguro para nadie y menos para quienes no pertenecemos al lugar.

Dos días después llegué al albergue, con un poco de dificultades y un poco de miedo, debido a que me trasladé en transporte público siguiendo las instrucciones que me habían otorgado antes. Las dificultades tenían que ver con confundir las calles para tomar la combi que me dejaba cerca del albergue, bajar de dicha combi en la calle exacta y no cinco antes como me sucedió. El miedo me invadió cuando, después de caminar algunas calles, el albergue aún quedaba lejos y me percaté que las calles estaban completamente vacías. Nadie transitaba por ellas, pero sí lograba percibir miradas que intentaban ocultarse detrás de algunas ventanas, escuchaba silbidos y algunos murmullos: era vista por muchos, pero yo no veía a nadie.

Con un poco de agitación llegué al albergue, toqué y me abrieron casi de inmediato. Comenté que no había sabido en dónde bajar de la combi y que había caminado muchas más calles de las que de por sí se caminan para llegar a aquel lugar. Creí que tal vez se reirían pero a cambio de mi relato obtuve un gesto de preocupación y una pregunta: ¿no te siguieron? En ese momento preferí no hacer caso de aquel cuestionamiento, puesto que no me sentía con la entereza de abordar una situación que parecía haberme puesto en riesgo.

Durante este segundo encuentro presencié la organización que desarrollaban para participar en un evento político que tendría lugar en la colonia

en días posteriores. Ernesto hacía cuentas para reunir a la cantidad de jóvenes que le habían solicitado, le pedía a cada joven un número específico de otros jóvenes para “acarrear” al evento. A cambio, obtendrían unas láminas que usarían para construir una galera, además del permiso de salubridad del albergue que aún se encontraba en negociación, aunque este llevaba años operando y, eventualmente, recibían recursos públicos para realizar actividades o mejorar el inmueble.

En una conversación con uno de los jóvenes, este me reveló que además de participar en tales eventos, también respondían a “favores” que algunos políticos, como el presidente municipal y el gobernador, solicitaban. Dichos favores consistían en romper marchas, golpear a manifestantes, asaltar expendios de abarrotes, entre otros desmanes en la ciudad para “culpar” a los manifestantes (tal como Ernesto me había confiado que sucedía desde los albores de la colonia, cuando él era un joven). Ernesto se percató de lo que me estaba siendo contado, intervino de manera inmediata, intentó suavizar lo narrado acusando al joven de ser “muy imaginativo” y me pidió que los dejara solos y volviera al siguiente día. Su semblante era de enojo y temí en ese momento por la reacción que mi negativa a irme podría causar, así que me despedí.

Al día siguiente acudí a la hora convenida, pero no fui recibida. Toque en varias ocasiones el portón, pero este nunca fue abierto, pese a que escuchaba ruido al interior, ya que el lugar nunca está solo. Intenté comunicarme por teléfono con Ernesto y con su hija, pero después de varias llamadas no respondidas, ambos apagaron los teléfonos.

Me encontraba en ese momento en una calle solitaria al final de la colonia rememorando lo que me habían advertido desde el primer momento: no llegar sola sin antes avisar, puesto que no abrían la puerta a cualquiera y aquella zona era peligrosa. Volvió a mí el relato que me había sido contado respecto a que tres semanas antes, junto a una de las bardas del albergue, habían encontrado el cuerpo de una mujer joven, quien había sido asesinada brutalmente. Mientras

recordaba cada una de las palabras, sentía como el miedo me invadía, manteniéndome paralizada frente a aquel portón que no se abriría.

No abrir el portón, pese a que dentro del albergue había gente, así como mi insistencia por continuar esperando, fueron factores que me colocaron en una situación de riesgo frente a un posible asalto (en el mejor de los casos) por un hombre que salió de repente del terreno baldío frente al albergue. Esta situación me desbordó, primero dejándome paralizada mientras el individuo se acercaba a mí, y luego reaccionando para intentar salir de aquel lugar. Caminé y caminé esquivando las piedras y baches de la calle, intentando perderme de la vista del sujeto que no dejaba de decir cosas ininteligibles mientras me seguía, logrando librarme de aquella situación al entrar a una tienda de abarrotes que tenía la puerta abierta.

Al entrar, la señora de la tienda me vio con cara de enojo, me advirtió que no podía estar dentro y solicitó que saliera de su propiedad. Ignoro si fue mi gesto de angustia pidiéndole que por favor me dejara quedarme un momento o la presencia del sujeto que me había seguido y ahora permanecía frente a la tienda esperando mi salida, lo que la convenció de permitirme permanecer por un rato: -debes andar con cuidado- me dijo, y después me ofreció un vaso de agua. Cabe señalar que durante el tiempo que estuve en su casa apenas hablamos, pues se mostraba reticente a responderme. Yo le preguntaba algunas cosas que tenían que ver con la tienda, con el tiempo que llevaba viviendo en la colonia, si le gustaba o no, sobre sus hijos, sobre un gato que se asomó de repente y luego se escondió.

Cuando se percató que el sujeto ya no se encontraba afuera, me lo comunicó, y amablemente me dijo que me acompañaría con su hijo a la parada de la combi. Asentí y emprendimos el recorrido, durante el cual me advirtió que no debería andar sola por esas calles, que siempre estuviera acompañada, que no se me ocurriera tomar un taxi si me perdía, y una serie de consejos que en ese momento sólo me limité a agradecerle sin preguntarle razones de los mismos. Por su parte, el hijo relató algunas situaciones de riesgo que él ha pasado en la colonia, como asaltos, un intento de golpiza de la que se libró, el robo de dos

celulares y demás situaciones que no me hacían sentir mejor, pero que él narraba con mucha naturalidad, mientras su madre agregaba detalles a los relatos. La ominosa familiaridad que ambos mostraban ante las escenas narradas me provocaban aún más desconcierto.

Una vez en la combi, madre e hijo se despidieron de mí. Mientras el vehículo avanzaba por las calles de la colonia, yo permanecía alerta, con miedo a que alguien subiera a asaltar o pasara cualquier cosa trágica. Además del miedo, me invadía la desesperanza y una sensación de vacío al sentirme despojada de la seguridad y fortaleza que, hasta ese momento, consideraba que tenía. Conforme nos íbamos alejando de la colonia sentía alivio.

Después de esta vivencia no volví a tener contacto con nadie del albergue. Busqué a Ernesto con la intención de obtener alguna explicación de lo ocurrido, pero no tuve éxito. Lo acontecido me llevó a realizar cambios en el planteamiento y ruta a seguir de la investigación. Primero, intenté cambiar de ciudad para realizar el trabajo de campo y, posteriormente –con la orientación de mi asesor- modificar la estrategia y buscar un espacio más seguro para contactar a algunos jóvenes de la colonia. Esta alternativa de solución me guió a la escuela secundaria de la colonia, lo que decantó en el replanteamiento del objetivo de la investigación.

ii. El enganche.

Mi presentación en la secundaria no fue triunfal pero marcó una diferencia considerable. Al principio, la directora se mostró reacia a permitirme desarrollar la investigación en la institución. Le presenté el proyecto y las actividades a las que me comprometía con la escuela y con los estudiantes, sin que ello la motivara o presentara alguna reacción a mi favor. Al contrario, se mostró desconfiada y sin mucho interés por el trabajo con los jóvenes, llegando incluso a realizar comentarios infortunados sobre ellos durante las primeras conversaciones que sostuvimos.

Después de casi tres semanas de visitar la escuela en varias ocasiones para obtener el permiso, la directora decidió que era un buen momento para que yo

podiera comenzar el trabajo en la secundaria. El planteamiento original que presenté respecto a las actividades a realizar dentro del recinto consistía en tener acceso a dos grupos de manera constante para indagar sobre las condiciones de vida, las percepciones y experiencias respecto a la colonia, la ciudad y las condiciones de vida con los jóvenes estudiantes. La información obtenida sería sistematizada y entregada a ella y al cuerpo docente, con la finalidad de conocer mejor el contexto en el que se desenvuelven los estudiantes para mejorar sus prácticas en la escuela. Esta idea fue aceptada por la directora y por la maestra que en aquel momento coordinaba a los grupos de tercer grado, pero en lugar de asignarme a dos grupos para llevar a cabo el trabajo, me asignaron a los cinco terceros, permitiéndome acudir a la escuela dos días por semana durante dos horas, logrando, con el transcurso del tiempo, alargar más las horas de permanencia en la escuela durante los días permitidos.

Estas modificaciones cambiaron un poco el planteamiento de trabajo, pues ahora tendría que trabajar con más grupos y tenía menos tiempo para hacerlo, pero me permitiría conocer a más jóvenes y acercarme a ellos buscando otras dinámicas. El trabajo con los grupos comenzó a la semana siguiente de tener la aprobación de la directora. Al principio implementé algunas actividades para “romper el hielo” y para que nos conociéramos con los estudiantes, intentando ganar su confianza y establecer una relación de respeto y compañerismo. Las primeras sesiones fueron reveladoras, pues en dos grupos los estudiantes manifestaron abiertamente su descontento hacia la escuela en general, haciendo particular énfasis en la manera en que son tratados por las maestras. Argumentaban que no los respetaban y que los trataban como si ellos fueran los peores del mundo, como si fueran delincuentes. Los otros tres grupos fueron más moderados en sus comentarios al respecto, se manifestaban molestos, pero toleraban algunas situaciones porque consideraban que no podían hacer nada para cambiarlas.

Las molestias que los jóvenes referían en ese momento partían de algunas prohibiciones en la escuela, principalmente la prohibición de tener novio/a, pues decían sentirse frustrados por tener que esconderse. Por su parte, las maestras

decían (en momentos diferentes) estar molestas por el comportamiento de los jóvenes, principalmente por el consumo de drogas y alcohol dentro de la escuela, así como por lo que ellas señalaban como “faltas de respeto” que los jóvenes cometen en su actuar cotidiano, señalando principalmente el uso frecuente de groserías con las que se expresan.

Después de las primeras sesiones por grupo comencé a trabajar los temas que me interesaban para la investigación. Para ello planeé algunas dinámicas de juegos para conformar equipos dentro de los grupos escolares, para luego pedirles que reflexionaran sobre situaciones específicas en relación a la colonia, la escuela, su vida cotidiana. Posteriormente, debían exponer frente a todos sus conclusiones con apoyo de dibujos, láminas, collages o como ellos prefirieran hacerlo. Cabe señalar que el material usado durante todas las sesiones fue proporcionado por mí, y que, contrario a lo que yo creía sobre la creatividad y motivación de los jóvenes, ellos se mostraban con desánimo y pereza casi todo el tiempo. Me daba la impresión que estaban acostumbrados a que el trabajo en la escuela consistía sólo en escuchar y atender las órdenes emitidas por los maestros, siendo sólo espectadores de la clase, oyentes que toman nota o que siguen un dictado y, ante mi solicitud de reflexionar sobre lo cotidiano, se cerraban por no saber si lo que van a decir está bien o serían merecedores de una reprimenda de mi parte. Después de dos sesiones más, se dieron cuenta que yo no les pondría calificación alguna –pese a repetirlo constantemente- y que todo lo que quisieran decir sería escuchado y debatido en el grupo, evitando burlas, señalamientos y, sobre todo, humillaciones. Esto ayudó a que poco a poco se abrieran más y me brindaran más confianza.

La confianza depositada en mí fue lo que me permitió dar un paso más en el trabajo de campo, logrando acompañarlos en otras actividades fuera de la escuela, los fines de semana y por las tardes. Así mismo, pude acompañarlos a sus casas, conocer las viviendas y a sus familias, reforzando los lazos de confianza con ellas. Fue hasta este momento que sentí que el trabajo de campo se consolidaba.

iii. La consolidación.

Mis visitas a la secundaria se hicieron más frecuentes. No sólo había podido trabajar con los grupos de jóvenes en talleres que me brindaban un panorama de cómo ellos perciben y viven su colonia y la ciudad, también me acercaba a ellos y su realidad. Al principio, los jóvenes no me hablaban al salir de la escuela, se veían tímidos y me saludaban con un poco de desconfianza, pero eso fue cambiando.

A los dos meses de trabajo con ellos, unos chicos me invitaron a verlos jugar fútbol un fin de semana. Fue así como durante un mes asistí a partidos de fútbol en el campo de pasto sintético dentro de la colonia, el cual fue creado un par de años atrás bajo la promesa de ser un espacio reservado para los jóvenes de la colonia, con lo que se les aseguraba el uso libre, siempre y cuando se organizaran para ello. Sin embargo, la realidad es diferente, puesto que el campo se encuentra cercado con una malla y sólo es usado los fines de semana cuando hay torneos de fútbol. Es decir, no todos los jóvenes tienen acceso, sólo los que pertenecen a algún equipo y los pocos que llegan a apoyar a sus compañeros. La llave de la puerta del campo la controla un señor que vive a una cuadra del mismo, quien se encarga de recoger “la cooperación” que cada fin de semana debe dar cada equipo para el mantenimiento del lugar, recurso que es reportado al presidente de la asamblea de barrio y que no necesariamente se refleja en el mantenimiento del espacio.¹¹ Información como la del control del campo de fútbol me fue revelando con el tiempo las maneras en las que la colonia se organiza social y políticamente (y que detallo con mayor énfasis en el capítulo 6), a la que no habría tenido acceso de haberme quedado sólo en el espacio de la escuela.

¹¹ Por algunas conversaciones con unas señoras de la colonia, supe que dicha asamblea ya no tiene validez, pues al confraternizar con funcionarios públicos y hacerse los principales beneficiarios de los programas sociales, la gente se dividió y disolvió la asamblea de barrio. Además del señor de las llaves, una señora llega cada fin de semana a vender tacos, tortas, chicharrones, agua (que lleva en una cubeta y llena bolsas de plástico para venderlas), y refrescos al interior del campo. La señora dice estar agradecida con el presidente de la asamblea, quien le permitió tener ese espacio de venta, que le ayuda en el gasto familiar.

A partir de este momento establecí con los jóvenes otro tipo de relación, pues pude acudir a sus casas, conocer a sus padres y demás familiares, acompañarlos a otras actividades, conocer más la colonia y conocer a otros jóvenes que no son estudiantes. Además, esto también me ayudó a que los demás jóvenes estudiantes confiaran y también me invitaran a pasar más tiempo con ellos.

No todo fue fácil, pues algunos jóvenes, sobre todo las mujeres, no se sentían tan confiadas, levantando suspicacias y manteniéndose al margen de los celos y la competencia, pues consideraban que podría “bajarles” al novio o involucrarme en una especie de rivalidad manifiesta por saberse las más bonitas. Esta situación, si bien me causaba curiosidad pues me adentraba a la forma de pensar (se) y construir (se) el ideal de mujer que impera en ese espacio, también me mantenía con la guardia alta, ya que podía ser sujeta a algún arretrato, golpes o gritos por parte de alguna joven que se sintiera amenazada. Afortunadamente, esta situación duró poco y las jóvenes fueron confiando en mí, con lo que pude establecer una relación muy cordial y cercana con ellas. De esta manera, para el quinto mes ya contaba con una población considerable de jóvenes hombres y mujeres que podrían ser actores claves de esta investigación.

Las entrevistas no estuvieron exentas de dificultades, ya que, pese a contar con la confianza de los jóvenes, ésta siempre fue un tema que pendía de un hilo, obligándome a cuidar lo que decía y preguntaba, o la manera cómo lo hacía, pues ciertos gestos o tonos en el hablar podían ser malinterpretados. La etnografía se convirtió en la herramienta principal, permitiéndome conocer diferentes espacios de la colonia, ámbitos y roles en los que se desenvuelven los jóvenes, los actores y modos con los que interactúan. Esta experiencia etnográfica me llevó a perfilar una heterogeneidad juvenil en un entorno de pobreza y violencia urbana.

Algunos jóvenes no quisieron acceder a las entrevistas, pues desconfiaban del uso que le daría a la información, pese a explicárselos en repetidas ocasiones. Decían que no entendían para qué quería preguntarles cosas, no querían ser grabados o se sentían incómodos, por lo que recurrí a hacerles preguntas

mientras conversábamos de manera informal, cuando los acompañaba o caminábamos por algunas calles. Esto enriqueció la etnografía y me sentí incluso más cómoda que haciendo las entrevistas, pues me percaté que cuando accedían a las entrevistas ocultaban cosas, se limitaban a hablar de ciertos temas y omitían otros, pero cuando todo se hacía mediante las conversaciones, contaban muchas más cosas. Por otro lado, algunas entrevistas las tuve que realizar en diferentes momentos, pues argumentaban no tener tiempo a media entrevista, o “recordaban” que tenían algún compromiso con alguien y debían irse.

Durante algunas visitas a las viviendas de los jóvenes, logré hacer algunas grabaciones de las conversaciones (con previa autorización), pero en otras ocasiones no pude hacerlo, por lo que recurrí a grabarme a mí misma relatando lo acontecido una vez que me encontraba fuera de la casa, así como a realizar notas en el diario de campo.

La consolidación de la relación con los jóvenes me permitió incluso acompañarlos a espacios fuera de la colonia. En este punto de consolidación también logré generar lazos de confianza con las maestras encargadas de los terceros grados de la secundaria, quienes al principio de las actividades en la escuela se mostraban con recelo y pocas veces me dirigían la palabra. Pero al llegar al cuarto mes pude comenzar a tener conversaciones con ellas sobre sus percepciones acerca de los jóvenes, la experiencia laborando en la escuela, entre otros temas. Estas conversaciones se fueron haciendo más profundas y al final de mi estancia pude realizar un grupo de reflexión con ellas, en donde se discutió y reflexionó sobre la violencia en la escuela, las relaciones, tensiones y los conflictos al interior; sus percepciones de la zona, las expectativas que mantiene respecto a los estudiantes, entre otras cosas.

Por otro lado, tuve un acercamiento con algunos policías a través del papá de un joven, que se desempeña en dicha labor dentro de un grupo de policía estatal especializada, llamado “Grupo Táctico”. Con ellos conversaba principalmente sobre las percepciones que tienen hacia los jóvenes en general y particularmente sobre los jóvenes de la zona en donde se ubica la colonia. Logré

realizar dos entrevistas a policías respecto a experiencias positivas y negativas sobre la labor que desempeñan, protocolos de actuación, entre otras cosas. La frecuencia con que veía a estos policías no era mucha, pues constantemente eran encuartelados o llamados “al frente”, debido principalmente a las protestas realizadas por el magisterio, y posteriormente por las campañas electorales. Cabe señalar que estos encuentros me resultaban difíciles, dado al constante acoso del que era objeto por parte de los policías. Sus miradas parecían estar marcadas por el morbo, buscaban formas para acercármese mucho, tocar mis manos o rozar un brazo u hombro. Era constante el cuestionamiento sobre mi estado civil, mi vida amorosa, mis experiencias sentimentales con hombres. Siempre me negué a responder estas cuestiones, aunque la insistencia me rebasaba. Uno de ellos obtuvo mi teléfono por medio de su hijo y me enviaba mensajes “de amor”, a los que nunca respondí y procedí a bloquearlo; acto que tomó como ofensa.

Mi presencia en la colonia también me permitió observar a las bandas que existen en la colonia (5 bandas), y por medio de algunos jóvenes de la secundaria pude entrevistar a algunos miembros de dos bandas diferentes, jóvenes que no son estudiantes, así como a jóvenes que se encontraban estudiando la secundaria y son parte también de alguna de las bandas. Además de las bandas, también se hacía cada vez más notoria la presencia de algunos funcionarios públicos y candidatos a algún puesto electoral, sobre todo durante el tiempo de campañas, en donde parecía que el único partido que existía era el Verde Ecologista debido a su abrumadora presencia en bardas pintadas, playeras que los habitantes de la colonia portaban diariamente, despensas (con logo del Gobierno de Manuel Velasco) por doquier, pendones y casas pintadas de verde. Los eventos de campaña fueron constantes, sobre todo del candidato a diputado local y del candidato a la Presidencia Municipal de dicho partido. Esto me permitió observar algunas formas de operar de los funcionarios y políticos en la colonia: las maneras en las que organizan los eventos de las campañas electorales, cómo operan algunas brigadas para la compra de votos, el uso de programas sociales como prebendas a cambio de la participación en eventos políticos a favor de ciertos partidos y también a cambio del voto, el monitoreo de las votaciones, los vínculos

con algunas bandas de la colonia que son usadas para llenar eventos en donde requieren de jóvenes o para romper manifestaciones, el acaparamiento de los recursos que se otorgan por una minoría “privilegiada” de habitantes de El Aguaje, entre otras cuestiones en torno a cuestiones políticas y electorales.

Lo más importante de toda la experiencia de campo ha sido, sin lugar a dudas, la convivencia constante con los jóvenes. Poder ser parte de sus vidas cotidianas, comer con ellos, caminar, platicar y compartir una serie de vivencias me ha permitido repensar la investigación emprendida y el compromiso que tengo con los estudios de juventudes.

III. Breviario capitular

La etnografía en la escuela, en las calles y hogares de El Aguaje, las charlas con los jóvenes, las entrevistas y cada una de las experiencias del trabajo de campo me brindaron valiosa información sobre la socialización de los jóvenes. Cabe señalar que, dado el tipo de trabajo de campo que llevé a cabo, el análisis de los procesos de socialización fue realizado de manera sincrónica más que diacrónica, partiendo del entendimiento de la socialización –siguiendo a Dubet y Martuccelli (2000) y Martuccelli (2007)- como las acciones presentes que dan cuenta de las lógicas que configuran la experiencia social de los individuos, mostrando cómo se mueven en los diversos espacios que componen su realidad actual, siendo la socialización un resultado de las negociaciones entre las condiciones del contexto y las prácticas posibles de los individuos.

Ceñirme a una metodología biográfica, focalizada en las historias de vida de individuos específicos, probablemente habría sido enriquecedor para el análisis de la socialización; sin embargo, si bien he intentado reconstruir algunas historias biográficas (ver Capítulo 3), mi perspectiva ha priorizado el presente de los procesos de socialización. No restringirme sólo a las historias de sujetos en particular me ha permitido recoger diversas voces y prácticas sobre experiencias actuales específicas. De esta manera, los procesos de socialización de los

jóvenes de El Aguaje son abordados mediante las prácticas cotidianas, resultantes de las resoluciones de tensiones y contradicciones entre sí mismos y los otros, entre los soportes que lo sostienen, pero sobre todo, de los desligamientos desde dónde proceden y emergen como individuos sociales, así como las resocializaciones que permiten la reflexividad y/o la limitan, marcando así su experiencia social. Dicho en otros términos, en esta tesis más que centrarme en los resultados de la socialización a través de historias biográficas, focalicé lo que podríamos llamar la socialización en acción, cómo opera, cómo se va dando en las interacciones cotidianas.

La tesis está compuesta por seis capítulos, mismos que describo a continuación:

El capítulo 1, “La socialización como herramienta de análisis para las juventudes actuales”, presenta la revisión y análisis bibliográfico en torno al concepto de “socialización”. En el primer apartado realizo una revisión de autores clásicos con la finalidad de dilucidar los elementos de análisis necesarios para crear un marco interpretativo que se ajuste al estudio de las juventudes en contextos actuales condicionados por precariedad y la desventaja social.

El objetivo es comprender la socialización como un proceso relacional que requiere de los otros para poder llevarse a cabo. Posteriormente abordo algunos estudios contemporáneos respecto al concepto, colocando en el análisis el carácter relacional, múltiple y plural que llevan a decantar a la socialización como un proceso constante y sujeto a reflexiones y resocializaciones a lo largo de la vida. Dado que no se puede hablar de la socialización sin atender las condiciones de posibilidad de los sujetos, reflexiono sobre esta como un proceso desigual que se erige sobre las diferencias entre individuos abonando al proceso de fragmentación de las sociedades.

Para analizar la socialización de los jóvenes de El Aguaje, me centro en dos aspectos que me parecen prioritarios para comprender cómo se configura la experiencia de juventud de los protagonistas de esta investigación: la dimensión socio-espacial y la dimensión emocional. De esta manera, los últimos apartados

del primer capítulo están destinados a la revisión teórica que me guió hacia la comprensión de cómo el espacio, las emociones y las pautas de socialización pueden constituir atajos libres de obstáculos o bloques de una pared que configuran la experiencia de juventud de los jóvenes de El Aguaje.

En el capítulo 2, “Tuxtla Gutiérrez: ciudad de promesas rotas”, abordo la conformación histórica, social y urbana de Tuxtla Gutiérrez, colocando el énfasis sobre el desarrollo de la ciudad y la sociedad tuxtleca, para comprender cómo un caserío disperso de zoques llegó a erigirse como la capital del estado de Chiapas.

Mi interés por recorrer algunos pasajes de los antecedentes políticos y sociales de la ciudad radica en la necesidad de presentar las disputas llevadas a cabo con otras ciudades y en Tuxtla Gutiérrez, así como las ficciones de verdad sobre las que se sostiene el ideal de ciudad. Me parece importante hacer énfasis en ellas, puesto que han tenido implicaciones importantes en la configuración de Tuxtla como una ciudad que no floreció (Viqueira, 2009).

Una vez que presento la historia y la conformación urbana, con los cambios que tuvieron lugar durante el siglo pasado y el presente, en el afán de convertirse en una ciudad floreciente; me centro en el proceso de periferización que sostuvo la ciudad desde la década de los ochenta. Ello con la intención de guiar la comprensión hacia cómo una colonia periférica se convirtió en un enclave de pobreza.

En el capítulo 3 me refiero específicamente a lo que significa vivir en un enclave de pobreza como es el Aguaje, pero como un punto de partida lo hago a partir de una mirada global. Si en los sucesivos capítulos me focalizaré en dimensiones específicas del proceso de socialización en El Aguaje, en este lo hago de manera general dando cuenta de los atributos que marcan su condición de enclave, y cómo estos se expresan en la biografía de cuatro de los jóvenes que participaron en esta investigación.

Los siguientes tres capítulos de la tesis como dije antes, abordan tres dimensiones sucesivamente: las relaciones de los jóvenes con el espacio urbano, entre pares y con las instituciones locales.

Así, el capítulo 4 presenta el análisis de las relaciones de los jóvenes de El Aguaje con el espacio urbano. En concordancia con el objetivo, este capítulo se intitula “La experiencia urbana desde un enclave de pobreza urbana”, estando estructurado por tres apartados en los que profundizo sobre las problemáticas relevantes que van dando forma al proceso de socialización de los jóvenes de El Aguaje a partir de su experiencia urbana.

Destiné el primer apartado a la explicación sobre cómo se configura el espacio habitado para los jóvenes, a partir de las condiciones que demarcan el espacio: la pobreza y la violencia. Posteriormente, en el segundo apartado, presento las experiencias de los jóvenes respecto a los usos y sentidos que otorgan al espacio público. Finalmente, en el tercer apartado me detengo a analizar cómo las experiencias urbanas, al habitar un enclave de pobreza, fomentan en los jóvenes la configuración de su experiencia mediante circuitos espacio-emocionales.

En el capítulo 5, “Encuentros y desencuentros: las relaciones entre pares”, presento las experiencias de los jóvenes respecto a las relaciones que establecen con otros jóvenes. El desarrollo de este capítulo está estructurado por tres apartados que abordan los tres tipos de relaciones entre pares que yo reconozco como prioritarias para el caso de los jóvenes de El Aguaje: amistades, noviazgos y sus relaciones con las bandas presentes en el enclave. En cada apartado abordo las problemáticas y situaciones que me resultaron significativas para dar cuenta de cómo se estructuran estas relaciones, destacando la importancia de las mismas en la configuración de los ideales de ser joven para contextos como el de El Aguaje.

Para el capítulo 6 me centro en las relaciones de los jóvenes con las instituciones locales. El capítulo “Las instituciones locales y la negociación de la existencia”, persigue el cometido de dilucidar la importancia de las instituciones locales en la conformación de la experiencia de juventud en contextos marcados por la pobreza y la violencia urbanas.

Dada la experiencia etnográfica, me resultaron prioritarias tres instituciones para analizar estas relaciones, puesto que son las instancias que yo logré ubicar como las de mayor influencia en la vida cotidiana de los jóvenes. El análisis de las interfaces entre los jóvenes y cada una de estas tres instituciones es presentada en los apartados que componen el capítulo. De esta manera, el primer apartado está destinado al análisis de las interfaces entre los jóvenes y los maestros como agentes que representan al Estado en la institución escolar; el segundo apartado aborda las relaciones con la institución de Seguridad Pública, para lo cual me centré en la figura de los policías, sobre todo de los policías municipales, quienes son los que tienen una presencia cotidiana en el enclave, aunque también logré tener contacto y realizar un par de entrevistas con miembros de una corporación de la policía estatal.

El tercer apartado está destinado al análisis de las relaciones entre los jóvenes con los Partidos Políticos, enfocándome en la figura de los líderes o mediadores locales, algunas figuras políticas de importancia y la manera en la que estas relaciones posibilitan o limitan la participación ciudadana y política de los jóvenes.

Finalmente, después del recorrido por los capítulos, presento las conclusiones de la tesis, mismas que son resultado del análisis de la información bibliográfica, etnográfica y de las experiencias vividas durante el acompañamiento con los jóvenes de El Aguaje. Las conclusiones de esta tesis giran en torno a comprender las emergencias y procedencias de la experiencia de juventud a partir de las socializaciones múltiples, plurales y desiguales que configuran las subjetividades de los jóvenes.

Imagen 1. “Hacer eterno lo pasajero”



Fuente : Fotografía propia (2015).

Capítulo 1

La socialización como herramienta de análisis para las juventudes actuales

1.1. Introducción

Partiendo de que la socialización es un proceso clave para analizar la realidad social y las subjetividades conformadas en los modos de ser joven, en un primer momento de este capítulo presento algunos de los aportes teóricos relevantes respecto al proceso de socialización, enfocándome en el carácter relacional, múltiple y plural del mismo, destacando también las condiciones de desigualdad en las que se enmarca dicho proceso.

En el segundo apartado me centro en dos dimensiones que me parecen relevantes para el análisis de la socialización y configuración de los modos de existencia de las juventudes contemporáneas: a) la dimensión socio-espacial en donde se desenvuelven los actores y, b) la dimensión emocional, que constituyen símbolos que configuran parte de los códigos de comportamiento presentes en las relaciones sociales (Elias, 2000).

Tanto el contexto socio-espacial como las emociones son planteados como dimensiones del proceso de socialización, mismas que tienen implicaciones en las tramas en las que se inscriben los sujetos. Para el abordaje de la dimensión socioespacial me concentro en la manera en la que el espacio se convierte en un elemento diferenciador en el proceso de socialización. Con ello pretendo dar cuenta de cómo esta dimensión implica un recurso – a veces casi determinante – que orientará la lógica en la configuración de las realidades sociales y las subjetividades. Es decir, el espacio es visto como un recurso, pero no siempre positivo, sino que en determinados momentos y contextos puede abrir

oportunidades y en otros imponer constreñimientos a los modos de existencia de los jóvenes.

Posteriormente, me centraré en la dimensión emocional estableciendo la importancia de las emociones en las dinámicas que configuran a las relaciones sociales. Las emociones son abordadas como símbolos que signan las prácticas y discursos que tejen los entramados sociales en los que se inscriben los jóvenes, desde donde otorgan sentido a su propia existencia.

1.2. Elementos de análisis para un marco interpretativo de la socialización

Mediante la frase “somos seres sociales por naturaleza” -común en conversaciones coloquiales- se pretende dar cuenta del carácter esencial de lo social en los seres humanos. No obstante, esa condición social a la que se alude, aunque esencial, no es para nada natural; puesto que tiene que ser inducida, adoptada, adaptada, readaptada y reproducida bajo lógicas y dinámicas sociales determinadas.

Nuestro ser social no es congénito sino resultado del proceso de socialización al que estamos sometidos desde que nacemos, incluso antes si se toman en cuenta las teorías, sobre todo la psicoanalítica, que sugieren que desde que estamos en el vientre materno somos investidos por el lenguaje y el deseo de la madre.

De esta manera, la socialización adquiere una relevancia clave durante el ciclo de vida, dado que este proceso nos permite adquirir las cualidades sociales de nuestro entorno, dejando de ser sólo organismos biológicos que actúan a partir de impulsos exclusivamente biológicos, para transformarnos -como lo menciona Chinoy (2012)- en personas sociales capaces de participar en la vida de la sociedad. La socialización, por tanto, moldea nuestras cualidades individuales a tono con el contexto en el que estamos inmersos; o, dicho de otra manera, es el

proceso por el cual trascendemos de la categoría natural de humanos hacia la categoría social de sujetos.

El proceso de socialización definido así parece fácil de comprender; no obstante, abraza lógicas y dinámicas diversas que complejizan la labor de conceptualización para su abordaje teórico. Se puede ubicar una genealogía del concepto en una amplia bibliografía destinada al entendimiento teórico de lo que Corcuff (2013) llama los “paired concepts”: individuo/sociedad, individual/colectivo, sujeto/objeto.

Desde diferentes posturas y enfoques, algunos autores (Weber, 1972, Durkheim, 1975; Dubet y Martuccelli, 2000; Simmel, 2000; Berger y Luckmann, 2003; Elias, 2000; Virno, 2003; Martuccelli, 2007; Bourdieu, 2012), han planteado propuestas teóricas respecto a las imbricaciones que posibilitan la emergencia de “lo que la gente ‘conoce’ como ‘realidad’ en su vida cotidiana” (Berger y Luckmann, 2003: 33). En estas discusiones se encuentran aristas para la comprensión de la socialización que, pese a ser uno de los principales procesos abordados en los estudios desde las ciencias sociales a lo largo del siglo XX, aún no se puede contar con un concepto que abarque la totalidad de su entendimiento y comprensión, pero sí con propuestas que retoman enfoques conceptuales y metodológicos diversos.

Para esta investigación es clave remitirme a la socialización como proceso fundamental para el entendimiento de las juventudes contemporáneas, principalmente de aquellas que habitan en contextos de pobreza y violencia. Mi interés general radica en comprender cómo se configura la experiencia de ser joven en la actualidad, cómo adquiere forma y contenido la noción de “ser joven”, de juventud o juventudes desde la experiencia de los propios actores: ¿cómo emerge el sujeto joven en las sociedades actuales, particularmente en los enclaves de pobreza? ¿cómo influyen las condiciones del espacio en las configuraciones de los modos de existencia de las juventudes actuales?

Como dejé ver al inicio de esta introducción, de manera específica busco analizar cómo se configura la condición de juventud en enclaves de pobreza, por

lo que la socialización emerge como el proceso fundamental para el análisis de la experiencia. Partiendo de la reflexión y entendimiento de las relaciones sociales entre los actores jóvenes y tres agentes claves en sus procesos de socialización (el espacio urbano, jóvenes pares e instituciones locales), busco comprender cómo los jóvenes se inscriben en discursos de verdad –siguiendo a Foucault (2014)- encontrando en ellos referentes de identificación y elementos para decir sobre sí mismos, dirigiendo sus prácticas y discursos a través de entramados de relaciones de poder en los que se encuentran inmersos, al margen de las condiciones de posibilidad.

El interés es centrarme en las interfaces que tienen lugar en las relaciones sociales, vistas como relaciones de poder que dinamizan las socializaciones de los jóvenes. Siguiendo el análisis de lógicas y dinámicas de las relaciones sociales que los jóvenes en cuestión establecen entre pares, con las instituciones locales, así como con el espacio urbano, es posible aproximarse a las maneras particulares en las que se configuran sus modos de existencia. No obstante, el análisis de las relaciones sociales requiere desentrañar algunos elementos útiles que permitan comprender cómo se conforman los entramados de relaciones en los que se desenvuelven los jóvenes en la cotidianidad.

En esta cuestión cobran relevancia dos aspectos que adquieren la cualidad de componentes de la socialización, y que son primordiales para el análisis que planteo sobre la conformación de la experiencia de ser joven en la actualidad: la dimensión socio-espacial y la dimensión emocional. Estos aspectos forman parte, de manera no siempre explícita, de las explicaciones planteadas por los autores revisados, quienes, desde diferentes concepciones y enfoques, han colocado como fundamentales para el entendimiento de la relación entre individuo y sociedad. Invariablemente, un individuo social (Virno, 2003) es aquel que ha concretado una realidad social y configurado una subjetividad a partir del dinamismo emanado de la interacción de los dos componentes mencionados.

La realidad social y la subjetividad, si bien pueden analizarse como conceptos individuales, en la práctica no pueden entenderse uno sin el otro.

Ambos elementos, delineados por la socialización, configuran los modos de existencia de los sujetos, en nuestro caso de los jóvenes. Como presentaré a lo largo del presente texto, los jóvenes protagonistas de este estudio guían sus prácticas y discursos a partir de los modos como asumen, interpretan y se posicionan respecto a su existencia. Castro Gómez (2010: 13), influenciado por Foucault, sugiere que en los modos de existencia se materializan las técnicas que posibilitan que los individuos y colectivos se subjetiven y adquieran una experiencia concreta del mundo.

Las narraciones a lo largo de esta tesis pretenden dar cuenta de los modos de existencia de los jóvenes de El Aguaje, que permiten pensar diferentes maneras de configurar subjetividades inscritas en realidades sociales más o menos similares desde donde los jóvenes se reconocen, se identifican, se experimentan y sienten como tales. Este es un complejo entramado en donde las condiciones de género, clase y territorio marcan diferencias en los procesos de socialización y, por lo tanto, en las experiencias sociales y modo de existir de cada actor.

1.2.1. Aproximaciones a la socialización: de la inducción a lo relacional.

Lo escrito sobre la socialización es tan vasto que pueden encontrarse diversas maneras de pensar y abordar el concepto. Lahire (2015) menciona al respecto que los estudios llevados a cabo sobre la socialización no han sido organizados en un sector especializado dentro de las ciencias sociales, habiendo un predominio de estudios desarrollados desde la sociología que enmarcan las investigaciones en un enfoque sociogénético. El objetivo de estos estudios, desde los fundadores de la sociología, ha sido para Lahire:

(...) aprehender cómo las variadas experiencias socializadoras se sedimentan en maneras más o menos duraderas de ver, de sentir y de actuar (...) y cómo esos productos del pasado, más o menos homogéneos o heterogéneos, incorporados por los

socializados, determinan en parte sus acciones y reacciones en diversos contextos de acción presentes (2015: 1397).¹²

La percepción, las emociones y las actuaciones –ver/ sentir/ actuar-, constituyen tres de los elementos que para Lahire son recurrentes en la trayectoria de los estudios sobre el proceso de socialización. Entender la socialización implica, por lo tanto, comprender las experiencias que nos han llevado, en nuestra conformación como sujetos o individuos sociales, a percibir, sentir y actuar sobre la realidad de maneras particulares en contextos diversos.

Como veremos, los autores que se han aventurado a brindar explicaciones sobre el proceso de socialización no necesariamente comparten los mismos factores o elementos que componen al proceso de socialización. Algunos hacen mayor énfasis en las prácticas y discursos, otros incluyen al contexto o espacio de manera explícita, mientras que otros incursionan en la incorporación de una dimensión subjetiva que incluye necesariamente, aunque no explícitamente, a las emociones en el análisis de la socialización.

De acuerdo a la trayectoria de estudios que abordan el tema, es posible señalar una primera etapa de entendimiento enmarcando a la socialización como un proceso mediante el cual las generaciones mayores introducen a las nuevas en el sistema de valores que imperan en la comunidad de pertenencia.

El esbozo anterior alude a una explicación de la socialización atribuida a Durkheim, quien cargaba el peso sobre un proceso de educación en donde la responsabilidad de transmitir la cultura a los más jóvenes recaía sobre las generaciones más viejas. Para este autor, cada sociedad, sin importar la época en la que se encuentra, dispone de un sistema de educación metódica que se impone a los individuos que la constituyen, mediante el cual se transmiten las costumbres que permitirán a dichos individuos convivir con el resto de la sociedad “en condiciones de vida normal” (Durkheim, 1975: 46). Para Pérez Islas (2008), este enfoque de la socialización asociado al proceso educativo veló la agencia de los jóvenes al ser considerados como sujetos que necesitaban ser educados por los

¹² La traducción es mía del original en portugués.

adultos, con la finalidad de abandonar el egoísmo y su ser asocial para llevar una vida apegada a la moral y coherente con su entorno social.

El carácter de la educación en el autor es dual, pues la considera un proceso único y a la vez múltiple. Único porque la línea de transmisión recae sobre los más viejos, quienes son los responsables de encausar a los más jóvenes hacia la adquisición del conjunto de valores que constituyen la moral de la sociedad en la que están inmersos, buscando mantener el consenso y la organización social. Con ello, Durkheim supone que la línea de transmisión es única y va de arriba hacia abajo, pero también menciona que “hay tantos tipos de educación como capas sociales diferentes en dicha sociedad” (1975: 49), con lo que deja ver el carácter múltiple del proceso educativo.

De esta manera se perfila la atención que el autor coloca sobre la educación como un proceso distinto, incluso desigual, entre las diferentes clases y grupos que integran un sistema social. Para Durkheim, se mantendrá el consenso a través del control social a partir de la transmisión –vía la educación- de los mismos valores y sentidos morales para todos los individuos que integran la sociedad, no obstante, las maneras de llevar a cabo dicho proceso educativo presentan variaciones y diferencias de acuerdo al grupo social de integración.

La prioridad para Durkheim es atender a lo colectivo, pues los individuos son inducidos, educados para incorporarse de manera adecuada a la sociedad partiendo del grupo al que pertenecen. Así, se distingue la importancia que el autor brinda al espacio como un factor primordial en la socialización. Al respecto, Lahire rescata la importancia de la dimensión espacial en la propuesta de Durkheim, señalando que, para el autor, los sujetos llegan a ser seres sociales a partir de ser adaptados “a los entornos espaciales a los cuáles están destinados” (Lahire, 2007: 25).

Hoy en día, retomar a la socialización como un proceso único y jerárquico puede resultar inviable y se corre el riesgo de pasar por alto los cambios presentados en las sociedades contemporáneas. Sin embargo, la propuesta durkheimiana sigue aún vigente para algunos abordajes teóricos y metodológicos

en donde la socialización es protagonista, sobre todo en aquellos estudios enfocados en los procesos educativos y religiosos. No obstante su importancia, otros pensadores desplegaron propuestas y abordajes diversos que incluyen factores asociados al desarrollo y los cambios presentados en las sociedades actuales, así como la diversificación de roles e identidades, relegando la concepción de un único sistema cultural transmitido de formas múltiples.

Frente a esta perspectiva que prioriza lo social, Weber, en la sociología clásica, abrió una línea de análisis que partía del individuo para encontrar la explicación o sentido de ciertos fenómenos sociales. Para Weber (1972: 44-45), lo que se percibe como “lo social” o “formaciones sociales” deviene de los individuos, quienes por un hacer externo o interno, ya sea omitiendo o permitiendo, dan forma a las acciones sociales. Este planteamiento aborda la importancia de la relación entre estructuras, instituciones e individuos con la finalidad de colocar en el foco del análisis en el individuo como hacedor de la sociedad.

En la sociología weberiana es posible encontrar un énfasis en el carácter subjetivo de las acciones sociales. Para Weber (2002: 6), las acciones sociales son tales en tanto estén cargadas de un sentido subjetivo para quien las ejecuta. Si las acciones carecen de dicho sentido subjetivo no son más que “un modo de conducta simplemente reactivo”; es decir, todas las acciones realizadas por los sujetos conllevan un sentido, una significación que permite que estas se inscriban en una lógica social. Si una acción no pasa por la racionalidad (ya sea ligada a fines o valores) y -pese a no hacerlo notar de manera tan explícita- por los afectos, dicha acción no es más que una reacción, una respuesta instintiva carente de sentido y, por lo tanto no social.

Es notable como Weber hace énfasis en la racionalidad como motor que guía las acciones; sin embargo, da pauta para incorporar a los afectos en las motivaciones que llevan a un sujeto a actuar de determinadas maneras. Cabe señalar que en el esquema weberiano las acciones llamadas “afectivas” son precisamente las menos “sociales”, puesto que se conciben “casi” reactivas, respuestas orientadas por los deseos y emociones internas que el sujeto

experimenta en un momento específico –probablemente pasajero, y no siempre pasan por la racionalidad. Ello responde quizás a la lógica de pensamiento científico que separa racionalidad de la emocionalidad.

Dicho lo anterior, es de destacar que para las “acciones racionales con arreglo a fines” y las “acciones con arreglo a valores”, Weber, sin embargo, da pauta para incorporar en el análisis a las emociones y afectos como componentes de las expectativas que se tienen frente a las acciones que realizamos, así como de los valores que ponderamos en nuestro comportamiento. Es decir, no todo es racional para el autor; por diferentes caminos, aunque de manera sutil y subordinada, hay un reconocimiento de la emocionalidad como componente de las acciones, y en consecuencia de las formaciones sociales.

Tanto para Durkheim como para Weber, la socialización es un proceso jerarquizado que viene de arriba hacia abajo, destacándose como la diferencia más notoria en ambas propuestas, el elemento que colocan como central en su análisis: en lo social o en el individuo. No obstante, estos no son elementos que deban tratarse sin relación entre sí o como opuestos. Más allá de una oposición se trata de ver la relación entre uno y otro elemento.

La oposición construida entre Durkheim y Weber no debería verse necesariamente como paradigmas encontrados que nos hagan elegir un enfoque y anular o minimizar al otro, sino tratar de ver a ambos como fundamentales para comprender el desarrollo del individuo en sociedad y de la sociedad como producto de los individuos. Al respecto, Lahire (2007) menciona que esta oposición no es tan real, dado que ambos autores tratan de comprender las maneras en las que los individuos nos formamos como tales en relación con lo social, siendo la supuesta oposición entre ambas un mero recurso pedagógico.

La influencia de Durkheim y Weber impulsó a Talcott Parsons, en la década de los cincuenta a plantear una explicación sobre la socialización desde el estructural funcionalismo. Parsons (1968), comprendió a la socialización como un proceso metódico que contribuía a mantener el orden social; compartía con Durkheim la noción de la socialización como un proceso de inducción mediante el

cual los individuos interiorizamos normas y valores que están presentes en el sistema social al que pertenecemos, pero Parsons veía a la socialización más como una función para mantener el orden social, que como un proceso educativo.

Mientras Durkheim pensaba a la sociedad como un organismo, Parsons la entendía como un sistema compuesto por subsistemas, una composición, por supuesto, jerárquica. La influencia weberiana en Parsons se hace evidente en el concepto de acción social, quien la describió como compuesta por cuatro elementos necesarios: un actor, un fin, el desarrollo de una situación que está mediada, a su vez, por condiciones y medios, y las normas y valores que intervienen en la elección de los actores para alcanzar sus fines. Un aspecto relevante en la teoría parsonsiana es que no aparta a los individuos de intenciones y deseos internos, pero ve cómo estos procesos psicológicos internos son limitados para su realización por la estructura social. De esta manera, las normas y valores tienen un peso determinante en la conducción de los individuos, puesto que son las barreras que mantienen el orden.

Parsons (1974) destacó que cada actor social posee un rol en el sistema de pertenencia. A partir de este rol desempeña acciones que hacen funcionar a dicho sistema, pero tales acciones están mediadas por los valores y normas para que no se salgan de control. Cada rol está definido de acuerdo a la posición de los actores en la pirámide social, de tal manera que todos sostienen dicho sistema. Cuando el sistema falla, lo que está fallando –según Parsons- es el individuo.

El intento de Parsons por comprender las nociones de individuo y sociedad como un sistema único, articulado y jerárquico no llevó a romper con la dicotomía individuo-sociedad, que aún hoy, a pesar del tiempo y los estudios desarrollados, sigue causando una tensión teórico-metodológica. Años antes de Parsons, Simmel proponía una teoría relacional que pretende romper con el pensamiento dicotómico entre individuo y sociedad, realizando un abordaje de la socialización que intenta aminorar dicha tensión.

En su obra “Cuestiones Fundamentales de Sociología”, Simmel (2002), invita a prestar atención en las relaciones que se forjan cotidianamente entre los sujetos

en un contexto determinado. Para este autor los diferentes contextos que conforman a la sociedad representan “configuraciones sociales duraderas” que se tejen mediante los “hilos invisibles” que nos atan y desatan como sujetos. Su propuesta guía hacia colocar el foco de análisis tanto en las relaciones ya constituidas entre los sujetos como en las que surgen espontáneamente y que pueden perdurar o sólo ser parte de un momento (Simmel, 2002: 16).

Para Simmel (2014: 102), la sociedad ocurre, existe “allí donde varios individuos entran en acción recíproca”, produciéndose siempre por “determinados instintos o para determinados fines”. Es de destacar que el autor no realiza una distinción entre aquellas acciones guiadas por los instintos y aquellas que son racionales, motivadas por fines o valores, como -posterior a esta obra- lo hizo Weber. Esto responde a que, para Simmel, todas las acciones, incluso las reacciones, son sociales:

Yo llamo contenido o materia de la socialización a cuanto exista en los individuos (portadores concretos o inmediatos de toda realidad histórica), capaz de originar la acción sobre otros o la recepción de sus influencias; llámese instinto, interés, fin, inclinación, estado o movimiento psíquico (Simmel, 2014: 103).

Siguiendo al autor, la socialización es resultado de las interacciones y formas sociales recíprocas entre individuos y los factores del contexto en que se encuentran inmersos. Lo anterior es importante dado que, el objetivo de Simmel en su tiempo, era impulsar una “sociología de la reciprocidad” que permitiera captar las acciones y efectos recíprocos que constituyen las relaciones de causa y efecto en las que cada uno de nosotros estamos inmersos, atados por “hilos invisibles” (Sabido Ramos y Zabludovsky, 2014: 29). La reciprocidad era fundamental para Simmel debido a que consideraba a la sociedad como el resultado de los entrelazamientos que se suscitan no en las personas o instituciones, sino entre éstas; por lo que apelaba a una sociología capaz de aprehender las causas y efectos en las relaciones:

(...) recoger el enlazamiento y las influencias recíprocas: *las formas de ser con otros*, sean de cooperación, competencia, subordinación, secreto, intimidad, complicidad, gratitud, fidelidad, coqueteo, proximidad o distanciamiento (óp.cit: 30).

Es importante señalar los tipos de “formas de ser con otros” que sugiere Simmel -y recogen Sabido y Zabludovsky- ya que permite dar cuenta que esas formas de intercambio no son únicas ni de un solo tipo con los diferentes actores y objetos del entorno social. Esto constituye una cuestión importante para el análisis de la investigación que presento, puesto que –como desarrollaré más adelante- los jóvenes de El Aguaje mantienen relaciones de diferentes tipos y matices con los diferentes actores, incluso con los mismos. El tipo de intercambio estará mediado por el tiempo, el espacio y otros elementos externos e internos.

Volviendo a Simmel (2014), el principio de reciprocidad da lugar al contenido y la forma sociales, que son los componentes que, para este autor, constituyen una realidad unitaria, la realidad social. El contenido puede representarse por los intereses, fines, deseos, sensaciones, incluso necesidades fisiológicas; es decir, son elementos internos del sujeto; mientras que las formas se refieren a “un mutuo determinarse”; es decir, cuando en la relación con los otros “somos generadores de efectos y a la vez receptores de influencias” (Sabido Ramos y Zabludovsky, 2014: 30).

Sólo cuando la vida de estos contenidos adquiere la forma del influjo mutuo, sólo cuando se produce una acción de unos sobre otros –inmediatamente o por medio de un tercero-, es cuando la nueva coexistencia espacial, o también la sucesión en el tiempo de los hombres, se ha convertido en una sociedad (Simmel, 2014: 104).

Así, lo social es descrito por Simmel (2002) como una trama en la que acontecemos cotidianamente en el espacio y el tiempo; trama que se hace, deshace y rehace a partir de las interacciones cotidianas, duraderas o efímeras a las que los sujetos estamos atados siempre. Con ello, coloca a las relaciones sociales –a la reciprocidad- como el medio fundamental por el cual se desarrolla la socialización:

[En las relaciones sociales] la socialización entre seres humanos se desconecta y se vuelve a conectar siempre de nuevo como un constante fluir y pulsar que concatena a los individuos incluso allí donde no emerge una organización propiamente dicha (Simmel, 2002: 32).

La propuesta simmeliana implica ver a los sujetos como parte de un entramado social compuesto principalmente por las condiciones del contexto y las

relaciones recíprocas entre los diversos sujetos que las componen. Como lo haría Durkheim, Simmel otorga un peso importante a la dimensión socioespacial en la constitución de los seres humanos como sujetos sociales; empero, para Simmel la socialización no es un proceso que vaya de arriba hacia abajo, que esté jerarquizado y en donde unos asuman la tarea de introducir a otros en las normas y reglas que operan en esa realidad social.

Simmel nos alerta para incorporar en el análisis de la socialización las relaciones cotidianas que se dan en un esquema de reciprocidad, horizontal en buena medida, en donde todos los sujetos participan activamente, incluso en aquellas interacciones que podrían parecer simples y efímeras: un saludo entre vecinos, los gestos usados al dirigirse a un maestro en la escuela, la manera de caminar en la calle; todas estas acciones son formas que dan cuenta de la trama que estructura lo social. Cada uno de esos intercambios, aunque fugaces, conllevan una causa y un efecto en el otro y, en reciprocidad, en uno mismo. Los gestos, las palabras, las normas sociales y morales establecidas, las maneras que se han consolidado como propias al comer, todo ello implica reciprocidad y, por lo tanto, socialización.

Destaca la insistencia de Simmel por considerar como parte del entramado social a todos los tipos de interacciones que pueden suscitarse entre los individuos a través de las relaciones sociales. Con ello se opone a considerar como base de la “sociedad” sólo a las organizaciones más complejas, como las instituciones, a las que el autor incluye en una categoría que denomina como “interacciones duraderas”:

[aquellas que] se han objetivado en configuraciones singulares definibles: un Estado, la familia (...), aparte de estas existe una cantidad incontable de tipos de relación e interacción humanas menores y aparentemente insignificantes según los casos, que al intercalarse entre las configuraciones abarcadoras, oficiales, son las que primeramente logran constituir la sociedad tal como la conocemos (Simmel, 2002: 32).

En lo anterior se encuentra una similitud con el planteamiento principal de Weber respecto a que son los individuos -mediante sus acciones sociales- quienes posibilitan la configuración de la sociedad, de las instituciones y de las formas

sociales más establecidas, como el Estado. Para Simmel (2014), las acciones “humanas menores” son las que establecen las pautas a seguir de la sociedad. Dichas acciones llegan a oficializarse al ser adoptadas como aceptables por las instituciones, entrando en interacción unas con otras: lo oficial o institucional, así como lo efímero y común, se entrelazan moldeando nuestras percepciones, acciones y emociones, configurando nuestra subjetividad.

En el proceso de socialización entran en juego los contenidos e intereses individuales, mismos que son encauzados hacia una finalidad común, pues la socialización “es estar uno con otro, uno para otro, uno contra otro” (Simmel, 2002: 82). Ese estar uno con/ para/ contra otro, es puesto en marcha a través de las relaciones sociales, mismas que al ser ejercidas con libertad y vida propia, llegan a lo que Simmel nombra sociabilidad, que es la forma lúdica de la socialización.

De esta manera, Simmel refiere a la sociabilidad como la forma de dirigirnos en sociedad, las maneras en las que nos comportamos y actuamos entre los miembros e instituciones de nuestros grupos de pertenencia. Las formas de sociabilidad se cimentan a partir de los recursos que vamos obteniendo en los diversos intercambios con otros sujetos y objetos que componen nuestra realidad social; son la forma visible de la socialización: los indicadores de cómo, en qué contextos y grupos hemos sido socializados. Mediante la socialización nos configuramos como sujetos, siendo la sociabilidad el pasaje al acto de dicho proceso.

Existe en la obra de Simmel (2014: 119), otro aspecto importante a destacar en la socialización, el cual juega un papel de mucha relevancia en nuestra constitución subjetiva, o como él menciona, en nuestra “consciencia de ser un ser social”, así como en la aprehensión que hacemos del contexto mediante el cual logramos conformar nuestra realidad social: los procesos psíquicos o formaciones psicológicas.

Las percepciones y los diferentes sentires manifiestos por los individuos en el actuar, son tema de atención para Simmel. Ocupado por entender qué sucede en los fenómenos de subordinación, estadios de superioridad, la cooperación, el

rechazo al otro, este autor encuentra que parte de estas formas sociales tienen un trasfondo psíquico o psicológico; es decir, interno. No obstante, esta atención puesta en los procesos y contenidos psicológicos, en los afectos y emociones, Simmel prefiere no abundar en el tema pues considera que no son tan importantes para el pensamiento sociológico:

(...) los datos de la sociología son procesos psicológicos, cuya realidad inmedita se ofrece primeramente en las categorías psicológicas. Pero estas, aunque indispensables para la descripción de los hechos, son ajenas al fin de la consideración sociológica, la cual consiste tan sólo en la objetividad de la socialización que se sustenta en procesos psíquicos, únicos medios, a veces, para describirla (Simmel, 2014: 117).

Esta aseveración de Simmel respecto a los procesos psicológicos, que incluyen los afectos y las emociones, como no concernientes a la sociología, se ven suplantados por un interés especial que el autor coloca en las sensaciones, al grado que la “Digresión sobre la Sociología de los Sentidos” ha merecido un lugar en su obra.

Consciente de que los intercambios, las relaciones entre sujetos producen “sentimientos de placer y dolor, de elevación o humillación, de excitación o sosiego” (Simmel, 2014: 622); es decir, sensaciones de agrado o desagrado hacia el otro; el autor plantea que la impresión sensorial es la causa de esas reacciones, puesto que “son el medio para el conocimiento del otro: lo que veo, oigo, siento en él no es más que el puente por el cual llego a él mismo, como objeto de mi conocimiento” (ibíd.).

El más importante de los sentidos para Simmel es la vista que, al adquirir un significado social abre paso a *la mirada*. En la mirada se encuentra el reflejo de uno mismo en el otro, se descubre quién se es a través de la mirada de los otros. La mirada constituye “la reciprocidad más perfecta que existe en todo el campo de las relaciones humanas” (óp. cit.: 623): el intercambio de miradas, aunque sean pasajeras, coloca en su lugar a cada sujeto, da entrada o niega rotundamente la posibilidad de sociabilidad con los otros, al grado que, la más mínima desviación – advierte Simmel- puede acabar con la peculiaridad del vínculo social creado.

Es importante destacar el papel de puente o medio que Simmel atribuye a las sensaciones. A partir de los sentidos podemos conocer al otro; sin embargo, esto no explica del todo los sentimientos o emociones que nos pueden producir o no el intercambio con otros sujetos. La intención de Simmel, y que merece una mención, es partir de una base biológica del ser –los sentidos- que adquiere significancia social por medio de los intercambios con los otros, lo que nos permite formar parte del entramado social, de la sociedad. No somos entes vacíos al nacer, venimos cargados con sentidos que nos permiten introducirnos en el mundo social.

Un planteamiento semejante al de Simmel en cuanto a destacar la importancia de las relaciones y los vínculos horizontales en el proceso de socialización se encuentra en la teoría de la individuación y el proceso civilizatorio de Norbert Elias.

Para Elias la integración social se realiza gracias a la existencia de un fundamento social que configura el orden de interdependencia entre los hombres. Las relaciones sociales son vistas por el autor –en la línea marcada por Simmel- como el factor que posibilita la socialización, siendo a través de ellas que los seres humanos nos constituimos como individuos. Es decir, la trayectoria que sigue la socialización es la que marcan las relaciones en las que nos implicamos, siempre “ligados a otras personas por un cúmulo de cadenas impuestas por el trabajo o por propiedades, por instintos o por afectos” (Elias, 2000: 29). Estas cadenas impuestas constituyen la red de interdependencia sin las cuales no podríamos transitar hacia la configuración de nuestra individualidad:

El ser humano individual vive, y ha vivido desde pequeño, dentro de una red de interdependencias que él no puede modificar ni romper a voluntad sino en tanto lo permite la propia estructura de esta red; vive dentro de un tejido de relaciones móviles que, al menos en parte, se han depositado sobre él dando forma a su carácter personal (ibíd.).

De esta manera, Elias señala el carácter individual de los sujetos apuntando a que la forma en la que adquirimos el carácter personal -que debe leerse como la individualidad- está directamente relacionada con las experiencias emanadas de la

red de interdependencias de la que emergemos como sujetos. Es decir, nuestra individualidad no viene dada de manera natural o se desarrolla en aislamiento, sino que es producto de dos factores. Por un lado, las experiencias que emergen a partir de las relaciones que se suscitan en la red social compuesta por cadenas de interdependencias (familia, escuela, amigos, deportes) en la que estamos inmersos. Por otro lado, de una cuestión más interna que son las emociones o los afectos.

También es notable como Elias se aparta de la concepción de una transmisión lineal y rígida de la normatividad y la moral que rigen el contexto en el que nos ubicamos, al sugerir que las relaciones que se suscitan en esta red de interdependencias son móviles; es decir, no dependen sólo de unos sujetos responsables sobre la educación de otros considerados menos educados o en un nivel inferior; sino de una constante retroalimentación entre unos individuos y otros (aunque en posiciones desiguales), en donde la información referente a lo social transita en un vaivén, aunque siempre en los límites que la estructura de la red de interdependencias permite.

Así, el individuo -para Elias- cuenta con movilidad y participación activa en la socialización, pero es un individuo sujeto a las interdependencias de la red que lo acoge, la cual le permite ser quién es, pero también lo limita. Lo anterior sugiere - como lo señala Calderón (2012)- que el individuo no llega a tener autonomía total en tanto que siempre dependerá de los otros sujetos que conforman su red, la cual lo contendrá y formará en su particularidad, otorgándole “un lugar determinado dentro del barullo humano” (Elias, 2000: 28).

No hay posibilidad de individuación si se está aislado, pues para ello, es preciso pertenecer a una *configuración*, que supone “el tejido concreto que toman las diversas interdependencias” (Romero, 2013: 38); es decir, la figura que se forma al tejerse cada hilo de interdependencias. Así, el barrio de pertenencia, el espacio habitado, es visto por Elias como una configuración formada por la red de interdependencias que se cruzan. Siguiendo este postulado, por ejemplo, El Aguaje estaría configurada como una red de interdependencias, en donde unos

hilos estarían conformados por las familias que habitan el barrio, otros por el tipo de escuela y otras instituciones del Estado que en la colonia se encuentran, las iglesias que tienen presencia, los programas sociales, entre otros. El cruce de estos hilos de interdependencias, configura los valores, ideas y afectos que modelarán la forma de ser y razonar de cada individuo inmerso en el contexto configurado.

En este punto vale señalar que Elias da lugar a dos elementos importantes en la socialización, claves para tomar en cuenta en la configuración de los modos de existencia de los jóvenes: los afectos y el contexto socio-espacial. A diferencia de Simmel que se estaciona en la importancia de las sensaciones para la socialización, Elias (2000) sí pone énfasis en las emociones –como configuraciones psicológicas (lo que implica ir más allá de las sensaciones), considerándolas un componente sustancial de lo que llama proceso de individuación. En el siguiente apartado de este capítulo me detendré a analizar con más detalle ambos elementos.

Hasta aquí he expuesto algunas aproximaciones teóricas, y en cierta medida clásicas, respecto al proceso de socialización/individuación que me parecen centrales para la comprensión de la evolución de dicha noción en la ciencias sociales, sin la pretensión de hacer una revisión exhaustiva de cada una de ellas, sino simplemente recuperar y sistematizar aquellos aportes que me ayudaron a definir mi propio marco analítico de la socialización. Como he presentado, Durkheim, Weber, Parsons, Simmel y Elias presentan puntos comunes de encuentro y puntos que se distancian respecto al entendimiento de cada uno sobre la socialización. El principal elemento es comprender a la socialización como proceso sujeto a la reciprocidad en las relaciones posibles a partir del contexto y de la posición de los individuos es la escala social.

1.2.2. La socialización: un proceso constante, múltiple y plural.

Una cuestión importante en el análisis de la socialización es que no es un proceso con fecha de inicio y término. Si bien, la infancia y la niñez son periodos de gran

importancia para la socialización, esta no se termina una vez que se pasa a la adolescencia, juventud o adultez; tratándose, más bien, de un proceso que marca cada etapa del ciclo de vida -incluso la muerte, en su interpretación y acto ritual, está sujeta a la socialización.

Es necesario hacer énfasis en el carácter permanente de la socialización, puesto que nos permitirá ver cómo los sujetos pasamos por constantes y continuos cambios. Nuestras condiciones biopsicosociales cambian a lo largo de la vida, nuestros cuerpos cambian, nuestras emociones adquieren sentidos diferentes, nuestro estatus y posición social también puede modificarse. No obstante, algunos elementos incorporados desde la primera infancia y reforzados a lo largo de nuestras trayectorias llegan a establecerse como marcadores o pilares que nos brindan estabilidad y nos configuran como sujetos. Es decir, existen recursos que incorporamos como parte de nuestro ser que difícilmente, aunque no imposible, serán modificados, puesto que la concepción de nuestra existencia se sostiene a partir de ellos.

Berger y Luckmann (2003) apuntan a una noción de sociedad como un proceso dialéctico al cual los individuos somos inducidos a participar mediante la internalización, misma que consiste en:

(...) la aprehensión o interpretación inmediata de un acontecimiento objetivo en cuanto expresa significado, o sea, en cuanto es una manifestación de los procesos subjetivos de otro que, en consecuencia, se vuelven subjetivamente significativos para mí (Berger y Luckmann, 2003: 163).

Para que se efectúe este proceso es necesario que sean otros quienes nos inducen, otros capaces de transmitir sentidos y significados del mundo. Tanto la posibilidad de hacer las conexiones y desconexiones de las que Simmel habla, como la interdependencia señalada por Elias, se logran a partir de esta adquisición de sentidos y significados que se comparten sobre lo que acontece en el mundo externo, pero también con el mundo interno o subjetivo.

Es importante destacar que lo que se induce e internaliza a partir de la socialización son sentidos y significados, y no sólo normas y valores, como Parsons lo asumía. Una norma o un valor pueden ser inducidos, pero si carece de

un sentido para el sujeto que lo induce no podrá ser internalizado de manera “adecuada” por el sujeto de inducción. Es decir, antes de que una norma o valor sea socializado, este debió haber sido incorporado a la estructura subjetiva del otro que se asume como inductor –puede ser, por ejemplo, la madre-, para que pueda transmitirlo de manera efectiva al hijo o, de otra manera, será una enseñanza que no siga una lógica o quede fuera de contexto y, por lo tanto, no será aprehendida por el niño.

Así, el proceso de socialización no se reduce únicamente a un proceso de educación donde, a manera de lección, se le repite al sujeto en formación lo que es permitido y lo que no en la comunidad, lo que es legal y lo que es ilegal; sino que requiere de un nivel de identificación con quien funge como agente socializante frente al sujeto socializado. Estos aspectos mencionados por Berger y Luckmann, son importantes para retomar, ya que permiten comprender cómo se adquieren ciertos hábitos o lógicas sociales en relación a lo que se consideran estilos y formas adecuadas de vida, dentro de marcos de legalidad-ilegalidad, formalidad-informalidad, que se flexibilizan y negocian de acuerdo a intereses compartidos en una comunidad específica.

Si bien, la socialización es un proceso que se mantiene durante toda la vida, este no se presenta de una forma lineal y siempre desde los mismos agentes. A lo largo de la vida los sujetos estamos en constante socialización, pero ¿cómo transcurre el proceso de socialización? ¿hay diferencia entre las maneras de ser socializado durante diferentes etapas?

La socialización, mencionan Berger y Luckmann, sigue un proceso ontogénico que presenta dos etapas primordiales. Si bien, no determinan de manera fija edades en las que estas etapas surgen, sí señalan las instancias con las que los sujetos nos relacionamos en cada una de ellas, sugiriendo una jerarquización de los agentes socializadores. De esta manera hacen distinción entre la socialización primaria y la secundaria:

La socialización primaria es la primera por la que el individuo atraviesa en la niñez; por medio de ella se convierte en miembro de la sociedad. La socialización secundaria es

cualquier proceso posterior que induce al individuo ya socializado a nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad (Berger y Luckmann, 2003: 164).

La primera etapa es caracterizada como la entrada del niño –desde la primera infancia- al mundo, a partir de la internalización de ese mundo como el único existente y concebible. Esta entrada al mundo se da a partir de un elemento cultural básico, pero de gran relevancia en la socialización: el lenguaje.

El lenguaje es un elemento crucial para la socialización, puesto que representa la entrada del infante en formación al mundo al que pertenecerá. El lenguaje no es arbitrario, sino que sigue una serie de reglas, toponimias, morfologías que nos conducen a relacionar las palabras con los objetos para así poder comunicarnos. Pero la comunicación no sólo consiste en transmitir palabras que sean entendidas por los otros para la satisfacción de nuestros deseos, sino también implica un proceso interno y complejo para poder expresar los pensamientos, evocar ideas y manifestar socialmente nuestras emociones. La importancia del lenguaje durante el proceso de socialización -siguiendo a Calderón (2017)- radica en la posibilidad que nos abre a los sujetos socializados de simbolizar lo que acontece en la vida cotidiana.

Para Calderón (2017: 20), en la etapa primaria de socialización, el lenguaje es crucial debido a su “potencialidad simbolizable”, que le permite al niño comprender la dualidad y ambivalencia de los símbolos culturales, así como lo positivo y negativo de las emociones. Un niño pequeño entiende más de lo que puede explicar, debido a la limitante en el desarrollo de la oralidad, pues está aún en formación, pero el hecho de que no pueda pedir de manera “adecuada” comida para saciar su hambre, no lo conduce a morir de inanición. El niño comprende que ciertas acciones, como el llanto, simbolizan su malestar, y lo usa cuanto sea posible para expresar lo que oralmente aún no puede.

Pero esta potencialidad de simbolización del lenguaje esta mediada por el contexto sociocultural. El llanto es una expresión compartida por todos los seres humanos, incluso entre otras especies; no obstante, la interpretación que se le asigna, el sentido que este acto tiene depende de la circunstancia, de la persona

que se encuentra con el niño que llora, de la hora y el lugar; en fin, el acto natural es simbolizado y convertido en código de comportamiento a través de la socialización. En esta primera etapa presentada por Berger y Luckmann es cuando el niño aprehende, mediante el lenguaje, las valencias y dualidades de los símbolos que configuran su universo sociocultural.

La socialización primaria, sugieren los autores mencionados, está a cargo de la familia como agente socializador por excelencia:

(...) son los otros significantes que mediatizan el mundo para él [el niño], (...) seleccionan aspectos del mundo según la situación que ocupan dentro de la estructura social y también en virtud de sus idiosincrasias individuales, biográficamente arraigadas (Berger y Luckmann, 2013: 164).

Para Berger y Luckmann, la familia constituye el grupo primordial que nos dotará de los sentidos y significados que constituirán nuestra realidad social, a la vez de una “enorme carga emocional”, que abrirá el paso a la configuración emocional de nuestra subjetividad (óp. cit.: 165). Dentro del grupo familiar, partiendo de la teoría psicoanalítica planteada por Freud y seguida por Lacan, es la madre (como función) la figura que introduce en un primer momento al niño al universo sociocultural, a partir de su propia vivencia y de sus universos emocionales (Calderón, 2017).

La etapa primaria se da en el marco de una dependencia socio-afectiva extrema de esos otros significantes, principalmente de quienes fungen como figuras paternas y maternas del niño. Los autores señalan que esta es la etapa más importante, dado que los elementos internalizados se convertirán en recursos que mediarán nuestras relaciones posteriores. De esta manera, Berger y Luckmann determinan que la experiencia de esta etapa marcará el camino que seguirá nuestra experiencia social a lo largo de nuestra biografía.

Después de la socialización primaria se da paso a la socialización secundaria, la cual tiene lugar cuando, aún siendo niños, logramos conformar un *yo* -que constituye nuestra realidad subjetiva- y un *mundo* -que representará nuestra realidad objetiva-. En este momento, estamos preparados para incorporar los “submundos institucionales o basados sobre instituciones” (Berger y

Luckmann, 2003: 172). Una vez que hemos integrado los significados y sentidos atribuidos por la familia a los diferentes objetos, roles y actitudes que componen la vida cotidiana, estamos en condiciones de adquirir el “conocimiento especializado” a través de la socialización con las instituciones.

Así, las instituciones cobran relevancia en nuestras experiencias en un segundo momento, en el cual se revaloran los sentidos y significados incorporados durante la primera socialización. En esta segunda socialización entran en juego la escuela, el grupo de pares, la iglesia y cualquier otro agente, que no es el de acogida (es decir, la familia), para compartir los sentidos y significados atribuidos a los roles y actitudes que circulan en cada uno de esos espacios institucionalizados.

Si bien el planteamiento de Berger y Luckmann ha sido importante para aproximarnos a la socialización como un proceso que sucede en etapas, que es relacional al necesitar de otros para poder efectuarse, así como para prestar atención en los roles que cada institución juega como agente socializador y la manera en la que estas influyen en la configuración de la realidad social y la subjetividad; el esquema que proponen limita la comprensión del desarrollo de la socialización en las etapas posteriores del ciclo de vida.

Algunos estudios (Elias y Scotson, 2016; Lahire, 2004, 2007) presentan matices a ciertos aspectos mencionados por Berger y Luckmann. Uno de estos es el rol primordial que Berger y Luckmann otorgan a la familia como único agente socializador de la llamada primera etapa. Para Elias y Scotson (2016) la familia no es una entidad autosuficiente, ni unidad básica y primaria de la sociedad; contrario a ello, argumentan que se trata de un grupo en franca interdependencia y retroalimentación con otras instancias que la alimentan y recrean.

De esta manera, los valores y normas, los sentidos y significados que se filtran a través de la familia siempre están en reciprocidad e interdependencia con otras instituciones sociales, como la escuela, la iglesia, entre otras. Por lo tanto, los sentidos y significados, así como la carga afectiva que transmitan, siempre

estará en reciprocidad y sostenida por sentidos y significados compartidos colectivamente.

Por su parte, Lahire argumenta sobre la importancia de la socialización primaria y las primeras etapas de la socialización secundaria presentadas por Berger y Luckmann, señalando que son “periodos constitutivos de las primeras disposiciones mentales y comportamentales que van a marcar muy duramente a los individuos” (Lahire, 2007: 23).

Lahire resalta la importancia de estas primeras experiencias socializadoras para nuestra constitución como sujetos; no obstante, hace hincapié en que en las sociedades actuales la familia no ocupa un lugar como único agente socializador del niño. Este argumento se basa principalmente en la complejidad social actual, la cual –señala el autor- ha abierto la oportunidad a que otros agentes cobren relevancia en la socialización primaria, llevando a que este proceso adquiriera un carácter múltiple y que el sujeto se configure en una pluralidad de expresiones:

Entre la familia, la escuela, los grupos de iguales, las múltiples instituciones culturales, los medios de comunicación, etc., a cuya frecuentación suelen verse inducidos, los niños de nuestras formaciones sociales se enfrentan cada vez más a situaciones heterogéneas, competitivas y, a veces, hasta en mutua contradicción desde el punto de vista de los principios de socialización que desarrollan (Lahire, 2004: 42).

La familia es un agente de suma importancia en la socialización, al grado que es posible dar cuenta de su influencia a distancia al observar la constitución de los grupos de pares entre los jóvenes; empero, no queda nunca desconectada de otros espacios y agentes socializadores en ninguna etapa de la experiencia social de los sujetos (Lahire, 2007: 25). Así mismo, como sugiere el autor, no es nunca un grupo totalmente homogéneo, puesto que se configura no sólo por las similitudes y puntos de encuentro entre los cónyuges, sino también por sus diferencias y contrastes, además de que en muchos casos ambos “raramente comparten las mismas propiedades sociales (orígenes sociales y culturales, posiciones sociales, nivel de enseñanza o tipo de diploma, etc.) y eso no deja de tener consecuencias desde el punto de vista de la socialización de los niños” (Lahire, 2015: 1399).

Lahire propone ver a la socialización como un proceso continuo, inacabado y múltiple. Este autor reconoce la existencia de instancias y agentes que conforman pilares sobre los que se asienta la socialización –como lo son la familia y la escuela-, no obstante, señala que este proceso no se reduce a unos cuantos agentes ni a un momento exclusivo para ser socializados.

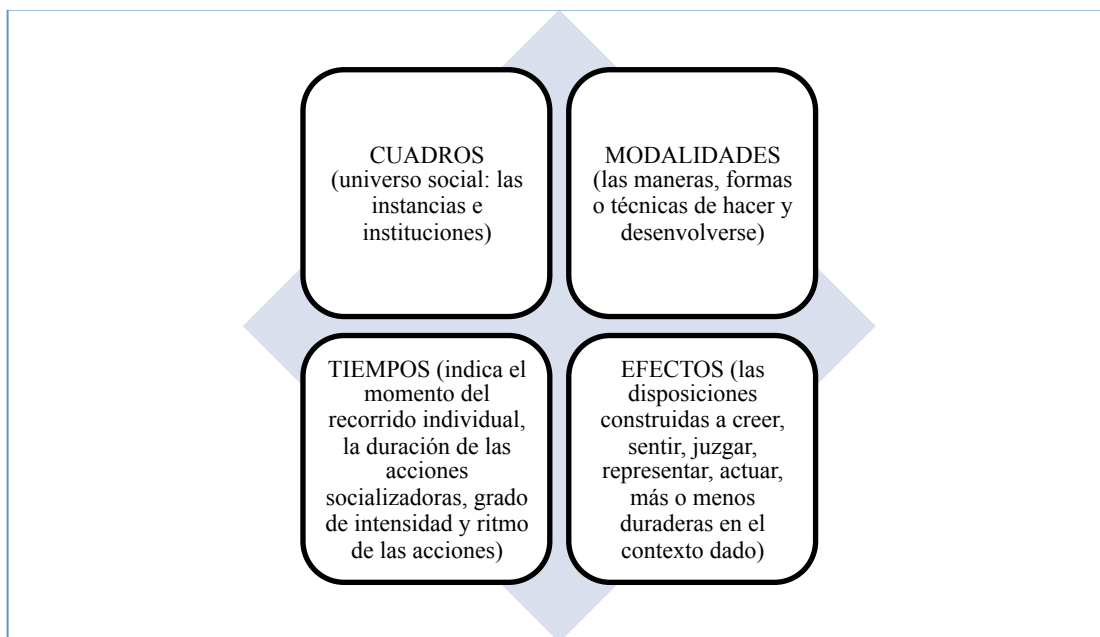
Así, propone ver a la socialización como un proceso múltiple inscrito en una pluralidad de marcos de disposiciones internas y sociales que lo configuran como un continuo de socializaciones y resocializaciones múltiples. No se trata de restar importancia a la familia como agente socializador, sino de dar lugar a otras instancias que también proveen sentidos y significados que pueden llegar a ser parte de lo que el autor llama, “patrimonio de disposiciones incorporadas” (Lahire, 2007: 29).

De esta manera, el autor presenta un modelo de socialización retomando las etapas primaria-secundaria de Berger y Luckmann, pero incorpora a otros agentes socializantes, además de la familia, desde la primera etapa. La finalidad que persigue Lahire con ello es convocar al análisis social de los individuos desde la pluralidad, atendiendo a la amplia diferenciación social presente en las sociedades actuales “que necesariamente produce actores más diferenciados entre sí, y al mismo tiempo, entre ellos mismos” (Lahire, 2004: 28).

Para abordar el análisis de la socialización, el autor propone retomar las experiencias de los sujetos con la finalidad de precisar, describir y analizar las disposiciones en las que se inscriben. Estas disposiciones sociales hacen referencia a cuatro elementos que conforman su modelo de análisis (Ver Imagen 2).

El planteamiento que Lahire realiza a través del modelo presentado es ver a los sujetos como resultado de las disposiciones que se configuran a partir de la propia experiencia de vida. De esta manera, el niño que nace lo hace en *cuadros de disposiciones*, conformados por las diversas instancias e instituciones locales que tienen influencia sobre la vida cotidiana de ese niño. El universo social de un niño nacido en una familia de clase alta no será el mismo que el de un niño nacido en una familia de clase popular; de entrada porque las familias -como institución-, poseen y transmitirán valores, normas, sentidos y significados diferentes respecto al mundo en el que el niño ha nacido.

Imagen 2: Disposiciones sociales



Fuente: Elaboración propia basada en Lahire, 2015.

Estos cuadros van a configurar límites sobre los cuales el niño se desenvolverá socialmente. Aprenderá las modalidades de comportamiento “adecuadas” al contexto en el que se encuentra: hablará, caminará, comerá, se vestirá de acuerdo a las formas permitidas dentro de esos cuadros. Es importante destacar que, incluso en familias que comparten el mismo territorio habitado, la

misma colonia o barrio, los universos sociales pueden variar debido a que las instancias que configuran sus cuadros de disposiciones no son siempre las mismas. En un mismo barrio podemos encontrar a familias que acuden a una iglesia en la que no permitan que las mujeres se vistan con pantalones, mientras que otras familias del mismo barrio pueden no acudir a ninguna iglesia, permitiendo a las mujeres de sus grupos vestirse de la manera que “elijan”.

Estas modalidades están sujetas al tiempo de dos maneras. Por un lado, el tiempo al que esté expuesto el sujeto a cierto tipo de socialización con las instituciones que conforman sus cuadros de disposiciones. Por otro lado, al tiempo histórico en el que se ubica el sujeto, puesto que este tiene el efecto de conservar o modificar las modalidades que se consideran adecuadas dentro de los cuadros. Así, un sujeto nacido en un barrio pobre con pocas posibilidades para el estudio, permanecerá menor tiempo a disposición de la institución escolar, lo que marcará una trayectoria diferente y una subjetividad diferente en relación a un sujeto que posee todas las oportunidades de llevar de principio a fin sus estudios escolares. Así mismo, la instrucción que se reciba en una escuela no será la misma para alguien que ha asistido a la escuela a mediados del siglo pasado, que para alguien que asiste actualmente.

La conjugación de estos tres elementos da paso a los *efectos*, mismos que pueden constatarse en el actuar propio de cada individuo. El comportamiento de cada sujeto depende de las disposiciones adquiridas. Así, la manera de pensar sobre ciertos fenómenos sociales, incluso atmosféricos, está en relación a las disposiciones que cada sujeto posee.

Lahire (2007: 21) menciona que las disposiciones (efectos) conforman una pluralidad de marcos de socialización que están siendo renovados, actualizados y transformados constantemente. Es decir, la socialización siempre está sometida a un proceso de *resocialización* durante el transcurso de la vida (Lahire, 2015: 1410).

Con esto, Lahire destaca el carácter múltiple y plural de la socialización; así mismo, abre la discusión acerca de la etapa secundaria planteada por Berger y

Luckmann, al manifestar que no se puede limitar el proceso de socialización posterior a la etapa primaria a una única etapa secundaria, sino que esta se desarrolla a partir de múltiples socializaciones secundarias, colocando en el debate la posibilidad de ver el carácter re-estructurante de la socialización.

Los efectos, como puede apreciarse en el Cuadro 1, tienen la cualidad de no ser del todo duraderos. Es decir, lo que se aprende en un momento y bajo una modalidad dada, puede tener la posibilidad de reaprenderse de otra manera en otra etapa de la vida. Por ejemplo, la niña que acude a una iglesia adventista en la que ha aprendido que las mujeres no deben vestirse con pantalones y, por influencia de un novio o amigo en la juventud, cambia de religión, poco a poco se abre a la posibilidad de incluir en su vestimenta diaria la prenda prohibida por la religión que profesaba anteriormente.

El ejemplo puede resultar muy vago, pero lo que me interesa destacar de este punto, y me parece un acierto de Lahire -además de una de las críticas principales que el autor hace a la noción de “hábitus” en Bourdieu-,¹³ es la posibilidad de ver a la socialización como un proceso dinámico en constante adaptación. No sólo pueden modificarse los hábitos, creencias o ideas respecto a ciertas circunstancias; también es posible reconfigurar los universos emocionales; claro, para ello se requiere de dispositivos adecuados (como el dispositivo analítico), que permitan a los sujetos confrontar las emociones con diversos sentidos y significados y reelaborarlas a partir de experiencias nuevas.¹⁴

Mediante las socializaciones secundarias es posible “recolocar” y cuestionar el papel y peso de la familia en la vida de los sujetos, pasando de un lugar central

¹³ Para Lahire, un déficit en la propuesta teórica del “hábitus” en Bourdieu, es la falta de análisis microsociológico que dé cuenta de la realidad encarnada en cada actor (en singular), y cómo las estructuras sociales se incorporan (o encarnan) de maneras diferenciadas en distintos espacios sociales. Lahire (2004) toma esta falta de análisis en Bourdieu para destacar que no todos los actores se sujetan al molde social de las mismas maneras, abriendo el espacio para reflexionar sobre la pluralidad subjetiva, señalando que no basta con explicar cómo los individuos adquieren las disposiciones, sino que es necesario profundizar en cómo estas disposiciones, una vez adquiridas, están en constante adaptación (se activan, inhiben, incluso se modifican), en distintos contextos sociales.

¹⁴ Cabe señalar que estas resocializaciones no deben tomarse como cambios inmediatos. Existen modalidades que probablemente no se puedan cambiar porque en ellas se ha cimentado la fortaleza del sujeto.

a uno en segundo grado. Esto es notable en buena medida durante la etapa de la juventud, en donde es posible ver cómo, para algunos jóvenes, los padres y la familia se desplazan a un segundo plano por el interés de convivir y seguir a las amistades o parejas emocionales que se incorporan en esa etapa de la vida.

Otra cuestión interesante a destacar en el planteamiento de Lahire es que posibilita comprender cómo algunos jóvenes se sirven de disposiciones diversas para actuar ante escenarios o espacios diferentes. Entre más multiplicidad y pluralidad haya en la socialización de un sujeto (más contacto con diversas instituciones, tipos de personas de diferentes clases sociales, grados académicos, entre otros), más recursos tendrá para disponer de ellos en situaciones diferentes a las habituales. Así, un joven que proviene de un barrio desfavorecido, podrá interactuar con otros jóvenes de un estatus mayor si posee las disposiciones requeridas para “encajar” o sentirse cómodo en este nuevo grupo. Incluso Lahire llega a mencionar casos en donde es posible realizar rupturas biográficas significativas al cambiar de estilo de vida o al ocupar una posición diferente socialmente, como el caso de las personas que van a prisión, o mujeres u hombres que ejercieron el comercio sexual durante mucho tiempo y dejan de hacerlo, o quienes toman la decisión de cambiar de sexo. Para este autor, estos son ejemplos claros que muestran cómo “el trabajo de socialización y resocialización es un proceso continuo en el transcurso de la vida” (Lahire, 2015: 1401):

Es lo que explica el sentimiento de adherirse perfectamente al conjunto de las expectativas, de estar perfectamente ajustado a las situaciones o a las posiciones, de ser "como un pez en el agua".¹⁵

Las resocializaciones tienen sentido también desde otras áreas del pensamiento científico. Por un lado, los estudios en biología y neurociencias han demostrado que el cerebro posee la cualidad de *plasticidad*; es decir, que el sistema nervioso “participa en la deriva estructural [de los organismos]” a fin de preservar su adaptación (Maturana y Varela, 2003: 112). Mediante los órganos

¹⁵ La traducción es mía del portugués

sensoriales, un organismo en constante interacción con un medio, es capaz de cambiar sus patrones estructurales a fin de adaptarse a los cambios que presenta el medio.

La riqueza plástica del sistema nervioso no está en que guarde representaciones “engramas”¹⁶ de las cosas del mundo, sino que en su continua transformación permanece congruente con las transformaciones del medio como resultado de que cada interacción lo afecta (Maturana y Varela, 2003: 113).

Por otro lado, la vasta experiencia del psicoanálisis y otras áreas de la psicología muestran cómo, a partir de un proceso de reflexión y análisis del inconsciente o del comportamiento (de acuerdo a la vertiente en la que se inscriba), es posible variar patrones de actuación establecidos, incluso modificar significantes que concatenan emociones con ciertos objetos o circunstancias.

Lo anterior rompe con los planteamientos expuestos, principalmente por Bourdieu, que sugieren que los hábitos, códigos y signos incorporados durante la socialización primaria o el proceso de individuación o educación durante los primeros años, llegan a constituir una base fija que guiará a una vida más o menos predestinada, siendo esta una de las críticas expresadas por Lahire respecto al hábitus bourdieuano.

Pero la resocialización no es automática al cambiar de un contexto a otro, o de unos actores de interacción a otros. Lahire (2015: 1399) advierte que, de ser tomada a la ligera la propuesta que plantea, es posible caer en dos errores, mismos que tienen la cualidad de “ser opuestos, pero se refuerzan mutuamente”:

- a) estudiar las socializaciones cotidianas sin tener en cuenta los efectos de socializaciones anteriores; y/o
- b) estudiar las socializaciones secundarias como si se trataran de “simples terrenos de actualización o espacios de desarrollo o de expresión de disposiciones anteriormente adquiridas.

¹⁶ Estructura de interconexión neuronal estable, también se le conoce como marca de experiencia en el cerebro.

Lahire advierte sobre estos errores dado que, algunos estudios ponderan los nuevos aprendizajes o comportamientos que sugieren retos al estilo de vida familiar o considerado impuesto por la sociedad –sobre todo en los estudios de jóvenes-, sin tomar en cuenta, o haciéndolo de una manera superficial, la conexión que esos retos o nuevos comportamientos tienen respecto a la socialización primaria o experiencias previas de vida. Es posible que algunas de las acciones que parezcan de “resistencia” se enmarquen en el patrimonio de disposiciones que los sujetos han configurado con anterioridad, sólo que ante situaciones que resultan novedosas, aparecen modalidades o efectos que se mantenían “guardados”.

El segundo error muestra una cuestión de suma importancia para el análisis de las socializaciones secundarias. Las reelaboraciones que se realizan al patrimonio de disposiciones no se dan de un día para otro, no se adquieren nuevas modalidades o se presentan efectos a manera de “contagios”, sino que requieren de una exposición temporal ante esos nuevos cuadros e interacciones constantes con actores que presentan disposiciones diferentes, para poder ir modificando paliativamente algunas de nuestras disposiciones.

Esto sugiere que, entre más abierto es el proceso de socialización, habrá más posibilidad de reestructuración de las disposiciones. Así mismo, entre más acotado es el proceso de socialización, menos oportunidad habrá de modificar el bagaje de disposiciones.

La propuesta de Lahire abre la posibilidad para tomar en cuenta la *pluralidad* de las experiencias en el proceso de socialización. Ya sea que nos coloquemos en una perspectiva social o individual, los sujetos somos y estamos configurados a partir de la pluralidad manifiesta en las relaciones sociales que conforman sus realidades objetiva y subjetiva. La pluralidad no implica que no existan maneras comunes de sociabilidad o que estemos inmersos en formas tan complejas que hagan inaccesible la comprensión de los marcos de socialización y las formas de subjetividad posibles.

Al señalar que los sujetos somos plurales, Lahire apunta a abrir el panorama de análisis, desde la evidencia empírica, de las múltiples formas en las que los sujetos actuales nos inscribimos y sujetamos a lo social; así mismo pretende dar cuenta de la heterogeneidad existente en el ser y en la experiencia de sí en cada etapa de vida, las cuales suelen percibirse a partir de elementos homogeneizantes, como es el caso de la juventud.

El planteamiento hecho por Lahire resulta atractivo y acorde a los objetivos de esta investigación, puesto que permite dar cuenta de cómo se incorporan las disposiciones en distintos contextos sociales, mediante las relaciones con diversos actores, incluyendo a las instituciones en determinados espacios sociales. La propuesta lahiriiana posibilita también dar cuenta de cómo algunas disposiciones son inhibidas, modificadas o adaptadas en diferentes momentos y etapas de la vida como efectos de resocializaciones—en donde la juventud cobra relevancia dado que es una etapa de rupturas subjetivas—, permitiendo comprender cómo operan las influencias conjuntas, contradictorias incluso, que las instituciones, los pares y la experiencia de habitar un espacio en concreto tienen sobre la experiencia de juventud de los protagonistas de esta investigación. De esta manera, no sólo se considera a la socialización como un proceso múltiple y plural, sino también se parte de que la experiencia social es resultado de la reciprocidad —siguiendo a Simmel— que se suscitan en las redes de interdependencias —como sugiere Elias— en donde se ubican los sujetos.

Dicho lo anterior, es importante para los objetivos que se persiguen, no perder de vista ni restar importancia a las condiciones del espacio habitado, puesto que son centrales para comprender los discursos y prácticas que operan en el mismo y que influyen en la experiencia social de los jóvenes. Como señalaré más adelante, la socialización está pautada por la normas y reglas, por una estructura moral, que rige en el espacio, el cual es, a su vez, producto de una gestión social en la que, además de los actores que habitan y ocupan los espacios, también intervienen los agentes estatales.

Es decir, los espacios de socialización no son ni se viven de maneras iguales y, aunque se supongan similares, las distintas desigualdades que los atraviesan – en las que cobran relevancia las gestiones de los agentes que confluyen en ellos-, los trazan de maneras diferenciadas. Estas diferencias en los espacios y en la normatividad que los rige tienen implicaciones en los procesos de socialización, ya que entre más acotado sea el espacio, más acotada será también la información que en él circule.

Con lo anterior quiero decir que, aunque un joven en específico haya sido socializado por diferentes agentes, pero dentro de un mismo espacio, las prácticas discursivas, las racionalidades y las expectativas estarán contenidas en unas mismas líneas o, en el mejor de los casos, en líneas diversas pero que confluyen en los mismos puntos o ideales. Así, la multiplicidad no asegura la pluralidad de la experiencia.

Esta misma acotación del espacio impacta en las resocializaciones posteriores. Como mostraré más adelante, no es que los jóvenes de El Aguaje estén impedidos o detenidos para cambiar los patrones sobre los cuales han sido socializados, sino que las posibilidades y recursos que encuentran para hacerlo son acotados. Por lo anterior, cabe mencionar que, si bien, el proceso de socialización es múltiple y plural, también es un proceso que fragmenta.

1.3. Socializaciones contemporáneas: un proceso fragmentado

La socialización irrumpe en el ser humano integrándole, a través de las relaciones, a un entramado social que funciona en red. Los autores hasta ahora revisados destacan esta característica relacional del proceso de socialización. Ninguna relación social establecida por cualquier individuo está aislada del contexto en la que se produce. Nuestras formas de interactuar se configuran a partir del entramado social de pertenencia que permite la participación de cada individuo, pero dentro de límites marcados por los valores y la normatividad por la que

hemos sido configurados como seres sociales. Es decir, el mismo proceso que nos acoge, nos restringe.

Los seres humanos nos constituimos como sujetos mediante la socialización, siendo este el proceso que nos permite integrarnos a la sociedad; pero esta sociedad, como ya señalaba, no es uniforme e igual para todos. En esta aseveración emerge un factor de importancia para el análisis: la sociedad no es homogénea sino fragmentada dadas las desiguales condiciones de posibilidad.

Una característica importante en los estudios de Elias es que muestran cómo la desigualdad, la dominación y el poder median las relaciones entre los individuos (Corcuff, 2013). No hay armonía absoluta en ningún tipo de configuraciones dado que las relaciones siempre se realizan desde lugares desiguales. Las desigualdades pueden deberse -como Elias y Scotson (2016) lo señalan-, al poder económico, la edad, el tipo de barrio que se habita, la herencia social. Estas desigualdades presentes en las relaciones tendrán efectos diferenciadores entre los individuos, ya que pueden permitir el acceso a ciertos recursos que se convierten en “activos” y ventajas, o restringirlo, convirtiéndose en desventajas.

Dubet y Martuccelli (2000: 65) sugieren que mediante la socialización los individuos logramos integrarnos a la sociedad haciéndonos de un lugar dentro de la “heterogeneidad cultural del mundo”. Los autores no reconocen una estructura social única, sino un sistema complejo, multidimensional y desarticulado, compuesto de varias esferas sociales y culturales por las que los sujetos transitamos mediados por relaciones de dominación, en donde las instituciones cobran relevancia, pero no ya como instituciones totales, sino como “cuadros sociales” que proveen a los sujetos de experiencias (Dubet y Martuccelli, 2000: 18-19).

Para los autores mencionados, los sujetos estamos inmersos en contextos de incertidumbre, siendo constantemente llamados a poner a prueba resistencias y peripecias para hacer frente al sistema desarticulado, por lo que debemos “aprender a dominar las informaciones, a jugar en medio de un conjunto de reglas inestables”, en donde la incertidumbre es vista más como un espacio de

oportunidades que como un estado de inestabilidad y crisis social (Dubet y Martuccelli, 2000: 65). Resulta interesante abordar a la incertidumbre como un espacio de oportunidades; no obstante, cabe ubicar en esta reflexión que las oportunidades surgen en relación a las condiciones de posibilidad vinculadas al espacio mismo, el cual provee o limita los recursos y condiciona, a su vez, la capacidad estratégica de los sujetos.

Al respecto, Saraví (2015) menciona que en sociedades profundamente desiguales como la de México, la desigualdad trasciende hacia todos los rincones de la vida social e individual, lo que resulta en que las condiciones de posibilidad se conviertan en “condiciones-de-vida fragmentadas”: experiencias y estilos de vida, “sentidos y percepciones fragmentadas, con espacios urbanos, escolares y de consumo fragmentados” (Saraví, 2015: 27).

De esta manera, si nos remitimos al espacio social contemporáneo, podemos apuntar a que la socialización se constituye como un proceso que reproduce la fragmentación social al reforzar, mediante las experiencias y relaciones sociales de los individuos, la “coexistencia de mundos social y culturalmente distantes y aislados unos de otros” (ibíd.). Para Saraví, el proceso de socialización puede constituir una piedra angular de la fragmentación social entre jóvenes más y menos privilegiados si sus biografías transcurren en espacios homogéneos y distantes entre sí: entre menos espacios socialmente heterogéneos existan, menores serán las experiencias compartidas y, por ende, mayor será el desconocimiento del otro incluso en una misma ciudad.

Situando a la socialización como un proceso relacional mediante el cual somos integrados a la sociedad, a la vez que integramos la realidad social a nuestra existencia, es posible inferir que esta integración se hace de manera diferencial dadas las condiciones de vida fragmentadas; lo que origina que, aunque compartamos elementos biopsicosociales comunes seamos sujetos heterogéneos.

En el proceso de socialización cobran relevancia las dimensiones que nos permiten pertenecer a las redes de interdependencia, inscribirnos al mundo social

a partir de las relaciones que establecemos, significar ese mundo a través de la simbolización de la que hemos sido sujetos y que nos marcan qué transmitir y expresar. Estas dos dimensiones, si bien son señaladas por los diversos autores que han ahondado sobre la socialización, suelen pasarse por alto u obviarse: la dimensión socio-espacial y la dimensión emocional. Sin ambas dimensiones en el análisis no considero probable comprender el carácter relacional, múltiple y fragmentado de la socialización en los tiempos actuales.

1.3.1. ¿Espacio dado o espacio gestionado?: la dimensión socio-espacial.

La revisión bibliográfica nos hace ver que algunos autores otorgan un peso considerable a la dimensión espacial como elemento fundamental para el proceso de socialización. Para Durkheim, el espacio constituía un elemento diferenciador respecto a la socialización, planteando que la inducción de normas y valores se transmiten de acuerdo al entorno espacial en el que el sujeto socializador y el socializante están inmersos.

De esta manera, cada autor revisado hace referencia, a veces de manera implícita, a la importancia del espacio para la socialización; pero lo que pretendo en este apartado no es únicamente reforzar la importancia del espacio para el desenvolvimiento de las relaciones sociales, sino hacer énfasis en el espacio a través de lo que identifiqué como dos cualidades fundamentales para la socialización de los jóvenes de El Aguaje: el espacio como recurso y el espacio como producto de la gestión gubernamental. Esta última cualidad hace referencia a la idea foucaultiana sobre cómo las tecnologías de poder que se instalan en el espacio lo determinan, operando a través de las relaciones sociales que van dando forma y sentido a las prácticas discursivas y no discursivas que moldean la existencia de los habitantes de dicho espacio.

Mediante estas tecnologías de poder (que van desde las maneras “apropiadas” o “tradicionales” de gestionar, negociar y llegar a acuerdos, hasta formas de reciprocidad entre vecinos), se moldean los comportamientos y

conductas de las personas, a través de la implementación de formas y modos de existencias vigentes para ese espacio en particular. En estas formas de gestión juegan un papel de suma importancia las relaciones forjadas con los agentes del estado, ya sea los pertenecientes a las instituciones locales o aquellos que se mantienen en vínculo constante, como son los líderes de la colonia.

Es importante comprender para el análisis de las socializaciones que los espacios sociales no se mantienen aislados ni tampoco surgieron de la nada, sino que se constituyen como espacios “sociohistóricos preconcebidos” (Corcuff, 2005). Ello significa que el espacio tiene una historia social y territorial particular (en función de la utilidad que se le brindaba antes de ser habitado), que se enlaza y retroalimenta con la historia social y política a nivel local y global, a la vez que resulta de las gestiones que los habitantes han realizado desde el comienzo de su ocupación hasta la actualidad, al margen de las condiciones estructurales que, si bien no representan una pared impenetrable, si conforman limitaciones en cuanto a la obtención de recursos para facilitar y mejorar la vida. Para entender cómo el espacio impacta en el desarrollo y desenvolvimiento social de los jóvenes de El Aguaje es menester partir del lugar que habitan, comprendiendo cómo este ha sido gestionado por los diversos agentes que en él confluyen y cómo ha llegado a configurarse en la forma en la que actualmente se encuentra.

El espacio habitado no se mantiene aislado del resto de la ciudad, aunque la comunicación no sea la más efectiva, este se encuentra inmerso en una red de interdependencias espaciales, tanto con otros espacios urbanos como con los agentes institucionales con quienes se negocian algunas cuestiones como la legitimidad, las formas de legalidad que aplican al territorio, así como las pautas de socialización que, a su vez, gestionarán las pautas de socialización vigentes en el territorio.

Por lo tanto, el espacio habitado es relacional, producto de las relaciones que se suscitan en su interior y que se catalogan como adecuadas y/o permitidas en su exterior. Relaciones que abarcan la gama de individuos que transitan en él; a saber, tres grupos: los habitantes /vecinos, los agentes estatales locales y los

visitantes u otros individuos que no viven (ni han vivido) en ese espacio en particular: un nosotros, un ellos y un aquellos.

Los encuentros y desencuentros entre unos y otros, las formas establecidas e improvisadas de interacción, los códigos que posibilitan la comunicación o la bloquean, la reglamentación implícita que media las interacciones, son aspectos que movilizan prácticas, discursos y omisiones que, a su vez, proporcionan a los individuos que habitan ese espacio, signos y símbolos que dotan de sentido su existencia a partir de reconocerse como sujetos de y en ese espacio en particular.

Retomando el planteamiento de Saraví (2015) sobre la socialización constituida como una piedra angular de la fragmentación social, cabe decir que, en parte, se debe a las implicaciones que la dimensión socio-espacial tiene sobre la socialización. Para Haesbaert (2011), el dispositivo espacial se constituye como un recurso inseparable a la reproducción social; las oportunidades o constreñimientos que encontramos en el espacio que habitamos y transitamos se convierten en elementos que alimentaran nuestras trayectorias de vida. Si contamos con oportunidades, las trayectorias serán menos accidentadas y vulnerables; en cambio, si el espacio presenta más constreñimiento, nuestro alcance será más limitado al encontrar mayores y más desventajas para el cumplimiento de expectativas sociales e individuales.

Estas oportunidades o limitaciones están mediadas por las condiciones estructurales, pero estas se materializan no sólo en los recursos tangibles que podemos encontrar en el dispositivo espacial, sino en los discursos y prácticas, así como en las omisiones, que operan sobre el espacio dando forma y contenido a las relaciones sociales que tejen el entramado social en el que estamos inscritos; es decir, en la gestión gubernamental del espacio.

Situar el análisis de la dimensión socio-espacial en la perspectiva de la gubernamentalidad, propuesta por Foucault (2006), permite ver al espacio como un dispositivo resultado de las gestiones que se llevan a cabo en, a partir, desde, en nombre de él; gestiones que, mediante las tecnologías de gobierno

implementadas en él, van configuran las relaciones que se suscitan en el dispositivo.

Las condiciones materiales presentes en cualquier territorio particular no aparecen al azar ni son producto de una especie de generación espontánea, sino que resultan de una gestión, no siempre explícita, entre los dispositivos de la gubernamentalidad y la población. Así mismo, las condiciones simbólicas que median las prácticas, los discursos y el comportamiento de los actores, también se ven influidas por esas gestiones y por imperativos normativos que marcan pautas de interacción. Tanto las condiciones materiales como las simbólicas configuran un entramado de procedencia en el que los sujetos se inscriben y transitan, desde donde emergen y desde donde se relacionan bajo lógicas y dinámicas específicas entre ellos y los otros actores; entramado creado por las relaciones sociales, las cuales no se fundan en sí mismas, sino que responden también a un proceso de gestión que tiene el fin de “establecer, mantener, transformar los mecanismos de poder” que configuran el espacio. Es decir, a partir de las relaciones sociales, de las interacciones cotidianas más ínfimas, se gestiona el dispositivo espacial que transitamos (Foucault, 2006: 16).

De esta manera, las técnicas de gobierno –que son técnicas de regulación de la conducta la moral y la ética- gestionan las condiciones materiales y sociales del espacio, posibilitando la emergencia de signos y símbolos que marcarán al espacio creando las tramas de contenido en él, a partir de las cuales se generan referentes de identificación para los sujetos que lo habitan, mismas que los marcaran tanto dentro como fuera del mismo.

Las lógicas que siguen las relaciones en el espacio habitado condicionan las maneras en las que toman forma las redes de poder, las expectativas que mueven los sentidos y legitimidad a las vidas de los sujetos, se gestionan los miedos y las esperanzas, así como las formas de pensar y actuar, de sentir y expresar las emociones, todo dentro de formas particulares y “adecuadas” que configuran los códigos éticos de comportamiento y conducción de la vida aceptados (Rose, 1989). Es decir, la conducción de la vida, con todo lo que ello implica, se

encuentra sujeta a una moral y ética particular que opera en un plano micro en la cotidianeidad apegándose a las características y especificidades del espacio habitado, pero en intensa interdependencia con unas normas morales y éticas que operan en un plano macro, incluso global. Lo que se espera de un joven, el ideal que transita por el territorio está influido por una imagen global, pero adaptado a las especificidades de las condiciones de ser y estar que se gestionan en el espacio habitado.

Esta conducción de la conducta sucede sin imposición (Rose, O'Malley, Valverde, 2012), aunque sujeta a las condiciones gestionadas en el espacio. No se imponen modos de ser, pero las condiciones de posibilidad no dan mucho margen para acceder a mayores opciones. En este sentido, la conducción de la conducta, desde el enfoque de la gubernamentalidad, no es vista como técnicas de dominación que someten y castigan o disciplinan, sino como técnicas de control indirectas, en donde no se obliga, se convence (Castro Gómez, 2010). Tal convencimiento se trasmite vía la socialización.

Las condiciones del espacio pueden intervenir en la socialización y en la sociabilidad de los jóvenes, pero son las maneras y las formas en las que se simbolizan dichas condiciones las que impactan en la trayectoria de vida. Las maneras en las que la pobreza y la violencia, por ejemplo, son enunciadas, llevadas a la práctica u omitidas en las relaciones sociales, coadyuvan a la instauración de configuraciones sociales en las que los jóvenes se van inscribiendo y reconociéndose a partir de los conjuntos de enunciados específicos sobre ellos - que dicen sobre sí mismos- que le dan contenido a su existencia.

Así, las condiciones de precariedad en los servicios urbanos, por ejemplo, marcan una diferencia entre ellos y otros jóvenes que habitan otros espacios de la ciudad en donde no faltan tales servicios o no son necesarios para esas otras poblaciones; pero, además, la enunciación de estas carencias llena de contenido a la experiencia social de los jóvenes. Nos inscribimos, pues, al espacio a partir de reconocernos en los discursos y prácticas que lo norman, lo regulan, que se desenvuelven en las relaciones entre los diferentes personajes. Aprehendemos

quiénes somos y qué lugar nos corresponde en la ciudad y en el mundo, a través de los contenidos que incorporamos a nuestra experiencia en los diferentes espacios que constituyen nuestro universo espacial.

A partir de la perspectiva de la gubernamentalidad es posible dar cuenta de cómo el proceso de socialización es investido, aunque no determinado, por las relaciones de poder (a través de los discursos, las prácticas y las omisiones) que *tienen lugar*¹⁷ en el territorio, marcando pautas para el comportamiento y conformando “modos de existencia”, a partir de los cuales “los individuos y colectivos se subjetivan, adquieren una experiencia concreta del mundo” (Castro Gómez, 2010: 13). Así, la gestión gubernamental del espacio redundando en la gestión de los modos de existencia que al socializarse posibilitan la emergencia de formas de ser sujetos.

La socialización, si bien no está limitada a la gestión de la gubernamentalidad, a las tecnologías de poder desplegadas sobre el territorio, sí se ve atravesada por los dispositivos y técnicas desplegados en este, al gestionar las condiciones de posibilidad en las que opera el reconocimiento de la existencia; la gestión de los recursos o condiciones de posibilidad generan pautas de socialización que contribuyen a la configuración de subjetividades específicas, aunque no exclusivas.

Sobre el dispositivo espacial transitan prácticas discursivas y no discursivas que refuerzan un modelo de ser, a la vez que marca pautas de regulación y autorregulación para la ocupación, apropiación o exclusión del espacio público y privado. El análisis de la dimensión espacial me permite dar cuenta de cómo, en el dispositivo espacial, se gestionan formas “adecuadas” e “inadecuadas” de ser que tienen implicaciones en las configuraciones de ser jóvenes y de vivir la ciudad.

La falta de luz eléctrica, el desabasto de agua, las calles en mal estado sin pavimentar que dificultan el libre tránsito son características de El Aguaje, cualidades del espacio habitado que al analizarse como una dimensión de la

¹⁷ “Tienen lugar” al ser un efecto de poder. El efecto de lugar es un efecto de poder de las relaciones dentro y fuera del espacio habitado.

socialización posibilitan la comprensión de cómo estos jóvenes configuran sus subjetividades a partir de tales carencias. Las oportunidades o constreñimientos que nos permite el espacio, visto como recurso, impacta en nuestra socialización. Entre más amplio sea nuestro universo espacial, más amplias, múltiples y plurales serán nuestras experiencias y, por lo tanto, mayores recursos podremos obtener de nuestro espacio de pertenencia. Entre más acotado sea ese universo espacial, menores serán los recursos para nutrir el proceso de socialización y, por lo tanto, habrá mayor tendencia a una experiencia social más acotada.

1.3.2. En el fondo de la socialización, las emociones.

En el proceso de socialización intervienen una serie de factores externos al individuo que, al ser este socializado en un entorno determinado, tales factores moldean sus realidades objetiva y subjetiva. Pero en la socialización no sólo intervienen factores externos y estructurales del espacio, sino que también entran en juego procesos y factores internos, o psíquicos, de los sujetos; tal es el caso de las emociones.

Las emociones, si bien no han jugado un papel relevante para su exploración desde las ciencias sociales, constituyen un factor fundamental para el entendimiento de los procesos y fenómenos sociales. Comte, Durkheim, Simmel y Weber admitían que tanto la experiencia como la expresión de un conjunto selecto de emociones mudaban con el tiempo bajo el influjo de las estructuras sociales, que entre más distintas, más efectos diferenciales tendrían sobre la experiencia emocional humana (Ariza, 2016). A pesar del reconocimiento, un tanto laxo, que estos autores han conferido a las emociones, éstas han permanecido relegadas en las formulaciones teóricas de los clásicos de la sociología.

En diversos estudios sociales es posible hallar referencias respecto a sentimientos, emociones, afectos y pasiones de los sujetos o culturas; empero, estas referencias se basan principalmente en registros descriptivos, “datos asombrosos o curiosas anécdotas que dan colorido a lo exótico” (Calderón, 2012: 26). Es decir, han sido contempladas como recursos complementarios, incluso

ornamentales de dichos estudios, mas no como elementos centrales para los análisis sociales.

Este deslinde por las emociones y la afectividad como objeto de reflexión sociológica encuentra una justificación en la polarización analítica entre razón y emoción. Ambos factores han sido colocados en oposición binaria en los estudios sociológicos tradicionales, como si se tratase de elementos que no pueden mezclarse. Ante esta constante cuestión, Scribano (2013) sugiere que, tanto la razón como las emociones, deben entenderse como un par en reciprocidad continua: uno no es sin el otro y el comienzo de uno nos lleva en continuidad al otro. Es decir, no hay razón si emoción y, dado que somos sujetos inmersos en una cultura y por efecto de la socialización, nuestras emociones no son meramente instintos o reacciones; hasta el más vil impulso emocional debe entenderse como un símbolo cargado de cierta racionalidad, inscrito en un entramado sociocultural.

La tradición sociológica señala que el ser social logra superar el estado de naturaleza, pre-social, pasional e irracional al apaciguar las emociones, convirtiéndonos en seres racionales por excelencia. Esta podría constituir la premisa de la socialización que, desde la visión de Durkheim, Simmel y Weber, tiene el papel fundamental de guiarnos hacia la transición del yo natural hacia el yo civilizado. Durante muchas décadas predominó esta visión en los estudios sociales, relegando incluso planteamientos que, desde otras disciplinas –como la psicología social y el psicoanálisis–, colocaban a las emociones y la afectividad como centrales en el proceso civilizatorio de la humanidad.

Cabe señalar que no es del todo cierto que hubo una anulación total de las emociones y los afectos en los estudios sociales; los autores mencionados en el párrafo anterior hacen referencia a las emociones y los afectos en sus propuestas teóricas, aunque desde una posición secundaria, incluso Simmel –como ya mencioné anteriormente– decanta hacia una disertación de las sensaciones admitiendo un lugar primordial de estas en la reciprocidad que guía las interacciones sociales. Para Simmel (2014), antes de un saludo u otra forma

social, está la vista, el oído, el olfato –los sentidos- provocando el acercamiento y el conocimiento del otro.

La disertación de las sensaciones simmeliana se vio limitada dada la supremacía que el autor le otorgó a las formas sociales, aludiendo a que los procesos anímicos y psíquicos pertenecían al interés de la psicología y disciplinas afines; no obstante, dicha disertación constituye un preámbulo para los estudios realizados a posteriori desde la sociología y otras ciencias sociales.

Por su parte, Elias (2009) considera que en las redes de interdependencia entran en juego los afectos y emociones para movilizar o frenar las prácticas, para vehicular los discursos, para guiarnos en la adquisición y aprehensión de los valores y la normatividad social de nuestro contexto, pero sobre todo, para contener nuestros instintos.

La inquietud por incorporar a las emociones como elemento de análisis en los estudios sociales se establece a finales de la década de los ochenta del siglo pasado, a partir de los estudios anglosajones de Randall Collins y Arlie Rusell Hochschild, principalmente; mientras que en Latinoamérica, las emociones cobran relevancia una década después. Entre los noventa y los albores del siglo XXI comienzan a proliferar los estudios sociales centrados en las emociones y los afectos, que para el caso de la academia mexicana, es un campo aún incipiente (Ariza, 2016: 22).

No es la sociología de manera exclusiva, como Ariza da cuenta, la disciplina que se interesa por el estudio de las emociones dentro de las ciencias sociales; sino que emerge un interés compartido por la antropología, la geografía, la filosofía, incluso la economía; lo que sugiere que el análisis teórico de las emociones ha estado sustentado en un andamiaje interdisciplinario, siendo dos las vertientes desde donde es posible emprender el abordaje analítico de las emociones y la afectividad.

Una vertiente responde al llamado “giro afectivo”, el cual surge como propuesta de Clough y Halley (2007), quienes recurren a la noción de afectividad para dar cuenta de ciertos fenómenos que no dependen de la consciencia humana

ni del discurso hablado. Desde este enfoque se plantea incorporar a la afectividad y al cuerpo como “elementos preconscientes, preindividuales y procesuales, con la potencialidad de afectar y ser afectados, de actuar y conectarse” (Ariza, 2016: 8). Es decir, los afectos preceden a la formación del individuo, nos acompañan y contienen antes de ser socializados, incluso son los afectos los que vehiculizan los contenidos sociales que incorporamos al ser inscritos en una sociedad determinada.

Para Clough (2011: 106), los afectos refieren a “capacidades corporales de afectar y ser afectados o al aumento o disminución de la capacidad del cuerpo para actuar, para comprometerse o conectar”.¹⁸ Esta idea de Clough está invariablemente basada en la propuesta spinoziana sobre los afectos y el *conatus*, lo que muestra la influencia de la filosofía en la tarea de explicar los afectos y las emociones desde las ciencias sociales. Para Spinoza (2000) -contraponiéndose a los planteamientos de Descartes- el hombre no tiene poder absoluto sobre sus acciones ni la razón lo determina; sino que es movido por la naturaleza y el poder divino de dios (en un sentido panteísta), que ejercen influencia sobre los cuerpos mediante los afectos. De esta manera, la propuesta spinoziana radica en comprender a los afectos como las afecciones del cuerpo que guían a la acción, siendo el *conatus* la potencia de preservación de dichos cuerpos.

La potencia con la que nos dirigimos hacia otros cuerpos depende de dicho *conatus*, potencia mediante la cual podemos afectar a otros cuerpos, al tiempo que también determina la manera en la que somos afectados por esos otros cuerpos. Para Spinoza queda claro que los cuerpos siempre están en relación, siendo el vínculo primordial los afectos y pasiones que potencian nuestros actos e ideas. Los cuerpos que entran en relación son afectados entre sí a partir de la potencia (*conatus*) que cada uno posee, ubicando en esa potencia la individualidad de cada cuerpo (Deleuze, 2006). Esta potencia tiene un efecto doble: el de afectar a otros cuerpos en relación y el de percibir e imaginar, o sea, crear ideas.

¹⁸ La traducción del idioma inglés es mía.

Deleuze (2006) resume la sociabilidad, siguiendo el planteamiento de Spinoza, no como las maneras de actuar en relación a un conjunto de cuerpos, sino como la sinfonía que se crea al estar en contacto unos cuerpos con otros. La potencialidad que alcancen los afectos estará mediada, por tanto, por las experiencias diversas de relacionarse –o armar sinfonías- con muchos cuerpos; es decir, entre más afecciones experimente un cuerpo, mayor será su capacidad de afectar y ser afectado, mayor será su capacidad de afectividad y de percepción. Spinoza resumía esta idea planteando que entre más conexiones con otros cuerpos se tuvieran, mayor será la superioridad del alma para percibir más cosas del mundo (Spinoza, 2000).

Clough (2011) rescata este planteamiento prescindiendo de la idea de dios, describiendo a los afectos como elementos pre-sociales, en un orden biológico, ubicados en el cuerpo, pero moldeados por el acontecer social. Es decir, nacemos cargados de afectos, pero la manera en la que estos son potenciados dependerá de la experiencia social. Nuestra capacidad o potencialidad que alcancen nuestros afectos determinará la manera en la que nos conectamos o comprometemos con otros cuerpos. Así, las conexiones entre personas están determinadas por la conexión entre afectos y emociones, siendo estos los elementos que nos permiten “articular la experiencia” (Macón, 2016: 128). Si una persona excede el límite de pasión que determina la otra, no habrá conexión sino ruptura, teniendo el mismo desenlace si no alcanza el mismo límite.

El giro afectivo pretende dar cuenta de la manera en la que los afectos forman parte del ser humano mucho antes de que este se constituya como individuo social, es decir, pertenecen a un tiempo anterior a la socialización. Siendo mediante estos que las experiencias cotidianas, al pasar por el cuerpo (las sensaciones principalmente), articulan experiencia y realidad.

La segunda vertiente para el abordaje de la afectividad y las emociones en los estudios sociales corresponde a la “Sociología de las emociones”, la cual “abreva de las ideas seminales de los fundadores de la disciplina y de varias de las sociologías contemporáneas, y se apoya con frecuencia en recursos analíticos

de las disciplinas afines” (Ariza, 2016: 9). Desde este enfoque se busca situar el análisis de las emociones fuera del ámbito de la psique y de la fisiología, entendiéndolas como “experiencias sentidas mediante circunstancias sociales” dentro de las interacciones o relaciones sociales (óp. cit.: 16). Son entonces las “circunstancias sociales” las que moldean a las emociones para convertirlas en experiencias, y no las experiencias las que son moldeadas por las emociones o afectos.

La principal diferencia entre ambas vertientes es, quizás, que en el giro afectivo se reconoce el carácter pre-social de las emociones, mientras que para la sociología de las emociones, estas son resultado de la socialización, aunque no ignora por completo la existencia pre-individual de ciertos afectos, pero estos no tienen sentido sin la experiencia social, sin haber sido socializadas, por decirlo de algún modo. Así mismo, la sociología de las emociones, no se centra exclusivamente en el cuerpo como objeto de análisis para las emociones, sino que comprende las experiencias sociales corporeizadas y las que no pasan por el cuerpo, puesto que –y aquí coincido con ello- el cuerpo no es el espacio de las emociones, sino un medio para expresarlas y vivenciarlas. No obstante las diferencias, ambos enfoques coinciden en el cometido de enarbolar la centralidad del actor sintiente, del cuerpo y los afectos en el análisis de la realidad social (Ariza, 2016: 9).

El giro afectivo y la sociología de las emociones abrieron el camino para incorporar a los afectos, las emociones y los sentimientos en los estudios sociales contemporáneos, como elementos de análisis primordiales y no como meras reacciones. A partir de estas vertientes han surgido estudios que se posicionan en el debate y contribuyen a él. Uno de ellos, que intenta constituirse como un enfoque más para el abordaje teórico, es el de la antropología de las emociones. Este campo ha sido alimentado en gran medida por David Le Bretón (2005, 2012) y Sarah Ahmed (2015).

Para el primero, la constante para comprender las emociones es recurriendo al cuerpo como depositario de las mismas, apegado al giro afectivo, pero situando

a las emociones como elementos moldeados por la cultura, sobre todo por el lenguaje. Por su parte, Ahmed, incorpora la perspectiva cultural a las emociones mediante el lenguaje y las formas de expresión que estas adquieren en contextos culturales específicos. A diferencia de Le Bretón, Ahmed no las restringe al cuerpo, sino que plantea el movimiento de las emociones entre los cuerpos delineando los objetos a su alcance, incluyendo las dimensiones de lo social y lo individual; es decir, las emociones están en relación a los objetos y sujetos que componen nuestras experiencias. La expresión de las emociones no sólo es cultural, sino también política, puesto que, sugiere Ahmed, responden a lineamientos de orden cultural en relación al género, clase, grupo de pertenencia.

Lo anterior es de mucha utilidad para esta investigación, puesto que permite dar cuenta de cómo las emociones no son sólo productos biológicos que se manifiestan por igual o bajo ciertas distinciones de acuerdo al contexto social, sino que circulan entre el adentro y afuera de los sujetos al entrar en relación con los otros, estando mediadas por condiciones socioculturales que delinearán las expresiones de las emociones de acuerdo al espacio y tiempo en el que nos encontremos. Sigo este planteamiento para explicar cómo la experiencia social de los jóvenes está moldeada por la política cultural de las emociones, configurando formas de actuar, pensar y sentir a partir del género. Es decir, la construcción específica (espacial) del género está directamente vinculada con dicha política de las emociones.

En esta misma vertiente antropológica de las emociones, desde México, se ubican los trabajos de Edith Calderón, quien apoya sus planteamientos en la teoría antropológica –principalmente Levi Strauss y Elias- y la teoría psicoanalítica –principalmente Freud.

La recurrencia al psicoanálisis para la comprensión de los procesos psíquicos que intervienen en los hechos sociales no es reciente, incluso Ahmed y Le Bretón lo retoman. Desde su fundación, es constante la llamada al entendimiento psicoanalítico respecto a lo que sucede en la psique de los individuos frente a los procesos sociales; empero, este intercambio

interdisciplinario no siempre se ha realizado de manera equitativa, pues se prima el conocimiento sociológico y se relega a un plano inferior las explicaciones del aparato psíquico.

Situándose en este intercambio inequitativo, Calderón (2012) propone tejer un puente entre la teoría psicoanalítica y la teoría social y antropológica para colocar como central para el análisis la figura del otro, no sólo como figura clave y además imprescindible del proceso de socialización, sino también para la constitución de la “dimensión afectiva”, sostenida ésta en lo que Freud (1995 [1905]) llamó “dimensión psíquica”, siendo, para el autor, el elemento que nos constituye como sujetos.

Con la finalidad de lograr una comprensión global de lo afectivo en los estudios sociales, Calderón propone a la “dimensión afectiva” como la instancia del proceso de socialización en la cual se depositan los universos simbólicos emocionales, devenidos de las relaciones establecidas en el primer momento de socialización con las figuras primordiales: la madre y el padre; en donde la madre cobra relevancia sobre el padre (Calderón, 2017: 12). De esta manera, la socialización no puede transcurrir sin tomar en cuenta la dimensión afectiva, puesto que son las emociones que, moldeadas como símbolos, posibilitan la comprensión y aprehensión de los elementos que componen nuestro espacio social.

Sin las emociones como anclajes entre lo pulsional y lo social, la experiencia vivencial no llega a constituirse. Dado que no se trata de un conjunto único de emociones, sino de una variedad en tanto experiencias sociales múltiples, la autora habla de “universos emocionales”, los cuales siguen una lógica transmitida por las figuras de socialización primordiales, permitiéndonos clasificar, comprender y aprehender lo que ocurre en el exterior.

La importancia de los universos simbólicos emocionales, condensados en la dimensión afectiva, radica en que es a partir de ellos que se posibilita el aprendizaje del lenguaje y las reglas de comunicación del entorno en el que estamos insertos. El papel del lenguaje, como elemento cultural es trascendental

en la socialización temprana, puesto que constituye el factor, casi determinante, de nuestra integración al entorno social. Desde la biología, el lenguaje también ocupa una mención importante como el factor que permite el acoplamiento de tercer orden entre los organismos; es decir, las interacciones entre los organismos y el medio. Sin el lenguaje, sin la comprensión de los códigos que regulan el medio, los organismos no pueden acoplarse y, por lo tanto, los humanos socializados no podemos devenir como sujetos:

Nos realizamos en un mutuo acoplamiento lingüístico, no porque el lenguaje nos permita decir lo que somos, sino porque *somos en el lenguaje*, en un continuo ser en los mundos lingüísticos y semánticos que traemos a la mano con otros. Nos encontramos a nosotros mismos en ese acoplamiento, no como el origen de una referencia ni en referencia a un origen, sino como un modo de continua transformación en el devenir del mundo lingüístico que construimos con los otros seres humanos (Maturana y Varela, 2003: 155).¹⁹

Nuestra realización individual, nuestro devenir social no sería posible sin el lenguaje como medio para adquirir, incorporar y simbolizar el sinfín de elementos e información que componen nuestro universo social. Pero el lenguaje también obedece a una reglamentación, no es azaroso ni casual, sino que responde a lineamientos culturales que se han ido incorporando y modificando para regular las pulsiones y, por ende, las conductas humanas.

Expresada la importancia de la dimensión afectiva, hago la aclaración que, para términos de esta investigación, me inclino hacia la noción de “dimensión emocional”, puesto que comprendo a las emociones como más sustanciales que los afectos, los cuales están cargados de una interpretación teórica que los sitúa invariablemente en el cuerpo físico. No desacredito la importancia de analizar cómo la cuestión social se hace carne, es incorporada como parte del sí mismo a través de cuerpo; al contrario, comparto las reflexiones al respecto. No obstante, considero que las implicaciones de la dimensión emocional van más allá –o más adentro- que el cuerpo mismo, posicionándome en la noción del inconsciente y de sus formaciones como mecanismos reguladores del acontecer social, apegados a la política cultural que rige dicho acontecer.

¹⁹ Las cursivas son mías.

Partiendo de las diversas y diferenciadas situaciones que denotan (o identifico como) “emociones” desde los actores protagonistas de este estudio, entiendo a éstas como símbolos contenidos en un estado o condición que alude a un *movimiento* manifiesto en la operación de discursos, prácticas y tomas de posición respecto a ciertas situaciones valoradas como positivas o negativas de acuerdo al contexto. No son enteramente reactivas, sino instancias que movilizan información, que nos vinculan como seres sociales al entorno en el que nos ubicamos, que comunican y nos comunican sobre el mundo al que pertenecemos y la manera en la que lo simbolizamos y comprendemos, que nos hacen *sentirnos* parte de un lugar que ocupamos o queremos ocupar, que regulan las expectativas en relación a nuestras condiciones y deseos (Trevignani y Videgain, 2016). De esta manera, puedo comprender que las emociones manifiestas frente a un acontecimiento, evocan al movimiento subjetivo de los jóvenes que la experimentan, ya sea alentándoles o limitándoles.

Las emociones no son sustancias transferibles entre individuos o entre grupos, tampoco responden de manera exclusiva a procesos fisiológicos, aunque estos sean el trasfondo (Le Bretón, 2012); son prácticas discursivas (no necesariamente verbales), actos comunicativos que se forman entre los sujetos y las condiciones sociales de existencia (Jimeno Santoyo, 2004). Así mismo, las emociones son las principales vías de comunicación que permiten adquirir el lenguaje que regula nuestro entorno cultural, cuando aún somos *infans* (Calderón, 2017).²⁰

Además de posibilitar la socialización dentro del espacio gestionado, la dimensión emocional juega otro papel de suma importancia en este proceso. Elias (2009) argumenta que nuestros instintos más primigenios no desaparecen del todo al ser introducidos a una composición social y adquirir sus reglas y normas, sino que se mantienen al margen mediante la movilización de emociones que los contiene y busca transformarlos en maneras efectivas y socialmente aceptadas para salir. Los mecanismos de control de las emociones y pasiones más

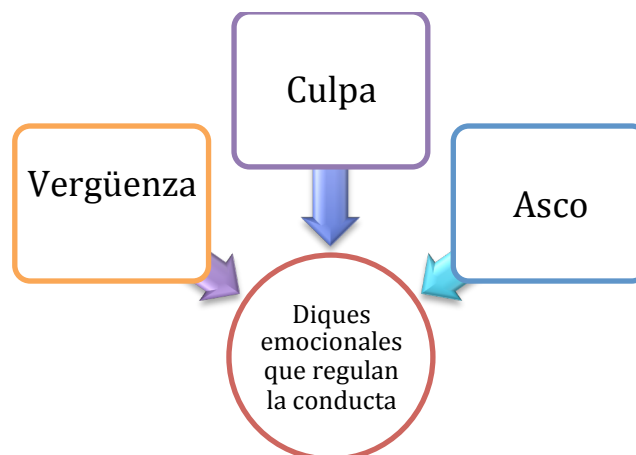
²⁰ El vocablo *infans* refiere al niño pequeño que aún no ha adquirido el lenguaje, el que aún no habla (Calderón, 2017).

primigenias se condensan en códigos sociales de comportamiento, de donde se desprenden las formas aceptadas de ser socialmente de los sujetos.

De esta manera, las emociones -comprendidas cómo símbolos- nos habitan inscribiéndonos en el mundo social a partir de dos procesos que llenan de contenido nuestra experiencia social: por un lado, posibilitan el anudamiento del vínculo entre el mundo interior y el exterior, entre nuestro bagaje biológico y nuestra existencia social, nos comunica, permitiéndonos comprender, incorporar los elementos del mundo del cual formamos parte para pertenecer a él. Por otro lado –siguiendo a Elias (2009)- las emociones regulan nuestro comportamiento y conductas, nuestros gestos, nuestros estilos, nuestras resistencias.

Al respecto, Freud propone que algunas emociones, o “poderes anímicos” – como los llama-, se imponen “bajo el influjo de la educación” como si fueran guardianes que reprimen las pulsiones para regular la vida de los sujetos. Son tres las emociones primordiales que Freud (1999, 1999 [1909]: 41) reconoce como constitutivas de *diques* que prescriben el discurrir de los sujetos “por los caminos llamados normales y le imposibilitan reanimar las pulsiones sometidas a la represión”: la vergüenza, el asco y la culpa (ver Imagen 3). Para Freud, estos diques cobran mayor fuerza en la adolescencia, cuando las pulsiones sexuales elevan el ímpetu de los sujetos para dejarlas salir.

Imagen 3: Tríada emocional reguladora del comportamiento



Fuente: Elaboración propia basada en Freud ,1999 [1909]

Lo anterior apuntaría, quizás, a que es en la adolescencia o en la etapa de la juventud cuando los sujetos sociales confrontamos si el camino que se nos ha mostrado como “normal” es el adecuado para nosotros. Es en esta etapa en donde, la tríada emocional (vergüenza-culpa-asco) se pone a prueba, ya sea para reprimir nuestros deseos, ya sea para dejarlos actuar en el plano social.

Elias, por su parte, incluye entre los diques al miedo como una emoción útil para la regulación del comportamiento y como “vía de unión a través de la cual fluye la estructura de la sociedad sobre las funciones psíquicas emocionales” (Elias, 2009: 528). Nuestra pertenencia, permanencia, nuestro reconocimiento como sujetos sociales está mediado por las emociones, pero también –y esto es de suma importancia- pueden operar para mantener privilegios de clase, género, edad, territorio y otras condiciones interseccionales que atraviesan al individuo, lo que origina tensiones entre sujetos que se reconocen diferentes.

La dimensión emocional se constituye a partir de vivencias significativas que al repetirse constantemente marcan pautas que generan referentes en nuestra experiencia de vida. Las vivencias evocan emociones, sentimientos, afectos y pasiones, los cuales constituyen símbolos que nos habitan, que nos constituyen como sujetos reconocibles socialmente (Calderón, 2017). Una de las vetas de la relación entre la dimensión emocional y la socio-espacial apunta a fijar al espacio habitado como dispositivo en donde se gestan las relaciones y políticas emocionales que moldean la interpretación de los acontecimientos, coadyuvando a la conformación de la “experiencia de sí”, entendiendo esta al margen de lo dictado por Foucault:

(...) aquello a través de lo cual hacemos la experiencia de nosotros mismos, nos conocemos, nos descubrimos, nos revelamos a nosotros mismos, [experiencia] en el sentido de que este mundo, este *bios*, es también un ejercicio, es decir, aquello a partir de lo cual, a través de lo cual, a pesar de o gracias a lo cual, vamos a formarnos, transformarnos, encaminarnos hacia una meta o una salvación, marchar hacia nuestra propia perfección (Foucault, 2005: 454).

A partir de la socialización, la subjetividad queda ligada al lugar que se habita, por lo que la posibilidad de transitar otros espacios e interactuar mediante otros símbolos, posibilita a su vez, ampliar nuestra experiencia social. El espacio

funge como contenedor de la moral que rige a las relaciones sociales que en él se suscitan y, como vimos en el apartado anterior, este se encuentra configurado por la gestión de las tecnologías de poder que buscan regular los comportamientos. Por lo tanto, las relaciones que en él se gestan y transitan, las prácticas discursivas y no discursivas, los símbolos y códigos que permiten la comunicación y la sociabilidad, o la limitan cuando esos códigos no son compatibles, están también esbozados -que no determinados- por esa gestión; es decir, las tecnologías de poder también ejercen influencia sobre ellas.

Lo que se dice, lo que se ve, lo que se piensa, lo que se omite - “la palabra, obra u omisión”- se encuentra mediado por la gestión del espacio. Todos podemos sentir miedo, alegría, enojo hacia ciertos acontecimientos, pero la manera en la que estas emociones se expresan, se transmiten, se comprenden, está mediada por la moral que impera en el espacio en el que nos encontramos, regulando nuestros modos de ser.

Las emociones no se comparten a la ligera, al libre albedrío, sino que se conjuntan en estructuras que llegan a condensarse en una especie de marco que nos indica qué es correcto y qué no, regulando cada una de las áreas de nuestra vida. Estas estructuras que marcan el dispositivo espacial, responden a las lógicas de gestión de la existencia social, constituyendo la moral que rige en el espacio y modela nuestro ser, tanto en lo público como en lo privado, circulando a través de las instancias e instituciones mediante las tecnologías de poder (Foucault, 2006).

Lo anterior alude a lo que Ahmed (2015) nombra como la política cultural de las emociones, la cual implica diferencias (que se convierten en desigualdades) de comportamiento a partir de condiciones como el género, la clase social o el grupo étnico al que se pertenece. Esta autora retoma la tríada presentada por Freud, pero coloca algunas variantes, la más significativa es la conversión del asco en repugnancia; puesto que, para ella, la repugnancia es la expresión políticamente adecuada del asco, la que se presenta en sociedad y hace que un objeto o cuerpo no sea aceptado a partir de rasgos físicos, sociales y/o culturales atribuidos a su presencia.

La política cultural de las emociones, que se rigen bajo las lógicas de gestión de la existencia reguladas por las tecnologías de poder, no es una estructura rígida, indestructible; sino moldeable y ajustable a partir de las experiencias a la que los sujetos tienen acceso. Las emociones no están aisladas, sino conjuntan universos simbólicos emocionales, al igual que la socialización no son estados acabados (Calderón, 2017), sino que se reconfiguran constantemente a partir de las relaciones que se bordan y desbordan a lo largo de nuestra experiencia de vida. Esta cualidad de constancia y permanencia que la dimensión emocional presenta concuerda con el planteamiento de Lahire respecto a la socialización como un proceso inacabado, múltiple y plural; así mismo concuerda con lo planteado por Spinoza (2000) y retomado por Deleuze (2006).

De hecho, este punto de contacto alude, más que a una coincidencia, a una reciprocidad, a un vínculo estrecho entre la socialización y la dimensión emocional como procesos que afianzan la subjetividad: entre más experiencias acumulemos dadas las interacciones con actores diferentes y en espacios diferenciados, mayor será la posibilidad de experimentar emociones diferentes, ya sean propias o de los otros, que nos permitan simbolizar de diferentes maneras lo que nuestra realidad nos presenta.

Lo anterior me lleva a plantear que la dimensión emocional se alimentará de nuestras experiencias sociales, provocando que sea mayor la posibilidad de simbolizar la realidad, así como de adquirir expresiones nuevas y diferenciadas para manifestar nuestras emociones. Incluso, agregaría, la acumulación de experiencias potencia la posibilidad de experimentar una mayor gama de emociones que nos permita desafiar la política cultural establecida que determina el qué, cómo, cuándo, dónde sentir y expresar nuestras emociones.

Somos sujetos sociales en tanto hemos sido socializados, simbolizados, inscritos en universos simbólicos emocionales en un espacio determinado. La socialización, las emociones y la espacialidad tienen un carácter procesual y relacional que hace posible la transformación, pero también el estancamiento al retroalimentarse constantemente entre sí. De esta manera, el espacio, las

emociones y las pautas de socialización pueden constituir caminos llanos para andar la vida o bloques de una pared que nos detiene.

En los capítulos siguientes presentaré algunos pasajes etnográficos que muestran cómo las emociones –basándome principalmente en la tríada presentada- desempeñan lógicas que rigen las políticas de vínculo y regulación, de acercamiento y contención, en las experiencias de los jóvenes de El Aguaje. Lo que me interesa es destacar cómo la dimensión emocional reprime o empuja, lleva a desarrollar prácticas, discursos u omisiones a los jóvenes que, en contextos diferentes a los propios, pueden no ser aceptados, cuestionándoles incluso el lugar desde donde son reconocidos socialmente, es decir, sus marcos de existencia.

Capítulo 2

Tuxtla Gutiérrez: ciudad de promesas rotas

*Alguien me habló todos los días de mi vida
al oído, despacio, lentamente.
Me dijo: ¡vive, vive, vive!
Era la muerte.*

*“Del Mito” (fragmento)
Jaime Sabines*

2.1. Introducción

Para comprender la actualidad de Tuxtla es necesario remitirnos a la historia de Chiapas, puesto que de otra manera no queda claro cómo caserío disperso de indígenas zoques, sin mayores pretensiones, que no oponen resistencia a la conquista española, con el paso del tiempo, el cambio en la estructura urbana, el mestizaje y el deseo de poder, se levantan contra el grupo conservador, arrebatándole el poder político y económico.

La llegada de los españoles al territorio chiapaneco no benefició al territorio que se convertiría en Tuxtla, pues fue visto como lo que era: un lugar de paso para descansar e intercambiar ciertos bienes para continuar el camino. Las grandes ciudades coloniales se establecieron, primero en Chiapa de Corzo –donde estaba el asentamiento de los chiapanecas-, después en San Cristóbal de Las Casas. Poco a poco se erigieron otras ciudades, pero Tuxtla Gutiérrez se mantuvo al margen de dicho crecimiento, ostentando pocas edificaciones y asentamientos de los nuevos pobladores europeos: ¿cómo fue entonces que, un poblado sin importancia visto como un conjunto de caseríos, sin mayor relevancia antes ni después de la conquista española, llegó a ubicarse como la capital del estado?

Este capítulo está destinado a presentar a la ciudad de Tuxtla Gutiérrez a partir de los factores históricos, sociales y económicos que han confluído para organizarla y configurarla como es hoy, haciendo énfasis en la colonia El Aguaje,

como el espacio habitado en el cual se desarrollan las biografías de los jóvenes protagonistas de esta investigación. La finalidad del capítulo es presentar los aspectos relevantes de la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, mostrando la importancia que tiene habitar esta ciudad en las experiencias de vida de los jóvenes de El Aguaje.

La organización del capítulo destaca las partes en las que la gestión de la ciudad y los cambios en la estructura urbana han ido teniendo implicaciones en la estructura social y, por lo tanto, en la configuración de las subjetividades de sus habitantes. Lo anterior se basa en el supuesto de que la ciudad, como espacio urbano -su estructura caótica, la gestión de sus reglas que mantienen el orden dentro del desorden (Duhau y Giglia, 2008), sus trazos desiguales-, cobra relevancia en la socialización en tanto espacio funcional y socialmente diferenciado, siendo fundamental en la conformación de la subjetividad y de los modos de vida de los individuos. A partir de la ubicación, pertenencia y vivencias en y de la ciudad, podemos hacernos de una imagen respecto al lugar que ocupamos en ella y en el mundo; así mismo, a partir de la experiencia urbana vamos también configurando nuestra experiencia como sujetos sociales.

El capítulo se organiza en tres apartados. “Coyatocmoc: el pueblo disperso que se hizo ciudad” es el primer apartado, en el cual presento la información respecto a la fundación, antecedentes y datos relevantes que constituyen los trazos de identidad de la trama urbana, el paso de un caserío disperso a la consolidación de una ciudad que se ha disputado en diferentes ocasiones el poder político de la entidad. A lo largo de este apartado hago referencias a algunas ficciones de verdad que han servido como pilares para unificar las diversas regiones que componen Chiapas, pero de manera más específica, para levantar a Tuxtla Gutiérrez en su paso para hacerse ciudad capital.

Estas ficciones responden a verdades a medias, operan sobre el espacio y acomodan las vivencias a favor de intereses de particulares, otorgando sentido a los diferentes espacios de la ciudad y a la gente que la habita, a los discursos que generan promesas, fragmentan el espacio, recuerdan con nostalgia una ciudad

que no fue; pero sobre todo, mantienen la esperanza de verla florecer en cada cambio, mientras se van levantando muros simbólicos que segregan los espacios y aumentan las distancias físicas y sociales entre la gente que la habita.

El segundo apartado, llamado “Tuxtla Gutiérrez: florecimiento desigual y fragmentado”, presenta cómo la ciudad se ha ido desarrollando, después de haberse asegurado como capital, siendo objeto de transformaciones urbanas que han sido la base de ficciones y promesas de una ciudad que, parafraseando a Juan Pedro Viqueira (2009), intenta florecer sin éxito. En este apartado abordo las etapas que han marcado el crecimiento demográfico y el desarrollo social de la ciudad, dando pie a que la gestión de la ciudad circule constantemente entre el “ahora sí” y el “otra vez no”, condenada a ser una ciudad que se recuerda mejor en tiempo pasado, pero que tampoco en ese tiempo añorado era la ciudad que se evoca.

El tercer y último apartado, “El Aguaje: de la lucha por la autonomía al enclave sin memoria”, condensa la información respecto a la fundación y colonización de El Aguaje, destacando datos y experiencias de sus habitantes que guían la comprensión hacia cómo este espacio en particular se configura como un enclave.

2.2. Coyatocmoc: el pueblo disperso que se hizo ciudad

“Coyatocmoc” era el nombre con el cual los zoques bautizaron a la región que hoy se conoce como Tuxtla Gutiérrez, ubicado en la región de los Valles Centrales: “tierra de conejos” era el significado en zoque y aludía a la presencia de conejos de cola blanca en el territorio. El cambio de nombre del pueblo deriva con la llegada de los mexicas que acompañaban a los españoles en la búsqueda por conquistar nuevas tierras, así pasó de ser Coyatocmoc a Tuchtlán, que en lengua náhuatl tiene el mismo significado. Posteriormente, la castellanización de los pueblos llevó a la consolidación de Tuxtla, como nombre oficial.

A diferencia de otros poblados de lo que hoy se conoce como Chiapas, Coyatocmoc no estaba estructurado como un pueblo, su organización territorial parecía no obedecer a ningún orden establecido, como sí lo presentaban algunas comunidades de la región de los Altos (Escobar Rosas, 2000). Este poblado desperdigado en el territorio zoque se encontraba bajo el dominio de los chiapanecas, quienes se caracterizaban por ser aguerridos, manteniendo una ofensiva constante hacia otros pueblos y una reforzada defensiva que los había llevado incluso a resistir el ataque de los aztecas.

La opresión mantenida por los chiapanecas pudo ser uno de los factores que intervino para los indios zoques no opusieron resistencia, o al menos no tanta, frente a los españoles y mexicas que llegaron a invadir y conquistar el territorio. La historia oficial del enfrentamiento entre españoles y chiapanecas se funda en una tragedia, basada en una ficción, que busca preservar un orgullo vulnerado. La ficción se crea apartir de un relato sobre el acontecer de los indios chiapanecas, quienes, ante la inminente conquista y bajo la consigna de nunca ser dominados, optaron por un suicidio masivo arrojándose por un desfiladero del Cañón del Sumidero.

Imagen 4: Escudo actual de Chiapas



Fuente: consulta en Google, 2017

La importancia de dicho relato es tal que sobre él se sostiene parte de la honorabilidad y cohesión del pueblo chiapaneco, al grado que la representación gráfica del acontecimiento se ha decretado como escudo oficial de Chiapas (Ver Imagen 4).²¹

Pero esta tragedia no es más que una ficción que, si bien ha tenido una función de fortaleza, no pasa de una reinterpretación difusa y acomodada de la historia. De Vos (1988), nos muestra que el tan mencionado y heroico suicidio no

²¹ En la modernidad, la representación en el escudo simboliza, para la mayoría de los chiapanecos, la fusión de dos culturas: la chiapaneca con la española (Castro Aguilar, 2017).

fue más que el término de una persecución que llevó a los guerreros chiapanecas a encontrarse con el fin del camino, con el desfiladero al que cayeron empujados por el temor y el acorralamiento de los conquistadores españoles. De esta manera, vemos como sobre una verdad histórica, se ha construido un fantasma que brinda heroicidad y honorabilidad a un pueblo caído.

Una vez acabado el poderío chiapaneca y vencida la resistencia de los Altos, los españoles establecieron la primera ciudad para centralizar el poder, en lo que antiguamente era la ciudad de Chiapan –hoy Chiapa de Corzo- a unos pocos kilómetros de Tuxtla. Posteriormente se cambia la sede central del poderío español hacia el Valle de Jovel -ahora San Cristóbal de Las Casas-, concentrando el poder sobre el territorio, así como la administración y distribución de la riqueza para los españoles establecidos en esa región.

Una vez centralizado el poder, los españoles fundaron pequeñas ciudades tributarias con el cometido de organizar la dispersión de los pueblos indígenas y controlarlos. Bajo este hecho, el antiguo pueblo de Tuchtlán se convierte, por intervención de los dominicos, en una ciudad tributaria que recibe el nombre de San Marcos Evangelista Tuchtlán, posteriormente cambia a San Marcos Evangelista Tuxtla, en 1560 (Castro Aguilar, 2015). Este cambio llevó a Tuxtla a su primera organización urbana, creándose cuatro barrios bajo el amparo de los dominicos: San Roque, Santo Domingo, San Miguel y San Jacinto. Por su parte, la orden de los jesuitas, establecida después, funda la Catedral de San Marcos (Malo, 1997).

A diferencia de las “economías de enclave”²² que se habían establecido en la región de los Altos, los Llanos (Comitán) y el Soconusco; en Tuxtla Gutiérrez, la dinámica comercial siguió otro esquema económico -también capitalista- dirigido al comercio de productos agrícolas y ganaderos dentro y fuera de la región, así como

²² Las economías de enclave se crearon con la finalidad de aumentar la riqueza, priorizando los cultivos factibles de comercializar fuera de la región (algodón, café, caña de azúcar) sobre la agricultura de subsistencia. De esta manera, las economías de enclave se centran en el cultivo de “productos altamente lucrativos con gran demanda en el mercado europeo”, pero con pocas ventajas para el mercado interregional, y que, para aminorar costos, mantenía a los trabajadores viviendo dentro del territorio del señor hacendado como acasillados (Escobar Rosas, 2000: 19).

a la prestación de servicios. En la ciudad, también se desarrollaban actividades económicas, sobre todo de producción artesanal como panela, mezcal, aguardiente, cigarros, quesos, que se comerciaban entre los habitantes y los visitantes, fortaleciendo con ello la economía local (Malo, 1997).

Saturados de los maltratos y la explotación a la que eran sometidos, diferentes grupos de indígenas se sublevaron ante la “triple explotación” a la que estaban sujetos: por parte de los funcionarios coloniales, los terratenientes y el clero (Escobar Rosas, 2010: 21). Las rebeliones tuvieron lugar en distintos puntos de la entidad chiapaneca, siendo una de las primeras la llevada a cabo por los zoques en San Marcos Evangelista Tuxtla, el 16 de mayo de 1693, quienes solicitaban la destitución de quien era el gobernador del pueblo por tratar de manera déspota a los habitantes (Castro Aguilar, 2015: 12). Después de este hecho, la vigilancia y dominio hacia los indígenas zoques aumentó y, aunándose a otra rebelión suscitada en los Altos (en San Juan Cancuc), los terratenientes españoles se vieron obligados a reconfigurar la organización de la entidad, a fin de mantener un control más estricto e intentar aminorar el impacto de la explotación sobre los indígenas.

En 1786, Chiapas se convierte en una Intendencia, hecho que le permite a Tuxtla hacerse cargo del cobro de tributos de 33 poblaciones, mostrándose reacios a otorgar los ingresos de los tributos a la Alcaldía de Ciudad Real (San Cristóbal), argumentando que esta mantenía un control monopolizador de los impuestos. Las autoridades españolas conceden el permiso a Tuxtla de administrar dichos impuestos para el mejoramiento del pueblo; comenzando con ello, sin intenciones abiertas, una enemistad entre ambas ciudades basada principalmente en las distintas maneras de conducirse respecto al manejo de los recursos y a la administración de los poblados bajo su mando (Castro Aguilar, 2015).

La mayor parte de los ingresos que se obtenían fueron usados en Tuxtla para realizar mejoras urbanas, como empedrados de caminos principales, la creación de una pila de agua y un acueducto, entre otras obras que beneficiaron a

la población. Este hecho aumentó la popularidad de la ciudad, contribuyendo a perfilarla como un centro comercial y de intercambio clave para la región. Tal popularidad, sumada a la fama de los caciques tuxtlecos como menos violentos – que no amables ni justos- en comparación con los de otras regiones (Viqueira, 2009), motivó la inmigración de indígenas y campesinos que salían de sus comunidades en busca de mejores oportunidades o huyendo de los abusos propinados por los caciques de sus poblados; fomentando así el crecimiento poblacional de Tuxtla.

Para 1813, Tuxtla es elevada a la categoría de Villa alojando a cuatro mil habitantes, los cuales estaban distribuidos por una mayoría de indígenas que habitaban jacales alrededor de la ciudad, seguidos en número por la población mestiza que gozaba de mejor posición económica y eran propietarios de casas, tierras y algunos comercios en el centro del pueblo, y una minoría española de terratenientes y burócratas de confianza, quienes habitaban las casas del centro y mantenían el control sobre las tierras aledañas (Malo, 1997).

Como puede observarse, la diferenciación socioeconómica estaba delimitada a partir del origen étnico, pero también por la estructura urbana, puesto que los españoles ocupaban las casas del centro, compartiendo el espacio con algunos mestizos que habían acumulado riqueza y eran comerciantes, dejando la rudimentaria periferia para los indígenas.

En 1820, la importancia de Villa de Tuxtla despunta al ser el centro de actividades de una región próspera y con una elevada actividad agrícola, pero también por la relativa autonomía gozada respecto al mando de Ciudad Real, a quienes ya no le retribuían impuestos. El porvenir tuxtleco se finca en la idea de ser una provincia libre y autónoma, que lleva a los líderes a identificarse con una ideología liberal y federalista, diferenciándose de los vecinos de las tierras altas que se perfilaron hacia el conservadurismo. Las diferencias ideológicas enemistan aún más a Tuxtla y San Cristóbal.

Estas diferencias, más que ideologías, expresan los intereses políticos y económicos de las familias que detentan el poder en cada región. Para Escobar

Rosas (2000: 24), señalan el encuentro de “dos modelos de acumulación y dos modalidades de dominación sociopolítica” que se enfrentaron hasta radicalizar la regionalización del territorio chiapaneco, e incluso decidieron el rumbo de Chiapas en los años venideros, impulsando el surgimiento de un líder social durante la segunda década del siglo XIX, quien actualmente es rememorado con ahínco: el Gral. Joaquín Miguel Gutiérrez.²³

Joaquín Miguel Gutiérrez, “héroe epónimo de Tuxtla”, guió a Villa de Tuxtla y al estado de Chiapas hacia su independencia, a través del Plan de Chiapas Libre, en 1823; siendo quizás una de sus hazañas más significativas, motivado por el fervor de la guerra de Independencia que México le había declarado a España (Castro Aguilar, 2015). Pero esta independencia no le vino del todo bien a Chiapas, puesto que al no pertenecer a Guatemala ni a México quedó a la deriva, vulnerable para ser invadida. En el lapso de un año, el sueño de libertad chiapaneco se desmorona, entrando en una fase de incertidumbre respecto a qué camino tomar: ¿volver a pertenecer a Guatemala o anexarse al país en plena independencia, México?.

Los intereses entre los dos grupos divididos en Chiapas no se hacen esperar. Por un lado, los conservadores de San Cristóbal defienden la postura de la anexión a México, mientras que los liberales tuxtlecos y aliados, se inclinan hacia Guatemala. Tales posturas obedecían a los intereses de las familias poderosas de cada región, dejando manifiesto de otra de las ficciones de verdad: la unidad de la familia chiapaneca.

El 25 de julio de 1824 se abre el plebiscito para votar sobre el país destino al que se unificaría Chiapas, resultando ganador el grupo conservador que votó por México. Esta elección constituyó no sólo la anexión de Chiapas a México, sino un hecho que ha marcado -y aún tiene resonancia- el destino de la entidad, puesto que es considerado como las primeras elecciones fraudulentas de Chiapas (De

²³ Fundó el periodismo chiapaneco (1827), llevó la primera imprenta al municipio y la segunda en el estado en 1827, se le adjudica ser fundador de la masonería en Chiapas (1828), férreo promotor del federalismo y combatiente del centralismo hasta caer muerto en una batalla en 1838 (Castro Aguilar, 2015).

Vos, 1988). El alegato principal radica en que la población de Comitán y San Cristóbal (tierras altas), votó a favor de México en su totalidad, es decir, incluyendo a niños y bebés y, quizás, a uno que otro muerto.

En septiembre de 1824 se hace pública la decisión del pueblo chiapaneco para anexarse a México, teniendo lugar la firma del acta de la Junta Suprema Provisional en la que se decreta la anexión de Chiapas a México, el 14 de septiembre del mismo año, bajo el puño del Gral. Joaquín Miguel Gutiérrez, como representante del Partido de Tuxtla. Si de ficciones se trata esta historia, vale decir que el 14 de septiembre ha sido instituido como un día célebre para Chiapas, en el cual se conmemora la anexión y se le rinde homenaje al Gral. Gutiérrez, el mismo que no estaba de acuerdo con que Chiapas perteneciera a México.

A la par de estos acontecimientos, Tuxtla continua obteniendo ganancias considerables debido al comercio y a la actividad agrícola, logrando aumentar su población, adquiriendo la categoría de ciudad en 1829 (Malo, 1997). Posterior a la firma de la anexión a Chiapas, el Gral. Gutiérrez se instala en la Ciudad de México al ser nombrado diputado federal del incipiente estado mexicano, regresando en 1830 al haber sido electo como gobernador de Chiapas (Castro Aguilar, 2015). Uno de los cambios más significativos llevados a cabo durante su mandato fue, sin duda, imponer a Tuxtla como la nueva ciudad capital del estado, arrebatándole el título a San Cristóbal en 1833, sustentando dicha decisión en los constantes enfrentamientos y contradicciones que tenían lugar entre el clero y el gobierno, los conservadores y liberales, argumentando que la iglesia no dejaba gobernar libremente (Escobar Rosas, 2000).

Diez años después de la muerte del General, en 1848, se le adjudica bajo decreto a la ciudad de Tuxtla el apellido “Gutiérrez”, para honrar a quien se reconoce como un héroe liberal (Castro Aguilar, 2015). De esta manera, una nueva ficción se introduce en el entramado histórico de la ciudad: la valentía y orgullo de los indios chiapanecas se entretajan con la ficticia unidad de la familia chiapaneca, para luego seguir bordándose entre los relatos de un héroe liberal que se despoja (en el relato) de intereses personales frente a la búsqueda de

justicia y la libertad. Este manto de ficciones es lo que sostiene a Tuxtla Gutiérrez para abrirse camino en la disputa por consolidarse como la ciudad más importante de la entidad.

2.2.1. Tuxtla en la disputa por la capital.

Con las diferencias agudizadas entre las familias chiapanecas, salen a la luz rencores y muestras de racismo y clasismo que había operado en las regiones, incluso impactando en la organización social y urbana de las ciudades, dando pie a un vaivén del poder político entre Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal de Las Casas, ciudad a donde el poder político se regresó en 1835.

Las pugnas no deben entenderse como contradicciones políticas que se convierten en regionales debido a la diferencia respecto a las ideologías políticas adoptadas. La cuestión en Chiapas trascendió de manera inversa: los conflictos regionales provocados por las contradicciones entre dos modelos de acumulación que suponen dos maneras diferentes de controlar los recursos, más que los valores ideológicos, adquirieron connotaciones políticas que cambiaron el rumbo histórico de las ciudades (Escobar Rosas 2000: 24).

Lo que regía de fondo respecto a la enemistad de las dos ciudades, supuestamente hermanas, era el modelo de acumulación, las maneras diferentes de administrar la explotación de los más desfavorecidos. La libertad, la justicia y la autonomía se promulgaban del lado liberal siempre y cuando no afectaran los intereses de la élite, hermanándose con los conservadores cuando así les convenía.

Lo anterior fue manifiesto cuando, después de la Independencia, en México se decretó que cualquier ciudadano podía comprar tierras baldías con la intención de recaudar recursos y dispersar a la población sobre todo el territorio mexicano, a fin de evitar y para contener posibles invasiones extranjeras. Este decreto fue aceptado de inmediato por la “unida” familia chiapaneca, tanto por los liberales como por los conservadores, emprendiendo desplazamientos forzados de

poblaciones indígenas y campesinas para reclamar, de manera simplificada y apresurada, tales terrenos que denunciaban como baldíos (Escobar Rosas, 2000).

A través de este acto se hizo evidente que para el despojo y la acumulación no operaban las diferencias ideológicas, mostrando que en el trasfondo de la unidad de la familia chiapaneca radica una ficción de verdad. La ficción de la unidad transita y funciona en un plano de conveniencia que facilita la acumulación y, a la vez, instaaura condiciones de desigualdad que impactan en la vida de la población. No obstante, dentro de estas acciones, algunos ideales liberales se impusieron a las decisiones y acciones de despojo cuando, en 1840, los liberales de las tierras bajas lograron proscribir el vasallaje (Escobar Rosas, 2000).

En tres ocasiones más, el poder político fue cambiado de sede entre Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal, enemistando más a las ciudades y fragmentando la endeble, pero famosa, unidad chiapaneca. En 1858, Ángel Albino Corzo, amparado en las Leyes de Reforma y la nueva Constitución Política del Estado de Chiapas, trasladó los poderes hacia Tuxtla Gutiérrez, argumentando que la cercanía de las familias sancristobalenses con la iglesia católica no permitían llevar a cabo un gobierno laico y en apego a la legalidad, tal como la nueva Constitución lo decretaba (Castro Aguilar, 2015). Este nuevo intento se diluyó en 1861, cuando los poderes fueron regresados a la ciudad de San Cristóbal, bajo la justificación que Tuxtla Gutiérrez no contaba con la infraestructura urbana necesaria para asumir la responsabilidad que dicha carga administrativa representa.

La tercera vez que hubo un cambio de poderes de una ciudad a otra fue en 1864; sin embargo, esta vez los sancristobalenses no esperaron a que el poder les fuera restituido, emprendiendo la ofensiva y motivando a una sangrienta lucha en la que los liberales resultaron vencedores (Castro Aguilar, 2015). Con la derrota sobrevino un desconocimiento del poder de la iglesia, lo que afectó de manera directa a la economía de los sancristobalenses, ya que los dominicos eran no sólo los principales terratenientes, sino también los principales acreedores financieros de los propietarios y comerciantes de la región de los Altos.

Lo anterior provocó una migración importante de comerciantes y artesanos de la región Altos a los Valles Centrales, atraídos por el dinamismo económico que se fomentaba en la región (Escobar Rosas, 2000). Este empobrecimiento de San Cristóbal benefició, por supuesto a las tierras bajas, pues como ganancia secundaria obtuvieron algo que anhelaban de tiempo atrás: el control sobre los indios de los Altos (Rus, 2004). Empero, el poder político regresó a San Cristóbal después de llevarse a cabo la “Guerra de Castas” (Escobar Rosas, 2010; Rus, 1997, 2004),²⁴ que consistió en un levantamiento armado entre los ladinos y grupos tseltales y tsotsiles.

En 1890, con la rebelión indígena sometida, ocupó la gubernatura del estado Emilio Rabasa, quien bajo el predicamento porfirista de “orden y progreso” pretendió “imponer un proyecto de gobierno nacional por encima de los intereses regionales” (Escobar Rosas, 2000: 27). Rabasa veía al clero y a los intereses de los conservadores como obstáculos para sus objetivos, situación que lo motivó a trasladar, en 1892, la capital del estado hacia Tuxtla Gutiérrez, siendo esta vez la definitiva.

Los ánimos no se hicieron esperar, pero Rabasa estaba preparado para el ataque, venciendo a los opositores. Con ello, el ciclo de ida y vuelta de los poderes estatales de una ciudad a otra se cerró, el juego de vencidas entre las dos ciudades principales del estado culminó; sin embargo, las relaciones sociales se vieron fragmentadas, creando en los sancristobalenses “un sentimiento de animadversión contra los tuxtlecos, lo que culminó en enfrentamientos entre las dos ciudades hermanas” (Castro Aguilar, 2015: 34).

Malo (1997) refiere que cuando Tuxtla se proclamó como la capital definitiva de Chiapas tenía una población de no más de 7 mil habitantes distribuidos en un espacio urbano compuesto por 20 calles y 13 avenidas, contando con, al menos, seis barrios establecidos: San Roque, San Jacinto, San Pascualito, Santo

²⁴ Esta guerra, al parecer -según argumenta Rus (2004)-, no fue tal, puesto que los indígenas de los Altos no buscaban pelear ni enfrentarse con los terratenientes, sino sólo buscaban negociar la paz en sus vidas y cultivos, sin ser hostigados por los caciques ladinos.

chiapaneca -hacendados, terratenientes, comerciantes, alto clero, militares-, que los privilegios estarían mejor cuidados en las tierras altas. Dado que el conflicto chiapaneco contravenía la idea de paz y estabilidad que el gobierno maderista buscaba, en 1912, bajo lo que Rabasa llamó “la causa Tuxtleca”, la Federación reconoció a Tuxtla Gutiérrez como capital de Chiapas (Castro Aguilar, 2015).

El deseo de entrar a la modernidad obligó a las ciudades a realizar algunos cambios, pero estos se presentaron con mayor auge en la fachada urbana que en las relaciones y formas de organización social, control de la población y distribución de la riqueza. Asumir los poderes estatales obligó a Tuxtla Gutiérrez a dejar de ser una ciudad “con pocos edificios” para convertirse en la ciudad capital que el estado requería.

Como he presentado hasta aquí, la base histórica de la conformación de la ciudad se teje sobre disputas políticas e ideológicas, intereses económicos y sobre la posesión de la tierra por parte de las élites, marcando un claro desinterés por el desarrollo de los grupos sociales desfavorecidos, como son los campesinos (indígenas y mestizos) y los migrantes rurales desplazados de sus lugares de origen por la violencia política y los intereses económicos de los grupos en el poder.

En este entramado social asimétrico destacan dos situaciones que pueden verse como principios para que las relaciones se lleven a cabo: por un lado, se encuentra la lealtad de los desposeídos hacia sus patrones, a quienes siguen y obedecen a pesar de ir en contra de sus propios beneficios; por otro lado, las maneras en las que los grupos en el poder han neutralizado las protestas, rebeliones y cualquier otra forma de rechazo a la opresión y al abuso.

La asimetría en las relaciones de poder se fue estableciendo como la base sobre la que se cimbró la estructura de la ciudad *coneja*,²⁵ y sobre esta base se recibió a la modernidad. Con la llegada del siglo XX, el pueblo poco a poco se

²⁵ Alusión al significado de Tuxtla. Se desconoce el momento en el que se comenzó a usar y popularizó la palabra “conejo” para designar a los habitantes tuxtlecos, pero hasta la fecha es usada. También es frecuente que a Tuxtla se le llame “Conejolandia”.

desprendía de sus viejas ropas para dar paso a la modernidad que se sentía en el aire. El éxodo rural aumentó en las siguientes décadas y, después de defender los ideales federalistas, Tuxtla fue resignada a ser una ciudad centralista, puesto que los dirigentes estatales se convencieron (y convencieron a todos) de que el progreso y la modernidad se encontraba anclado a este, cubriendo con este velo a los ideales que antes habían movilizadado al pueblo.

La ciudad se fue configurando como una promesa anclada a dos factores. Por un lado se tiene a una ciudad en auge que promete un lugar para todos (inclusión) y, por el otro, la idea de que el trato que se recibiría al ser ciudadanos tuxtlecos, sería mejor que el recibido en los lugares de procedencia: espacio y emociones se enlazan para crear los discursos de igualdad, inclusión y distribución equitativa, aunque la realidad desmienta lo supuesto. En este punto me detendré para introducir un aspecto importante en el análisis de la conformación de la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, pero que bien podría estar presente en los estudios de otras ciudades: las emociones públicas y políticas.

Si partimos de que los sujetos estamos cargados de emociones y, a partir de ellas, significamos y dotamos de sentido a los elementos que componen nuestra realidad objetiva, entonces no está fuera de lugar pensar que la ciudad también está configurada por las emociones de los sujetos que la habitan. No es difícil dar cuenta de cómo las emociones moldean el espacio urbano cuando, en cualquier plática coloquial con cualquier ciudadano respecto al espacio que habita asoman incontables emociones que acompañan los relatos.

Para Martha Nussbaum (2014) las emociones están presentes en todas las sociedades, pero no necesariamente todas alcanzan una importancia política. Sin embargo, esta autora sugiere que existen emociones que tienen como objeto el espacio urbano, la geografía de la ciudad, la nación, las instituciones, las percepciones de los conciudadanos que comparten espacios públicos en común. Estas emociones son públicas y adquieren un carácter político ya que “tienen consecuencias a gran escala para el progreso de la nación en la consecución de sus objetivos” (Nussbaum, 2014: 14). Es decir, las emociones públicas movilizan

acciones que se sujetan a principios que circulan en el territorio geográfico, a diferentes escalas; y con ello, pueden empujar la realización de la igualdad, la equidad, la inclusión o sus contrapartes.

Como he presentado, la historia de la conformación de Tuxtla Gutiérrez como ciudad está cargada de emociones que han coadyuvado a la cimentación de sus estructuras. Vemos, por ejemplo, como el encono se posa sobre las relaciones entre dos ciudades ante la disputa por poseer el poder político y económico de la entidad. No hay diálogo, no hay acuerdos, sólo hay revancha, enemistad y, del lado sancristobalense podría decirse que rencor, mientras que del lado tuxtleco miedo e incertidumbre ante la posible pérdida de dichos poderes. Estas emociones movilizan a la acción que, como presentaré más adelante, han sido fundamentales para el desarrollo y crecimiento urbano, así como para la configuración de los diferentes y desiguales espacios que conforman la ciudad, impactando en la vida de los habitantes, sobre todo de los jóvenes que ocupan el análisis de esta tesis.

El progreso y la modernidad alcanzaron a Tuxtla Gutiérrez, posándose sobre una base de desigualdad e incertidumbre: ¿qué efectos produjo esto a nivel social, económico y urbano?

2.3. Tuxtla Gutiérrez: florecimiento desigual y desintegrado

La ciudad representa el escenario sobre el cual se desarrollan las vidas de los habitantes, pero la trascendencia que la ciudad tiene sobre estas vidas va más allá de ser un simple espacio escénico. La configuración del espacio urbano, las formas de organización que en ella se gestan, así como las clasificaciones que operan en la distribución de la población en el espacio –elementos todos que constituyen a una ciudad- impactan en la conformación de subjetividades. Caldeira (2007) señala que las reglas que se imponen en la organización de las ciudades toman patrones de diferenciación social y separación, que marcan la vida de los

sujetos. Así mismo, las diferencias sociales marcan al espacio urbano: la diferencia se hace regla de ordenamiento.

Tuxtla, al igual que la mayoría de las ciudades mexicanas y latinoamericanas, no se libró del proceso interno de segregación. Si bien se ha presentado y mantenido una imagen como una ciudad abierta al cambio, receptora de migrantes internos y fuente de oportunidades para la movilidad social, las condiciones de habitabilidad, tanto físicas como sociales, han ido creando linderos de diferenciación social entre la población. Sobre la ficción de la unidad y la libertad se cimentó el ideal de la ciudad, pero, como toda ficción, se desvanece frente a la realidad.

La ficción de Tuxtla como una ciudad para todos los habitantes, abierta al cambio y al progreso, amable anfitriona de quienes buscaban mejorar sus condiciones de vida, ha operado acrecentando las distancias y diferencias sociales, instalando la exclusión como la realidad más cercana para algunos, haciendo del espacio tuxtleco un espacio desigual que tiende a la fragmentación.

Partiendo de que la fragmentación social alude a la “coexistencia de mundos social y culturalmente distantes y aislados unos de otros” (Saraví, 2015: 27), no podría señalar que Tuxtla es una ciudad fragmentada completamente, pero sí en proceso a serlo. Como mostraré más adelante, el espacio urbano se compone de sectores diferenciados y desiguales económicamente, algunos excluyentes entre sí, pero no del todo fragmentados, pues es posible aún encontrar espacios de encuentro entre las diferentes clases y generaciones; no obstante, estos espacios se han ido reduciendo con tendencia a desaparecer.

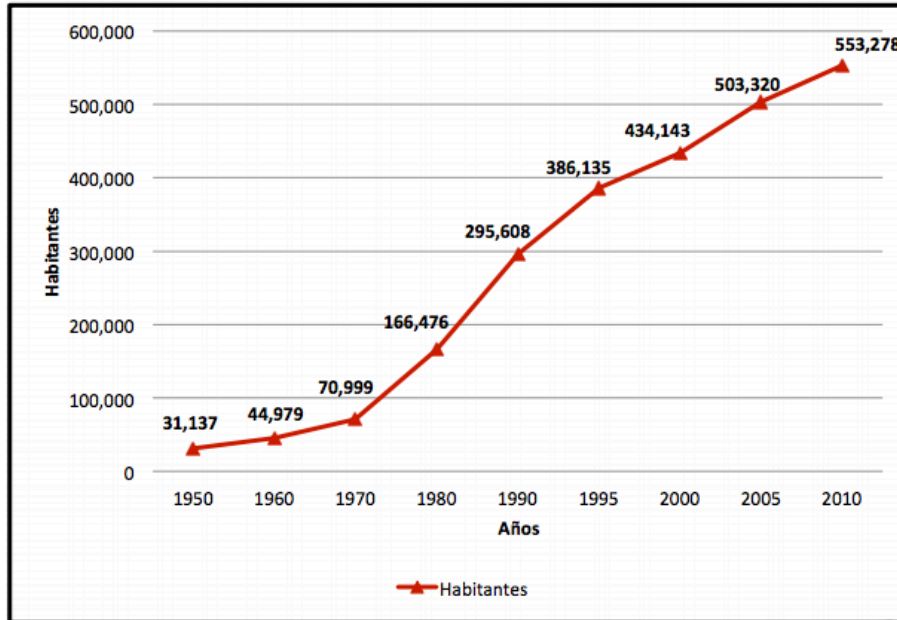
La configuración de la ciudad muestra, más que una fragmentación, un proceso de desintegración espacial y social, que la ha ido configurando como un entramado urbano desigual. Dicho fenómeno puede rastrearse a partir de tres procesos “socio-espacialmente desintegradores” propuestos por Duhau (2008: 200): 1) las nuevas formas adoptadas por la división social residencial del espacio urbano, 2) las transformaciones en las modalidades de consumo, y 3) en el aumento acelerado de las tasas de automovilización.

La desigualdad urbana de la ciudad de Tuxtla Gutiérrez se fue acrecentando a la par del crecimiento demográfico, el caos y desorden urbano surgieron como respuesta a las necesidades inmediatas que el crecimiento iba imponiendo. La posición política y económica de Tuxtla como capital del estado produjo cambios en la estructura tanto urbana como social, que fueron instaurando y gestionando la configuración de sectores desiguales, con diferencias marcadas respecto a condiciones, posiciones, modos y posibilidades de ser, desintegrando paulatinamente el tejido social y las trayectorias de los individuos, sobre todo de los jóvenes tuxtlecos de los diferentes sectores sociales.

El crecimiento poblacional suscitado en la ciudad desde mediados del siglo XX, fue aprovechado en un inicio para recaudar más impuestos y empujar el desarrollo de la ciudad; sin embargo, la falta de control y planeación urbana creó un caos en el ordenamiento urbano que, a su vez, originó que las desigualdades sociales se acentuaran. A partir de la década de los setenta, el crecimiento desmedido y descontrolado dio pie a un proceso de ocupación periférica y establecimiento de asentamientos irregulares (Cruz Mayorga, 2002), situación aprovechada para fines político-electorales que contribuyeron al incremento de la desintegración socio-espacial y de la desigualdad social, así como a la instauración de relaciones sociales con fines políticos basadas en la negociación y la búsqueda de legitimidad.

El crecimiento demográfico de Tuxtla ha sido constante (Ver Gráfica 1), siendo el municipio con mayor número de población en Chiapas, con 598, 710 habitantes (INEGI, 2015); aunque con una tasa de crecimiento que ha ido a la baja, pasando del 7.6% en 1990 a 1.7% para el año 2015, superada por San Cristóbal con una tasa de 2.7% para el mismo año (Encuesta Intercensal del INEGI, 2015).

Gráfica 1: Crecimiento poblacional de Tuxtla Gutiérrez (1950 – 2010)



Fuente: Valdez Gil, 2012

Malo (1997a: 20) distingue tres etapas de crecimiento de la ciudad, que son importantes recuperarlas para comprender cómo se han ido estableciendo las reglas de organización urbana y diferenciación social. Sintetizaré las tres etapas en un cuadro (Ver Imagen 5) para ilustrar los aspectos relevantes que el autor destaca en cada periodo. Posteriormente detallaré con mayor profundidad los cambios presentados en los aspectos urbanos y sociales, siguiendo la lógica de las etapas, a fin de puntualizar los procesos “socio-espacialmente desintegradores” (Duhau, 2008).

El inicio del periodo de **1900 a 1940** estuvo marcado por la incertidumbre de perder el título de capital, debido a que el espacio urbano no contaba con edificios suficientes y aptos para asumir la responsabilidad de las funciones político-administrativas. Además de las iglesias y la Casa Consistorial (que era usada como Jefatura de Policía del Ayuntamiento), la infraestructura de la ciudad sólo contaba con un mercado público, seis escuelas y unas cuantas pocas calles empedradas. Sin embargo, tenía la ventaja de ser la sede de algunas prósperas

casas comerciales, de una fábrica de cigarros (...) y del primer teatro que se erigió en Chiapas” (Viqueira, 2009: 164).

Frente a esta realidad, una de las principales tareas del gobierno estatal fue

Imagen 5: Etapas de crecimiento demográfico, urbano y social de Tuxtla Gutiérrez

1900 - 1940	1940 - 1970	1970 - 1990
<ul style="list-style-type: none"> • Crecimiento demográfico lento acompañado por cambios en la estructura urbana frente a la demanda de infraestructura para poder retener el título de capital del estado • A las actividades económicas comerciales se suman funciones político administrativas 	<ul style="list-style-type: none"> • Aumento en el ritmo de crecimiento e incremento económico. • Renovación urbana del centro ante la incertidumbre de perder el título de capital • Primeros fraccionamientos para la clase alta y media (fuera del centro) y primeras colonias populares. 	<ul style="list-style-type: none"> • Acelerado crecimiento demográfico • Proceso acelerado de ocupación periférica y aparición de asentamientos irregulares. • Inversión en obras públicas y renovación del centro de la ciudad

Fuente: Elaboración propia basada en Malo, 1997a

implementar un programa de obras públicas para construcción de nuevos edificios destinados a la actividad burocrática y a la mejora de la ciudad; ello significó una rama nueva de empleo para los habitantes y migrantes que llegaban a Tuxtla, así como una nueva fuente de ingresos y, por supuesto, un área nueva que acaparar por parte de la élite tuxtleca.

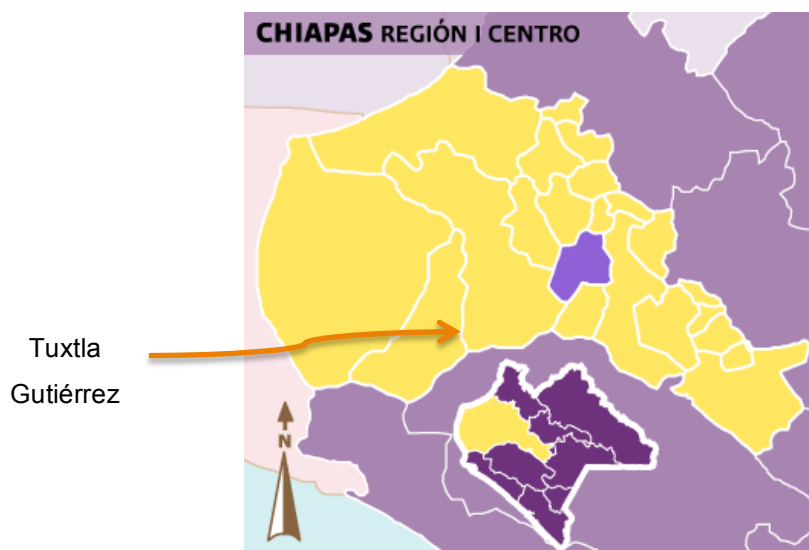
Las primeras construcciones llevadas a cabo fueron el Palacio de Gobierno de estilo neoclásico, la Escuela Militar (1910), y algunos nuevos barrios. También se construyeron puentes, se instaló el alumbrado público en todo el centro, el primer sistema de agua potable y un espacio de esparcimiento a las afueras de la ciudad. Así mismo, comenzó a erigirse el Hospital General, se pavimentó el

parque central y se contruyó la Biblioteca Pública del Estado, en 1910 (Viqueira, 2009).

Además de lo mencionado, se mejoraron los caminos y carreteras que conectaban con otras ciudades del estado y se construyó la carretera hacia Arriaga y el Soconusco, que unía a Tuxtla con el ferrocarril. Esto disminuyó la distancia de los recorridos a la Ciudad de México, impactando positivamente en la economía, que para la primera década del siglo XX reportó un incremento; no obstante, la población no creció tanto como se deseaba, manteniéndose estancada frente a otras ciudades –como San Cristóbal y Comitán- que aumentaron en población (Malo, 1997a; Viqueira, 2009).

Durante el segundo periodo señalado por Malo (1997a), entre **1940 a 1970**, Tuxtla llega a consolidarse como el centro comercial de Chiapas por efecto de dos factores principales. Por un lado, las políticas nacionales enfocadas al campo beneficiaron a la Región Centro de Chiapas (Ver Mapa 2), aumentando la producción de granos, logrando incrementar en un 100% la producción de maíz, lo que llevó a nombrar a esta región “el granero de México”, durante la década de los cincuenta (Escobar Rosas, 2000; Malo, 1997a; Viqueira, 2009).

Mapa 2: Ubicación de Tuxtla en la Región Centro



Fuente: INAFED, 2012

Por otro lado, la construcción de vías de comunicación -como la carretera internacional "Cristóbal Colón"- ²⁶ intensificaron el flujo de productos industrializados que llegaban del centro del país (Malo, 1997b), propiciando que los principales beneficios se concentraran en los comerciantes tuxtlecos, todavía terratenientes.

La incertidumbre de perder el título de capital, motivó a los dirigentes estatales a emprender -entre 1940 y 1950- nuevas construcciones (Malo, 1997b), que provocaron un crecimiento en cuanto a infraestructura y extensión del espacio urbano con mayor rapidez de lo que crecía la población. Importante hacer nota de ello, pues pone de manifiesto que la inversión para el crecimiento y mejora urbana no avanzó como demanda o para satisfacer a la población local, sino teniendo como motor el interés de preservar el poder político y económico del estado, siendo este también el interés que motivó a fomentar la imagen de Tuxtla como amable ante la población migrante que buscaba mejorar sus oportunidades de vida.

Los programas de reconstrucción de la ciudad, pese a destruir edificaciones porfirianas, colocaron a Tuxtla como ciudad destino para la migración interna debido a la demanda de mano de obra. El éxodo del campo a la ciudad aumentó impactando en el crecimiento demográfico; pese a ello, Tuxtla seguía presentando un crecimiento lento, superada en esas fechas (1940-1950) por otras ciudades del estado, como Tapachula (Malo, 1997a).

El mercado de la construcción inmobiliaria también despuntó alcanzando un auge en la década de 1960 como efecto de las migraciones. Nuevas inversiones se realizaron en obras públicas para la mejora de las vialidades y servicios urbanos, la división social residencial fue cobrando forma al construirse fraccionamientos destinados a la clase media y alta, ubicados hacia el lado poniente de la ciudad; mientras que al sur y al oriente se constituyeron colonias populares habitadas por gran parte de los migrantes del campo (Malo, 1997b).

²⁶ Carretera también conocida como "Nogales-Suchiate", en alusión a las ciudades que conectaba el norte y sur del país. Su construcción comenzó en los años treinta y concluyó en 1953 (Malo, 1997a: 23).

Algunas de estas colonias populares fueron producto de la autoconstrucción en terrenos donados por el Estado o puestos en venta por los propietarios directos. El interés por la ciudad *coneja* tuvo lugar a raíz de los cambios presentados en la economía de la entidad, pero este despunte económico no benefició a todos por igual; como era de esperarse, fue la élite quien acaparó la inversión y cobró las ganancias.

Durante esta época, el campesinado chiapaneco recibió un nuevo golpe con la modernización de las técnicas de cultivo y otras actividades desarrolladas en el campo, viéndose obligados a subemplearse como trabajadores de los dueños de los ranchos o, en ciertos casos, a migrar a la ciudad en busca de mejores oportunidades de vida (Malo, 1997b; Escobar Rosas, 2000) Así, Tuxtla siguió recibiendo gente que huía de las condiciones de vida que ya no eran redituables en su lugar de origen o que eran despojadas de sus tierras.

Si bien desde la colonia se atisbaban formas de segregación social basadas principalmente en la raza, para la segunda mitad del siglo XX la segregación avanzaba a pasos amplios, estableciéndose como una realidad que iba en aumento, en donde la raza ya no era la principal condición de segregación (sin embargo, persistía), sino el lugar de origen y la clase social.

Para el periodo de **1970 a 1990** se observa un acelerado crecimiento demográfico que, en la década de los noventa colocó a Tuxtla como una de las ciudades con más altas tasas demográficas en el país, reportando una tasa de crecimiento de 7.6% (Malo, 1997a; Escobar Rosas, 2000; Viqueira, 2009). Este crecimiento poblacional se debió a tres factores principales. Primero, durante la década de los setenta, a la construcción de las presas sobre el Río Grijalva que atrajo a población interna, así como de otros estados del país, para emplearse en las obras. El segundo factor fue la crisis del campo como efecto de la recesión económica nacional, impulsando a los campesinos a abandonar el campo en busca de oportunidades en la ciudad (Viqueira, 2009, 2011). Y, como último factor, se encuentra la posibilidad de “refugio” que Tuxtla representó, durante estas

décadas, para damnificados de todo tipo (incluyendo los afectados por los dos factores anteriores):

Campesinos que perdieron sus tierras bajo las aguas de las presas de Malpaso, La Angostura y Chicoasén; propietarios de los Valles de Simojovel y Huitiupán, cuyas fincas y ranchos fueron invadidos por organizaciones agraristas; habitantes del vecino municipio de Chiapa que perdieron sus casas en el temblor de 1975 y que invadieron terrenos en los márgenes de Tuxtla Gutiérrez (...); y, finalmente, zoques que en 1982 tuvieron que abandonar sus casas y tierras por la erupción del volcán El Chichonal (Viqueira, 2009: 60).

Durante los setentas –comenta Malo (1997a)- el crecimiento demográfico constante generó que nuevas colonias populares surgieran. La inversión urbana se mantuvo constante respecto al mejoramiento de servicios y vialidades, lográndose la pavimentación de calles y avenidas principales, ampliación del drenaje municipal, instalación de luz eléctrica; pero todo ello en zonas específicas, en donde, por lo regular, las colonias populares no figuraban.

Las obras municipales, que en parte se realizaban con recursos del Estado, significaron oportunidades de empleo para campesinos e indígenas que habían migrado a la ciudad. Así, la construcción, junto con las actividades burocráticas en la administración pública y el comercio, fueron –y hasta la fecha siguen siendo- las principales actividades económicas que sostenían a la población tuxtleca.

Entre 1960 y 1980 se llevó a cabo un proyecto nacional –“Plan Integral del Río Grijalva”- que prometió elevar el desarrollo de la entidad, con principal énfasis para la región de los Valles Centrales, el cual consistía en la construcción de cuatro presas hidroeléctricas: Malpaso o Nezahualcóyotl (1958-1966), La Angostura (1969-1974), Chicoasén (1974), y Peñitas (1980) (Zavala, 1971); y suponía que las ciudades y comunidades de dicha región se beneficiarían dada la derrama económica proyectada (Escobar Rosas, 2000; Malo, 1997a; Viqueira, 2011).

Sin embargo, un estudio socioeconómico realizado por Palerm (s/f) sobre la presa La Angostura, daba cuenta que esta construcción significaría pérdida, puesto que las aguas inundarían una buena cantidad de tierras que estaban destinadas al cultivo, además de terrenos destinados a la ganadería. Si se toma

en cuenta que el desarrollo de la entidad, y de esa región en específico, despuntó precisamente por la agricultura y, en una proporción menor, por la ganadería, la pérdida de casi 60,000 hectáreas significaba cerrar una fuente de ingresos importante.

Pese a la importancia de dicho estudio y al malestar de cierta parte de la población, el proyecto se echó a andar sin tantos contratiempos, impulsado principalmente por los propietarios y caciques de las tierras, quienes veían en el proyecto una buena oportunidad para vender sus terrenos a un precio inflado al Estado y hacer fortuna. De nuevo, la gente que menos tenía, los ejidatarios y propietarios de pequeñas parcelas, fueron desplazados de los lugares destinados a la construcción y reubicados en otras zonas. En este éxodo, algunas de las familias campesinas decidieron establecerse en Tuxtla para comenzar una nueva etapa de vida (Viqueira, 2011).

Sin contar las pérdidas, el proceso de construcción de las presas hidroeléctricas - cabe señalar que suministran el 40 % de la electricidad en México (CFE, 2017)-, dejó inversiones y derrama económica para la entidad en general, y para Tuxtla en particular. Tan sólo la presa de Chicoasén llegó a emplear a 18 mil personas, mismas que se asentaron en campamentos cercanos a la construcción, en localidades cercanas y, un buen número en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, lo que representó un incremento de la población y una mayor circulación de dinero; incluso algunos de los ingenieros y otros trabajadores del interior del país, decidieron residir de manera permanente en Tuxtla después de concluida la obra (Malo, 1997 b).

En 1974, se creó el Instituto Tecnológico Regional y la Universidad Autónoma de Chiapas (UNACH),²⁷ teniendo como sede principal a la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, lo que generó que población joven del estado migrara para realizar sus estudios universitarios, aportando con ello al crecimiento demográfico

²⁷ Antes de la creación de estas instituciones educativas, la oportunidad de estudios superiores se limitaba a la formación como normalistas, a la antigua escuela de Derecho (en San Cristóbal de Las Casas), y a las carreras de Administración y Comercio, en Tuxtla (Malo, 1997b: 30).

de la ciudad (Viqueira, 2009).²⁸ Posteriormente se abrieron nuevos centros universitarios, incluida una segunda universidad del Estado (Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas - UNICACH), cuya sede también se concentró en Tuxtla Gutiérrez. Para la década de los noventa, el 65.2% de los estudiantes de nivel superior en la entidad se ubicaban en Tuxtla (Malo, 1997b).²⁹ Además de los estudiantes, las universidades atrajeron más población para desempeñar las labores docentes, administrativas y de intendencia, impactando tanto en el crecimiento demográfico de la ciudad, como en la derrama económica (Malo, 1997b: 31).

La prosperidad pisaba suelo tuxtleco. Con la derrama económica y el apoyo estatal, Tuxtla fue sometida a una renovación urbana encabezada por el gobierno de Juan Sabines Gutiérrez (1979 – 1982) - descendiente del prócer chiapaneco-, quien suponía que la ciudad no reflejaba el estilo de vida moderno que los nuevos tiempos demandaban. El éxodo del campo continuaba y, sumado a la explosión del volcán “El Chichonal” en 1982, la inmigración del campo a la ciudad, seguía siendo una constante.

El cambio de la fachada tuxtleca durante los ochenta, corrió a cuenta de las ganancias devenidas del “boom petrolero” (Malo, 1997a: 29). La renovación urbana en turno tuvo como principal objetivo el centro de la ciudad, el cual fue (nuevamente) modernizado, construyendo edificios públicos *ad hoc* a la época, ampliando las vialidades, desplazando –con previa compra de inmuebles- a las familias de clase media y alta que aún vivían o tenían propiedades en el centro, las cuales fueron convertidas en edificios públicos o destinados al comercio;

²⁸ Un año después de la creación de la UNACH, se dispuso no centralizar la educación superior, por lo que se crearon seis campus en el estado, de los cuáles tres se ubicaron en Tuxtla.

²⁹ Actualmente existen en Tuxtla Gutiérrez 100 escuelas de nivel superior que albergan a 43,192 estudiantes (Ayuntamiento Municipal, 2015).

incluso la Catedral de San Marcos fue remodelada³⁰ (Ver Imagen 6), o “desfigurada” -como menciona Viqueira (2009: 59).

Imagen 6: Antes y después, Catedral de San



Fuente: Blog México en fotos, 2018

Cabe señalar que estas remodelaciones se hicieron sin consultar a la ciudadanía, aunque tampoco se presentaron objeciones significativas. Hay quienes señalan que esta renovación “miope y pretenciosa” que destruyó gran parte del patrimonio histórico de la ciudad (Viqueira, 2009: 59), respondía a un capricho del gobernador Sábines:

Sin mostrar el menor respeto a los escasos edificios de valor que tenía la ciudad, a su historia, a la población (que nunca fue consultada) y a las leyes que protegen el patrimonio construido en nuestro país. El Palacio de Gobierno (que databa de 1898), el Palacio Federal (de 1942), el Parque Rodolfo Figueroa (1941), la Biblioteca Pública (1942), el viejo seminario anexo al templo de San Marcos, la portada del mismo, así como varias casas particulares de inestimable valor, fueron arrasadas para construir en

³⁰ Además del centro de la ciudad, Juan Sábines Gutiérrez emprendió la realización de obras que beneficiaron a la ciudad, tales como el Teatro de la Ciudad “Emilio Rabasa”, el Zoológico Regional “Miguel Álvarez del Toro”, el edificio “Plaza de las Instituciones”, el Palacio Municipal, el H. Congreso del Estado, el Parque de Convivencia Infantil (Malo, 1997a, Viqueira, 2009).

su lugar modernos edificios que agreden con su presencia a la arquitectura tradicional que aún se conserva, volviendo confuso e ininteligible el legado histórico de esta parte de la ciudad [el centro] (Escobar Rosas, 2000: 68).

Como señala Margulis (2002), el pasado contenido en edificios y vivencias sucumbe irremediable e irreversiblemente ante el discurso del progreso, con amparo de la legalidad; así, el Tuxtla que fue se vino abajo frente a la mirada de los tuxtlecos que poco dijeron sobre el derrumbamiento de sus antiguos edificios, de la memoria y parte de su pasado. El temple de lucha que había caracterizado a los *conejos* tiempo atrás, se diluyó entre discursos de “buenas costumbres” y cuidado de las apariencias; la lucha cedió ante la promesa del progreso. Escobar Rosas (2000) señala que, con antelación a la renovación urbana, se difundió entre discursos políticos y mediáticos que, quien se aferrara a lo antiguo era un “mal tuxtleco” que no deseaba la modernidad para la ciudad, modernidad que traería el progreso que haría florecer a Tuxtla.

El discurso oficial del florecimiento se instaló en la mentalidad de los habitantes para no renegar de lo acontecido en su ciudad, restableciendo nuevas formas de relación entre los habitantes y el espacio urbano. De esta manera, se ve cómo un discurso institucional opera en un territorio instalando ideas (en este caso, de progreso) que dan forma a los modos de existencia de los habitantes: ser buenos o ser malos tuxtlecos.

Bajo la premisa de ser buenos tuxtlecos, la ciudad fue modificando su estructura y apariencia. Esto no sólo representó para los tuxtlecos volverse espectadores de la caída de lo antiguo para luego ver como se erguían edificios modernos; también fueron testigos de la ampliación territorial de la ciudad que dio paso a dos circunstancias: el fraccionamiento de grandes extensiones de tierra - que habían sido ranchos privados- para crear colonias destinadas a la clase alta y media de la ciudad, así como el acelerado incremento de colonias populares que, hasta entonces, se había dado de manera lenta. Ambas circunstancias dan cuenta

de las formas que fue adoptando la división social residencial, permitiendo el avance de la segregación espacial, los muros invisibles se multiplican.³¹

Además de lo anterior, se suscitó también la anexión de localidades rurales cercanas a Tuxtla como parte del proceso de ampliación del territorio. A la par del cambio, en la década de los ochenta, los barrios principales del centro vieron menguadas sus tradiciones, incluso sus nombres y los de sus calles dejaron de ser pronunciados al ser reconocidas como la “zona centro” de la ciudad (Escobar Rosas, 2000; Malo, 1997a).

Respecto a la composición social poca información bibliográfica circula, lo cual es una pena dada la importancia de la ciudad para el estado. Lo que se puede vislumbrar entre líneas de la información revisada es que, a la par del crecimiento urbano y demográfico, las clases sociales también se fueron consolidando y cerrándose. Un importante sector se encumbró en la cima de la clase alta, debido a tres privilegios: el privilegio histórico que tenían sobre la tenencia de tierras (algunas vendidas a precios aumentados al estado como parte del reparto agrario y las obras públicas); el privilegio de obtener concesiones, permisos y autorizaciones, así como préstamos estatales, para comercializar productos industrializados que llegaban desde el centro del país e, incluso, instalar sucursales o franquicias de empresas comerciales en la ciudad; y el privilegio de ocupar cargos directivos y de mando en la burocracia del Estado.

Al otro extremo se encontraban las filas de campesinos y obreros, algunos oriundos de Tuxtla, otros llegados a la ciudad con la idea de mejorar sus condiciones de vida, estableciéndose en asentamientos irregulares, que poco a poco fueron constituyéndose como colonias formales. Pero también surgió una clase media importante, generada sobretodo por la demanda laboral en funciones burocráticas, tanto estatal como federal.

³¹ Cabe señalar que la realización de obras públicas en la ciudad también se extendió hacia algunas colonias populares (Malo, 1997b), hecho que probablemente benefició a la figura del gobernador Sabines frente a la clase popular.

La bonanza económica por la construcción de las presas y el boom petrolero disminuyó para 1982. El despegue de Chiapas a nivel nacional se vino abajo y la promesa del florecer tuxtleco quedó suspendido en el “ya casi”. El efecto de la recesión económica y la redefinición del estado neoliberal en el país impactaron de manera alarmante al campo chiapaneco, presentando un descenso en la producción agrícola y ganadera del 10% (Viqueira, 2009); acelerando más la caída del campo, que pese a golpes anteriores, aún se mantenía.

La condición de las familias campesinas se vio vulnerada, un tanto por la crisis del campo, pero un tanto más por las represiones violentas hacia organizaciones campesinas que denunciaban el despojo de sus tierras y las condiciones precarias de vida en las que se mantenían cientos de comunidades.³²

Como efecto de la crisis y la violencia se originó un nuevo flujo migratorio del campo a las ciudades, en donde Tuxtla Gutiérrez se colocó como la ciudad destino que más prometía. Para mediados de los ochenta, las inversiones en Tuxtla estaban estancadas, los ingresos menguados, pero la tasa de crecimiento aumentando, llegando a presentar una tasa del 7% para esa década (Viqueira, 2009).

Las áreas en las que los nuevos residentes tuxtlecos encontraban empleo eran la construcción y la reproducción de oficios “tradicionales”, como la plomería, carpintería, herrería, electricidad. Viqueira (2009) sugiere que la demanda por estos empleos estuvo directamente relacionada con la migración; es decir, a más gente residiendo en Tuxtla, más necesidad de vivienda y servicios relacionados a la misma, por lo que la rama de la construcción inmobiliaria se vio beneficiada y los migrantes se empleaba con menor dificultad. Tan sólo en la década de los ochenta se construyeron 29 fraccionamientos “con un total de 8,153 unidades de vivienda construidas” (Malo, 1997b: 34). La transición de campesinos a albañiles,

³² La violencia manifiesta por las fuerzas del Estado hacia el campesinado se conoció como el “populismo sangriento” (Escobar Rosas, 2000), mantenido de manera sistemática por varios gobernadores, pero sobre todo por Juan Sabines Gutiérrez. A este personaje se le puede recordar de dos maneras: como un gran político que “ayudó” a mucha gente pobre en la ciudad y en el campo o, como uno de los más violentos y reaccionarios políticos contra los movimientos sociales y campesinos.

plomeros o carpinteros, contuvo el avance de la pobreza y el malestar social, aunque no lo detuvo del todo.

La situación económica de la ciudad mejoró para finales de esa década, con la reanudación de las obras públicas, reavivando el florecimiento de la promesa, más no el de la ciudad. Este dato es central para comprender cómo la economía tuxtleca fluye a partir del sostén estatal; es decir, la ciudad no contaba con fuentes suficientes de generación de recursos que le permitieran emanciparse del crédito del Estado, a la par que presentaba un crecimiento demográfico importante. Esta situación condujo a que el desarrollo y las condiciones de vida que se gestionaban en la ciudad estuvieran en franca dependencia con la estabilidad y voluntad de quien dirigía al Estado y, como se ha visto, Tuxtla se privilegió respecto a las otras ciudades, contribuyendo al aumento de desigualdad en Chiapas.

En Tuxtla, la gestión de las condiciones de vida también generó desigualdad, puesto que el beneficio de los contratos de construcción y los permisos comerciales se otorgaron a las familias de la élite y a los allegados políticos, mientras que a la población desfavorecida se le condenó a empleos transitorios, como el de la construcción que sólo existe cuando hay inversión pública importante, y más recientemente, inversión privada; o el de los oficios más rudimentarios que, además de informales, dependen de la economía familiar.

El impacto a la economía de los campesinos y los pobres urbanos se agudizó cada vez más, originando que en la ciudad comenzara a verse gente autoempleándose en actividades informales. De esta manera, se incrementaron los vendedores ambulantes, los “limpiaparabrisas”, los “tragafuegos”, vendedores de chicles y dulces, sobre todo entre la población infantil y joven perteneciente a algún pueblo indígena de los Altos de Chiapas (Malo, 1997b). El autoempleo evidenció la fractura social que había estado conteniéndose durante las décadas de bonanza económica.

El crecimiento poblacional tuvo como consecuencia el aumento de la mancha urbana de manera considerable: de 1,595 hectáreas en 1970 a 5,760 en 1992 (Viqueira, 2009). Pero este crecimiento siguió un camino errático e improvisado,

ya que faltó orden y atención especial a los flujos migratorios, así como una planeación para organizar la traza urbana. Tuxtla tuvo un crecimiento caótico, como muchas de las ciudades medias del país, el cual es característico del sistema capitalista que concentra los intereses en la especulación inmobiliaria, la industria y el comercio, como factores que impulsan el desarrollo humano, más que en atender las necesidades sociales y humanas de la población (Cruz Mayorga, 2002).

Durante la década de los años ochenta comenzó a extenderse en las grandes ciudades mexicanas la invasión de predios baldíos como alternativa ante la falta de vivienda en la ciudad. Este fenómeno se expandió a las ciudades intermedias, como Tuxtla Gutiérrez, siendo este el caso de la colonia El Aguaje, tema que detallaré en el siguiente apartado.

A la par del crecimiento urbano, el caos y la crisis urbana también aumentaron debido a la demanda de los servicios públicos; sin embargo, los intereses de los gobernantes de la ciudad se centraron nuevamente en la ficción del florecimiento a través de una renovación más al centro de la ciudad, la cual tuvo lugar a finales de la década de los noventa. Durante esta renovación se benefició también al lado poniente de la ciudad, abriendo la inversión económica y fomentando el desarrollo mediante la construcción de plazas comerciales, dando pie al segundo procesos “socio-espacialmente desintegrador”, mencionado por Duahu (2008).

La transformación en las formas de consumo se aceleró, pero aún se mantenían lugares reconocidos como “tradicionales” para abastecerse de ciertos productos, así como tiendas emblemáticas en el centro de la ciudad y el mercado público. Contener el comercio en el centro promovía la convergencia de habitantes de diferentes clases en este espacio urbano, aunque tuvieran como fin visitar comercios diferentes.

Como si no hubiese sido suficiente, una nueva renovación le llegó al centro en el periodo 2010-2012. Esta vez a cargo de Juan Sabines Guerrero,³³ como

³³ Hijo del ex gobernador Juan Sabines Gutiérrez.

governador del Estado, en mancuerna con el entonces presidente municipal de Tuxtla Gutiérrez, Seth Yassir Vázquez, quienes emprendieron el proyecto “Qué viva el centro”, con la promesa de renovar la fachada urbana (¡de nuevo!) y revitalizar el comercio que, desde los albores del siglo XXI se había venido abajo.

Empero, todo quedó en promesas sin cumplir, puesto que la obra fue considerada por la ciudadanía no sólo innecesaria, sino fraudulenta e inacabada; puesto que, al dar por concluidas las obras, el centro de la ciudad no presentaba alguna atracción que justificara el tiempo perdido y, mucho menos, el gasto público invertido. Incluso fue penoso para muchos ver cómo, los pocos comercios que se conservaban desde las décadas de los sesenta y setenta, habían cerrado, dejando al centro sin aquellos referentes para la memoria. El siguiente fragmento, extraído de un blog virtual alimentado por colaboradores voluntarios, en su mayoría jóvenes tuxtlecos, expresa el sentir respecto a dicha remodelación:

Inconclusa y con absurdos, la remodelación del Centro de Tuxtla Gutiérrez plasmó en concreto y adoquín la sordera de quienes participaron en la ejecución de la obra. Como resultado, aún hay calles intransitables, otras sin cableado subterráneo y comerciantes que, al resentir en sus bolsillos el repetido “ya merito”, ven incierto el anunciado renacer del primer cuadro de la capital. “Qué viva el centro” fue la carta de presentación de Seth Yassir Vázquez Hernández en la política estatal, y demostró que para modernizar una ciudad se necesitan decisiones técnicas fundamentadas o, de lo contrario, será improvisada (Émula, 2012).

Lo mencionado en la cita alude a factores físicos relacionados a dicha renovación, pero también existen factores sociales que influyen en la percepción de dicha obra como un fracaso y fraude. Los comercios afectados no pudieron reponerse de la caída de sus ventas y cerraron definitivamente, situación que llevó a que muchos locales del centro permanecieran vacíos durante algunos meses. El alumbrado fue reinstalado “a medias”, dejando a obscuras amplias zonas del centro. Tan sólo estos dos elementos fueron detonantes, aunque no necesariamente precursores, del aumento de la violencia y delincuencia en esta zona, fenómenos que reportaron un incremento en el periodo de 2009 a 2011 del 14% respecto a años anteriores en toda la ciudad, concentrándose el 60% de los incidentes delictivos en la zona centro (Instituto Ciudadano de Planeación Municipal de Tuxtla Gutiérrez, 2012).

Actualmente, el deterioro y abandono del centro de Tuxtla es bastante notable, sumado al aumento de la percepción de inseguridad en esta zona debido a la delincuencia y la falta de autoridad manifiesta.³⁴ Aunque continúa siendo un lugar de flujos constantes de gente que lo transita por las mañanas y tardes, la convergencia de sujetos de diferentes estratos sociales, cada vez se hace menos posible, conduciendo hacia la fragmentación social.

El crecimiento de la ciudad se ha extendido en mayor medida hacia los lados oriente y poniente; aunque abundan colonias en los extremos norte y sur, la ciudad mantiene una figura predominantemente alargada (ver Mapa 3). La segregación residencial existente en Tuxtla responde a patrones socioeconómicos más que raciales o étnicos. Dada la importancia comercial que adquirió la ciudad, la condición socioeconómica y de clase cobró relevancia sobre las demás condiciones, provocando la paulatina división del espacio urbano.

Mapa 3: Tuxtla Gutiérrez



Fuente: Google Maps, 2017

³⁴ En octubre de 2014 se reportó que el centro, junto con las colonias El Aguaje, Patria Nueva y Terán constituían los “focos rojos” de la ciudad, según reportes del Centro Estatal de Control, Comando, Comunicación y Cómputo (C4) (Periódico Chiapas en Contacto, 2014).

Conforme la ciudad ha ido creciendo, sometiéndose a renovaciones y cambios respecto a su funcionalidad y estructura, las clases sociales se han ido estableciendo en zonas diferentes, no precisamente aislados unos de otros, pero sí distanciados en tanto el tipo de fraccionamiento o colonia habitada, los estilos de vida, las formas de consumo y formas de movilización en la ciudad, que incluye el tipo de vehículos de uso diario.

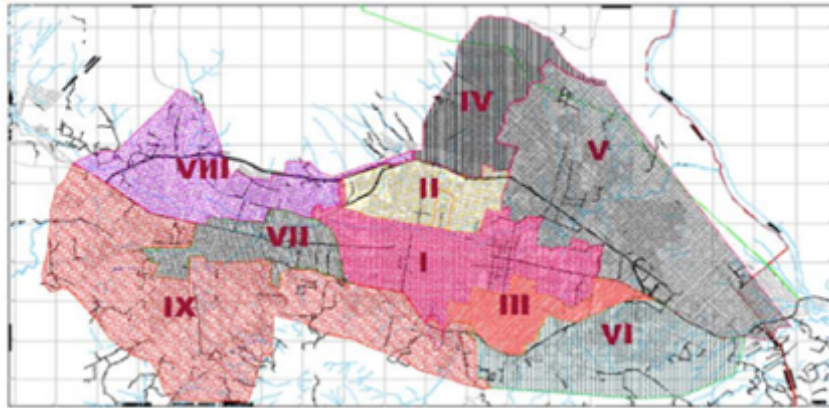
El constante crecimiento demográfico, aunque no ha rebasado el 2% en las últimas décadas, ha mantenido pujante al mercado inmobiliario. La zona poniente, con cierta predilección hacia el norte, se ha desarrollado como el sector habitacional preferencial para las clases altas y medias. En tiempos recientes se ha dado un despliegue de colonias y fraccionamientos destinados a la clase media y alta, ubicados en las orillas de la ciudad. Estos nuevos fraccionamientos presentan como característica compartida el ser cerrados y exclusivos. Esta característica se ofrece como tranquilidad y seguridad al estar lejos del barrullo urbano; sin embargo, señala clara y llanamente la imposición de límites físicos, de barreras, entre las clases media y alta y el resto social. Por su parte, la periferia marginada no ha dejado de expandirse, alcanzando terrenos federales destinados como Reservas Naturales.

Actualmente, la estructura que presenta la ciudad, configurada por la distribución de la población y las actividades económicas en el espacio urbano, se apega a un modelo sectorial con subcentros³⁵ que concentran actividades productivas y de empleo para dar atención a las demandas específicas de la población (Argüelles y Argüello, 2012). Este tipo de distribución espacial ha provocado que unos sectores se desarrollen más que otros, debido a la concentración de las clases media y alta en determinadas zonas, así como a las actividades comerciales y para el consumo, que tienen un impacto directo sobre el valor del suelo.

³⁵ Un “subcentro” se caracteriza por su multifuncionalidad, aunque dentro de esta se encuentren ausentes las funciones “tradicionales” relacionadas con equipamientos y servicios básicos. Ello responde, en parte, a que los subcentros se orientan a satisfacer las necesidades de consumo de acuerdo a los estilos de vida: mercados, restaurantes de comida rápida, tiendas departamentales, etc. (Argüelles, 2014: 60).

De esta manera podemos encontrar que la división socio-espacial de la ciudad de Tuxtla consta de nueve sectores (Ver Mapa 4) de acuerdo al valor del suelo, el cual resulta de la concentración de las actividades productivas y la intensidad del uso del suelo en cada una (Argüelles y Argüello, 2012).

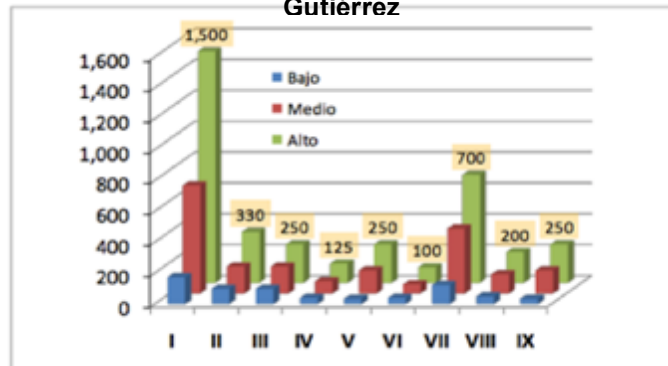
Mapa 4: Sectores por valor de suelo de Tuxtla Gutiérrez



Fuente: Argüelles y Argüello, 2012

El valor del suelo nos da un panorama de la distribución espacial de la pobreza en la ciudad. El Aguaje, colonia del caso de estudio, se ubica en uno de los sectores con menor valor catastral, de acuerdo a la Gráfica 2.

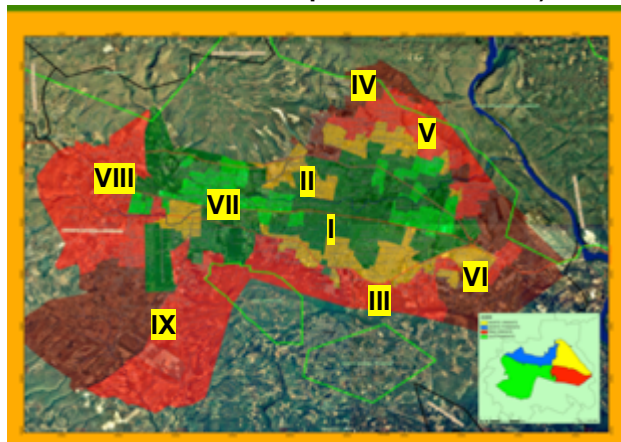
Gráfica 2: Valores Catastrales Unitarios por Sector Tuxtla Gutiérrez



Fuente: Argüelles y Argüello, 2012

Cabe señalar que los sectores no son homogéneos, lo que hace posible que en un mismo sector puedan coincidir colonias con alta marginación y colonias con un nivel medio o bajo de marginación. Sin embargo, el mapa de sectores (Mapa 4) coincide con los grados de marginación que la ciudad presenta (Mapa 5).

Mapa 5: Grados de Marginación Urbana de Tuxtla Gutiérrez (con referencias a sectores por valor de suelo)



Fuente: Atlas de Riesgos de Tuxtla Gutiérrez, 2010

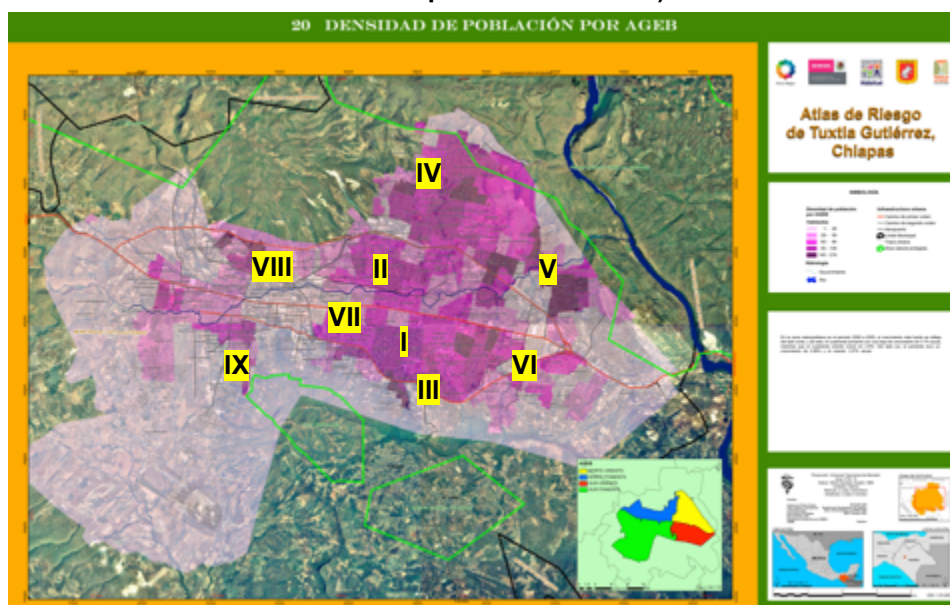
Según datos del Atlas de Riesgo Municipal (2010),³⁶ la zona residencial poniente y el centro presentan grados bajos de marginación; mientras que las periferias, sobre todo del lado oriente,³⁷ destacan con “muy alta” marginación. Además de la marginación urbana, las periferias, localizadas en su mayoría en el lado nororiente de la ciudad, destacan por concentrar una mayor densidad de

³⁶ Tomaré los datos de 2010, puesto que los datos presentados en el año 2015 son dudosos, mostrando que zonas ubicadas como de “Alta Marginación” durante 2010 avanzaron a un grado de “Baja Marginación” para 2015.

³⁷ El mapa muestra con mayor extensión la marginación del lado sur poniente, no obstante, la zona marcada con rojo y marrón corresponde a colonias que aún se consideran rurales o semirurales, por lo que la marginación se asocia a la falta de ciertos servicios públicos, mientras que en la zona norte oriente se asocia a la mayor densidad de población, concentración de la pobreza y también a la falta de servicios públicos (Atlas de Riesgo Municipal, 2010).

población, presentando AGEBS (Áreas Geoestadísticas Básicas)³⁸ que fluctúan entre los 95 a 139 habitantes y los 140 a 219 habitantes (Ver Mapa 6).

Mapa 6: Densidad de población por AGEB (con referencias a sectores por valor de suelo)



Fuente: Atlas de Riesgo de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 2010

Tanto el sector IV como el VI (en los extremos norte y sur del lado oriente) se ubican en zonas con alta marginación, así como en áreas con alta densidad poblacional. En estos sectores se concentran colonias con características similares, de poca renta y de autoconstrucción, algunas son resultado de invasiones a terrenos particulares que han sido regularizadas, mientras que otras se encuentran todavía en calidad de asentamientos irregulares. En general, el tipo de terreno de estas zonas es montañoso y presenta cañadas y barrancos, que colocan en riesgo a las colonias asentadas ahí. Estas son características compartidas por la colonia El Aguaje, que es una de las demarcaciones que se considera de alto riesgo en la ciudad, ya que se encuentra en una zona de derrumbe (Atlas de Riesgos Municipal, 2015).

³⁸ Un AGEB urbana, es un área geográfica ocupada por un conjunto de manzanas perfectamente delimitadas por calles, avenidas, andadores o cualquier otro rasgo de fácil identificación en el terreno y cuyo uso del suelo es principalmente habitacional, industrial, de servicios, comercial, etcétera, y sólo son asignadas al interior de las localidades urbanas (INEGI, 2017).

Los cambios en la distribución social residencial han sido acompañados por transformaciones de las modalidades adoptadas por el consumo (Duhau, 2008), a partir del establecimiento de los diferentes sectores en la ciudad. El centro ha sido testigo del desplazamiento de sus habitantes hacia diferentes zonas residenciales, y junto con los habitantes, algunas actividades económicas se han ido desplazando poco a poco (Escobar Rosas, 2000). A la fecha, el centro, ubicado en el sector I, concentra las instituciones administrativas y burocráticas municipales y pocas estatales y federales, puesto que estas han sido reubicadas en puntos estratégicos de la ciudad.³⁹

El desarrollo económico se ha concentrado y expandido hacia el lado poniente de la ciudad. Una vez que se sale del centro, el referente físico urbano del “progreso” lo constituye el “Parque de la Marimba”, el cual fue inaugurado en 1993 con el afán de habilitar un nuevo espacio público para la recreación de la ciudadanía y presentar música de marimba.⁴⁰ A la fecha, este espacio se ha convertido en un emblema, y quizás el principal atractivo turístico en la ciudad.

Para Bellato (2015) el Parque de la Marimba constituye la frontera entre la ciudad desarrollada económicamente (poniente) y la ciudad popular y tradicional (oriente). Vale decir que, aunque este parque se constituya como un espacio público, y se podría pensar que es de acceso libre y abierto para todos, el uso del espacio se hace de manera desigual: la ocupación para el disfrute y recreación es realizada mayoritariamente por la clase media tuxtleca, mientras que los servicios y el comercio ambulante –sobre todo de comida- son desempeñados por la población tuxtleca popular. Sin que exista ninguna prohibición, los habitantes de El Aguaje, jóvenes y adultos, refirieron en entrevistas y conversaciones que este no es un espacio al que asisten con regularidad, incluso había algunas señoras que decían querer que sus hijos y/o maridos les “regalaran” una visita al Parque de la

³⁹ Durante el sexenio de Juan Sabines Guerrero (hijo), se erigió un edificio llamado “Torre Chiapas”, para concentrar las dependencias del gobierno estatal y algunas federales, con el fin de facilitar la realización de trámites burocráticos. Esta torre se encuentra ubicada del lado nororiente de la ciudad, debido a la facilidad de hallar terrenos extensos aún sin construir. La concentración de la burocracia en esa zona ha dinamizado un poco la economía y obligado a invertir del lado oriente, donde hasta hace diez años apenas había un solo establecimiento perteneciente a una cadena de supermercados.

⁴⁰ Instrumento musical representativo de Chiapas.

Marimba en sus cumpleaños. De esta manera se aprecia cómo los espacios públicos no están exentos de las marcas de clase y pertenencia a la ciudad.

Dicho lo anterior, conviene hacer un paréntesis para traer a colación a Reguillo (1995), quien sugiere que los espacios urbanos nunca están concluidos, encontrándose en constante construcción, mediados por cuestiones culturales, políticas y económicas. El espacio urbano es susceptible a resignificaciones a partir de los actores que lo ocupan y producen, cobrando protagonismo en estos procesos los jóvenes urbanos; tal como sucede en el Parque de la Marimba, en donde –después de que la gente se va y el lugar queda desolado- el uso del espacio cambia. A pesar de que este espacio está normado y regulado por prácticas específicas, es posible observar, después de la media noche, la resignificación que el espacio adquiere, al ser ocupado por jóvenes -en su mayoría indígenas que se dedican al comercio ambulante por la zona centro- que llevan a cabo “actos de resistencia juvenil” (Urteaga, 2011: 191), mediante prácticas relacionadas al *skate*, *break dance* y otras de orden de la cultura hip hop.⁴¹

Siguiendo con la trama sobre las transformaciones en las formas de consumo, otros espacios destinados para este cometido en la zona poniente de la ciudad, son las plazas comerciales –los “malls”- de más prestigio de Tuxtla Gutiérrez. Para algunos jóvenes de la ciudad, estos espacios son puntos de reunión para pasar las tardes, incluso sin necesidad de ir al cine, comprar algo o realizar alguna actividad específica, sino simplemente son lugares significados para la recreación, para “pasar el rato”. Pero, para algunos jóvenes, como los que habitan en El Aguaje, las plazas comerciales son ficciones dentro de su discurso, puesto que dicen frecuentarlas cuando en la realidad son pocos quienes las conocen.

⁴¹ Es probable que algunos otros espacios de la ciudad sean resignificados con prácticas similares por parte de los jóvenes de clase popular que trabajan y/o viven cerca de esos lugares, quienes aprovechan la penumbra para recodificar los sentidos de los espacios públicos. Cabe señalar que estas prácticas no están exentas de represión, puesto que los jóvenes pueden ser echados del lugar por policías si llegan a ser vistos.

Como parte de la división y organización del espacio –que está llevando a una fragmentación-, se han implementado en distintos puntos de la ciudad pequeñas plazas comerciales para el consumo local, algunas veces con la presencia de alguna cadena de supermercados (Chedraui, Bodegas Aurrera), rodeado de espacios comerciales pequeños. Cada uno de estos centros comerciales adoptan modalidades diferentes –como sugieren Duhau y Giglia (2016)- para acoplarse a la división social del espacio.

De esta manera, es posible ver cómo los supermercados varían en tamaño, marcas y precios en relación a la zona donde se ubican; así mismo, los demás locales comerciales se perfilan a partir de la demanda de la zona. Para el caso de la orilla urbana, como El Aguaje, es posible encontrar tanto comercios establecidos en la formalidad, como aquellos instalados en la informalidad, dada la flexibilización de las normas de uso del suelo en la periferia (Argüelles, 2014).

Del lado oriente de la ciudad, hasta el momento en el que realicé el trabajo de campo, existían dos plazas comerciales grandes. Una sobre el Libramiento Norte y la otra ubicada en la salida de la ciudad hacia San Cristóbal de Las Casas. La primera plaza, llamada El Mirador, se inauguró a inicios del año 2000, pero nunca logró despegar comercialmente debido a que, además de los cines, no aloja ninguna otra cadena comercial “famosa” que resulte atractiva para los jóvenes o para la clase media y alta tuxtleca.⁴² Esta es la plaza comercial a la que los jóvenes de El Aguaje acuden, no con frecuencia, pero es la más conocida. Durante el año de 2017 se inauguró una plaza comercial llamada “Ámbar”, justo hacia la entrada oriente, siendo hasta ahora la más grande de la ciudad y aloja a una serie de cadenas y tiendas de prestigio.⁴³

⁴² Existe un estigma respecto a esta plaza comercial, pues en los círculos medios y altos de la ciudad se dice que es la plaza a la que los señores adultos llevan a las “amantes”, debido a que no se encontraran a nadie conocido. También se le llama la “plaza de nacos”. Frente a esta plaza, a unos cuantos metros, se encuentran instalaciones de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH), y a un costado, el Sistema Chiapaneco de Radio y Televisión. La zona no es segura, pues se han reportado asaltos, que son adjudicados a los jóvenes que frecuentan la plaza.

⁴³ La respuesta de la ciudadanía tuxtleca respecto a Plaza Ámbar no fue como se planeaba, puesto que existen suposiciones acerca de que los dueños, o accionistas mayoritarios, son el gobernador Manuel Velasco Coello y su madre, y que la adquisición del terreno, así como la construcción de la plaza son producto del tráfico de influencias y el desvío de recursos.

Además de esta plaza, en esa zona se construyó un parque recreativo – “Chiapasiónate”-, y se concedió el permiso comercial para instalar un hotel cuatro estrellas, una sucursal del café Starbucks, así como dos supermercados de cadenas transnacionales. Este tipo de comercios rompen con la dinámica y estructura de la zona oriente, puesto que esta aún presenta un desarrollo comercial incipiente; sin embargo, han resultado en fuentes de empleo para la clase popular, así como una ventaja para el consumo de la clase media y alta que habita en esa zona. Aunque existen colonias de nivel medio y alto, la zona está predominantemente compuesta por colonias populares y asentamientos irregulares.

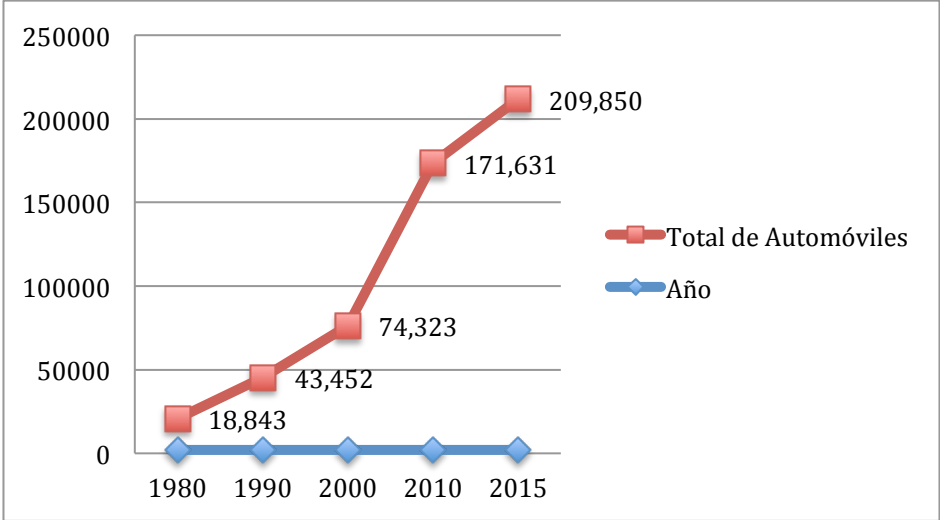
Con el crecimiento constante y progresivo de la ciudad, la movilidad espacial se convirtió en un problema a partir de la década de los ochenta, enfatizándose en los noventa, como resultado de la expansión territorial. Las clases alta y media sortearon de mejor manera la dificultad de habitar espacios alejados del centro debido a la facilidad de moverse en automóviles particulares, pero esta realidad no fue compartida por los pobres excluidos. De esta manera, la movilidad espacial se ha constituido en Tuxtla en una condición de desventaja que genera mayor exclusión para ciertos sectores, ya de por sí desfavorecidos, fragmentando de a poco el espacio urbano.

(...) los diferentes modos de transporte y las condiciones de accesibilidad de las diversas zonas recrudescen las diferencias entre “ricos”, “pobres” y “más pobres”, incrementando las distancias para los más desfavorecidos (Argüelles, 2014: 65).

Aparece así el tercer proceso mencionado por Duhau (2008) respecto a la desintegración socio-espacial: el aumento acelerado de las tasas de automovilización, que incluye la adquisición de automóviles de uso privado y público.

El aumento de vehículos en la ciudad es bastante considerable (Ver Gráfica 3), tomando en cuenta que, si bien el crecimiento demográfico se aceleró en los noventa, a partir de la década de 2000 se presenta una tasa baja de crecimiento.

Gráfica 3: Total de vehículos en Tuxtla Gutiérrez por año (1980-2015)



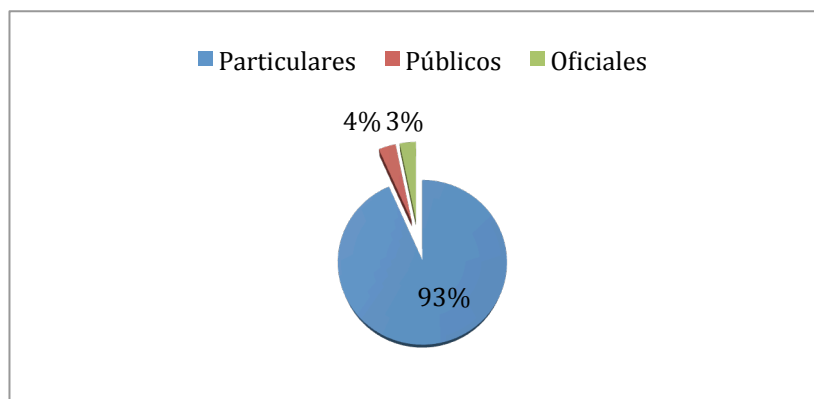
Fuente: Elaboración propia con datos del INEGI, 2015

En 35 años, el porcentaje de vehículos se incrementó en más de 1000%. Según el Censo de Población General de 1980, la población en Tuxtla para ese año alcanzaba la cifra de 131,096 habitantes, reportando una relación de 7 habitantes por 1 automóvil. Pese a que la población ha aumentado considerablemente, el número de vehículos motorizados para 2015 no deja de sorprender, respondiendo a una relación de 3 a 1. Si nos fijamos en la Gráfica 3, el número de vehículos se desprende con mayor énfasis a partir del año 2000, reportando que en tan sólo diez años la cifra aumentó por casi 100 mil unidades.

Estos vehículos motorizados se desagregan de acuerdo al tipo de uso, es decir si están destinados al uso particular o brindan un servicio público. En Tuxtla, el transporte público más común son las llamadas “combis”, seguidas de los microbuses y los taxis. Pese a que una de las quejas constantes por parte de la ciudadanía es que existen muchas combis y taxis en tránsito originando que el

tráfico aumente, la realidad es que el número de autos particulares rebasa por mucho el número de vehículos dispuestos al servicio público (Ver Gráfica 4).

Gráfica 4: Porcentaje de vehículos por tipo de uso (2015)



Fuente: Elaboración propia con datos de INEGI, 2015

La desigualdad generada por la movilidad espacial es resentida en mayor medida en las colonias populares de la periferia, en donde el número de unidades destinadas al transporte público no logra satisfacer las necesidades de la población, además que los tiempos para realizar las labores, tanto cotidianas como casuales, se incrementan debido a los tiempos de espera para que el transporte pase y el tiempo que se acumula en las largas distancias que se recorren (Argüelles, 2014).

Hasta aquí he presentado cómo la ciudad de Tuxtla Gutiérrez se ha ido configurando a partir de prácticas y discursos apegados a ficciones, mediante de las cuales emanan promesas imaginadas respecto a lo que la ciudad puede ofrecer o dar a quienes la habitan. Es notable el control de las élites sobre las decisiones políticas y económicas de la ciudad, que la han llevado a una condición de segregación urbana y social densa, palpable incluso a simple vista, entre la zona poniente y la oriente.

El centro de la ciudad representa la promesa eterna e incumplida del progreso. Tuxtla es una ciudad moderna a costa de sus habitantes y de las otras ciudades del estado; sus renovaciones fallidas, así como las inversiones

truculentas realizadas en cada periodo de gobierno, la han sujetado a permanecer en el “ya casi”, al no poder concretar ni renovaciones exitosas y atrayentes para los habitantes, mucho menos para los visitantes, que la hagan florecer como la ciudad prometida.

2.4. El Aguaje: de la lucha por la autonomía al enclave sin memoria

Entre 1970 y 1990 se presentó en el país un proceso de “periferización”⁴⁴ en las grandes ciudades, el cual se caracterizó por la incorporación a las ciudades de terrenos fuera de la traza urbana y que, por lo regular, no eran aptos para la habitabilidad, incluyendo a veces terrenos destinados a reservas nacionales. La periferia tuxtleca se fue conformando de esta manera, cobrando auge en los años ochenta, cuando la invasión de predios que eran propiedad privada se presentó como alternativa ante la falta de vivienda en la ciudad, llegando a incorporar al espacio urbano –para la década de los noventa- alrededor de mil hectáreas (Escobar Rosas, 2000). Este proceso de periferización alcanzó una velocidad inesperada que provocó la ausencia de regulaciones y reglamentación sobre el uso del suelo por parte de las instancias gubernamentales correspondientes.

Argüelles (2014) menciona que, además de la falta de estas regulaciones en el uso del suelo, también se propició que la especulación sobre ciertas áreas para habitar creciera, motivando a que algunos propietarios incitaran las invasiones a sus predios (sobre todo aquellos localizados en los límites urbanos) o se autoinvadieran con el fin de obtener ganancias cuantiosas por la venta de dichos terrenos al Estado.

Para Escobar Rosas esta periferización, más que un modelo de ocupación espacial, refleja las formas específicas de organización social que se sostienen sobre formas de reproducción tradicionales, las cuales se basan principalmente en

⁴⁴ La bibliografía respecto a este proceso es amplia, sin embargo, me remitiré a los estudios realizados en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez.

dos condiciones: la sobreexplotación de la fuerza de trabajo de la unidad doméstica familiar y las formas actuales de “dominación caciquiles que descansan en el poder del líder o gestor urbano” (Escobar Rosas, 2000: 141), lo que difiere de la noción de especulación inmobiliaria, como Argüelles (2014) lo describe.

Algunas colonias periféricas fundadas entre los setentas y ochentas se consideran emblemáticas debido al acompañamiento que los habitantes tuvieron por parte de organizaciones sociales, campesinas y partidos políticos de izquierda, tal como el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), que contribuyó con la fundación de la colonia Patria Nueva, al nororiente de la ciudad. En la década de los ochenta surgieron algunos movimientos urbano-populares con la finalidad de fundar colonias en la periferia tuxtleca, como el Movimiento Urbano Popular (MUP), el cual acompañó el proceso de colonización de El Aguaje en 1984, el cual se considera el más grande asentamiento periférico de Tuxtla Gutiérrez (Viqueira, 2009).

Pero esta colonización de la periferia no contó únicamente con el apoyo de estos movimientos sociales, sino también, en algunos casos, se presentaron alianzas con ciertos agentes estatales, cuestión que seguro no se reduce a esta ciudad: ¿cómo se dieron estas relaciones entre la población desfavorecida ávida de una vivienda y los agentes estatales y paraestatales respecto a la compra-venta de los predios y la consecuente colonización de los mismos? ¿qué intereses rondaban en estas relaciones?

Los estudios realizados sobre la composición de la periferia urbana de Tuxtla Gutiérrez (Malo, 1997a; Escobar Rosas, 2000; Cruz Mayorga, 2002; Argüelles, 2014), señalan que los terrenos ocupados para ser convertidos en colonias fueron adquiridos mediante tres formas fundamentales: a) por invasiones, b) por compras directas a los propietarios y, c) por donaciones hechas por el Estado a la población necesitada. Pese a que algunos terrenos fueron puestos a la venta y comprados por la gente que los comenzó a habitar, estos no fueron reconocidos como asentamientos regulares y formales por parte del Estado debido, entre otras cosas, a que la compra-venta fue realizada en la clandestinidad e informalidad.

Ello provocó que algunos de estos acuerdos de compra-venta se recatalogaran como invasiones a propiedad privada.

Algunas de las colonias periféricas (...) tuvieron su origen en la compra de terrenos que anteriormente fueron ranchos. En estos casos, aún cuando no existe conflicto de propiedad, el fraccionamiento que siguió a la adquisición del predio se realizó al margen de las disposiciones legales, motivo por el cual las colonias surgidas son consideradas irregulares desde el punto de vista de tenencia de la tierra. Fraccionados clandestinamente y puestos a la venta dentro de un mercado informal, estos terrenos carecen en su mayoría de los servicios urbanos básicos (Escobar Rosas, 2000: 143).

Además de carecer de los servicios urbanos básicos, los primeros habitantes de estas colonias, timados algunos en su afán por poseer un terreno para comenzar a construir su vivienda, se enfrentaron con la disputa legal para contar con las escrituras que los legitimaba como dueños de la tierra adquirida.

De esta manera, los asentamientos periféricos comenzaron con el pie izquierdo, puesto que los esfuerzos de construcción se vieron relegados por las disputas legales por legitimar lo que, con esfuerzo y trabajo, habían comprado. El timo sobre la venta de la tierra se fomentó conforme las migraciones aumentaban generando demanda por poseer un terreno en la ciudad, favoreciendo con ello la aparición de una figura importante en el proceso de periferización en Tuxtla: los fraccionadores ilegales (Escobar Rosas, 2000: 144),⁴⁵ quienes operaban regularmente bajo el amparo y protección de políticos locales y/o de organizaciones populares con poder en la ciudad. Desde los orígenes de las colonias aparece la figura ambivalente de los políticos locales, figura que acompañará a estas colonias durante toda su evolución, hasta la actualidad, siendo referentes claves en la socialización de los jóvenes que las habitan, como mostraré en los siguientes capítulos.

Los fraccionadores ilegales aparecían en escena ofreciendo la venta de terrenos ubicados en los alrededores de la ciudad; algunas de las propiedades ofertadas no contaban con la aprobación del dueño para ser vendidas, o al menos eso salía a la luz al momento que la gente comenzaba a ocupar los lotes

⁴⁵ Entre los personajes vinculados a los fraccionadores ilegales se ubican a Manuel Borges e hijos, quien fungió como Presidente Municipal de Tuxtla Gutiérrez entre 1965-1967, así como al Gral. Francisco Grajales (Escobar Rosas, 2000).

adquiridos. En ciertos casos, los fraccionadores ilegales también recurrían a prácticas de timo al vender a más de un comprador el mismo lote. Frente a la demanda de regularización de estos fraccionamientos nuevos, aparecían las irregularidades en las transacciones realizadas, obstaculizando el proceso de formalización de las colonias.

Una vez que el conflicto se suscita –conflicto provocado desde cúpulas políticas- aparece el Estado como mediador para solucionar lo mismo que propició. En esta mediación se hacía creer al comprador que había sido beneficiado al reconocerse la compra realizada, pero los verdaderos beneficiarios eran los propietarios privados, quienes veían aumentada la ganancia por la venta de sus terrenos al obtener, además del dinero dado por los compradores, una compensación por parte del Estado. Vale decir que algunos de los ranchos fraccionados, se mantenían en el abandono, por lo que la doble venta del terreno constituía un negocio redondo para sus dueños.

Pese a las irregularidades, el Estado respondía para atender las demandas de regularización, tomando un rol “asistencialista y benefactor”; rol que sería aprovechado para promover su legitimidad en el proceso de gestión (Escobar Rosas, 2000: 148). Es destacable esta situación, puesto que permite ver cómo operaba (y sigue operando) la manipulación política, tomando como instrumento de control sobre la población la tenencia de la tierra; aprovechando, primero, la demanda legítima de la población por contar con una vivienda digna y propia, para después ofertar –de manera amañada y usando a terceros- la posibilidad de acceder al bien deseable.

Las negociaciones se dirigen hacia el hostigamiento de la gente para que, o pague más de lo que ya ha pagado, o se integre a las filas partidistas y responda a los intereses de los líderes que se encuentran como intermediarios. Entre jaloneos, la decisión de Estado sugiere la compra del terreno al propietario con dinero del erario y las negociaciones ahora se concentran directamente con la población, para gestionar servicios públicos carentes en el área. Así, la población queda a la deriva, enganchada a una dinámica de despojo, en donde el Estado

aparece casi como la única instancia capaz de proveer los servicios que la población demanda.

El uso que el Estado hace respecto a la situación de la población que se disputa el territorio se enmarca en el control que este tiene respecto a la población y el territorio mismo. El caso de El Aguaje deja ver cómo, desde los agentes del Estado se comienza a tejer la trama que llevará a un grupo de personas a ser confinadas al hostigamiento y aislamiento para que, bajo presión, “decidan” integrarse a una red partidista para fines e intereses propios de quien detenta el poder. Este ha sido un método de cooptación durante muchas décadas en el país, y Tuxtla no podía estar exenta, siendo el caso de El Aguaje, un emblema de este proceso.

La fundación de la colonia El Aguaje se apegó al proceso expuesto, surgiendo bajo la venta clandestina del terreno por parte de un fraccionador ilegal⁴⁶ en contubernio con quien entonces era el presidente municipal de la ciudad. Dada la clandestinidad de la venta, no existen registros que proporcionen un perfil socioeconómico o de procedencia de las 400 familias que ocuparon el terreno de 209 hectáreas, que se considera eran, en su mayoría, migrantes del Soconusco y los Altos de Chiapas, debido al momento histórico en que se realizó la transacción (Viqueira, 2009).

La trama comienza con la detección de un terreno en una de las orillas de la ciudad, lo suficientemente grande para ser fraccionado en lotes. Una vez realizado esto, se coloca en el mercado la venta de dichos lotes, a precios no tan bajos, pero accesibles y sujetos a crédito, destinado a la población empobrecida y volátil, la que es difícil de agrupar debido a que se encuentra dispersa en los espacios que va encontrando por toda la ciudad y que está deseosa de poseer una vivienda.

⁴⁶ Uno de los personajes con mayor reconocimiento por llevar a cabo este tipo de ventas clandestinas fue Tomás Vázquez Simuta, a quien se le ha asociado con personajes políticos de la época, principalmente del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

El proceso de compra-venta se da entre algunas familias y un fraccionador ilegal. Sin embargo, cuando los compradores comienzan el proceso de escrituración, se les notifica que la transacción realizada no ha sido legal, por lo que no se les puede reconocer como dueños de lo que, alegaban, era su propiedad. Ante esta situación, los compradores temen perder lo adquirido y se organizan para ocupar, sin contar la legitimidad, los terrenos adquiridos. De esta manera comienza el proceso de poblamiento y construcción de la colonia a finales de 1983. Este mismo año, los colonos se afiliaron a la CNOP, organización obrera popular perteneciente al PRI. El móvil de tal afiliación fue la necesidad de gestionar los servicios públicos básicos para la colonia, puesto que después de siete años de haberse realizado la compra-venta, no contaban con ninguno.

Al principio fue difícil, era feo estar aquí, lo hubieras visto. No había nada, éramos pocos y no había luz, agua, nada. El agua, en pipa la traíamos. Una gastadera de dinero que era. Luz no había, oscuras las calles. Luego transporte, menos. Teníamos que caminar bastante, desde allá abajo, como de por donde está Bodegas[Aurrera] hasta aquí. Era difícil y fue difícil también conseguir que nos hicieran caso porque no quería el gobierno, nos querían sacar (Sra. Concha, 65 años).

La señora Concha dice recordar poco sobre los primeros tiempos de la colonia, teniendo casi como única memoria la falta de servicios públicos, así como las largas caminatas que tenían que hacer (3.5 km aproximadamente), puesto que no llegaban las combis hasta la colonia. Este último punto es el factor más recordado por los adultos con quienes conversé. La mayoría decía no recordar nada o haber sido niños cuando se mudaron a la colonia, haciendo mención únicamente de lo mucho que tenían que caminar para poder tomar el transporte público para ir a trabajar o para regresar a casa, así como la falta de alumbrado público.

La necesidad de contar con luz y agua llevó a los colonos a gestionar los servicios, apoyados por la CNOP. Sin embargo, las cosas no resultaron como esperaban, puesto que sus solicitudes fueron rechazadas, siendo notificados sobre las intenciones del gobierno estatal para reubicar el asentamiento (Escobar Rosas, 2000: 191). Esto, más que una noticia, resultó una tragedia para los pobladores, quienes habían comenzado a construir sus casas con los pocos

ahorros que tenían, además de haber fincado sus esperanzas de progreso en aquel terreno. La excusa del gobierno para reubicarlos consistía en que el terreno era accidentado y se encontraba muy lejos de la ciudad, por lo que introducir los servicios consistiría en una tarea ardua y costosa; además que, según cifras oficiales, tan sólo 150 familias vivían ahí (Escobar Rosas, 2000).

El balance del costo-beneficio no justificaba las acciones, siendo más barato para el estado la reubicación. Sin embargo, los colonos no se cruzaron de brazos y emprendieron acciones para contrarrestar el veredicto. Fue así que emergieron dos líderes, Gerardo Flores y Ángel Molina,⁴⁷ quienes convencieron a la gente de que la solución se encontraba en la ocupación de los predios abandonados por más familias. Con más habitantes en ese terreno, los cálculos del costo-beneficio estarían más balanceados.

Siguiendo la estrategia, los colonos invitaron a invadir los terrenos baldíos a familias de otras colonias; consiguiendo que, para octubre de 1984, la colonia estuviera habitada por 2 mil familias que exigían la introducción de servicios públicos. Dado que la CNOP no cumplía con las expectativas de los colonos, y ahora eran más, rompieron la alianza con dicha organización y se constituyeron como una organización independiente llamada “Colectivo de Colonos de El Aguaje (CCA)” (Escobar Rosas, 2000).⁴⁸

En la disputa por el reconocimiento de la colonia como regular, así como de la atención a las demandas, se conformaron tres grupos de actores: 1) los colonos del CCA, 2) el Estado, a través de algunas dependencias públicas, y 3) los colonos que no pertenecían al CCA, quienes después jugarían un papel decisivo para el rumbo de la colonia.

Escobar Rosas (2000) describe al CCA como una agrupación independiente que asumió la responsabilidad organizativa y directiva de la colonia. El trabajo que emprendió el colectivo es memorable en términos de organización, contando con comisiones para atender necesidades específicas de la población de El Aguaje:

⁴⁷ Los nombres han sido cambiados para guardar el anonimato.

⁴⁸ El nombre dado al movimiento urbano ha sido cambiado para guardar el anonimato.

“Comisión de Honor y Justicia, de Mujeres, de Formación Político Legal (Orientación Ideológica), de Organización, de Prensa y Propaganda, de Finanzas, de Relaciones y de Vigilancia” (Escobar Rosas, 2000: 192). De esta manera, el interés del CCA ya no sólo se posicionaba en la defensa de la tierra, sino que abarcaba otras áreas de la vida de los colonos. Es destacable que la ideología socialista de los líderes impregnó todo el movimiento. Así, las comisiones no sólo se encargaban de atender problemáticas, también estaban obligados a brindar y recibir una formación sobre los preceptos fundamentales del socialismo.

La idea que teníamos en aquel entonces era cambiar al mundo, así te lo digo: cambiar al mundo. Vimos la oportunidad de hacerlo cuando la gente empezó a responder al llamado de la organización. Nos agrupamos, hicimos las comisiones, vino gente de otras organizaciones a tener charlas y todo eso. Queríamos tener nuestro propio sistema de educación, de salud. Pensábamos que lo lograríamos, pusimos la vida ahí. Incluso, mira, tuvimos intercambios con el Frente Popular Campesino Lucio Cabañas. Hicimos un foro. ¡Imagínate! Un foro hasta allá, cuando no había combis que te llevaran, y llegó la gente. Teníamos reuniones todos los días y buscábamos que todos fueran socialistas... tal vez ahí estuvo el problema. No contemplamos que había gente cerrada, que habían “orejas”, que habían mediocres que preferían servir al gobierno antes que ser libres (Ramiro, líder de organización).

La respuesta que la organización daba a las presiones gubernamentales no se contemplaba por las autoridades, acostumbradas a caminar al lado de otros movimientos urbanos. La organización del CCA no era predecible y comenzó a sembrar temor en los líderes políticos frente a la posibilidad de perder poder y control del territorio. Como parte de las acciones para enmendar las carencias, el CCA ideó un plan de apoyo comunitario, que contemplaba la compra de una pipa de agua que abasteciera periódicamente a la colonia, la adquisición de una combi que remediara la falta de transporte público y el establecimiento de una bloquera que apoyara la autoconstrucción de las viviendas (Escobar Rosas, 2000). El plan, apegado a un modelo de cooperación y trabajo colectivo no llegó a realizarse, pero fortaleció los deseos de autonomía de una buena parte de los colonos, así mismo, estableció una imagen de reconocimiento para los pobres urbanos que habitaban la periferia tuxtleca.

La respuesta del gobierno no se hizo esperar, ordenando la incursión de la policía en la colonia, con autorización para reprimir a la gente y capturar a los

líderes. Después de esto, la población se organizó para implementar un sistema de guardias que mantuviera vigilada y segura a la colonia de futuras irrupciones policíacas.

Además de las labores de organización comunitaria, el CCA emprendió acciones de protesta mediante marchas y mítines frente al Palacio de Gobierno. Las exigencias, al inicio del movimiento eran tres: 1) reconocimiento del asentamiento por parte de las autoridades, 2) introducción de los servicios urbanos y, 3) regularización de la tenencia de la tierra (Escobar Rosas, 2000: 193). Después de la represión en la colonia y otras cometidas por la policía durante las protestas, a las exigencias se sumaron otras nuevas que incluía el cese a la represión, indemnización de las familias afectadas por la violencia policial, castigo a los responsables, entre otras (ibíd.).

A finales de 1984 se obtuvo una audiencia con representantes estatales en la cual se reconoció al asentamiento y se garantizó que los pobladores no serían desalojados. Un compromiso más adquirido en dicha reunión, era la conformación de una Comisión Mixta que decidiría sobre la viabilidad del asentamiento; compromiso que no fue cumplido por parte del gobierno. Frente a esto, el CCA organizó un plantón, pero:

No pudimos hacerlo. Saliendo de la colonia estábamos cuando se dejaron venir de todos lados policías judiciales, dicen que eran más de 400. Nos comenzaron a golpear, corrimos a donde podíamos, pero estábamos rodeados. Nos agarraron a trancazos, no respetaron a las mujeres, las golpearon también. Lamentablemente hubo cuatro muertos esa vez, heridos y otros que no aparecieron. Pero no nos doblegaron, insistimos y en la tarde les armamos el plantón, porque así son las cosas, no se juega con esto. Pensaron que nos doblegarían, pero nos enchincharon más (Ramiro, líder de organización).

Después de tal acontecimiento, se llevó a cabo una reunión entre autoridades estatales y el CCA, a quiénes les fue presentado un dictamen oficial, basado en un supuesto estudio, que determinaba que el terreno no era apto para su regularización y que era imposible dotarla de servicios públicos. Ante esto, el CCA buscó apoyo en la facultad de Arquitectura de la UNAM, quienes respondieron favorablemente y emitieron un informe sobre la viabilidad positiva de la colonia. Sin embargo, este estudio fue desechado por las autoridades estatales;

acto que motivó al CCA a buscar el apoyo del gobierno federal, viajando a la Ciudad de México para realizar un plantón en el zócalo, el cual concluyó con una reunión en la que autoridades federales les prometían atender su demanda.

El apoyo del gobierno federal no llegó, pero lo que sí efectuó fue un operativo del gobierno estatal para controlar el asentamiento mientras los líderes estaban ausentes. Al regreso de la Ciudad de México, la colonia estaba acordonada, había policías judiciales patrullando las calles, grupos armados reconocidos como “aliados del PRI” habían tomado el control de la colonia. Esta situación representó el inicio del fin del movimiento popular (Escobar Rosas, 2000: 196).

Los colonos no se encontraban unidos bajo un mismo frente. Ello quizás fue el detonante del desmantelamiento del movimiento, pues mientras se insistía en la lucha y la autonomía, los colonos que no se adhirieron a la UCR, junto con algunos priístas, aprovecharon el debilitamiento de la organización para emprender una campaña de desprestigio, provocando la división de la población al interior de la colonia.

Con los líderes presos y la gente dividida, el gobierno estatal abrió una vía de comunicación con los colonos para hacerles saber que el asentamiento sería regularizado “siempre y cuando aceptaran someterse a las estructuras de mediación reconocidas oficialmente” (Escobar Rosas, 2000: 198). Fue así como el movimiento fue neutralizado y desmantelado, al convencer a la población de que la vía institucional era mejor que la rebelión urbano popular.

Una de las condiciones que el gobierno estatal fijó para llevar a cabo la regularización de la colonia, fue la afiliación al partido oficial (PRI) de todos los pobladores de El Aguaje.

Se infiltraron al movimiento los del PRI, eso pasó. Habían algunos en la colonia que estaban afiliados desde antes y esos sirvieron de orejas, nos traicionaron. Hicieron rumores sobre nosotros, sobre el movimiento, metieron miedo y también dieron dinero. No sé cuanto, pero algunos aprovecharon para levantar sus casas. Así convencieron a la gente de abandonar el movimiento. También había presencia de hombres armados, se supone que eran del PRI también, llegaban y se paseaban, de vez en cuando disparaban al aire, la gente tenía miedo. Luego fueron los judiciales... lástima, teníamos un sueño y se derrumbó (Ramiro, líder de organización).

El hostigamiento a la población de El Aguaje no cesó con el desmantelamiento del movimiento. El acoso policial era constante y generalizado, no se limitaba a los miembros del CCA. Junto con el acoso, la presencia de hombres armados y las detenciones arbitrarias ilegales, fueron estrategias de hostigamiento e intimidación desplegadas sobre el territorio para “convencer” (forzosamente) a los colonos de afiliarse al PRI. Estas acciones se enmarcan en una práctica común en México, en la cual el Estado, de la mano del partido oficial (“Estado-partido”), especulan con las expectativas de los invasores condicionando la regularización y urbanización de los asentamientos a cambio de su fidelidad política, principalmente electoral (Cruz Mayorga, 2002: 9). Por su parte, los medios de comunicación reforzaron la violencia del Estado, desprestigiando al movimiento, a sus líderes y a los simpatizantes de éste, difundiendo discursos que ponían en duda la calidad moral de los habitantes de El Aguaje.

Así acabó pues el movimiento. Así pasó. En la cárcel los líderes, uno dicen que lo mataron en la cárcel, pero no supimos nada de él. Teníamos miedo. Yo estaba yo chamaca, joven pues, y me daba miedo. Veía a los judiciales aquí, a hombres con armas, fueron tiempos feos esos. Para que todo mejorara fue que nos hicimos del PRI, porque así ya se tranquilizarían las cosas, y sí pues, al poquito ya no habían policías y poco a poco fuimos logrando las cosas que queríamos. Ahora ya, recién es que nos cambiamos de partido, pero todo el tiempo fuimos del PRI (Sra. Concha, 65 años).

Lo anterior puede ser leído como prácticas clientelares. Sin embargo, más que en las relaciones clientelares que se fueron forjando a partir de estos incidentes, me interesa colocar la atención en una condición que fue dando forma al espacio habitado, condición que no es natural sino fue impuesta mediante la dominación por parte de los mediadores estatales: el despojo. La pobreza y la violencia fueron –y siguen siendo- condiciones que estructuran la vida y forma de la colonia, teniendo como único –o casi único- interlocutor al Estado que, mostrando por un lado, su cara de benefactor, pretendía dar solución a las demandas involucrando a la población en una espiral de gestiones lentas y muchas veces sin sentido, logrando mantener a la población ligada a sus demandas y a la expectativa de solución. Por otro lado, muestra una cara represora que usa la violencia como medio para acallar las demandas, incluso usarlas para su propio beneficio.

Escobar Rosas (2000) señala que en el proceso de regularización de la colonia, en la gestión de las escrituras y de los servicios públicos, volvió a aparecer el fraccionador ilegal que vendió los predios en la clandestinidad, pero esta vez acompañaba a las autoridades en la realización del papeleo necesario. Al respecto, Cruz Mayorga (2002: 9) menciona la existencia de un “jugoso negocio” entre el Estado y redes de actores formales/informales de poder -como los fraccionadores ilegales-, mediante el cual se busca mantener el control territorial y el poder en el ámbito local. Por ello, no es raro que la misma persona que llevó a cabo la venta clandestina, en lugar de estar en la cárcel, se encuentre después fungiendo en alguna actividad burocrática.

A la fecha, las relaciones con los partidos políticos se mantienen entre la población de El Aguaje, constituyendo casi la única vía para acceder a servicios públicos y a programas sociales. Después del CCA no volvió a surgir otro movimiento subversivo en la zona, ni en la ciudad (al menos no con esas características). El trabajo que realizó el Estado, mediante sus operadores en el territorio, fue exitoso, puesto que del CCA no se supo nada más: los ánimos de lucha y los deseos de autonomía y “un mundo mejor” -como decía Ramiro- se disolvieron entre promesas políticas. Este antecedente es fundamental para comprender cómo se ha configurado la colonia; sin embargo, poco se sabe sobre ello hoy en día. En uno de los primeros acercamientos con los jóvenes de la secundaria, pregunté sobre los orígenes de El Aguaje, y ninguno supo qué responder. Esta generación de jóvenes nació con afiliación política, aunque actualmente existen más partidos que gozan de simpatía en la colonia, como si esta fuera una condición de pertenencia a la misma.

El proceso de colonización de El Aguaje es casi un emblema respecto del desarrollo de colonias populares y marginales de Tuxtla Gutiérrez, y quizás de México, puesto que, al desenmarañar sus tramas, salen a la luz las prácticas y discursos que se establecieron como pautas para el desarrollo de relaciones, mismas que demarcaron la forma y sentido de este espacio en particular, que lo han ido moldeando como un enclave urbano. Es decir, en la historia de la configuración de la colonia es posible rastrear cómo se instauran modos de vida y

tecnologías de poder que marcan las pautas sobre el habitar, así como las resistencias, acuerdos y negociaciones que establecen anclajes para el devenir subjetivo de la población que habita el enclave.

Capítulo 3

Vivir en “El Aguaje”, un enclave de pobreza

3.1. Introducción

El proceso de urbanización de Tuxtla Gutiérrez ha tenido una trayectoria desordenada y sin planificación que ha originado que las desigualdades y las diferencias se establezcan como reglas de ordenamiento, como lo señala Caldeira (2007) para el caso de las ciudades brasileñas. Este ordenamiento desigual se ha visto acompañado por procesos desintegradores del espacio (Duhau, 2008) social que han fomentado, por un lado la segregación residencial y social y, por otro, la paulatina fragmentación del espacio.

Tales procesos desintegradores han tenido relevancia en el ordenamiento habitacional y social de las colonias desarrolladas en la periferia urbana marginada. De esta manera, la evolución de estos espacios ha estado desde el inicio, como mostré en el capítulo anterior, marcada por irregularidades, abusos de poder y uso de la pobreza para beneficio político. A tales condiciones de emergencia de estos espacios debe vincularse las condiciones de procedencia de los habitantes, quienes, por lo regular, vienen de entornos precarizados con trayectorias de sobreexplotación de su fuerza de trabajo, informalidad laboral e inestabilidad salarial, así como bajos niveles educativos. Estas condiciones los convierten en sujetos vulnerables ante la figura de los líderes políticos, gestores urbanos o los mencionados, fraccionadores ilegales.

El Aguaje constituye una colonia con una trayectoria particular, pues pasó de la lucha urbana motivada por la autonomía y la esperanza a ser un espacio de gestión de riesgos del poder político, después de un proceso de hostigamiento, violencia y laceración de la esperanza. El daño fue tal que, a la fecha, la memoria de la lucha ha sido borrada de la historia oral de sus habitantes.

Esta laceración de la búsqueda de autonomía y esperanza, aunada a las condiciones de precariedad y violencia, de continuidad de la pobreza y las condiciones de marginación e inestabilidad, enmarcadas en un espacio urbano que se ha asentado sobre desigualdades y tiende cada vez más a la fragmentación, son las condiciones que hacen que un espacio habitado (colonia, barrio, villa) se configure como un enclave de pobreza urbano, siendo estas las condiciones que demarcan a El Aguaje.

3.2. Espacio negociado para habitar en la pobreza

Además de los atributos anteriores, la segregación es un elemento clave en la delimitación de los enclaves de pobreza. Las condiciones del enclave llegan a convertirse en “una muralla social, al reproducir condiciones de vida, relaciones sociales y experiencias que resultan redundantes y poco enriquecedoras” (Saraví, 2004: 36), lo que tiene un efecto de encapsulamiento en los habitantes, limitando sus procesos de socialización. A las ya dadas condiciones de pobreza económica, se le suman, cuestiones de pobreza social que generan fronteras o murallas, bloques que limitan la experiencia social de los colonos en general y de los jóvenes en particular, mismo que se constituyen en “una fuente importante de desventajas para sus propios habitantes y para la comunidad en su conjunto” (ibíd.). Así mismo se convierten en lugares de relegación social, donde “las miserias de cada uno se ven redobladas por las nacidas de la coexistencia y la cohabitación de todos los miserables” (Bourdieu, 2010: 68).

Es decir, el efecto de encapsulamiento acota las posibilidades de ampliar la socialización hacia otros agentes y espacios que promuevan otros tipos de referentes, conduciendo a un proceso de autoreferenciamiento entre los mismos sujetos, por lo que las carencias, faltas y vacíos, tanto materiales como emocionales, son reforzados por el mero hecho de cohabitar, de compartir el espacio de pobreza.

Pensar al espacio habitado como un enclave de pobreza conduce a reflexionar sobre la influencia que el territorio tiene sobre la vida de los sujetos, o mejor dicho, la influencia que las características que identifican a los territorios socialmente tienen sobre la subjetivación de sus habitantes. Así, el enclave promueve y genera prácticas sociales que pueden ser compartidas o disputadas entre los vecinos y que, a su vez, pueden promover la integración o rechazo social. Por ejemplo, las colonias identificadas con altos índices de violencia y delincuencia son generalmente rechazadas por el conjunto social y marginadas dentro de la ciudad, enfocando una serie de prácticas de control que pueden reforzar y aumentar la violencia, como ocurre en El Aguaje, lo que origina que quienes las habitan se encuentren ante el constante rechazo social.

Además, esos mecanismos de control son incorporados por los colonos, quienes los encarnan como referentes de identificación, teniendo un efecto de autoreferenciamiento, acompañado por la autovigilancia y el autocontrol constantes entre los propios habitantes, deteriorando el tejido social al no poder coincidir en espacios que promuevan el diálogo, la gestión de las diferencias y la participación comunitaria.

La experiencia de la juventud en estos enclaves se ve entonces marcada por las condiciones de los mismos. En relación al proceso de subjetivación, los enclaves contribuyen a generar en los jóvenes “una sensación de estar encadenados a un lugar degradante” con un acceso limitado al mercado de trabajo, educativo y de consumo, asumiendo en ocasiones una existencia marcada por la incertidumbre respecto al futuro (Bourdieu, 2010: 164). Las limitaciones económicas –la pobreza- así como la deficiencia en los medios de transporte que se presenta en los enclaves van teniendo un efecto notorio en la experiencia urbana de los jóvenes, conduciendo en ocasiones a una disociación de la ciudad, entre lo conocido (el enclave) y lo desconocido (el resto de la ciudad).

Los bloques que se trazan en relación a las condiciones de los enclaves limitan la movilidad y conocimiento de otras áreas de la ciudad, los mantiene en

una “confrontación constante, continua, con un universo cerrado por todos lados” (Bourdieu, 2010: 67), con pocas posibilidades asociadas al desarrollo óptimo como son la educación escolar y el acceso a empleos dignos. Para algunos jóvenes que viven en enclaves de pobreza, desplazarse hacia otros puntos de la ciudad “significa adentrarse en un mundo desconocido, incierto y peligroso”, a un mundo signado por otras reglas y normas que regulan la conducta y los cuerpos, con códigos sociales y éticos diferentes (Barreira, 2009: 225-226).

Pero la configuración de la ciudad en zonas centrales y enclaves periféricos y pobres no es casual ni fortuita, sino que responde a un efecto de las políticas e intereses de Estado, como es el caso de El Aguaje. Al respecto García y Ávila señalan que un enclave es un espacio considerado “*de y en riesgo* por alguna forma de gobierno”; es un “daño colateral de un modelo neoliberal que produce desigualdad en infinitas dosis y que no siempre puede asegurar contener los desbordes que de ello se derivan” (2015: 15). Si bien el Estado se ve incapacitado frente a los desbordes, las intervenciones que realiza vía los programas sociales, generan un efecto de contenedor en el enclave.

Siguiendo la lógica de los dispositivos de seguridad planteado por Foucault (2006), la delimitación de zonas de y en riesgo conlleva al acotamiento del espacio y asignación de categorías y atribuciones afines a la peligrosidad y al riesgo que suponen, ello con la finalidad de establecer estrategias para intervenir el espacio con acciones concretas desde el aparato de Estado. Estas intervenciones se realizan bajo la mira de prevenir o contener la ocurrencia de los fenómenos asociados a la peligrosidad y riesgo, así como para “ofrecer seguridad al resto de espacios; proteger frente a las amenazas o instar a que se protejan de ellos mismos” (García y Ávila, 2015: 15).

Como presenté, las relaciones que se forjaron desde el inicio entre el Estado y los colonos de El Aguaje marcaron pautas de socialización para el enclave. Estas relaciones, basadas en la constante negociación de la precariedad imponen un “orden negociado” (Duhau y Giglia, 2008: 345), mediante el cual se van produciendo riesgos constantes que no pueden mantenerse bajo control, ni por los

habitantes de la colonia, ni por las fuerzas del Estado. Por ejemplo, la actuación deliberadamente violenta que tienen algunos grupos criminales al interior de la colonia, ejerciendo un control abusivo basado en el temor infundado, son cuestiones que se escapan de las manos del poder estatal, puesto que él mismo las ha generado al promover relaciones de complicidad entre líderes y representantes políticos y estos grupos violentos. Ante ello, la respuesta del Estado ha sido no cortar las relaciones de complicidad, sino considerar estas demarcaciones urbanas como zonas en y de riesgo para su administración, focalizando acciones para paliar consecuencias y tapar otras, pero no asumir la responsabilidad que le toca.

Las intervenciones del Estado, más que apuntar a la erradicación de la violencia y la pobreza, se dirigen hacia la contención para la prevención de los efectos que tales condiciones generan. Esta contención es la que le dará forma al espacio, al estructurarlo como un contenedor de las acciones catalogadas como peligrosas o riesgos para la población en general, característica que cobrará relevancia en la experiencia de los jóvenes al asumirse sujetos a un espacio contenedor en dos sentidos: por un lado, los contiene dentro, los mantiene circulando dentro de sus fronteras, aislados (situación conveniente para el control). Por otro lado, también los contiene emocionalmente al presentarse para ellos como un lugar conocido y familiar aunque no sea seguro, en donde tienen una presencia y pueden compartir emociones de aceptación o rechazo, los contiene frente a la incertidumbre que provoca el afuera, la ciudad.

La colonia se convierte para sus habitantes más jóvenes en un elemento contradictorio en la configuración de su experiencia urbana: la aman y la odian, les gusta y les disgusta, quieren salir, abandonarla, pero se quedan. Aunque visiten otros espacios y se sientan familiarizados con algunos, la realidad es que existe un desapego entre ellos y la dinámica de la ciudad. Pareciera que la vida que emerge cotidianamente fuera del enclave se mueve de manera paralela a la de ellos, aunque algunos contribuyan con esa vida a través de su mano de obra.

Al estar confinados simbólicamente a las calles y paredes de la colonia, se

encuentran también acotados socialmente, inseguros, incompletos. Esta acotación de las experiencias sociales es aprovechada por el aparato político que gobierna la ciudad y el estado, al prometerles la inclusión y la pertenencia mediante una serie de mecanismos e intercambios en donde el resultado no es más que mayor exclusión, control y confinamiento, así como endurecimiento de las diferencias entre los que habitan los espacios señalados como peligrosos, de y en riesgo, y el resto de la población.

Al imponer el distanciamiento y diferenciación entre los diversos espacios urbanos, se encrudecen las diferencias entre quienes los habitan, se genera mayor segregación social y espacial, se refuerzan estereotipos y prejuicios que pueden llevar a la evitación del encuentro entre unos y otros, así como a la fragmentación del espacio y a la producción de mundos distantes entre sí, por ejemplo, los jóvenes que habitan una misma ciudad, como da cuenta de ello Saraví (2015).

Conceptualizo al enclave de pobreza como un espacio marginal y precarizado en donde se manifiestan ciertos modos de vida (basados en ideales) que tienden a la reproducción social sin cuestionamientos por quienes los asumen. Desapegado de la dinámica del espacio urbano (la ciudad) en donde se ubica, se inserta bajo lógicas propias basadas principalmente en las dinámicas de la informalidad y diversos ilegalismos que demarcan al espacio y sus habitantes, complejizando su integración en la ciudad.

3.3. Nacer y crecer en un enclave de pobreza: cuatro reseñas de vida introductorias

3.3.1. Feyo: “nací el año en que mi papá comenzó a tomar”.

A Feyo lo conocí en la secundaria. Un chico de 17 años, alto, moreno, de ojos un poco rasgados y cabello ondulado. Estaba repitiendo el tercer año de la secundaria, y antes de eso también repitió un año en la primaria, por ello es dos

años mayor que el resto de sus compañeros. La primera impresión que Feyo me dio fue la de un joven elocuente, con mucha energía e iniciativa, organizaba al grupo y algunos lo tomaban como “mandón”, es decir, sentían que les mandaba o daba muchas órdenes siempre. Las maestras tenían opiniones encontradas respecto a él. Decían que era un chico muy conflictivo, que ocasionaba muchos problemas y era rebelde, pero a la vez lo describían como un joven noble, dispuesto a ayudar y que le echaba ganas a la escuela “cuando quiere”.

A Feyo siempre le pareció cómodo hablar conmigo. Me buscaba a la hora del receso y a veces después de la escuela. Cuando le propuse hacerle una entrevista titubeó un poco, pero aceptó y nos quedamos de ver una tarde en su casa.

La tarde acordada, Feyo fue por mí a la parada de la combi, como casi todos los jóvenes lo hacían cuando conveníamos una cita por la tarde fuera de la escuela. Mientras caminábamos hacia su casa me advertía que esta no tenía “grandes lujos”, que esperaba que no me fuera a “decepcionar”... ¿Por qué Feyo pensaba que el estado de su casa me causaría decepción?. Al cuestionarle el por qué pensaba que yo podría decepcionarme, respondió que era porque son pobres, porque no tienen muchas cosas y que su casa no es bonita, aunque “eso sí, está muy limpia, somos pobres pero limpios”. Le comenté que no se preocupara, que no me decepcionaría, que estuviera tranquilo por ello. Desde este momento me quedó claro que para él, como para otros jóvenes de la colonia, el estado de sus casas (con techos de teja, cortinas que suplen paredes y dividen los espacios, pisos de tierra, baños sin drenaje, entre otras cosas), es un tema que les preocupa en la presentación con los otros, con quienes no pertenecemos a ese lugar.

La primera vez que visité la casa de Feyo, este me dio un recorrido por todo el lugar, un gesto que agradecí muchísimo, pues no era algo que todos hicieran. Su casa consta de dos espacios divididos por una pared. El primer espacio está dispuesto como sala, comedor y cocina. En esa parte de la casa el piso es firme, de cemento, aunque rugoso. La cocina consta de una mesa que sirve de alacena y una estufa. El refrigerador se encuentra a un lado de la sala porque en la cocina

no contaban con un enchufe eléctrico adecuado. La segunda sección de la casa está dispuesta como recámaras, dividido el espacio en dos por una cortina. En la primera subsección hay una cama matrimonial, la de sus padres. Una bacinica se alcanza a ver debajo de la cama. Al levantar la cortina que divide el espacio, se ven dos camas individuales: “Aquí duermo yo con mis hermanos”.

Feyo tiene tres hermanos varones más pequeños. Son cuatro hijos dispuestos en una sola habitación con dos camas individuales, las cuales comparten entre dos de ellos cada una: “a veces duermo en el sillón o en el piso, pongo mi petate o unas cobijas, porque a veces es incómodo estar con mi hermano en la misma cama”. Cada cuarto cuenta con un perchero de metal en donde cuelgan la ropa, además de unos contenedores cuadrados de madera en donde guardan la ropa que no se cuelga. La ropa la comparten entre ellos, aunque Feyo asegura que hay algunas prendas que son las “favoritas” de cada uno y esas no las deben tocar los demás, a menos que quieran meterse en problemas.

El patio de la casa es más grande que la construcción que habitan. A un lado de la casa hay un árbol de limones, el terreno es irregular, con piedras y algunos agujeros. Al fondo hay un lavadero con un tendedero y un cuarto con una puerta: “ese es el baño”, comenta Feyo cuando le pregunto qué hay ahí, “pero mejor si no pasas porque es lo más feo de la casa”, me advierte. La condición de los baños en la mayoría de las casas que conocí de los jóvenes de El Aguaje es similar: cuartos dispuestos afuera de las casas, con techos de lámina. Tienen escusados, pero no funcionan por la falta de instalaciones de drenaje, por lo que se les tiene que poner agua mediante una cubeta. La mayoría también presentan una regadera, pero no es funcional, teniendo que bañarse “a cubetazos”.

¿Quisieras que tu casa fuera diferente?, le pregunto a Feyo: “sí, me gustaría que fuera más bonita. Mi sueño es comprarle un refri nuevo a mi mamá y hacer más bonito el baño, ponerle azulejo, como el de los ricos, y que nos podamos bañar con la regadera. Por eso quiero que haya un tanque arriba, pero para eso se necesita un techo de loza... ahí poco a poco lo voy a lograr”, me responde con entusiasmo. Esta respuesta muestra, más que el anhelo de Feyo por mejorar su

vivienda, la responsabilidad que ha asumido en su hogar como apoyo económico. Si a eso se le aúna que él se encarga del cuidado de sus hermanos desde niño, la responsabilidad va más allá de lo económico.

Después de recorrer el patio nos metimos de nuevo a la casa. Sentados en el sillón, comenzamos la entrevista pidiéndole que me contara cómo ha sido su vida. Él comenzó el relato desde su nacimiento, mostrando que a tal acontecimiento le asigna mucha importancia, sirviendo incluso como justificante para otros tantos sucesos de su realidad actual.

Nací en 1998, el año en que mi papá comenzó a tomar”- comenta con un tono bajo de voz, fijando su mirada hacia el piso. Los padres de Feyo contrajeron matrimonio dos años antes de su nacimiento, viéndose presionados por un embarazo no planeado, mismo que no llegó a término: “ese hijo no se logró, no nació pues, porque... porque mi papá ya le pegaba bastante a mi mamá y eso hizo que ella lo perdiera. Esto no lo dijo mi mamá, ella decía que se había caído porque le daba pena decir que mi papá le pateaba en la panza.

El cuadro familiar está acompañado de mucha violencia, siendo la física una manifestación muy frecuente. Para Feyo, el alcoholismo de su padre representa una carga de culpa en su vida, puesto que atribuye su nacimiento a la adicción, así se lo han hecho saber y sentir sus padres y otros familiares:

Él empezó a tomar cuando yo nací, yo fui la desgracia, yo soy la maldición. Tal vez no así, pero así me siento. Mi mamá me cuenta pues que antes él no tomaba, que sí le pegaba, pero no tomaba. Bueno, sí lo hacía pero poquito, hasta que yo nací. Dice que él cambió mucho porque se hizo más *bolo*.⁴⁹ Mi papá me lo ha dicho también, que yo soy pues como su desgracia, pero también me dice que me quiere, que soy su orgullo, dice a veces.

La ambivalencia en los afectos que sus padres le demuestran van generando incertidumbre en la vida de Feyo. La violencia es un componente que ha acompañado a su vida desde su nacimiento, a la par de la culpa por la adicción del padre. Cargar con la culpa lo ha conducido a asumir la responsabilidad de proveedor para la familia y responsable de sus hermanos, casi como una figura paterna para ellos, pues el padre pasa largas jornadas de ausencia, cuando “se va de gira”, como menciona Feyo para referirse a los días enteros en los que su padre no aparece por la casa por estar bebiendo.

⁴⁹ Borracho.

Además de la ausencia física, el alcoholismo ha impactado fuertemente en la economía familiar, pues el padre gasta buena parte del dinero que gana en alcohol. No está de más decir que el alcoholismo de su padre no es consecuencia del nacimiento de Feyo, ni siquiera coincidencia, puesto que éste ya había comenzado a beber desde antes de casarse. Los golpes propinados a la madre de Feyo han sido, en su mayoría, estando alcoholizado, aunque ha habido momentos de violencia estando en sobriedad.

Además de la violencia, la vida de Feyo ha estado marcada también por la precariedad.

Mi familia siempre ha sido pobre, no tenemos dinero, siempre nos ha hecho falta dinero para comprar cosas bonitas. Mi papá es albañil, a veces le va bien, cuando lo llaman a una construcción grande, gana bien, pero eso casi no pasa. Más es que trabaje en cosas pequeñas. A veces pasa tiempo sin trabajar. Por eso yo ayudo en casa, por eso pues me metí a vender algunas cosas, ya sabes, mota y eso. No se gana mucho, así que digas que es mucho, tampoco yo lo hago mucho porque no quiero meterme mucho a eso. Me da miedo. Yo sí quiero estudiar más, pero no se puede, tampoco me gusta mucho. La escuela no me ha gustado mucho, me gusta el cotorreo y estar con los compas, pero así que estudiar, eso no me gusta.

La responsabilidad de Feyo en su hogar se ha extendido también hacia la protección de su madre y sus hermanos frente a la violencia manifiesta del padre:

(...) desde que tenía yo 11 años le pare el carro a mi papá. Le puse un alto, pues. Una vez que le empezó a pegar a mi mamá porque decía que andaba de puta con el vecino, y pues no, mi mamá no es así. Me enojé mucho, me levanté de aquí [señala el sillón] y me fui encima de él. Le pegué unas trompadas, le demostré que ya no le tenía miedo. Mi mamá me pidió que lo dejara porque es mi papá, pero yo estaba muy enojado, pero lo solté y lo amenacé. También que ya no le pegara a mis hermanos ni a mí. Ahí paro todo eso. Al menos a mi mamá ya no le ha pegado, que yo sepa pues, porque ya sabe que lo acabo. Más ahora que ya no estoy solo, mi banda me hace el paro si lo quiero quebrar, sólo porque me da lástima, porque es mi papá.

La frustración de Feyo ante la violencia y la precariedad vivida en su familia lo lleva a confrontar a quién identifica como el agresor principal: su padre. La manera de confrontarlo y mantenerlo a raya es a través de los golpes y amenazas, a través de la violencia encarnada, convirtiendo el bloque que lo limitaba en recurso que le permite frenar una situación dolorosa y confrontar a su figura de máxima autoridad en ese momento.

Para Feyo la vida no ha sido fácil, así lo menciona en la entrevista. La adicción del padre más la responsabilidad por cuidar de su familia, así como algunos incidentes en la colonia y en las relaciones con los otros, han marcado su experiencia, haciéndole pasar por emociones como culpa, enojo, vergüenza, frustración, que maneja y expresa de diversas maneras. Una de estas formas se manifiesta en el deseo de suicidio que Feyo refiere en una de nuestras conversaciones:

A veces ya no muy quiero seguir, me cuesta. Me despierto y es otra vez lo mismo, estar aquí, ver que mi mamá está triste, que faltan cosas. Yo doy dinero cuando gano, pero no alcanza, todo cuesta, todo es caro. No dan ganas de seguir ya. Veo a mi papá y me da miedo terminar como él, quedar tirado en la calle (...).

Estos pensamientos sobre “no seguir con la vida”, no han sido llevados al acto, pero las ideas sobre el suicidio han sido recurrentes a lo largo de sus 17 años. Feyo menciona que cuando era niño pensó en varias ocasiones aventarse de la azotea de su casa, pero desistía del plan: “pensaba que tal vez no moría porque no es muy alto pues, y peor, iba yo a quedar *cholenco*⁵⁰ o en silla de ruedas”.

En una ocasión intentó ingerir cloro, pero antes de dar el trago directo de la botella su madre lo sorprendió, evitando que lo bebiera, pero a cambio le propino algunos golpes como castigo: “se aventó y me abrazó, pero luego me pegó, jo, una gran tunda que me dio esa vez. Me dejó marcadas las piernas con el cinturón”. El incidente se hizo aún mayor cuando la madre confesó al padre lo que Feyo había intentado hacer, propinándole este, por su cuenta, otra paliza: “también me pegó, pero con una vara que agarró del patio. Me dejaron todo mal, me dolía todo el cuerpo, me acuerdo”.

Feyo tenía en ese entonces 10 años de edad. Entre el dolor físico por los golpes recibidos, la angustia que manifestaban sus hermanos al verlo y saber lo que había intentado hacer, menciona que deseaba con mayor ímpetu morir:

⁵⁰ Cojo.

pensaba yo que mejor me hubiera yo muerto para no sentir aquel dolor. Me daba lástima mis hermanitos, más el Yonni porque lloraba conmigo en la cama, y veía pues a mis papás enojados. Mi mamá un poco triste, pero mi papá enojado conmigo, decía que yo era un cobarde.

La experiencia en la niñez de Feyo tuvo como escenario la precariedad del espacio habitado, así como de emociones que manifestaran amor y comprensión. Además de ello, también atravesó por situaciones de franca discriminación y estigmas asociados a la colonia que habita, sumándose estas experiencias al marco de disposiciones desde donde obtiene reconocimiento social y, que en su experiencia de ser joven, el espacio urbano, las instituciones y los otros jóvenes cobran relevancia.

Me gusta vivir aquí porque creo que puedo hacer muchas cosas, cosas que me gusta hacer, no cualquier cosa. Aquí están mis amigos, mi bandita y me gusta estar con ellos. También mi mamá y mis hermanos. Eso me gusta, pero hay otras cosas que no me gustan, casi nada me gusta.

Los relatos de Feyo respecto a su experiencia urbana muestran ambivalencias, sobre todo en relación a la experiencia en su colonia. Por un lado, Feyo refiere que le gusta vivir en El Aguaje porque ahí están sus hermanos, su madre y la banda a la que pertenece, connotando la importancia que ésta ocupa en su experiencia actual. Es decir, lo que le gusta de vivir en El Aguaje son las personas con las que mantiene vínculos afectivos importantes.

Por otro lado, Feyo relata que no es fácil vivir en El Aguaje porque hacen falta algunos servicios, como alumbrado público y el agua. En varias conversaciones, hace referencia a la violencia que hay en la colonia, sin embargo, ésta parece no cobrar tanta relevancia como la vivida en su hogar, a la que dedica extensiones de tiempo considerable y muestra claras manifestaciones emocionales.

Cabe señalar que, al ser miembro de una de las bandas de la colonia, las acciones que Feyo emprende contribuyen a la permanencia de la violencia en El Aguaje; no obstante, él no atribuye estas prácticas como detonadoras de la violencia del espacio, tampoco como consecuencias de la misma condición de la colonia. Aunque él habla abiertamente de sus prácticas de violencia ejercidas, no

reflexiona sobre cómo estas devienen de las condiciones del espacio y cómo, a la vez, contribuyen a las mismas. Al ser una condición de posibilidad desde dónde él obtiene recursos para sobrevivir y ser reconocido, pareciera que la violencia constituye un bloque que obstaculiza la reflexividad.

Lo que más le aqueja de las condiciones de la colonia son los atributos que devienen de la precariedad del espacio porque asume que “hacen ver mal a la colonia” y además “hace que las casas estén feas y no se puedan arreglar bonitas”. Esto lo comenta en relación a su deseo por mejorar el baño de su casa, pues dice que no es posible “dejarlo todo bonito” por la falta de drenaje en la calle en dónde él vive y por el costo alto que tiene la compra de un tinaco o la construcción de un tanque para almacenar el agua. Las carencias de servicios públicos llevan a Feyo a mostrarse indiferente y apático respecto al cuidado y mejoramiento de la colonia: “así como está la colonia, ni ganas dan de cuidarla ¿para qué pierdes tiempo limpiando la calle si está llena de tierra, si hay calles llenas de piedra sin pavimento?”. De la ciudad relata poco:

(...) no conozco mucho, la verdad, para que te digo que sí. Conozco así el centro, lo que todos conocemos, pues. Me gusta mucho ir aquí a los Miradores del Cañón, está chido ese lugar, ahí vamos con mi banda a veces... Mi lugar favorito es el estadio, ya sabes, los “Jaguares” son mi pasión (se besa la mano)... Ahí me gusta ir, me la paso bien, siento que me lleno de fuerzas y me la paso muy bien, cantamos, brincamos, es como un momento para olvidar todo.

El estadio de fútbol se presenta como un espacio en el que Feyo se vive de otra manera, un lugar que lo fortalece y revive su pasión por la vida. El estadio, además de ser su lugar favorito se entrelaza con otro espacio que le posibilita la pertenencia: la banda. Sin su pertenencia a alguna banda, a la LVL en especial, podría tener acceso a los partidos en el estadio de fútbol, pero sería restringido, además de que no participaría, o tendría mayores limitantes para hacerlo, en una de las barras oficiales. Este acceso no es gratuito, Feyo debe asumir compromisos y seguir algunas órdenes de la banda para mantener la pertenencia, así como pasar pruebas que demuestren la lealtad que tiene al grupo.

Le pregunto a Feyo cómo cree que los demás, los otros que no somos de El Aguaje vemos a la colonia:

la gente que no vive aquí cree que somos todos malandros, que hacemos puras cosas malas, que robamos, nos drogamos. Lo hacemos pues, pero no siempre y no todos. Me enoja a mi que piensen eso, porque luego se burlan, quieren humillar también porque creen que uno es pobre y ya por eso te quieren ver la cara, quieren hacerte sentir mal. Por eso, cuando me encuentro a gente que se quiere pasar de pendeja, respondo... Yo sí me he madreado a varios pendejos que se burlan o quedan viendo feo, como si uno fuera menos. Que aprendan que uno puede defenderse, que respeten, los hago que respeten a madrazos si es necesario.

Feyo mantiene una postura defensiva respecto a cómo considera que los demás perciben a su colonia. Como muchos otros jóvenes de El Aguaje, hace valoraciones negativas respecto a tales consideraciones, basándose principalmente en los estigmas que circulan en la ciudad respecto a la colonia. Estos estigmas, sustentados en la violencia y pobreza del espacio, han llevado a Feyo y otros jóvenes a tener experiencias no deseables en sus interacciones con los otros. Ante las muestras de falta de respeto y humillación mostradas hacia su persona, o supuestas por él, responde con la violencia encarnada, al igual que con el padre, la vía que encuentra para hacer frente a al malestar social es la violencia.

Feyo es un joven sociable, siempre lo vi rodeado de amigos en la secundaria. Se llevaba con la mayoría de los demás estudiantes y tenía una actitud noble hacia las mujeres, siempre cordial y atento. Con los hombres podía ser más hostil, sobre todo con aquellos que pertenecían a bandas contrarias, con ellos guardaba distancia, pero manteniéndose a la defensiva.

Cuando lo conocí no tenía novia, situación peculiar dada la disposición de la mayoría de los jóvenes por estar en pareja. Algunas chicas de la secundaria me comentaron que había tenido una novia de otra escuela, fuera de la colonia, que la presumía con todos, pero que la joven había preferido a otro compañero de su misma escuela, dejando a Feyo desconsolado. Cuando cuestionaba su vida amorosa, este se mantenía serio, esquivando el tema: “ahora no tengo novia, no quiero, las mujeres son traicioneras y no quiero andar con nadie, mejor ando con muchas”. A pesar de esta declaración, durante el año que lo conocí no lo vi con ninguna joven en plan “romántico”, aunque muchas declaraban abiertamente sentirse atraídas por él.

Probablemente la ruptura con la antigua novia lo decepcionó al grado de evitar tener otra relación. Tampoco manifestaba sentirse atraído por alguien más: “ahorita nadie me gusta, no sé por qué. Si veo a algunas chavas y las veo bonitas, me gustan así nada más de verlas, pero nada más. Como que me da miedo, no sé. Siento que me harán lo mismo y no quiero”.

La forma en la que la relación anterior terminó creó en él más inseguridad en sí mismo. Las experiencias de violencia, así como la ambivalencia en los afectos de sus padres hacia él crearon bloques sobre los que Feyo sostiene estas nuevas experiencias en su juventud. La inseguridad emocional aumenta en cada experiencia que supone rechazo.

Quizás era el momento en el que lo conocí, pero Feyo dedicaba mucho tiempo y energía a su banda. “Yo entré a la LVL⁵¹ hace como dos años, tenía yo 15 años, recién había yo entrado a la secundaria. Ahí fue que conocí a un wey que me presentó con “El Capi”,⁵² y fue que me hice parte de la banda”, comenta Feyo con una sonrisa. A diferencia de su actitud mientras me narraba lo acontecido con su familia, cuando hablaba de su banda presentaba un semblante relajado y contento.

Ya los conocía ya, los había visto que se ponían ahí por unas dos calles arriba de la casa, los veía cuando pasaba por ahí. Luego cambiaron de lugar, pero los veía yo cuando iba a hacer algún mandado. Todos nos conocen aquí, eso me gusta porque te respetan así, te ubican, dicen ‘mira, es de la LVL’, te tienen miedo, me gusta.

Feyo pasa casi todas las tardes y los fines de semana con su banda, siempre que puede está con ellos. Sólo se ausenta cuando tiene que cumplir con tareas de su casa, como cuidar de su hermano menor, preparar la comida cuando la mamá sale a trabajar y no regresa a tiempo (lava ropa ajena). También se queda en casa cuando su papá aparece tirado en alguna calle de la colonia: alguien le llega a decir a él o sus hermanos lo ven. Feyo lo levanta como puede “porque pesa mucho el cabrón”, a veces con la ayuda de otro hermano o un amigo, lo lleva a la casa, a veces lo baña a la fuerza “porque apesta cuando se pierde por varios

⁵¹ Banda local.

⁵² Líder de la banda al momento del ingreso de Feyo.

días”, lo recuesta y “me quedo cuidándolo con mis hermanos, que no le pase nada”- comenta.

La responsabilidad de Feyo respecto a su hogar ha continuado a pesar de llevar una vida en la pandilla, asumiendo responsabilidades propias de ese grupo de pertenencia, lo que deja ver que los diferentes espacios de socialización que los jóvenes encuentran en la actualidad no necesariamente se contraponen unos a otros. Para el caso de Feyo, pareciera que todos estos espacios están atravesados por la violencia, aunque en unos encuentra mayor reconocimiento social que en otros.

La banda es un espacio que él privilegia porque le otorga reconocimiento social, además de poder demostrar (a su padre, sobre todo) que no es un “cobarde”. A lo largo de sus 17 años ha ido acumulando experiencias de rechazo, discriminación y muchas carencias, tanto materiales como afectivas. Su encuentro con las instituciones ha contribuido con el sostenimiento de los bloques que limitan su trayectoria. Después de enfrentar a su padre, no sólo demostró que no era un cobarde, como éste constantemente le decía, también reafirmó la noción de Feyo sobre el uso de la violencia para resolver conflictos y confrontar las emociones que lo atormentan en determinados casos.

Las interacciones sostenidas con los agentes del Estado, así como con otros actores en el marco institucional, han marcado referentes importantes en diferentes experiencias de vida de Feyo. Cuando era niño, no recuerda si tenía 7 u 8 años de edad, fue cambiado de escuela a una primaria en una colonia cercana a El Aguaje, como sugerencia de una maestra. La experiencia en la nueva escuela no fue favorable para Feyo, al ser objeto de burlas y ápodos por parte de los otros niños.

A mí me gustaba mi primaria de aquí [El Aguaje] porque habían más niños, jugaba yo, nadie era así más creído que otros, porque ¿de qué se va uno a creer si no tenemos paga aquí? Y pues así estaba yo, pero dice mi mamá que era yo vivo para la escuela, que rápido aprendía yo y la maestra le dijo a mi mamá que mejor me cambiara de escuela porque me iba a ir mejor en otra escuela, que estaban mejor las otras escuelas. Y pues así fue que pasó que mi mamá me cambió a una de allá abajo. Y pues... no fue bueno, la verdad. Primero pasó que esos pinches niños eran bien groseros, me pusieron ápodo luego luego. Fue feo, yo me sentí mal porque era yo niño pues, niño chiquito, no

sabía yo defenderme. Luego me echaron la culpa de robar, pero yo no hice nada, que sólo porque yo vivo aquí, en la colonia, pues ya por eso rápido dijeron que yo era ladrón, que era yo delincuente dijeron. Y esa pendeja de la maestra de esa escuela, nada dijo. Revisó mi mochila, les creyó a todos los demás. Luego se dio cuenta que no era yo, pero ya para qué, ya me habían hecho llorar.

Además de referirse a él mediante el nombre de su colonia de procedencia, Feyo fue acusado de robo por los demás, señalado como “malandro”, causando en él vergüenza y angustia:

(...) mejor quería yo morirme ahí, de verdad que sí. Me daba mucha pena pero a la vez coraje, no sé cómo decirlo porque yo dije que no era ladrón, pero los niños esos decían que sí. Quería yo golpearlos también, pero no sé qué me pasó, era yo chiquito, me puse a llorar y se burlaron pues los pinches niños esos. Harta vergüenza me dio, pero más coraje fue que mi mamá pues se molestó de que yo había llorado, pero no reclamó a la vieja de la maestra. Nada dijo, me vino regañando todo el camino que porque yo me lo había buscado... Llegué a mi casa llorando y el Yonni se espantó también. Ese siempre se espanta porque anda siempre muy pegado a mí. Luego mi papá lo supo, y peor fue. Me pegó esa vez, me acuerdo mucho porque me dijo que yo debía defenderme, que nadie me tenía que echar la culpa de nada y que si pasaba algo yo debía ser hombre, pues, no llorar, defenderme. Por eso ahora ya me defiendo ya... después de eso ya no quise ir a la escuela, desde ahí creo que dejé de gustarme la escuela, me volví burro para la escuela.

El incidente en la nueva escuela, que no sólo implica el cambio de recinto sino un encuentro con otros niños, diferentes a él y a los de la colonia, representó un evento traumático para Feyo. Contando con 7 u 8 años, fue señalado como “malandro”, como un delincuente por vivir en El Aguaje. Lo que se suponía sería una experiencia favorable, pues recibiría una educación de mayor calidad, lo llevó a experimentar uno de los sucesos más amargos de su vida, que aún recuerda con mucha tensión. Traer la experiencia al presente, le causa emociones encontradas, mientras relataba lo antes expuesto, sus ojos se llenaban de lágrimas, pero a la vez fruncía el seño y cerraba los puños, expresando aún mucho enojo por lo sucedido.

La experiencia escolar de Feyo ha presentado altas y bajas de acuerdo a sus propias valoraciones. Recuerda que después del incidente narrado, volvió a la primaria de El Aguaje, siendo acogido por sus anteriores compañeros: “mis amigos estaban contentos de verme de nuevo, hasta la maestra estaba feliz. Yo me sentía como raro porque sentía que había fallado, que algo había yo hecho

mal. Primero me voy y luego, al poquito ya regreso, como que eso no era lo que tenía que pasar, pienso yo”.

Las experiencias de fracaso en la escuela o de que no hace lo “correcto” se han repetido en su paso por la escuela. Sin embargo, las reacciones de los agentes escolares, así como de los otros compañeros han sido diferentes. Tales diferencias en las respuestas emitidas por los agentes del Estado, conducen a Feyo a reafirmar algunas prácticas asociadas a la violencia y a la ilegalidad, mientras que desalientan otras que podrían conducirlo a la reflexión y fomentar nuevas formas de interacción.

Mientras me encontraba realizando el trabajo de campo en la secundaria, a medio ciclo escolar, Feyo fue cambiado de grupo como medida frente a una pelea suscitada en el salón de clases entre él y otro compañero. La maestra había logrado detener aquella pelea, con auxilio de otros estudiantes. Al hablar a solas con ambos jóvenes decidió que el otro joven debía ser expulsado y Feyo sólo suspendido un par de días, argumentando que la responsabilidad del pleito era del otro joven. Días después, cuando regresó a la escuela, hubo una revisión de mochilas sin previo aviso, encontrándole un arma de fuego, algunas balas dispersas en una lapicera y una bolsa con marihuana. Este acontecimiento le amerito ser suspendido de nuevo y cambiado de grupo, pero las sanciones no llegaron a decantar en la expulsión definitiva de la escuela.

Yo sabía que no debía llevar la pistola, pero tenía que hacerlo porque después de ahí me iba yo a ir por un encargo”. Insisto en que explique en qué consistía el encargo, pero se niega. “La mota, pos si, eso no importa, eso no es raro, pero bueno, no pensé bien. Lo bueno es que las maestras lo perdonaron, como que les caigo bien, creo. Hablé con ellas, les dije que era un encargo pues, que necesitaba el dinero y como que les di lástima o saber. O tal vez miedo.

Sin saber si fue por lástima o por miedo (porque las maestras no quisieron hablar conmigo sobre lo acontecido), Feyo permaneció en la escuela, tan sólo suspendido unos días y cambiado de grupo. Lo único que pude obtener de las voces de las maestras y directora fue que “ellos deben hacerse responsables por lo que hacen, no son bebés”.

Respecto a sus relaciones con la policía, Feyo comenta llevarse bien con ellos. Le resulta incómodo tener que ser cateado cuando anda por la calle, pero no al grado de provocarle alguna molestia mayor. Le pregunto qué habría pasado si el arma y la marihuana le hubiesen sido encontrados por la policía y no por los maestros:

Ya pasó ya y no me dijeron nada. Sí me dijeron que porque llevaba yo la pistola, revisaron la moto, hasta la olieron, pero les dije pues que era un encargo de la LVL y pues ahí quedó todo. Pensé que me iban a subir a la patrulla, a pedir dinero o llevarme a la cárcel, porque he visto pues que aquí de a gratis encarcelan. Chavos que no hicieron nada terminan en la cárcel. Pero no, no pasó, tal vez por la banda o tal vez ese día no querían hacer nada. Pero saber, mejor no averiguo, mejor me llevo bien con ellos y estamos todos tranquilos.

Tanto los agentes escolares como los de seguridad pública responden de manera similar ante las acciones de Feyo, así como de otros tantos jóvenes que en sus acciones transgreden las normas sociales, e incluso las legales. Las sanciones por sus actos no apuntan a una medida de disciplinamiento o castigo, sino a un hacerse cargo de sí mismo, sin que, desde las instituciones, se le provean de recursos que le permitan guiar sus prácticas y discursos hacia otras formas de vida más apegadas a la legalidad.

A pesar de que la vida de Feyo ha estado marcada por eventos trágicos, que le provocan mucho dolor, y que sus prácticas presentes se apegan al ejercicio de la violencia, él apunta a que lo peor que le ha podido pasar es haber nacido, porque por su culpa su padre es alcohólico, siendo esto “el mayor dolor que tengo, lo que me cuesta más en la vida”. Al final del recuento que hace, lo que le cuesta más en la vida es vivir.

3.3.2. Cristal: “la escuela me gusta, pero no me sirve para lo que quiero”.

Cristal es la mayor entre sus hermanas y un hermano, su padre trabaja como estibador y jornalero temporal, su madre es ama de casa. Para mejorar la economía venden tortillas hechas a mano en su casa, tarea que implica que ella y su madre estén de pie a las 5 de la mañana, listas para recoger la masa de

nixtamal, regresar a casa y empezar con la elaboración de las tortillas: “empezamos a tortear tempranito. Las primeras tortillas que salen son para nosotros, para comer. Ahorita mis hermanitas no ayudan, pero el otro año una ya va a empezar, ya será menos trabajo para mi mamá y para mí”.

A las siete de la mañana, Cristal se prepara para irse a la secundaria, mientras su madre continua con el trabajo diario: “a veces le sacamos 100 pesos al día, cuando se vende todo, pero no siempre pasa... con unos 50 pesos ya está bien, de ahí ya sale para la comida de ese día, ya con eso está bien”.

Cristal es una chica de 16 años de edad, estatura media, con un tono de piel un poco más claro que el de los demás, por ello la llaman “güera”, “Blancanieves” o “muñeca”. Los ápodos parece no importarle, al contrario, le gusta ser reconocida por esa cualidad física. Según ella, a los hombres les gusta más “por ser más blanquita”, y a las mujeres les causa envidia. A pesar de ser considerada por algunas jóvenes de la secundaria como una “creída”, evita las confrontaciones y casi siempre se mantiene calmada y reservada con los demás.

Las maestras de la escuela se referían a Cristal como una joven muy inteligente, noble y “con futuro”, pues consideraban que podía seguir hasta la universidad, pues siempre prestaba atención, participaba en las clases, cumplía con las tareas y era muy aplicada. No obstante estas valoraciones, Cristal tenía muy claro lo que quería: terminar la secundaria, casarse con su novio, tener hijos y cuidar su casa. Sus aspiraciones no apuntaban hacia realizaciones profesionales, sino a una realización “como mujer”-como ella lo mencionaba- en el ámbito del hogar y la maternidad.

Dada su actitud sociable, no era complicado acercarse a ella. Sin embargo, detrás de esa tranquilidad y sonrisa constante, mantenía mucha reserva e inseguridad respecto a hablar de sí misma: “no me gusta contar mis cosas, no confío en la gente, no me siento bien porque siento que, no sé... que se van a reír o no me van a tomar en serio”.

Parte de la inseguridad que presentaba tiene raíces en eventos ocurridos durante su infancia y al inicio de la adolescencia. Su padre pasa mucho tiempo

fuera, ya que cuando no tiene trabajo durante varios días, opta por migrar al norte del país para emplearse como jornalero en la pizca del tomate. Aunque esto no es frecuente, cuando Cristal era niña, su padre se ausentó durante mucho tiempo. Mientras esperaban su regreso, su madre trabajaba como empleada doméstica en Tuxtla, por lo que Cristal se ocupaba de cuidar a sus hermanas más pequeñas: “yo sentía raro, no sé, estábamos solitas todo el día. Mi mamá cuidaba a otra niña en la casa en la que trabajaba, estaba con esa niña todo el día, pero con nosotros estaba muy poquito”.

En dos ocasiones, la mamá de Cristal la llevó a ella y a sus hermanas pequeñas a la casa en donde trabajaba, pero la experiencia no fue agradable, pues según menciona Cristal “la señora no le gustaba que nos acercáramos a su hija, decía que nosotras teníamos piojos y que se los íbamos a pegar a su hija. Mi mamá lloraba escondida, pero no decía nada”. La segunda ocasión en la que su madre las llevó a su trabajo, la niña a su cargo se cayó mientras jugaban y la madre de ésta culpó a Cristal y corrió a todas de la casa. Su madre recuperó el trabajo bajo la condición de no volver a llevar a sus hijas con ella. Desde entonces, Cristal se hacía cargo de sus hermanas, y posteriormente también de su hermanito, cuando sus padres no estaban, teniendo tan sólo 8 años de edad.

Mucho tiempo de su niñez la pasó sola con sus hermanos en la casa, encerrados porque los dejaban bajo llave, temiendo que pudieran salir a la calle y perderse o que les pasara alguna tragedia. En una ocasión, Cristal recuerda que un tío, hermano de su padre, pasó un tiempo en su casa, lo que fue bien visto por sus padres pues consideraban que él podía cuidar de sus hijos. Sin embargo, el cuidado del tío se volcó en acoso y abuso hacia Cristal, a quien siempre quería abrazar y tocar, sin que nadie pudiera evitarlo: “siempre le tenía miedo, me escondía, pero me buscaba. No me gustaba que se me acercara, quería yo que ya se fuera de mi casa, me daba mucho miedo y no sabía yo que hacer”.

En una ocasión se atrevió a contarle a su mamá lo que ocurría, pero ella la golpeó en la cara y le dijo que todo era una mentira. La regañó y “además me dijo que todo pasa porque una se lo busca, porque yo hacía algo o lo inventaba”. Sin

saber si al final sus padres le creyeron o no, Cristal recuerda que su padre corrió de la casa al tío y este desapareció de sus vidas: “me dio alegría cuando se fue, pero creo que mi papá estaba muy enojado conmigo, creo que desde ahí anda enojado conmigo... es mi culpa que ya no se hable con su hermano, pero yo no sabía qué hacer”.

La culpa y el miedo son emociones que acompañan a Cristal desde niña, impidiéndole elaborar la experiencia del abuso como tal. Las situaciones de abuso no cesaron con la huida del tío, repitiéndose en otras ocasiones en diferentes espacios.

Cuando estaba en el último grado de primaria, Cristal menciona que creía que una de sus compañeras era abusada por el maestro, pero no estaba segura y tenía miedo de decir algo. Ahora narra sus suposiciones sintiendo culpa por no haber hecho algo, aunque sigue sin constarle. La culpa y el miedo se han cimentado en la vida de Cristal como bloques que la limitan para enfrentar los abusos recibidos y denunciarlos, desarrollando inseguridad en el trato hacia los demás, así como a considerar que nadie le creerá. El abuso sexual al que ha estado expuesta la ha hecho interiorizar la violencia como si ésta fuese normal para la vida de las mujeres, que incluso ella (y todas las demás) son (somos) culpables.

aquí te pasan cosas, cosas que tal vez no pasan en otras casas, en otro lado. Vas en la calle y te pueden tocar, hasta los policías, como me pasó que me dieron una nalgada, y así pasa... Da miedo pues salir a la calle, pero en la casa tampoco estás segura. Mi papá dice que cuando vino a vivir aquí tenía unos 15 años y le tocó cosas feas, porque dice que había policías con armas en la calle, que golpeaban, que mataron a unos señores. No sé si sea verdad, pero él dice que ahora está mejor... yo no creo que este mejor. Ahora hay policías y malandros, hay gente mala que hace cosas y nadie le hace nada. Se sufre aquí.

Las condiciones de la colonia no son determinantes de las situaciones de abuso y acoso sexual hacia las mujeres. Sin embargo, al acotar las experiencias de socialización se restringen las posibilidades de contar con otros referentes que les permitan, a muchas jóvenes como Cristal, no asociar el abuso con el “vivir aquí”.

Una de las experiencias que ha marcado su proceso de socialización, reforzando las vivencias que ha tenido desde su niñez, ha sido el abuso constante al que ella, y muchas mujeres de la colonia, ha estado expuesta mientras transita por las calles. Algunas jóvenes contaban haber sido molestadas con palabras desagradables por algunos hombres con los que se cruzaban en la calle, o por “borrachos” que se encontraban en alguna banqueta bebiendo. Los abusos no se detienen ahí, ya que muchas han sido tocadas e incluso violadas por sujetos que habitan la colonia. Pero la historia de Cristal es aún más significativa, puesto que el abuso recibido vino desde una de las figuras de autoridad, desde los agentes representantes del estado: los policías. El suceso que Cristal narra ocurrió un día en el que ella se dirigía a la pollería que está cerca de su casa.

Pasé caminado a lado [de la patrulla] y se me puso enfrente un policía. Yo me espanté y le vi la cara asustada y me quedo viendo y se reía. Quería yo irme a un lado y no me dejaba y el otro también se reía, los dos se reían. Me dio miedo porque pensé que me iban a subir a la patrulla o que me iban a pegar, no sé, me dio mucho miedo. Luego ya me dijo “pásale ya mamacita, es que estás bien chula y quería verte mejor” y se reían. Me dio mucho miedo. Cuando caminé que sentí pues la nalgada. Ya ni hice nada, ni volteé a verlos ni nada. Pensé que ahí nada más me iban a subir a la patrulla y me iban a violar. Como aquí ya ha pasado eso, me dio mucho miedo. Lueguito entré a la pollería y estaba yo pálida, sentía miedo (Cristal, 2012).

En la vivencia de Cristal se vislumbran dos emociones como reguladoras de la realidad objetiva y subjetiva de los individuos. Ella relata haber sentido miedo ante lo sucedido; el miedo como emoción activa su sentido de alerta y la lleva a resguardarse en la pollería mientras sus acosadores se alejan, pero también, como ya apunté, la lleva a guardar silencio debido a que puede ser señalada como culpable. Vemos cómo el miedo y la culpa, emociones inscritas en una política cultural (Ahmed, 2015), gestionan y regulan la conducción del cuerpo de Cristal en el espacio público (en el capítulo 6 profundizaré más respecto a esta experiencia).

Uno de los pocos referentes que Cristal tiene respecto a cómo puede ser vivir en otro lugar, es la experiencia en la casa en dónde su madre trabajaba:

yo me acuerdo de la casa esa y era bonita, era grande. La niña, esa fea, llorona que era, tenía su cuarto para ella solita, casi del tamaño de la mitad de mi casa era. Esa niña yo creo que era feliz, es feliz ahora todavía, yo creo... Porque tenía muchas cosas, muchos juguetes bonitos, su ropa era bonita y no sé, yo creo que no le pasaba nada, siempre la cuidaban, mi mamá la cuidaba mucho y todo le creían. Su mamá le creía, hasta cuando

decía mentiras como dijo que yo tenía piojos o que se cayó por mi culpa... eso era mentira y le creyeron.

La condición de violencia no es exclusiva de una clase social o de una colonia en específico, mucho menos la violencia sexual, pero la experiencia social acotada de Cristal la hacen asumir que a la niña que su madre cuidaba “no le pasaba nada”, además de que “todo le creían”, comentarios expresados en contraposición a su experiencia de abuso y a la falta de credibilidad de sus padres hacia ella.

Cristal siempre mantuvo una actitud reservada, pero agradable hacia los demás. A la salida de la escuela, esperaba a su novio para que la acompañara a su casa. Jorge, el novio de Cristal, un joven de 19 años que dejó de estudiar después de terminar la secundaria. En el momento en que lo conocí trabajaba como taquero en un establecimiento cercano al centro de la ciudad. Cristal acompañó un par de veces a Jorge, pero decía no gustarle porque se aburría, ya que él se ocupaba en el trabajo y ella permanecía sentada en una mesa dentro de la taquería, a veces caminaba un poco, iba al mercado, pero no le gustaba ir sola, así que volvía y esperaba hasta que Jorge salía.

La mayor parte del tiempo que Cristal tenía libre, las destinaba a pasar tiempo con Jorge. Casi no salía de su casa por las tardes ni los fines de semana, por lo tanto no visitaba mucho a otros jóvenes. Esta falta de vínculos más sólidos y experiencias compartidas con otros jóvenes la llevaba a considerar a su novio como su único amigo: “me caen bien las chavas de la escuela, me gusta platicar con ellas y me caen bien también los hombres, pero no tengo amigas, siento que no, sólo el Jorge es el que más siento como mi amigo porque siempre está conmigo”.

Este sentir que Jorge era la única persona en la que podía confiar, que estaba con ella y que era su único amigo, fortalecía el deseo de casarse con él; aunado a ello, el desencanto por la escuela también contribuía a aumentar tal deseo.

El espacio institucional no representa una ventana hacia experiencias diferentes para Cristal. Aunque le gusta ir a la escuela y se reconoce a sí misma como “buena estudiante”, la experiencia respecto al posible abuso sexual por parte de un maestro hacia una de sus compañeras ha reforzado la falta de apego de Cristal hacia la institución escolar. Dice no creer que la escuela le ayude para algo, que le gusta, pero le gusta más estar en su casa y sentirse tranquila de que no le pasará nada. Por eso dice querer casarse con su novio:

(...) yo ya quiero estar tranquila en mi casa. Ahora vivo tranquila en mi casa, pero quiero ya tener mi propia casa, que sea mía. Siento como que la escuela me quita el tiempo, y quiero tener mis hijos y cuidarlos mucho. La escuela me gusta, sí me gusta, pero no sirve para lo que quiero.

Desde niña ha sido responsable por el cuidado y bienestar de sus hermanos, no habrá mucha diferencia si a los 15 o 16 años se convierte en la madre de sus propios hijos. Desde niña ha tenido que asumir que su cuerpo no es suyo, que puede ser vulnerado y transgredido, que su palabra no es creíble y que ella es culpable de los abusos que le ocurren. La experiencia escolar ha reforzado el miedo y la culpa, le ha mostrado que no es un lugar seguro y no puede confiar, así como tampoco su hogar de la infancia era seguro y confiable. Su experiencia en las calles de la colonia también le han mostrado que no puede andar sola sin correr riesgos, y que las figuras que se supone están para guardar su seguridad – los policías- pueden también violentarla sin que ella pueda hacer algo más que sentir miedo y culpa.

3.3.3. Juan: “un día regresamos de la escuela y no estaba mi mamá”.

Juan, con sus 18 años cumplidos, era el joven de mayor edad en la secundaria. Había reprobado un año en la primaria y uno en la secundaria, decidiendo dejar de estudiar, pero después de un año sin escuela pidió a su padre que lo apoyara para volver. El padre se valió de un contacto con un maestro en la secundaria para negociar el ingreso de su hijo, ya que por su edad, era poco probable que

aceptaran su incorporación. Juan comenta que el primer día de clases iba preparado “para todo”:

pensé pues que todos se iban a burlar de mí porque ya tengo 18 años, que me iban a decir “burro” o algún apodo...ya lo había yo pensado, al primero que se burlara un madrazo para mantenerlos callados a todos. Se lo dije a mi papá que lo iba yo a hacer y como él me apoya, me dijo que estaba bien. Ya también había yo pensado que sí había uno que se pasaba de listo, le decía a mi papá que le diera su “calentadita”, como es policía él puede hacer esas cosas.

Ramiro, el padre de Juan, es policía del Grupo Táctico del Estado, por lo que Juan asume que está facultado para “dar calentaditas” a quienes quieran “pasarse de listos” con él. La realidad fue diferente a cómo Juan la había imaginado, pues su ingreso a la secundaria pasó sin pena ni gloria: “nada me dijeron, hasta sentí que ni pelaron los “vergas” estos, más bien encontré buenos amigos y hasta las muchachas andan loquitas por mí”. Como se aprecia, Juan se asume como un “galán”, así se describe y así se vive. Incluso su trato hacia mí requirió, en incontables ocasiones, pedirle que guardara distancia y explicarle constantemente que nunca sería su novia, siendo su incansable insistencia un elemento importante para comprender cómo se configuran los modos de ser hombre en ese espacio.

Sus autohalagos constantes rayaban en la soberbia y la fanfarronería, apuntando más que a una sobre estimación o autoestima alta, a una necesidad imperiosa por ser reconocido y querido, así como para demostrar su hombría frente a los demás; por ello se involucraba en peleas constantes, retaba a golpes a otros compañeros, coqueteaba con casi todas las mujeres de la secundaria y fuera de ella, incluso teniendo novia. El alardeo persistente provocaba que Juan no le cayera bien a todos y que algunas chicas lo despreciaran. No obstante, también contaba con buenos amigos y era codiciado por algunas chicas.

Juan es el segundo hijo de cuatro del matrimonio entre sus padres. Juan dice que la vida lo ha obligado a hacerse fuerte, pues ha estado sometido a experiencias que califica como “dolorosas”:

Desde niño chiquito he sufrido, todos mis hermanos hemos sufrido por mi papá y mi mamá. Cuando era yo chiquito, mis hermanos estaban muy chiquitos, casi no se acuerdan, pero yo y el Arcadio (hermano mayor) sí nos acordamos... Mi papá tomaba mucho, mucho, casi todas las noches llegaba bien borracho de trabajar. Era policía

municipal en ese tiempo y llegaba bien tomado. A veces ya estábamos durmiendo y llegaba a despertar a mi mamá para que le diera de cenar, a veces la despertaba con la pistola... echaba tiros al aire, mi mamá se espantaba, le decía que no lo hiciera, que podía lastimarnos, pero él pues le valía, más bala echaba. Un día llegó borracho y mi mamá no quiso levantarse, la jaló del pelo, le pegó y le echo bala en los pies. No le dio, por suerte, pero la dejó toda golpeada. Yo me acuerdo que la vi tirada a mi mamá, sangrando. Mis hermanitos lloraban, pero estaban muy chiquitos. El Arcadio y yo nos escondimos, pensamos que nos iba a pegar también, pero no, se quedó dormido.

La violencia de Ramiro hacia su esposa era cotidiana. De los golpes, pasó a las amenazas de muerte, sintiéndose escudado por ser policía, como Juan comenta: “decía pues que nadie lo podía tocar, que él tenía amigos, que tenía contactos, que conocía gente. Le decía a mi mamá que si no se portaba bien la iba a matar y ella... no sé, ella se cansó pienso yo, porque se fue”.

Cuando Juan tenía nueve años, su hermano mayor 10, y sus otros hermanos seis (hermana) y cinco (hermano), su madre los dejó. Juan recuerda este momento con mucha tristeza y coraje a la vez. La voz se le quiebra, la seguridad y fuerza que demuestra desaparece cuando narra este momento de su vida:

Un día regresamos de la escuela y no estaba mi mamá. Nos quedamos en la casa esperando, pensamos que había ido al mercado. Dieron las tres de la tarde y llegó la vecina con mi hermanito, que mi mamá se lo había dejado encargado, yo no entendía qué pasaba. Mi hermano dijo que ya nos había dejado, pero no lo creímos. Pasaba el tiempo y nada, no había comida, nada. Yo la verdad pensé que mi papá la había matado. Hasta la noche llegó mi papá y nos encontró solitos, preguntó pero no supimos qué decirle. Me acuerdo que salió corriendo, fue con la vecina, luego con la otra, luego regresó a la casa y se puso a llorar. Nunca había yo visto llorar a mi papá. Nos dijo que se había ido, que nos había abandonado pues.

La madre de Juan decidió dejar la casa y a sus hijos debido a la violencia que estaba viviendo. Ante el abandono, el padre se mudó a la casa de su madre con sus hijos. Desde entonces viven todos con la abuela, aunque Juan a veces pasa algunos días en casa de su mamá, quien los buscó después de un par de años.

El hermano mayor de Juan es adicto a los solventes desde que tiene 12 años de edad. Pasa casi todo el día en la calle, dice no pertenecer a ninguna banda porque le gusta andar por su cuenta. El papá, siendo policía, sólo le dice que es una vergüenza para la familia, pero no actúa de ninguna otra manera. Ante este escenario, Juan se responsabilizó del cuidado de sus hermanos menores y generó

un vínculo de mucha dependencia con su abuela paterna. Cuando su madre volvió a buscarlos, él aceptó verla, pero los hermanos pusieron resistencia, accediendo después de un año de llamadas constantes y regalos realizados por la madre.

A Juan le gusta pasar tiempo en la casa de su mamá porque “es una casa bonita, de ricos porque su marido nuevo es rico”. La casa está ubicada en una colonia cercana a El Aguaje, pero en mejores condiciones urbanas. Para Juan es una casa “de ricos” porque el techo y los pisos en toda la casa son de loza, tiene un baño y medio dentro de la casa, es decir, no se encuentra en el patio de la casa como en la casa de su abuela y, además, la regadera sirve, cuestión que a Juan le entusiasma mencionando que le gusta bañarse en la casa de su madre. Además, advierte que las condiciones de la colonia en donde está la casa de su madre son mejores que las de El Aguaje.

(...) me gusta mucho ir a la casa de mi mamá, como que me siento no sé, mejor, es más bonita, tengo ahí mi cuarto para mi solito. Mi hermana también le puso su cuarto mi mamá, bonito está porque tiene sus cosas para ella. Sabroso me baño, no tengo que estar llenando cubetas porque sale sabroso el agua de la regadera. Esa colonia está chingona pues, todas las calles pavimentadas, puedes caminar bien, hay agua, no apesta cuando llueve, es bonito estar ahí.

La relación de Juan con su madre es buena, dice tenerle mucha confianza y ella lo trata muy bien. Con su padre tiene conflictos frecuentes, peleas e incluso golpes. Dice que ahora ya no lo golpea como antes, que le daba puñetazos y patadas, que ahora sólo lo amenaza con golpearlo. Durante algunas visitas a su casa pude dar cuenta de ello, las intimidaciones –hacia Juan o a cualquiera de sus hermanos- eran constantes. Ante cualquier situación que a Ramiro no le parecía, venía la amenaza con los golpes e incluso con “encajuelarlos”, haciendo referencia a una práctica ilegal que consiste en encerrar dentro del maletero o cajuela de un coche a alguien.

La violencia cotidiana en la casa de Juan mantenía un ambiente con mucha tensión. Los cambios de humor de Ramiro eran impredecibles, así como sus arranques de violencia. Aunado a ello, la abuela padecía diabetes en un estado crónico, con un pie amputado y bajo diálisis, por lo que habían adecuado un espacio en la casa para colocar una cama individual en la entrada, entre la sala y

el comedor, para que ella se mantuviera postrada durante el día, siendo llevada a su cuarto durante la noche para dormir. La abuela siempre estaba presente en esa casa. Era la primera persona que uno veía al llegar, la primera a la que se saludaba –aunque ella no siempre correspondía al saludo. Además, la cama estaba colocada justo frente al portón de la entrada, permitiéndole a ella observar lo que acontecía en la calle a través de la puerta o por una ventana que permanecía abierta durante todo el día.

La presencia de la abuela en ese lugar daba la sensación de un control absoluto por su parte. Ella veía quién entraba, quién salía, a qué hora llegaban. Mantenía el control en la vida de todos los que ahí habitaban, a la vez, frente a ella se cometían todos los actos de abuso y violencia de Ramiro hacia los demás, sin que ella interviniera, o haciéndolo sólo cuando consideraba que su hijo pasaba los límites, aunque esos límites no eran muy claros.

Las tensiones se diluían un poco para Juan cuando se encontraba con sus amigos, a quienes decía apreciar de manera especial, manifestando siempre lealtad y gratitud hacia ellos. Su mejor amigo para ese momento era Edgar, a quien visitaba con frecuencia; de hecho, pasaba demasiado tiempo en casa de Edgar que era motivo de bromas por parte de los padres de Edgar, quienes solían decirle a Juan que le iban a construir un cuarto para que se mudara. La dinámica en casa de Edgar era muy diferente a lo que Juan vivía en su casa. Pese a que Lucho, el padre de Edgar, también bebía de manera excesiva, no manifestaba violencia física hacia su esposa ni hacia sus tres hijos; además la mamá de Edgar siempre se encontraba en casa atenta a las necesidades de sus hijos y dispuesta a escuchar –y llamar la atención- a los amigos de éstos cuando lo creía necesario.

La escuela representa un espacio importante para Juan, en donde él se sentía tranquilo, a gusto y acompañado: “me gusta venir, aunque soy burro, pero me gusta la escuela, estar con los compas aquí, me olvido de las cosas de mi casa”. Para algunos jóvenes que conocí, la escuela representaba un espacio de fuga respecto a los problemas cotidianos que tenían que enfrentar en sus casas y

en las calles de la colonia, tal parecía ser el caso de Juan. Volver a la escuela había sido, al final de cuentas, un acierto.

Por otro lado, aunque Juan sea hijo de un policía, son pocos los encuentros que tiene con estos agentes institucionales. Los policías con los que más contacto tiene son los amigos de su padre y con un vecino que es policía municipal. Salvo estas relaciones, que refieren más a compadrazgos, inscritas en una red familiar y vecinal, las interacciones de Juan con los policías son vagas. Aunque frecuentemente está metido en conflictos con otros jóvenes, retándose a golpes o encarándose con ellos, sus actos no llegan al punto de confrontarlo directamente con la policía. No obstante, no ha estado exento de cateos o interrogatorios ilegales en las calles de la colonia, situaciones que Juan no reconoce como encuentros incómodos:

Yo no he tenido problemas con la policía, puede ser que por mi papá, pero no sé. O sea, sí me ha pasado que me paran en la calle y me preguntan a dónde voy, de dónde vengo y eso que ellos tienen que hacer. Si me ha pasado que me revisan la mochila, las bolsas del pantalón, eso sí, pero es su trabajo pues. Pero así que me suban a la patrulla, que me lleven al bota como otros les ha pasado, no, la verdad es que no. También cuando me paran les digo que mi papá es policía, les digo su nombre -"es Ramiro Tal"- a veces lo conocen y ya me preguntan por él, a veces no lo conocen y ya mejor ni insisto porque pueden pensar que los estoy "choreando"⁵³ y ahí sí me pueden hacer algo más cabrón.

Juan está consciente que ser hijo de un policía no lo exime del abuso de autoridad por parte de estos agentes del Estado. Los encuentros con los policías están marcados por la incertidumbre respecto a las reacciones que éstos pueden tener. Así mismo, Juan sabe que ser hijo de un policía no lo libra de los actos criminales o delincuencia, ni a él ni a sus hermanos, como le sucedió a su hermana hace algunos años, cuando fue atacada por dos jóvenes en un callejón cerca de su casa, quiénes intentaron violarla (relato que expongo en el capítulo 6).

La vida de Juan ha estado condicionada por la violencia en formas explícitas desde que es un niño. En el seno familiar ha vivido violencia al grado de temer que su padre mate a su madre. Con la violencia han sobrevenido una serie de emociones que han marcado su trayectoria. La desolación y tristeza ante el

⁵³ Burlar, tomar el pelo, hablar de más.

abandono de su madre, el coraje y miedo frente al actuar de su padre, son emociones que se mezclan con el amor y respeto que les confiere a ambos. Regularmente expresa sentirse solo y busca la compañía de otras personas con quienes se siente seguro, como sucede con la familia de Edgar.

Su padre constantemente lo encara y disminuye, haciéndole comentarios alusivos a su “poca hombría”, o “falta de huevos”, expresión usada para señalar a un hombre como cobarde o con poco valor para enfrentar algunas situaciones o asumir ciertos riesgos. Esta constante prueba sobre su honor masculino empuja a Juan a involucrarse en peleas con otros jóvenes. Más allá de estas situaciones concretas, lo que me llamaba la atención de toda esta puesta en escena era el entusiasmo que Juan presentaba cuando narraba a su familia –sobre todo a su padre y a su abuela- los pleitos que tenía con otros jóvenes, las maneras en las que supuestamente esquivaba los golpes, el amedrentamiento que provocaba y, además, el éxito que tenía con las mujeres, pues a su decir, “todas querían con él”. Cabe señalar que muchas de estas historias rayaban en la fantasía, pues no habían tenido lugar en la realidad.

Buena parte del tiempo cotidiano, Juan lo empeñaba en montar historias y contar hazañas que lo hacían quedar como un “gran hombre”. Esta insistencia a veces chocaba con los amigos o con la novia, quienes a ratos le pedían que dejara de alardear o lo retaban a demostrar que aquello era cierto. Cuando esto sucedía, Juan se mostraba molesto e intentaba comprobar que todo lo dicho era verdad.

Más allá de su enojo, lo que dejaba ver era su fragilidad expuesta y el conflicto interno que le generaba ser un joven tranquilo, noble y con poca fuerza que no provocaba temor en los demás jóvenes, a quienes constantemente retaba. A diferencia del Byron, el Forva, Feyo y otros tantos jóvenes más que no necesitaban alardear sobre su “hombría” porque vivían constantemente entre peleas, Juan necesitaba recurrir a la fantasía para demostrar que era “más hombre” que los demás.

Se podría pensar que Juan buscaba implicarse en actividades ilícitas para así reafirmar la hombría que tanto requería, pero no era así. Se mantenía distanciado de todo lo que conllevara alguna actividad ilegal, incluso decía odiar el uso de armas (aún teniéndolas en su casa debido al trabajo de su padre). Se mantenía en una tensión constante frente a los semblantes que deseaba cumplir. Por un lado, demostrar que era fuerte, valiente, muy hombre. Por otro lado, que era honrado, decente y “buen” chico.

3.3.4. Paola: “imagínate si yo le cuento lo que me pasó...”.

Paola fue una de las primeras chicas que me buscó para platicar conmigo, durante el receso en la escuela. Desde la primera visita que hice a su grupo me pareció una joven simpática y con mucha energía, organizaba al grupo y tenía mucha creatividad para realizar las presentaciones que les pedía, aunque eso le costaba algunas confrontaciones con sus compañeros –sobre todo con los hombres- que consideraban que Paola era “mandona” o “se creía la mamá de todos”.

Paola es la hija menor de una familia de cuatro hermanos. Su padre había fallecido cinco años atrás por cáncer pulmonar. Su madre, quedando viuda, se unió a una iglesia cristiana que tiene sede en El Aguaje. Paola era obligada a asistir cada domingo a la iglesia, pasaban casi todo el día ahí, aunque a ella parecía no gustarle, pese a que había otros jóvenes de su edad con los que podía compartir: “siento que me roban mis domingos. Prefiero quedarme en casa y hacer el oficio⁵⁴ que llegar ahí y estar todo el día. Me aburre”.

Después de algunas charlas informales en la escuela, Paola me invitó a su casa para conocer a su madre y su hermana mayor, quién vive en la misma casa con sus hijos y su esposo. Cuando llegué a la casa, la tarde acordada, la ventana de la puerta estaba abierta. Era una puerta de metal de dos hojas. Me asomé por la ventana y no vi a nadie, toqué y apareció la madre de Paola, quien me sonrió y exclamó que estaban esperándome. Aquella cita me pareció más formal de lo que

⁵⁴ Forma en la que se nombra la limpieza de la casa.

creí. La madre quitó la llave de la puerta para que pudiera abrir. Ante mi pregunta del por qué le ponía llave a la puerta, dijo:

Tenemos que hacerlo así si queremos tener abierta la ventana. Antes sí la abría yo y estaba sin llave la puerta, no pasaba nada, todos por aquí los conocía yo. Mi esposo y mi hijo vivían aquí también, no tenía yo miedo. Ahora, con tantas cosas que pasan, con tanta "matasón"⁵⁵ que hay por aquí, mejor le cierro con llave para que pueda yo tener la ventana abierta un rato aunque sea. Ya más tarde cierro la ventana, no me vayan a dar susto (refiriendo a la posibilidad de ser víctima de algún delito a través de la ventana abierta) (Sra. Carmen).

Después de darme tal explicación, llamó a Paola alzando la voz: "se está arreglando", me dijo. Mientras esperábamos a Paola, me pidió que me sentara en la sala, la casa parecía muy limpia y en orden. Era una estancia pequeña que ocupaba la sala y el comedor, con un mueble al centro en donde había una televisión y un aparato de sonido. Ambos elementos son usuales en casi todas las casas de los jóvenes que conocí.

Entre la sala y el comedor había un espacio para una puerta, pero a falta de esta, una cortina cubría y separaba esa estancia de la cocina, la cuál era pequeña, apenas contaba con una mesa de madera sobre la que se sostenía una parrilla de gas, a un lado había un refrigerador, unas tablas colocadas sobre la pared hacían la labor de alacenas y en una esquina se encontraba un estante de metal que sostenía un garrafón de plástico.

Una puerta de metal indicaba la salida hacia el patio, mismo que era más grande que la casa, con árboles y algunas plantas. A un costado de la casa había dos cuartos construidos. En uno dormía la Sra. Carmen con Paola y en el otro dormía/vivía la hija mayor con sus dos hijos y su esposo. Frente a los cuartos estaba dispuesto un lavadero de cemento con un pequeño tanque a un lado, al fondo se veían dos pequeños cuartos con techo de lámina. Ambos cuartos pequeños eran el baño, pero estaba dividido entre la regadera y el escusado.

Cuando Paola salió del cuarto nos regresamos a la sala para poder conversar. Paola decía estar a gusto en su casa, que le gustaba mucho porque era muy tranquila, aunque no le gustaba compartir el cuarto con su mamá. Por

⁵⁵ Alusión a la frecuencia de muertes, presumiblemente por homicidio, que hay en la colonia.

ello, deseaba que su hermana encontrara un terreno pronto para que comenzara a construir su propia casa y ella pudiera ocupar el cuarto que ahora pertenecía a la familia de la hermana.

La relación entre los hermanos y la madre parecía buena, con mucha disciplina, pero con respeto. La madre vivía de una pequeña pensión que le había dejado el esposo y “para ayudarse” cosía ropa. Paola la ayudaba en las labores de costura. La hermana y el marido aportaban dinero para el gasto familiar, por lo que a la Sra. Carmen no se le hacía difícil mantener el hogar: “aunque con lo necesario. No somos de cosas caras ni de comer en la calle”- argumentó.

Paola se autodenomina como la “rebelde” de su familia, pues dice ser la única a la que no le gusta ir a la iglesia, no tener buenas calificaciones en la escuela como había sido el caso de sus hermanos mayores y, además, contar con amigos que, según ella, no siempre eran “buenos” porque consumían drogas y/o bebían alcohol en exceso. A ella le gusta pasar el tiempo con sus amigos, aunque es una actividad que realiza poco dado que no le dan permiso para salir con la frecuencia que quisiera. Algunas veces no se va de la escuela a su casa, sino que se reúne en alguna casa o punto específico de la colonia con otros jóvenes, algunos estudiantes, otros no.

A veces, cuando sé que mi mamá no va a estar en la casa porque tiene alguna actividad de la iglesia, me voy con mis amigos a pasarla bien... Nos vamos a una casa de alguno que no estén sus papás o a una casa que está por allá arriba [en el límite de la colonia]... es una casa abandonada, nada más está medio construida, ahí nos metemos y ahí nos la pasamos. Me gusta ese lugar porque ahí vamos todos, aunque a veces algunos se dorgan, fuman piedra ahí y pues, no siempre me gusta eso porque... porque tuve una experiencia y no me fue bien.

Paola suele ser muy tranquila y llevarse con todos, le cuesta tomar decisiones y negarse a las cosas que le proponen. Cuenta que en una ocasión acudió a una fiesta en la colonia, que un chico de una banda la había invitado, y ella emocionada aceptó. El chico le gustaba mucho y por eso quería ir a la fiesta. Pidió permiso, pero su madre se lo negó, por lo que aprovechó un descuido y se escapó de su casa para ir a la fiesta. Pensó que regresaría antes del anochecer a su casa y que, si bien la regañarían, no pasaría a más.

Llegué pues a la fiesta. Era en una casa de aquí a unas calles. Estaba ahí el muchacho ese, el que me gustaba y cuando me vio rápido me fue a abrazar. Yo me sentía, no sé cómo, me sentía bien. Me dio una cerveza y luego me tomé otra. La verdad es que yo ya había tomado antes, ya me había yo emborrachado antes aquí en mi casa en una fiesta que hubo de mi cuñado, pero no pasó nada sólo que me quedé dormida. Pero en la fiesta, este chavo me dijo si quería yo fumar piedra y pues... yo no lo había hecho antes y le dije que sí. Quería yo probar y me daba pena con él, no sé, que pensara que soy una "coyona"⁵⁶, o no sé qué. Y bueno, pues fumé de esa cosa y no sé, no recuerdo bien, me besé con ese chavo varias veces y no sé qué pasó. Me desperté... estaba ya oscuro todo, había un poco de música, pero se escuchaba bajito, como que la fiesta había acabado. Estaba yo acostada en un colchón, como en un cuarto. No me acuerdo bien, no me sentía yo bien, me dolía todo y estaba yo desnuda, nada de mi ropa tenía yo.

El relato que Paola cuenta, aunque lo hace de manera fluida, está lleno de violencia sexual hacia ella. No recuerda nada de lo que pasó entre el último beso que se dio con el chico que la invitó a la fiesta y el momento en el que despertó desnuda en un colchón, siendo esto una clara evidencia de abuso sexual. Ella sostiene que tuvo "relaciones sexuales" con el chico que la invitó a la fiesta, pero dice no estar segura si fue el único porque al despertar éste ya no estaba en la casa y otros dos jóvenes se encontraban durmiendo a su lado.

El relato la pone tensa y busca justificar la experiencia: "seguro que los otros se quedaron ahí tirados por borrachos o tal vez fumaron mucho". Ante el abandono de su supuesta pareja, menciona que "quizás tenía que regresar a su casa porque lo regañaban o pasó algo". Se mantiene esquivada para seguir hablando de lo sucedido. Cuando le pregunto si piensa que aquello estuvo mal porque no fue consultada para tener "relaciones sexuales", como ella prefiere nombrar al acto de abuso, dice que no, porque ella sí quería: "nada más pasó que pues yo me puse borracha, o me drogué mucho. Esa cosa que fumé me durmió y pues ya no me acuerdo. Pero sí quería, ese chavo me gustaba y yo quería con él. Si yo no hubiera tomado y fumado, no hubiera pasado nada o tal vez sí, pero me acordaría".

La violencia vivida sobre su cuerpo y sin su consentimiento no la califica como tal, la justifica tal vez en un afán de aminorar la angustia. Después de despertar, se vistió e intentó regresar a su casa, pero aún se encontraba en estado de ebriedad y no podía caminar bien. Le dijo a los chicos que aún se

⁵⁶ Cobarde.

encontraban ahí que la acompañaran a su casa, pero no le hicieron caso. Paola pasó la noche ahí sin poder reportarse con su familia.

Al día siguiente, como pudo salió de aquel lugar, llegó a su casa y fue recibida entre regaños, lamentos, abrazos, y uno que otro golpe propinado por su madre. Verla entrar a la casa alivió la angustia de su madre y hermanos, pero no la libró de un castigo: durante un año no tuvo permiso de salir a ningún lado que no fuera a la iglesia y a la escuela. El castigo le fue levantado a los seis meses gracias a que Paola accedió a participar en una actividad de la iglesia.

Ha pasado un año desde aquel incidente, Paola comenta que volvió a ver al chavo que le gustaba unas semanas después, al salir de la escuela, pero él la ignoró y la trató mal. Después vio que se iba de la mano con otra chica de la secundaria, situación que la hizo sentir celos, por lo que al siguiente día buscó a la chava en la escuela y la golpeó.

A partir de ahí se inició una rivalidad entre ella y la otra chica. Rivalidad que trascendió, pues después de los golpes que Paola le dio a la otra chica, todos en la escuela le preguntaban cuándo sería la siguiente pelea:

Yo la verdad es que ya estaba arrepentida de haber hecho eso. Le jalé bien feo el pelo y le deje rojo el cachete. La verdad me daba miedo que ella me pegara también, y lo quería hacer, me amenazaba en la escuela. Tenía yo miedo. Le dije a la maestra de mi salón y me dijo que no era su problema, que yo lo resolviera. Y sí, tenía razón pues, pero no sabía yo que hacer. Quería yo hablar con la chava, decirle que me disculpara y contarle lo que me había pasado en la fiesta, pero no sabía yo cómo hacerlo. Luego, los mensos de la escuela sólo preguntando que cuándo sería la próxima pelea, que iban a apostar a mi favor o en mi contra, que le rompiera yo su madre... yo ya no quería saber nada y todo el día me lo repetían. Fue feo vivir eso.

La búsqueda de ayuda de parte Paola con una de las maestras deja ver el desapego que existe entre los agentes escolares y la realidad de los jóvenes. La maestra fue buscada por Paola para pedir ayuda y se la negó, la responsabilizó de sí misma, pero también permitió que la integridad de esta fuera vulnerada.

Un día, al salir de la escuela, Paola iba caminando hacia su casa cuando en una esquina salieron cuatro chavas: la chava a la que golpeó y tres más. Ella corrió cuando las vio, pero la persiguieron y le aventaron algunas piedras. Una de ellas la alcanzó y la tiró al piso, todas la golpearon. Paola llegó a su casa llorando,

sangrando, con el uniforme roto. Le contó lo sucedido a su madre y al siguiente día ésta fue a reclamar a la escuela. La maestra de Paola tuvo la osadía de comentar que ella sabía que eso ocurriría porque había escuchado a las otras estudiantes planear el ataque en el baño, y decidió callar, argumentando que aquello no era su problema. La madre de Paola comenzó a reclamar y a cuestionar la labor de las maestras en la formación de los jóvenes, ante lo cual la directora intervino, pidiendo que se calmaran. Una vez que la Sra. Carmen y Paola estaban tranquilas, la directora procedió a suspender a Paola por tres días, bajo el argumento de “mal comportamiento”.

Yo desde ahí ya no creo en la escuela ni en las maestras. No hizo nada esa vieja cuando se enteró que me iban a pegar, dejó que pasara. Si ella me hubiera dicho algo yo hubiera evitado caminar por el mismo lugar que siempre, algo hubiera hecho. Lo único bueno de eso es que ya el pleito con esa chava terminó, ya quedó contenta después de pegarme y que me suspendieron, al menos eso se arregló.

La actuación de la maestra y de la directora es, por demás, injusta. La maestra pudo haber evitado que el conflicto creciera si desde el primer momento hubiera intervenido, cuando Paola le pidió ayuda. Pero se negó argumentando que no era su problema. Sin embargo, al escuchar a las otras jóvenes planear el ataque, sí era su problema pues estaba siendo testigo. Como autoridad pudo haber intervenido y frenar aquello, pero se mantuvo al margen de la situación y, con ello, al margen de las condiciones del contexto que aquejan a los estudiantes.

La suspensión de la escuela no era necesaria, y si lo era, entonces aplicaba para todas las partes involucradas. Pero lo que la directora estaba castigando no era el mal comportamiento de Paola, sino la osadía de ella y su madre de cuestionar la autoridad institucional.

Si frente a una pelea simple, los agentes institucionales prefieren no intervenir, mucho menos que esperar si se trata de tomar una postura frente a las violaciones y abusos sexuales que muchas jóvenes sufren. Paola comenta sonrojada y en voz baja: “imagínate si yo le cuento [a la maestra] lo que me pasó, capaz me manda a la cárcel o a un centro de drogadictos o me corren para siempre de la escuela”.

Pese a estos acontecimientos, Paola dice gustarle ir a la escuela. No le gusta estudiar, le aburren las clases, pero le gusta ir porque ahí ve a sus amigos y se divierte. No cuenta con otros espacios, pues después de haberse escapado, los permisos que le dan para salir son restringidos y casi siempre va acompañada de su hermana o de alguno de sus sobrinos pequeña.

Las cuatro reseñas de vida presentadas dan cuenta de las violencias que los jóvenes experimentan a lo largo de sus trayectorias. Es notable la manera en la que tales violencias afectan de maneras diferenciadas a hombres y a mujeres. Las reseñas de Cristal y Paola respecto a los abusos sexuales vividos son muestras de lo que acontece cotidianamente a las jóvenes; mientras que los hombres son interpelados constantemente respecto a su fuerza y “honor” como hombres. Las cuatro reseñas dejan ver las grietas desde donde se configuran el ser mujer y ser hombre en un enclave de pobreza.

Como mostraré más adelante, lo acotado del espacio provoca que los referentes de identificación locales, más próximos a sus realidades sean acotados, constriñendo las oportunidades para identificarse con otros modelos para ser hombres y ser mujeres, e incluso para reflexionar sobre los acontecimientos que los han marcado como violencias.

También es posible ver a través de las historias, las maneras en las que las instituciones del Estado, mediante los agentes locales, refuerzan los prejuicios y las violencias, así como las condiciones de precariedad, dirigiendo prácticas y discursos inscritos en formas recrudescidas de racismo, clasismo y desprecio al devenir de los jóvenes. El caso del rol de la escuela es obvio respecto a ello: si la secundaria de El Aguaje deja mucho que desear frente a la formación académica de los jóvenes estudiantes, ¿qué decir sobre su rol como formadora de sujetos de pleno derecho?

En los siguientes capítulos analizaré con mayor detenimiento las maneras en las que los procesos de socialización de los jóvenes de El Aguaje configuran sus subjetividades, retomando las dos dimensiones expuestas en el capítulo 1: la dimensión socio-espacial y la dimensión emocional.

Capítulo 4

La experiencia urbana desde un enclave de pobreza: transitar dentro y fuera

4.1. Introducción

Uno de los espacios en donde pasé buena parte del tiempo de trabajo de campo fue la secundaria de la colonia. Llegar a la escuela es fácil para quienes no vivimos ahí, puesto que se encuentra ubicada a dos calles de la avenida principal que bordea la entrada a la colonia, por lo que se cualquier ruta de combi que pase sobre esa avenida es suficiente para encontrar el lugar. Esta facilidad no es compartida por todos los jóvenes que sí viven en la colonia, pero habitan las viviendas ubicadas en las calles más alejadas, sin contar con un vehículo particular en la familia, el cual pueda servir para el traslado. Estos jóvenes tienen que caminar, a veces más de un kilómetro, o tomar una combi que los acerque a la escuela; sin embargo, esta situación no la viven como un problema, ni siquiera genera una queja o malestar, lo que sugiere que se han acostumbrado a recorrer distancias largas para acceder a espacios de su interés, práctica que es común en sus recorridos por la ciudad.

Uno de los compromisos adquiridos con la escuela fue brindar algunas sesiones informativas sobre temas que a los maestros se les dificultaba tratar, por no contar con materiales o información suficiente (Derechos Humanos, Sexualidad, Autoestima), al tiempo que realizaba algunas actividades en los grupos para tener más información respecto a la vida de los jóvenes en el enclave. La autorización que me fue brindada para trabajar dentro de la escuela se restringía a la atención de los cinco grupos de tercer grado, teniendo que organizar el tiempo para coordinar las actividades con las maestras a cargo de cada grupo.

Aunque complicado al principio, poco a poco la complicación se convirtió en oportunidad, pues me permitió no sólo conocer a más de cien jóvenes de la colonia, hombres y mujeres, sino también ser testigo de las coincidencias y matices en sus formas de actuar y pensar lo urbano, así como de las maneras de vivir y vivirse como jóvenes en una colonia como El Aguaje, cuestiones cruciales para la investigación.

Mi interés se centró –como he explicado en la introducción de este documento- en conocer, de su propia voz y experiencia, cómo se vive la juventud en un enclave de pobreza urbano y su efecto sobre el proceso de socialización. Para ello, además de las conversaciones descritas al inicio del texto, ideé algunas actividades a desarrollar con cada uno de los cinco grupos de la escuela. Una de estas actividades consistió en describir la colonia a partir de cuatro preguntas básicas: ¿qué me gusta de mi colonia? ¿qué no me gusta? ¿cómo ve mi colonia la gente que no vive aquí? ¿qué cambiaría si pudiera?

Por equipos discutirían las respuestas y las enlistarían en un rotafolio para luego exponerlas frente al resto del grupo. Con esta actividad esperaba obtener dos situaciones que me permitirían recrear un panorama de la colonia: las respuestas por equipos equivalían a las percepciones de los jóvenes sobre el espacio habitado, mientras que la discusión posterior a la exposición –basada en las coincidencias y diferencias en las respuestas- representaban las experiencias compartidas y distantes en relación al espacio habitado.

La actividad planeada tuvo una coincidencia curiosa en los cinco grupos:

- ¿Qué te gusta de tu colonia?

- ¡Nada!- respondieron, seguido de risas, murmullos y un listado de características por las que no les parecía un “buen lugar” para vivir.

- Ahora no mencionen las cosas que no les gustan, sólo piensen en las cosas que sí les gustan- insistí

- ¿Cosas bonitas? ¡Si estás en la colonia más fea de Tuxtla! ¿No te has dado cuenta?

La situación descrita ocurrió en el grupo C, pero las reacciones en los demás grupos no fueron tan diferentes. En cada uno se escuchó “nada” como respuesta a la primera pregunta, y después de mi insistencia, gritaban frases como “qué risa, si aquí no hay nada bonito, nada bueno”, “en esta colonia no hay nada”, “¿algo bonito? Sí, que te asalten cuando vas a comprar las tortillas”, entre otras muchas expresiones para manifestar un mismo rechazo y desvalorización de la colonia.

- Algo debe haber que les guste... piensen bien - respondí e insistí nuevamente

Después de mi insistencia, los estudiantes se dispusieron a comentar las cosas que les gustaban. La primera encomienda la realizaron en menos de cinco minutos, mientras para cada una de las preguntas posteriores requirieron alrededor de 15 minutos para cada una.

No detallaré las respuestas a cada pregunta, sólo quisiera enfatizar que los aspectos señalados como “bonitos, agradables y que les gustan” estaban relacionados a la cercanía con el Cañón del Sumidero, la vegetación que es más vasta que en otras partes de la ciudad⁵⁷ y a la temperatura, pues allí la sensación térmica es menor que en el resto de la ciudad, que puede llegar a ser agobiante.⁵⁸ Estos aspectos están vinculados a factores medioambientales, que si bien no son ajenos a ellos parecen estar en oposición con los factores sociales que intervienen en su experiencia social, los cuales asociaban a lo “feo”, lo que no les gusta.

Lo “bonito”, lo que está en la naturaleza y les rodea iba perdiendo valor en las exposiciones de cada grupo cuando comenzaban a hablar de lo “feo”. Así, el encanto por el paisaje verde o la cercanía con el Cañón del Sumidero se disolvía entre los comentarios acerca de la mala calidad del agua, la contaminación del río “El Aguacate” que atraviesa la colonia, la basura en las calles, la mala calidad o

⁵⁷ La percepción de mayor vegetación se debe a que en el centro de la ciudad y otros espacios públicos a los que tienen acceso se han talado los árboles y retirado la vegetación en los últimos años, privilegiando la adaptación de estacionamientos públicos, instalación de concreto en camellones que antes ostentaban plantas, ampliación de banquetas o calles.

⁵⁸ La temperatura en Tuxtla Gutiérrez alcanza los 40° C en primavera y verano. La colonia se ubica a una altura mayor que el resto de la ciudad, por lo que la sensación térmica puede ser menor, aunque la diferencia es mínima.

ausencia de drenaje e incluso, las enfermedades a las que se han enfrentado por estas causas.⁵⁹

Las respuestas dadas a cada pregunta de la actividad llevada a cabo con los grupos, así como la reiterada reacción a la primera pregunta, me permitieron plantear una noción que guiaría la exploración posterior: ese “¡nada!” dado al unísono, no sólo fue una respuesta en broma o simpática, sino una declaración espontánea que daba una pista a seguir en la tarea de dilucidar las implicaciones que tiene habitar un enclave de pobreza en las socializaciones de los jóvenes.

¿Qué hay detrás de esa “nada” dada como respuesta? Mas allá de los elementos que gustan o no gustan del espacio, ¿cómo es vivir en El Aguaje? ¿cómo se habita ese espacio? ¿cómo las condiciones estructurales y simbólicas conforman al espacio como un enclave y cómo estas son incorporadas en la experiencia social de los jóvenes que lo habitan? ¿cómo se conforma la subjetividad y la experiencia urbana de los jóvenes que habitan un enclave como El Aguaje?

Las condiciones sociales que demarcan el espacio brindan pautas generales que ubica a los jóvenes en una posición social respecto al mundo, pero las especificidades de tales condiciones en el espacio local son las que establecen los marcos desde donde los jóvenes generarán una consciencia sobre sí mismos, al brindarles los referentes de significación que mediarán su configuración como sujetos.

Dado que el entramado de desventajas hacen de El Aguaje un enclave de pobreza, caracterizado por la precariedad y vulnerabilidad, la violencia, la

⁵⁹ Algunos jóvenes referían enfermar constantemente por infecciones intestinales y de la piel asociadas al agua que consumen para uso personal e ingesta. En algunos hogares evitan comprar agua “de garrafón” dado el impacto que tiene el gasto en la economía familiar, optando por hervir o clorar el agua que beben, lo que los mantiene en riesgo de enfermar. También debo señalar que, durante la estancia de campo, se presentó la epidemia de Chincungunya en Chiapas, teniendo una repercusión alta en Tuxtla Gutiérrez, debido a la presencia de mosquitos por la temperatura. La mayoría de los jóvenes cayeron enfermos, sus padres y hermanos también. La respuesta de las autoridades fue casi nula, incluso no es posible contar con una cifra que se acerque al número de personas que se infectaron, pues los registros fueron controlados por el gobierno estatal para maquillar la corrupción en el sistema de salud. Yo misma enfermé de Chincungunya al final del trabajo de campo, teniendo que acudir a un médico particular, puesto que las clínicas de salud pública se encontraban saturadas.

estigmatización, entre otras desventajas que se concentran en un mismo espacio, guío la discusión hacia la configuración del espacio habitado como un espacio de despojo, puesto que no sólo limita las oportunidades y recursos materiales y sociales, también limita, e incluso en algunos casos arrebatada, las posibilidades de ampliar la experiencia social al constreñir a los jóvenes a transitar por circuitos acotados tanto espaciales como emocionales.

La segunda cuestión a abordar en este capítulo tiene que ver con la conformación de la experiencia urbana de los jóvenes que habitan El Aguaje a partir de la manera en la que, una vez significados como sujetos a su espacio habitado, desarrollan pautas de sociabilidad que, si bien les permite adquirir pertenencia al hallarse en su propio espacio habitado (Mayol, 2010), también les restringe la movilidad al no ser siempre pautas compartidas por el resto de la ciudad.

Cada espacio de la ciudad está configurado por una normatividad geográfica (Cresswell, 1996) que regula las acciones como “apropiadas” o como “transgresiones”. Esta normatividad geográfica establece políticas de uso y comportamiento, no siempre explícitas, de cada lugar, misma que empata en algunos vectores con la política de las emociones, que regula también los cuerpos, el sentido y movimiento que estos deben atender en cada espacio significado.

Los jóvenes se asumen como parte o fuera de lugar a partir de compartir o disenter los valores y acciones cargados a determinados espacios públicos, en donde adquiere relevancia el juicio emitido por los otros, por quienes regulan las formas de comportamiento en esos otros espacios y que, haciendo uso de su posición de poder, emiten juicios que dirigen a los jóvenes para hacerlos sentir parte o transgresores de los mismos.

4.2. Espacio habitado, espacio de despojo

Vivir en El Aguaje tiene muchas implicaciones para los jóvenes que habitan la colonia, pues el espacio habitado constituye el primer punto de referencia que los

ubica en relación a la ciudad, por lo que las condiciones y relaciones de poder que marcan al espacio habitado regulan y reafirman su ser/estar en el mundo, así como la manera de relacionarse con los otros. Desde este lugar asumido como propio se construyen referentes de identificación que marcarán sus prácticas y creencias, así como el imaginario compartido respecto a lo que consideran que los otros -ajenos a su espacio- piensan sobre *su* colonia, sobre sí mismos, sobre ese espacio que es su-yo. Tanto los referentes de identificación, como las prácticas e imaginarios son importantes para entender cómo se gestiona el ideal de joven que impera en este espacio.

Siguiendo a Mayol (2010), habitar un espacio permite a los jóvenes “hallarse”, entendiendo esto como la toma de consciencia de su existencia: existen en la medida en la que se arraigan a un lugar, se hacen presentes y construyen su presente manifiesto a través del uso del espacio público y del compromiso social que debe respetarse y reafirmarse cotidianamente.

Para los jóvenes de El Aguaje el presente se circunscribe a las condiciones que demarcan la colonia, de las cuales derivan una serie de aspectos materiales que denotan las carencias y vacíos que cristalizan en la experiencia de habitar el espacio. Al hallarse como habitantes de El Aguaje, los jóvenes cobran sentido de su ubicación física y social, partiendo de reconocer las condiciones del espacio y su ubicación en relación a una geografía más o menos real, e identificarse con las características y atributos sociales que lo signan.⁶⁰

El ejercicio en los grupos de la telesecundaria, las entrevistas y pláticas sostenidas con algunos jóvenes en particular, así como las caminatas por la colonia con ellos me permitieron condensar las percepciones, experiencias y emociones asociadas al espacio habitado en dos condiciones que no sólo marcan los sentidos y usos –el habitar- conferidos a la colonia, sino que además

⁶⁰ El término “signar” es retomado a partir de la explicación que da la RAE: marcar con un signo, impronta o señal distintiva a una cosa o situación. A ello le agregaría que, el signo lleva a la persona que lo usa a construir conceptos y referentes a partir de él. De esta manera, los signos que se atribuyen al espacio habitado se convierten en marcas de referencias sobre el espacio, mismas que son asumidas como referentes de identificación (significantes) para quienes habitan tal espacio. Estos signos, estas marcas de referencia, pueden ser “re-signadas”, al ser reforzadas mediante la experiencia.

adquieren un valor como significantes que fijan los diques que moldean las subjetividades, y por tanto intervienen en las socializaciones de estos jóvenes. Estas condiciones son la pobreza y la violencia, mismas que al conjugarse moldean una estética de la colonia que permea la imagen que los jóvenes construyen de sí mismos.

Como ya mencioné en el Capítulo 2, la colonia El Aguaje se ubica en una de las periferias de la ciudad de Tuxtla Gutiérrez. Llegar a ella no es difícil, ya que existen varias rutas de transporte público que conectan la colonia con el resto de la ciudad, ya sea desde el mercado que se ubica en el centro de la ciudad o desde algún punto de las zonas poniente y oriente del lado norte. La conexión de la colonia con el resto de la ciudad es por lo tanto fluida. La gente va y viene de la colonia al centro y a otros puntos de Tuxtla sin mayores dificultades respecto a la comunicación vial, aunque el tiempo de espera para abordar el transporte público y la calidad del mismo no sean deseables. Es decir, un enclave de pobreza no necesariamente debe asociarse con un distanciamiento o aislamiento físico.

Los tiempos de llegada de un punto a otro pueden ser largos en relación a la ubicación del lugar de destino; no obstante, las combis que transitan por la ciudad reducen el tiempo de recorrido dada la rapidez (y descuido) que tienen al manejar. Cumplir con los horarios que les imponen en las bases de transporte es su meta, por lo que no reparan en la seguridad, y mucho menos en la comodidad, de los usuarios. Lo importante para los usuarios es estar alerta en las paradas del transporte correspondiente para que este no se vaya sin ellos, subir y ocupar un lugar en el interior rápidamente y, de no ser posible este último objetivo, tomarse con fuerza de algún tubo, abrazadera, pierna o cabeza de otro usuario para soportar el empuje del arranque.

Algunas combis no entran a la colonia, pasan a un lado de ella sobre la Calzada. Las que sí entran lo hacen por las calles principales de la colonia. Una de ellas es la que lleva a la secundaria, la cual se ubica a dos cuadras de la Calzada, por lo que no es necesario esperar la combi precisa para llegar, ya que con tomar una que suba hasta la parte final de la Calzada es suficiente. En

cambio, si se va a alguna calle al interior de la colonia, lo mejor sí es esperar la ruta adecuada, sin confiarse mucho en las referencias que los usuarios proporcionen ante las dudas de ciertas calles o puntos de referencia sobre los que no se tenga certeza.

Las calles principales por las que se entra a El Aguaje son amplias y pavimentadas, pero es posible ver, mientras se hace el recorrido, que muchas de las calles interiores aún son de terracería. Una vez que la combi avanza en su ruta, sale de las calles principales y comienza un traqueteo al interior que indica que no hay más pavimento. Hasta un año antes de que realizara el trabajo de campo, corría el rumor de que en una de las entradas a la colonia, después de las 18:00 horas, algunas combis eran detenidas por una especie de retén compuesto por una de las bandas de la colonia. La parada era obligatoria para el chofer del transporte, quien además tenía que abrir la puerta de la combi (controlada sólo por él), para permitir entrar a uno o dos sujetos que rápidamente reunían el dinero, joyas, teléfonos celulares y alguna que otra bolsa o mochila de los pasajeros. Este acontecimiento no era cotidiano, por lo que la gente “se la jugaba”⁶¹ para llegar a su destino sin ningún percance.

Cabe aclarar que mientras estuve haciendo el trabajo de campo no vi nunca algo similar. Sin embargo, a partir de las 18:00 horas, sobre la Calzada y en las entradas a la colonia sí vi a varias patrullas de la policía municipal que se mantenían fijas, como si estuvieran en puestos de control, mientras otras circulaban por las calles internas de El Aguaje y de otras colonias aledañas.

Ya es más seguro aquí que antes, te tocó venir en un tiempo más seguro. Hubo un tiempo que estaban asaltando ahí en la calle principal, en donde entra la combi, la 31. Ahí se ponían unos *malandros*⁶² sin quehacer y se subían a la combi o paraban los carros que pasaban y sin nada te dejaban. Dicen que una vez un señor se enojó y les dijo que no les iba a dar nada y que lo bajaron y ahí mismo lo empezaron a golpear, que casi lo matan. Yo creo que por eso ya es que vino más patrulla por acá. Ya si te das cuenta ya hay más patrullas, más policías cuidando por ahí. No sirve de mucho pues porque siguen haciendo lo que quieren esos malandros, pero al menos ya entras más seguro a la colonia, porque si estaba feo pues que regresabas de tu trabajo cansado, o así los muchachos que van a la prepa en la tarde, regresaban cansados, cansados de la mente

⁶¹ Se arriegaban.

⁶² Alusión a delincuente.

por pensar tanto en la escuela, y que les quitaran las mochilas, los teléfonos, hasta los tenis. No, así ya estaba feo pues ya. Por eso que bueno que viniste ya en esta época, porque a ti así como no te ves de aquí, y esos rápido lo huelen, rápido se dan cuenta, quien sabe que te hubieran hecho, tal vez hasta te hubieran violado o quien sabe que hubieran hecho (Sra. Concha, 65 años).

Además del comentario de la Sra. Concha, algunos jóvenes y sus padres me relataron situaciones similares, mientras otros decían que nada de eso era cierto, que sólo habían sido rumores o, que había pasado una vez y que la gente corrió el rumor de que estaban asaltando en la entrada de la colonia. Sin saber de cierto el hecho, me alegré de haber llegado después de que los retenes improvisados por las bandas cesaran. Cierto o no, hasta ese momento se podía entrar a la colonia sin mayor problema, salvo por la posibilidad de caer al bajar de la combi porque el chofer arranca antes de que tengas los dos pies sobre la calle.

Imagen 7: Calle de la colonia con propaganda política



Fuente: Fotografía propia, 2015

La colonia parece a simple vista tranquila, sin mucha gente en las calles y pocos autos transitando, aunque esta tranquilidad puede convertirse en un factor

que genere angustia si se está en una situación de peligro, como la vivencia relatada en la introducción de este documento. Dado que está ubicada bajo las faldas de los cerros, el terreno tiende a ser pedregoso e irregular. Además de las calles principales, es posible ver muchas otras calles pavimentadas, resultado de las campañas electorales y de los “compromisos cumplidos” por el gobernador en turno (que de no ser por la publicidad que se encuentra en muchas calles de la colonia, éstos se desconocerían por completo).

En la colonia hay calles que me resultaban raras porque tenían tramos pavimentados que se cortaban abruptamente y seguían dos o hasta cinco cuadras de terracería después, para luego volver a encontrar pavimento. Ello, en el mejor de los casos, puesto que otras calles tenían pavimento en pocas calles y el resto era terracería. Este hecho curioso responde a los compromisos que se enmarcan en las relaciones con los partidos políticos, sobre todo durante el periodo de campañas electorales: cuando se llega a un acuerdo electoral en donde participan unas manzanas o bloques de la colonia, se negocia la pavimentación u otros servicios públicos, por lo que aquellos vecinos que no entran en el acuerdo o están con otro partido político conservan la calle de terracería.

Mira pues, aquí para hacerte de tus cositas, para que te arreglen la calle, tu casa, pongan luz o algo que quieres, le tienes que entrar a la campaña o a votar por un candidato. Así nosotros pudimos hacer que pavimentaran acá porque años tenía ya que lo solicitábamos allá en el Ayuntamiento. Llenamos papales, vinieron unos señores dizque a ver, y nada. Mi hermana no quiso entrarle con este partido, por eso si ves allá en su calle no está pavimentada (dos calles después de la de él), pero tienen luz. Así va uno haciendo, como se dice... intercambios, acuerdos, porque de otra forma no nos hacen caso para arreglar aquí las cosas (Sr. Gómez, 38 años).

La situación descrita por el Sr. Gómez alude a los acuerdos que se mantienen constantes entre los habitantes de la colonia y los partidos políticos, teniendo como intermediarios o mediadores a algunos actores externos, pero también a los líderes de manzana que habitan en la colonia. Estos “acuerdos” o “intercambios”, como el Sr. Gómez los llama, se enmarcan en una suerte de clientelismo político que no es exclusiva de la colonia ni de Tuxtla Gutiérrez, siendo una constante en las ciudades latinoamericanas (Auyero, et. al., 1997).

Los intercambios obedecen a una lógica de “favores por votos” (Auyero, et. al., 1997), en donde se negocian bienes materiales como favores a cambio de que los ciudadanos beneficiados otorguen el voto al partido que los ha apoyado. Sin embargo, siguiendo a Auyero (1997), cabe decir que este proceso no ha sido constatable al cien por ciento; puesto que se conoce el mecanismo de apoyo y negociación,⁶³ pero no es posible saber qué ciudadano en particular sí cumplió en las urnas con la retribución del favor. En este análisis cabría profundizar en las lógicas y lealtades que los ciudadanos siguen, ya que, aunque se inscriban en acuerdos en donde comprometan su lealtad política, sus lógicas de acción pueden guiarlos a priorizar otros elementos como merecedores de su lealtad.

En El Aguaje, sin embargo, más que una lógica clientelar absoluta en donde se negocian “favores por votos” casi como la única forma viable de negociación, lo que observo es la convivencia de distintas lógicas estratégicas. Es a partir de esta combinación que los sujetos optimizan los recursos con los que cuentan, partiendo de su posición en la “zona de incertidumbre” social en la que se ubican respecto a los líderes o autoridades con quienes requieren negociar (Dubet, 2011: 120). La dinámica clientelar forma parte de estas estrategias, pero no es la única. Los habitantes de El Aguaje -y específicamente los jóvenes, en quienes se concentra esta investigación- desarrollan prácticas y discursos, que pueden incluir o no los “favores por votos” y que pueden resultar o no en estrategias para su vida cotidiana. Mi contribución a este tema, no es sin embargo en relación al proceso mismo de construcción de relaciones instrumentales con las instituciones y autoridades reconocidas en la colonia, sino a su constitución, entre otras, como estrategias posibles en virtud de una experiencia social construida a partir de sus socializaciones.

Este tipo de intercambios inscritos en una dinámica clientelar en El Aguaje, bien podría tener sus orígenes en la fundación de la colonia, pues, como he

⁶³ Auyero (1997:182) describe a este mecanismo, no tanto como de negociación, sino como un “chantaje” que los mediadores dirigen hacia los “beneficiarios” para infundir miedo e incertidumbre sobre los posibles efectos negativos (como la pérdida de programas o recursos) en caso de que el partido en cuestión no salga beneficiado en las elecciones correspondientes.

mostrado, el reconocimiento y legitimación de la misma, así como el cese al hostigamiento de los habitantes, dependió de la alianza y adhesión política de los colonos con el partido oficial (PRI). La evolución de la colonia a lo largo de más de 30 años muestra la agencia que los habitantes han desarrollado para lidiar con las condiciones de precariedad material y social del espacio que habitan, un espacio de despojo.

El despojo, como cualidad del espacio habitado, se ha materializado en la precariedad y carencia en los servicios públicos básicos, pero también se evidencia en la ausencia de una exigencia ciudadana y consciencia de clase que motive a la organización colectiva, como alguna vez, al inicio de los tiempos de El Aguaje se pretendió.

Volviendo a las condiciones físicas en las que se encuentran las calles de la colonia, cabe señalar que algunas calles, sobre todo las que están en la parte alta (más cerca de los cerros) todavía conservan la forma de cañada, por lo que el terreno es aún más difícil de andar. Llegar a algunas de las casas de los jóvenes resulta a veces agotador, pues es necesario subir caminando tramos empinados que suponen calles, librando piedras, recovecos y charcos. En la temporada de lluvias, la travesía se complica más pues las piedras hacen que la pisada resbale, la tierra se convierte en lodo y algunos hoyos forman charcos de los que se desconoce su profundidad hasta que se cae en ellos.

Algunas de las banquetas, sobre todo de las calles en la parte alta de la colonia, son resultado de la autoconstrucción. Cuando un propietario construye su casa, o la mejora, procura construir un tramo de banqueta (la que le corresponde dado el segmento de terreno de su propiedad), resultando en construcciones discordantes e irregulares en cuanto a la altura y forma. Este rasgo parece característico de las colonias populares que basan su desarrollo en la autoproducción progresiva de la vivienda, en donde se prioriza la construcción de los espacios habitacionales sobre los espacios públicos (Duhau y Giglia, 2016).

Algunas de estas banquetas son muy angostas en ciertas partes y anchas en otras, o en una misma calle se pueden encontrar tramos con banqueta y otros sin

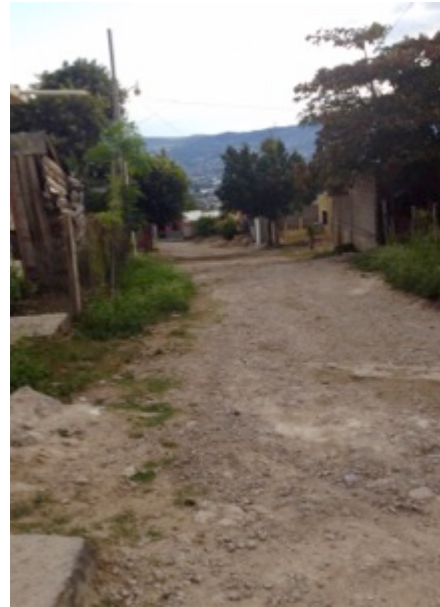
ella, a veces en casas vecinas. Ciertos tramos tienen escalones, otros nada más han sido contruidos sin considerar la distancia entre la altura de la casa y de la calle, por lo que a veces parecen topes casi imposibles de subir de un solo paso y que, más que funcionales, dificultan transitar las calles.

Caminar sobre la banqueta no es una regla de urbanidad que en este espacio opere. Esto además de comprobarlo en mis recorridos, lo observé con los jóvenes y demás habitantes, quienes prefieren caminar a mitad de calle, esquivando piedras y demás obstáculos en vez de caminar sobre aquellas banquetas improvisadas. Incluso, algunos tramos tienen un camino hecho de cemento a mitad de calle para que la caminata se haga más fácil; sin embargo, con las lluvias, el cerro se deslava y se crean cascadas que acarrear tierra y piedras que terminan por obstaculizar también esos pequeños andenes improvisados.

Las calles pavimentadas presentan problemas durante las lluvias, ya que carecen de drenaje pluvial o, en los segmentos en donde sí hay suele taparse con basura, piedras y otros objetos que abandonan en las calles de la colonia y arrastra el agua. El mantenimiento de las calles pavimentadas constituye otro problema, ya que al parecer, dentro de los acuerdos con el Ayuntamiento o con los partidos políticos, este no suele incluirse, por lo que las calles que habían sido pavimentadas años atrás presentan múltiples baches de diversas formas y tamaños, aunque esta es una realidad que no sólo afecta a esta colonia, siendo una (lamentable) condición de la ciudad.

Algunas calles fueron empedradas hace mucho tiempo, con la intención de mejorarlas. Sin embargo, para este momento las piedras ya casi están ocultas por la tierra que desciende de los cerros, y además no facilitan caminar en ellas, pues los zapatos se atorán en los recovecos que se forman entre las piedras, siendo frecuente tropezarse o resbalarse si alguna piedra está muy lisa o mojada.

Imagen 8: Calles de “El Aguaje”



Fuente: Fotografías propias, 2015

Estos datos etnográficos ilustran algunas características claves de la colonia en que nacieron, crecieron y viven los jóvenes de El Aguaje. Esta es una colonia de la periferia de la ciudad, que pese a la distancia física, mantiene una conexión fluida, aunque precaria, con el resto del espacio urbano. Dicha fluidez no se traduce en una experiencia positiva y que facilite la vida de los jóvenes, quienes padecen las carencias de su espacio habitado.

Vivir aquí es difícil a veces, o casi siempre. Es como... no sé cómo decirlo, es difícil por muchas cosas. Primero pues hacen falta muchas cosas, la colonia se ve fea, no es la más bonita como lo puedes ver. Hay muchas calles que no están pavimentadas, que son de piedra y es difícil caminar en ellas. Hay mucha tierra, y si nada más llueve tantito se

hace el lodazal y luego apesta a “cochi”.⁶⁴ Hay mucha basura y mucho sitio baldío con monte, el monte crecido, no es bonito pues ver eso. Las casas no todas están bien, ya ves que hay unas que se ven así feas, descuidadas y luego muchas calles están muy solas. Vas caminando y a veces eres la única persona que va caminando, ya sea de día o de noche, más de noche y eso no sé que da, se siente feo pues ver las cosas así (Luvia, 16 años).

Luvia deja ver en su relato parte del malestar que le ocasiona vivir en su colonia por factores asociados al estado de la misma. Las calles sin pavimento, la tierra, el lodo, la basura, el olor que desagrada, son elementos que generan sensaciones de malestar y, si nos remitimos a Simmel (2014), las sensaciones son una entrada al mundo social; por lo tanto, la experiencia de desagrado sensorial tiene implicaciones en la experiencia social.

Además del estado y los olores, Luvia habla de las calles solitarias y, aunque ella no hace mención, en narraciones de otros jóvenes este factor se asocia a la inseguridad y al miedo, como emociones y sentimientos que experimentan al transitar por las calles y a la manera en la que, al parecer, la movilidad al interior de la colonia está condicionada por la presencia de bandas y policías que controlan el espacio.⁶⁵ El despojo material es evidente tanto para quienes no habitamos la colonia como para quienes sí la habitan.

Son varias las cosas que se ven mal en la colonia. Poco a poco se va mejorando, pero no mucho. Hay más calles pavimentadas y parece que por algunas calles ya hay más luz en la noche. Pero lo que sí no está bien, aunque pues uno ya se acostumbra, es que no siempre puedes caminar por todos lados, aunque esté bien la calle y con luz, porque pues están ahí las “banditas”. No en todas las calles, no es así en todos lados, tienen sus calles esos *vergas* y luego te paran para pedirte dinero. A veces están de buenas y de buena forma te piden, pero si tienes mala suerte, ni te van a llegar a pedir, cuando vengas a darte cuenta ya los tienes encima quitándote lo que lleves. A veces en otras calles te los encuentras y también ya depende de cómo anden ellos que te va a ir bien o mal. Mejor, sí los ves que vienen, te haces pendejo y te cambias de banqueta, o haces como que algo se te olvidó y te regresas. Luego, sí no son esos *vergas*, es la policía que ahí te la encuentras y no sabes si te van a pedir o sólo con que te molesten ya se siente

⁶⁴ Cerdo.

⁶⁵ Al inicio del trabajo de campo hice el intento por realizar un mapa con la ubicación territorial de las bandas de la colonia, pero no pude concretarlo. Los jóvenes entrevistados mencionaban que las bandas cambian constantemente de “puntos de reunión”, por lo que también para ellos era difícil ubicarlos, aunque la mayoría se concentran en calles de la parte alta de la colonia, así como en los límites con otras colonias y, por las tardes, en el parque “El Aguacate”. Esta ausencia de puntos fijos de las bandas dificulta aún más el tránsito por las calles, pues siempre existe el temor de que por cualquier calle aparezcan con intenciones de asaltar o algo más, situación que brinda mayor control y dominio territorial a las bandas.

feo. Eso es lo feo, que uno no está a gusto aquí. No siempre pasa pues, a veces se olvida uno y vas bien en tu camino, pero luego pasa y es cuando agüita, cuando cae mal vivir aquí (Pancho, 15 años).

Los aspectos señalados por Pancho y por Luvia aparecen de manera recurrente en el relato de los jóvenes cuando se refieren a su colonia. La falta de alumbrado público, las calles no pavimentadas y la falta de seguridad para transitar las calles tiene como una de sus principales implicaciones para los habitantes de la colonia el uso restringido y controlado de los espacios públicos, generando una sensación de inseguridad y temor que impacta en la configuración de su presente.

Este tipo de experiencias de malestar sobre la colonia me llevaba a cuestionar a los jóvenes respecto a su deseo de continuar viviendo ahí o cambiarse de lugar. Podría pensarse que, dados los relatos presentados, el deseo manifiesto sería el cambio de domicilio hacia otra parte de la ciudad más segura y más bonita; sin embargo, la mayoría de los jóvenes se mostraban indecisos respecto a cambiar de lugar de residencia. Ante mis cuestionamientos hacían pausas, reflexionaban y terminaban enlistando situaciones que justificaban el por qué no les gustaría vivir en otra colonia.

Lo que cae mal de acá, que yo creo que por eso no me siento feliz viviendo aquí, es que casi no hay luz en las calles, hay muchas calles oscuras, sin luz y eso hace que no sea seguro. Luego, donde hay luz los malandros se encargan de fundir o romper los focos. Eso es peor y hace que la colonia sea más fea. ¡Imagínate, sin luz y con malandros ni ganas de salir a la calle da!... Así que digas “que tranquila me siento de salir a la calle de noche o en la tarde sola”, pues la verdad no, al contrario. Eso no me gusta porque en otras colonias no es así. Yo lo veo, por ejemplo, con una mi tía⁶⁶ que vive allá abajo por la 24 de junio⁶⁷ y sí se ve diferente, ves las calles iluminadas, bonitas, dan ganas de caminar por ahí, la gente se ve feliz. ¿Te gustaría vivir ahí? Ah, pues este... yo creo que sí, ahí sí me gustaría vivir... mmm, aunque no sé si podría yo vivir ahí porque no muy conozco por ahí, sólo a mi tía y la gente se ve que es *alzada*,⁶⁸ *creída*,⁶⁹ mejor aquí estoy

⁶⁶ En algunas regiones de Chiapas se usa la expresión “una mi tía”, “un mi tío”, “una mi casa”, haciendo alusión a una relación de parentesco, amistad o a una posesión material en donde se especifica el número y se refuerza con el adjetivo posesivo para demostrar de quién es la relación o el objeto al que se hace referencia. “Una mi tía”, como dice Sombra, hace referencia a que tiene una tía, una sola, viviendo en otra colonia, y le coloca el “mi” para acentuar que la tía de la que está hablando tiene el parentesco con ella y no es la tía de alguien más. Este es un rasgo en el habla del castellano en Chiapas del que no se ha podido precisar el origen (Contreras, 2001).

⁶⁷ Colonia de Tuxtla ubicada al norte oriente de la ciudad.

⁶⁸ Pretenciosa.

bien... Sólo que pongan luz en las calles y se lleven a todos los malandros... No, mejor que no, capaz que hacen falta (risas) Mejor que los ayuden mejor a cambiar sus vidas, sí, así yo creo que ya seríamos la colonia más feliz (Sombra, 15 años).

En el relato que hace Sombra asocia una emoción con el estado en el que se encuentra la colonia, atribuye su malestar o infelicidad al estado de la colonia, específicamente a ciertos aspectos que contribuyen a que esta no se encuentre en condiciones favorables, o como ella lo menciona, “se vea fea”. Comienza señalando la falta de alumbrado público, asociándolo con la presencia de bandas y “malandros”, más que con un abandono o falta de interés de las autoridades municipales correspondientes.

La falta de “sentido asociativo” entre las condiciones del espacio y las causas surgen como efecto de la violencia, que bloquea el surgimiento del conflicto ante las condiciones de vida, desarticulando las demandas sociales y culturales (Wieviorka, 2001: 342). Vemos cómo la gestión del espacio mantiene condiciones de precariedad y desventaja, mismas que generan malestar y emociones de rechazo hacia el espacio habitado, sin que ese malestar se convierta en una toma de consciencia que trascienda a una exigencia política sobre la responsabilidad que le corresponde a las autoridades municipales, al estado, o incluso a los líderes locales. A partir de la deficiencia en un servicio público, Sombra presenta algunas pistas para entender cómo se configura su experiencia habitando El Aguaje.

En primer lugar, menciona que, ante la falta de seguridad, que se refuerza con la ausencia de luz en las calles, no puede salir en la noche ni tampoco sola porque representa un peligro para su integridad y su vida; por lo tanto, la deficiencia en uno de los servicios públicos (alumbrado) impacta en una cuestión social (inseguridad) que se traduce como una limitante en la movilidad espacial de Sombra, Pancho y los demás jóvenes.

Pero el malestar de Sombra no se origina en la falta de alumbrado o en la inseguridad de las calles. Su malestar es social porque se configura a partir de comparar su colonia con otras que sí presentan los atributos que a la suya le faltan

⁶⁹ Persona que se considera superior a los demás.

y, por lo tanto, ella asume que la gente sí puede ser feliz en esos otros lugares. La representación que hace sigue una lógica lineal que apuntaría a concluir que ella es infeliz porque su colonia es fea e insegura, mientras que la gente que vive en otras colonias más bonitas y seguras, es feliz. No obstante, la lógica se rompe cuando se imagina viviendo ahí, en otro espacio que no representa un lugar para ella.

Aunque sea dicho de paso, el hecho que haga alusión al “ser feliz” en su relato, es un dato que no debe pasarse por alto o tomarse a la ligera. Si bien, en algunas conversaciones o entrevistas, los jóvenes pueden decir cosas que parecen no tener tanta relevancia o las mencionan a la ligera, el solo hecho de enunciarlas abre un panorama para el análisis de la condición en la que viven.

Sombra menciona que podrían vivir felices en la colonia si algunos servicios básicos (luz, agua, seguridad) fueran un hecho, y si esto se acompaña de un cambio de vida de quienes en la colonia se distinguen como “malandros”. La felicidad entonces es colocada en dos circunstancias que apuntan a condiciones de injusticia social, aunque ella no logre elaborarlo de tal manera. Para Sombra -y para casi todos los habitantes de El Aguaje con quienes tuve contacto- la infelicidad que experimenta por vivir en donde vive se cimenta en la falta de alumbrado y en la delincuencia, pero estos no son situaciones transitorias que puedan “arreglarse” sólo colocando un foco o “ayudando” a quienes delinquen para que ya no lo hagan. Estas situaciones responden a consecuencias dadas por la gestión gubernamental del espacio, en donde la falta de servicios públicos y la presencia constante de violencia y delincuencia son la forma visible de un abandono generalizado por el Estado.

Crear que la felicidad se encuentra interviniendo en las consecuencias y no en las raíces de los problemas, es un efecto de poder que logra instalar una verdad (parcial) respecto a lo que debe entenderse como bienestar, justicia y felicidad. El convencimiento social juega un rol importante al colocar al optimismo como un elemento de fe que insta a la felicidad –una emoción- en una fantasía (Ahmed, 2015).

Habitar un espacio alude a significarlo de tal manera que se convierte en un lugar, “en un espacio provisto de usos, significados colectivos y de memorias compartidas” (Giglia, 2012: 12). El espacio físico vacío se convierte en un algo, se llena de y para nosotros, mediante un intercambio constante (Simmel, 2014), una convivencia en la cual el individuo también es cargado de usos, significados y memorias que lo llenan de contenido y lo convierten en sujeto, a la vez que el espacio se convierte en un lugar: se hace sujeto en el y al lugar que habita.

El arraigo que los jóvenes tienen en la colonia se sostiene mediante el desconocimiento de otros espacios de la ciudad. Pueden conocer otros espacios, otras colonias, a ciertos habitantes, pero desconocen las especificidades sobre las dinámicas de vida y de sociabilidad de esos otros lugares, así como la normatividad que rige esas otras geografías: al no sentirse incluidos en esos otros espacios se asumen fuera de lugar (Cresswell, 1996).

La reacción de Sombra al imaginarse viviendo en otra colonia no es exclusiva de ella; la mayoría de los jóvenes respondían de formas parecidas. Más allá de un rechazo a vivir en otro lugar, lo que puede leerse en estas conversaciones es la manera en la que estos jóvenes mantienen su subjetividad fijada al espacio habitado, por lo que experimentan miedo, incertidumbre o angustia -diques emocionales- al alejarse de él porque se desubican respecto de los marcos desde donde se reconocen. Así como queda en perspectiva el sentido de pertenencia arraigado al lugar habitado, también es posible dar cuenta de cierta certeza que los jóvenes poseen respecto a las diferencias de clase que los lleva a experimentar situaciones de racismo y clasismo cuando visitan otros espacios, reafirmando “su lugar” en la sociedad.

A pesar de que la composición de su entorno sea incierta, desoladora e insegura, los jóvenes ponen barreras al imaginarse fuera de ahí, solos, sin conocer a nadie, sin hallarse. No se hallan en otro espacio donde no conocen a los vecinos, asumen que los demás se sienten superiores, pero no porque lo sepan de cierto sino porque ellos mismos se asumen en una posición social inferior que, aunado a la falta de experiencias diversas y plurales de socialización,

no encuentran, o se les dificulta encontrar, referentes que les brinden sentido a su existencia, generando vínculos fuertes hacia lo que tienen a su alcance.

La colonia, al constituirse como su espacio habitado, es el lugar privilegiado para la socialización. Entre sus límites territoriales y sociales, con sus aspectos negativos, los jóvenes forjan su identidad a partir de sentir que pertenecen a ese lugar, por lo que generan lazos positivos que les permiten establecer certidumbres (Kessler y Dimarco, 2014) y arraigo a un lugar.

Tengo unas mis primas que viven por la novena norte y cuando las veo, luego me preguntan que cómo es que vivo aquí, que por qué mis papás no se cambian de casa, porque a ellas les espanta que hayan bandas o que asalten. Pero yo pienso que allá donde viven también pasan esas cosas, pero no tanto. Y la verdad es que yo no sé cómo sería si nos fuéramos a vivir a otro lugar, yo no sé, creo que no me gustaría porque no conozco a nadie. Aquí tengo mis amigos, conozco a los vecinos, sé de qué cuidarme. Ya sé que no debemos pasar por el parque cuando ya está oscuro, ya sé muchas cosas, y además la gente me conoce. En otro lugar no me conocen, no soy nadie (Rocío, 15 años).

Rocío limita su reconocimiento social al mantenerse viviendo en la colonia. Puede visitar otras colonias, hacer uso de otros espacios públicos, pero la certeza de su existencia la encuentra en los límites de su espacio habitado, porque es ahí donde la conocen y ella conoce a los demás habitantes, porque es ahí en donde encuentra los elementos que le permiten hallarse y obtener reconocimiento social. Las certezas que el espacio habitado le provee a los jóvenes se fincan sobre las condiciones de violencia y pobreza. Así, se minimizan los riesgos y el malestar que produce vivir en un espacio como el descrito, se rechaza la idea de movimiento frente a la incertidumbre y a los riesgos desconocidos que se presentan al pensar (se) en otro espacio, en donde no hay un vínculo y en donde no se es nadie; es decir, en donde su subjetividad es negada.

La dificultad de generar vínculos, aunque sean imaginarios, con otros espacios y actores, da cuenta del efecto de la violencia –como condición del espacio- en la conformación de subjetividades (Wieviorka, 2001), llevando a los jóvenes a desvanecer los conflictos que podrían suscitarse por habitar ese espacio en particular y la negación frente a la posibilidad de crear nuevos lazos con otros actores y espacios en la ciudad.

Hallarse ubica a los jóvenes en el espacio adquiriendo sentido de quiénes son en relación a los elementos que encuentran para identificarse, les da pertenencia, pero también les indica que no están perdidos, puesto que los encuentra al hacerlos coexistir con otros con quienes comparten las condiciones de vida, los coloca en un espacio bajo una posición social compartida, les otorga certeza de su existencia. Por esta razón las condiciones (económicas, sociales, políticas, culturales) que devienen de la gestión del espacio y las relaciones de poder que lo constituyen son fundamentales en la conformación del ideal de joven y de su subjetividad, ya que la disposición de estas derivan en la composición de los planos desde donde proyectarán sus tramas de vida.

Volviendo a la cita de Sombra, hacia el final se advierte –con reservas- como son imprescindibles los “malandros” de los que se queja y a quienes les atribuye la responsabilidad de que la colonia no sea bonita ni segura. Su movilidad en la colonia está limitada ante la presencia de las bandas y la inseguridad que le acarrea esa situación; no obstante, Sombra y otros jóvenes, suprimen o atenúan el riesgo y el conflicto que la presencia de “malandros” puede acarrear a sus vidas, pues personifican la violencia. En un movimiento de reafirmación de sus subjetividad, reconocen a los “malandros” como un elemento necesario en el contexto, que haría falta si no estuviera presente, pues constituye un referente que les da contenido a su existencia al poder identificarse con él o resistirlo.

Este dato da cuenta de un rasgo ominoso en la configuración subjetiva de los jóvenes y que podría extenderse hacia los demás habitantes. El valor que se atribuye a las bandas es ambivalente, genera miedo e inseguridad, pero se tolera, se mantiene y se considera necesario para el sostenimiento moral. Por un lado, la presencia de bandas y malandros les da miedo, no los deja sentirse seguros, les coarta el andar libre y el uso de espacios públicos al interior de la colonia. Sin embargo, los conocen y se sienten familiarizados con ellos, son parte del paisaje y su propio yo se sostiene parcialmente a partir de identificarse o rechazar esta representación como una forma de ser joven en El Aguaje y fuera de ella. Así, las condiciones que demarcan al espacio y lo conforman como enclave, hacen la

sustancia que contiene la subjetividad de los jóvenes. Son sujetos en tanto son parte del lugar que habitan.

Es chistoso porque cuando eres más chiquito, niño, pues no sabes qué eres, dónde vives, todo parece igual. Nada más sabes que vives en El Aguaje, pero todos tus compañeros también y crees que es igual todo. Si vas a otra escuela de otra colonia, ahí ya es diferente pues porque te vas dando cuenta cómo luego en la misma escuela se hacen pues los grupitos y ya salen con que “a ese no le hables porque es de El Aguaje”. Así le pasó pues a mi hermano que lo tuvieron que cambiar de escuela porque iba mal acá y ya no muy lo querían las maestras en la primaria y lo cambiaron a una escuela acá abajo en la Albania Alta, y ves que es más bonita esa colonia, tiene más cosas. Pero a él no le gustaba ir porque decía pues que lo molestaban... *¿Cómo lo molestaban?* ¡Ah! Pues primero le decían “El Reservas” (risas)... Dice pues que decían “ahí viene El Reservas”, luego que sí lo molestaban diciendo que era malandro, que les iba a robar y no se qué. O hacían bromas así pesadas, por ejemplo, dice que una vez escondieron unos colores y le echaron la culpa que él los había agarrado, para decir pues que los había robado. Ese día me acuerdo porque regresó llorando a la casa. El chamaco que los había agarrado los entregó pues porque la maestra revisó las mochilas, pero ya le querían echar la culpa a él, ¿todo por qué? pues por ser de aquí, así fácil, como eres de acá ya te ven cara de ladrón o saber de qué. Y bueno, así pasó, yo me acuerdo te digo de eso que regresó llorando y yo me asusté, no sé qué pensé. Dice mi mamá pues que - ella cuenta así- que luego yo tenía miedo pues de salir a otras casas, a otras colonias, así pues que iban a visitar que si a mi tía, a su comadre o algo o que si ya iba al mercado o algo, que yo no quería ir, que me ponía a llorar porque dice que me daba miedo que me fueran a echar la culpa de robar y que a la cárcel me iban a mandar. Da miedo pues, como eres niño no sabes. Ya luego aprendes que con unos *putazos*⁷⁰ arreglas las cosas, que si te quieren echar la culpa de algo, unos sus *putazos* en la *trompa*⁷¹ y callados quedan, así les quitas lo mamones (Yonni, 16 años).

El relato de Yonni deja ver muchas cosas respecto a la relación entre el espacio habitado, el proceso de socialización y la conformación subjetiva. Por un lado, Yonni expresa que al ser niño desconoce el entorno que lo rodea y, por lo tanto, asume que todo y todos son iguales. Este desconocimiento y supuesta igualdad se fundan en una cuestión asociada al espacio, dado que su convivencia cotidiana se limita a las relaciones que se suscitan al interior de su colonia y, de manera casi exclusiva, entre los vecinos que la habitan. Va a la escuela de la colonia, con compañeros que son de la misma colonia y comparte con ellos las condiciones de vida. Asume una igualdad inexistente, imaginaria, a partir de su sujeción al espacio, pero esta supuesta igualdad se desvanece conforme crece, amplía y pluraliza los espacios y agentes de socialización, incorporando a su experiencia a otros sujetos y otros espacios de la ciudad.

⁷⁰ Golpes.

⁷¹ Boca.

Siguiendo a Lahire (2007) en su planteamiento sobre las socializaciones múltiples y la posibilidad de resocializaciones, vemos que en la experiencia de Feyo -el hermano de Yonni- se genera una ruptura con lo que él asume como verdad. En sus primeros años, los espacios de socialización son acotados y se retroalimentan entre sí. Su red de interdependencia es acotada, cada espacio está en franca dependencia con los otros, por lo que las prácticas discursivas y no discursivas siguen las mismas líneas, lo que genera una percepción de igualdad, o al menos de no tanta diferencia. Pero al crecer, al salir de ese espacio, al conectar con espacios fuera de su red, en donde se tejen tramas, si bien no completamente disímiles, si un tanto diferentes, experimenta un efecto de ruptura, de fractura de la trama en la que se encuentra inscrito, del discurso que él asumía como verdad. Esta experiencia, aunque negativa, posibilita la resocialización, lo que podría llevarlo –aunque no necesariamente- a cuestionarse respecto a sus condiciones de vida.

Habitar un lugar implica encontrarse y reflejarse en el otro, adquirir un conocimiento sobre sí mismo a partir de la relación con el otro, a partir de las miradas que son recíprocas, como lo señalaba Simmel (2014). Yonni comenta no saber nada sobre quién es y dónde vive, salvo lo que sucede en la colonia y con los de la colonia, la certeza de su existencia radica ahí adentro porque sus referentes se agotan fuera de ella. Es así como el espacio habitado constituye un referente de ubicación y de reconocimiento social del sujeto, al inscribirlo “en una red de signos sociales (...) organizadora de una estructura inicial y hasta arcaica del ‘sujeto público’ urbano [que le confiere al individuo] la certeza de sí mismo como alguien inmediatamente social” (Mayol, 2010: 11).

Es mediante esa relación con el otro dentro del espacio habitado que el sujeto emerge socialmente al ser sujetado por los lazos sociales inmediatos. La impronta de la ciudad, del espacio urbano, de la ubicación física y social de los jóvenes se da mediante esas primeras experiencias: ellos son en y para la ciudad lo que incorporan a partir de cobrar consciencia de su existencia en ese lugar; su realidad objetiva y subjetiva se configura a partir de pertenecer a ese espacio en particular. De esta manera, el espacio habitado se convierte en el dispositivo

social y cultural, no sólo de conocimiento, sino de reconocimiento de estos sujetos (Mayol, 2010: 12); lo que no necesariamente significa que permanecerán anclados por siempre al lugar, puesto que pueden, más adelante, acceder a otras experiencias fuera de ese espacio, socializar con otros actores, incorporar nuevas maneras de interlocución a las ya contenidas, revalorar algunos de sus hábitos, reflexionar sobre algunas ideas, explorar otras maneras de pensamientos y descubrir, incluso, que existen otras formas de experimentar y expresar emociones. Es decir, son y están sujetos a la resocialización.

Este reconocimiento no se reduce a la simple acción de encuentro cotidiano con los otros, sino que está mediado por las “condiciones normativas” que se condensan en el espacio, aquellos códigos y reglas –no necesariamente explícitas- que marcan el actuar permitido y prohibido de los sujetos al lugar. Para ser reconocido como habitante de esa colonia, de ese barrio, de ese lugar es necesario desenvolverse y moverse dentro del marco que se crea a partir de “los términos, las convenciones y las normas generales” que posibilitan la producción y “reconocibilidad” del sujeto (Butler, 2010: 9), un marco que modela, que da forma y contenido a la existencia, misma que debe ser negociada cotidianamente en el dispositivo espacial. Los linderos de este marco son producto de la gestión del espacio, de las tecnologías de poder desplegadas sobre este, que dictan referentes de identificación dirigidos a los cuerpos para regular sus conductas (Foucault, 2006).

Cuando Feyo (17 años) acude a una escuela en otra colonia, la certidumbre de saber quién es y saberse igual a otros se viene abajo. En la experiencia entonces comienzan a aparecer otros elementos que provienen de otros lugares, en donde son otras condiciones y otras relaciones de poder las que determinan el dispositivo: los espacios de socialización se amplían. Aquí aparece un espacio de oportunidad para la resocialización, pero también para la resistencia, puesto que en la medida en la que los marcos de socialización se amplían y los sujetos pueden transitar entre diferentes códigos y formas de simbolizar la realidad, podrán poner en duda lo incorporado en las primeras experiencias de vida y, así, quizás cobrar consciencia de las múltiples realidades que subyacen en la ciudad,

haciendo posible el conflicto frente a las condiciones de violencia y precariedad. Sin embargo, estas experiencias de resocialización podrían encontrarse, como veremos, con bloques que limitan el proceso y repliegan al sujeto expuesto hacia el lugar que, se asume, le corresponde.

Pese al deseo de homogeneizar la estructura escolar, las experiencias de niños y jóvenes se tornan diferentes dadas las condiciones de clase que pueden devenir en estigmas respecto al lugar de origen y el que habitan. Feyo es nombrado y conocido en la nueva escuela a partir de la colonia de la que proviene. Su nombre es reemplazado por el de la colonia, quizás en un afán de burla y juego entre niños, pero la acción de no nombrarlo sino a partir del lugar de donde viene da cuenta de la manera exagerada en la que el espacio signa la existencia social de los sujetos.

El reemplazo del nombre propio no tendría mayor relevancia si no estuviera acompañado por la referencia, casi como sentencia, de los estigmas con las que se identifica a la colonia, estigmas que pueden consolidarse como bloques para ampliar la experiencia social. Lo que generó el malestar y ruptura emocional en Feyo fue el señalamiento como “malandro” y la treta elaborada para evidenciarlo como ladrón. Así, no sólo era nombrado de otra forma sino también se le adjudicaban las características negativas que marcan a la colonia. En esta escena aparece una de las emociones que funciona como dique social: la repugnancia (Ahmed, 2015).

La repugnancia, siguiendo a Ahmed (2015: 134), emerge cuando la proximidad del cuerpo de otro se asocia como la causa de “nuestro malestar”, dado que el otro puede ser reconocido como para-nosotros. De esta manera, la irrupción de Feyo a un espacio al que no pertenece es recibida con repugnancia que los otros manifiestan para hacerle ver que no es parte de ese espacio y que no es igual a ellos, sino un extraño que, al ser desconocido, es investido con los atributos que identifican con su lugar de pertenencia. Esta emoción –la repugnancia- es la expresión de considerar a algunos objetos y sujetos como “ofensivos” a primera instancia; no obstante, sugiere Ahmed (2015: 137), esta

cualidad no es inherente al objeto o sujeto de la repugnancia, sino que es una cualidad atribuida desde el exterior. Es decir, Feyo no es ofensivo en sí mismo, sino que esta cualidad le es atribuida en ese momento por los otros, quienes se sienten amenazados debido a la proximidad con ese sujeto del que no saben nada, proximidad que les afecta y reaccionan poniendo distancia mediante la repugnancia:

No es que un objeto [sujeto] que podamos encontrar sea repugnante *per se*, más bien, un objeto [sujeto] se vuelve repugnante a través de su contacto con los objetos [sujetos] que ya han sido, por así decirlo, designados como repugnantes antes de que el encuentro se lleve a cabo (Ahmed, 2015: 141).

Lo que Ahmed sugiere es que la repugnancia frente a un objeto o sujeto específico no depende de él en sí mismo, sino de lo que representa históricamente o los valores que se asocian a su existencia devenidos de las condiciones interseccionales como la clase, raza, género, la edad, o el lugar de origen. No es que los jóvenes de El Aguaje, como Feyo, sean rechazados sólo porque sí, sino que esta emoción surge mediante un proceso metonímico entre objetos y signos, a partir del cual el reconocimiento social de estos sujetos se desplaza a la colonia que habitan; el vínculo que se genera entre sus condiciones de existencia, el lugar que ocupan en la ciudad y la historia social que les precede, los convierte en sujetos (a) de emociones específicas al encarnar los atributos de lo que se considera indeseable. De entrada, Feyo es considerado repugnante, pero esta emoción se desliza hacia otras que también se asocian a sus condiciones de existencia, como el odio o el miedo.

La reacción de Yonni frente a esta experiencia es singular, puesto que no sólo no vivió directamente el hecho, sino que desarrolló a partir de éste una angustia respecto al afuera. En él aparece una emoción difícil para ser llevada al acto, puesto que no reposa en un objeto específico, como sí sucede con el miedo u otras emociones: la angustia. Yonni experimenta angustia frente a la posibilidad de ser señalado como ladrón y ser llevado a la cárcel sólo por pertenecer a su colonia: ¿qué le genera angustia: ser señalado como ladrón, ser llevado a la cárcel o vivir en y ser parte de su colonia? La angustia le hace perder la certidumbre y la

seguridad en sí mismo y, por tanto, rechazar cualquier otro entorno espacial y social en donde no se halle.

Lo que sucede con Yonni es un derrumbamiento de su seguridad, de aquello que, a su corta edad y como efecto de una socialización acotada, había construido como su yo. Se ve afectado, demolido, venido abajo cuando encarna – indirectamente- el rechazo hacia su hermano por ser algo que no son, pero que podrían llegar a ser porque los demás, los de afuera, los que no conocen, así lo dicen y así los ven.

La angustia por el exterior, por el afuera, es el síntoma del rechazo hacia el interior, su adentro, su colonia, lo que lo constituye e identifica, lo que hasta ese momento le brindaba seguridad, certeza y contenido a su existencia. El espacio se habita no sólo a partir de ocupar una vivienda, recorrer sus calles, conocer a los vecinos. El espacio se asume como propio, sus características condicionan nuestras biografías; el espacio nos habita al condensarse en maneras de ser, de percibirnos y asumirnos dentro y fuera de él. La angustia de Yonni, y también la de Sombra al pensarse viviendo en otra colonia, es un rechazo a la manera en la que el espacio los ha habitado, a la representación que les impone cuando están afuera de sus límites, y este rechazo, aunque bloqueado, da cuenta de sus subjetividades, de las resistencias a sus condiciones de existencia.

Para Freud (1992 [1925]), la angustia sobreviene frente a la incapacidad de la pisque para tramitar una reacción correspondiente a un acontecimiento que se percibe como peligro, como amenaza, desde afuera. Así, las burlas, el rechazo y el señalamiento que desestructuran a Feyo y a Yonni son vividos como una amenaza al yo que hasta ese momento han estructurado. Al no saber cómo reaccionar, ambos experimentan angustia, una angustia devenida por el espacio habitado. En el caso de Sombra y otros jóvenes, también era evidente cómo las emociones que devienen de pensarse en otro espacio los desestructura, les genera angustia y rechazo frente a cualquier idea que los coloque fuera del lugar que han encarnado como su-yo.

La experiencia relatada no es exclusiva para Feyo y Yonni sino que se repite, con matices y diferencias, en la historia de vida de muchos otros jóvenes de El Aguaje, quienes también cuentan con experiencias similares de ser señalados como “delincuentes, malandros, feos” al encontrarse en otros sectores de la ciudad. Incluso estos atributos llegan a ser parte de las interfaces que se suscitan en sus relaciones con las instituciones locales y con otros jóvenes que no son de El Aguaje.

Cuando sales de aquí de la colonia, así nada más tantito que bajas a otras colonias, no digo que te vayas al centro o así más allá sino aquí antes de llegar al Libramiento, te das cuenta pues que nos tocó ahora sí que lo más feo, nos tocó ser lo más feo pue' porque vivimos aquí... *¿Por qué lo más feo?* Pues porque aquí pasan muchas cosas que allá, en otros lugares de Tuxtla, del mundo, no sé, no pasan o no se escuchan, o no igual. No sé pues, es como cuándo tú preguntaste en el salón “cómo es la colonia” y yo rápido pensé “pues fea”, pero entonces si es fea nosotros somos feos... y yo estoy guapo pues (risas). No, ya fuera de *desma*,⁷² la colonia sí es la más fea, peligrosa, pobre, tal vez de Tuxtla y nosotros somos así, o más bien así es que nos ven. Es no sé cómo porque yo he ido a otras colonias, así he ido a la Misión, a la Patria, aquí nada más a la Zapata y hay lugares que están peor que acá, ves que ahí sí ni una calle está pavimentada, las casas las ves más jodidas, más así pobrecitas pues, pero aquí es donde la gente piensa que está lo peor... Eso yo creo que es por la mala fama de que aquí asaltan, violan, matan y todo eso. Como si eso es lo que importa y aunque vengan pues y cambien las calles, las mejoren, no importa, se sigue viendo fea. Da igual pues, lo que cambia es que te van a asaltar en calle pavimentada, cuando caigas muerto ya no será sobre tierra sino en pavimento (risas) (Mana, 15 años).

En la cita de Mana es posible dar cuenta de cómo él identifica a la colonia como “fea, peligrosa y pobre”, y de manera casi automática adhiere estos atributos a sí mismo y al resto de sus vecinos. El plano general desde donde él se ve proyectado y se reconoce (y con él, el resto de sus vecinos) está compuesto por tres condiciones: la pobreza, la violencia y la estética. Estas condiciones son expresadas mediante tres atributos: pobre, peligrosa y fea. El plano emocional que acompaña estas condiciones y atributos está representada, aunque no limitada, a la tríada emocional que funciona como diques sociales para regular el comportamiento de los jóvenes a partir de sus marcos de reconocimiento: la pobreza, la violencia y la estética se expresan a través de la vergüenza, la culpa/el miedo y la repugnancia, tanto por ellos como por los de afuera.

⁷² Desmadre, broma.

Los jóvenes se adaptan al espacio que habitan a partir de estos tres referentes clave que los acompañan en cada paso, dentro y fuera de la colonia, “porque vivimos en la colonia más fea de Tuxtla, eso se ve en las calles y en todos lados, también la violencia, por eso la gente no quiere venir. Por eso nos ven así, como si fuéramos los feos, los delincuentes y también, por qué no decirlo, los pobres” (Pancho, 15 años).

En la cita de Mana y de Pancho también queda de manifiesto la manera en la que operan los estigmas territoriales como marcas de referencia que se trasladan a los sujetos que habitan un espacio. Los atributos señalados por Mana y Pancho se trasladan del espacio habitado hacia su *self* (sí mismo). Ellos asumen que “los demás”, los que no son ni viven ahí, los ven a ellos y al resto como ven a la colonia. Así, los estigmas que marcan al espacio habitado se trasladan a los habitantes, pero no sólo como una práctica desde el exterior hacia la colonia, es decir, desde los que no vivimos ahí hacia los que sí viven ahí, sino que también son asumidos por los propios residentes.

Saraví (2015: 137) señala que los estigmas territoriales “condicionan el uso que los individuos hacen de la ciudad y las prácticas urbanas” y, al ser apropiados por los residentes de ciertos espacios, tienen un “efecto determinante sobre la forma que asumen las relaciones e interacciones urbanas”. Por lo tanto, la ciudad es vivida y andada desde una posición de inferioridad por los jóvenes de El Aguaje, quienes al encarnar la figura del pobre, el feo y el peligroso *consienten*⁷³ el control devenido de las tecnologías gubernamentales que encausa su comportamiento y sus emociones cuando se encuentran fuera del lugar que les corresponde.

Un aspecto destacable es la manera en la que los jóvenes aprenden a lidiar con las estigmatizaciones del exterior. Kessler y Dimarco (2013) señalan que los

⁷³ Recurro al término “consentimiento” como lo expone Salinas (2017), quien a su vez lo elabora de una exhaustiva revisión de la literatura foucaultina respecto a la gubernamentalidad. Para Salinas (2017), el consentimiento posibilita las formas de sujeción/subjetivación al ser un efecto de las tecnologías gubernamentales. El consentimiento, por tanto, implica: a) la aceptación/participación de una verdad o verdades, b) el modelado de la conducta, c) la adhesión de la propia voluntad, d) la orientación de las aspiraciones y anhelos (Salinas, 2017: 28).

jóvenes que habitan barrios estigmatizados están conscientes de los estereotipos negativos asociados a ellos, frente a lo cual pueden posicionarse de diferente manera. Algunos pueden optar por confrontar esas imágenes estereotipadas, otros más –y casi la mayoría- la normalizan, mientras que otros pueden participar de los mismos. Yonni y su hermano Feyo -como desarrollaré más adelante- han asumido que la violencia puede ser una respuesta a la estigmatización de la que son objeto, dando cuenta con sus prácticas de la violencia misma a la que han estado sujetos (como se muestra en la reseña de vida de Feyo y en la cita expuesta de Yonni), la cual surge porque ha habido un trato de desprecio hacia ellos, una negación, mediante los estigmas, de sus subjetividades (Wieviorka, 2001: 340).

Volviendo a la cita de Yonni, quisiera retomar que, frente a la angustia devenida por la desestructuración de su yo, él y Feyo incorporaron el elemento que los marcó para, a partir de él, reestructurar su estabilidad y salir de la “deriva” (Matza, 2014) en la que se encontraban. Con esto no quiero decir que todos los jóvenes recurran al mismo mecanismo para reafirmar su subjetividad cuando esta es vulnerada o negada, sólo quisiera puntualizar cómo, algunos jóvenes, terminan asumiendo y encarnando los atributos negativos que se les imponen ante la falta de otros recursos que les permitan lidiar con la estigmatización. La amenaza del exterior, al incorporarse como parte del sí mismo, los re-signa.⁷⁴

La experiencia urbana de estos jóvenes está marcada por el despojo, como consecuencia devenida de la pobreza material y social y de las múltiples manifestaciones de violencia que caracterizan su espacio habitado. El despojo del que han sido y son sujetos no es sólo material, también es subjetivo, ya que determina la manera en la que incorporan el lugar que les corresponde en la colonia, en la ciudad y en el mundo. Es un despojo material y simbólico, pues les han dejado sin seguridad, sin certeza, transitando en la incertidumbre al ser

⁷⁴ Uso el término “re-signar” en dos sentidos. En primera instancia, para connotar la reafirmación del signo que los marca, del estigma. Al consentir como parte de sí mismos los atributos negativos (estigmas) que les son asignados por los otros, reafirman esos signos. En segunda instancia, uso dicho término para dar cuenta de un proceso de resignación, entendiendo este como el proceso de aceptación del malestar, casi como destino ineludible.

despojados de espacios públicos, calles, actividades recreativas, oportunidades de empleo, incluso de la posibilidad de verse y reconocerse como bonitos o guapos, iguales a los otros, como parte de la ciudad.

Esta no es una colonia que digas que te ayuda a salir adelante. *¿Cómo no te ayuda a salir adelante?* Sí pues, mira por ejemplo, si quieres seguir estudiando después de la secundaria pues tienes que ir a otras colonias, aunque sea aquí cerca, pero ya es trasladarte y muchas familias no pueden con el gasto de la combi, y mejor ya no estudias. Si vas a trabajar, pues aquí no hay de que, tienes que salir igual a otras colonias, al centro. Trabajas atendiendo una tienda o de ayudante o limpiando. De las cosas que uno sabe hacer, pero si quieres aprender otras cosas para tener, así digamos, un mejor trabajo, pues está complicado también porque aquí casi no hay donde aprender. Te enseñan que si belleza, corte y confección, pero eso pues no siempre resulta, luego no tienes dinero para poner tu salón de belleza. Yo quisiera aprender a usar bien la computadora, pero aquí no hay dónde y una escuela en el centro es cara (Yanet, 16 años).

Lo que subyace en el discurso de Yanet es el despojo de oportunidades laborales y educativas. Aunque vivir en otra colonia más cercana al centro no le aseguraría que sus opciones de empleo y educativas aumentarían, la percepción que ella mantiene es que, por vivir en donde vive, se ve limitada en estas áreas. Los jóvenes tienen que lidiar con el despojo material que los hace transitar por calles sinuosas, oscuras, alejarse de espacios públicos que alguna vez estuvieron destinados para su recreación, como el parque de la colonia que al ser controlado por las bandas, no es posible visitarlo después de ciertas horas.

Vivir en un enclave de pobreza lleva a los jóvenes a forjar su subjetividad a partir de eslabones de desventajas, que no sólo tienen implicaciones materiales, sino también emocionales y, merece mención que, las emociones, como mediadoras de las relaciones de poder, tienen un efecto de jerarquización de los espacios y los cuerpos (Ahmed, 2105).

El despojo en el que viven se cristaliza en los modos de existencia y la autoestima de los jóvenes, teniendo matices en relación al género. Por ejemplo, para las mujeres jóvenes la irregularidad de las calles representa un problema para verse “bonitas”, puesto que, según sus propios relatos, limitan el uso de zapatos “bonitos” o tacones, por lo que prefieren usar tenis. Algunas chicas se hacen de estrategias para aminorar el impacto que esta condición les acarrea, pues el andar con los zapatos o pies sucios, o abandonar la idea de usar zapatos

que, para su gusto, son los que las hacen ver bonitas, genera emociones de rechazo como la repugnancia o el asco –asociado a los pies sucios- en los otros.

Algunas jóvenes comentaban que cuando iban a salir al centro o a algún lugar de paseo y querían usar zapatos bonitos, trataban de caminar por las calles en mejor estado, tomar un taxi en la puerta de la casa o meter los zapatos a la bolsa y salir de la casa a la combi con tenis u otros zapatos, y al llegar al lugar de destino cambiárselos.

A mí me gusta verme bien, bonita, pero a veces no se puede porque las calles están feas. Si quiero salir arreglada cuando voy al centro o a veces que salgo con algún amigo prefiero parar un taxi aquí en la entrada de mi casa, si tengo dinero. O si vamos a una fiesta, así le hacemos porque eso de salir caminando a la parada de la combi con zapatillas, con tacones, más a mí que me gustan los tacones altos, los de 15 cm, es feo porque no puedes caminar. Ahí vas doblándote el pie, pisando mal, luego los tacones se echan a perder, se doblan y se maltratan. Y si son zapatos descubiertos, de esos de “rejita” que muestras los dedos del pie, peor porque se gastan tus tacones y llegas con los pies mugrosos de la tierra que vas pisando. Yo lo que hago, mi mamá y mi hermana también, es guardar los zapatos en la bolsa, los metemos en una bolsa de plástico y los llevamos y nos vamos con tenis o con los de siempre y ya que vamos a llegar nos los cambiamos. No en la combi porque da pena, pero bajando rápido te los cambias y ya andas bien, ya te ves bonita así (Yanet, 16 años).

El año pasado fueron mis XV años y pues no me hicieron así una gran fiesta que digas ¡qué bárbaro, qué fiesta!... fue algo sencillo ahí en mi casa, pero, pues yo si quería mi vestido de 15 años como debe ser para ir a la iglesia al menos. Y mi mamá ahorró bastante y lo tuve pues mi vestido. Y antes de la fiesta ya íbamos a ir a la iglesia y pensamos que sería fácil salir caminando para agarrar taxi, además yo quería yo que me vieran la gente, los vecinos envidiosos (risas). Pero que apenas empezamos a caminar y que se me atora el tacón aquí nada más en la calle. Ahí nada más me quedé parada, ganas de llorar me dieron porque ya no podía yo caminar. Me ayudó mi hermano a sacar la zapatilla y me regresé a la casa, se ensució de abajo mi vestido de lodo, un poquito, casi no se veía, pero me dio coraje pues. Todo por esas pinches calles feas, me desanimó mucho eso, ya ni quería yo nada. Ya mi mamá me convenció otra vez de que me pusiera feliz, rápido limpió el vestido para que no se viera sucio y mi hermano fue a buscar un taxi allá abajo para que viniera a recogernos acá porque mal cae que uno se quiere ver bien, no es de todos los días, no es así que digas que todos los días me arreglo y ando así como si fuera de esas muchachas ricas, pues no. Sólo ese día era que me quería yo ver bien, y pues ni modo, qué le hacemos... pero bueno (suspira), todo salió bien, tuve mi fiesta aquí y salió bien todo (Viridiana, 16 años).

La condición de las calles es un elemento que no sólo aqueja a la apariencia de la colonia, sino, como vimos en las citas anteriores, afecta el arreglo e impacta en la comodidad de las jóvenes que ahí viven. El arreglo personal de las mujeres jóvenes, más que el de los hombres, es un tema importante. Ellas siempre tratan de vestir con ropa de moda, verse limpias y bonitas, por lo que las narraciones

sobre la limitante de usar cierto tipo de zapatos asociado a la belleza femenina, incluso el vestido de la fiesta de XV años, es un aspecto que mina su seguridad personal y autoestima, las despoja de cierta expresión de su vanidad.

Las emociones de repugnancia o asco expresadas por los otros, como efecto de su cualidad de jerarquización, refuerza el lugar inferior de clase en el que se ubican respecto a otras jóvenes de la ciudad, limitando el uso y disfrute de espacios públicos. Más adelante mostraré cómo, en la interacción con otros agentes socializadores, la normatividad del espacio y la política cultural de las emociones, significan y resignan a los jóvenes al lugar que asumen como el que les corresponde. El enclave conlleva un efecto de poder que deviene en un efecto de lugar, puesto que habitarlo les recuerda constantemente su lugar de pertenencia; mientras que las emociones, dado su efecto de jerarquización, los ubica respecto a su condición de clase.

4.3. Espacios públicos: usos y sentidos

El espacio habitado y apropiado es relevante en la constitución subjetiva de los jóvenes. Sin la dimensión espacial a consideración, el sujeto no llega a ser tal, puesto que su conformación como sujeto está sujeta, valga la redundancia, a una sujeción; es decir, el sujeto llega a ser tal en tanto y en cuanto se encuentra sometido a las relaciones de poder que demarcan su espacio (Deleuze, 2016).

En este proceso de sujeción se adquieren las normas sociales que rigen el espacio. Entre las calles, las esquinas, los usos permitidos y prohibidos de los espacios públicos en su colonia, los jóvenes aprenden desde niños que hay una “normalidad urbana” que marca las maneras de relacionarse con los otros (Saraví, 2014), las pautas de convivencia y urbanidad desde donde son reconocidos y reconocen a los demás.

Las prácticas socio-espaciales están por tanto ceñidas a esa normalidad urbana, que se pone en entredicho cuando los sujetos pisan territorios urbanos ajenos que, si bien están regidos por otros códigos y normas, estos no son

completamente diferentes ni ajenos o desconocidos absolutamente por los jóvenes. Sin embargo, sobre esa codificación o normalidad urbana diferente se establecen condiciones diferenciadas de comportamiento que pueden generar situaciones conflictivas. Las pautas de sociabilidad aprendidas y vigentes del espacio habitado pueden entrar en conflicto frente a esas otras geografías normativas.

En el caso de los jóvenes de El Aguaje, las pautas de sociabilidad se vinculan con las condiciones del espacio habitado y las emociones asociadas a estas: la pobreza y la violencia. A partir de estos dos referentes, los jóvenes adquieren consciencia de lo que se permite y lo que no en los espacios públicos, qué uso debe hacerse de éste y qué se espera de ellos mientras se encuentran en esos espacios.

La carga de violencia del espacio, resultado de una convergencia amplia de factores, origina que esta se conforme como un significante, un signo que marca a los sujetos que lo habitan (Wieviorka, 2001). Feyo y Yonni, son jóvenes que han asumido que una forma de responder a los sucesos que consideran amenazas en el exterior, es la violencia. Las experiencias de estos dos adolescentes, narrada en el apartado anterior y en la reseña de vida del primero, son acontecimientos que los marca a partir de la violencia, que los desestructura y los saca de lugar, sobreviniendo la angustia como mecanismo emocional ante el rechazo y la repugnancia de la que son objeto por ser considerados una amenaza por encarnar al otro del asco, al otro del peligro. Años después, ambos adolescentes han internalizado ese significante que les provocaba angustia, lo consienten, se lo apropiaron y lo encarnaron como parte de su yo.

La angustia por el lugar habitado la enfrentan consintiendo la condición de violencia, encarnándola al grado de asumirla como una forma que marca su subjetividad, lo que ellos son. Ahora, ante la posibilidad de ser agredidos, señalados u ofendidos reaccionan por vías que conllevan violencia (gritos, insultos, golpes), como Yonni lo deja ver en la cita expuesta del apartado anterior

cuando dice que con “putazos” se arreglan las cosas. Por su parte, Feyo comenta que:

Ahora ya me defiende de cuando se quieren burlar de mí o me quieren decir cosas la gente que no es de acá. Eso de tener miedo es de niños pues, por eso también entré a la banda, a la LVL, porque aquí pues somos puros hombres que sabemos defendernos y dejar en alto el nombre de la colonia para que no vengan otros a querer decirnos cosas o tratarnos mal o a querer humillarnos. Nada más que se acerquen tantito, nada más que los encontremos en otro lugar y se quieran poner vergas, encuentran aquí a sus padres (se golpea el pecho), a trompadas, sin dientes los dejamos. Nada de hablar y esas cosas de niños, como hombres a vergazos nos agarramos y así defendemos nuestro honor y la colonia (Feyo, 17 años).

Esta actitud defensiva no es exclusiva de Feyo, de Yonni, ni de su banda, sino una actitud compartida por otros jóvenes, hombres y mujeres, de El Aguaje, sobre todo frente a quienes no conocen y llegan a la colonia. Pareciera que siempre están a la defensiva, atentos a cualquier intento de agresión o humillación. Sus reacciones a veces parecen imprevistas, ya que pueden responder con gritos o irse a los golpes ante cualquier suceso que les parezca una agresión, aunque la intención de quien la realice no sea esa.

Detrás de la reacción violenta, que denota emociones de ira, enojo y hasta odio, se encuentra la ausencia de formas diferentes de resolver los conflictos y malestares, sostenida por una serie de eventos en donde la violencia emerge como marcador casi general de los encuentros con los otros. Así la violencia no sólo se normaliza, sino que se aprehende como una forma de negociar la existencia, como una forma desde donde sus vidas se hacen inteligibles. De esta manera, la violencia puede llegar a establecerse, no como un caos que rompe las lógicas espaciales y sociales, sino como “el orden, que crea y da existencia a los sujetos y determina [sus] relaciones sociales” (Serrano, 2005: 130).

Nos gusta ir al estadio a ver a jaguares,⁷⁵ eso nos gusta más que nada a nosotros, porque te la pasas bien, te distraes. Aunque luego tenemos problemas porque no falta que la policía te quiera parar cuando ya venimos de regreso, aunque no vengas haciendo nada... Bueno, sí ha pasado que hacemos desmadre pues, pero es por la locura que traemos. Eso la gente no lo entiende, la pasión que nos corre de ver a nuestro equipo perder o ganar, y pues hacemos cosas. Así venimos enojados el otro día y a un *vato* se le ocurrió darle con un palo a un espejo de un carro, pero ¿cuánto cuesta eso? El que tiene un carro puede pagar eso, pero resulta pues que el dueño se dio cuenta y salió de donde

⁷⁵ Equipo de fútbol chiapaneco que, hasta el año de 2017, figuró en la liga principal mexicana.

estaba, bien enojado, y atrás de él venían otros pendejos. Y pues, ya sabes, nos fuimos a los madrazos. Pero es que no entienden que uno así es, que en ese momento pues no piensa uno. Si ese señor hubiera llegado de buen modo a decir “oigan chavos, ¿qué pasó?”, pues le hubiéramos contestado bien. Pero salió como diablo a gritarnos, a decirnos malandros, delincuentes, que iba a llamar a la policía, que éramos unos... no sé cuántas cosas dijo, y pues eso molesta. Por eso lo madreamos a él y a sus compas. Nos llamó delincuentes, pues así somos, como nos llamen vamos a actuar (El Forva, 17 años, 2015).

La actitud de El Forva y sus amigos, refleja el rechazo que ellos sienten hacia los otros, dejando ver atisbos de envidia y rencor, devenidos por las desigualdades de clase, respecto a los objetos materiales que los otros poseen, e incluso hacia los otros mismos.⁷⁶ La experiencia narrada por El Forva permite dar cuenta de cómo, al no contar con elementos que los hagan contener sus emociones, arremeten a partir de lo conocido, de lo que dominan, dirigiéndose con violencia hacia los objetos que encuentran. Es posible que en la colonia, si llegan a realizar algo similar, el dueño del vehículo también se moleste, pero no se enfrente a ellos por el probable miedo que pueda causarle asociar a los jóvenes con alguna banda. Pero en otro espacio fuera de la colonia, donde no los conocen, sí pueden llegar a ser confrontados, reaccionando -frente a lo que consideran una ofensa- de la manera en la que han aprendido a responder: a golpes.

De esta manera es posible ver cómo las condiciones bajo las cuales se gestiona el espacio, las formas de convivencia, conveniencia y reconocibilidad que representan al espacio habitado, también crean patrones de sociabilidad que son asumidos por quienes lo habitan como si fueran leyes de interacción con los otros, tanto dentro de la colonia como afuera.

Cuando los jóvenes de El Aguaje visitan o se presentan en espacios en donde no cumplen con lo “apropiado”, sus acciones son tomadas como transgresiones que irrumpen la normatividad geográfica y las expectativas sociales

⁷⁶ Arteaga (2017) –siguiendo a Coser (1996)-, menciona que la violencia cumple ciertas funciones en la sociedad (desde una perspectiva de la racionalidad estratégica), siendo una de ellas la posibilidad de competencia entre sujetos ubicados en posiciones sociales desiguales, en donde la violencia puede surgir como el “ecualizador” para dichas diferencias. Podría ser que, mediante la violencia arremetida hacia los objetos de los otros, la agresión hacia los otros, los jóvenes compensen ciertas carencias emocionales, aunque ello no sea un justificante aceptable de tal comportamiento.

depositadas en él, por lo tanto, se les señala como que están “fuera de lugar” (Cresswell, 1996). No obstante, la normatividad geográfica suele estar mediada por la presencia de quienes poseen el poder sobre tales espacios (o asumen que lo poseen), por ello en un mismo espacio pueden sentirse un día aceptados y como parte del lugar, pero al siguiente día pueden ser rechazados y señalados fuera de lugar, a partir de las acciones y roles que asuman, con lo que se evidencia su posición social en el (des)encuentro con los otros que sí pertenecen.

4.4. Andar la ciudad: circuitos espaciales y circuitos emocionales

Pensar al espacio como enclave permite dar cuenta de cómo se construye la percepción en los jóvenes de un adentro y un afuera simbólico, dado que no existen –al menos no para el caso de El Aguaje- diques reales que marquen la entrada y salida del lugar. Esto es importante para entender que la eficacia de las condiciones normativas que configuran al espacio habitado como dispositivo social, y por lo tanto de control, no radica únicamente en la influencia que tienen como generadoras de atributos o elementos para el modelo de sujeto que conforman, o para el ideal de joven que se espera. Su importancia también descansa en la función que guardan como límites simbólicos y sociales del espacio.

Vivir enclavados, regidos por una noción de que hay un adentro y hay un afuera que no está delimitado por puertas, bardas ni puntos de control concretos, lleva a incorporar tales atributos asignados al espacio habitado no sólo como estigmas, sino como límites o fronteras que obstaculizan el tránsito libre y la manera en la que se anda y vive la ciudad y la colonia misma. Simmel (2014: 601) menciona que los límites que contienen al espacio tienen dos funciones que recaen sobre el grupo social que lo llena: lo incomunica (con el mundo circundante) y lo encierra (en sí mismo).

Así, la pobreza y la violencia al constituirse como condiciones que marcan la procedencia de quienes habitan la colonia, se convierten en dos grandes bloques que limitan el desenvolvimiento y andar de los jóvenes, se convierten en los bloques que conforman las paredes del enclave.

Los jóvenes de El Aguaje experimentan incomunicación al ver limitado el acceso a otros espacios de la ciudad, sobre todo aquellos destinados a la recreación. Estos límites son impuestos por la falta de dinero para costear el transporte o entrada al lugar, pero en ocasiones también ven limitado su andar en otros espacios públicos debido a que sus patrones de sociabilidad no concuerdan con la normatividad que rige esos otros espacios.

El choque producido al salir de la colonia cargados de signos que significan la existencia, y encontrarse con rechazo, burlas, discriminación y un señalamiento que ubica al sujeto en una posición inferior, no sólo frente al resto, sino también frente a su ideal, genera reacciones contrarias hacia el mismo espacio habitado. Los jóvenes de El Aguaje expresan en todo momento esta ambivalencia emocional respecto a su colonia. Les gusta y la rechazan, se sienten inseguros y con miedo, pero al mismo tiempo, es el único espacio en la ciudad en donde se sienten seguros. Desean y sueñan con vivir en otro lugar, mudarse, pero a la vez la idea de hacerlo les produce ansiedad, ya que, como mencioné antes, la colonia “les permite sentirse integrados y establecer algún tipo de certidumbre en sus vidas” (Kessler y Dimarco, 2014: 55).

Cae mal luego que andas por otros lados, vas así al Aurrera o a algún parque de Tuxtla y nada más dices que eres de El Aguaje y ya te dicen que si robas o algo. A veces de broma pues, pero cae mal. Ni ganas de decir que uno es de aquí, ni ganas de salir da, porque ya te la pasas mal. Hay gente que no sólo te dice cosas, también ves que agarran sus bolsas, que se separan de ti, te quedan viendo como si les fueras a hacer algo. Luego hasta uno queda con la duda si de verdad parece uno malandro, porque yo aquí me veo pues y no me veo igual que los malandros de acá, pero no sé cómo me ven los demás. Tal vez sí (Kevin, 15 años).

En la configuración de su experiencia urbana los jóvenes establecen *circuitos espaciales* por los que transitan la colonia y la ciudad. Estos circuitos constituyen una topografía que fija los espacios públicos a los que tienen acceso total o restringido dados los usos que hacen de los mismos y los sentidos que le otorgan.

En estos circuitos quedan manifiestas las maneras en las que los patrones de sociabilidad son puestos a prueba para ser aceptados o rechazados por el resto social. Dado que van cambiando los lugares que frecuentan a partir de las experiencias y emociones concretas que tienen en ellos, fue complicado realizar mapeos que plasmen de manera absoluta los espacios frecuentados, rechazados o deseados, en la ciudad. Sin embargo, siguiendo las conversaciones puntuales respecto a sus lugares favoritos, a las remembranzas que tienen en algunos de estos espacios –ya sean positivas o negativas–, así como al deseo manifiesto por querer visitar esos espacios, pude crear tres circuitos que dan cuenta de su andar por la ciudad (Ver Anexo 1 al final de la tesis):

- Circuito Frecuente: Circuito que presenta los puntos frecuentes que visitan los jóvenes de El Aguaje (Mirador del Cañón del Sumidero, Parque Central de la ciudad, Mercado Público en el centro de la ciudad y el Estadio de Fútbol).
- Circuito Esporádico: Circuito que presenta los lugares que los jóvenes de El Aguaje visitan con menor frecuencia, a veces por un plan previo para visitar entre varios esos espacios (Supermercado cercano a la colonia, Parque Infantil, Parque 5 de Mayo, Plaza Comercial al oriente de la ciudad).
- Circuito del Deseo: Circuito formado por los lugares que los jóvenes constantemente mencionan como deseo por conocerlos o que les gustaría visitar de manera frecuente (Parque de la Marimba, Parque de la Juventud, Plaza comercial al poniente de la ciudad, Parque Caña Hueca, Parque Joyo Mayu).

Los tres circuitos presentan de manera gráfica el andar de los jóvenes en la ciudad, mostrando claramente la zona en la que se mueven con mayor frecuencia, que es donde gozan de mayor aceptación y se sienten con mayor seguridad para estar ahí. Así mismo, en los croquis de tales circuitos puede observarse las zonas de las que no están del todo excluidos, pero su experiencia no transita por ellas.

Estos circuitos dan cuenta también de la manera en la que los jóvenes son fijados al espacio habitado al encontrar restringida su movilidad fuera de él y al estar sometidos a un constante proceso de estigmatización, en donde los patrones de sociabilidad adquiridos y adoptados, dada su experiencia en el enclave, no coinciden con las formas socialmente aceptadas en la ciudad, provocando una serie de respuestas que van desde llamados de atención, señalamientos públicos, burlas y humillaciones, hasta la prohibición del acceso a ciertos espacios.

En una ocasión acompañé a Juan y a Edgar a un parque de diversiones ubicado del lado norte de la ciudad. Es un parque destinado para niños, pero es frecuente ver a jóvenes que lo visitan debido a la cercanía con el Teatro de la Ciudad, un museo y el Jardín Botánico. Este parque constituye un espacio de recreación apto para la socialización de muchos jóvenes de la ciudad, que para el caso de los jóvenes de El Aguaje, esta afirmación adquiere ciertos matices. La idea de ir a ese lugar surgió en un encuentro que tuve una tarde con Juan y Edgar, en la casa de este último. Yo les sugerí ir al parque de la colonia, pero la negativa fue rotunda debido a que ya pasaban de las 6:00 de la tarde, hora en la que las bandas comienzan a hacerse presentes en el parque. En un intento de mejorar aquella situación, Juan sugirió que podíamos ir al Parque infantil, porque ahí le habían dicho unos amigos de su hermano que podían pasar el rato en los juegos infantiles o recorriendo el parque. Yo acepté la sugerencia y acordamos ir al siguiente día.

Vi a Edgar y Juan en una de las entradas del parque al siguiente día. Estaban un poco ansiosos, pero bien arreglados. Juan me presumió que se había puesto perfume de su tío para que “no apestara”. Dato curioso porque nunca había percibido en él un mal olor y no creía que le eso le importara hasta ese día, lo que indicaba que para ambos jóvenes, visitar aquel lugar era importante por lo que tenían que “verse bien”, arreglarse, incluso oler bien y no “verse” como siempre.

Entramos al parque y caminamos por los andadores. En algunas partes del parque se ubican figuras de concreto que aluden a personajes infantiles. Llamó mi

curiosidad que ellos corrían a abrazar las figuras o se sentaban sobre ellas, incluso en alguna que hacía alusión a un grillo cantor, Juan realizó algunos movimientos sexuales. Me percaté de las miradas de extrañeza de algunas personas debido a su comportamiento y también porque se salían de los andenes, cuando en varias partes del parque hay señalamientos que indican no salir de ellos y prohíben pisar el pasto.

Llegamos a una parte del parque en donde hay juegos infantiles y nos quedamos ahí. Mientras platicábamos, ellos hicieron uso del columpio, la resbaladilla, el balancín, y de todo lo que encontraban. Poco a poco el uso que le daban a estos juegos fijos se iba tornando más rudo. Aventaban los columpios lo más fuerte que podían intentando que las cadenas se enredaran en la barra que los sostiene. Subían a la resbaladilla por la parte del final, intentaban brincar sobre ella, pateaban uno de los soportes para “ver cuánto aguanta”. En fin, de un momento a otro habían decidido que tenían que probar el aguante de cada juego, haciendo caso omiso de mis “sugerencias” de no maltratarlos.

De un momento a otro apareció un policía municipal que resguarda el lugar acompañado de una señora, que por su semblante, aludí que estaba molesta. El policía se dirigió a Juan y a Edgar y les pidió que se fueran del lugar. Ellos lo confrontaron diciendo que tenían derecho de estar ahí, se hicieron de algunas palabras, pero el policía siempre mantuvo un semblante sereno y una voz pausada. Fue la señora quien, después de un rato, se acercó más a ellos y les dijo:

Este no es un lugar para ustedes, es para niños, ustedes están grandes. Son unos vándalos, malandros que no saben cómo comportarse. Este parque nos cuesta a todos y ustedes vienen a destruirlo, sólo con su presencia dan ganas de no volver.

En ese momento, les pedí a Juan y a Edgar que nos fuéramos. Al principio me ignoraron, pero insistí y terminaron por hacerme caso. Cuando nos retirábamos la señora me dijo que debería tener cuidado “con ese par” – refiriéndose a Juan y a Edgar- porque si no sabían cómo cuidar unos juegos, “menos te van a cuidar a ti, te pueden tratar igual o peor, cuidado”- me gritaba a lo

lejos. Cuando estábamos lejos del parque, en camino hacia la colonia, Juan comentó:

Por eso no me gusta venir a mi a estos lugares fresas. La pinche gente todo lo ve mal. A ver dime, ¿qué tenía de malo que estuviéramos ahí?- me preguntó

Intenté explicarle que no era su presencia sino la manera en la que estaban haciendo uso de los juegos lo que había provocado el incidente, a lo que Juan respondió:

¿Cómo? ahora vas a decir que así no se usan, entonces ¿cómo se usan?... ja! Vas a decir que “delicadito”.

Luego se dirigió a Edgar:

Ya ves por qué no me gusta salir, ya ves por qué no debemos venir con viejas (refiriéndose a mí). Ahora resulta que no sabemos usar esos pinches juegos. Si allá en la colonia también teníamos de esos, en el parque habían, ahí estaban y los usamos hasta que se descompusieron porque para eso son, ¿o no?- argumentaba Juan

Sí pues- respondió Edgar- habían en la colonia. Es que lo que pasa es que la gente nos ve mal y por eso piensan que vamos a descomponer las cosas, no nos quieren ahí porque son fresas, se sienten más que uno, aunque también coman frijol. Por eso ya no hay que volver a ese lugar- concluyó.

El alegato se alargó un poco más hasta que decidieron cambiar de tema. Lo que me interesa rescatar de esta experiencia es la manera en la que las pautas de sociabilidad que asumen los jóvenes están sujetas al enclave que habitan. En la colonia también habían juegos y los usaban de la manera en las que se les ocurría, sin que nadie –algún adulto o persona que ostentara autoridad- les llamara la atención por darle un uso inadecuado, o les indicara cómo hacerlo a fin de preservarlos.

Por ello, al encontrarse en otro espacio, fuera de la colonia, reproducen la manera en la que hacen uso de los objetos –sin recibir sanción- en su colonia. Sin embargo, este otro espacio está regido por una normatividad diferente, pero ellos no la conocen y terminan siendo señalados como transgresores de los usos y costumbres que imperan en ese espacio y, por lo tanto, son echados de ahí, por no pertenecer.

El hecho de que Juan se arreglara y usara perfume para ir a ese lugar demuestra una búsqueda de aceptación y pertenencia a ese lugar, además de una cuestión de clase. Quiere ocultar su lugar de procedencia, que se le rechace de entrada; por lo tanto, se viste mejor y se “arregla” como él cree que los demás se arreglan para llegar allí, tratando de verse como los otros. Pero es su comportamiento, no su facha, lo que termina señalándolos como no bienvenidos, y ellos –en retroalimentación al rechazo sufrido- concluyen que ese no es un lugar al que pertenecen y, por tanto, no lo volverán a pisar. Además de esta confrontación con la normatividad del espacio, salen a relucir los prejuicios de clase, tanto en la señora que los confronta como en los mismos jóvenes. Ella los señala como “vándalos” y “malandros”, sin ni siquiera conocerlos, además les adjudica el deterioro del espacio, recriminándoles por el gasto público invertido en el parque, que dicho sea de paso, se encuentra en pleno abandono. Ellos, a su vez, tachan de “fresa” al lugar, poniendo una barrera simbólica.

Es interesante observar cómo, una cuestión de responsabilidad del Estado, como lo es el mantenimiento de los espacios públicos, termina diluyéndose en un conflicto entre individuos; quienes situados desde sus posiciones desiguales de clase, emiten juicios que los excluye entre sí. El desencuentro social en esta escena da cuenta de una interacción fracturada, posicionada desde los repertorios desiguales entre los actores que participan de ella, en donde emerge la violencia ante la falta de recursos para el diálogo.

Este incidente es reiterativo en la experiencia de otros jóvenes de El Aguaje, quienes han sido echados de otros espacios públicos fuera de su colonia por incurrir en actos que no son permitidos o que chocan con la lógica del espacio, siendo este un factor que limita su movilidad al exterior de la colonia. Así, los jóvenes van construyendo circuitos de movilidad espacial, a partir de sentirse parte de un lugar o excluidos de otros.

Los circuitos espaciales no son exclusivos del afuera, también los establecen en su colonia. Empero, en la colonia, los circuitos no son establecidos por sentirse rechazados o señalados, sino que los fincan en las emociones que les genera

visitar ciertos espacios, sobre todo aquellos en donde la violencia cobra mayor presencia. Esto es relevante ya que muestra cómo las emociones “se espacializan” al relacionar cuerpos (presencias) con lugares (Reguillo, 2008).

La violencia, como condición del enclave, los mantiene bajo una sensación de angustia, inseguridad y temor, no sólo expresado hacia lo que acontece en la colonia, sino extendido hacia el resto de la ciudad al vislumbrar el rechazo de los demás por no compartir los códigos de comportamiento o por sentirse inferiores al resto. Así, la angustia, la inseguridad y el miedo son emociones que funcionan como diques –generados por la pobreza y la violencia- que determinan “patrones de interacción, de encuentro y de evitación, pero también de movilidad e inmovilidad en la ciudad” (Saraví, 2015: 166). Ante la falta de repertorios dispuestos para dar respuesta al rechazo expresado por los otros, emergen las emociones a manera de respuestas (emotivas), signando a los espacios a partir de la repugnancia, el desprecio, odio o el miedo. Mediante las emociones experimentadas y asociadas a espacios específicos, los jóvenes establecen circuitos emocionales por donde transitan y viven sus experiencias sociales.

Sus emociones están condicionadas a su espacio habitado, a los bloques que los contienen. Transitan por un laberinto subjetivo en donde la angustia, la inseguridad y el miedo se interponen a otras emociones posibles. Los jóvenes refieren, como se ha visto en citas anteriores, a no sentirse felices ni alegres, sino con miedo, angustiados por la inseguridad, por la falta de certeza, o enojados y a la defensiva frente a cualquier expresión que consideren de agresión o humillación hacia ellos.

De esta manera, la colonia funciona como un enclave que los contiene en dos sentidos. Por un lado, mantiene a los jóvenes dentro, circulando entre sus bloques, sosteniéndolos en un aislamiento aparente frente al temor de ser rechazados, ignorados o señalados como criminales. Por otro lado, los contiene emocionalmente al ser su lugar de pertenencia, el lugar conocido y familiar, aunque inseguro. Están enclavados al lugar al ser el espacio donde saben moverse, donde saben por donde caminar y por donde no, donde la inseguridad la

pueden depositar en los actos de los otros que conocen, en la figura del malandro, figura que se resignifica por ser un referente de identificación.

En cambio, al encontrarse en otros espacios, la inseguridad la viven desde su interior, la angustia de no saber qué decir, de ser vistos de mala forma, de ser criticados, los descoloca, incluso, como pasó con Juan y Edgar, los hace habitar la figura del transgresor de esos otros espacios. En su colonia ellos son nombrados como corresponde, aunque no se salvan del todo de ser señalados y criminalizados, pueden andar por las calles y ser reconocidos. Fuera de ella sólo son nombrados a partir de los estigmas asociados a la colonia.

Las condiciones de la colonia no sólo aquejan la apariencia de las calles y restringen la movilidad al interior. Como he presentado, también mina la subjetividad de los jóvenes al limitarlos emocionalmente, teniendo repercusiones en su autoestima y seguridad personal.

Para las mujeres jóvenes se hizo evidente cómo la condición de la colonia les afecta respecto a su arreglo personal, haciéndolas sentir incómodas. La constante de verse bien, arregladas y limpias es un aspecto que las acompaña cuando salen de la colonia a otros espacios de la ciudad. Las jóvenes decían sentirse inseguras sobre su ropa o sus zapatos, incluso la forma en la que iban peinadas, relacionando esa incomodidad al espacio habitado. Si no eran las calles de tierra, eran las piedras, los baches y hasta el viento, factores que señalaban como los causantes de su malestar en otros espacios.

Salirse de su circuito de seguridad, espacial y emocional, representa para los jóvenes un reto que no siempre saben cómo afrontar. Ellos conocen las condiciones de su colonia, y se saben sujetos a las mismas fuera de ella, señalados y estigmatizados. Por ello, intentan ocultar de dónde vienen, distraer a la posible burla y el posible señalamiento a través de su vestimenta. El semblante que los representan en la ciudad es el asociado a las condiciones de la colonia que, para Pancho (en una cita anterior), quedaba condensado en: “somos los feos, los pobres, los delincuentes”.

Frente a estos semblantes, que tienen una base en la estigmatización, los jóvenes tienen que asumir el riesgo de conocer otros espacios sin ser vistos como transgresores, para la cual intentan desaparecer algunos rasgos que recuerda de donde vienen. Uno de ellos es el que se asocia a su apariencia, por lo que, antes de visitar algún espacio público fuera de la colonia, buscan “mejorar” su apariencia personal, como intentó hacerlo Juan cuando vistamos el Parque Infantil.

No sólo se trata del arreglo personal, de lucir peinados y vestidos de la manera que consideran adecuada. Para ellos y ellas se trata de su presentación frente a una sociedad que no conocen y que encuentran en esos otros espacios, a los que ellos son ajenos. La desconfianza y el temor por el afuera se acentúa con la incomodidad que les genera sentir que están sucios (con los pies o zapatos sucios), que huelen mal, o que su apariencia se ve descuidada, acrecentando la incertidumbre y el miedo al afuera, ante la falta de referentes que los haga sentirse cómodos y parte del lugar.

Cuando salgo así a pasear a otros lugares, pues voy al centro o al parque 5 de mayo, o a veces hemos ido a la plaza esta que está aquí en el Libramiento Sur y sí me gusta salir pero luego me da no sé qué. No sé, es que me siento un poco mal porque parece que todos te quedan mirando, como si uno no anduviera bien vestido. Más en la plaza esa, porque en el mercado o en el centro, pues uno anda bien, pero ya ir a esos lugares... la gente como que es más rica o no sé, pero se cree mucho y quedan viendo feo. Luego el problema es que yo me arreglo en mi casa, ya me quedo bien, me pongo guapa para salir y no falta que llegue yo con los zapatos empolvados, o si vas de blusa blanca, peor porque ni sabes a qué hora ya andas toda sucia. Luego el pelo es un problema... un día salí con un señor que me andaba invitando y le dije que sí porque quería yo ir a la Plaza esa donde están los camiones, a lado, la Plaza Américas parece que se llama. Y fuimos, y según yo iba bien guapa porque me había arreglado, y que sí me voy viendo pues en el reflejo de un vidrio que pasamos, de una tienda parece que era, y que me veo pues los pelos... ¡Ay dios! Así la gran cabeza que llevaba yo (se coloca las manos alrededor de la cabeza). Me sentí bien mal porque vi que unas chavas que estaban por allá se reían, pinches viejas... ni sé si se reían de mí, tal vez no pero en ese momento yo sentí que sí y ya ni ganas de quedarme ahí. Me fui al baño y me arreglé el pelo, me hice un cola para que quedara bien, pero es que todo fue por el viento que hay acá, ya ves que sopla en la tarde y ni cuenta me di que me había yo despeinado y ese ‘cara de pendejo’ con el que iba ni me dijo nada. Y luego, para acabarla, que me veo pues las piernas... andaba yo un “chort” y que me veo las piernas y una andaba yo toda ceniza del polvo, de la tierra. No sé si en la calle me ensucié o en el carro. Lo más seguro que en la calle pero ni cuenta. Ya me enojé y ya no quería yo nada. Se me pasó porque ya me invitó una nieve de esas que venden ahí, pero sentía yo que todos me veían porque andaba yo toda cabezona o que veían que andaba yo con las piernas cenizas, me dio vergüenza andar ahí porque ves a las otras chavas y bien arregladas andan, pintadas y todo... no sé, yo creo que es por vivir aquí que pasan esas cosas, porque ellas se ve que no son de por acá, ellas si pueden salir de su casa, tal vez tienen carro, o caminan y no están sucias las calles. Por

eso mejor ni me gusta salir a esos lugares, me da vergüenza desde esa vez, no me siento bien (La Colocha,⁷⁷ 17 años).

La Colocha asumió el riesgo de salirse de su circuito espacial y emocional para conocer una plaza comercial. Su seguridad la instaló en su arreglo personal, la cual quedó perdida cuando se vio despeinada y con las piernas un poco sucias. Estar en otro lugar fuera de su circuito espacial no la hizo salirse de su circuito emocional, al contrario, reforzó las emociones de inseguridad, vergüenza y angustia con las que ha aprendido a moverse en el enclave que habita. Esta situación también da cuenta de la posición inferior en la que ella se colocan frente a los otros, sobre todo, frente a las otras mujeres que encuentra en esos otros lugares que no conoce. La condición de clase la somete a andar sobre una base de incertidumbres en su encuentro con los otros, incluso sin tener la certeza de ser el objeto de burla de las otras jóvenes, ella asume que las risas y las miradas son dirigidas hacia ella.

En la cita de la Colocha es posible ver que ciertas emociones operan para regular sus prácticas y su sentir: la vergüenza y la envidia. No expone de manera explícita que sienta envidia hacia las otras chicas que encuentra en la plaza comercial; sin embargo, algunos de sus dichos, como el “pinches viejas”, dan cuenta de la valorización superior que la Colocha hace sobre ellas y el deseo de ocupar el lugar en el que las coloca.

La envidia no es nada más una emoción que se experimenta frente a una situación específica y pasajera, sino que supone una emoción que, para Nussbaum (2014), divide y excluye a las personas, al generar hostilidad hacia el otro, a quien se ve como enemigo o rival, que posee lo que se desea o se asume en mejor posición que la propia; como pasa con la Colocha y las otras chicas que encuentra en la plaza comercial. Incluso, señala Nussbaum, la envidia tiene efectos reguladores a un nivel macrosocial, puesto que puede contraponerse a los ideales de unidad y solidaridad que se establezcan en una nación, obstaculizando el desarrollo social.

⁷⁷ En Chiapas, al cabello ondulado se le llama “colochó”. A una persona con cabello rizado u ondulado, se le dice colochó o colocha.

Lo anterior es importante para traerlo a colación, puesto que la distribución socio-espacial de la ciudad contribuye, de manera indirecta, a generar enemistades y rivalidades fincadas en la envidia de posiciones entre los diferentes habitantes, a partir de los lugares diferenciados que habitan y frecuentan. En un efecto no buscado, la ciudad divide emocionalmente a sus habitantes, separándolos, no permitiendo que se identifiquen como parte de un todo; tendiendo a emociones, como la envidia, el miedo, la repugnancia, entre otras, que operan como mediadoras de los encuentros, reforzando las diferencias de clase y la desigualdad social. De esta manera, las emociones se convierten, no sólo en bloques para la socialización múltiple y plural, sino también para el logro de la igualdad.

La experiencia urbana de estos jóvenes se estructura a partir de transitar en un *continuum* de posiciones sociales que los lleva a experimentar el espacio urbano como un adentro y un afuera. Adentro cuando se encuentran en los límites territoriales, simbólicos y sociales del lugar que habitan, y que puede extenderse hacia algunas partes de la zona en donde la colonia se ubica; mientras que el afuera es vivido cuando se encuentran fuera de esos límites.

Este “sentirse dentro-sentirse afuera” tiene una base explicativa en un proceso de exclusión más amplio relacionado con el espacio habitado que no es del todo absoluta, sino transitoria -como lo señala Haesbaert (2011). El transitar dentro-fuera lleva a los jóvenes a, por un lado, contar con menores oportunidades de educación y ocupacionales coartando sus formas de sociabilidad y emotividad (Saraví, 2004; Salvia y De Grande, 2008); y, por otro lado, a acumular experiencias de rechazo y discriminación devenidas de su presencia, los sentidos que asignan y los usos que hacen de los espacios públicos, guiándolos a interpretarse y sentirse fuera de lugar en algunos espacios y como parte de otros. Ese continuum de posiciones sociales vivenciadas a través del espacio les genera emociones de apego y desapego al espacio urbano; no es nada más que les guste o no estar aquí o allá, ir y recorrer tal o cual lugar, sino cómo se sienten y qué emociones depositan y les despierta estar o no estar, cómo incorpor(e)an cada lugar a su experiencia de vida.

Lo antes dicho lleva a la conclusión que los jóvenes de El Aguaje, sin estar del todo aislados, transitan por circuitos espaciales acotados, limitados por las mismas condiciones del espacio habitado que se convierten en signos que los distingue como parte o fuera de lugar. Estos circuitos espaciales están regulados por una búsqueda de reconocimiento y aceptación, que los hace instalar jerarquías en los diversos espacios que componen la ciudad a partir de sus experiencias en ellos, en donde las emociones cobran una importancia sustancial.

La relación que tejen con el espacio habitado no sólo carga de contenido a cada joven, ampliando o constriñendo el patrimonio de disposiciones y repertorios adquiridos durante los procesos de socialización. Los sujetos no sólo llenan y convierten el espacio en su lugar, y este no sólo les devuelve signos y significantes que aportan a su reconocimiento social. El espacio habitado también los habita, y así como da y otorga, también quita. Ante el despojo de certezas y su seguridad, los jóvenes de El Aguaje conforman circuitos espaciales y emocionales acotados, que los contienen, dejándoles pocas oportunidades para ampliar sus experiencias en diversos espacios, con actores diferentes que sumen recursos a su repertorio de disposiciones sociales. La acotación de los espacios de socialización limita sus subjetividades, al constreñir las posibilidades de ampliar su capacidad de respuesta al interactuar en contextos y situaciones desconocidas.

Capítulo 5

Encuentros y desencuentros: las relaciones entre pares

5.1. Introducción

En 1914, Freud instaura el concepto de “Yo ideal” para referirse al primer esbozo imaginario que el niño tiene acerca de sí mismo. Este esbozo es logrado a partir de la imagen del cuerpo propio en el espejo, a partir de ver un reflejo que le confirma al niño su existencia y lo enarbola como un ser único, formándole una imagen primordial de quién es “aun desde antes de su determinación social, en una línea de ficción” (Lacan, 2009: 100). Esta ficción marcará una construcción imaginaria del yo, una imagen primaria de un sujeto que apenas está siendo formado, pero que ya posee un ideal de quien es.

Con el tiempo y mediante la socialización con los otros, el niño va identificándose con sus padres, “con sus substitutos y con ideales colectivos” (Laplanche y Pontalis, 1996:180) que le van otorgando otras imágenes de quién puede ser, deshaciendo esa ficción creada del ideal primario. El encuentro con los otros, las identificaciones secundarias y la introyección de la Ley van generando que el lazo social de ese sujeto en formación se refuerce. Así, aquella primera imagen del yo va cediendo ante el intercambio simbólico con los otros, dando pie a la formación de un modelo de ser al que el sujeto intentará adecuarse. Este modelo constituye el Ideal del yo (Lacan, 1954).

La existencia del sujeto depende, por tanto, de dos ideales: uno primario alojado en el imaginario y sostenido por una ficción, y otro formado en la interacción cotidiana con los otros, dependiente del intercambio simbólico y con vigencia en la realidad. El Yo ideal no se contrapone al Ideal del yo. Uno es el

inicio del otro, pero el sujeto logra ser en tanto y en cuanto se ajusta al ideal impuesto por los otros, es decir, al Ideal del yo.

Retomando estas dos instancias del yo promovidas por Freud y ampliadas por Lacan, sin incurrir en un análisis del inconsciente ni en tópicos sobre la construcción del aparato psíquico, reflexionaré en este capítulo acerca de la importancia que tienen las relaciones entre pares en la socialización de los jóvenes al constituirse como interacciones con valor simbólico que proveen al sujeto de identificaciones, pertenencias y diferenciaciones que reafirman su existencia en el marco de, lo que sugiero como, los dos ideales que se posicionan como referentes para ser alguien: el Joven Ideal y el Ideal de Joven.

De esta manera, los jóvenes se encuentran inmersos en una búsqueda incesante de ellos mismos, de ese ideal formado en un estadio anterior del ciclo de vida, forjado también a partir de una ficción. El Joven Ideal se forma entonces con las expectativas, deseos e imaginarios que giran en torno al ser joven en un mundo globalizado, pero que se ve compelido a ceder ante la realidad del espacio local que habita. Así, el Joven ideal se transforma en Ideal de Joven a partir de las interacciones cotidianas con el otro; es el sujeto hecho carne, traído a la realidad que le toca vivir.

En esta realidad los pares adquieren relevancia primordial al compartir las expectativas sociales impuestas, al ofrecer imágenes de identificación y pertenencia, así como formas de ser y existir como jóvenes dentro del espacio habitado. El espacio y las relaciones entre pares son entonces dos parámetros que constituyen los referentes del Ideal de Joven: las condiciones del espacio y los principios que regulan las relaciones de amistad, de pareja y con otros jóvenes reafirman su ser y estar en el mundo, su existencia.

5.2. Amistades: sentidos de pertenencia sujetos al espacio

La amistad es una de las relaciones más importantes para los jóvenes de El Aguaje. Con los amigos y amigas se encuentran e identifican como jóvenes, es decir intercambian formas de ser y vivirse jóvenes dentro del espacio local. La colonia les provee las condiciones sociales para ser y existir como sujetos, pero ellos se apropian del espacio, lo producen (y reproducen), generando espacios de sociabilidad en donde pueden emerger como jóvenes que marcan una época a partir de los intercambios y experiencias compartidas. A partir de estas experiencias de sociabilidad los jóvenes emergen “en sus propios términos” (Urteaga, 2011: 154).

Las condiciones desfavorables de subsistencia, la mala calidad de los servicios que se les ofrecen, la precariedad en las opciones de educación y empleo que encuentran, la violencia urbana del entorno y el estigma que pesa sobre ellos los desapega del resto de la ciudad, les generan incertidumbres sociales, “vergüenzas y debilitan sus lazos comunitarios” (Bayón, 2015: 273). Esa hostilidad del entorno habitado los lleva a generar inseguridades frente a diversas situaciones, siendo la autoestima el componente de su identidad quizás más afectado.

En la violencia y la confrontación encuentran formas de hacerse notar y sobrevivir; sin embargo, la actitud temeraria no siempre es suficiente para hacer frente a las circunstancias que se les presentan. La mayoría de estos jóvenes son inestables emocionalmente, inseguros de su propio valor e importancia social y, hasta cierto punto, están acostumbrados a recibir un trato hostil y de sospecha por parte de adultos, autoridades y la gente del resto de la ciudad. Esta hostilidad es tomada por ellos como rechazo social al que responden con actitudes defensivas que, al no coincidir con los parámetros que rigen la sociabilidad en el exterior (fuera de la colonia), pueden llegar a ser entendidas como agresiones por quienes no los conocen.

Elias y Scotson (2016: 200), en *Establecidos y marginados*, ya dejaban ver esta importancia de los lazos de amistad para los jóvenes. En los amigos, los jóvenes que los autores señalan como “marginados rechazados”, encontraban sustento emocional, apoyo y consuelo “al respecto de su valor ante sus propias dudas” funcionando como “antídotos para la vulnerabilidad extrema de su autoestima”.

Los jóvenes de El Aguaje, encuentran en los amigos un espacio para paliar esta hostilidad y el rechazo cotidiano. Estas relaciones están cargadas de mucho afecto y constancia, de apoyo y ayudas mutuas. En los amigos encuentran reflejos de ellos mismos, de lo que les duele y les aqueja, de lo que les divierte y desean, por lo que estas relaciones se convierten en medios que refuerzan su integridad, su estima y reafirman su existencia social, los apegan a un ideal de joven que es posible alcanzar.

Kevin (15 años) y Esteban (16 años) se conocen desde hace dos años, tiempo suficiente para afianzar una relación que parece trascender los límites de amistad al reconocerse como casi hermanos, -“para mí este wey es más que mi amigo, es mi hermano”- comenta Kevin mientras abraza a Esteban. Se conocen desde el primer año de secundaria, pero su amistad surgió después de ser castigados por una broma que le hicieron a un compañero entre varios amigos en la escuela.

Colocaron un bote de basura sobre la puerta del salón dejándola entreabierta para que sostuviera al bote. Le pidieron a un compañero que entrara al salón porque la maestra lo llamaba. El compañero elegido era -“el más *nerdo*,⁷⁸ el más así pues *quedabien* con la profe”- dice Esteban. El chico que siempre lleva buenas calificaciones y hace todas las tareas, que siempre llega con el uniforme limpio y le cae bien a los maestros, -“que se cree más que uno pues, hasta mira así de reojo

⁷⁸ Inteligente, con buenas calificaciones.

y cuando habla tuerce la boca no sé cómo, parece que unos chingadazos quiere”- comenta Kevin.⁷⁹

La broma consistió en llamar al compañero “bien portado”, decirle que entrara al salón para que, al momento de abrir la puerta, el bote le cayera encima ensuciándolo con la basura. Esta broma fue ideada y realizada por al menos la mitad del grupo (20 jóvenes) incluidas las mujeres. Sin embargo, un pequeño desajuste hizo que la broma no saliera como fue originalmente planeada, sino que al caer el bote, este le pegó justo en la nariz del compañero lastimándolo.

El incidente provocó, como era de esperarse, el enojo de la maestra, quien quería a toda costa castigar al culpable. Dado que no podía castigar a la mitad del grupo, insistió en que se señalaran a los culpables intelectuales. Nadie se atrevió a asumir la responsabilidad, por lo que Kevin se sintió responsable, pues él había sido encomendado para decirle a su compañero que entrara al salón. Cuando Kevin asumió la responsabilidad, Esteban lo secundó, y los dos fueron suspendidos durante tres días de la escuela.

Ese incidente provocó, además de los regaños y molestias de los respectivos padres, que surgiera la amistad entre estos dos jóvenes que hasta hoy en día se proclaman como inseparables. Asumir la responsabilidad los identificó como los “valientes del grupo”, pues -“nadie quería decir quién había planeado todo, nadie pues porque habíamos sido varios y yo dije que ya no quería seguir así, ya me quería ir ya a mi casa, así que me levanté de la silla y le dije a la profe que yo había sido”- comenta Kevin.

Al percatarse de que Esteban también asumía la responsabilidad -“me di cuenta que este wey es bien leal, bien ley pues. Por eso me cayó bien, ya desde ahí mira somos amigos, hasta ahora”- continúa narrando Kevin.

⁷⁹ Willis (2008), en un estudio realizado con jóvenes de la clase obrera en Inglaterra, documenta la división que existe entre los jóvenes que se rebelan ante la autoridad escolar (los “colegas”), y aquellos que se muestran sumisos y obedientes (los “pringaos”). Esta distinción en los modos de presentarse y actuar frente a la autoridad lleva al desprecio y rechazo de los “colegas” hacia los “pringaos”; siendo este el motor que impulsa también a los jóvenes de El Aguaje a gastar bromas a los “*quedabien*”, como una especie de venganza ante la aceptación y respeto que estos ganan con su actitud sumisa y complaciente hacia los maestros.

Esteban agrega que desde ese momento se formó en ellos una amistad “invencible”, porque -“nos hemos peleado por viejas, por pendejadas, porque este luego dice cosas bien gachas cuando anda encabronado, pero yo sé que es mi *bro*,⁸⁰ es mi hermano y siempre estaremos juntos, porque siempre en las malas nos acompañamos”-.

El acompañarse en las malas parece ser una situación que se repite constantemente, no sólo entre Esteban y Kevin, sino en las relaciones de amistad en general entre los jóvenes de El Aguaje. Vivir en la misma colonia no sólo los hace enfrentar las mismas condiciones desfavorables de vida, también han pasado por situaciones similares de carencias, violencia y abuso, que los hace sentirse acompañados y comprendidos. Pareciera ser incluso que son estas experiencias las que terminan fortaleciendo estos vínculos de amistad.

Aquí pues es importante tener amigos porque así ya no te sientes tan solito, ya puedes hablar con alguien de las cosas que te pasan o hasta cuando te asaltan ya no te asaltan solito, ya vas acompañado (risas)... Eso nos pasa con el Kevin, este *wey* y yo siempre andamos juntos, siempre yo voy a su casa o él viene a la mía, siempre en la escuela andábamos juntos porque nos queremos, nos queremos mucho porque la verdad es que sí compartimos muchas cosas, hay muchas cosas que nos han pasado y nos unen: nos han pegado juntos, el otro día que veníamos bajando de mi casa para su casa nos asaltaron unos *vatos*⁸¹ y hasta descalzos nos dejaron, pero andábamos juntos. Así se siente menos feo lo que pasa, ya no caminas descalzo solito, ya vas con otro también descalzo (risas)... Hasta cuando me dejé con mi *vieja*⁸² a este *wey* también lo mandaron por un *tubo*.⁸³ En él encuentro no sé, como a otro yo, como si al verlo fuera yo mismo pero diferente porque me aconseja cuando estoy mal, cuando la ando *cagando*⁸⁴ y yo también lo escucho y sí la cagamos juntos nos enojamos, pero ya luego lo arreglamos (Esteban, 16 años, 2015).

Para Esteban está claro que el compartir situaciones difíciles lo acerca más a Kevin, al grado de sentirlo como “otro yo”. El poder ver a Kevin y encontrar en él un reflejo de su propia realidad hace que Esteban cobre consciencia de sí mismo, confirmando su existencia como sujeto social.

⁸⁰ Abreviatura de la palabra en inglés “brother”, que significa “hermano”.

⁸¹ Muchachos.

⁸² Novia.

⁸³ “Mandar por un tubo”, expresión que alude al rechazo de una persona hacia otra, apartarlo, hacerlo a un lado, ignorarlo.

⁸⁴ Alusión a “hacer algo mal”.

Merece mención la manera en la que Esteban señala las situaciones negativas que le suceden, ya que no parece haber diferencia entre la separación con la novia, la situación de golpes y el asalto en la calle. Todas las situaciones que él menciona las aminora por el hecho de haberlas vivido en compañía física y emocional con Kevin. Así, la amistad parece menguar el impacto que estas situaciones de violencia, o de drama (como la separación amorosa), pueden tener. No obstante, aquí emerge una condición particular de estas alianzas de amistad, que a la vez que reducen los sentimientos de impotencia y miedo, refuerzan y normalizan las condiciones de violencia en las que viven estos jóvenes.

Además de golpes, ofensas verbales, asaltos y otras manifestaciones de violencia, las mujeres jóvenes enfrentan otra situación común: el abuso sexual. Este tipo de abuso puede sucederles en diferentes espacios, tanto públicos como privado, como la reseña de vida de Cristal lo muestra. La mayoría de las jóvenes de la secundaria señalaban haber sido tocadas por hombres adultos cuando eran pequeñas, a veces en la calle mientras van caminando,⁸⁵ otras veces –como el caso de Cristal- ha sucedido en sus casas por parte de un familiar, y cuatro jóvenes señalaban haber sido “manoseadas” por un profesor de la primaria a la que asistían.⁸⁶

Estas situaciones a las que están expuestas las ha hecho pasar por diversos momentos para asimilar y superar los hechos de abuso. Algunas han dejado de salir a la calle durante periodos cortos, otras se han enfrentado a los agresores y han buscado ayuda en figuras adultas, pero todas coincidían en que hablar con las amigas les ayuda a superar el hecho.

Ver que no sólo te pasa a ti, que tus amigas lo han vivido también te hace ver que tú no eres el problema, que no estás mal y eso te hace confiar en tus amigas, porque ya no sólo compartes cosas que te gustan, o sea pues que también te das cuenta que compartes el dolor (Fernanda, 15 años, 2015).

⁸⁵ En el capítulo posterior relato el abuso sexual que comenten los policías hacia las jóvenes.

⁸⁶ Dos de ellas denunciaron los abusos con sus padres, quienes hablaron con el director en turno. Este logró convencer a los padres de no hacer una denuncia penal dando como solución el cambio de salón de las niñas.

La situación del abuso es crítica y agudiza aún más la violencia que se vive en la colonia. Las mujeres jóvenes no sólo son vulnerables a la violencia urbana, sino que presentan una doble vulnerabilidad al ser colocadas como objetos sexuales posibles de ser tocados y abusados cuando se desee. Las jóvenes encuentran en sus alianzas amistosas con otras mujeres jóvenes un espacio para escucharse y compartir este tipo de experiencias que no siempre son fáciles de expresar, sintiendo que esto les ayuda a superar el miedo y otras emociones que les afectan.

Las jóvenes pocas veces encuentran espacios para conversar y ser escuchadas sobre sus necesidades, inquietudes y experiencias negativas de vida. De esta manera, el acoso, el hostigamiento, el abuso y la violencia sexual, al ser experiencias recurrentes y constantes en muchas de ellas, han cristalizado en una condición de vida para las mujeres de la colonia, que al no contar con mecanismos eficaces de defensa y protección, así como de prevención y denuncia, se convierten casi en un destino ineludible por el que tendrán que pasar en alguna etapa de su vida.

Lo anterior refiere a una normalización del abuso sobre el cuerpo femenino. Abuso sustentado sobre una base cultural que dicta una política sobre los cuerpos, que establece formas no sólo para comportarse, sino también para ser tratados por los otros. A través de normas y valores se sitúa al cuerpo femenino en desventaja, vulnerable a ser tocado, depositario del deseo masculino, de la dominación y del trato indigno y cosificado; cuestión que es reforzada por las instituciones (como El caso de Cristal lo muestra), las cuales en su haber y hacer cotidiano reproducen y otorgan cierta legitimación a las prácticas y discursos que colocan en desventaja a lo femenino en relación a la dominación masculina.

Frente a una condición como esta, los lazos de amistad emergen como soportes que permiten atenuar las emociones negativas, como el dolor y sufrimiento, pero también dan pie a la asimilación de los acontecimientos como algo normal, como “algo por lo que todas pasan”. La normalización conduce a un proceso de “encapsulamiento”, mediante el cual se reprimen las emociones

detectadas como negativas que lleva a las mujeres jóvenes a no hacer frente ni encarar las normas sociales que las coloca en desventaja, sino que “se cierran sobre sí, autoreferenciándose” (Míguez e Isla, 2003: 322). Al carecer de otros recursos dentro de su patrimonio de disposiciones que les permitan reconocer la violencia, denunciarla y detenerla, recurren a compartir sus experiencias y asimilar el hecho como algo propio de la vida y del cuerpo femenino, como algo que sucede y pasa, como una circunstancia normal.

Las emociones aquí son anuladas para poder elaborar el malestar que la violencia sobre su ser, dada su condición de género, les provoca. No obstante, esta anulación no es más que un velo sobre esas emociones, ya que estas continúan operando, regulando el comportamiento y la conducta de las mujeres jóvenes en los diferentes espacios y en relación con las figuras masculinas. Como el caso de Cristal lo muestra, la culpa se instala como la emoción principal que regula el acontecer de las mujeres respecto a sus cuerpos, e incluso su sexualidad.

El análisis de los casos anteriores respecto a la función de la amistad deja ver la cara negativa de este tipo de relaciones, al convertirse en un mecanismo de regulación sobre los cuerpos, especialmente sobre los cuerpos de las mujeres. No sólo están expuestas a ser tocadas o violadas, también reconocen que pueden ser privadas de la vida y arrojadas en cualquier parte de la colonia. Este tipo de afirmaciones realizadas por las jóvenes en las conversaciones cotidianas son difíciles de asimilar y de comprender por quienes no compartimos ese mismo espacio de vida (lo cual deja ver que hemos sido socializadas en contextos y relaciones de pares distintas); la seguridad con la que reconocen estar expuestas

a la violencia sexual y feminicida⁸⁷ habla de un sometimiento a los controles que regulan su presencia en el espacio público y también a la regulación, más que de sus vidas, de su muerte.

El apoyo mutuo que encuentran en la amistad, que hace a hombres y mujeres jóvenes sobrellevar las experiencias de violencia o maltrato, esconde un riesgo en estos vínculos afectivos, puesto que sujeta a los jóvenes a las condiciones de vida por las que atraviesan al contenerlas y normalizarlas. No pretendo señalar a la amistad como una especie de tapadera de la violencia, sino señalar que, en el afán de apoyarse mutuamente y ante la falta de otros recursos y mecanismos personales y sociales, los jóvenes –hombres y mujeres- terminan normalizando y asumiendo una responsabilidad individual frente a los hechos que les aquejan sin poder elaborar justificaciones más complejas que involucren sus condiciones de vida y las responsabilidades de las instancias gubernamentales no acatadas.

La amistad se convierte en un tipo de relación en donde los jóvenes ponen en juego nuevamente su existencia, su razón y valor de vivir. Las interacciones que se suscitan en el marco de las amistades no están exentas de conflictos, controversias y divergencias, siendo también espacios en los que se repiten las formas de convivencia basadas en la desconfianza, la violencia y la incertidumbre. En estos espacios también gestionan su existencia y aseguran una vida que valga la pena vivir, pero a diferencia de las relaciones con las instituciones (que detallaré en el siguiente capítulo), entre los amigos es posible ver cómo la lealtad es un

⁸⁷ En agosto de 2013, Organizaciones de la Sociedad Civil que trabajan por los Derechos de las Mujeres, exigieron que se reconociera una “alerta ciudadana de violencia de género” en el estado de Chiapas, al sumar 40 asesinatos violentos de mujeres, mismos que podían tipificarse como feminicidios, en el primer semestre de ese año, durante el cual Tuxtla Gutiérrez figuraba entre los municipios con más números de mujeres asesinadas (Revista Proceso en línea, 2013). Durante el trabajo de campo supe de cuatro mujeres jóvenes encontradas en las calles de El Aguaje sin vida. Ninguna de estas muertes mereció importancia para aparecer en los medios, mientras que la gente de la colonia se limitaba a decir que “eso siempre pasa”. La alerta de género se estableció en 2016, pero a la fecha son casi nulas las acciones emprendidas desde el Estado para frenar este tipo de violencia que ha seguido sumando casos de vidas perdidas de mujeres sin recibir justicia. Según un reporte del Instituto Municipal de la Mujer, El Aguaje es la colonia con más casos de violencia hacia las mujeres (NVI Noticias, 2018).

valor que destaca por encima de casi todo, por lo que las pruebas para demostrarla siempre están presentes.

Los jóvenes constantemente ponen a prueba la lealtad y la confianza de sus amigos. Algunas veces de manera explícita buscan orillar a algunos amigos o amigas a tomar decisiones que reafirmen la validez y legitimidad de esa amistad. Otras veces se trata de circunstancias que suceden sin planearse, pero los jóvenes las elaboran como pruebas puestas por la vida para darse cuenta si esa amistad es verdadera o sólo pasajera. De esta manera, la violencia y la desconfianza se presentan como parámetros que rigen estas relaciones, sirviendo también como medidas de control sobre la vida de los otros, específicamente sobre la vida de los amigos, mostrando cómo opera el gobierno de los otros como efecto de las tecnologías de gobierno instaladas sobre el territorio.

En una misma semana me tocó ser testigo de la disolución de amistades que se juraban lealtad eterna. Las disoluciones tuvieron lugar como resultados de pruebas no superadas, en dónde los “perdedores” no eran del todo conscientes que estaban siendo puestos a prueba por el (supuesto) mejor amigo. El ideal de joven emerge entonces como sujeto al gobierno de los otros mediante pruebas constantes de lealtad impuestas por los propios amigos, a fin de mantener la amistad y la pertenencia.

Mana (15 años), Edgar (15 años) y Juan (18 años) han conformado una alianza de amistad muy fuerte. Casi siempre están juntos, no sólo en la escuela, también fuera de ella. Si alguno se mete en problemas, los tres asumían los problema como propios. Si alguno era golpeado los demás lo defendían, aunque no supieran cuál era el motivo. Los problemas de uno eran los problemas de todos “porque los compas son primero, uno debe dar la cara y la vida por ellos”, le decía Edgar a su mamá un día que los tres llegaron golpeados a su casa. En esa ocasión regresaban del fútbol caminado y tomando unas “micheladas” (en realidad era una compartida entre los tres), cuando unos tipos les salieron en una calle con la intención de “arreglar” un problema que tenían con Juan. Los tres jóvenes

amigos aseguraban no conocer a ninguno de ellos, sólo sabían que eran chavos que pertenecían a una banda, pero que no tienen nada que ver entre sí.

Al encontrarse de frente se fueron sobre Juan, pero al final golpearon a los tres y de paso les quitaron los tenis. El que salió peor fue Edgar, pues en la lucha por defender sus tenis, lo sujetaron de los brazos y le dejaron caer una piedra en un tobillo. Los sujetos se fueron triunfantes y los dejaron descalzos y sangrando; Edgar además quedó con la imposibilidad de caminar bien.

Esa tarde, yo los encontré a una cuadra antes de la casa de Edgar, mientras caminaba con Lizeth (15 años), a quien había visitado en su casa, y en ese momento me acompañaba hacia la parada de la combi. Al verlos descalzos y golpeados las dos nos asustamos, les preguntamos que había pasado y, como pudieron, nos contaron el incidente, aún exaltados, se escuchaban nerviosos, con la voz quebrada, pero con la certeza de que los habían agarrado desprevenidos - “porque sí no, yo los hago pedazos a esos *vatos*, los agarro a puras patadas y los destrozo” – decía Juan efusivamente.

Desprevenidos o no, venían camino a casa con los pies lastimados por el terreno accidentado y con caras de arrepentidos. Lizeth escuchó lo sucedido, se reía a ratos y después se despidió tranquilamente de todos, dejándome con ellos y diciéndoles que ojalá para el lunes ya estuvieran mejor porque se veían muy mal de la cara con los golpes. Al llegar a la casa de Edgar, su mamá se sorprendió y se angustió. La cara de tragedia la mantuvo casi toda la tarde, alternándola con gestos de enojo y preocupación.

Mamá: ¿Pero qué hacían por esa calle Edgar, ya te he dicho que no pases por ahí?- le recriminaba a su hijo.

Edgar: Ya lo sé, pero nunca me pasa nada. Esta vez porque nos agarraron desprevenidos, ni los vimo' llegar. Yo creo que ya nos andaban buscando porque querían pegarle a Juan- respondía con cara de sufrimiento y voz cortada mientras su mamá le tallaba el tobillo hinchado.

Mamá: ¿Pero por qué? ¿Qué te tenían que andar buscando, en qué andas metido pues?- le preguntaba a Juan.

Juan: Yo en nada, yo creo que fue por ese verga del Byron que desde hace unas semanas me quiere pegar y como ya vio que no me rajo. Le dije el otro día que nos diéramos pues, como hombres, afuera de la escuela, pero caso quiso. Como sabe que le puedo ganar.

Mana: Eso ha de haber sido, creo yo. Porque esos *vatos* son de la banda esa del Byron. Los LRS (La Real Santa).⁸⁸

Mamá: A mí no me importa si son de la LRS, la KW o lo que sea. Yo no quiero verlos así, que se pelean como perros de la calle. Los van a matar un día y ni vamos a saber en donde irlos a recoger... ¿Por qué Edgar, por qué te peleas si ya te he dicho que tú no seas así? Si Juan tiene sus problemas que los resuelva, tú te hubieras venido corriendo o hubieras pedido ayuda. Eso era mejor que andarse haciendo los valientes – les decía angustiada.

Edgar: No mamá, así las cosas no son. Yo no voy a correr por miedo si les pegan a mis amigos porque los *compas* son primero, uno debe dar la cara y la vida por ellos- dijo y se colocó una almohada en la cara con lo que le hizo entender a su madre que aquella conversación había terminado.

Mamá: Da la vida pues, primero a ver si puedes caminar. Son pedazos de idiotas todos ustedes. Por una tontería prefieren morir- concluyó, no sin antes aventar el pie que sobaba.

La historia continuó, pero aquí me interesa detenerme para analizar la fortaleza de esta relación de amistad.

Es probable que Mana y Edgar hubieran podido correr por temor a la golpiza o por buscar ayuda, pero no lo hicieron. Se quedaron y recibieron los golpes junto con Juan. Frente a la prueba que la vida les puso, respondieron como “verdaderos compas”, incluso retando la autoridad materna, para el caso de Edgar. La lealtad en este caso superó la prueba, la amistad salió adelante, aunque a ellos les costó dolor físico, unos tenis y un tobillo lesionado. La historia además sirvió para demostrar en la escuela y en otros espacios que ellos dan la cara, que no se rajan y que su amistad está primero. Su valentía les sirvió para tener la atención por un par de días. Después hubo más peleas en las que no estuvieron involucrados y su protagonismo mermó.

El lazo de amistad fue reforzado. Los tres estaban ahora seguros de sus amigos, de su lealtad y confianza, así como de tener a alguien a quién le

⁸⁸ Nombre clave asignado para efectos de esta investigación.

importaban. Uno de esos días, Juan seguía hablando del incidente y decía que sí le dolía todavía alguno que otro golpe recibido -“pero todos valen la pena por ver que tienes amigos que les importas, que te cuidan y no se rajan para estar contigo. La verdad es que con estas cosas uno se da cuenta que vale la pena vivir”-, decía con orgullo.

Destaca que la preocupación de la madre de Edgar fue tomada como incompreensión, incluso como una prueba más a su amistad. Prueba que por supuesto Edgar superó con éxito al imponérsele. Ya no importaba sí a ella le preocupaba y siempre le ha preocupado el bienestar de su hijo, lo importante era que los amigos de habían mantenido unidos recibiendo, primero los golpes y luego los regaños, juntos y, por lo tanto, vivir valía la pena, aunque sea una vida a golpes.

La actitud de la mamá es comprensible en tanto se preocupa por su hijo. Atendió a los tres, les limpió las heridas, les dio de comer y los regañó durante toda la tarde, pero para ella lo más importante era su hijo. Si Edgar hubiese corrido dejando solo a Juan y Mana, ella lo hubiese comprendido e incluso felicitado. Este incidente además trascendió a reforzar el vínculo que Juan y Mana habían estado tejiendo con la familia de Edgar, familia a la que veían como un “segundo hogar”: “se siente bien que regañen así bien, que no sólo te griten o te amenacen, como en mi casa, sino que se ve que sí se preocupan, que te atienden también y no sólo te gritan”- comentaba Juan frente a la mamá de Edgar, a quien el enojo no le pasaba.

En la historia se cruzó Lizeth, quien me acompañaba cuando encontramos a los tres golpeados. Su actitud al principio fue de sorpresa y angustia, pero conforme ellos narraban lo que había sucedido, ella se reía. Le causaba risa ver el tobillo hinchado de Edgar, el pómulo reventado de Juan y el ojo a medio cerrar de Mana. Tal vez la costumbre a la violencia la ha hecho asimilar este tipo de situaciones sin mayor emoción; siendo una espectadora de la “pornografía de la violencia” (Bourgois, 2005), poca impresión le causa una golpiza callejera. La risa y la burla que dejaba escapar mientras veía a sus compañeros lesionados pueden

ser mecanismos de defensa que la protegen a ella para no sentir angustia, pues ver a alguien después de una pelea te hace cobrar consciencia del lugar en el que estás y la violencia que lo marca.

Pero también existe otra justificación para su burla y su despedida tranquila: los tres jóvenes implicados en la pelea no forman parte de su círculo de amigos. Sí los conoce y no se llevan mal entre ellos, se saludan, platican, pero no se consideran amigos entre sí, sólo son “compañeros de la escuela”. Por tanto, el bienestar de sus vidas no son temas que les aquejen. Puede ser que les asombre lo que les pase, pero mantienen una postura y actitud casi fría, de desapego entre sí. Aunque sean vecinos y pertenezcan a una misma colonia, aunque atraviesen por condiciones similares de desventaja, la reciprocidad que se produce entre ellos no cimienta en la realización de un sentimiento de comunidad.

La violencia recibida y ejercida se convierte en clave para relacionarse, en pilares del Ideal de Joven. En un grupo de amigos se desecha al que no sigue esa pauta, pues todos tienen que dar la cara sin importar el género, la edad o de quién sea la responsabilidad. Los rechazados de estos círculos hacen sus propios grupos de amistad, basados en círculos de estudio y manteniendo relaciones cordiales con la autoridad, como Rafael y sus amigos. Cabe señalar que Rafael es quien fuera objeto de la broma con el bote de basura de la narración de inicio.

Es posible ver cómo estas relaciones de amistad, forjadas por la desconfianza y la violencia, puestas a prueba constantemente, despliegan actitudes e incluso pensamientos a manera de mecanismos del gobierno de los otros que refuerzan las condiciones de vida. Todos dicen desear lo mejor para sus amigos, pero si uno comienza a despuntar o a tener espacios diferentes o actividades diferentes, es puesto en duda de inmediato y puede ser expulsado del grupo de amigos.

Esta situación no es nada favorable, pues si se es expulsado de un grupo de amigos es probable que no se encuentre otro para reemplazarlo, o que se tengan que pasar otro tipo de pruebas para no estar solo. Si se pertenece al grupo de los “rebeldes”, es probable que cuando se pelee con sus amigos los otros no lo

reciban, pues no se comparten los mismos códigos y seguramente ellos fueron víctimas de algunas molestias provocadas por ese expulsado. Quedarse sin amigos no es opción, pues equivale a estar solo, a no pertenecer, a ser nadie. Para Reyna, una chica de 15 años, esto tiene mucho sentido.

Un miércoles caluroso, la maestra Elena salió del salón para arreglar un asunto en la Dirección, no sin antes dejar un ejercicio de matemáticas para que los estudiantes se entretuvieran en su ausencia. Una de las consignas de la escuela es que los estudiantes deben permanecer en el salón a menos que los profesores les digan lo contrario. Reyna terminó el ejercicio muy rápido y salió del salón, argumentando que sentía mucho calor. Mientras hojeaba una revista afuera, la maestra llegó y la reprendió. Reyna intentó zafarse de la sanción acusando a Lupita, su mejor amiga hasta ese momento, de haber estado besándose con Manuel mientras la maestra no estaba.

Esta acusación no salvó a Reyna del castigo, quien tuvo que hacer el doble de tarea en su casa, pero sí condenó a Manuel y a Lupita a un día de suspensión de la escuela. La acusación fue para Lupita una prueba de que Reyna no era su amiga y, sin importar que se conocieran y se juraran lealtad desde la primaria, le dejó de hablar y condicionó a los demás amigos del grupo a aplicarle la “ley del hielo”.⁸⁹

Durante una semana Reyna se paseaba sola por los pasillos de la escuela, comía sola en el receso, se iba sola a su casa de regreso de la escuela. De ser popular en la escuela pasó a ser una más en el entorno, y conforme pasaban los días, adquiría atención negativa, ya que Manuel le había puesto un apodo (la “changa”), y todos sus amigos, para demostrar su lealtad, tenían que gritárselo cuando pasaba frente a ellos. Lupita, por su parte, se encargó de hacer públicos los secretos de Reyna.

En una semana, las amigas inseparables se convirtieron en enemigas y la deslealtad de Reyna fue pagada con humillación y soledad. Estas circunstancias

⁸⁹ Condición en la que nadie a tu alrededor te dirige la palabra ni la mirada. El entorno entonces es cómo un gran bloque de hielo, frío, sin amigos.

la volvieron más hostil con los demás, lo que la llevó a encontrar empatía con otro grupo de chicas de su salón de clases, quienes se mantenían distantes del grupo de Lupita y sus amigas. Pero ahora Reyna tenía que pasar otras pruebas, más complicadas que sólo guardar silencio y no acusar a sus compañeros de estar besándose.

El nuevo grupo de amigas de Reyna pertenece a una banda de la colonia y ahora ella tenía que demostrar su lealtad, no sólo a las nuevas amigas, sino a la banda en general. Mientras que en las amistades cotidianas, las lealtades pueden ser puestas a prueba por diversas acciones, no planeadas y algunas inofensivas, en las bandas esto es diferente, ya que existen códigos muy bien establecidos sobre los que se erigen la pertenencia y la lealtad al grupo.

Una de las pruebas era fumar *pietra* y dejarse golpear por dos sujetos. Antes de llegar a eso, Reyna comentó que también había tenido que mantener relaciones sexuales con “el jefe” de la banda. Pese a que Reyna parecía dispuesta a pasar por estas pruebas, no pudo fumar *pietra* ni dejarse golpear, por lo que no fue aceptada como parte de la banda.

De nuevo, Reyna estaba sola y humillada. Paradójicamente, después de que las chicas de la banda habían corrido el rumor del “fracaso” de Reyna, Lupita volvió a dirigirle la palabra, argumentando que el riesgo que Reyna había asumido al intentar pertenecer a una banda, honraba la amistad entre ellas y que, además, no era lo mismo que ella quisiera venganza a que “otras” abusaran de su amiga.

Hay diferencias claras entre ser amigos, ser sólo compañeros de escuela y conocidos. Estas diferencias están condicionadas al espacio habitado. Algunos jóvenes no conciben tener amigos fuera de la colonia, además de que enfrentan muchas dificultades para lograrlo. Si conocen a alguien que les cae bien, este es considerado un “conocido” o compañero, pero no un amigo, pues los lazos de confianza difícilmente se establecerán dado el distanciamiento físico y social. Las pocas actividades de recreación que llevan a cabo en la ciudad, fuera de su colonia, los obliga a mantener sus relaciones de amistad ligadas al espacio

habitado, pues difícilmente entablan relaciones con otros jóvenes en otros espacios.

En el punto anterior cobra relevancia la escuela como espacio de socialización, así como algunos espacios dispuestos para la recreación, como el estadio de fútbol. No obstante, aunque acudan a escuelas fuera de la colonia, las amistades con lazos fuertes de confianza las remiten de nuevo al espacio de la colonia y la zona en donde esta se ubica, pues las pruebas de lealtad a las que están sometidos y, a su vez, someten a sus propios amigos, limita la trascendencia de otras amistades.

Algunas veces, cuando intentan y logran hacer amigos afuera, de otras colonias no cercanas, comienzan a tener conflictos al interior de su colonia. Los demás jóvenes y vecinos los llegan a tachar de presumidos al asumirlos diferentes, pues contar con amigos externos constituye una ventana a ese otro mundo al que los demás tienen dificultades para acceder.

Las amistades externas también son regidas por la desconfianza y pasan pruebas de lealtad. Pero también les posibilita a los jóvenes adentrarse a otros circuitos de vida, a veces lejos de la violencia, más cerca de otras formas de convivencia, de otros referentes de identificación e, incluso de otras emociones, o al menos, de otras maneras de experimentar y expresar sus emociones. Este tipo de relaciones les abre la posibilidad de someter sus repertorios de disposiciones a procesos de resocialización, lo que representa oportunidades para ampliar sus experiencias sociales. Sin embargo, los jóvenes de El Aguaje transitan con incertidumbre por estas relaciones externas, al no dominar los códigos de sociabilidad para interactuar con otros jóvenes, sucediendo que en muchas ocasiones se mantienen a la defensiva esperando ser agredidos u ofendidos por los otros, en la casi total incomprensión de lo que sucede, ya que les parecen mundos ajenos.

La vecina de Edgar era la mejor amiga de su hermana hasta unos meses después de que la chica comenzó la secundaria. La mamá de Rocío (la vecina), trabaja de intendente en una institución de gobierno, cerca de una secundaria

federal que está afuera de la zona de El Aguaje. Rocío no quería ir a esa secundaria, pues quería entrar a la secundaria de El Aguaje como la mayoría de los chicos que conocía, pero su mamá la obligó, argumentando que recibiría mejor educación en la otra escuela.

Luego de unos meses, Rocío tenía nuevas amigas, -“empezó a vestirse diferente y a hablar así *creído*”-, comenta Brenda, la hermana de Edgar. Entonces, la amistad entre ambas se fue fracturando porque Brenda comenzó a sentirse relegada, fuera de las experiencias que ahora Rocío tenía.

Ya hablaba ya de puras cosas fresas, de puras cosas de gente con dinero, que sí iba a comprar ropa en no sé que tienda de ahí del centro, que sí había ido con sus amigas al Parque de la Marimba... puras cosas así de creídos, de fresas pues. Me cayó mal y le dejé de hablar porque ella me hizo a un lado, porque yo no tengo dinero ni ando en esos lugares de gente rica que ella anda⁹⁰ (Brenda, 12 años).

No sólo Brenda dejó de hablarle a Rocío, también sus hermanos, amigos de sus hermanos, su mamá, papá y toda su familia dejó de ser amiga de Rocío la familia de ésta. Una relación de amistad entre vecinos se vio entonces fracturada por la idea de que esa joven no pertenecía al lugar, es decir, no estaba cumpliendo con el ideal de joven que impera en la colonia, por lo tanto, es rechazada.

Si vemos a la amistad como proceso social, entonces es posible dar cuenta de cómo el poder regula estas relaciones. El control se mantiene entre los grupos de amigos apegado a las normas y códigos que rigen el espacio de vida, en este caso a la colonia. Tener amigos afuera puede equivaler al rechazo; mientras que dejar de tener amigos dentro, puede equivaler a la soledad. El intento por distanciarse del ideal joven que se impone en el espacio habitado, implica un desafío que puede costar el reconocimiento social y la descalificación moral ahí dentro.

En el cumplimiento con el ideal de joven, en esa negociación de la existencia en las relaciones de amistad, los jóvenes se ven expuestos a pruebas de lealtad impuestas entre sus propios amigos. Quienes mantienen el poder son los que

⁹⁰ Los lugares mencionados por Brenda son públicos y populares.

dictan y vigilan las formas de convivencia y las circunstancias que son tomadas como pruebas. En el caso de Reyna y Lupita, la segunda gozaba de mayor empatía con los amigos, además de considerarla más bonita. Ella fue quien decidió que Reyna había sido desleal, la señaló y condenó a no pertenecer, a estar sola. Posteriormente, la perdonó y convenció de nuevo a los demás sobre su amistad, pues con su humillación frente a los otros jóvenes con quienes quiso simpatizar, había demostrado ser leal.

Para el caso de Rocío, el rechazo y la soledad se convirtieron en sentencia cuando Brenda y su familia -quienes ostentan mayor autoridad debido a la cercanía con algunos líderes de la colonia y partidos políticos-, la condenaron por ser “creída”. La amistad se da en entramados de relaciones que no están exentas del poder, que buscan sostener el gobierno de los otros, justificando y manteniendo el orden establecido o, en casos extremos, rompiendo con él. Salir del entramado de estas relaciones de poder no es tarea fácil, para ello, los jóvenes necesitarían cobrar consciencia de su condición y posición social, así como ubicar sus inconformidades en una esfera más allá de la individual y, sobre todo, confiar en el otro; cuestiones que se presentarían como oportunidades si se ampliaran los espacios para las resocializaciones.

5.3. Noviazgos: cuando la eternidad es efímera

En las relaciones de noviazgo, como en las de amistad, también aparece la lealtad como valor puesto a prueba constantemente. Pero, a diferencia de la amistad, en estas relaciones la deslealtad no se paga con la soledad, al contrario, puede reforzar lazos de amistad.

En los noviazgos destaca principalmente la generación de lazos efímeros, aunque los jóvenes los experimentan como sólidos y duraderos. La violencia y los mecanismos de poder basados en el control y la autorregulación de los cuerpos y las emociones son reproducidos constantemente en este tipo de relaciones, al igual que entre las amistades. Estos mecanismos los han interiorizado de tal

manera que, no solamente los ejercen para dominar al otro en las relaciones forjadas, sino para mantener en línea las prácticas y discursos dentro del enclave y fuera de él, controlándose entre ellos y a sí mismos; es decir, “el rebaño se vuelve pastor de sí mismo” (Dafuncho y Grinberg, 2013: 262).

Los jóvenes de El Aguaje presentan un interés hacia el noviazgo desde temprana edad. Las primeras experiencias en este tipo de relaciones las tienen desde la primaria, mientras que los jóvenes no escolarizados dicen también haber tenido sus primeras experiencias de noviazgo entre los 8 y 10 años de edad. La edad en estas relaciones coincide con la entrada de muchos jóvenes a las bandas de la colonia, lo que podría estar vinculado a que un factor valorado dentro de estas agrupaciones, son las relaciones de pareja: a más parejas sentimentales y sexuales más reconocimiento y estatus obtienen, tanto para jóvenes hombres como mujeres.

El control no deja libre a estas relaciones, por lo que en la decisión de tener un novio o novia, las opiniones de los amigos de cada quien tienen mucha relevancia. Si a las amigas o amigos no les cae bien o no les agrada el sujeto en cuestión, el noviazgo no se lleva a cabo, y si lo hacen este se ve teñido por constantes riñas y comentarios negativos y degradantes entre la pareja y los amigos. Estos acontecimientos colocan a los jóvenes en situaciones de mayor incertidumbre, pues los obliga a tener que mediar controversias entre las personas con las que se identifican y quieren estar, al grado, a veces, de encontrarse frente a la disyuntiva de decidir entre unos u otros. Cuando esto sucede, por lo regular es la pareja a quien se renuncia, pues el control ejercido por los amigos es mayor y la sanción por “abandonarlos” resulta más riesgosa que dejar a la pareja.

Abraham (15 años) y Eloísa (16 años) llevaban tres meses de noviazgo. En el contexto de El Aguaje, estas relaciones de pareja suelen durar poco tiempo, por lo que tres meses se considera mucho tiempo. Casi siempre estaban juntos, se les veía contentos y Abraham decía estar muy enamorado de Eloísa. Conforme el tiempo fue pasando, las amigas de Eloísa empezaron a sentir celos porque consideraban que ella pasaba más tiempo con él que con ellas. Ya no sólo se

veían en la escuela, también lo hacían afuera de esos muros. Esto sucedió porque Abraham sintió la responsabilidad de “pedir permiso” a los padres de Eloísa para ser novios y estos aceptaron. Así que dos veces por semana, Abraham visitaba a Eloísa en su casa; mientras que a las amigas las veía pocas veces fuera de la escuela, siendo esta una circunstancia relacionada al contexto (porque a Eloísa, como a la mayoría de jóvenes mujeres, no las dejan salir solas fuera de casa, ni andar con las amigas en la calle con las amigas), más que una decisión de la propia Eloísa.

A Jacky (15 años) y Esme (15 años), las mejores amigas de Eloísa, no les pareció que la situación les favoreciera, por lo que comenzaron a presionarla para que terminara la relación con Abraham bajo el argumento de que sí seguía con él, sus padres la obligarían a casarse apenas terminara la secundaria, cuestión que a Eloísa no le parecía aceptable puesto que decía querer seguir estudiando o trabajar, pero no casarse tan joven.

Como paréntesis, debo mencionar que en el contexto de El Aguaje no es raro que las mujeres contraigan matrimonio a corta edad, o se embaracen. Muchas jóvenes dan este paso una vez que concluyen la secundaria debido, entre otras cosas, a las pocas expectativas que mantienen sobre su futuro. No ven esperanzas en el ámbito escolar ni laboral, por lo que deciden casarse y dedicarse a los hijos y al hogar. Así mismo, ven en el matrimonio “un refugio para su soledad”, una salida para problemas personales que les aquejan. Saraví (2009: 153), señala que tanto el matrimonio como el embarazo a corta edad en jóvenes de sectores populares puede ser producto de una precipitación de eventos. Es decir, frente a la ausencia de aspiraciones más allá del matrimonio y la maternidad/paternidad, los jóvenes sólo precipitan, adelantan “unos pocos años eventos próximos y previsibles”.

Siendo esta una realidad, Eloísa empezó a sentir incertidumbre y angustia respecto a su relación amorosa por la presión que sus amigas ejercían de manera constante. Al cabo de una semana, después de cumplir los tres meses de noviazgo, Eloísa le dijo a Abraham que su relación ya no tenía futuro y terminó con

él. Por su parte, Abraham se veía desconsolado y no entendía qué pasaba, mientras que las amigas de Eloísa parecían muy felices. El rompimiento de esta relación llevó a que entre los amigos de Abraham y las amigas de Eloísa también se dejaran de hablar, así terminaron de deshacer una sociedad de amigos que los novios sentían muy segura.

No sólo los amigos presionan para que los noviazgos lleguen a su fin, también los padres lo hacen cuando se enteran que su hijo o hija tiene una relación con el hijo o hija de algún vecino con quien no tienen una buena relación. Así, las relaciones que los jóvenes construyen son interpeladas por otras las relaciones de poder, las cuales median sus decisiones sobre las personas a quienes quieren destinar sus afectos. Si no es la familia, son los amigos quienes influyen en que se lleve a cabo o termine una relación amorosa. Escapar a este control no es fácil, si se quiere gozar de la aceptación y la pertenencia a un grupo, pero ¿por qué pesa tanto la influencia del grupo en la vida de los jóvenes?

René Kaës (2012), desde una mirada psicoanalítica, explica que la importancia del grupo radica en que en este se depositan los ideales con los que se identifican los sujetos. El yo - argumenta el autor- se estructura necesariamente en el vínculo con el otro, primero a partir de la “idealización temprana” y, posteriormente de la “idealización secundaria”.⁹¹ A partir de tales idealizaciones, el otro como objeto encarna un ideal que el yo establece en él, por lo que este estará sujeto al vínculo, a la aceptación y pertenencia del otro, de un grupo que integre el ideal que se persigue, que reconozca al sujeto y reafirme su existencia, puesto que “el yo se encuentra desprovisto para hacer frente a las vicisitudes de su unidad, de su continuidad y de su protección”; por lo tanto, el grupo constituye “una defensa contra el desamparo originario” (Kaës, 2012: 57).

Frente a lo anterior, se hace posible comprender, en cierta medida, la importancia que para los sujetos tiene la pertenencia a un grupo, sobre todo durante la etapa de la juventud. Los jóvenes de El Aguaje están inmersos en un

⁹¹ Las explicaciones de dichos estadios de idealizaciones son similares a las explicaciones teóricas que Berger y Luckmann (2003) realizan sobre las socializaciones primaria y secundaria.

espacio urbano y social acotado, que los obliga a sujetarse a los controles que sus grupos, tanto de familia como de amistades, imponen para recibir el reconocimiento social y no perder la pertenencia que los llevaría a experimentar el desamparo en soledad.

Cuando una relación llega a su término, los jóvenes atraviesan por una etapa de duelo que permea también al grupo de amigos. Quienes han terminado la relación de noviazgo se sienten tristes y expresan su dolor abiertamente. Es fácil distinguir estas emociones en las mujeres, ya que suelen llorar en el receso de clases o en las calles. Los hombres recurren a otras formas de duelo, algunas basadas en la violencia y el consumo excesivo de alcohol. No es raro que después de una ruptura amorosa, el joven en cuestión llegue a la escuela alcoholizado, o que ahí se alcoholice; tampoco es raro que busque venganza si hubo algún tercero o tercera en disputa, siendo esta situación uno de los móviles de las peleas callejeras.

El duelo ante la ruptura suele durar unos días o un par de semanas. En ese tiempo es probable que los dolidos encuentren parejas nuevas, a quienes comienzan a amar casi de manera irracional y apasionada a los pocos días de comenzada la relación. Con esto se pone de manifiesto un derrotero circular de la vida en pareja para estos jóvenes.

Ante la soledad y desamparo constante en el que se encuentran, ven en las relaciones de pareja una línea de fuga que les posibilita sentirse integrados y amados por alguien. Suelen prometerse amor eterno, lo viven así, se entregan a esas relaciones y lo demuestran todo el tiempo, pero la eternidad no les dura tanto. Lo efímero y fugaz de estas relaciones los lleva a continuar en el círculo de dependencia, no hacia una persona en específico, sino hacia una pareja en general.

Por supuesto que existen parejas más sólidas que han soportado el paso del tiempo. Curiosamente estas parejas demuestran no tener un círculo de amigos amplio, siendo tal vez ese el factor que les permite vivir en mayor libertad su relación. Pareciera que en las relaciones amorosas los sujetos son desechables. Pueden andar con alguien hoy, terminar mañana, llorar hasta el tercer día y comenzar una nueva relación el quinto día. Esta realidad se inserta en un fenómeno más amplio y global que Byung-Chul Han (2014: 18) llama “la agonía del eros”, planteando que en la era actual el amor ha sido “domesticado para convertirlo en una fórmula de consumo, como un producto sin riesgo ni atrevimiento, sin exceso ni locura”, como algo efímero y fugaz.

Imagen 9: El día del amor



Fuente: Fotografía propia, 2015.

Han sugiere que el amor ha dejado de ser atrevimiento y transgresión para ser una vivencia que se consume y desecha circularmente, sin trastocar la comodidad de la vida, lo seguro y cierto de la misma. De esta manera, elegir a una pareja que confronte lo dado y rompa la inercia social es un riesgo que se procura no asumir. Los jóvenes protagonistas de esta investigación, a su corta edad, han acumulado una lista larga de parejas sentimentales, y algunas sólo sexuales,

buscando asegurar un estatus dentro de su ámbito social sin que ello represente una transgresión al orden establecido. Un ciclo que los mantiene en la fugacidad de las emociones agradables o que les provee de certezas (aunque pasajeras), distanciándolos de la experiencia de la pasión y el sufrimiento, de la “trascendencia y transgresión” que, según Han (2014), el amor trae consigo.

Lo acotado del espacio hace que las opciones de los jóvenes para elegir una pareja sean reducidas, lo que lleva en algunas ocasiones a que la expareja sea la nueva pareja del amigo, sin que ello afecte en mucho la relación de amistad. Cuando esto sucede, que la expareja pasa a ser la nueva pareja del amigo o amiga, los jóvenes reaccionan de manera particular. En el caso de los hombres, se suscitan malestares, pero dicen entenderlos y se empeñan en conseguirse a alguien más, si aún no lo han hecho. Para el caso de las mujeres, andar con el ex de una amiga es casi declararle la guerra, es una traición. Estas diferencias en los repertorios comportamentales y actitudinales entre hombres y mujeres responde, quizás, a la violencia distribuida y ejercida de manera desigual a partir de las relaciones de poder basadas en el género. No se trata sólo de que los hombres dominen sobre los cuerpos y conductas de las mujeres, sino de las mismas mujeres controlándose y dominándose entre sí, sometiéndose a pruebas de lealtad aún más rigurosas que las de sus pares masculinos.

Durante la etapa de juventud se atraviesa por múltiples inquietudes y dudas, una de ellas es la sexualidad. El noviazgo se convierte así en la instancia óptima, aunque no la única, para explorar este ámbito de la vida, del cuerpo y de las emociones. Pero también se convierte en un proceso expuesto y mediado por el poder, por las desigualdades de género, controlado y sujeto al espacio.

En las relaciones de noviazgo surgen las primeras experiencias sexuales entre los jóvenes; por lo que, si han comenzado un noviazgo desde los 9 o 10 años, es probable que a los 12 años, incluso antes, tengan la primera experiencia sexual. La mayoría de los jóvenes que conocí durante el trabajo de campo habían comenzado su vida sexual entre los 12 y 14 años de edad.

Estas experiencias suelen darse en marcos de mucha presión por los amigos o amigas, para demostrar “madurez”, o en ocasiones por cuestiones de abuso por parte de la pareja o por amigos hacia quienes se sienten atraídas, para el caso de las mujeres, como le sucedió a Paola en la reseña de vida expuesta en el capítulo 3. Cuando esto sucede, las jóvenes mujeres callan el hecho, resignándose a lo ocurrido y asumiendo que así tenía que ser. Nuevamente la violencia sexual hacia las mujeres jóvenes pone en evidencia la vulnerabilidad y el riesgo en el que se encuentran dada su condición de género, así como el control que se ejerce sobre sus cuerpos.

Bourgois (2010: 225) encuentra en su paso por el Harlem (Nueva York), una serie de relatos de violaciones sexuales hacia las mujeres por parte de sus informantes, cuando ellos eran más jóvenes. Estos encuentros sexuales marcados por la violencia y el terror dirigido hacia las mujeres son justificados hablando de las mujeres como “sujetos voluntarios o incluso complacientes de las violaciones”, las cuales a veces llegaban a ser grupales. Para el autor, estos relatos “ofrecen un vistazo interior de la violencia cotidiana y la dinámica misógina de la cultura callejera” (Bourgois, 2010: 229). Sin embargo, para el caso de El Aguaje, y me atrevo a decir que para otros espacios de México, estos actos de abuso sexual hacia las mujeres no se dan en el marco de una cultura callejera exclusivamente, sino de una cultura patriarcal más íntima que cosifica el cuerpo de las mujeres y cimienta su dominación a partir de la posesión, extendiéndose a casi todos los espacios en los que se desenvuelve la vida. Este tipo de violencia “normalizada” y rutinizada (Bourgois, 2009) encuentra eco en las instituciones gubernamentales que, al reproducir prácticas y discursos que permiten la violencia sexual y de género la convierten en habitual, la normalizan y la vuelven invisible, otorgando cierto grado de legitimidad a la misma.

La violencia cotidiana (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004), rutinaria, que se repite constante y continuamente, llega a permear la existencia de los jóvenes al grado de convertirse en un factor que regula y organiza sus vidas y sus relaciones. Bajo esta lógica se justifican las violaciones sexuales que sufren las mujeres por parte de la pareja en turno. Los jóvenes hombres asumen que ellas desean tener

relaciones sexuales, pero “se hacen del rogar”, y ellas lo viven como algo que debía pasar (nuevamente), o ceden ante la presión o los golpes por miedo a ser reprendidas de otra forma.

Cabe señalar que las jóvenes que vivieron una experiencia de abuso sexual por parte de su pareja hacen una diferencia entre esta vivencia y una posible (o a veces real), violación sexual en la calle u otro lugar por parte de un desconocido. Para ellas las situaciones no son ni siquiera cercanas. Aunque reconocen que fueron presionadas y maltratadas por su pareja para acceder a tener relaciones sexuales, el hecho de conocerlo y compartir la vida con ellos las lleva a eximirlos de la culpa; mientras que, lo que sucede en la calle por parte de un desconocido sí es reconocido como violencia. Al respecto, vale decir que existe actualmente un debate en curso, escasamente tematizado en términos académicos, en el cual se aborda cómo en contextos de precariedad, la ausencia de consentimiento no es conceptualizada de manera directa como violencia. El caso de Paola incluso muestra cómo ella elabora una justificación respecto a la violación que sufrió, señalando que, aunque el joven agresor no era su novio, a ella le gustaba mucho y, por lo tanto, ella consintió el acto sexual, pese a estar inconsciente.

Frente a esta imposibilidad de elaborar la violencia sexual por parte de la pareja como tal, la culpa que emerge como emoción frente al acontecimiento es depositada en la figura femenina, como responsable, incluso provocadora, de la violación cometida. Siguiendo a Ahmed (2015), la política cultural de las emociones regula los cuerpos y su conducción en los espacios, tanto públicos y privados, sometiendo a unos frente a otros. En los actos de violencia sexual hacia las jóvenes por parte de sus parejas sentimentales es factible observar cómo la culpa opera como una respuesta emocional que enjuicia a las mujeres en tanto poseedoras de un cuerpo femenino, bloqueando la posibilidad de conceptualizar lo vivido como un acto de violencia hacia ellas, puesto que han sido socializadas como sujetos con cuerpos desprovistos de valor y cosificados.

De esta manera vemos cómo la exposición a patrones de socialización en donde la violencia y la vulneración de los cuerpos es constante, llega a

normalizarse, y para el caso de las relaciones de noviazgo o pareja, opera “a través de lógicas y tensiones específicas de violencia romántica” (Bourgois, 2009: 49). La violencia normalizada, al ser legitimada y justificada, se convierte en una violencia simbólica que lleva a la autoculpabilización. La culpa, experimentada como condena moral, resulta en la base de injusticias sociales que colocan a las mujeres jóvenes en mayores desventajas respecto a sus pares varones, siendo una condición que se reproduce por parte de las instituciones locales, como lo presentaré en el capítulo siguiente.

Más allá de los casos de violencia sexual, la mayoría de las y los jóvenes comienza su vida sexual, como he mencionado, a temprana edad, pero no siempre en el marco de una relación de noviazgo. Algunas de estas primeras experiencias sexuales las tuvieron entre amigos o “conocidos” que, por lo regular, son amigos de amigos. En las relaciones de pareja que los jóvenes construyen existe una trama de posibilidades: ellos trazan diferencias entre quienes asumen como sus novios o novias y quienes son sólo amigos “con derechos”,⁹² “andes”,⁹³ “fajes”.⁹⁴ Esto depende de dónde conozcan a la posible pareja, la cercanía con él o ella y las circunstancias por las que pueden estar juntos, además, claro, de la aprobación del grupo de amigos.

Algunas mujeres jóvenes comentaban tener una relación de “faje” con el primo de alguna amiga que no vive en la colonia y con quién saben que esa interacción no trascenderá hacia una relación amorosa formal. Otros jóvenes decían tener “amigos/as con derechos” entre sus vecinos o algunos jóvenes de alguna banda, sólo por el hecho de gustarles, pero no querer tener algo más serio con ellos.

Un dato interesante que surgió entre conversaciones informales con algunas jóvenes, y que después corroboré y profundicé en entrevistas puntuales, fue que

⁹² Tienen una relación de amistad y ocasionalmente se besan y/o tienen relaciones sexuales.

⁹³ Se tratan como si fueran una pareja, pero la relación no es formal. No se reconocen “oficialmente” como novios, pero todos asumen que son “andan” juntos, que son pareja.

⁹⁴ No son amigos ni novios, se conocen y casi no se ven, pero cuando se ven es probable que se besen y se toquen, sin llegar a tener relaciones sexuales.

algunas preferían las relaciones de pareja con hombres adultos argumentando que no les gustan “los niños inmaduros”.⁹⁵ Detrás de estas situaciones existen relaciones de dominación en donde, además del género, la edad juega un papel decisivo como condición para la distribución desigual de la violencia. De esta manera, ellas se ven inmersas en constantes manipulaciones, control y abusos sobre sus cuerpos y sus vidas por parte de los adultos.

En las conversaciones con ellas sobre el tema, salió a relucir una cuestión interesante: el uso del cuerpo como medio de intercambio. Las jóvenes constantemente hacían referencia a formas de vestir, caminar, moverse frente a hombres adultos que querían “conquistar”, a sabiendas que podrían obtener algunas cosas deseadas a cambio; es decir, existe un uso del propio cuerpo como moneda de cambio para negociar la obtención de ciertos objetos deseados que no pueden ser adquiridos (o al menos no de manera sencilla) por otros medios (ropa, celulares, crédito para el celular, zapatos, etc.); tales objetos son valorados en tanto las posicionan en un nivel superior de prestigio frente al resto de las jóvenes.

Los hombres adultos con los que suelen salir algunas jóvenes son, por lo regular, taxistas, choferes de combis, policías y algún funcionario público de cualquier nivel. Las jóvenes señalaban en las conversaciones que lo hacían porque “es una aventura que vives. Sales a dar una vuelta lejos de aquí, en carro, te compran cosas, si quieres un elote, una nieve, o más cosas más caras, como ropa o lentes de sol” (Lupis, 16 años).

Los objetos no son la recompensa única. Las chicas también ven como recompensa los lugares a donde las llevan, que pueden ser desde una plaza pública como el Parque de la Marimba, una plaza comercial o el cine, o cualquier otro lugar que no visitan regularmente. Algunas señalaban haber sido llevadas a moteles y hoteles de paso, diciendo que conocían dos o tres de esos hoteles y les

⁹⁵ Las relaciones con hombres adultos no se restringen a las mujeres jóvenes. Algunos, aunque pocos jóvenes varones me llegaron a comentar que eran “buscados” o “seguidos” por “señores” que les ofrecían cosas a cambio de dejarse tocar o tener relaciones sexuales con ellos. Lo que ellos nombraban como ser “buscados” o “seguidos” son claras manifestaciones de acoso y hostigamiento. Este tipo de acciones abre la discusión sobre el acoso dirigido, no sólo a las mujeres por una cuestión de género, sino a cuerpos que se cosifican, vulneran y son susceptibles de ser denigrados y hostigados por una condición de desventaja social, por una cuestión de clase.

gustaban porque “son lujosos, las camas están buenas, las cobijas están bonitas, todo. Tienen un baño bien hecho, regadera, todo es como de lujo” (Lupis, 16 años). Los hoteles de paso a donde las llevan no son los más lujosos de la ciudad, pero eso parece no importar cuando la precariedad domina el espacio cotidiano.

Lo que encierran este tipo de relaciones, que a veces se limitan a encuentros casuales, son prácticas de abuso sostenidas sobre las condiciones de desventaja de las jóvenes, así como por la política cultural de las emociones que condena moralmente a las mujeres por el ejercicio –bajo consentimiento previo o no- de su sexualidad. Ellas pueden decir que salir con un hombre que les dobla o triplica la edad es su elección, pero detrás de esa supuesta libertad de elección existen mecanismos y técnicas de poder que somete a las mujeres frente a la dominación masculina, que cosifica sus cuerpos para poder acceder a ellos como meras cosas de uso e intercambio: ellas obtienen una cosa deseada a cambio de poner su cuerpo como cosa.

La violencia que permea al espacio habitado se filtra en la subjetividad de las y los jóvenes, les configura su presencia en el mundo y también su propio cuerpo. Por ende, su sexualidad está en juego bajo estos parámetros. En la lógica de alcanzar un ideal, llegan a poner la carne y la vida con el fin de ser reconocidos y legitimar su existencia.

Por otro lado, en estas relaciones de pareja los, y especialmente las, jóvenes suelen encontrarse con otra situación a enfrentar: los embarazos no planeados. Durante el trabajo de campo cuatro jóvenes mujeres se embarazaron y dos jóvenes hombres fueron padres.⁹⁶ Las reacciones ante este evento no fueron tan fatales como yo pensaba, pues en mi esquema de vida, un embarazo no planeado y a “temprana edad” representa un obstáculo para continuar el proyecto de vida planteado. Pero, para las y los jóvenes de El Aguaje, el evento de convertirse en madres/padres fue vivido con aceptación e incluso alegría.

⁹⁶ Siguiendo en contacto con algunos jóvenes he sabido que, al menos, ocho jóvenes más se han embarazado después de un año de haber realizado la investigación de campo.

Concha –Eastman y Concha exploraron algunas situaciones que los jóvenes de un barrio similar a El Aguaje, en Calí (Colombia), reconocían como riesgos. La mayoría de estos jóvenes señalaban como experiencias negativas y de riesgo, las conductas sexuales que terminaban en embarazos no planeados. Especialmente las mujeres jóvenes decían que al ser tan jóvenes “estas madres/padres no se han desarrollado aún como adultos para asumir la responsabilidad (...) de educación y crianza”; mientras que otras mujeres señalaron además que el embarazo a esas edades representaba “un evento que impide la superación y corta las expectativas de lograr un futuro mejor” (Concha-Eastman y Concha, 2014: 248-249). Estas respuestas parecen contrastar con la realidad de El Aguaje, en donde la mayoría de las jóvenes que estaban en la secundaria no veían como problema tener hijos antes de los 18 años. Mientras que las mujeres que no acuden a la escuela con las que tuve contacto, ya eran madres o estaban por serlo.

Esto se enmarca en una realidad más amplia sobre la problemática que los embarazos no planeados en adolescentes y jóvenes representa actualmente en México, pues según datos de INEGI (2015), anualmente se registran más de 400,000 embarazos en mujeres entre los 12 y 29 años de edad. A la par, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) refiere que en el país se atienden 1,252 partos al día de mujeres entre los 12 y 19 años de edad y, según el Informe “Estado Mundial de las Madres 2015” emitido por la organización Save the Children, 19.4% de las madres en México son adolescentes.

Para las mujeres de El Aguaje estas estadísticas resultan irrelevantes en su vida diaria. La Estrategia Nacional para la Prevención del Embarazo Adolescente, lanzada por el gobierno federal en el año 2015, realizó una de sus presentaciones formales en Tuxtla Gutiérrez, pero no llegó (ni ha llegado) a ser parte de la realidad de la vida de los jóvenes tuxtlecos en general, ni de El Aguaje en particular.

La carencia y mala calidad en la información y educación que reciben no llega a concretar en estos jóvenes una visión más amplia de lo que implica ser

madre/padre, sobre todo cuando se vive en condiciones de pobreza y precariedad social. Estos jóvenes mantienen una actitud abierta hacia el embarazo a la edad que presentan; para ellos no representa un conflicto que se sume a las estadísticas nacionales, sino la anticipación de un acontecimiento que desean que suceda y, si el suceso se anticipa, asumen la responsabilidad como si de un devenir ineludible se tratara.

Detrás de esta situación se encuentran varias aristas para su análisis. Una de ellas es el abandono institucional, que encierra la falta de atención hacia la salud y educación sexual y reproductiva de los jóvenes. También se visibiliza un desconocimiento de los derechos sexuales y reproductivos que como jóvenes poseen, así como la falta de información respecto al funcionamiento y disfrute del cuerpo y su sexualidad, que los lleva a no prevenir algo que es completamente factible de evitar.

Así mismo, no se considera lo que Duschatzky y Corea (2006: 65) plantean como “la caída del paradigma burgués de la diferenciación sexual”, a partir de la cual se han alterado las “prácticas y significantes en los que tradicionalmente se jugaba la diferencia de los sexos”, por lo que el ser padres o madres a temprana edad ha dejado de ser una cuestión de destino, castigo, vergüenza, dando paso a la decisión, al deseo, a la indiferencia e incluso al rechazo. En poblaciones precarizadas como la de El Aguaje, el embarazo puede constituir un medio deliberado para obtener el status de adulto, y no deberse tanto a la falta de cuidado y precaución o a una especie de “precocidad”, como lo señala Fernández Kelly (2015).

Las jóvenes que se embarazaron mientras yo me encontraba haciendo el trabajo de campo dejaron de estudiar, pero eso pareció no importar, pues asumían que ellas estaban preparadas para “su nueva vida”. Así la maternidad/paternidad coloca a los jóvenes en otra dimensión de ser sujetos, esa “nueva vida” a la que hacen alusión les asegura una aceptación social en el mundo adulto, pues aunque al principio sean regañados y sancionados, el embarazo y el nacimiento del bebé les brindará un reconocimiento social diferente. Este dato es comparable con una

investigación llevada a cabo por García Hernández (2016), en la Delegación Iztapalapa en la Ciudad de México, en donde refleja cómo el embarazo en mujeres jóvenes es experimentado como una oportunidad que les permite a las jóvenes obtener reconocimiento y estatus, más que como un problema que limitara un plan de vida inexistente.

Algunas familias mencionaban al respecto que este tema les preocupaba, pero que, si su hijo o hija los convertían en abuelos, asumían la responsabilidad con ellos. La situación entonces se comprende y se asimila como parte de la vida, como algo normal que tendrá que suceder tarde o temprano, puesto que sus marcos de aceptación y reconocimiento social, lo permiten.

¿Cómo un embarazo a esta edad pasa a una estadística negativa cuando esa joven no tiene mayores expectativas en su vida? La mayoría de estas jóvenes señalaba que no llegarían a los 25 años, y aunque la probabilidad asegure que vivirán más de 60 años, las expectativas sociales que mantienen las ha sumergido en una desazón por el futuro, acompañada de incertidumbre por lo que vendrá y ante eso, embarazarse siendo tan jóvenes, no está mal visto.

Siguiendo a Saraví (2009), tan sólo han apresurado un evento que llegaría tarde o temprano y, que dados sus recursos sociales y económicos, no ven que sus circunstancias podrían ser diferentes entre ahora y unos años más, por lo tanto no hay diferencia entre ser madres ahora o tenerlo en 10 años. Incluso pueden ver una ventaja, “porque ahora pues ya tengo algo que hacer, algo de qué ocuparme y me gusta. Porque a la escuela si me gustaba ir, pero me aburría, pero ahora pues ya le importo a alguien, ya tengo a quién cuidar” (Ale, 15 años).

Algunas jóvenes que se embarazaron después de terminar la secundaria continúan estudiando, lo que les posibilita acceder al programa social de madres solteras (aunque no siempre lo sean), con lo que reciben un estipendio bimestral. Como todos los programas sociales, este está condicionando a ciertas reglas impuestas institucionalmente, entre las que destacan continuar estudiando y asistir a reuniones frecuentes, pero también están condicionados a reglas impuestas desde la arbitrariedad de los intereses políticos ilegítimos impuestas por los

“mediadores” (que por lo regular son los representantes o líderes de la colonia), como el asistir a eventos políticos bajo el chantaje de no poner en riesgo el beneficio.

Como da cuenta Auyero (2001: 180), este tipo de reglas no son oficiales, pero se despliegan en el territorio a fin de controlar a los beneficiarios mediante los programas, y, dado que no existe una “tercera parte mediadora”, queda boqueada la posibilidad de reclamar o levantar quejas (en caso de que las hubiera) por parte de los beneficiarios, coartando con ello un derecho. Así, los programas sociales se introducen en el territorio como “instrumentos de vigilancia y control” que “condicionan a la población a cumplir algunas normas de conducta” a partir de sus necesidades de vida (Wacquant, 2010b), con opciones muy limitadas, incluso nulas, para expresar inconformidades o exigir derechos plenos.

Lo anterior es relevante al seguir la lógica de cómo una relación primordial en la juventud, como lo es el noviazgo, puede llevar a los jóvenes a insertarse en dinámicas controladas por los intereses políticos de quienes ocupan los poderes del Estado. Así, el control y el manejo político de sus vidas no deja de ser una realidad sometida al cálculo, que permea la subjetividad de estos jóvenes en las diversas relaciones que tejen en sus vidas, aunque ello no necesariamente somete sus lealtades a partidos o líderes políticos específicos.

En la negociación de la existencia, para el caso de las mujeres, ser madres les asegura un reconocimiento que no les da el sólo hecho de ser jóvenes, o estudiantes o simplemente vivir. Con la maternidad aseguran la obtención de valores que en su vida cotidiana tienen que ser disputados, como el respeto; obteniendo también como plus, la atención (aunque sea por un momento) y la certeza de la importancia de su existencia porque han dado vida, en las circunstancias que sean.

La negación de los jóvenes hombres por reconocer su paternidad no parece ser un problema para las mujeres jóvenes madres. Pareciera que es una situación esperada al ser hijas de madres solteras o conocer vastas experiencias similares. El embarazo se convierte en un recurso para fortalecerlas, para aminorar el

impacto del abandono masculino. Sin embargo, tampoco es una realidad frecuente la evasión de la responsabilidad paterna.⁹⁷

La mayoría de los jóvenes hombres que conocí decían estar preparados para ser padres cuando fuera. En estas situaciones de maternidades/paternidades asumidas, de jóvenes que se convierten en padres y madres sin planearlo, es posible ver como la condición de juventud se transforma. Aunque mantengan las mismas amistades, la convivencia cambia, dejan de frecuentar los mismos espacios, de contar con el mismo tiempo para compartir, los temas de conversación toman otras prioridades, y el trabajo comienza a ser una piedra en el zapato que les produce mayor incertidumbre; a pasos veloces incursionan en la adultez debido a las responsabilidades asumidas, aunque estadísticamente sigan siendo jóvenes.

5.4. Las Bandas del barrio: Semblantes de atracción y temor

La conformación del Ideal de Joven se sustenta bajo dos parámetros: las condiciones del espacio habitado y las condiciones que regulan las relaciones que establecen los jóvenes, en este caso con sus pares.

Las condiciones tanto del espacio como de las relaciones también permean las identificaciones que los jóvenes realizarán a lo largo de su vida. Así, la precariedad y la violencia del entorno, aunado a los mecanismos de control y dominación que organizan y cimentan sus relaciones, son marcadores de las identificaciones que elaborarán durante su vida, siendo susceptibles de ser reformuladas vía las resocializaciones. No es casual entonces la atracción hacia el riesgo que tienen muchos de estos jóvenes frente a las dificultades de vislumbrar

⁹⁷ La cuestión del embarazo no sólo atañe a las mujeres. El tema de las paternidades jóvenes, aunque me resulta interesante, no fue explorado por mí más que de manera superficial. Durante el trabajo de campo constaté que los hombres jóvenes responden de manera positiva ante la idea y la realidad de ser padres, lo que los lleva, en muchos casos, a abandonar la escuela o migrar para comenzar la vida laboral y “hacerse cargo” del hijo.

un porvenir previsible, infalible y feliz, como lo señala Le Breton (2011). Tampoco son casuales los tipos de relaciones que establecen con sus pares, al identificarse dentro de parámetros gestionados por la violencia y el control, como ya expuse en los apartados anteriores.

Pero en estas relaciones entre pares destaca otro tipo de actor, que si bien pueden ser amigos o parejas, también pueden no tener ninguna relación directa con ellos; sin embargo, no pueden escapar a su influencia ya que acaparan y reorganizan el espacio habitado a partir de su presencia y sus códigos de convivencia establecidos. Estos otros actores son las bandas⁹⁸ que imperan en la colonia, las cuales constituyen un parámetro más de identificación para los jóvenes que la habitan.

Para Lacan (1972), el sujeto se fragmenta en las múltiples identificaciones que va haciendo a lo largo de su vida, lo que posibilita que sus gustos y estilos puedan ir variando en cada estadio de vida. Estas identificaciones no llegan a ser fijas e inmóviles, sino en constante transformación, como semblantes que se mueven, que atraen y también pueden generar repulsión. Por ello, en el proceso de identificación es posible que el sujeto se identifique con ciertos elementos y se desmarque (o des-identifique) de otros.

Esta aclaración es pertinente para el caso de las bandas como semblantes de identificación en el territorio habitado. La banda en sí misma no genera una identificación o rechazo totales hacia los jóvenes, sino que genera semblantes de atracción, ya sea despertando interés por ser parte o despertando temor y/o repulsión; incluso puede despertar ambos sentimientos en el mismo sujeto. Es decir, puede provocar una identificación positiva, de atracción hacia un joven determinado y, a la vez, provocarle miedo y terror.

Así, el Ideal de joven se ve expuesto a estas semblanzas que la banda genera. Urteaga (2014) y Perea Restrepo (2004a) –influenciados quizás en las

⁹⁸ Hago uso del término “banda” siguiendo la lógica de los estudios sobre culturas juveniles desarrollados en México desde los ochenta, “categoría” que nombraba “el modo particular de estar juntos de los jóvenes urbanos” (Reguillo, 2007: 40).

doctrinas de Whyte (1971)-⁹⁹ hacen una diferenciación entre los jóvenes que habitan los barrios precarizados, mencionando que estos pueden agruparse en dos tipos: los que pertenecen a bandas criminales y los que se mantienen alejados de las actividades del crimen. Así, Perea Restrepo menciona que los primeros son jóvenes que se han distanciado de la escuela, no tienen empleos estables y sus relaciones familiares se ven fracturadas o no existen. Por otro lado, los otros jóvenes se mantienen ligados, aún con conflictos, a los espacios institucionales tradicionales (la familia, la escuela, el trabajo).

Nuestro trabajo de campo, sin embargo, nos lleva a cuestionar esta visión dicotómica y unívoca del universo juvenil en estos contextos, estando en concordancia con lo planteado por Feltran (2011), quien da cuenta de que en las trayectorias de vida de jóvenes de favelas de Sao Paulo (Brasil), no se contraponen las actividades asociadas al crimen o ilícitas con la vida del trabajo oficial. Para el caso de El Aguaje, es posible ver a jóvenes estudiantes que viven con sus familias (no libres de conflictos, pero mantienen una convivencia constante), y que también están involucrados con las bandas (que sí inciden en acciones delictivas y de crimen) sin que ello les genere algún conflicto de identidad o se mantengan apartados de los otros jóvenes que han preferido mantenerse al margen de las bandas.

La decisión entre ser un joven banda o no, no conlleva necesariamente una dicotomía. Si bien, la pertenencia o distanciamiento con una banda particular sí contribuye a generar una distinción al interior del universo juvenil en el espacio habitado, fomentando la heterogeneidad, las elecciones sobre la pertenencia no separan socialmente a los jóvenes entre sí ni con las instituciones (al menos no de manera total), y las formas de pertenencia o no pertenencia no responden a un único patrón.

El espacio urbano habitado es muy acotado, por lo que pretender que entre los diferentes grupos de jóvenes no hay encuentros, desencuentros, pactos

⁹⁹ Para Whyte (1971: 19), los jóvenes se dividían en dos agrupaciones principales: “muchachos de las esquinas y muchachos de colegio”.

pasajeros, amistades emergentes y relaciones amorosas, revela un desconocimiento sobre la capacidad de relación y adaptación, así como del proceso de identificación subjetiva de los jóvenes. Como Feltran (2011) también lo muestra, incluso dentro de una misma familia se puede encontrar a jóvenes que pertenecen a una banda o están implicados en actividades criminales, mientras que otros han optado por el “camino correcto” del trabajo y/o la escuela, sin que tales elecciones impidan que se generen vínculos afectivos entre ellos.

Las bandas que ubiqué en El Aguaje son cinco,¹⁰⁰ cada una ha establecido sus códigos de convivencia y restricciones en las interacciones con otros actores, tanto jóvenes y demás vecinos de la colonia, como con agentes institucionales. Quien vive en El Aguaje conoce algunos de estos códigos y reconoce el poder de la banda sobre el territorio, por lo que han desarrollado actitudes y formas de transitar el espacio a fin de no intervenir con las regulaciones de las bandas. Por ejemplo, saben por cuáles calles pueden caminar y por cuáles no, en dónde hay posibilidades de correr peligro, de ser asaltados o agredidos, y por dónde hay menos riesgos. Estas estrategias (de supervivencia, quizás) frente a la presencia y control de las bandas los ha llevado incluso a desarrollar prácticas diferenciadas dependiendo de la hora del día y de la calle transitada. Así, las relaciones de los jóvenes de El Aguaje con los de las bandas se ven sujetas al tiempo y al espacio.

En este lugar no sabes cuándo te puede pasar algo. Es seguro, pero siempre debes estar atento para que no te *apañen*.¹⁰¹ Aquí debes saber quién es quién porque mira, en la mañana pueden ser tus amigos (refiriéndose a los chavos de una banda en particular), pero en la noche no sabes. Ahorita pueden saludarme, pero más tarde pueden apuñalarme sólo para robarme el celular o por unas monedas (Edgar, 15 años).

Edgar señala como los mismos sujetos pueden actuar diferente en distintas horas del día. Además, no es lo mismo encontrarlos en una calle cualquiera de la colonia a encontrarlos en la calle que han elegido como suya. La diferencia en las calles puede significar salir ileso o ser agredido sin indulgencia. Así, existen

¹⁰⁰ Hago referencia a las bandas de las que yo tuve conocimiento mientras realicé el trabajo de campo. Es probable que hayan más o, que a la fecha, alguna banda se haya disuelto dando lugar a la aparición de nuevas bandas conformadas por los ex miembros.

¹⁰¹ Asalten.

diferencias significativas en los encuentros y las relaciones entre los jóvenes miembros de alguna banda y aquellos que no, tales diferencias no necesariamente se desprenden por la pertenencia a ellas, sino en los horarios y lugares de encuentro.

Edgar realizó el comentario que cité previamente después de haber saludado a unos jóvenes que se encontraban sentados en una esquina tomando una caguama (cerveza). Yo ignoraba que eran de una banda, de la 11, pero él sí los identifica porque los conoce desde que son niños. Edgar y yo pasamos por “su calle”,¹⁰² pero dado que eran alrededor de las cuatro de la tarde, Edgar señaló que no corríamos peligro, puesto que, durante la mañana los mismos jóvenes “pueden ser tus amigos, pero en la noche no sabes”- puntualizó.

En una cita mencionada en el apartado de las amistades, narra cómo Edgar y sus amigos fueron atacados por otros jóvenes, quienes pertenecían a una banda y que no eran conocidos por Edgar ni por los demás. El ataque perpetrado se inscribe en una posible venganza o escarmiento que algunos sujetos de la banda deseaban propinarle a Juan y, dado que entre los jóvenes de la banda y los agredidos no existe una relación previa, no se movilizan afectos ni se fracturan relaciones de antaño frente a tal acontecimiento.

Con esto se vislumbra que las acciones delictivas y la violencia que los jóvenes de las bandas pueden ejercer hacia los habitantes de la colonia no las realizan de manera indiscriminada, sino condicionadas por los horarios y por las relaciones establecidas previamente.

¹⁰² Cabe señalar que si bien algunas bandas se han asentado en un territorio específico dentro de la colonia, este no es fijo y la influencia y el control ejercido no se limita a tal espacio, así tampoco las posibilidades de actuación. Ello dificulta identificar los espacios de dominio de cada una de ellas. Por ejemplo, la 11, es una banda que comenzó reuniéndose en la esquina de un territorio baldío, cambiando de estancia –debido principalmente a las redadas policiales– en tres ocasiones, aunque manteniendo ciertos límites espaciales para no contravenir con bandas rivales. El control lo ejercen sobre zonas no siempre delimitadas totalmente, siendo este uno de los conflictos frecuentes entre bandas, cuando alguna otra actúa en lo que consideran “su lugar” de dominio. Para los habitantes de la colonia, esta situación resulta en mayores dificultades y limitantes para la socialización y la apropiación del espacio público. De las cinco bandas sobre las que tuve conocimiento, sólo el Barrio 18 y la Mara Salvatrucha mantenían puntos fijos, aunque este no les limitaba el poder de actuación sobre la colonia.

La presencia de bandas al interior de la colonia es un elemento que genera heterogeneidad en la experiencia de juventud, pues el vínculo que se mantiene con ellas denota diferencias significativas en la constitución subjetiva de los jóvenes. Algunos jóvenes hombres y mujeres se sienten atraídos por pertenecer a una banda, después de todo es algo cotidiano, una experiencia que tienen a la mano, que incluso se encuentra rutinizada.

En la decisión de entrar o no a una banda cobra relevancia la familia, los intereses familiares y personales de los jóvenes, las experiencias positivas y negativas en el espacio habitado y en otros espacios de la ciudad, las experiencias compartidas entre pares, la influencia de las instituciones, así como las reglas que la banda impone; es decir, la atracción o aversión hacia la banda está mediada por los repertorios culturales que los jóvenes han adquirido a partir de las constricciones resultantes de las socializaciones a las que han estado sujetos (Lahire, 2007).¹⁰³ De esta manera, la preferencia de un joven por estar en una banda depende de una complejidad de elementos causales devenidos de sus marcos socializadores, en los que las experiencias con la familia, la escuela (y otras instituciones), el grupo de pares y el espacio urbano cobra relevancia. Así mismo, la dimensión emocional juega un papel importante en dicha preferencia. Entrar o no a una banda, como lo señalan Rocha y Rodgers (2008) y Feltran (2011), no responde únicamente a factores de la estructura socioeconómica, como el desempleo o la falta de continuidad de la vida escolar.

Dentro de las bandas que se localizan en El Aguaje se encuentra una *clica*¹⁰⁴ del Barrio 18 (B-18), y en los límites de El Aguaje con una invasión de terrenos hacia el poniente de la colonia, se encuentra una *clica* de la Mara Salvatrucha 13

¹⁰³ Lahire señala que la condición de existencia de los jóvenes se encuentra sometida a una triple restricción, más o menos interiorizadas bajo la forma de costumbres y gustos personales, que guían a los jóvenes a identificarse o separarse de ciertos semblantes en la tarea de “encontrar su sitio”. Estas constricciones proveen los referentes culturales que los llevan a desarrollar gustos y preferencias por ciertos elementos culturales, mientras que rechazan otros. Las constricciones mencionadas por el autor se componen por: 1) las constricciones del grupo de pares, 2) las constricciones de la escuela y, 3) las constricciones culturales parentales (Lahire, 2007: 32).

¹⁰⁴ Micro grupos o micro identidades. El término “clica” designa a sectores o células organizadas de una banda o pandillas más amplia (Nateras, 2013: 171).

(MS-13). Estas bandas son las más peligrosas y con las que menos simpatizan los jóvenes de la colonia. Mientras que con las otras bandas algunos jóvenes mantienen alguna relación de amistad, con el B-18 y la MS-13 no es posible a menos que pertenezcas a ellas o tengas algún negocio (ilícito por lo general) que los acerque.

El B-18 y la MS-13 se consolidaron como bandas reconocidas en Tuxtla, y en Chiapas, después del año 2000, pero alcanzaron cierta fama –lo que generó mucha atracción en los jóvenes y niños de las colonias como El Aguaje- en 2005. Esto sucedió a partir de una pelea que se llevó a cabo en un desfile en conmemoración de la Revolución Mexicana (20 de noviembre) en la ciudad de Tapachula. El incidente se hizo público en los medios de comunicación del estado, contribuyendo sin intención a la proliferación de clicas de la 18 y la 13 en todo Chiapas.

Las primeras *clicas* fueron detectadas en la ciudad de Tapachula y algunas otras zonas de la frontera chiapaneca con Guatemala. En respuesta a la presencia de estas agrupaciones, así como a algunos actos ilícitos cometidos, se incorporaron los lineamientos de la política de Tolerancia Cero al Código Penal de Chiapas, situación que devino en la creación de un programa de seguridad basado en la represión y la intolerancia para combatir la violencia generada por las pandillas, llamado “Plan Acero” o “Plan Costa”, que seguía la lógica de las políticas antimaras emitidas en algunos países de Centroamérica. Para algunos estudiosos de este tema, como Savenije (2007), tales políticas no han sido más que acciones cargadas de violencia que buscan a reprimir a la población menos favorecida, sobre todo a los jóvenes, mediante la fuerza policial reforzada por la milicia, redadas y detenciones, que en muchos casos (como ejemplificaré en el capítulo siguiente) son detenciones arbitrarias e ilegales.

Como consecuencia de esta política se estableció dentro del Código Penal del Estado de Chiapas el delito de “pandillerismo”, ubicado en el Capítulo V sección segunda, que reza lo siguiente:

Para efectos de este Código se entiende por pandilla, la reunión habitual, ocasional o transitoria, de dos o más personas que sin estar organizadas con fines delictuosos, actúen para alterar el orden público o cometan las conductas a que se refieren los artículos 372 a 375 de este Código. Cuando las conductas antisociales de los integrantes de la pandilla tengan como resultado otros delitos, se aplicará a los pandilleros, además de las penas que les corresponda por el o los delitos cometidos, la sanción de dos a seis años de prisión¹⁰⁵.

Los artículos mencionados en la descripción anterior condenan que:

(...) los integrantes de una pandilla que atemoricen, intimiden, asusten, hostiguen o amenacen por medio de la violencia física o moral, a alguna persona o personas, que habiten o transiten en calles, barrios o colonias, serán sancionadas con prisión de dos a seis años (Art. 372).

(...) los que en grupo de dos o más personas, exijan pago de peaje, para transitar sobre cualquier lugar dentro del territorio del Estado, a transeúntes o conductores de vehículos del servicio particular o público, serán sancionados con prisión de tres a cinco años (Art. 375).

Aunado a los artículos constitucionales anteriores, también es posible encontrar en el Código Penal que quién incurra en las faltas señaladas en estos artículos “mostrando tatuajes, haciendo señas con las manos, portando objetos como cadenas, piedras, palos o cualquier otro que pudiera dañar la integridad de las personas, será sancionado con prisión de dos a cuatro años” (Art. 374).

Mi interés por compartir lo anterior radica en dos puntos que me parecen importantes de señalar para el análisis de la socialización de las juventudes de El Aguaje, sobre todo con lo referente a sus relaciones con las bandas. Por un lado, se hace evidente la criminalización hacia la reunión formal o informal de personas (en este caso, de jóvenes) en el espacio público, autorizando la presunción delictiva por “alterar el orden público” sin necesidad de demostrar si estas acciones perseguían fines delictivos o no; además de criminalizar algunas expresiones culturales que si bien no son propias de los jóvenes, sí llegan a ser frecuentes en ellos, como la portación de tatuajes o hablar mediante señas. Estas sanciones jurídicas, más que a la prevención delictiva, apuntan al reforzamiento de estigmas sociales respecto a una población ya de por sí vulnerada: los jóvenes de sectores desfavorecidos.

¹⁰⁵ El resaltado es mío.

Por otro lado, me interesa traer a escena las sanciones jurídicas establecidas en el Código Penal de Chiapas debido a que la creación del delito de “pandillerismo” causó cambios significativos en las lógicas de convivencia y de habitar el espacio público en El Aguaje.

Al ser una colonia popular, El Aguaje fue uno de los espacios que se focalizó como punto rojo para la prevención de la delincuencia y el crimen, lo que originó que la vigilancia y presencia policial aumentara. Bajo la lógica, o más bien pretexto, de perseguir el “pandillerismo”, la policía comenzó a realizar más detenciones arbitrarias de lo habitual, pero ahora sustentados bajo una ley que privó a los jóvenes detenidos y sus familias de un posible alegato. En las conversaciones sostenidas con los padres y las madres de algunos jóvenes, así como a algunos hermanos y primos mayores, los relatos sobre el comienzo de esta especie de cacería de brujas hacia los jóvenes que se reunían en las calles era sobresaliente.

Muchas cosas de la colonia cambiaron cuando los policías comenzaron a atrapar a todos sin ton ni son. Antes, todas las noches, me ponía yo aquí en la esquina (señala la esquina de su casa) con mis amigos de por aquí. Siempre era hacer eso en las noches, a veces desde las tardes empezábamos a juntarnos. Ahí estábamos, no hacíamos nada más que platicar, reírnos, nos contábamos pues cosas que nos pasaban. Era bonito pues porque era el tiempo de estar con los amigos y ahí estábamos, no hacíamos nada. Ya a las 10 u 11, a veces a las 12 cuando era viernes o sábado, nos metíamos a nuestras casas y ya. No robábamos, no nos drogábamos, era sólo convivir sano, porque no teníamos otros lugares. Pero no sé, de repente, creo que fue por ahí de 2005, algo así, que empezó a venir la policía y a perseguirnos. A varios de mis amigos los atraparon pues, porque corríamos. Una vez casi me agarran, pero alcancé a meterme rápido a la casa porque mi mamá antes tenía siempre la ventana de la puerta abierta, por eso corrí y rápido abrí la puerta. Pero otros no tuvieron suerte, los agarraron y se los llevaron, que según éramos pandilleros dijeron los policías. Dos de mis amigos en la cárcel terminaron pues. Ya de ahí todo cambió porque dejamos de salir, de vernos (Enrique, 29 años).

Pues sí fueron tiempos difíciles cuando empezaron a meter más policía. No te voy a decir que no era peligroso aquí, ya era peligroso, pero no tanto. Había una que otra banda, pero a muchos los conocíamos y pasaba una cosa: ellos no robaban aquí. Era raro que hicieran aquí algo así, porque nos conocíamos pues. Pero cuando empezó a entrar más policía y a agarrar a los muchachos todo cambió. Mi hijo pues aquí se sentaba con sus amigos (señala la esquina de su casa), era de todas las noches que salía a platicar. Mi marido y yo tranquilos estábamos porque sabíamos que ahí estaba con sus amigos. Buenos muchachos todos. Ahí se ponían y hasta daba seguridad que estuvieran ahí porque pasaba uno caminando y sabía que estaban ahí ellos u otros muchachos en otras esquinas o banquetas, y cuidaban que no pasara nada. Pasaban cosas, pero no tanto como ahora... Pero empezaron pues a perseguir a los muchachos, sólo porque estaban en la calle ya decían que eran pandilleros. Un día casi agarran a mi hijo, apenas logró entrar a la casa. Pálido estaba porque dijo que la policía los jaloneó y que a unos sus

amigos los subió a la patrulla. Pero eran buenos muchachos, no hacían nada, hasta cuidaban que las calles estuvieran bien. Ahora como ya nadie está en las calles en las noches, ya es más fácil que roben o pasen otras cosas porque nadie cuida, nadie ayuda si pasa algo. Yo no abro si escucho algo en la calle. Antes pues tenía yo abierta siempre la ventana, pero ahora no. Ya no... Mi hijo se salvó de que lo metieran a la cárcel, pero otros no. Ahora ya no tienen qué hacer los muchachos (Doña Carmen, 46 años).

Elevar la reunión informal de personas en el espacio público a delito provocó una ola de persecuciones y detenciones, basadas en la presunción de “pandillerismo”, que afectó en mayor medida a jóvenes de sectores desfavorecidos, como El Aguaje, que, sin necesidad de comprobárseles delito alguno, eran levantados por la policía y puestos a disposición del ministerio público correspondiente. La violencia policial se convirtió así en rutinaria para jóvenes inmersos en enclaves de pobreza, quienes de manera cotidiana lidian con modos de interlocución versados sobre abusos de poder y legitimados en una política que, aunque manifieste que nació de una demanda social de seguridad, resulta arbitraria y selectiva.

Dado que en los enclaves de pobreza, la calle se constituye en uno de los principales espacios para la sociabilidad y la interacción para los jóvenes (Saraví, 2004), las persecuciones y detenciones suscitadas a raíz de la decisión de Estado de formular un delito nombrado “pandillerismo” que criminalizaba injustamente las reuniones informales en el espacio público, provocó que este espacio dejara de ser seguro para la sociabilidad de los jóvenes de El Aguaje.

Más allá de la nostalgia por el pasado que encierran los relatos de Enrique y Doña Carmen, queda de manifiesto el despojo hacia los jóvenes de un espacio primordial para la sociabilidad, así como la agudización de la violencia como consecuencia de la ausencia de los ciudadanos en el espacio público y el aumento de la comisión de actos delictivos y criminales dentro de la colonia como probable consecuencias de las relaciones y pactos establecidos entre algunas bandas y la policía.

Poco a poco los jóvenes dejaron de ocupar las calles para “pasar el rato” y compartir experiencias entre amigos y pares, dejando el espacio libre para ser tomado por las bandas que ya operaban y las que comenzaban a operar en la

ciudad. Las casas comenzaron a cerrar sus puertas y ventanas, la convivencia en el espacio público dejó de ser una constante, lo que facilitó el dominio de este por parte de algunos grupos delictivos. Paradójicamente, una ley que buscaba erradicar la violencia provocada por las bandas, por dos en particular (MS-13 y el B-18), contribuyó al aumento de la violencia y a la disminución de la calidad de vida de los habitantes de colonias como El Aguaje. Incluso, me atrevería a decir que este acontecimiento ha coadyuvado a que la colonia se configure como un enclave, al encerrar a los habitantes en su interior frente al temor de ser perseguidos, detenidos y encarcelados.

A diez años de aprobado el pandillerismo como delito, este fue derogado. No obstante, el estigma emanado de estas acciones gubernamentales se instaló, como técnica de poder, que opera tanto en el espacio habitado como en el imaginario social, impactando directamente y de manera continua en las experiencias de vida de los jóvenes de El Aguaje.¹⁰⁶ Las clicas de la MS-13 y del B-18 no sólo no fueron disueltas, sino que vieron reforzada su influencia al conseguir pactar con los agentes policiales y con otros actores de influencia política. Así mismo, se han ido consolidando como figuras de poder al interior de la colonia.

La mala fama de estas bandas respecto a la violencia con que actúan, el hermetismo que mantienen, la rivalidad a muerte entre ambas y la casi imposibilidad para salir de ellas, hace que sean poco populares entre los jóvenes de la colonia, lo que no significa que algunos no hayan sentido atracción por pertenecer a ellas en algún momento de su vida.

Cuando Kevin (15 años) tenía 11 años de edad conoció a un chico que pertenecía al Barrio 18, quien era amigo de su hermano mayor. El hermano de Kevin no está ni estaba involucrado en ninguna banda. La amistad con el chico del B-18 provenía de haber estudiado la primaria juntos y, desde entonces, se llevaban bien. Un día Kevin estaba siendo agredido por unos niños de la primaria,

¹⁰⁶ En el Plan de Desarrollo Municipal (2015) se señala al “pandillerismo” como la segunda problemática identificada por la población tuxtleca asociada a la juventud, después del consumo de drogas.

el chico del B-18 se percató y lo defendió: -“¡Jo, cómo tenía pues sus tatuajes aquí en las manos del 1 y del 8 (muestra las muñecas de ambos brazos), daba miedo pues, y corriendo salieron esos mensores que querían pegarme!”-, comenta Kevin.

Después de lo sucedido, Kevin se sintió atraído por pertenecer al B-18, ya que creía que los chavos “cotorreaban todo el día, no hacían nada, sólo fumaban marihuana”-, según cuenta. Un día, al salir de su casa hacia la casa de sus abuelos que viven a dos calles, se percató de que aquel amigo con el que había estado identificándose y sintiéndose atraído, estaba asaltando a una señora de la colonia y eso no le gustó. Comenzó a alejarse de aquel joven, hasta que dejó de verlo: “porque un día lo apañaron los *polis*,¹⁰⁷ ahí abajito de mi casa lo agarraron con otros *vatos*, y saber qué pasó. Yo creo que lo metieron a la cárcel porque ya no lo volví a ver”- comenta.

El caso de Kevin refleja cómo una banda puede causar atracción por los imaginarios que mueve en los universos sociales y emocionales de los jóvenes, promoviendo imágenes que no siempre revelan las dinámicas reales de la banda, aunque también son referentes de temor y rechazo. Sin embargo, estas emociones no siempre son suficientes para evitar que los jóvenes se involucren como miembros activos de las bandas. Cabe señalar que los jóvenes que se sienten atraídos e intentan entrar a alguna banda, no siempre lo logran al no cumplir con algunos mandatos para su incorporación. Así mismo, algunos declinan durante las primeras experiencias, dando cuenta de una situación de “deriva” (Matza, 2014), a partir de la cual se incursiona en algunos actos delictivos o ilegales, sin que ello llegue a consolidarse en una forma de vida absoluta. Incluso, como lo documenta Kessler (2004) para el caso argentino, quienes incurren en la comisión de delitos –como parte o no de una banda-, no siempre consolidan una carrera delincencial ni se adscriben de manera total a las formas ilegítimas, alternando incluso estas actividades con otras de orden legal.

Una vez que son parte de alguna banda, las emociones no se estabilizan, pues el temor y el miedo siguen operando a manera de regulador de la lealtad y

¹⁰⁷ Policías.

apego al grupo, ya que se sabe que, de no seguir los mandatos, devienen las sanciones y reprimendas. Cada banda establece códigos que regulan el comportamiento de sus miembros, tanto en el espacio como en sus relaciones interpersonales con otros jóvenes y con algunas figuras institucionales. Tales códigos se convierten en mandatos u ordenamientos que responden a una característica de todos los grupos, que es la de producir barreras y/o fronteras simbólicas para garantizar “el equilibrio de sus intercambios con el exterior y la cohesión interna de su espacio” (Kaës, 2012); así mismo, estos códigos llegan a constituirse en ideales de ser, basados principalmente en los órdenes imperantes de género, lo que convierte a las bandas en “fuentes primarias de identidad” (Rocha y Rodgers, 2008: 169).

En todos los grupos de cualquier naturaleza e interés sucede lo mencionado anteriormente; sin embargo, en grupos que desempeñan actividades que se inscriben en la ilegalidad, estas barreras o mandatos se acompañan de violencia.

Las reprimendas varían de acuerdo a la ofensa o la falta hacia las reglas de la banda. Estas pueden ser desde una sanción económica que los jóvenes deben cubrir en un plazo establecido, hasta una golpiza e incluso la muerte. Esta última circunstancia llega a darse cuando existen ofensas “imperdonables” para la banda, como la traición.

Así, sin estar escritas, las acciones que pueden ser tomadas como ofensas o traiciones para las bandas operan para controlar y conducir la conducta de sus miembros y del espacio que dominan. Debo señalar que la información que presentaré a continuación me fue proporcionada por un joven que pertenece a una de las bandas y prefirió que su identidad quedara en el absoluto anonimato, por lo que no daré ninguna nominación (ni bajo un seudónimo) que lo refiera.

La traición puede darse por diferentes razones. Una de ellas, y la más sancionada, es cambiarse de banda. Un joven que ha aceptado entrar a una banda, que ha pasado las pruebas de iniciación y que comparte las reglas, los lugares y los secretos no puede irse a otra banda como sí se tratara de cruzar la calle. La lealtad es el valor moral más apreciado, cuestión similar a lo que

acontece con las amistades, aunque las sanciones ante la falta de lealtad escalan a niveles mayores para el caso de las bandas. Si alguien manifiesta simpatía por otra banda, merece una sanción “ejemplar”, en donde la muerte no es descartada.

Otra ofensa imperdonable es delatar a la banda con la policía; en dicha acción se mezclan diversas situaciones. Las bandas de El Aguaje mantienen relaciones de complicidad con algunos policías municipales y judiciales. Estas relaciones les permite ejercer el poder sobre el territorio dominado, así como llevar a cabo sus negocios ilícitos con cierta libertad y protección. A cambio, la banda le devuelve “favores” a la policía o a algún político que lo requiera. Tales relaciones podrían explicarse en el marco de la lógica clientelar de intercambio de “favores”, aunque para el caso de las bandas, no necesariamente llegan a ser “favores por votos”, apuntando a una modalidad más extensa de estas relaciones, en donde se instrumentaliza la violencia potencial que pueden ejercer estas agrupaciones sobre la ciudadanía.

Si un joven que intenta salir de la banda o quiere vengarse de algún miembro en específico, puede recurrir a la policía para denunciar alguna actividad de la que éstos no estén al tanto, ya que no todas las actividades son reportadas hacia esta institución. Aquí la traición es medida en relación a la reacción de la policía. Sí la policía entra al territorio de la banda por sorpresa con la clara intención de desmantelarla, el joven que ha denunciado debió haber huido previamente, o en caso de estar ahí debe intentar resarcir su traición contraatacando a la policía. Si en ese contraataque logra matar a uno o más policías, la banda puede perdonarle la vida, pero le propinará una golpiza y lo relegará a realizar las actividades más denigrantes dentro de la agrupación, además de mantenerlo bajo vigilancia absoluta.

Si en cambio, la policía se acerca al líder de la banda y le cuenta que han sido delatados con la intención de llegar a un nuevo pacto, el joven delator está condenado a la muerte. Así que, para delatar, quién se atreva debe generar pactos sólidos con la policía o, en cambio, tendrá una clara sentencia a muerte.

Otros tipos de acciones que pueden ser tomadas como traiciones por las bandas son las relaciones de amistad o noviazgo con miembros de otras bandas. Los jóvenes tienen prohibido relacionarse con jóvenes de bandas contrarias, puesto que son considerados enemigos. Tal prohibición no es fácil de sobrellevar, puesto que lo acotado de los espacios sociales obliga a los jóvenes a coincidir en uno u otro lugar con quienes se supone son sus enemigos. La convivencia constante hace que, aunque se resistan, coincidan en algunas situaciones, llegando a identificarse respecto a sus similitudes, lo que podría devenir en el inicio de alguna relación de amistad o amorosa, según sean los intereses y preferencias.

En este punto juega un papel importante la escuela, puesto que al ser un espacio primordial para la socialización, motiva el encuentro de jóvenes que pueden considerarse antagónicos entre sí, pero que a partir de la convivencia promovida por algunas actividades institucionales, caen en cuenta de que mantienen más semejanzas que diferencias. Si en la convivencia forzada por la escuela surge alguna amistad o amorío entre jóvenes de diferentes bandas, estos procuraran que dicha relación se mantenga en secreto para los demás miembros de su banda de pertenencia.

La Chisky (15 años) y Yonni (16 años) mantenían una relación de noviazgo desde hacía varios meses, pero en la escuela aparentaban apenas conocerse. La Chisky se refería a él como el amor de su vida, mientras que Yonni decía también amarla. En la escuela mantenían una relación de compañerismo ante los ojos de los demás: ¿por qué hacían eso?. Yo me enteré de que eran “algo más que amigos” en una ocasión cuando acompañaba a la Chisky a su casa. Sin querer, al pasar por un callejón, mencionó:

Mira, aquí estaba yo con el Yonni cuando casi nos catcha mi banda que nos besábamos, lo bueno que abrí un ojo y medio que vi que venía alguien y lo solté, de suerte porque eran unos de mi banda... *¿Y qué si eran de tu banda?...* No manches (se ríe), si nos ven nos matan. Mi banda y la de él no son lo mismo, no se llevan, o sea sí, pero sólo para algunas cosas, pero si ellos se enteran que andamos no sé que pueda pasar. Lo más seguro es que a él le peguen hasta que aguante o alguien lo defienda, y a mí, pues... a mí seguro también me golpean.

Hasta esa confesión de la Chisky yo no había pensando en la manera en la que las bandas trastocan la vida afectiva de los jóvenes. No sólo por la prohibición de relacionarse entre ellos, sino por la manera en la que controlan sus afectos, infundiendo temor al amenazar la propia vida si se falta a los mandatos impuestos.

La presencia de la bandas confronta a los jóvenes con un ideal que deben cumplir para pertenecer a ellas, cada una tiene sus particularidades. Estos ideales ponen en juego las habilidades y recursos de los jóvenes, quienes intentan apearse a ellos o distanciarse. Encajar en el ideal de joven de la banda no implica necesariamente romper con otras relaciones o no interactuar con aquellos jóvenes que no congenian con este tipo de grupos. Es decir, no se hacen bandos de jóvenes entre los que le entran a la vida en la pandilla y los que no. Los conflictos que surgen entre unos y otros responden a otras circunstancias relacionadas a los encuentros y desencuentros en otros espacios, como la escuela.

La golpiza propinada a Edgar, Juan y Mana, relatada en un apartado anterior, responde a una situación similar. El enfrentamiento no surgió porque los tres amigos no pertenezcan a una banda y quienes los golpearon sí; sino a un conflicto surgido entre Juan y otro compañero de la escuela, miembro de la banda que arremetió contra los tres amigos. El conflicto se suscitó por un malentendido entre Juan y el Byron en la escuela; al parecer fue por un comentario que Juan hizo respecto a los tenis de Byron, este se ofendió y lo retó a golpes. Dado que el encuentro para concretar la pelea no se llevó a cabo, el Byron solicitó apoyo a sus amigos de la banda, quienes respondieron a la petición de “paro”.

El “paro” es una expresión que, en el entorno del enclave, se ha fijado en un significante que rebasa su significado original. “Hacer paro” es una expresión que alude a “hacer o pedir un favor”, pero entre los jóvenes de El Aguaje que pertenecen a alguna banda, el paro consiste más que en un favor, en una especie de *manda* adquirida con la banda, que sigue la lógica expuesta por Mauss (1979) respecto al “don”, quien sugiere que a cambio de dar un “presente” o hacer un favor aparentemente gratuito y libre se establece una obligatoriedad hacia quien

recibe, pues queda forzado a retribuir lo dado. Este intercambio, enmarcado en el concepto del don, apunta a un compromiso normativo, más que a simples favores, pues en él se negocia también el reconocimiento social.

Cuando un joven atraviesa por un problema y requiere apoyo para salir de él, se acerca a la banda para pedir paro, pero este no se da sin ningún interés, pues la reciprocidad obligatoria es una norma que regula estos intercambios. Entre las bandas transita un principio que los jóvenes conocen como “paro por el paro”, el cual sugiere que, cuando un joven es apoyado por la banda, este queda obligado a retribuir al grupo. Si bien, esta situación parecería ser común, puesto que en todas las sociedades se establecen formas de reciprocidad (Simmel, 2014), el “paro por el paro” puede llegar al extremo.

El balance entre los apoyos que pueden solicitar los jóvenes y las acciones que tienen que realizar para retribuir a la banda, muestra una desigualdad abismal, sustentada en las asimetrías sociales y de poder entre los actores. Un joven como el Byron, puede requerir un paro frente a un problema suscitado en la escuela, como el conflicto que tenía con Juan. Pero lo que tiene que devolver no es proporcional a lo obtenido, pues a cambio de esa golpiza propinada a Juan y a sus amigos, el Byron se vio comprometido a servir de “halcón”¹⁰⁸ en una operación de tráfico de la banda a la que pertenece. Además, del riesgo que realizar una tarea de halcón conlleva, el Byron había trascendido de estatus dentro de la banda, por lo que fungir como halcón significaba, además de cobrarle el favor, someterlo al poder del líder.

La falta de respuesta ante un paro realizado puede ser entendida como una declaración de guerra –siguiendo a Mauss (1979)- que se paga con el cuerpo y/o la vida. La banda asume como una traición el no devolver el paro otorgado, actuando en consecuencia bajo acciones de castigo para el sujeto que osó no cumplir. De esta manera, los jóvenes que pertenecen a bandas ven comprometida

¹⁰⁸ Se llama “halcón” a la persona que, dentro de un cartel o grupo de crimen organizado, vigila y alerta sobre la presencia de autoridades o enemigos. Algunos jóvenes incursionan dentro del narcotráfico como halcones, pues se considera una de las posiciones inferiores en la cadena, además de una de las más vulnerables.

su existencia a las exigencias del “paro por el paro”, puesto que constantemente están solicitando paros que los mantiene en deuda con la banda, lo que los involucra aún más en ellas.

Es destacable la constante deuda que tienen los jóvenes con sus bandas, como si esta fuera una condición de pertenencia, ya que los mantiene ligados a ella. Además, sugiere la falta de otros recursos que puedan sostener a los jóvenes en la ardua tarea de enfrentar las problemáticas que van encontrando en su vida. El poder que la banda ejerce sobre sus miembros lleva a que estos consideren que, fuera de la ayuda o de los paros, no existen (o tiene negadas) otras formas de solucionar conflictos propios o hacerse de algún objeto deseado.

El precio a pagar, casi siempre, es caro, pero no es una situación que cuestionen o contradigan, ni siquiera hay posibilidad de negociación. Como mencionaba el Byron en una ocasión: “cuando pides paro y te lo dan ya estás amarrado, para lo que te pidan debes estar. No importa qué sea, hay que estar porque si no te va peor, pero se agradece el paro. Sin ese paro quien sabe que sería de nosotros cuando tenemos problemas”.

La atracción que emana de la banda hace que algunos jóvenes se digan pertenecientes a la misma, sin serlo. A estos se les llama “alucines” (porque alucinan con pertenecer), y constituye una cuestión de suma importancia y peligrosa para quien fingen ser lo que no es. El escarmiento por hacerse pasar como miembro de una banda puede llevar a confrontaciones en donde el “alucín” se encuentra en franca desventaja frente al poder de la banda. Esta situación puede ser muy delicada, pues como lo señala el Byron:

Ser malandro se gana, es algo que se trabaja desde que estás morro, tú lo decides y le entras, no andas *tirando aceite*¹⁰⁹ nada más. A esos faroles hay que romperles la madre, hay que *meterles fierro*¹¹⁰ para que dejen de andar presumiendo lo que no son.

Si bien, pertenecer a una banda puede significar una aliciente frente a la carencia de otros grupos y redes de apoyo afectivo, esta pertenencia no se otorga

¹⁰⁹ Tirar aceite: andar de “boca floja”, alardear de ser algo o tener algo que no es cierto.

¹¹⁰ Apuñalarlos.

de manera desinteresada. Para ser aceptado se tienen que pasar pruebas y, una vez que se es parte, se adquieren compromisos y responsabilidades que colocan en riesgo y en una constante deuda a los jóvenes. De esta manera, vemos como la violencia penetra en todas las relaciones que establecen los jóvenes. Disfrazada de solidaridad, confianza, ayuda mutua, la violencia los somete involucrándolos en cadenas (que parecen interminables) de más violencias y desventajas. Empero, esto no llega a hacerse consciente para los jóvenes, al menos no de manera inmediata; quizás por la costumbre de estar sometidos a pruebas de lealtad y confianza en casi todas sus relaciones sociales, incluso en las más íntimas.

Las relaciones que se suscitan entre pares refuerzan la subjetividad de los jóvenes en tanto los guía a seguir un ideal de joven conformado por las condiciones del espacio y de sus relaciones sociales en extenso. Este ideal de joven pone a prueba las habilidades e intereses al invitarlos a identificarse con una serie de semblantes que encuentran en su entorno. En la medida en la que los jóvenes se identifican o desmarcan de ciertos semblantes (como puede ser la figura del “buen estudiante”, el “chavo banda”, “la chica guapa”, etcétera), se genera un proceso más amplio de identificaciones que les permitirá extender sus posibilidades de resocialización, a partir de los encuentros e intercambios con otros jóvenes con quienes podrán identificarse, aunque vivan en condiciones diferentes.

Pese a que viven en un espacio acotado por sus propias condiciones que les limita la movilidad física, las relaciones que establecen no son escasas ni tampoco mecánicas, ya que pueden relacionarse con los diversos actores que se presentan en su entorno y bajo sus propias coordenadas. No obstante, es preciso resaltar, ya que es una realidad inminente, que estas relaciones están mediadas en su mayoría por las condiciones del espacio, es decir, por la precariedad y violencia, que al ser cotidianas llegan a establecerse como factores organizativos de la vida de estos jóvenes; condición que se reproduce en sus relaciones con las instituciones y que conduce a que la violencia cotidiana, mediante las prácticas institucionales cargadas con violencia y un arraigado racismo y machismo, se constituya en violencia simbólica (Bourgois, 2009).

Capítulo 6

Las instituciones locales y la negociación de la existencia

6.1. Introducción

Para el análisis de las relaciones entre las instituciones locales y los jóvenes que habitan enclaves de pobreza, como es el caso de El Aguaje, recurriré, en primera instancia, al planteamiento expuesto por Foucault (2006) para estudiar a las instituciones que conforman al Estado desde su funcionalidad, es decir, a partir de lo que él nombra como “gubernamentalidad”, que es una forma práctica de analizar los dispositivos de gobierno que gestionan la conducta de los individuos y las condiciones de posibilidad de la población (ibíd.)

Estos dispositivos conforman esferas institucionales que interactúan con los sujetos cotidianamente, logrando con ello generar un saber que retroalimenta la regulación de, por un lado, los propios sujetos desde las políticas y programas institucionales y, por otro lado, de las mismas instituciones al obligarlas a renovarse constantemente adaptándose a los cambios del contexto.

Por ello, para el análisis de la socialización de los jóvenes me centro en tres instancias locales que tienen presencia en la colonia El Aguaje y que emergen como interlocutores cotidianos con los jóvenes: la Escuela, la Seguridad Pública y los Partidos Políticos. Las relaciones que se generan entre estas instituciones, con sus respectivos agentes, constituyen un pilar que conforma el proceso de socialización de la en la colonia, ya que el contacto cotidiano va generando semblanzas sobre cómo se debe ser joven; es decir, se genera un ideal de joven al establecer y formalizar normas, reglas y maneras de interacción que se convierten en referentes de las interacciones sociales en general. Con ello, las instituciones y sus agentes coadyuvan a la conformación de la subjetividad de los

jóvenes, mostrándoles visiones del mundo, del lugar que ocupan en él y de sí mismos.

Cabe aclarar que las instituciones en las que me centro no son las únicas presentes en la colonia, pero durante la investigación de campo destacaron como las más representativas en la cotidianidad de los jóvenes. Para el análisis de las relaciones me enfoco en los agentes que representan dichas instituciones en el espacio local. Así, para el caso de la escuela recurro a la figura de los maestros y otras autoridades dentro del espacio escolar; para la Seguridad Pública recurro a los cuerpos policiales presentes en la colonia; para los partidos políticos me dirijo a la figura de los líderes o mediadores políticos locales de la colonia.¹¹¹

Cada institución es abordada en los diferentes apartados que conforman este capítulo. La intención no sólo es presentar las formas que adquieren las relaciones, sino profundizar en las interfaces de dichas relaciones y las implicaciones de estas en la conformación subjetiva de los jóvenes.

En el apartado correspondiente a la escuela presentaré las diversas tramas que se forjan en las relaciones entre jóvenes y la institución escolar, representada por los maestros y el personal administrativo de la escuela. La discusión continúa con el análisis referente a las relaciones de los jóvenes con la policía, como institución de Seguridad Pública, presento los diversos tipos de interlocución forjadas entre los actores mencionados, en donde la adscripción y pertenencia de los jóvenes en alguna de las bandas de la colonia cobra relevancia como elemento diferenciador. Aunque estas relaciones pueden alcanzar matices de complicidad, regularmente están guiadas por la dominación territorial que la policía ejerce, llegando a situaciones de abuso de autoridad que pueden marcar rumbos diferentes en las trayectorias de vida de los jóvenes.

¹¹¹ Cabe señalar que estos líderes no sólo representan a los partidos políticos en el territorio, también son representantes de otras instituciones que no tienen presencia física territorial, pero sí a través de los programas y proyectos que impulsan, mismos que son mediados por estos líderes. En la literatura sobre clientelismo, los “líderes políticos locales”, pueden ser nombrados como “mediadores, *brokers*, *cabo eleitoral*, gestor, padrino político o cacique” (Auyero, 1997: 171).

Por último, me centro en los Partidos Políticos, enfocándome en las relaciones que se forjan entre la población de El Aguaje y los líderes políticos. Específicamente, abordo la complejidad de las relaciones entre los jóvenes y estos actores, en donde la esperanza y el optimismo funcionan como motores de las negociaciones constantes que sostienen estas relaciones.

6.1.1. Agentes territoriales del estado: instituciones locales.

Dado que no es posible estudiar a las instituciones y sus técnicas de poder desde adentro, desde un “institucionalocentrismo”, es preciso hacerlo desde afuera, desde el exterior, desde un proyecto general desplegado hacia la sociedad en el que todas las instituciones se articulan (Foucault, 2006: 140 - 141). Mi interés no radica en analizar la estructura de las instituciones en sí mismas, sino en la especificidad de las relaciones que se generan entre los agentes que las representan en el espacio local y los jóvenes de El Aguaje.

Isunza y Hevia (2010: 61), proponen analizar las relaciones entre la sociedad civil y el Estado a partir de las interfaces socio-estatales, las cuales son definidas como los espacios “de intercambio y conflicto en el que ciertos actores se interrelacionan no casual sino intencionalmente”. Las interfaces constituyen entonces el espacio donde se encuentran los actores sociales con los estatales. En este capítulo me interesa explorar cómo en estas interfaces se moldea una parte de la subjetividad de los jóvenes, a partir de cómo las instituciones se colocan en el espacio y cómo sus agentes respectivos asumen y disponen el dispositivo de seguridad. Bajo la lógica de este dispositivo se despliegan, desde el aparato gubernamental (las instituciones), mecanismos de control sumados a “las viejas estructuras de la ley y la disciplina” (Foucault: 2006: 26); actuando mediante mecanismos de control social (como la penalidad), vigilancia (vigilancia de los individuos), diagnóstico (qué son, cuántos son, qué nivel de estudios tienen, qué nivel de ingresos, etc.), clasificación (de acuerdo a su personalidad, sus roles sociales, sus estilos de vida), hasta la distribución del espacio que deben ocupar.

Mediante esta política u orden de seguridad se coordinan un conjunto de técnicas diversas que conciernen a las diferentes áreas que trastocan la vida de los jóvenes. Así, las instituciones mencionadas ponen en marcha programas y elaboran (o repiten) discursos que apuntan a la implementación y mantenimiento del dispositivo de seguridad constantemente.

Partir del análisis de las interfaces posibilita ver que el dispositivo estatal no es completamente impositivo, sino que da lugar a la permisividad (Foucault, 2006: 67); las relaciones, por tanto, no penden de una estructura rígida que se imponga en una dirección unilineal y cae sin miramientos sobre los sujetos con menos autoridad; sino que se dan en un proceso de franca negociación entre las partes, desde sus desiguales condiciones y posiciones de poder.

En concordancia con esto, Müller (2012) señala que el Estado no es una entidad fija e inmóvil que recae sobre los sujetos que se encuentran en el espacio que gobierna, sino que se trata de ver al Estado como una condensación institucional de relaciones sociales, resultado de un proceso permanente de negociación entre los sujetos y las instituciones. Así, para Müller, se trata de un *Estado negociado*.

Es mediante la negociación que se reestructuran, reelaboran y reafirman constantemente las representaciones del Estado desde los sujetos gobernados (Müller, 2012: 12). Es decir, esa negociación cotidiana conlleva acciones determinadas, selectivas, que pueden ser o no informales o deliberadas que refuerzan la imagen, la legitimidad, la posición y efectos del poder del Estado.

En nuestro acontecer cotidiano establecemos relaciones con diversas instituciones, reafirmando con nuestras acciones el dominio y control del Estado, descalificándolo si las acciones emanadas por los agentes que lo representan vulneran nuestra posición. Sin embargo, frente a las descalificaciones o a la supuesta pérdida de legitimidad que sobrevendría de esa incapacidad o abuso de las instituciones sobre los sujetos gobernados, se activan resistencias que dirigen peticiones hacia el mismo Estado, con lo que se conforma el ciclo permanente de

negociaciones frente a la fragmentación y selectividad de las acciones ejecutadas por los agentes del Estado.

Así, explica Müller, se establece el proceso de negociación entre sujetos que solicitan acciones efectivas y justas y un Estado que requiere de legitimación de sus prácticas, sean estas formales y legales o rayen en la ilegalidad e informalidad. Esta explicación rememora la forma en la que El Aguaje fue evolucionado como colonia: una población vulnerada por sus condiciones de procedencia, es timada y abusada ante el deseo de poseer una vivienda; recurren al Estado para remediar la situación (producida desde las cúpulas estatales), estableciendo una relación de constante negociación para la gestión de las condiciones de vida de la población y la legitimación del poder político del estado. Estas relaciones de tensión, fragmentación y negociación instaladas desde los orígenes de la colonia, se hicieron evidentes durante el trabajo de campo entre los jóvenes de El Aguaje y las instituciones locales.

Las tensiones y ambivalencias en estas relaciones son referentes en la constitución de una consciencia de sí mismos para los jóvenes. La incertidumbre de no saber qué acciones ameritan castigos, en qué momentos y para quiénes sí aplica y para quiénes no, los mantiene en constante duda sobre sí lo que hacen está bien, sobre sí lo que son se apega o distancia del ideal que el Estado y sus agentes promueven en el espacio local. Su reconocimiento social es, por lo tanto, incierto, puesto a prueba día a día; pruebas en las que las instituciones cuentan con la autoridad necesaria para legitimar la existencia de los jóvenes.

La historia social de El Aguaje ha estado sujeta a procesos de negociación constantes con el gobierno estatal y municipal mediante las instituciones locales, ya sea para gestionar servicios públicos, legalizar lotes o constituirse como un coto político ideal para la cooptación de votos. Este tipo de negociaciones, que pueden señalarse como clientelares, se han sostenido en las condiciones de pobreza y violencia que marcan a la colonia, las cuales conforman paredes simbólicas que la configuran como un enclave, en donde las negociaciones entre

el Estado y los colonos se presenta como una de las pocas oportunidades para obtener bienes materiales y reconocimiento social.

Las condiciones en las que se encuentra El Aguaje la estructuran como un espacio fragmentado, marcado por la pobreza y la violencia. Esta violencia no apunta a ser una violencia extrema, una guerra manifiesta y de aniquilamiento inmediato, sino que se trata de un conjunto de expresiones de violencia enmarcadas en formas de violencia estructural, política, simbólica y cotidiana. Estas manifestaciones, en combinación con la pobreza, van despojando a los sujetos de toda importancia social, encarnándose como una forma de convivencia aceptada en ese espacio social. Las instituciones desarrollan un rol importante, sobre todo en las formas de violencia simbólica y cotidiana, al contribuir, mediante prácticas, discursos y omisiones, en la legitimación de las desigualdades, abusos de poder y normalización de las “pequeñas brutalidades”, creando un sentido común de la violencia (Bourgois, 2005: 14).

Así, los jóvenes de El Aguaje son confinados a un lugar inferior desde donde sus intereses y motivaciones son aminoradas, sus inquietudes y aportes invisibilizadas, y obligados a construirse a partir de referentes que encuentran en su espacio habitado, a veces resignados a conformar una subjetividad desde la sombra. Algunos referentes son dados desde un discurso de Estado, por ello, es relevante para analizar las socializaciones de los jóvenes, cómo las instituciones generan semblantes de identificación que crean un ideal de joven apropiado al espacio habitado. En este proceso también es preciso dar cuenta de la relación dialéctica entre las instituciones y los jóvenes: tanto los jóvenes necesitan de las instituciones para conformar su subjetividad y asegurar una existencia material y moral, como el Estado (por medio de las instituciones) requiere de los jóvenes para legitimar y asegurar su existencia y poder sobre el territorio. En este contexto particular lo que se regula y negocia es la existencia de los jóvenes y de las instituciones.

6.2. La escuela: relaciones con los maestros

La escuela es una instancia fundamental para el análisis de la socialización de los jóvenes por dos cuestiones. Por un lado, es clave en la reproducción de la política de Estado en el territorio, estando cargada de discursos y prácticas delineadas a partir de mecanismos de control hacia la población. Por otro lado, la escuela es primordial para la conformación de la experiencia de juventud, pues representa un espacio que posibilita la interacción y el intercambio entre pares. En ella se generan experiencias que forjan el ser joven dentro del contexto que se habita.

De esta manera la escuela se erige como representante local de un dispositivo de seguridad más amplio que interpela a los jóvenes a ser y hacerse sujetos de acuerdo a lo que se espera de ellos, a cumplir con un deber ser en relación al lugar que ocupan social y territorialmente. Pero también se configura como una estancia espacio-temporal que permite a esos sujetos crear sus propias imágenes a partir de identificaciones, del reconocimiento simbólico y de la apropiación del espacio (Urteaga, 2004). La escuela es, por tanto, un espacio en donde, a partir de la socialización y la construcción de subjetividades, se empatan “las necesidades del individuo y la sociedad para la producción y reproducción del orden social” (Saraví, 2015: 82).

La escuela ha ido perdiendo importancia en su papel como instancia formadora que asegura la integración y la movilidad social, frente a la realidad presente en diversos contextos, sobre todo en aquellos marcados por condiciones de pobreza y violencia, ya que impactan en la funcionalidad del proceso educativo. Los cambios que se han presentado en la institución escolar han derivado en mayor acceso a la escuela para muchos jóvenes. No obstante, este aumento en los niveles de escolarización ha estado acompañado “de menores niveles de inversión y una enorme fragmentación del sistema” (Salvia, 2008: 23), que han tenido como consecuencia un déficit en la formación profesional escolar, falta de actualización de contenidos curriculares, descuido de la infraestructura y la segmentación de la oferta escolar.

Dafunchio y Grinberg (2013: 257) señalan que las escuelas ubicadas en zonas periféricas y deterioradas social y ambientalmente “trabajan como pueden”, dado que tienen que atender tanto las situaciones propias de la dinámica escolar, como los conflictos cotidianos que se presentan en relación a la carencia de recursos de los alumnos y de la propia institución, y en escuelas como la secundaria de El Aguaje se suman los conflictos devenidos por la violencia del contexto que atraviesa los muros escolares.

Pareciera que la escuela padece el abandono del Estado, un abandono compartido por el territorio local y los sujetos que lo habitan. Esta situación de deterioro en la infraestructura y en la calidad va más allá de ser consecuencia de planes y programas mal diseñados o de presupuestos recortados, apuntando hacia un sentido de menosprecio del Estado respecto a la educación que desea dirigir hacia las poblaciones que habitan zonas específicas.

Bajo esta lógica cobra relevancia la cualidad del espacio habitado como gestión de la gubernamentalidad; puesto que el tipo de escuela, la infraestructura, la distribución de horarios, clases, el tipo de maestros, salarios y todo lo que tiene que ver con la infraestructura y la organización de la educación en el recinto escolar son una proyección de las condiciones del espacio en el que se encuentra ubicada la institución. El tipo y calidad de educación que reciben los jóvenes que habitan un espacio precarizado estará signada por esa misma cualidad, que les recordará en cada rincón y en cada interacción cuál es el lugar que ocupan socialmente, siendo esto parte de las tecnologías de poder desplegadas en el territorio y encarnadas por las instituciones.

Estas tecnologías de poder quedan expuestas en las relaciones que se forman entre los jóvenes y los maestros. Pero estas relaciones no son unilineales ni estáticas, sino se dan mediante interfaces dinámicas que constituyen un espacio social de conflicto en donde se llevan a cabo intercambios y disputas de bienes (Isunza y Hevia, 2006), que pueden ser materiales y/o simbólicos. En estos espacios se gestiona el ser, se negocia el reconocimiento, el prestigio y la existencia; es decir, se configuran las subjetividades diversas que coadyuvan a la

integración de diferentes formas de ser y hacerse joven, apegados a los modos de existencia que rigen en el espacio.

Uno de los rasgos más característicos en los encuentros entre jóvenes y maestros son las confrontaciones constantes que se llevan a cabo dentro del espacio escolar. La violencia en sus diferentes manifestaciones es una de las paredes que configuran el espacio habitado y encarnado también en la subjetividad de los jóvenes, y la escuela no está exenta a ella.

Las confrontaciones entre estudiantes y maestros de la secundaria de El Aguaje son frecuentes, no obstante, los maestros refieren que con el paso de los años han logrado controlar las manifestaciones de violencia física al interior de la escuela. Ellos refieren que anteriormente los estudiantes tenían peleas dentro de la escuela, incluso algunos llegaron a retar a golpes a los profesores hombres. Durante la investigación de campo yo no vi ninguna pelea al interior, pero sí eran constantes los gritos, burlas y golpes entre compañeros, hombres y mujeres, en diferentes momentos. Esto deja ver que hay formas de violencia que se mantienen veladas por la autoridad escolar, aunque sean explícitas; recurriendo con ello a omisiones que refuerzan la normatividad del espacio. Es decir, existe una regulación de la violencia al interior de la escuela, pero dicha regulación es selectiva, sancionando algunas prácticas y omitiendo otras.

El control de la violencia que los maestros refieren es el que se dirige directamente hacia ellos, como figuras de autoridad. Los maestros señalan que ahora han logrado establecer la disciplina sobre el comportamiento de los jóvenes,¹¹² siendo tal vez lo único que la autoridad escolar mantiene bajo control,

¹¹² Durante un grupo de discusión, las maestras con más antigüedad en la secundaria narraban que hace algunos años (10 años aproximadamente), los jóvenes que llegaban a la secundaria eran muy violentos, lo que dificultaba trabajar con ellos, pues a la menor provocación retaban a los maestros o los amenazaban con golpearlos. Algunos maestros hombres se vieron envueltos en peleas a golpes con ciertos alumnos. La situación ahora ha cambiado, los maestros atribuyen el cambio al mayor involucramiento de los padres en las actividades de la escuela y a las acciones de la policía en la colonia, pues a decir de ellos “han arrasado con toda la escoria, con esos malandrines que aquí venía. Ahora ya se quedan en la calle y luego a la cárcel, a donde deben estar, no aquí en la escuela” (Maestra Araceli, 2015).

incluso exceden en el control rayando en el abuso de autoridad hacia los estudiantes.¹¹³

Los gritos y regaños hacia los jóvenes, las burlas y algunos adjetivos y frases denigrantes que apuntan a ridiculizar y humillar a los estudiantes son mecanismos de control usuales que los maestros ejercen de manera constante durante la jornada escolar. En ocasiones me parecía que los maestros llegaban a un punto en donde el malestar de encontrarse en aquel lugar frente a aquellos jóvenes los rebasaba. Sin motivo alguno podían explotar en gritos hacia quien se atrevía a levantarse de la silla, o voltear para ver quien caminaba por el pasillo, o, como en el caso de Feyo (17 años), distraerse un momento por pensar en un problema personal, incidente que relato a continuación:

Una de las mañanas en la secundaria, entré a la clase de la maestra Consuelo, durante el horario correspondiente a la materia de matemáticas. La maestra, después de explicar algunas fórmulas y procedimientos matemáticos con apoyo del pizarrón, dio la instrucción de realizar un ejercicio del libro de texto mientras ella resolvía un asunto en la Dirección de la escuela. Se ausentó del aula durante media hora, yo permanecí en un rincón afuera del salón, pues no quería ser un factor distractor para los jóvenes. Al regresar al salón de clases, la maestra Consuelo pidió los libros para calificar el ejercicio. Los chicos se acercaron en *bola*¹¹⁴ al escritorio, le dejaron los libros apilados y regresaron a sus respectivos lugares. Mientras la maestra calificaba los ejercicios, sólo revisando el resultado final, los jóvenes permanecían en silencio viéndose unos a otros, haciendo gestos para llamar la atención de alguno, mandándose mensajes por papeles, en fin, intentando controlar la necesidad de moverse y hablar para no romper con la regla impuesta por la maestra, evitando así una sanción.

La tranquilidad forzada de aquel espacio hacía posible que se escuchara a unos metros de distancia el sonido del lapicero resbalando sobre la hoja del libro,

¹¹³ Cabe señalar que los abusos referidos de los que yo fui testigo se apegan a tipos de violencia psicológica y verbal. Nunca vi ni escuché sobre situaciones en donde la violencia física de los maestros hacia los jóvenes se presentara.

¹¹⁴ Todos juntos, sin orden.

así como algunos murmullos que eran silenciados con un gesto de la maestra: bastaba que levantara la mirada o hiciera un sonido parecido a una tos forzada, para que el barullo se apagara. De repente, en medio de aquel silencio, se escuchó un grito:

Maestra Consuelo: Feyo, no escuchaste las instrucciones que di. Dije claramente que hicieran el ejercicio número 2 del libro de matemáticas y tú me traes el 1, ¿estás menso o qué te pasa? ¿estás sordo?

Feyo: No maestra, es que estaba distraído, pero ahorita hago el otro ejercicio (intenta recoger el libro del escritorio de la maestra).

Maestra Consuelo: ¡NO! – levanta la voz– Crees que soy tu juguete, que soy una payasa que viene a ver cómo te equivocas, ¿para qué vienes a la escuela? Sólo vienes para hacerte el tonto, el menso, sólo para eso vienes y para eso sirves también. Ahora ya tienes ese punto menos y así como vas dudo que vayas a pasar el examen por tonto que eres.

Esta escena expone cómo en la interfaz de ese intercambio opera la violencia cotidiana mediante mecanismos de control dirigidos a mantener a los jóvenes en el orden establecido. La maestra Consuelo interrumpió el silencio (impuesto por ella) del grupo con una reprimenda directa hacia Feyo. Sin dejar lugar para explicaciones, soltó el reclamo ante la falta de atención que se entiende como una transgresión a su autoridad, para luego llamarlo “menso” y “sordo”, ubicándole en un lugar inferior.

Los intentos de Feyo por enmendar el error son fallidos; ni siquiera tiene la oportunidad de hacerlo, pues al primer intento la maestra Consuelo lo reprime y le vuelve a repetir que es un “menso”, además de aclararle que no pasará el examen. El comportamiento de la maestra es excesivo en la medida en la que los insultos y la amenaza no son necesarios como elementos didácticos; sin embargo, al ser rutinaria, la violencia se convierte en un “recurso pedagógico” (Míguez e Isla, 2003) por el cual se pretende exhibir a un sujeto como el ejemplo de lo que sucede cuando no se siguen las instrucciones. La reprimenda y las ofensas, los gritos y las advertencias enmarcadas en esta escena en particular ejemplifican la generalidad de las interacciones. Después del intento fallido por acatar las instrucciones correctamente, Feyo asume la culpa e intenta nuevamente remediar

la falta. La interfaz se modifica al momento en el que Feyo se coloca en el lugar subordinado:

Feyo: Perdón profe. Es que estaba pensando en algo que me pasó por eso no puse atención, pero deme otra oportunidad, ande- le ruega.

Maestra Consuelo: Ya te dije que no. No me importa lo que te pase, aquí no vienen a pensar en sus problemas, eso a mí que me importa. Vienen a aprender, no a estar pensando en sus boberas. Y eso va para todos – señala con el dedo al resto del salón. Va para todos ustedes que sólo vienen a perder el tiempo, quieren terminar como sus padres, quieren ser albañiles, eso es lo que quieren, pero para eso no se estudia.

Feyo: Ya pues profe...- le ruega nuevamente.

Maestra Consuelo: Ya pues nada. ¡Qué sirva de ejemplo para todos! Te quedas de burro para que todos vean lo que les pasa a los burros. Por chamacos como tú se le quitan las ganas a uno de dar clases, de venir - grita de nuevo y se sale del salón.

En este último extracto del acontecimiento es posible ver a un sujeto que ha asumido una culpa y pretende remediar el error cometido. La salida a la que Feyo apela alude a una situación de conflicto en su vida. Sin conocer sí la razón que Feyo da para justificar su error (algo que le pasó) es verídica, la respuesta de la maestra Consuelo termina por someter al sujeto al orden, al lugar que le corresponde, un lugar inferior en la jerarquía social que la maestra mantiene en su imaginario, en donde el ser albañil es inferior a alguien que estudia. Imponer a los jóvenes un orden social implica, para los maestros, mantenerlos en un lugar de dominación, en donde sólo deben acatar órdenes, asumir responsabilidades y desvincular estas de asuntos personales: un orden basado en la productividad y el esfuerzo desde el lugar correspondiente.

A los jóvenes se les niega el derecho a decir lo que piensan y sienten, a señalar lo que les gusta y lo que les asusta; se les despersonaliza al indicarles que las emociones deben ser separadas del trabajo para poder enfocarse sólo en la acción, potenciar el rendimiento, acatar la instrucción recibida para ser productivos. Cuando esta acción no se cumple como se esperaba viene la sanción como medio para (a)pegar al sujeto que intenta transgredir la ley establecida.

Después del incidente narrado intenté platicar con Feyo a la salida de la escuela sin mucho éxito. Quería saber qué era lo que le había pasado y qué lo

mantenía distraído. Su respuesta fue que no le pasaba nada: “soy un tonto, un menso como dice la profe. Tiene razón porque yo vengo aquí a aprender y si tengo problemas los debo dejar afuera, ahora ya también voy a reprobar, más me van a regañar ya en mi casa”. Tomó su mochila y se despidió.

El “no me importa lo que te pase” expresado por la maestra Consuelo es una frase que denota la poca valía que se le confiere a la vida de estos jóvenes quienes llegan a asumirla como tal. Este tipo de acciones no sólo somete más a los jóvenes a un sentimiento de desesperanza compartido frente al contexto que habitan, también impacta en su autoestima. La respuesta de la maestra Consuelo es apenas un ejemplo de cómo la violencia cotidiana se despliega como parte de las tecnologías de poder en el espacio, al ser asumidas y reproducidas por los agentes institucionales, manteniendo a los jóvenes enclavados en una vida precarizada. Así mismo, es posible dar cuenta de cómo opera la política cultural emocional en este espacio, en el cual se niega cualquier expresión emocional, primando el rendimiento, la productividad y la obediencia, como si de una fábrica se tratara y no de una escuela para la formación académica y personal.

La secundaria de El Aguaje apunta a ser un tipo de “escuela acotada” (Saraví, 2009, 2015), limitada en cuanto a espacio y actividades curriculares y extracurriculares, también en cuanto a profesionalismo y compromiso por parte de los docentes, quienes se ven rebasados a veces por atender las emergencias y no las prioridades educativas. La experiencia escolar forjada bajo estas condiciones va incorporándose también en la experiencia de vida de los jóvenes, llegando a asumir que “el espacio limitado y marginal” es el lugar propio, el que les corresponde y merecen (Saraví, 2015: 91).

De esta manera, las experiencias escolares de los jóvenes están delineadas por la violencia simbólica, que los conduce a asumir y consentir inconscientemente las humillaciones y abusos a los que están sometidos. Ello, los conduce también a asumir que están en el lugar al que pertenecen, que sus problemas y emociones no interesan, que merecen el trato recibido por ser hijos de quienes son y por vivir dónde viven. La experiencia escolar es parte de la experiencia social, por lo que

los jóvenes no sólo asumen que lo acotado de la enseñanza y del espacio escolar es equivalente a lo que merecen socialmente, también los encausa a forjar una consciencia de sí mismos a partir de la precariedad, de lo acotado y de su identificación como los causantes de los problemas de la escuela en todos sus aspectos.

En otra ocasión, días después del incidente de Feyo, tuve la oportunidad de conversar con la Directora sobre varios temas, incluido los problemas que ella detecta como los más importantes por los que atraviesa la escuela. Su respuesta fue contundente:

Mira, aquí tenemos un grave problema con estos chamacos. No sabemos qué hacer ni los maestros ni yo porque son dos cosas las que nos preocupan. Estos chamacos no sé a qué estén acostumbrados en su casa pero aquí vienen y destruyen, manchan las paredes, suben los pies a las bancas, las pintan, las rayan y nosotros no tenemos dinero para estar reparando todo lo que descomponen. La escuela está así por ellos. El otro problema es que no ponen atención, hacen lo que quieren. Vienen aquí [a la oficina de la dirección] las maestras a quejarse porque ya no saben qué hacer, desespera que no aprendan, pero qué podemos hacer. ¡Nada! Ya son así, ya lo traen ellos en su sangre, no sé, así son pues. Lo malo es que por ellos no salimos bien en las pruebas, en las evaluaciones y tampoco nos dan más presupuesto para componer la escuela, que se vea bien como escuela (Directora, 2015).

Lo expresado por ella es también compartido por los demás maestros. Como agentes de la institución son los portavoces del Estado en ese espacio y sus palabras y actos denotan lo que los jóvenes representan más allá de los muros de la escuela, más allá de El Aguaje: un problema. Lo dicho por la directora también muestra que, por concentrarse en las dificultades, se pasa por alto la razón de la existencia de la secundaria en esa colonia, la cual existe porque hay una necesidad de educación en ese espacio. Los maestros, directora y demás personal están ahí por esa necesidad, tienen una plaza de trabajo debido a dicha necesidad; pero esto no es suficiente para dejar de ver como problema aquello que debería ser su prioridad: los jóvenes.

El comentario de la Directora respecto de los estudiantes podría ser visto como una contradicción, pues si bien ellos constituyen el elemento principal por el cual los maestros existen y se mantienen las instituciones escolares, ella los señala como la causa directa de su derrumbamiento. Pero no hay tal contradicción

cuando en la misma figura se deposita el motivo y la culpa. El sujeto que tiene que ser formado y encausado puede ser convertido, debido a su vulnerabilidad, en el chivo expiatorio de un sistema institucional fracturado. Por lo tanto, más que una contradicción se trata de una tensión que cimienta las relaciones entre la institución y los jóvenes, es el conflicto que integran las interfaces a partir de las cuales se negocia la legitimidad y se establece el control y las técnicas de poder sobre sus cuerpos y el territorio.

Para Bourgois (2010: 195), la escuela es el espacio donde “la violencia simbólica y las definiciones (...) de lo que es culturalmente apropiado caen con todo su peso”. Estas definiciones de lo apropiado valoran las conductas y comportamientos de los jóvenes, llevando a los maestros a emitir juicios simbólicos sobre ellos basados en parámetros del deber ser, ajenos al contexto que habitan y a la clase social a la que pertenecen. La escuela por tanto establece patrones de ser joven, dicta conductas y emociones aceptadas y sanciona las que considera inadecuadas, pero lo hace desde una posición de poder distanciada de la realidad del contexto.

Lo dicho por la directora en la cita expuesta párrafos atrás me presentó una de las maneras en la que operan los mecanismos de control sobre los jóvenes a partir de los prejuicios de clase, que constituyen pautas de la violencia simbólica que se reproduce en la institución escolar. En las palabras de la directora se puede notar un dejo de desprecio hacia la existencia de los jóvenes. Dado que ella es la principal representante de la institución, su discurso de menosprecio muestra al desdén que el Estado manifiesta respecto de la educación de este sector de la población.

El malestar social que provoca en algunos agentes institucionales el encierro en un espacio que no es confortable y cómodo se traslada hacia los sujetos sometidos, siendo exteriorizados mediante palabras cargadas de prejuicios. Frente al deterioro en la infraestructura y la falta de presupuesto para mejorar la imagen de la escuela, ella expresa: “Estos chamacos no sé a qué estén acostumbrados en su casa pero aquí vienen y destruyen, manchan las paredes, suben los pies a las

bancas, las pintan, las rayan (...)". Con esta frase sentencia a los jóvenes a asumir la responsabilidad única del deterioro de la escuela, sosteniendo su juicio sobre una condición de pobreza encarnada en estos sujetos, al grado de considerar como costumbre vivir en la precariedad, en la destrucción, en la suciedad, por lo tanto –según su lógica-, ellos buscan que el espacio escolar se asemeje al lugar en donde viven.

El rechazo a los jóvenes es revelado en la misma cita. Los maestros y demás personal escolar no se involucran, o lo hacen muy poco, en la vida de los jóvenes más allá de los asuntos que conciernen a la escuela. Puede ser por apatía o rechazo, pero también puede ser por cansancio y por no saber qué hacer frente a las condiciones de vida, pero pareciera que los jóvenes afuera de la escuela no son de la incumbencia ni interés de los maestros, incluso algunos despliegan mecanismos de defensa para distanciarse socialmente de los jóvenes, para no ser confundidos o tomados como iguales por coincidir en el mismo espacio.

Cuando la directora expresa "Ya son así, ya lo traen ellos en su sangre (...)", coloca un límite que la separa y la diferencia de los jóvenes a quien ella considera inferiores: ellos son así (destructores, sucios, rompen cosas), pero ella no. Para sostener su deliberación recurre a un determinismo biológico, racial, que justifica un comportamiento reprochable a partir de una cuestión de sangre.

Mediante una vigilancia casi extrema hacia el comportamiento, más que hacia el proceso educativo, los maestros han logrado minimizar las provocaciones y amenazas que padecían por parte de los alumnos en años anteriores dentro de la escuela, pero la disciplina ha sido lograda mediante la violencia simbólica ejercida desde ellos como autoridades institucionales hacia los jóvenes. Así la disciplina "es un asunto de mantenimiento del eje institucional, de reproducción de las relaciones sociales de la escuela en general" (Willis, 2008: 82). Los maestros recurren a sanciones, que van desde suspensiones por un día hasta la expulsión total de la escuela, como mecanismos de control para mantener la disciplina; no obstante, los castigos no siempre son efectivos dada la concurrencia de los

jóvenes en actos que denotan desobediencia (desde el juicio de los maestros), violencia manifiesta e incluso, consumo y venta de drogas al interior de la escuela.

Los castigos y sanciones no son suficientes para que los jóvenes asuman la autoridad de la institución y sus agentes como absoluta. Así, la autoridad escolar es asumida y tolerada dentro del espacio escolar, pero fuera de él, los jóvenes perciben a la escuela como sometida ante el poder del narcotráfico y de otros agentes de terror como las bandas y pandillas que han emergido en las últimas décadas en la colonia. Por lo tanto, la autoridad de la escuela se transforma en débil e irrelevante frente a la violencia del contexto.

Por un lado, la autoridad de los maestros es aún percibida y reconocida por los jóvenes, como efecto de los mecanismos de control y vigilancia, los castigos, las expulsiones, los gritos y todas las manifestaciones que denotan microviolencias (Bourgois, 2005), para recordar que dentro de la escuela es el maestro el que tiene la voz y el poder. El maestro, por tanto, continúa siendo una figura de autoridad a la que hay que respetar y retar, pero su influencia se ve menguada, aunque no anulada, fuera de los muros de la escuela. Esto sucede, no tanto por falta de respeto a la autoridad o porque los jóvenes sean temerarios; sino, quizás, por un desentendimiento de la realidad por parte de los maestros hacia la vida cotidiana de los jóvenes.

En un estudio realizado en Argentina, Kessler y Dimarco (2014) encuentran que los maestros son vistos por los jóvenes como débiles e incapaces de controlar la violencia que sucede dentro de los barrios y que se reproduce al interior de las escuelas. En las entrevistas realizadas para dicho estudio señalan que los jóvenes ingieren drogas y llevan armas a las escuelas, situación que no es ajena a la secundaria de El Aguaje, en donde es frecuente percibir un olor a marihuana que sale de los baños, tanto de hombres como de mujeres, en horarios de clases. También es frecuente que algunos jóvenes introduzcan bebidas alcohólicas o comercien e ingieran algunas drogas (marihuana, *pivi*¹¹⁵ o estopas con *thinner*) y

¹¹⁵ Nombre que los jóvenes de El Aguaje asignan al pegamento PVC.

alcohol dentro de la escuela, con precaución de no ser vistos por algún maestro o intendente.

Estos actos pueden señalar la falta de interés del cuerpo docente y autoridades escolares frente al problema del consumo de drogas. Pero más allá de eso, lo que visibiliza es que la institución escolar no está exenta de la influencia del contexto, sino que se trata de una institución atravesada por los problemas del exterior pero limitada respecto a su actuación para transformar la realidad, dejando que esta se reproduzca y refuerce en su interior. En este punto es importante señalar que, a diferencia del caso argentino en donde se explicita que la autoridad escolar ha ganado un total descrédito, en México aún pesa dicha autoridad, aunque esté expuesta al debilitamiento por la presencia de otros agentes que se disputan el poder y por las acciones reiterativas de los jóvenes por doblegarla y burlarla. De frente se someten a ella y la acatan, pero por la espalda intentan constantemente sobrepasarla.

Aunado a esta ambivalencia frente a la autoridad, impera entre los jóvenes una sensación de injusticia y discriminación desde la institución escolar y sus agentes (que se extiende a otras instituciones con las que tienen contacto). Algunos chicos consideran que además de débil, la escuela y los maestros también incurren en prácticas desleales y que se apegan a la ilegitimidad e injusticia.

Esteban (16 años) fue expulsado de la escuela cuando faltaban dos meses para terminar el ciclo escolar que lo graduaría de la secundaria. Sintiendo presionado por la maestra del grupo, en una reunión en donde se encontraba la Maestra Araceli, la mamá de Esteban y él, terminó aceptando que él representaba el problema del salón. Al asumir tal responsabilidad, Esteban fue expulsado definitivamente de la secundaria, contando también con el consentimiento de la madre para llevar a cabo dicho acto. Esta situación llevó a Esteban a reflexionar sobre las formas de discriminación que la escuela aplica hacia ellos.

Como no pueden hacer nada contra los otros que sí son problemas, como al que vende drogas o saben que está con alguna banda no lo pueden retar, se desquitan con uno...

Yo pienso que si un chavo es *tirador*,¹¹⁶ vende drogas pues, es por algo. Pero yo creo que si me expulsan a mí porque no llevo buenas calificaciones, entonces que también saquen al otro que vende drogas porque está haciendo algo mal. Pero no sé, tal vez tienen miedo los maestros, la directora, no sé, tal vez los amenacen (Esteban, 16 años, 2015).

Una cuestión es que la institución escolar se encuentre anulada o carezca de recursos simbólicos (como la autoridad) para hacer frente y/o transformar la violencia del entorno, pero otra cuestión es que incurra en actos que generen o refuercen injusticias, orillando a los jóvenes a verse envueltos en una vorágine de mayores desventajas. Al expulsarlos de la institución sin mayores motivos más que el comportamiento “rebelde” hacia la autoridad o el bajo desempeño reflejado en las calificaciones numéricas, mientras se permite la permanencia de jóvenes que incurren en violencias, venta de drogas o introducción de armas a la escuela, se contribuye a delimitar el lugar social que pueden ocupar los jóvenes. Mediante actos que los jóvenes califican de injustos por parte de la institución escolar se desdibujan los límites entre los binomios justicia-injusticia, legalidad-ilegalidad.

Hasta aquí me parecía claro que la escuela funcionaba sólo para recordar el lugar de exclusión, que la escuela y los maestros contribuían a minar la subjetividad de los jóvenes como parte de una forma más general de desprecio institucional hacia ellos, así como por el abandono y desapego respecto a sus experiencias de vida y de formación profesional. No obstante, el mismo Esteban y otros jóvenes me fueron colocando en una perspectiva diferente para entender la complejidad de las relaciones entre ellos y la institución escolar, así como el rol que esta juega en sus vidas. Con el tiempo fui entendiendo una dinámica diferente, al centrarme no sólo en la superficialidad de las interacciones, sino en las interfaces en donde se movilizan discursos múltiples y se gestiona la posibilidad de ser, de existir, de conocerse para cuidar de sí mismo, incluso para gobernarse.

Lo primero que me quedó claro después de varios meses en aquel recinto es que para los jóvenes sí es importante ir a la escuela. Esta institución representa un espacio ideal para la sociabilidad, para hacerse y ser joven. La escuela ha sido y

¹¹⁶ Narcomenudista.

es tal vez la instancia estatal que mayor influencia tiene sobre la conformación de las subjetividades juveniles, puesto que en ella se refuerzan identificaciones, lenguajes propios, símbolos y un sistema de valores alterno al de la sociedad en general (Feixa, 1999). La influencia de la escuela sobre la subjetividad de los jóvenes no sólo llega a quienes acuden a ella, sino que alcanza incluso a quienes están excluidos de la misma. Terminar un grado escolar o ser expulsado en el intento, acceder a ella o ser excluido, implica procesos de diferenciación que abonan a la conformación de una heterogeneidad entre los jóvenes, así como al acceso a una imagen socialmente valorada: la del estudiante.

Además de la idea de inclusión y de movilidad, la escuela también es prioritaria porque permite la convivencia generalizada de jóvenes, constituyéndose como un espacio de intercambio e identificación entre pares: “un lugar valorado porque permite conocer gente o estar con amigos, por el clima que se construye, pero también por ciertos aprendizajes” (Núñez y Litichever, 2015: 79). Para algunos jóvenes es más importante ir, llegar y estar en la escuela que el acto mismo de estudiar, pues la pertenencia a esa institución favorece el reconocerse como iguales –con sus limitaciones- por compartir las mismas condiciones de existencia, a la vez que se identifican como diferentes al resaltar las expectativas que la escuela les produce. Paola (15 años) es una chica para quien la escuela representa un espacio ideal para socializar y compartir experiencias con otros jóvenes:

La verdad lo que más me gusta de la escuela es que aquí veo a mis amigos. Sí, eso es lo que más me gusta. Me aburre y a veces no me gusta, pero sé que ahí veré a mis amigos y mis amigas porque sé que es difícil en otro lado. No hay pues muchos lugares a dónde ir para vernos (...) Casi no nos dan permiso, menos sí es de tarde porque ya ves que te puede pasar algo por andar en la calle. Por eso la escuela me gusta, ahí me siento bien porque los veo (Paola, 15 años, 2015).

Ante la falta de más espacios, aunado a la violencia en las calles, la escuela cobra relevancia como lugar de socialización para los jóvenes. El encuentro en la escuela permite la identificación y diferenciación entre pares, permite reforzar formas de ser y pensar, de reafirmar la existencia social a partir del reconocimiento y la pertenencia a un grupo específico, “es el lugar en el que me

siento más segura, más que soy alguien, acompañada, aquí siento que puedo ser yo” (Karla, 15 años).

Ese “puedo ser yo” deja ver la importancia de la escuela como espacio apropiado por algunos jóvenes. La institución, con sus normas y reglas, con sus tensiones en las relaciones con los maestros, con los encuentros y desencuentros cotidianos, es resignificado, reordenado y revalorado. Mediante la apropiación los jóvenes reorganizan el espacio y el uso que hacen de él, encuentran una línea de fuga (Deleuze y Guattari, 1997) que les permite desahogar un poco del peso que representa el control y la autoridad que los obliga a ser un tipo de sujetos del deber ser.

Como espacio de socialización que promueve la convivencia familiar y la convivencia entre pares en la cotidianidad, la escuela conserva el rasgo de institución que fomenta la integración social, siendo este factor un punto importante en la gestión del espacio. La integración social promovida no es del todo cierta, ya que se promueve dentro de los límites del territorio, permitiendo la convivencia restringida al lugar asignado (la escuela en particular, la colonia en general), y entre sujetos similares (jóvenes estudiantes y no estudiantes de la misma colonia o colonias con características similares).

Se trata entonces, de una integración acotada, restringida al espacio. El modelo de escuela acotada propuesto por Saraví (2009, 2105) es el punto de partida para reflexionar sobre otros atributos sociales que la experiencia de la escuela acotada tiene sobre la vida de los sujetos jóvenes. La reflexión sobre el caso de la secundaria de El Aguaje me permite comprender que lo “acotado” como cualidad de la escuela no se limita a la enseñanza y a los espacios dentro del recinto escolar, sino que se extiende a otras áreas de la experiencia social, teniendo un impacto directo sobre las socializaciones y, por ende, sobre la configuración de subjetividades de los jóvenes, quienes ven restringidas las posibilidades para la integración e inclusión social a partir de la experiencia escolar.

La promoción de una integración social restringida al espacio y el reforzamiento de una posición inferior conferida a los jóvenes responden al atributo fundamental del espacio escolar como acotado, que se ancla a un mecanismo de control que emerge y condiciona los intercambios entre los agentes escolares y los jóvenes, extendiéndose a otras áreas de la experiencia social de estos últimos. Este atributo del espacio escolar como acotado que promueve una integración también acotada, es resultado de la propia gestión gubernamental, de las técnicas de poder que se establecen y condicionan las interacciones entre los agentes escolares y los jóvenes. La permisividad es posible si se limita al espacio de pertenencia. Las formas de convivencia conocidas y asumidas por los jóvenes pueden ser sancionadas, pero también toleradas dentro de ese espacio; al salir del mismo, el comportamiento es puesto bajo vigilancia y control por parte de los maestros, quienes imponen sus prejuicios respecto del comportamiento de los jóvenes.

Como parte de las cosas que tenemos que hacer desde la escuela está el llevar a los chamacos a visitas fuera de la escuela. La verdad es que sí lo pensamos cuando nos toca hacerlo porque nos da miedo sacarlos y que se comporten mal, porque quien queda mal es uno como maestro. ¡Ay no! Es que sí los vieras cómo se comportan afuera, parecen salvajes, se ponen como locos, ni ganas da de decir que uno va con ellos. Ya nos pasó hace unos años que prestamos un camión para llevarlos a una visita al museo y rompieron los sillones del camión, el forro lo abrieron, yo creo que con navaja. Como uno no sabe lo que traen en la mochila. Eso hacen los hombres y las chamacas nada más llegan a un lugar y rápido empiezan a *loquear*¹¹⁷ con cualquier muchacho que ven. Como que han de pensar que las van a tomar en serio, que las van a sacar de aquí. La verdad es que yo sí lo pienso, mejor lo evito, mejor que vayan otras maestras porque yo no tengo paciencia, ni con mis hijos me mortifico tanto como con estos chamacos (Maestra Diana, 2015).

La cita deja ver diferentes tensiones alrededor de las relaciones que se establecen entre ambos actores. La escuela y los maestros representan un contacto directo con el exterior para los jóvenes, un referente importante sobre quiénes son ellos, qué imagen se hace de ellos desde afuera, desde otros parámetros y qué posición ocupan socialmente respecto a la ciudad y los otros habitantes. De esta manera, los maestros constituyen medios o guías que les muestran a los jóvenes el exterior, el espacio urbano afuera de la colonia que

¹¹⁷ Coquetear.

habitan, la ciudad y, por lo tanto, tienen la responsabilidad de enseñarles la normatividad que rigen esos otros espacios, las reglas de civilidad que operan en todo el espacio urbano; sin embargo, omiten cumplir dicha responsabilidad.

La tensión se hace evidente: por un lado, los jóvenes depositan expectativas sobre los maestros y confían en ellos como guías que les mostrarán esa otra parte de la ciudad, pero, por otro lado, los maestros conservan y les imponen imágenes de ellos como degradantes, peligrosos para la ciudad, ajenos a la misma. Rechazan la idea de que se vean como iguales, como pertenecientes al mismo espacio, aunque en ocasiones así es.

Este tipo de tensiones genera una imagen negativa que los jóvenes asumen como propia, misma que tiene repercusiones en su comportamiento fuera de la colonia al contribuir a la conformación de inseguridades. La omisión por parte de los maestros respecto a introducirlos en la normatividad espacial y de civilidad que rigen en los espacios a donde los llevan, produce un efecto de encierro en sí mismos para los jóvenes, quienes al no saber cómo actuar y cómo dirigirse sin la custodia y vigilancia de los maestros –a quienes asumen como “los que saben”-, se sienten inseguros.

Algunos jóvenes requieren de la aprobación de los maestros para sentir que están actuando de la manera correcta, requieren de esa mirada para sentirse protegidos y autorizados en un contexto que les es ajeno. Bajo argumentos como los presentados en la cita de la Maestra Diana, los jóvenes internalizan que “el lugar” al que corresponden es la colonia, que sólo saben y pueden comportarse dentro de sus límites no definidos físicamente pero sí construidos y asumidos socialmente, que pertenecen a su colonia y no al afuera, a la ciudad. Como señalé en el capítulo anterior, afuera los jóvenes se perciben como mal vistos, no saben cómo comportarse, son señalados, juzgados, por lo que transitar por el afuera bajo la custodia de la escuela representa para ellos una oportunidad que les brinda seguridad y certidumbres sociales y emocionales.

Estas tensiones también generan otra pauta para la conformación de la subjetividad de los jóvenes: las actitudes, señalamientos y mociones de orden que

imponen los maestros cuando se trata de estar fuera del espacio de la colonia, los ubica como los “peligrosos”, al grado que la maestra Diana menciona en cita que “les da miedo sacarlos”. Además de ello, también refuerza el estigma de ser los “feos” respecto al resto de la población.

Estas connotaciones sobre quiénes y cómo son constituyen referentes que los jóvenes incorporan a la imagen de sí mismos, por lo tanto, son parte de su subjetividad. Esta reflexión sigue la línea marcada en un capítulo anterior respecto a los atributos personales con los que se identificaban los jóvenes en relación a su experiencia urbana, lo que resulta interesante si el análisis se aleja de la cualidad asignada por los agentes escolares (son peligrosos, son feos), y se dirige hacia el proceso de integración de dichas cualidades elaborado por los jóvenes. Dado lo acotado de su experiencia social respecto al espacio urbano, al espacio habitado y relaciones establecidas, estos jóvenes se constituyen a partir de esas cualidades que se convierten en referentes, en semblantes de sí mismos; consecuentemente, el ser peligrosos o feos les otorga una referencia de su existencia y de la importancia que tienen en la sociedad. Este ser feos o peligrosos responde a una ficción que se convierte en un régimen de verdad al ser emitido por la voz de una autoridad.

Es de destacar cómo se hace una diferencia entre el comportamiento de los hombres y el de las mujeres desde la voz de autoridad representada por los maestros, lo que implica para el análisis una aproximación a la gestión de las configuraciones de los géneros respecto al espacio habitado. La maestra Diana hace evidente en su discurso el lugar del peligro y la violencia dirigido hacia los jóvenes hombres: son ellos los que destruyen, son ellos quienes, tal vez, carguen navajas en sus mochilas. Mientras que a las mujeres las coloca en un lugar signado por la “coquetería” y el uso del cuerpo para hacerse visibles y presentes en esos otros espacios. Las mujeres jóvenes son hipersexualizadas, cosificadas desde ese discurso, mientras que los hombres son investidos con atributos que responden a la figura del “macho violento”.

Lo anterior da un ejemplo sobre cómo la experiencia escolar marca pautas para la reconocibilidad de los jóvenes, reforzando los marcos de referencia y de existencia, así como de diferenciación desde la condición de género, que se gestionan en el espacio habitado. Esta gestión produce una socialización acotada, misma que se traslada a los cuerpos y a la conformación de los géneros, en donde los referentes para ser, hacerse y sentirse hombres o mujeres se refuerzan en los atributos también acotados que emanan de los discursos y prácticas de la autoridad.

Dicho lo anterior, quisiera regresar al caso expuesto de Esteban, quien, después de haber sido expulsado de la escuela por ser considerado -y él asumirse- como un problema, se vio orillado a comenzar su vida laboral. Como la mayoría de los jóvenes de la colonia, se integró a un empleo temporal marcado por la explotación y la precariedad. Cabe señalar que estos jóvenes aspiran a insertarse en empleos que no trascienden las áreas de servicios, reconociendo que tienen que empezar como aprendices o “chalanés” para adquirir conocimiento sobre el oficio a desarrollar. Este tipo de empleos se dan en circunstancias de explotación, pues al asumirlos como inexpertos en las tareas a realizar y necesitados del trabajo, les fijan más actividades de las que les corresponden a cambio del aprendizaje, y en muchas ocasiones esas actividades extras resultan degradantes y rechazadas por los demás empleados.

Esteban acudió a un taller mecánico por recomendación de su madre. Es importante señalar que la mayoría de estos jóvenes no acceden fácilmente a estos espacios laborales, por más precarios que sean. Pueden ser espacios vulnerables y de explotación, pero para tener acceso a ellos se requiere de un capital social que permita el acceso al espacio y al conocimiento que el adulto que dirige posee.

Así, Esteban comenzó como chalán de mecánico realizando las tareas que nadie en el taller quería hacer: limpiaba motores, lavaba vestiduras, engrasaba tornillos, ordenaba las llaves y las otras herramientas y piezas que quedaban tiradas por todo el taller al final de la jornada. Durante dos semanas Esteban realizó estas actividades, ocho horas cada día, con una pausa al medio día para

comer (siempre y cuando no hubiera mucho trabajo). La paga al final de la semana era de 150 pesos. Después de un tiempo, Esteban se ganó la confianza del maestro mecánico, por lo que este se dispuso a enseñarle para qué sirve cada pieza y algunos trucos para arreglar los vehículos.

Una tarde vi a Esteban para platicar con él y saber cómo le iba después de la expulsión de la escuela y con el nuevo trabajo. Se veía agotado, más delgado y muy ojeroso. Su día había sido agobiante, “muy pesado” –decía él. Me contó que había tenido que arreglar un motor, pero no sabía con certeza cuál era la falla, así que estuvo casi todo el día debajo del automóvil con el calor sofocante, provocado por el propio calor del vehículo más la temperatura característica de la ciudad, que para esas fechas alcanzaba los 40 grados centígrados. Además “me rugían las tripas” –comenta- para referirse a que tenía hambre y no podía tomar el tiempo (que debe ser un derecho) para comer hasta no encontrar el problema del carro en cuestión.

Entre el bochorno y el hambre, Esteban tuvo una reflexión respecto al papel de la escuela en su vida. Él comentó que ahora entendía algo que le parecía importante sobre el señalamiento de la maestra hacia su comportamiento, sobre su expulsión y la relevancia social que él tenía en la escuela. Sin divagar demasiado comentó que en la escuela él se sentía como alguien, él era alguien. La escuela entonces le daba un sentido a su existencia, aunque lo señalaran como problemático: “al menos ahí era el problemático, el rebelde, ahora siento que no soy nadie” (Esteban, 16 años, 2015).

Debajo de aquel automóvil, sintiendo el infierno causado por el calor y el hambre, Esteban comprendió que su existencia tenía sentido entre aquellos muros que siempre quería brincar, entre aquellos los gritos y malos tratos que la maestra le dirigía, en aquel territorio que lo encapsulaba a cambio de devolverle el reconocimiento, de convertirlo en alguien. La reflexión de Esteban es significativa en la medida en la que coloca en el foco en una de las tensiones que prevalece en las relaciones entre los jóvenes y la institución escolar, a través de sus agentes. El caso de Esteban nos muestra, por un lado, las limitaciones y la reproducción de

las condiciones de exclusión y pobreza que la institución lleva a cabo. Por otro lado, nos muestra también el rol fundamental que la escuela y los maestros tienen en la experiencia social de los jóvenes, como productora de sentido de vida y portadora de marcos de reconocimiento constituyentes de las subjetividades.

De esta manera la escuela como dispositivo cumple con la tarea de constituir a los sujetos, al inscribir en sus cuerpos un modo y una forma de ser mediante prácticas y saberes que determinan su existencia. El dispositivo administra, gobierna, controla, orienta y “da un sentido a los comportamientos, gestos y pensamientos de los sujetos” (Martínez Posada, 2014: 139), los hace alguien al margen de ciertos límites establecidos. Para Grinberg, Machado y Dafuncho (2015: 225), esta capacidad de la institución de dar sentido, de “hacer vida de los sujetos”, es una de las causas por las que continúa existiendo la escuela.

Las prácticas y discursos desde la escuela refuerzan los lugares de inferioridad y de exclusión; sin embargo, a partir de las prácticas discursivas y no discursivas, la escuela devuelve a los jóvenes una imagen de sí mismos dentro de un marco de reconocimiento determinado. La institución entonces le otorga sentido y legitimidad a su acontecer, los saca de ser nadie para ser alguien y, en contextos como el de El Aguaje, ser el problemático o el rebelde o cualquier otro señalamiento emitido desde una figura de autoridad como la de los maestros, es ser alguien.

La experiencia escolar les otorga reconocimiento frente al desamparo subjetivo y ante la violencia desbordada del entorno al encontrar un lugar de refugio durante las horas que permanecen en ella. Al alejarlos de otros espacios violentos en la colonia, los acerca a otros sujetos afines en sus demandas y duelos, así como a figuras de autoridad que, en algunos casos, llegan a representar figuras paternas que los arropa en algunas circunstancias.

Los regañones, castigos y malos tratos son aspectos recurrentes en la vida de muchos de estos jóvenes, como lo muestran las citas expuestas y las reseñas de vida al inicio de la tesis. Estas manifestaciones de violencia y microviolencias son el pan de cada día que reciben en sus hogares, en la calle e, incluso, entre

amigos. Huelga decir que en la escuela estas microviolencias también se reproducen, reforzando las formas violentas en las relaciones cotidianas. No obstante, los jóvenes elaboran resignificaciones alrededor de las microviolencias escolares, asumiendo los regaños o castigos como muestras de interés y, algunas veces, de afecto de los maestros hacia ellos. Estas reelaboraciones los conducirán, en una situación deseable, a encontrarle sentido a su permanencia en esta institución y, por lo tanto, a desarrollar un sentido de pertenencia a la misma.

6.3. La Seguridad Pública: un encuentro con policías

Las interacciones entre los jóvenes de El Aguaje -que puede extenderse a los jóvenes de colonias con características similares- y la policía, como agentes de la institución de seguridad pública, se presentan mediante una variedad de formas que dependen de algunos factores como el espacio de encuentro (dentro o fuera de la colonia), el tiempo (mañana, tarde, noche) y la pertenencia o no de los jóvenes a ciertos grupos o bandas.

Estas tres circunstancias permiten establecer una base desde donde se negocia y gestionan las relaciones entre los jóvenes y los policías; sin embargo, los cimientos de éstas se encuentran sustentadas en los mecanismos de control del dispositivo de seguridad y de los modos de existencia que se gestionan en el espacio. De manera generalizada se puede decir que en las interfaces entre ambos actores convergen formas e intercambios basados en la dominación y la violencia, pero de manera particular es posible dar cuenta de otras formas de intercambio (negociaciones, complicidades, acuerdos) que muestran mecanismos de negociación que, al conjugarse con las tecnologías de poder, contribuyen a configurar tanto la subjetividad de los jóvenes como el espacio habitado.

La actuación de la policía en el territorio, basada en una “lógica de la dominación territorial del Estado” (Barreira, 2009: 231) produce diversas reacciones entre los jóvenes por la manera de aplicar la vigilancia y el control. En general, los jóvenes reconocen que los policías deben ejercer ciertas acciones

para mantener el orden, pero rechazan que esas acciones estén cargadas de violencia y abuso hacia ellos. Algunos estudios sobre las relaciones entre policías y jóvenes de colonias y barrios pobres destacan por basarse, generalmente, en la desconfianza y el miedo mutuos (Reguillo, 1995; Barreira, 2009; Pontes Fraga, 2010; Kessler y Dimarco, 2013; Alvarado, 2014; Kessler, 2015).

El caso de El Aguaje muestra que estas interacciones marcan diferentes rutas para ser joven y que, pese a predominar la desconfianza y el miedo como pautas que guían los intercambios, existen matices que modulan los encuentros y los conflictos que llegan a suscitarse. Así, es posible encontrar a jóvenes que mantienen una actitud sumisa y respetuosa del orden, que en el discurso dicen confiar en la policía porque consideran que es una institución que resguarda la seguridad y el orden, pero en la práctica les temen y desconfían. Esta desconfianza es resultado de haber sido testigos de las extorsiones y del poco involucramiento de la policía en la solución de los problemas que aquejan a la colonia.

Por otro lado, están los jóvenes que presentan una actitud más temeraria y retadora hacia estas figuras de autoridad. Algunos de estos jóvenes pertenecen a las bandas de la colonia, sin que este sea un rasgo característico de los miembros de estas agrupaciones, puesto que también encontré a jóvenes que retaban a la autoridad policial y que no pertenecían a ninguna banda, así como a jóvenes de alguna banda que se mantenía temerosos.

Un rasgo general en estas interacciones es la violencia que las caracteriza, misma que puede ejercerse desde ambos actores; no obstante, es en la policía desde donde emerge con mayor virulencia. Este rasgo constituye, más allá de una experiencia compartida, un factor que contribuye a mantener el principio homogeneizador de la juventud en colonias y barrios precarizados. De esta manera, al actuar bajo mecanismos de violencia indiscriminada y arbitraria sobre los jóvenes de El Aguaje, la policía refuerza el estigma que recae en ellos, por el cual son vistos como peligrosos o delincuentes sólo por ser habitantes de dicha colonia.

Los encuentros violentos con la policía pueden suceder sin que los jóvenes provoquen ninguna situación de amenaza. En ocasiones el simple hecho de pasar frente a una patrulla puede resultar en un cateo ilegal y solicitud de dinero, o hasta una golpiza propinada por la policía. Kessler y Dimarco (2014: 89), en una investigación llevada a cabo en una *villa miseria* de Argentina, encuentran que los jóvenes de estos sectores (populares) “están acostumbrados, desde chicos, a ser parados y revisados insistentemente” por la policía cuando andan por la calle, ya sea dentro o fuera del barrio. Por su parte, Alvarado (2014: 26), en un estudio realizado en la Ciudad de México señala que los jóvenes presentan una paradoja respecto a estas revisiones ilegales, puesto que por un lado les genera descontento y molestia, pero por otro lado “consideran las revisiones como aceptables y legales”.

En los relatos cotidianos de los jóvenes de El Aguaje eran frecuentes las experiencias respecto a revisiones en la calle, emergiendo estas como prácticas cotidianas y habituales de sus encuentros con la policía. Si bien dicha situación les provoca malestar (por tener que detenerse, ser interrogados acerca del lugar de dónde vienen y hacia dónde se dirigen), esto no trasciende hacia un malestar generalizado dirigido hacia el sistema de seguridad público. Contrario a lo que se espera, los jóvenes perciben estas prácticas como necesarias y hasta obligatorias por parte de los policías; es decir, creen que es parte de su trabajo formal y por lo tanto no las califican como prácticas ilegales ni arbitrarias.

Para decirlo de otra manera, ellos mismos se asumen como “sujetos cateables”, por lo tanto, aunque moleste, no consideran inaceptable, incongruente o ilegal el actuar de la policía.

Vienes caminando de donde vengas, a veces sólo vas a comprar pan o algo que te encargo tu mamá. Ahí vas, ahí va uno caminando. Salen los pinches policías y ya te tienes que parar. Empiezan con sus preguntas, que si a dónde es que vas, que si qué traes en la bolsa, que si ya vas a robar. A veces hasta te quitan el dinero que traes. Pero no siempre, a veces se dan cuenta que uno va a hacer mandado y respetan porque saben que es dinero de tu mamá que te dio así para el pan, para comprar lo que pidió. Pero si se dan cuenta que llevas más, te traban. Cae mal que hagan eso porque tienes que pararte, a veces uno lleva prisa, quieres ir ligero¹¹⁸ y ya te chingaste porque ya te

¹¹⁸ Rápido.

encontraste a los *puercos*¹¹⁹ en tu camino... *¿Por qué crees que hacen eso los policías?*... Es que es parte de su chamba, de su trabajo pues. Enoja que lo hagan porque como te digo, quieres llegar rápido a un lugar y te detienen un rato, pero es parte de lo que tienen que hacer, de lo que les piden sus jefes, o saber quién, el que los manda. Por eso pue' uno no les dice nada. Si encabrona pero ya qué, sí es lo que ellos tienen que hacer, qué más. Es como yo que tengo que hacer la tarea porque si no me regaña la maestra, igual para ellos, es su tarea (Erick, 17 años, 2015).

Para Erick como para la mayoría de los jóvenes, hombres y mujeres, que han pasado por revisiones policiales, se trata de algo común y parte del trabajo de la policía. Creer esto conlleva a legitimar esa práctica como necesaria para los policías y consecuentemente legal, como lo señala Alvarado (2014). Sin embargo, lo que el autor señala como contradicción o paradoja, podría serlo para quien se sitúa en un plano formal, conoce las leyes y cree en ellas como las normas que rigen el comportamiento de los individuos, pero en el plano concreto de la calle de una colonia periférica como El Aguaje, para jóvenes que desconocen las leyes y no creen mucho en ellas, y además desconocen sus derechos, esto no llega a ser una contradicción puesto que los límites entre prácticas legales e ilegales son difusos.

Frente al desconocimiento de una práctica como ilegal no puede esperarse una confrontación, alegato, mucho menos una denuncia, aunque provoque molestia y enojo por aquellos que no cuentan con una ciudadanía plena que los habilite como sujetos de derechos. Así, la policía con su accionar sobre el territorio gestiona lo que debe considerarse obligatorio y necesario, lo que es aceptable y no, incluso lo que es legal y lo que es ilegal, aunque ello no se apegue a lo que las leyes dictan. Sus mecanismos de control arbitrarios y no siempre apegados a la legalidad y a la formalidad desdibujan, al igual que la escuela, el binomio legalidad-ilegalidad.

Además de esta negociación de los referentes legales e ilegales que marcan las prácticas y acciones dentro de El Aguaje, la policía también influye en la gestión de la configuración de los regímenes de género que operan en el territorio.

¹¹⁹ Policías.

Las mujeres jóvenes, además de estar sujetas a las prácticas de cateos arbitrarios e ilegales como los mencionados, también atraviesan por constantes situaciones de acoso callejero por parte de los policías. Pasar a un lado de algún policía o patrulla implica escuchar una serie de palabras y frases, que para los policías son “piropos”, mismos que pueden ser sutiles hasta explícitamente sexuales, trascendiendo incluso al plano del acoso y abuso sexual. En las conversaciones con ellas, algunas mencionaban conocer historias ajenas respecto de abuso sexual hacia algunas mujeres por parte de los policías, mientras que otras aceptaron abiertamente –y aún con miedo- haber sido tocadas de manera totalmente abusiva por un policía. Las quejas de las jóvenes hacia este tipo de abuso es generalizado, aludiendo a que sienten mayor inseguridad y miedo si van caminando por la calle y ven que hay policías cerca.

Cristal relató que en una ocasión se dirigía hacia la pollería que está a unas cuadras de su casa y se encontró con una patrulla en el camino, apenas unas casas antes de llegar a su destino. La experiencia del encuentro trascendió debido al comportamiento abusivo de los policías, quienes primero le cercaron el paso y luego le dieron una nalgada, como se muestra en la reseña de vida de Cristal expuesta en el capítulo 3.

Ante tal hecho, la chica se movió rápido del lugar y entró a la pollería para resguardarse frente a la posibilidad de que aquel abuso aumentara, llegando a ser violada por los policías. Ese era el temor mayor de Cristal, temor que desde su experiencia de vida en El Aguaje es vivido por ella como una posibilidad real.

La reacción de Cristal fue mediada por el miedo, emoción experimentada ante la posibilidad de que el incidente aumentara al grado de ser violada sexualmente por los policías. Pero el miedo no sólo la llevó a perder el color y sentir que las piernas le temblaban, también la llevó a callar y no decir nada a nadie sobre lo sucedido. El miedo la llevó al silencio por dos lados: primero, para evitar una reacción de mayor violencia por parte de los agresores, y segundo, para evitar ser juzgada por los demás como propiciadora de lo sucedido, tal cómo antes, siendo niña, lo había experimentado:

(...) no le dije a la señora de la pollería nada porque tenía yo mucho miedo y me iba a regañar por andar *loqueando*¹²⁰ con los policías. Ya que vi que se fueron me salí rápido y me fui corriendo a mi casa (...) Le iba yo a decir a mi mamá. Tenía yo ganas de llorar. Pero empezó a regañarme porque me tardé, me dijo que seguro me había yo visto con algún hombre (la voz se le quiebra), que sólo *loqueando* ando en la calle. Mejor ya no le dije nada porque me iba a decir que era mi culpa. Ya mejor deje que pasara.

Lo dicho por Cristal resulta más que revelador respecto a cómo se configuran los géneros en espacios determinados, en este caso, cómo se configura específicamente la feminidad o los valores atribuidos a lo femenino. A partir de estos valores atribuidos, se significan los cuerpos femeninos, siendo cosificados y posibles de ser tocados, incluso abusados, por la autoridad conferida a lo masculino. Empatando las reflexiones emanadas de las prácticas y discursos emitidos desde la institución escolar y la de seguridad pública respecto a los órdenes de géneros, vemos como ambas instituciones favorecen un tipo de feminidad asociado al cuerpo como dispositivo carnal, cosificado e hipersexualizado.

Las jóvenes no necesariamente quieren “ligar” con los hombres que encuentran en otros espacios fuera de su colonia, pero la voz de autoridad de los agentes escolares señala que la conducta de acercamiento responde a un coqueteo con fines sexuales, e incluso bajo motivaciones materiales. Las jóvenes no salen de su casa a la tienda con el fin de encontrarse a un hombre que las toque y ultraje, pero los policías las acosan, las tocan y las re-signan a un lugar social en donde autorizan el abuso sobre sus cuerpos por ser mujeres (jóvenes y pobres) en el espacio público.

Los policías encuentran en el señalamiento social hacia las mujeres un espacio que les posibilita el abuso y la violencia. La culpa que se dirige hacia las mujeres que han sido violentadas mientras se encontraban en el espacio público, en la calle, funciona como mecanismo de control que privilegia a los hombres, sobre todos a los que ostentan autoridad como los policías, para llevar a cabo acciones sobre los cuerpos de las mujeres. Así mismo, somete a las mujeres y las silencia por el miedo a ser sancionadas de peor manera.

¹²⁰ Coqueteando.

García Palencia (2015: 67), siguiendo a Lagarde (2008), señala que la violencia hacia las mujeres en espacios públicos, llevada a cabo por agentes del Estado y otros actores, “está enraizada en las estructuras de poder del género (patriarcado), en las desigualdades económicas, sociales, políticas y culturales, así como en las relaciones interpersonales”, las cuales colocan a las mujeres en una posición social inferior a los hombres; a lo que yo agregaría que también se enraízan en la política cultural de las emociones (Ahmed, 2015) que asigna valores y regula el comportamiento de los cuerpos en el espacio público.

Si la experiencia de Cristal hubiese devenido sólo en miedo, si no experimentara culpa, si la culpa no fuera depositada en el cuerpo femenino, si las instituciones del Estado y las voces de autoridad no reforzaran la culpa sobre el comportamiento de las mujeres, ella, quizás, podría denunciar a sus acosadores y apelar a la justicia.

Los policías encuentran en una base cultural la justificación para violentar los cuerpos femeninos. Mediante estos actos no sólo se condiciona el espacio público, dictando que las mujeres no tienen permitido el uso sin asumir consecuencias, también se legitima la violencia y se despoja a las mujeres de la autonomía de sus propios cuerpos. Con la vulneración del cuerpo femenino se instaura un control sobre el mismo, lo que consecuentemente genera un efecto de lugar, que establece que el lugar para las mujeres no es el afuera, no es la calle y, además se genera un efecto de poder, que dicta que sus cuerpos no les pertenecen. Así, el acoso sexual va más allá del acto concreto “de la posesión sexual que parece seguir exclusivamente”, dirigiéndose hacia el control y dominación total del cuerpo menospreciado y del espacio público (Bourdieu, 2000: 19).

El constante uso de la fuerza por parte de la policía en sus encuentros con los jóvenes conlleva a que el miedo se instaure como “el arma más poderosa para impartir obediencia y sumisión, a su vez obliga al silencio y altera la capacidad de resistencia del sujeto” (Alvarado, 2014: 117). Los policías no necesitan recurrir a la violencia en cada encuentro con los jóvenes, ni tocar a las mujeres cada vez que

se cruzan en su camino, pues el miedo –como emoción que regula el comportamiento- somete a los sujetos jóvenes con antelación, bloqueando su capacidad de interpelación y defensa.

La violencia física no siempre está presente en las interacciones. Sin embargo, en las conversaciones que mantuve con los jóvenes, siempre emergían referencias hacia muestras de dominación, humillación y menosprecio en sus encuentros con la policía. Esta situación es similar a lo que sucede en la escuela, en donde los encuentros con los maestros también están marcados por este tipo de microviolencias. Sin embargo, los jóvenes mantienen una actitud de mayor respeto hacia los maestros que a los policías. A ambas figuras les confieren autoridad, pero les asignan valores diferentes.

De esta manera, los jóvenes se encuentran “sobrecontrolados, pero a la vez subprotegidos”, lo que tienden a interpretar como una evidencia de la desigualdad en la que viven y la discriminación de la que son objetos (Kessler, 2015: 78). Durante las entrevistas y conversaciones informales era constante la referencia de los jóvenes respecto de su malestar frente a la actitud de los maestros hacia ellos, pero justificaban dicha actitud al asumir que ellos no entendían o provocaban las situaciones de enojo. Pero cuando se trataba de hablar de los policías, manifestaban enojo, rabia e incluso odio hacia estos agentes, pues no consideraban merecido el trato que reciben. Estas diferencias pueden estar sustentadas en la legitimidad que se concede a las instituciones. Mientras que la escuela goza de esa legitimidad y reconocimiento, la policía como institución se encuentra desacreditada debido a la asociación recurrente como instancia que participa de la corrupción y de la impunidad.

Por otro lado, esta falta de legitimidad sobre la institución policial recae en la percepción de incapacidad para frenar la violencia del contexto, que se refleja en la Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana (ENSU, 2017), en la cual se señala que el 52 % la población de Tuxtla Gutiérrez considera que la violencia y la delincuencia “empeorarán” en el siguiente año, como resultado de las pocas acciones efectivas implementadas por los cuerpos de seguridad. Esta percepción

de inseguridad y calamidad es también compartida por los jóvenes de El Aguaje. Ellos tienen claro que la policía no cuenta con los recursos y la preparación suficientes para enfrentar a las bandas, a los traficantes y a otros sujetos de temor que se encuentran en la colonia. Algunos jóvenes referían que eran incapaces hasta de controlar un enfrentamiento entre dos sujetos alcoholizados que se golpean en la calle.¹²¹

Esta falta de confianza y reconocimiento moral hacia la institución policial descansa también sobre los actos de impunidad, corrupción y diversos ilegalismos que caracterizan las prácticas policiales. Estas actividades ilegales encuentran sustento en el poder político, al otorgarle a los policías la facultad de establecer el control y el orden mediante el uso de la fuerza sobre determinados territorios (Míguez e Isla, 2003). Este poder también les permite lucrar con las acciones ilegales que se llevan a cabo en las zonas que les han sido asignadas para su cuidado y prevención de la violencia.

La legitimidad del uso de la fuerza y su contribución en la práctica de ilegalidades y la ejecución de delitos no descansa solamente sobre esta base, sino también es sostenida por la estigmatización de los enclaves de pobreza, contribuyendo a la legitimación ciudadana de las prácticas policiales fuera de la ley y la formalidad, que en otras zonas de las ciudades aparecen como inaceptables, tal como lo señalan Kessler y Dimarco (2013: 223). Esto lleva a que la población en general considere aceptable, e incluso consienta, golpear brutalmente a un joven que proviene de una colonia con las características de El Aguaje, pues se asume que es delincuente por el hecho de vivir ahí, pero se repruebe ese mismo acto policial hacia un joven que habita una colonia de clase media o alta.

Dicho lo anterior, cabe señalar que no todas las relaciones entre los jóvenes de El Aguaje y los policías se presentaban bajo estos parámetros de franca dominación por parte de los agentes de la Seguridad Pública. Estas relaciones también se ven estructuradas por tensiones, ambivalencias y conveniencias.

¹²¹ Esto lo mencionaron poco tiempo después de que un señor fue asesinado en El Aguaje, por su “compadre” en una riña callejera estando los dos ebrios y en presencia de la policía.

Durante el trabajo de campo pude constatar cómo algunos jóvenes que conocen a algún policía usan esa relación para infundir temor o cobrar venganza si han tenido algún conflicto con alguien más, ya sea en la escuela o en la calle. Esto también pude observarlo al interior de algunas familias, situación que podría entenderse como la manifestación práctica de la complejidad en la que la legitimidad del Estado se establece, sosteniéndose en límites difusos, y negociables cotidianamente, de lo que debe considerarse “legal” e “ilegal” en enclaves de pobreza.

De esta manera tenemos, por un lado, un cuerpo policial que no infunde confianza y los habitantes de El Aguaje saben de su incapacidad para enfrentar situaciones de peligro, y, por otro lado, a esos mismos habitantes que recurren a los policías que conocen cuando requieren “arreglar” algún conflicto, apelando al vínculo afectivo para que respondan en beneficio de quien lo pide, incluso solicitando se recurra a las mismas prácticas ilegales que se cuestionan.

La confianza entonces es un elemento que se negocia en las relaciones entre estos actores. No se confía en la institución, pero sí se confía en el vínculo interpersonal con el agente que la representa. En estos casos, la ilegitimidad, el desprestigio, la corrupción y la impunidad dejan de ser un problema para los habitantes de la colonia, incluidos los jóvenes, ya que son precisamente los atributos que permitirán a un policía específico actuar en beneficio de quien se lo ha solicitado.

Algunos jóvenes narraban, en algunas conversaciones informales, diversas situaciones en las que algún familiar o ellos mismos acudieron a un policía conocido para “dar una calentadita” a quien los había ofendido, o para infundir miedo a quien los amenazaba, también para intentar escapar de algunas situaciones de riesgo como peleas o incluso, eludir alguna sanción emitida desde la propia policía.

En una ocasión la madre de Edgar (15 años) me había invitado a comer, así que me encontraba en su casa, acompañada de ella, Edgar, Juan (18 años) y algunos miembros más de la familia. Platicábamos de temas irrelevantes cuando

Llegó el papá de Edgar, quién volvía de trabajar (fontanero). Al ver a Juan una gran sonrisa se dibujó en su rostro y se apresuró a abrazarlo mencionando efusivamente que lo había estado pensando mucho durante la mañana, por lo que ahora se alegraba mucho de verlo. El motivo de dicha felicidad: el papá de Juan es policía.

Dos noches anteriores, Lucho (el papá de Edgar) había ido a tomarse unos tragos con sus compadres, como es costumbre dos o tres veces por semana. Mientras compraba más cervezas y cigarrillos en el “Oxxo”¹²² más cercano a la colonia, un joven extrajo de la motocicleta de Lucho la mochila en la que llevaba todas sus herramientas de trabajo, huyendo después a toda velocidad del lugar para esconderse. Cuando Lucho se dio cuenta del robo que había sufrido -“hasta se me bajó la bolera”- dijo.¹²³ Desesperado, buscó sin éxito al joven que le robó, regresando a su casa sin herramientas y sin borrachera.

Dada su frustración, había pasado toda esa mañana pensando en ver a Juan para, por medio de él, pedirle a su papá que le diera “una calentadita” al muchacho que le había robado, asegurando saber quién había sido y dónde podía encontrarlo: -“unos cuantos golpes nomás, para que aprenda el chamaco con quién meterse y para que tu papá no se manche con ese malandro, sólo que le quiebre unas costillas y que lo deje por ahí tirado”- precisó.

Juan no dejó de comer mientras escuchaba. Al final de la petición dijo que le diría a su papá y que seguro aceptaría porque entre *compas* se deben ayudar. Luego señaló, con cierto aire de presunción, que ese tipo de cosas, esas “calentaditas”, son comunes para su papá, así que seguramente lo haría con gusto, cuestión que también dejó clara cuando imaginaba que sería objeto de burlas en su reingreso a la escuela.

La normalidad en la que se desarrolló esta situación puede resultar inquietante, puesto que la corrupción, el abuso de poder y la impunidad parecen ser temas cotidianos que se conversan sin mayores miramientos mientras se

¹²² Cadena de tiendas de conveniencia.

¹²³ Borrachera.

comparte la comida. Vemos así cómo las prácticas ilegales se presentan como un *continuum* al ser reforzadas y reproducidas por las instituciones (escuela, policía, familia). De esta manera, los procesos de socialización de los jóvenes están sometidos a las prácticas constantes de ilegalismos, que potencializa las posibilidades de conducirlos a ser “practicantes de ilegalidades” (Pontes Fraga, 2010). El actuar cotidiano de las instituciones contribuye, como ya lo he referido antes, a desdibujar las líneas que separan lo ilegal de lo legal, lo permitido de lo prohibido, la autoridad y el abuso de autoridad, con lo que se refuerzan las formas violentas para resolver conflictos.

La situación expuesta deja ver el rol extralegal que realizan los policías, aprovechando la investidura que el uniforme y la pertenencia a una institución les confiere. Es preciso señalar que este rol extralegal permea a la institución de seguridad en general, pero quienes la realizan son los sujetos en sí mismos. Auyero y Berti (2013: 126) señalan que estas formas del actuar de la policía, en complicidad o aliándose con algunos vecinos de los barrios marginados, muestra las formas en las que el Estado se presenta en la vida de la población pobre: de manera intermitente, contradictoria y altamente selectiva.

A partir de este rol extralegal las actividades de corrupción e impunidad alcanzan cierta legitimidad, en tanto y en cuanto quienes las juzgan no se sientan afectados. Días antes del incidente narrado en casa de Edgar había platicado con sus padres respecto a la violencia que se vive en la colonia. El papá de Edgar, Lucho, había sido enérgico al señalar a los policías como propiciadores de esa violencia, pues –“ellos abusan de poder, de su fuerza, ellos provocan que exista todo esto que vivimos porque se hacen cómplices, se corrompen”- señaló.

Es interesante ver que la petición extraoficial que le haría al papá de Juan, en su rol de policía, no le parecía un acto ilegal ni inmoral, un acto de complicidad, de uso de la fuerza fuera de la legalidad. Este tipo de juicios ambivalentes son también señalados por Müller (2012), en un estudio que hace de la policía en la Ciudad de México, en el cual encuentra que existe una demanda de seguridad frente a la violencia, y de mejores prácticas policiales que combatan la corrupción,

pero de manera paralegal, los ciudadanos participan de actos de corrupción, ya sea por medio de favores –como el caso de Lucho- o como medio para salir de un problema por no acatar el orden social establecido.

La impunidad con la que operan los policías en el territorio, las complicidades de las que se hacen, los favores a ciertos sujetos por ser amigos, compadres o familiares, conllevan a consecuencias que refuerzan la violencia y también llevan a un quiebre del Estado de Derecho. Algunos policías, los municipales, comparten el territorio con los jóvenes por cuestiones de trabajo –al asignados a esas zonas de la ciudad-. Pero los encuentros e interacciones no suceden únicamente por esta razón, ya que los jóvenes tienen contacto con policías de diferentes adscripciones institucionales también por los vínculos vecinales y familiares.

La vida de los policías sin el uniforme es una continuidad de expresiones de machismo, violencia y abuso de autoridad. La impunidad no es un manto que protege a los policías y los mantiene al margen de los conflictos existentes, por lo que las consecuencias que se generan por los actos de corrupción y abuso en los que incurrir también trastocan sus vidas, así como la desigualdad y la pobreza. La familia de Juan es un ejemplo de esto.

La hermana de Juan vivió un intento de violación cuando iba caminando de regreso a su casa. El transporte público que la deja de la casa de su mamá a la de su papá tiene la parada en un callejón. Una tarde, Nadia (14 años) iba caminando por ese callejón de regreso a su casa, como lo ha hecho durante casi toda su vida, pero en esta ocasión se presentó algo que cambió por completo aquella experiencia cotidiana. Dos jóvenes la interceptaron, la abrazaron y le taparon la boca. Intentaron quitarle la ropa, pero ella mordió a uno y pateó al otro. Como pudo se soltó y corrió. Llegó a su casa asustada, sin aliento y sin blusa, con golpes en la cara y algunos rasguños en las piernas. Su papá (el policía) se encontraba en la hamaca descansando. Apenas logró interpretar lo que su hija contaba entre el llanto y el miedo, corrió hacia el callejón buscando a los sujetos, pero estos habían huido.

Llamó a uno de sus amigos policías, y ambos buscaron a los sujetos en un vehículo particular. Los encontraron, pues Ramiro (el papá de Juan y Nadia) sabía quiénes eran porque desde hacía mucho tiempo había quejas de los vecinos por esos mismos jóvenes que molestaban a las mujeres y vendían drogas en aquel callejón. Sin embargo, pese a las múltiples denuncias y quejas, Ramiro no hacía nada al respecto, ya que -“los conocía desde niños y no está bien hacer algo contra la gente que conoces”- mencionó mientras relataba el acontecimiento.

Ignorar las demandas de la población frente a un problema real de acoso, violencia, extorsión y comercio de drogas que los dos jóvenes del callejón acumulaban significaba para Ramiro asegurar un vínculo de amistad con las familias de esos jóvenes. Cabe señalar que, dado que Ramiro pertenece al Grupo Táctico de la policía no puede actuar directamente sobre las acciones de los civiles en la calle, pero sí se encuentra habilitado para levantar la denuncia o turnarla a la instancia de seguridad pública pertinente. Incluso podría dar seguimiento al caso velando a que se cumpla con la ley.

Su omisión le costó un intento de violación a su hija. En ese momento olvidó el vínculo de amistad con los vecinos, borró de su memoria el rostro de los jóvenes cuando eran niños y los persiguió hasta encontrarlos. Sabía en dónde estaban porque antes de lo acontecido él mismo había guiado a esa “guarida” a unos jóvenes de otra colonia que buscaban drogas, y en otra ocasión los había protegido brindando vigilancia en la guarida cuando eran buscados por un grupo de policías municipales que habían recibido una denuncia por violencia física en aquel callejón.

Ramiro estaba enterado de todo y los había encubierto bajo el argumento del compañerismo, la fraternidad, el apoyo comunitario. Los vínculos afectivos y comunitarios se vinieron abajo cuando las acciones de transgresión repercutieron en su familia. El encubrimiento de Ramiro no sólo expuso a su propia hija a la violencia, también terminó fracturando los lazos de vecindad y comunidad que cuidaba. Desde ese momento dejó de dirigirle la palabra a las familias de aquellos jóvenes y logró que un grupo de vecinos se sumaran a la indignación.

La historia no termina en eso. Cuando Ramiro encontró a los jóvenes, los sacó del escondite, los golpeó junto con su amigo y los subió al auto que manejaban. La intención era -“acabarlos, que murieran ya los desgraciados para que dejaran de hacer daño aquí”-. Para él, siendo policía, la justicia está relacionada con la muerte, con el hacer morir y desaparecer a los que percibe como culpables.

Después de subir al auto a los dos jóvenes que iban casi inconscientes por los golpes recibidos, se dirigió a su casa. A ambos los bajó a golpes, pero antes de meterlos a su casa llegó una patrulla de la policía municipal. El plan de “acabar” con aquellos jóvenes se vino abajo, pues aunque él es policía no está facultado para detener a los sospechosos, siendo ésta una tarea de la policía preventiva municipal, quienes habían llegado al domicilio después de recibir una llamada de denuncia hecha por la abuela de Juan.

Mientras me relataban lo acontecido, la abuela se encontraba presente sin emitir ninguna palabra, sólo asentía con la cabeza ante algunos sucesos mencionados, pero cuando se llegó a la parte en donde ella aparecía en el relato, intervino para tomar la palabra. Con voz fuerte hizo énfasis en que el objetivo de su llamada a la policía municipal había estado motivada por el temor que sentía respecto a la posibilidad de que su hijo matara a los dos jóvenes. Luego de esto aclaró que el temor no era por la vida de los jóvenes, sino porque su hijo “mancharía sus manos de sangre y no vale la pena enlodarse por unos mugrosos”- comentó. Con la llegada de la policía municipal, el plan de Ramiro no pudo concretarse. Intentó negociar con sus colegas, pero estos no cedieron bajo el mismo argumento de la abuela: “no vale la pena enlodarse por unos mugrosos”. Los jóvenes que conocía desde niños, que protegía y les permitía hacer lo que quisieran, pasaron a ser un par de mugrosos con vidas que no valen la pena en cuestión de horas.

Este incidente da cuenta de cómo la intervención de la policía como agentes que representan al Estado en el territorio no sólo asignan orden y control en él, sino que también implican el reconocimiento subjetivo del otro, del joven que está

en la calle, el cual puede ser visto como ser humano, ser respetado y reconocido, o ser visto como “mugroso” con una vida que no vale la pena. Así aparece la negociación de la existencia con estos agentes institucionales. Los jóvenes del callejón no eran sancionados por la autoridad policial, pues gozaban de una protección dada por un bien simbólico y emocional, hasta que rompieron el pacto no hablado pero sobreentendido, un pacto basado en la impunidad mediante el cual obtenían protección a cambio de no tocar a la familia. Lo que destacó más del relato fue que lo experimentado por Nadia, la hermana de Juan, pasó a segundo plano, pues lo primordial era (y aún es) cobrar venganza por burlar la autoridad. Lo importante entonces se coloca en el reconocimiento de la virilidad y poder masculino sobre la vulnerabilidad del cuerpo femenino (Bourdieu, 2000).

Otro tipo de complicidades que destacan en las relaciones entre jóvenes y policías son aquellas que se tejen entre estos agentes y los jóvenes que pertenecen a una de las barras del equipo de fútbol local (Jaguares de Chiapas).¹²⁴ Esta barra, a la que nombraré “La Ideal”, tiene presencia en la colonia El Aguaje y se compone por varios jóvenes que pertenecen a diferentes bandas locales, entre ellas la LRS (La Real Santa) y la LVL (Los Verdaderos Locos).¹²⁵

En varias ocasiones se han reportado algunas acciones vandálicas cometidas por miembros de la LVL después de salir de un partido de fútbol. Los desastres cometidos van desde golpear automóviles, agredir física y verbalmente a otros individuos que se cruzan en su camino hasta algunos robos y asaltos. Estos acontecimientos se han presentado en su mayoría sobre la calle principal que lleva a El Aguaje desde el estadio de fútbol.¹²⁶

¹²⁴ En abril de 2017, el equipo disputó un partido para conservar su lugar en la Primera División de la Liga Mexicana. Ante la frustración de ver perder al equipo, los aficionados de las dos barras principales, entre ellos los que viven en El Aguaje, irrumpieron en la cancha, armando un confortamiento campal entre ellos y los policías que entraron a resguardar a los jugadores. La trifulca terminó con un policía gravemente herido y seis más lesionados por los golpes recibidos, además de 26 detenidos y acusados de “pandillerismo” (Animal Político, 2017).

¹²⁵ Nombres ficticios para efectos de esta investigación.

¹²⁶ En el capítulo 4 expuse cómo algunos jóvenes regresan de los partidos de fútbol caminando sobre la Calzada, a veces cantando, bebiendo, algunos drogándose y, dependiendo de los ánimos, pueden ir destruyendo algunos autos o casas, o acosando a los viandantes.

La reacción de la policía, en la mayoría de las ocasiones, es sólo preventiva ante estos sucesos, limitándose a detenerlos, preguntarles algunas cosas y dejarlos ir. Pero también tienen lugar los cateos para buscar armas y drogas, y algunos jóvenes mencionan que también para quitarles el dinero que llevan o el alcohol. En ocasiones suben a algunos a la patrulla con el objetivo de reportarlos ante el ministerio público correspondiente y, con ello, cumplir frente a sus superiores. Pero no pasa nada más.

Esta aparente falta de acción de la policía frente a la actuación de estos jóvenes en particular se justifica en cierto pacto existente entre las barras del equipo de fútbol y la policía. Algunos de estos chavos forman parte de grupos de choque,¹²⁷ son llamados a la “guerra” cuando hay huelgas, manifestaciones o se requiere de algún chivo expiatorio pasajero. En una negociación no hablada, los policías hacen uso de estos jóvenes de reserva para lograr objetivos políticos o ajustes de cuentas personales, colocándolos en una posición “de una fuerza policíaca extraoficial” (Lomnitz, 2005: 85). En reciprocidad, los jóvenes aprovechan esa situación para cometer algunas acciones ilegales y de violencia a cambio de estar dispuestos y disponibles cuando se les requiere.

Las complicidades que traman estas interacciones con los jóvenes de las bandas y las barras tienen un efecto en la conformación de sus subjetividades. Por un lado, al tener cierta inmunidad, los jóvenes pueden apegarse en mayor medida a realizar acciones que rayan en la delincuencia y el crimen, ya sea en común o con la banda, por acuerdo con la misma policía o por intereses propios. Por otro lado, los policías también representan modelos de adultos a seguir, y para el tipo de jóvenes que se integran a las filas de las bandas este modelo resulta muy atractivo, ya que suponen impunidad casi absoluta para realizar actos ilegales bajo el amparo simbólico que aporta el uso del uniforme.

¹²⁷ Esta práctica parece ser recurrente entre generaciones, ya que algunos adultos, desde que eran jóvenes, han participado en estas acciones. Así mismo, es una práctica que da cuenta de una alianza entre el gobierno y las diversas agrupaciones presentes en El Aguaje, ya que no sólo se restringe a las barras, sino también puede encontrarse en los albergues para adictos y las bandas de la colonia, como mostré en la Introducción y los capítulos 2 y 5 de este texto.

Yo sé que los *puercos* son unos abusivos, que madrean¹²⁸ y te pueden matar. Los odio a veces, pero está chido ser ellos, ser pues así policía (...) Mira, a mí me gusta el desmadre, salir a cotorrear y hacer lo que quiero y luego me detienen, me paran los policías. Como soy pues de la banda (LRS) no me hacen nada, nada más me paran tantito y luego ya me dejan ir. A veces se ponen locos y te quitan cosas, pero hasta ahí. Por eso creo que sí yo fuera policía podría seguir haciendo las cosas que me gustan, andar pues así *creído* por la calle, parando a todos los que me caen mal o me ven feo, pegándoles y haciendo así lo que yo quiera y ahí sí nadie me diría nada, nadie me podría controlar. Está a toda madre pues ser policía, se la pasan de fiesta esos cabrones (El Forva, 17 años, 2015).

Para el Forva la idea de ser policía le agrada porque reconoce que puede tener beneficios para seguir en la vida que hasta este momento ha ido configurando a partir de su experiencia como miembro de una banda local. Incluso parece que ser policía representa escalar en ese camino de vida marcado por las prácticas ilegales. De esta manera la policía, mediante los pactos y usos selectivos de la autoridad coadyuva a configurar subjetividades al límite de la ley. Al pasar por alto algunas acciones fuera de la ley, e incluso realizarlas, legitima la ilegalidad.

Este punto es importante ya que, si partimos de que en el Estado se disputan prebendas materiales y simbólicas, sobre todo el prestigio, la legitimidad y la legalidad” (Míguez e Isla, 2003), los policías como agentes que representan al Estado en el territorio, negocian estas prebendas a cambio de ganancias materiales para ellos. Así, el prestigio, la legalidad y la legitimidad pasan de ser valores sociales para ser cualidades sujetas al intercambio. En espacios como El Aguaje, marcados por el desprestigio, la ilegalidad y la violencia, ciertos jóvenes encuentran en la policía un espacio para acceder a estas cualidades, a estos valores pero por las vías no siempre socialmente aceptadas, dando cuenta de cómo, a partir de la internalización de estas prácticas, se desarrolla una especie de agencia basada en los ilegalismos.

Algunos de los encuentros con los policías de manera particular, y con el sistema de seguridad y justicia de manera general, pueden llevar a cambios que representan virajes drásticos en las trayectorias de vida de los jóvenes. Algunos pueden ser golpeados de manera brutal quedando con lesiones graves e incluso

¹²⁸ Golpean.

mueritos por la paliza propinada, en otros casos, pueden ser detenidos de manera arbitraria e ilegal, pasando unos días en la cárcel preventiva, en el mejor de los casos, o, en escenarios más graves pero posibles, siendo acusados de delitos no cometidos y encarcelados durante años; mientras que otros, como el caso del Forva, pueden burlar la autoridad o actuar bajo la complicidad de éstos, forjando un camino hacia la ilegalidad y el crimen con auspicio de la policía.

La vida de Ulises, un joven de 22 años, cambió completamente: de ser un estudiante de 17 años que acudía al bachillerato, trabajaba como chofer en una combi de su papá y deseaba ser Ingeniero Civil, pasó a ser el principal sospechoso en un asesinato que no cometió. La prueba que lo incriminó fue una fotografía en donde aparecía con el joven asesinado que, dicho sea de paso, había sido tomada un año antes del homicidio. Después de dos años en prisión,¹²⁹ obtuvo su libertad por falta de pruebas que lo incriminaran por el homicidio de su amigo (pasó los dos años encerrado esperando sentencia).

Al salir de la cárcel intentó retomar la vida que llevaba antes de lo acontecido, pero fracasó en el intento. Ulises no pudo reincorporarse a la escuela, además en la cárcel se había vuelto adicto a la cocaína y a otras sustancias que antes no consumía. Los problemas en su casa lo orillaron a ser parte “de tiempo completo” de una de las bandas de la colonia. La experiencia del fracaso en sus intentos por “reinsertarse” a la vida social que antes compartía, la vivió desde su individualidad, asumiéndose responsable por cada intento fallido y viéndose orillado a buscar un lugar de reconocimiento social en un espacio en donde el fracaso asumido como propio no significaba un problema: la banda.

La experiencia de Ulises es interesante para analizar las maneras en las que centrar el desarrollo personal en la individualidad, en la idea del cuidado de sí, de ser “empresario de uno mismo”, que dicho no sea de paso, se enclava en el consentimiento social devenido de las tecnologías de poder, de la racionalidad gubernamental neoliberal, somete a ciertos jóvenes a asumir en soledad y abandono las experiencias de fracaso. Para Carballada (2008), este abandono

¹²⁹ En la cárcel para menores infractores.

subjetivo emerge con mayor énfasis en contextos de fragmentación social, en donde la pertenencia a un todo o núcleo social se desvanece cuando el sujeto es enfrentado a uno de los temores más graves por los que atraviesa la sociedad neoliberal hoy en día: el fracaso.

Ulises no sólo fue condenado a una experiencia de castigo por algo que no cometió, sino que fue juzgado y después abandonado por las instituciones que suponen amparo e inserción social. Este joven ha asumido que es el culpable de su devenir, ha elaborado la experiencia no como una injusticia hacia su persona, ni siquiera como una confusión por la que pueda exigir resarcimiento del daño al Estado, sino como un fracaso individual, propio, como si lo experimentado hubiese sido una “elección personal”. Así como la culpa sobre el abuso sexual que se comete hacia las mujeres se deposita en ellas mismas, también la violencia y el fracaso se deposita en el deber individual de los jóvenes. Este proceso de desamparo en la configuración subjetiva liga al deber a la esfera de la individualidad, la responsabilidad de los hechos se transforman en una “elección personal” ante la mirada interpelante de las instituciones que obturan la posibilidad de los jóvenes de integrarse y ser en su relación con otros (Carballeda, 2008).

Ulises ahora no sólo pertenece a una banda y pasa todo el día en la calle consumiendo drogas y alcohol, también distribuye “encargos” (drogas) en algunos puntos de la colonia y en otras cercanas. La experiencia de fracaso ante los intentos de retornar a la escuela y al trabajo, lo han llevado a incursionar en esos otros ámbitos de socialización, en donde la violencia y los ilegalismos son los signos de sus relaciones sociales. Este relato particular representa la historia de muchos otros jóvenes que ahora mismo se encuentran en las filas de bandas, pandillas, grupos de tráfico y crimen organizado. Jóvenes que estudiaban y llevaban una vida acorde a las condiciones del espacio en el que habitan, pero el encuentro con la policía y la necesidad de resolver un caso más de la violencia diaria, los llevó a asumir delitos que no cometieron, cambiando su vida radicalmente.

Ulises me comenta en la conversación que se siente orgulloso porque ha alcanzado el éxito en lo que ahora realiza, ya que ha pasado de ser *tirador* principiante a ser especializado, lo que significa que ya no tiene que distribuir drogas en las escuelas o parques, ocupándose ahora de encargos concretos y periódicos en varios puntos de la zona que habita. Obtuvo el reconocimiento que le fue negado por la vía institucional y socialmente aceptada, se integró a un espacio social que opera desde lo ominoso, pero que le asegura un lugar a él y a los muchos otros jóvenes que enfrentan en soledad y desamparo la pesada carga del fracaso de las instituciones. A decir de Wieviorka (2001), la injusticia cometida hacia Ulises lo desubjetiva, le niega la posibilidad de ser reconocido en marcos socialmente aceptados, encontrando en la violencia una expresión del sí mismo acallado.

Estos casos dejan ver cómo algunos jóvenes, además de ser usados como fuerzas policiales extraoficiales, también pueden ser usados como chivos expiatorios por la policía, valiéndose del poder sobre sujetos en desventaja. Algunas de estas acciones pasan como logros policiales que brindan certeza sobre el papel que desempeñan socialmente; no obstante, en ocasiones, estas acciones resultan de los pactos con alguna banda o se realizan en venganza o escarmiento hacia alguna de ellas.

Los policías conocen las colonias periféricas como El Aguaje, saben qué bandas existen, en qué lugares se encuentran y quiénes son los sujetos que mueven el narcotráfico en la ciudad y en la zona, identifican a algunos de los jóvenes y los dejan operar a cambio de cuotas o favores. Cuando se ven obligados a presentar culpables para demostrar que se está actuando para garantizar la seguridad de la ciudadanía, se capturan a algunos de éstos jóvenes, a los más vulnerables, los blancos más fáciles y a los que *casi* nadie reclamará. Algunas veces, sin embargo, los jóvenes capturados no pertenecen a ninguna red de tráfico, no son narcomenudistas ni pertenecen a ninguna banda. Se trata de chavos que por diversas razones se encontraban en el “lugar equivocado”, que fueron capturados y acusados sin tener nada que ver en el incidente. Dicho lugar

equivocado equivale en muchos casos a estar en su colonia, en su espacio habitado.

Dado que se trata de jóvenes con pocos recursos y redes sociales porosas, es poco probable que las detenciones arbitrarias hagan eco en la sociedad. Por lo regular, son encarcelados con averiguaciones que no trascenderán, y si lo hacen, será después de algún tiempo que pasen en prisión. Estas situaciones son bastante conocidas por los jóvenes de la colonia, lo que los mantiene alerta en sus encuentros con la policía, puesto que a más de uno le ha tocado visitar la cárcel y pasar ahí algunos meses o años –como a Ulises-, o al menos conocen a alguien que ha atravesado por esa experiencia. Por ello, los jóvenes deben ser cautelosos, calculadores y mantener un nivel de condescendencia hacia estos agentes, “porque si te quieren chingar te chingan esos puercos” (Jorge, 18 años, 2015).

Además de chivos expiatorios, también es frecuente que algunos jóvenes sean buscados y capturados para “apoyar” en las tareas de reconocimiento y captura de delincuentes. Esto no es bajo algún programa de testigos ni mediante negociaciones en donde los jóvenes voluntariamente participen en las denuncias ciudadanas. Se trata de una treta más, en donde los jóvenes pueden ser vigilados, seguidos, acorralados y capturados, y una vez que son llevados a la base de la policía -en ocasiones de la policía judicial-, son amenazados y amedrentados, obligados a “cooperar” para salvarse de la cárcel.

Sin delito alguno, son señalados como traficantes, sicarios, asaltantes o cualquier otro delito, amenazados con una estancia larga en la cárcel, al tiempo que les presenta la opción de “cooperar” con la policía mediante su testimonio. Este testimonio consiste en una historia prefabricada sobre algún sospechoso al que se intenta capturar, pero a falta de testigos que lo señalen, se recurre a los jóvenes para armar un personaje, con nombres falsos, domicilios falsos, actividades falsas, que den credibilidad a la historia y legitime la captura. La legitimidad entonces pende también de las ficciones y la farsa, siendo estos

elementos sobre los que se sostienen, en parte, las relaciones entre los jóvenes de El Aguaje y las instituciones del Estado.

Un ejemplo de lo expuesto es la experiencia de Jorge (18 años), quien aún con cierto miedo y cuidando de no delatar a los policías ni dar información de más, me narró lo siguiente:

Yo un día sí me la sudé, de verdad que sí. Harto miedo sentí porque iba yo para mi casa con un cuate y que, saber de dónde, nos sale la policía. Ahí se pararon, uno detrás y otro adelante y nos dijeron -“a dónde van putitos”-. La verdad yo sí les contesté -“putito tú”-, les dije. Y se reían nada más. Nos dijeron que por qué llevábamos prisa y les dijimos que ya queríamos llegar a la casa porque era de noche y nos dijeron que no iba a ser tan fácil pues. Y que me quitan la mochila, nada llevaba yo, puro libro y bueno, la verdad sí llevaba yo un mi poquito de *resistol*,¹³⁰ pero yo creía que por eso no te pueden detener, pero sí. Que nos dice pue' el policía ese -“ahora sí ya se los llevó la chingada, ya se chingaron cabrones, esto son años de cárcel”-. Yo la verdad tenía harto miedo, ganas de llorar tenía yo, pero me aguanté. Mi compa también pálido estaba. Y nos subieron a la patrulla. Yo pensé que nos llevarían allá a la “Popular”,¹³¹ pero no pues. Que si nada más aquí adelante, ahí a la mitad de la Calzada se detuvo la patrulla, nos bajaron y salieron unos *weyes* bien grandotes que estaban en una camioneta. Mi compa nada más dijo -“chale, esos son los de la judicial”-. Y sí pues, una madriza que nos metieron. Unas *trompadas*¹³² me dieron a mí y a mi compa lo cachetearon y nos subieron atrás de la camioneta y nos llevaron a la Procuraduría, creo.

Hasta aquí, el relato de Jorge muestra la vulnerabilidad en la que se encuentran aún en su propia colonia. La policía, actuando sin asumir la responsabilidad social de sus acciones arbitrarias e ilegales, hace uso de su autoridad como agentes del estado sin mayores miramientos. Jorge y su amigo iban caminando hacia su casa sin realizar ninguna acción que amenazara la seguridad pública, pero los policías, quienes seguramente ya se encontraban buscando a un par de jóvenes para la tarea encomendada por los Judiciales, los vieron desprotegidos y los capturaron.

La justificación de la captura fue el poco *resistol* que Jorge llevaba en su mochila. Pese a que este solvente es usado como inhalante para drogarse, su portación no es ilegal, lo que muestra que el motivo de la captura fue un engaño y un abuso de la policía sobre el desconocimiento de los jóvenes respecto a lo que

¹³⁰ Pegamento de uso industrial usado con frecuencia como droga inhalada.

¹³¹ Colonia al sur oriente de la ciudad en donde se ubica prisión preventiva de la policía municipal. Por lo regular es ahí a donde llevan a los jóvenes que la policía levanta en la calle.

¹³² Golpes en la cara, específicamente en la boca (la trompa).

es legal y lo que no lo es, así como a sus propios derechos humanos. Respecto a este tipo de acciones, el Informe México 2017/2018 de Amnistía Internacional destaca que las detenciones y reclusiones arbitrarias son una práctica habitual de la policía y las fuerzas armadas, acompañándose regularmente por fabricación de pruebas falsas y tortura hacia los detenidos, siendo los objetivos principales los hombres jóvenes que viven en pobreza.

La detención de Jorge y su amigo es ilegal, sin que ellos logren darse cuenta de que estaban siendo privados de su libertad por los agentes estatales. Este desconocimiento de los afectados permite que las acciones arbitrarias y fuera de toda legalidad de los policías siga en curso, y para legitimar aún más el acto ilegal, los jóvenes son golpeados, asegurando con ello que el miedo crezca. Suponiendo incluso que su detención hubiese sido bajo términos legítimos, los jóvenes, al ser señalados como sospechosos de un crimen, debieron haber sido informados sobre sus derechos, situación omitida por los policías. Incluso les fue negado el derecho a saber hacia dónde los dirigían. Así, la fuerza, el abuso y la incertidumbre son elementos que juegan a favor de los agentes del estado. La historia continúa:

Ni sé bien dónde era que nos llevaron porque ni podía ver. Nos iban gritando y pateando. Cuando se paró la camioneta nos metieron a un edificio y luego a un cuarto, cada uno separado en cuartos diferentes. Conmigo llegó un “wey” así bien grande y me dijo que ya me había cargado la chingada, que de ahí no iba a salir, que me iban a meter a la cárcel por andar con drogas. Yo sólo pensaba en mi mamá, en lo pendejo que soy y ese “wey” me seguía diciendo cosas. Se salió un rato y luego regresó con unos papeles y me dijo que si me quería yo salvar que me tenía que aprender unas cosas. Primero me dijo que me llamaba yo Juan, que me olvidara yo de mi nombre, me dio una dirección que me tenía yo que aprender y me dijo que iba a llegar una licenciada que me iba a preguntar unas cosas y que yo tenía que responder con lo que él me dijo, que sí me equivocaba él se iba a encargar de mí.

Me puse más nervioso pues porque yo de por sí que soy bien malo pues para aprenderme cosas y ni me acordaba del nombre que me había dado, nada pues. Me dio un rato para que yo estudiara. Me dijo pues que si me preguntaban de los golpes que tenía, yo le dijera que me había caído cuando me andaban persiguiendo. Y sí, al poquito rato llegó una licenciada, abogada creo que era, y primero me preguntó mi nombre - “Juan”-, le dije. -“¿Dónde vives?”-, me preguntó. Rápido le di la dirección que me dijeron que aprendiera. -“Qué te paso en la cara?”-, me preguntó. -“Nada”-, le dije, -“es que cuando me iba persiguiendo la policía me caí en una calle donde hay harta piedra y me *choje*¹³³ la cara”-. Y así me estuvo preguntando y yo sólo le decía lo que me habían

¹³³ Lastimé.

dicho. Le dije que trabajaba yo con un señor que es *narco*, que vendía yo droga en tres colonias, que me pagaba 200 pesos al día. Le dije donde vivía el señor con su esposa que también es narca, narco, como se diga con las mujeres. La verdad es que yo no lo conozco y sí me dio miedo, todavía me da miedo pues porque yo no sé si vayan a querer vengarse y yo no sé ni quién es esa gente. Le dije todo ahí a la licenciada y ya se fue. Luego regresó con el judicial grandote y me dijo que yo podía ir a la cárcel por vender droga. Yo quería decir que yo no hago eso pues, pero me quedaba viendo el judicial y más miedo sentía yo. Me dijeron ahí que sí yo firmaba una declaración o algo así que me dejaban libre, y firmé un papel que me pasaron. Tuve que inventar la firma porque yo no me llamo Juan pues y tenía que firmar así. Como fueron varios papeles pensé que no me iba a salir igual la firma, pero lo hice bien. Y ya se fue la licenciada. Y luego entró otra vez el judicial y me dijo que ya estaba libre pero que tuviera yo cuidado porque me iban a vigilar... Creo que esto no te lo tenía que decir, pero ya pasó tiempo ya y ahorita ya no me vigilan.

Lo narrado por Jorge en este segundo segmento habla de una acción ilegal aún mayor que la detención arbitraria y fuera de la ley de la que él y su amigo fueron objeto. Lo que Jorge muestra en esta escena es la completa impunidad e ilegalidad con la que actúan los agentes del estado en sus diversas dependencias. Tanto los policías municipales como los judiciales actuaron de manera premeditada, alevosa e ilegítima para incriminar a dos jóvenes cualquiera de la colonia. La manera en la que suceden las cosas deja ver cierta planeación de las acciones y una coordinación entre ambos sectores policiales. Pero esta planeación no ostenta un gran trabajo a detalle, pareciera que sólo hubo una comunicación previa en donde los judiciales contactaron a los municipales solicitando a dos jóvenes. Estos acecharon, acorralaron y capturaron (cazaron) a dos que se cruzaron en su camino.

Que la patrulla primera se haya detenido en un lugar específico de la Calzada, que los judiciales llegaran y siguieran con el trabajo de incrementar el miedo, que los cuartos para interrogación estuvieran dispuestos y que las historias que iban a contar se encontraran fabricadas, habla de una premeditación y cierta costumbre de los policías para realizar estas acciones. Lo único que faltaba eran los testigos, y, al parecer, esos los consiguen en las calles de El Aguaje. Después del incidente, al ser puestos en libertad, el acoso policial continuó:

Me soltaron al otro día, me vinieron a dejar acá cerca y me fui a mi casa y varias tardes y noches veía yo que andaba por ahí la camioneta o la policía pasaba seguido frente a mi casa. Ni ganas de salir me daba. Fueron como dos meses así. Ya después ya menos los veía y ahorita ya no los veo, sólo la policía que de por sí da sus vueltas por aquí, pero los otros ya no.

La vigilancia posterior representa el miedo de la policía a ser delatados y acusados, por lo que recurren a mecanismos de control que colocan a los jóvenes en una situación de mayor vulnerabilidad, pues consideran que corren peligro, en este caso, por “apoyar” a la policía. Al realizar una actividad de captura que probablemente era necesaria, pero sostenida en una farsa, los policías se reconocen vulnerables ante el poder que el saber la verdad les confiere a los jóvenes incriminados. Sin embargo, esta vulnerabilidad es combatida con el acoso, la vigilancia, la amenaza que pasan de ser mecanismos de control a ser mecanismos de defensa para la figura de los policías.

De esta manera es factible ver cómo estos mecanismos no son rígidos en su uso y pueden ser ostentados, tanto por los agentes del Estado como por los jóvenes, siempre y cuando el saber y el poder juegue en ambos lados; pero para el caso de Jorge y su amigo, el desconocimiento, la ausencia del saber sobre sus derechos y sobre la legalidad, se convierte en un arma que apunta su sometimiento.

Los policías, en sus diferentes niveles, despliegan una serie de mecanismos de dominio y control sobre las vidas de los jóvenes. Algunos de estos mecanismos marcan las trayectorias al grado de cambiarles el rumbo, otras veces son encuentros que los jóvenes asimilan como experiencias negativas, asumiendo que así son las cosas, que todos los jóvenes de la ciudad y del país viven lo mismo. Al contar con pocos referentes de vida diferentes a los propios, asumen que esas situaciones que minan y precarizan más sus experiencias son normales.

Más allá de los detalles de cada encuentro, lo que se hace visible en los relatos es que las interacciones con los policías les dan a los jóvenes referentes de quiénes son en la ciudad, así como cierto sentido a su existencia. Las persecuciones, complicidades, situaciones de acoso y abuso, el control, la vigilancia, son muestras de una negociación en donde lo que está en juego de nuevo es la existencia. La existencia de jóvenes que refuerzan una conciencia de sí mismos como aliados, perseguidos, víctimas o “colaboradores” de esas figuras

de autoridad. Y la existencia y legitimidad de una institución que requiere de chivos expiatorios, aliados y víctimas para reafirmar su dominio en el territorio.

6.4. Los Partidos Políticos: relaciones con líderes locales

Los partidos políticos son una figura institucional importante presente en el territorio local. A través de la presencia de los candidatos y líderes locales con los que crean alianzas, los jóvenes generan imaginarios en torno a la política que impera en la ciudad y en el país. La manera en la que los representantes políticos se presentan e interactúan dentro del territorio se cristaliza en la subjetividad de los jóvenes, en la configuración de ellos como sujetos políticos.

El Aguaje es una colonia que desde sus inicios ha representado intereses políticos específicos. Primero, por haber sido una transacción regulada por el Estado que colocó a los habitantes como invasores ilegales del predio, surgiendo como respuesta un movimiento de resistencia urbana y popular. La represión, hostigamiento y violencia para extinguir dicho movimiento, seguida por las negociaciones para la regularización de la colonia y otros servicios, signaron al espacio como un coto que posibilitaba el logro de intereses políticos específicos para el Partido Revolucionario Institucional (PRI) en un inicio, y posteriormente a otros partidos que mejor apuesten.

Desde entonces en El Aguaje no es extraño ver a los representantes políticos caminar por las calles (siempre en círculos de seguridad), a los empresarios y constructores cortar listones para inaugurar obras y a vecinos que se codean con la clase política a cambio de recursos materiales y simbólicos que los distinguen frente al resto de los vecinos.

En estas interfaces la búsqueda de legitimidad es aún más explícita que en las analizadas en los apartados anteriores. Los encuentros entre los líderes políticos y los jóvenes no están condicionados por compartir un espacio institucional -como la escuela-, o por coincidir en el espacio público, como en el caso de los policías. Aquí, los encuentros son intencionados, buscados y logrados

porque se persigue una finalidad concreta que es obtener algún beneficio material y simbólico, con frecuencia de manera recíproca.

Por lo tanto, la presencia y relaciones que se establecen con los líderes contribuyen a la generación de diferentes referentes de identificación para los jóvenes que influyen en la pertenencia a ciertos grupos, en los beneficios y ganancias a los que son acreedores por ser parte de programa o proyectos dirigidos por algún partido político,¹³⁴ o por participar en alguna campaña o evento político. Así, la presencia de estas instancias coadyuva a la configuración heterogénea de las juventudes.

La base de estas relaciones se encuentra en las necesidades generadas por la pobreza del contexto. La falta de empleos, la ausencia o mala calidad de servicios públicos, el hambre, la degradación del ambiente y la violencia cada vez más creciente son demandas que configuran un espacio en falta, ideal para hilvanar promesas, pues se erige como “un trampolín mediático y temático, cómodo, donde cualquiera [cualquier político] puede realizar declaraciones espectaculares” (Wacquant, 2010a: 45).

En estas relaciones también se pone a negociación la legitimidad, tanto de las instancias políticas, como de la existencia de los jóvenes. Así, el participar en actividades, aunque no quieran o lo hagan a disgusto, les otorga a los jóvenes un referente más para su reconocimiento social, aunque este referente sea eventual y condicionado.

Las afiliaciones políticas de los habitantes del El Aguaje se convierten en pertenencias que resultan en el acceso a ciertos programas, bienes o servicios, sean o no necesarios para los sujetos particulares. Así, una cuestión de acceso al

¹³⁴ Además del PRI, en la colonia es posible encontrar líderes de pequeñas células conformadas por los vecinos afiliados a los diferentes partidos (PVEM, PRD, PAN, PANAL, MC, Morena). Es posible también ver cómo la pertenencia partidista no es permanente, oscilando entre los diferentes partidos de acuerdo a los beneficios que prometan u obtengan en la realidad mediante las relaciones establecidas. Si bien los vecinos señalan que las prácticas partidistas son similares entre los diferentes partidos, sí distinguían diferencias respecto al uso de la violencia y manipulación, refiriendo que el PRI hacía mayor uso de estas técnicas. Así mismo, señalaban que el Partido Verde Ecologista es “más ratero”, pues los beneficios prometidos no llegan, expresando sentimientos de decepción respecto a dicho partido y sus representantes.

ejercicio de los derechos y de mejora de las condiciones de vida esta sujeta a la pertenencia política. Para los jóvenes esto se materializa cuando, por medio de la afiliación de uno de sus padres o de la familia completa, se convierten en beneficiarios de algún programa público, como son las becas de estudio, apoyo al empleo, entre otros.

Pero estos beneficios no llegan solos, sino que vienen acompañados de responsabilidades para con los partidos que los “apoyan”. La participación de los jóvenes en las actividades políticas es importante, ya que presentan una imagen positiva para las campañas y el lanzamiento de programas dentro de la colonia. Pero la importancia de su participación no llega a concretar que puedan ser vistos como sujetos políticos completos, sino como meros instrumentos que están al servicio de la clase política. Los jóvenes son pues recursos para esta clase, más no sujetos políticos autónomos.

La evidencia de esta instrumentalización a veces parece muy obvia para algunos jóvenes, quienes se dan cuenta y señalan la manera en la que son usados para llenar eventos, aplaudir campañas o salir en las fotos oficiales. No obstante, no reniegan de esto, sino que intentan sacar el máximo provecho. Pareciera que los jóvenes descritos así se encuentran inscritos en relaciones clientelares, pero a mi parecer, estas prácticas responden a un entramado más profundo y complejo de sus relaciones con las instituciones del Estado, en donde los jóvenes se asumen en posiciones inferiores y, por tanto, son sujetos a una suerte de instrumentalización por parte de los agentes institucionales.

Aunque algunos jóvenes perciban y sean críticos de la ilegalidad o el abuso de poder de los agentes institucionales, se ven limitados a exigir respeto y a ser guiados mediante acciones apegadas al cumplimiento de los derechos, asumiendo los mandatos de la autoridad con lo que legitiman tales conductas. Por lo tanto, esta sumisión a la autoridad y este permitir ser sujetos a fines institucionales, parece no ser sólo casual o consecuencia del espacio de encuentro con los agentes estatales, sino que se encuentra interiorizada, ha sido consentida como parte del ser de estos jóvenes a partir de las pautas que siguen

sus procesos de socialización local, del que intento dar cuenta. Aunque sean conscientes del uso que se hace de ellos a partir de su condición de falta y sus carencias, se encuentran con bloques que limitan el paso hacia la denuncia y la exigencia.

Algunos jóvenes participan en las actividades políticas para recibir algunos beneficios, ya sean bienes, servicios u otros. Por ejemplo, dado que la mayoría de estos jóvenes no tienen la opción de comprar útiles escolares cada año, aprovechan algún evento o actividad para obtener cuadernos, juegos geométricos, lápices de colores, mochilas. Los agentes políticos están al tanto de estas carencias y las usan a su favor. Podrían ofrecer otro tipo de bienes, pero se sujetan a la necesidad inmediata y más precaria, usándola para atraer la atención de la población necesitada. Así, logran reunir a grupos de jóvenes para realizar acciones en la colonia que después se reportarán como logros municipales.

Lucero, una chica de 15 años, ha participado en dos ocasiones en un *rally*¹³⁵ de limpieza convocado por el Ayuntamiento Municipal en su colonia. La participación en el rally consistió básicamente en levantar basura, barrer banquetas, limpiar parques y otros espacios públicos dentro de El Aguaje. Ella pudo participar porque su mamá es comadre de una de las jefas de barrio. Esto es importante señalarlo, pues no todos los jóvenes tienen acceso a este tipo de actividades, sino que la participación es, de entrada, un privilegio frente al resto de los vecinos.

Para acceder a la participación es necesario poner en juego lealtades, comadrazgos/compadrazgos, favores, amistades y convenios no formales que tienen un impacto importante en el (no) desarrollo y progreso de la colonia. Los líderes políticos pertenecientes a los partidos y otros más que laboran en alguna dependencia de gobierno, cuentan con una especie de aliados en la colonia. Estos aliados son investidos como líderes locales con el poder de convocar a la gente que participará en las actividades de corte político o cuando se requiere de

¹³⁵ Competencia por fases.

beneficiarios para programas sociales. Así es como Lucero ha podido participar en dos ocasiones en el rally de limpieza.

La verdad yo al principio no muy quería, como que no me daban muchas ganas eso de andar levantando la basura de la calle. Pero mi mamá me insistió y me dijo que ya mi tía ya había dicho que sí y que si le quedábamos mal ya no iba a invitarnos a nada. No me quedó de otra pues. Fui aquí nada más abajito, ahí en la cancha de fútbol. Ahí nos reunieron, éramos como unos 100 yo creo, no sé bien, pero éramos así muchos. Nos pusieron en equipos de 10 y nos dieron unas playeras para que nos las pusiéramos... adivina de qué color?... ¡pues verdes!¹³⁶ (se ríe).

Estas actividades que parecerían integrar a los jóvenes a acciones ciudadanas y de conciencia social, disfrazan un uso de la juventud para alcanzar metas oficiales. El levantamiento de basura y limpieza de las calles es una tarea del Ayuntamiento, pero este no cumple con ello. Los camiones que recogen la basura pasan dos veces por semana en la colonia, pero a veces sólo pasan una vez o ninguna. La basura se acumula en las calles y es regada por los perros callejeros. Mientras en otras zonas de la ciudad pasan barrenderos por las mañanas para limpiar las calles, en esta colonia –como en muchas otras de la periferia- los barrenderos brillan por su ausencia. De hecho, muchos de los habitantes de El Aguaje son los barrenderos que limpian las calles de las otras colonias y zonas de la ciudad.

Ante la falta del servicio público se origina una demanda, y antes de que esta se vuelva exigencia, se busca paliar la necesidad. Entonces se recurre a algunos jóvenes para hacer el trabajo que el Ayuntamiento tiene pendiente. La logística para la organización del evento es fácil: un acuerdo con los líderes locales en donde se negocia la participación a cambio de despensas o dinero que quedará en sus bolsillos, seguido de una convocatoria abierta que esconde un proceso de selección a modo para que sólo participen los jóvenes que convienen, algunos premios y regalos de bajo costo que cubran alguna de las necesidades materiales inmediatas, y por supuesto, algunos medios de comunicación para aprovechar el trampolín publicitario que la ocasión presenta.

¹³⁶ Alusión al Partido Verde Ecologista que desde 2012 gobierna en Chiapas.

Lucero ha sido privilegiada al ser seleccionada en dos ocasiones. Ella advierte sobre lo turbio de la selección y lamenta que otros jóvenes que tal vez necesitan más de esa oportunidad no puedan acceder a ella, pero esta toma de consciencia no le genera ningún problema mayor, vergüenza o alguna emoción que denote una toma de postura frente a lo injusto del proceso. Cabe señalar que estas acciones se convierten en reales oportunidades para algunos jóvenes, pues el espacio y las relaciones son tan acotadas que hasta las oportunidades para el desarrollo y mejora de sus condiciones se ven limitadas. Así, una acción específica sobre una necesidad devenida de la falta de atención y desdén del Estado, se convierte, no en la atención a una demanda, sino en una oportunidad para los sujetos beneficiados.

Algunas familias han hecho de las relaciones con los partidos políticos, candidatos, líderes y jefes de programas sociales un modo de vida. De esas relaciones obtienen recursos que les “ayuda” a subsistir, aunque incurran en actos fuera de la legalidad y aunque estos no sean suficientes para paliar la precariedad. Las relaciones con estos agentes están marcadas por la corrupción y la impunidad societal; no obstante, también existe la desconfianza y la esperanza, que mezcladas permiten entender lo que sucede. El acontecer de la población en El Aguaje es una negociación diaria. La existencia también se negocia con estos agentes, a quienes los jóvenes ven como figuras que les proveen de algunos recursos, que pese a no satisfacer ni una de sus necesidades, les permite obtener cosas que disminuyen las carencias materiales y, a veces, sus necesidades de consumo.

No es raro para los jóvenes que los políticos lleguen a la colonia, mucho menos si es periodo electoral. Acostumbrados están a verlos ir y venir de El Aguaje. Los conocen y reconocen por sus promesas, se ríen cuando recuerdan los eventos políticos, como Kevin quien en una de nuestras conversaciones, con tan sólo 15 años y en un tono de cierta desesperanza, comentaba con mucha certeza que son “puras mentiras, pura transa son, nada más vienen a decir cosas que ya sabemos que no pasarán porque quieren apoyo ya todo mundo sabe ya aquí que nada va a cambiar”.

Pese a que la mayoría de los jóvenes entrevistados no cumple con la edad electoral, el trabajo político no los excluye, puesto que son futuros votantes. Los integra de una forma diferente, a partir de actividades como el rally que mencionaba Lucero, torneos de fútbol o algunas actividades en colaboración con la escuela, las iglesias y algunas organizaciones –como Alcohólicos Anónimos- o albergues para adictos que tienen sede en la colonia.¹³⁷

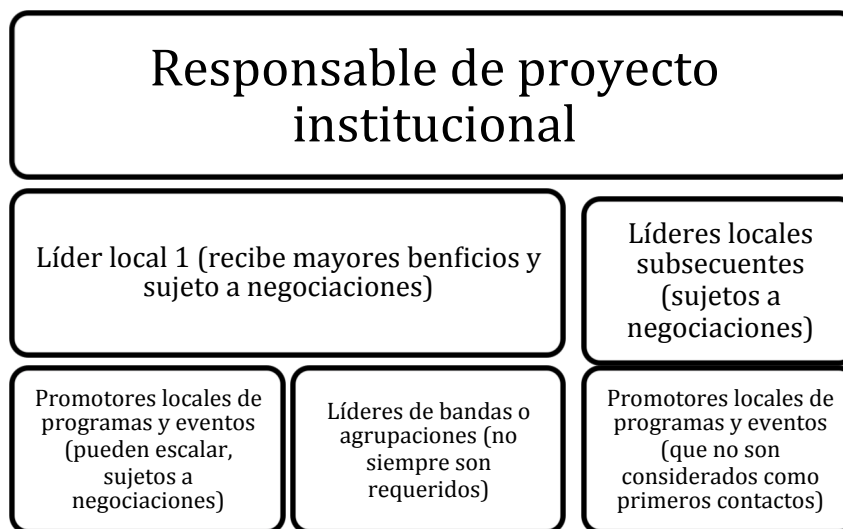
Así los jóvenes tienen siempre presente la imagen de los partidos políticos y de los programas sociales, aunque desconozcan de qué se trata, cuál es su objetivo, con cuántos recursos cuentan y demás información que mostraría que las relaciones se estructuran mediante una “interfaz de transparencia”, en donde el Estado “informa a la sociedad civil” todo lo relacionado con los programas impulsados (Hevia e Isunza, 2010: 64).

Sin embargo, lo que sucede en El Aguaje apunta a ser un tipo de “interfaz de transferencia”, en donde el Estado “controla, domina o dirige a la sociedad civil” (Hevia e Isunza, 2010: 65). Las interfaces de este tipo producen una dependencia hacia el Estado respecto a los programas y proyectos que dirige al territorio. También esta interfaz puede aplicar a las relaciones con los partidos políticos, los cuales realizan acciones en el territorio sin consultar previamente a la población o imponiendo estrategias que se dirigen más a la cooptación y compra del voto, que al desarrollo óptimo o reducción de las desigualdades.

Esta característica en las interacciones coloca a los sujetos, sobre todo a los jóvenes, en una posición asimétrica, inferior, respecto a los políticos. Puede apreciarse a la distancia cómo no sólo existen dos niveles o posiciones, sino una variedad de niveles en donde se colocan diferentes actores (ver Imagen 10).

¹³⁷ Cabe señalar que en estas negociaciones, las iglesias y algunas organizaciones presentes en la colonia (AA, NA y algunos albergues sin afiliación para adictos) también juegan un papel importante como puente entre la población de la colonia y los políticos. Dar cuenta de ello fue una experiencia que marcó el rumbo de esta investigación, puesto que mi primer contacto de entrada a la colonia fue por medio de un albergue para adictos que, dicho no sea de paso, también pertenece a una de las religiones que proliferaron en la periferia a partir del año 2000: la Sangre de Cristo. Esta experiencia es narrada en la introducción de la tesis.

Imagen 10: Niveles de importancia y participación en acuerdos



Fuente: Elaboración propia a partir de las notas de campo, 2015

En el primer nivel se encuentra quien encabeza un programa social (asistencial, por lo regular) desde una institución, quien, a su vez, tiene un jefe que está por encima de él. Después del nivel institucional están los líderes locales, pero estos no comparten la misma posición, sino que varían de acuerdo a sus redes políticas, las cuales tejen con diferentes actores políticos quienes los benefician en ciertas ocasiones y los perjudican en otras, de acuerdo a las negociaciones pactadas y a los resultados obtenidos.

Debajo de estos líderes están los promotores, que son quienes reciben las instrucciones de los líderes locales encargándose de la difusión de la convocatoria, la elección (previo consentimiento del líder) de los participantes y el monitoreo de las actividades cotidianas de los beneficiarios, a fin de vigilar que no incurran en actos que ameriten una sanción. Por ejemplo, si se trata de un evento de un partido político, un joven puede ser invitado, asistir, regresar a su casa con una playera y algunas otras cosas, pero después será vigilado para que no simpatice con el vecino que recluta miembros para otro partido.

La participación política en espacios como El Aguaje queda incompleta, o ni siquiera llega a ser tal, en la medida en que no se informa a los sujetos y no se les permite elegir lo que consideran mejor para sí mismos. Los programas sociales pocas veces alcanzan a cubrir las demandas de la población de El Aguaje y regularmente van dirigidas hacia los adultos. Los días que corresponde a la entrega de los recursos para personas de la tercera edad (Programa Amanecer), es posible ver cómo desde la mañana están reunidas las personas que serán trasladadas al Parque Central de la ciudad para llenar la plaza y esperar a que el gobernador llegue (a veces hasta cinco horas después), les de un breve discurso (de media hora) y comience la entrega de recursos.

Entre las 18:00 y 19:00 horas, la gente comienza a regresar a sus casas. Camiones, combis y taxis los llevan de regreso. Vehículos contratados para el traslado -no sólo para este tipo de eventos -¹³⁸ los dejan en dos puntos de la colonia, así que es posible ver a señoras y señores regresando a sus casas por dos caminos fijos, casi en manada, cargando cajas de despensa o algún otro “premio”, con una sonrisa que podría suponer felicidad. Este tipo de reacciones manifestadas por la gente beneficiada da cuenta del anclaje emocional que sostiene, en parte, las relaciones de los pobladores con los partidos políticos. Los sujetos ven una ganancia material directa devenida de esa relación, otorgándoles a la vez la experiencia de felicidad (tal vez efímera) por lo obtenido. Auyero (2001) da cuenta de cómo estos componentes subjetivos sostienen las relaciones de intercambio entre actores sociales y agentes políticos, para el caso argentino.

La percepción de algunos jóvenes es que detrás de las negociaciones “chuecas” entre los líderes de la colonia y algunos políticos, se esconde una riqueza que sólo beneficia a los primeros, mientras el resto de los habitantes es identificado como pobre. Sin embargo, esa riqueza no es tan real. Si bien las casas de los líderes se destacan por ser un poco más grandes, de concreto y loza, tampoco son tan diferentes a las demás. Es notable que algunas de estas casas

¹³⁸ En las elecciones municipales de 2015, un grupo de ciudadanos organizados en colaboración con periodistas, documentaron el uso de transportes públicos y taxis para “acarrear” votantes de las colonias populares, como El Aguaje, para votar en ellas o causar destrozos.

cuentan con una tienda de abarrotes, en donde comercian muchos productos que tienen origen en las despensas gratuitas que les otorgan en los eventos a los que asisten, situación que justifica la percepción señalada por los jóvenes respecto a que el beneficio y riqueza se queda en las manos y casas de los líderes barriales. No obstante, la percepción de los jóvenes es relevante dado que presenta hacia su contexto social y político; es decir, no se mantiene enfrascados en los discursos y prácticas de los políticos o los mediadores, lo que podría llevar –de ser reforzado- a una reflexión más amplia respecto a sus condiciones de vida.

Las relaciones con los políticos, si bien no son directas, ya que pocas veces los jóvenes tienen acceso al trato con ellos, son ambiguas: carecen de confianza, pero los jóvenes manifiestan esperanza en ellos. Al final de cuentas las promesas dan resultado, pues al no ser cumplidas en su totalidad, mantienen la incertidumbre de que algo, tal vez un milagro, pueda suceder y su condición cambie, o al menos se vea favorecida. Como los plantea Nuijten (2003), el Estado adquiere sentido como una “máquina generadora de esperanza” que, pese a sus fallos y limitaciones, mantiene en la población la creencia de que “todo es posible” mientras se sigan los trámites formales. Tal formalidad queda establecida según los términos que los agentes estatales convengan, mostrando que en muchos casos la formalidad no empata con la legitimidad.

Algunas acciones llevadas a cabo en la colonia son valoradas como optimas y necesarias por algunos jóvenes, sirviendo tal percepción como ancla para mantener, más que la esperanza, una suerte de optimismo perverso sobre el porvenir. Una de estas acciones es la pavimentación de algunas calles, puesto que esto les facilita el trayecto a casa y, como dice Pancho, “hace que se vea más bonita la colonia” (15 años). Por supuesto, detrás de esta acción hubo negociaciones entre los representantes políticos y los líderes partidistas de la colonia. La promesa fue que toda la colonia contaría con calles pavimentadas y drenaje; sin embargo, ya en la práctica, la pavimentación fue negociada y el drenaje también.

La calle que lleva a la casa de Edgar no tuvo la suerte de ser pavimentada. Según Edgar y su mamá se debió a que:

El líder que es de aquí de la manzana y de la otra más para allá abajo, de todo aquí pues, lo que nos toca a nosotros, se peleó pues con los del verde [Partido Verde Ecologista]. Mira, todos se vendieron con ese partido y en las pasadas votaciones con el PRI, pero este no quiso, le creyó que iba a ganar el PRD, pero ya ves que no. Y como él abiertamente dijo que no iba a votar así como querían, pues cuando vinieron a pavimentar por castigo o saber porqué, que nos dejan a nosotros con las calles feas. Ya ves, ahí se ve nada más cómo estuvo negociado, porque unas calles sí hay pavimento y otras que le siguen así seguidito, no tienen, pura piedra tienen (Doña Yolanda, 35 años).

Durante el periodo electoral de 2015 pude ver eventos de campaña de algunos candidatos en la colonia. Las campañas que me impresionaron más fueron las realizadas por el PVEM debido al despliegue de recursos que ostentaba. En casi todos los eventos, colocaban un escenario grande, muchas carpas y sillas en donde la gente desde muy temprano estaba esperando a que el candidato se presentara. En un evento de campaña del candidato que contendía por la Presidencia Municipal, este se presentó casi cuatro horas después, dio un discurso en donde prometía lo que les han prometido desde 1984: agua para todos, todos los días. -“Pero que sea agua limpia”-, gritaban unas señoras a un lado del escenario y se reían.

Además de ello, prometió alumbrado público y “acabar con la delincuencia”, para lo cual proponía “abrir más oportunidades para los jóvenes”. Sin especificar qué oportunidades, dejó ver la asociación directa entre la delincuencia y los jóvenes. Este comentario no pasó de largo para algunos de los chavos que fueron al evento. Por la tarde, ya que la euforia había terminado, me encontré con algunos de ellos. El tema de conversación era el evento político por diversas razones. La primera, por supuesto, era la ofensa que manifestaban porque el candidato los había comparado con los delincuentes.

Sonia (16 años): Ya ves sólo somos delincuentes para esas ratas. Clarito lo dijo que iba a acabar con la delincuencia dando más trabajo o algo así para los jóvenes. Como si quisiera decir que nosotros somos los que roban, los que asaltan, los que violan. Luego ya todos nos señalan por eso, porque desde el mismo gobernador y cualquiera de estos que vienen nos señala como eso.

Luis (16 años): Si pues. Yo digo que está bien que den trabajo o que mejoren la escuela o el parque aquí en la colonia, las calles que les pongan luz para que uno pueda caminar, pero que no digan que uno es el delincuente.

Erika (15 años): Si bien que saben quiénes son los que venden drogas aquí, los que andan violando. Bien que saben donde están las bandas, nada más que se hacen. Más fácil decir “jóvenes”, que ponerse a trabajar. Pero así son pues los políticos... mentirosos y puro problema dan.

En esta conversación puede apreciarse que los chicos no se molestaban por la cantidad de dinero que evidentemente se había gastado en tan sólo un evento, tampoco por el trato despectivo que les dirigía la gente de seguridad y otros trabajadores de la campaña, mucho menos por las horas que esperaron para que comenzara el evento que duró apenas media hora. Ese tipo de cosas, si las percibieron, no gozaron de importancia. Pero sí se sentían ofendidos por la asociación hecha entre el ser joven y ser delincuente, sintiéndose aludidos.

La reacción de estos chavos se debe a que siempre se les ha señalado como los responsables de la violencia en la colonia.

Juan (18 años): Es que mira, nada más dicen “son los jóvenes”, y ahí nos meten a todos en el mismo costal. Yo no digo yo que no hayan pues algunos que sí le entran a robar o hacen otras cosas pues. Sí hay. Hasta conocemos a algunos, verdad... Pero de eso a que todos los jóvenes seamos así, no pues, eso ya está *fiero*.¹³⁹ Luego por eso cuando vamos pa’ otro lado luego nos ven feo, nos señalan porque dicen “Ah, ese es joven y viene de allá de El Aguaje, donde matan de a gratis”.

Pese a que al evento de campaña asistieron muchos jóvenes, la relación entre estos y el político en cuestión, el partido que representa y las acciones que prometió implementar se caracterizan por el distanciamiento. Esto es de destacar puesto que con las otras instancias analizadas también era notable una distancia social, incluso emocional, entre los jóvenes y los agentes estatales, pero había situaciones que favorecían los encuentros y el intercambio, que permitían negociar de manera más recíproca las necesidades. Sin embargo, para el caso de los políticos en turno esta distancia, en vez de disminuir, se agranda cada vez más, lo que resulta desalentador pues es en estas figuras en quienes recae parte de la

¹³⁹ Feo.

responsabilidad del cambio en las condiciones que aquejan a la colonia, y por tanto en las experiencias que componen las subjetividades de los jóvenes.

En relación a la percepción sobre la política, Kessler y Dimarco (2014) detectaron que los jóvenes argentinos de una *villa miseria* mantienen una percepción de descrédito y desconfianza frente a los políticos, debido entre otras cosas, a la corrupción que se ha visibilizado sobre todo en medios de comunicación. En los jóvenes de El Aguaje sucede lo mismo, la primera palabra que mencionan para asociar a la política o los políticos de la ciudad y del estado, incluso del país, es “corrupción”, “todos son corruptos, todos roban, es lo único para lo que quieren llegar a esos lugares, para robar”, comentó Valentín (16 años) en una de las sesiones en su escuela.

Aunque esta es una percepción compartida, es posible encontrar diferencias entre estos jóvenes de El Aguaje y los *bonarenses* estudiados por los autores mencionados, quienes además señalan que existe poco reconocimiento de los personajes políticos actuales, lo que indica la poca cercanía y el desinterés por parte de los jóvenes hacia la clase política. En El Aguaje ocurre lo contrario, los jóvenes (y los vecinos en general) están familiarizados con las figuras políticas actuales, las anteriores y hasta las que están por venir, puesto que la colonia constituye un bastión político importante para la cooptación de votantes. Además, como en ese espacio se entrelazan diversas condiciones que son prioritarias para su atención, como lo son la pobreza, la violencia, el hambre, la violencia sexual, el bajo rendimiento escolar, la falta de servicios públicos; se usa como espacio para llevar a cabo inicios de programas o desarrollar campañas de atención a la población desfavorecida.

No obstante, el conocimiento que los jóvenes tienen respecto a los candidatos y políticos es acotado y no se traduce en una cercanía emocional o simbólica que permita fortalecer vínculos de confianza y, más allá de cambiar la percepción de los jóvenes sobre la actuación de los políticos, refuerza la idea que tienen sobre la corrupción de los mismos.

Mira, aquí vienen a cada rato ¿quieres conocer a alguno de esos políticos? Ven para acá cualquier día, aquí te los puedes topar. Sólo pregunta con algún líder cuando vendrán y tú vienes y aquí los verás... Vienen mucho que para hacer cosas, que para componer las calles, que si ya no faltará agua, que si ya habrá luz y van a mejorar las calles. Para todo dicen qué harán, y a la hora de la hora, mira, ellos ya se fueron, ya no están y aquí seguimos igual. A eso vienen nada más, a decir qué harán, todo el tiempo, y la gente ahí está haciendo fiesta, si bien que saben que no cambiará nada (Esteban, 16 años).

Esa cercanía con los líderes políticos de la ciudad y del Estado a la que hace alusión Esteban no llega a traducirse en beneficios políticos que mejoren las condiciones de la colonia y de la vida en general. Los jóvenes lo saben bien. También reconocen que existen relaciones de complicidad entre los líderes de la colonia y los políticos en turno. Incluso señalan que esas relaciones son causantes de varios conflictos que se suscitan al interior de la colonia, entre vecinos, lo que mina más el tejido que sostiene las relaciones sociales de El Aguaje.

Aquí es fácil ver quién está con qué político. Ahora está el Verde con todo, hace unos años era el PRI, lo puedes ver por las bardas que están pintadas, porque la gente pinta sus casas de esos colores. Les regalan la pintura pues. Y sabes quién está con cada político de esos porque el que le atinó y apoyó al que ganó, ves rápido que ya le pone loza a su casa, ves que ya tiene tele, que ya pone *tiendita* [tienda de abarrotes], como ellos son los que más despensas agarran, en lugar de que las repartan se las quedan y lo venden todo en la tiendita. O ya ves que ahí andan, más las *señitas*,¹⁴⁰ de arriba pa' abajo, repartiendo volantes, invitando a la junta de barrio, que sí va a venir no sé que político a campaña o para tal cosa, ahí andan las pobres señoras bajo el sol invitando, lo bueno es que ya les dieron sombrilla porque todas negras quedaban de tostadas del sol (Gloria, 16 años).

Ellos vienen por un lado a decir sus promesas, pero tienen otra cara que no muestran. En sus eventos sonrían y dicen que harán muchas cosas, promesas pues. Pero ya en los obscurito tienen otra cara que sólo la muestran con los líderes de acá, con los que tienen trato. Con ellos arreglan cosas... Si necesitan gente pa' un evento, sí necesitan que uno vaya al centro o a otra colonia, con ellos lo acuerdan, les dicen cuántas personas necesitan. Ahora como ya se va a votar pues, ahí andan ya movidas las *doñitas* convenciendo de que voten por el candidato con el que ya hicieron trato... les dan que sí dinero, que sí tarjeta para el celular... A mi mamá ahí la anda convenciendo la vecina que vote por el Verde porque dice que le van a dar 500 pesos y ya le regalaron una su tarjeta de 100 pesos de celular para que estuviera mandando mensaje por *face*¹⁴¹ para apoyar al candidato (Lizeth, 15 años).

Este tipo de transacciones a cambio del voto son señaladas por la mayoría de los jóvenes, lo que indica que son prácticas frecuentes. Sin embargo, la valorización que hacen de estos intercambios no siempre es negativa o

¹⁴⁰ Señoras.

¹⁴¹ Facebook.

reprobable, incluso por un mismo joven. Es decir, un mismo intercambio entre uno de los políticos y un habitante de la colonia (sea líder o no), puede ser señalado como algo que “no está bien” porque es un acto de corrupción, pero también puede ser visto como algo que les ayuda y que no está del todo mal porque les resuelve una necesidad inmediata.

Vienen y regalan cosas. Trastes de plástico, jícaras, cubeta, pura basura. Con eso compran a la gente. Feliz andan con las playera, las sombrilla... Eso yo lo veo mal porque sí van a regalar algo que sea cosa buena y que no sea por condición, que sí recibes la cubeta y todo eso ya tenés que votar por ese o tenés que ir a tal o cual evento pa' que se vea que jala gente el “wey”... pero la verdad es que a veces sí son cosas que se necesitan. Está bien que den las cosas porque se necesitan o el dinero que a veces regalan, cuando te toca está bien, se siente bien que haya 500 pesos o 100 pesos, lo que sea que caiga porque ya hasta la mamá de uno anda más feliz porque ya se compran cosas de la casa, comida. O las despensas, a las que les toca despensa pues ya es algo que se come, aunque sea fea la comida que dan, porque pura basura dan, pero ya hay para comer en la casa. Está bien que piensen en nosotros, en que necesitamos cosas, necesitamos paga¹⁴² (Paola, 15 años).

Esas situaciones generan incertidumbre en los jóvenes respecto al futuro de sus condiciones de vida en relación a los políticos. Viven con la incertidumbre de que las cosas pueden empeorar, que dejarán de recibir las cosas que reciben, les sean útiles o no; estas dadas refuerza el optimismo que se esfuma. El juego entre la necesidad y el objeto que remedia lo inmediato los ha metido en una dinámica en donde ellos ponen la necesidad, se creen la promesa, legitiman la presencia del político, mientras mantienen a raya la incertidumbre por el porvenir.

Lo expuesto es resultado de la socialización familiar y comunitaria de la que ellos son partícipes. Escuchan todo el tiempo quién es el político que les conviene en ese momento, qué partido debe apoyarse porque con ellos se mejoran (o al menos se mantendrán) las condiciones de la colonia, que pese a no ser las más favorables, son las que conocen y han aprendido a sobrellevarlas. Escuchan a la par lo negativo de otros candidatos, de otros partidos y les genera temor que haya un cambio para mal.

Cabe señalar que observé posturas y prácticas diferenciadas en las relaciones de los jóvenes con los partidos políticos a partir de sus otras

¹⁴² Dinero.

adscripciones institucionales. Por un lado, los jóvenes que pertenecían a un grupo religioso vinculado con algún partido, o que se encontraban recluidos en un albergue o pertenecían a grupos de AA/NA, actuaban bajo consignas que aluden a prácticas clientelares. Por otro lado, estaban los jóvenes que no tenían ningún vínculo con alguna institución u organización civil, quienes veían en la participación de algún evento político una oportunidad para acceder a un bien necesitado, pero su práctica no se apegaba a las ideologías partidistas, ni colaboraban en otras acciones con los partidos, mucho menos dirigían su confianza y lealtad hacia los mediadores o figuras políticas específicas, presentando incluso juicios críticos hacia el actuar de estas figuras institucionales. Para estos últimos, como el caso de Lucero, su participación es elaborada como un recurso para obtener un bien ante la falta de otras fuentes, pero igual podrían participar con otras organizaciones apartidistas si las hubiera.

De manera más directa, las relaciones que se forjan entre los jóvenes y los políticos, tanto los de los partidos como los líderes de la colonia, están demarcadas por formas conflictivas de convivencia, teniendo como hilo que las teje la negociación para ser, co-existir y legitimarse en el territorio. Los jóvenes ven en algunas negociaciones con los líderes la posibilidad de acceder a ciertos recursos que de otra forma no tendrían, o les sería difícil conseguir. Esto va desde cosas materiales como útiles escolares, zapatos, crédito para el celular o dinero, hasta objetos simbólicos en donde el prestigio, respeto y reconocimiento están en juego. Existe también otro valor simbólico que se juega en esas relaciones, sobre todo en los jóvenes que pertenecen a instituciones religiosas, albergues para adictos o a alguna banda: la lealtad.

Algunos de estos jóvenes acuden a los eventos políticos o realizan “favores políticos” por lealtad, lo que desmiente el supuesto que sugiere que los favores políticos obedecen al recibimiento de prebendas a cambio de votos. La lealtad que mueve a responder a la petición de los partidos políticos puede estar cimentada en la familia, cuando son hijos o parientes de algún líder de la colonia, pero en muchos casos se trata de la lealtad al grupo de pares al que pertenecen; como ejemplo, a las bandas en las que algunos jóvenes están implicados.

Aquí sale a la luz una relación de complicidad que compromete a jóvenes que pertenecen a alguna banda con los líderes políticos. En la gestión de los riesgos, estos jóvenes ven a los políticos en turno y a los líderes de la colonia como aliados para aminorar o sobrellevar situaciones desfavorables para sus intereses. Por ejemplo, el control las calles que permite que unas bandas no se confronten con otras o que las cosas que se trafican se mantengan ocultas y bajo procedimientos seguros, se debe a las negociaciones que hacen con estas figuras.

Los acuerdos entre las bandas y los políticos van desde que “los dejen en paz” en su territorio, realizando sus actividades sin ser molestados por la policía o por vecinos incómodos, hasta para obtener entradas para los partidos de fútbol o conciertos (aunque sean gratuitos). Por su parte, ellos responden con “apoyos” que pueden ser desde convocar a un número determinado de jóvenes para acudir a un evento o a un llamado político, pretender convencer de dar el voto (para quienes pueden hacerlo) para ciertos candidatos, o infiltrarse en algunas manifestaciones, amedrentar a los manifestantes o “romper huelgas”. Lo que se ofrezca siempre es negociable.

Los jóvenes que han participado de estas acciones, con los que pude conversar, presentan justificaciones sobre el porqué consideran que incurrir en este tipo de prácticas no está mal. En general, lo que emerge en casi todas las respuestas es una condición de lealtad, no hacia la clase política, no hacia los líderes de la colonia, sino a su banda. Esta lealtad se inscribe en una práctica formalizada, a manera de pacto dentro de las bandas: el “paro por paro”.

El “paro por paro”, trasciende los límites de negociaciones entre los jóvenes miembros de la banda, como lo expliqué en el capítulo anterior. Esta condición para la pertenencia también se ve expuesta en las alianzas y las negociaciones sostenidas entre los líderes de las bandas y los líderes políticos en diferentes niveles. En este tipo de relaciones, los jóvenes son una especie de soldados rasos que están a la expectativa de las ordenes que se les den, dispuestos a ir a batalla cuando sea necesario. La ganancia que obtienen, contrario a lo que popularmente

se cree, no son 500 ni 100 pesos, no es una torta y un refresco, a veces ni siquiera una playera. La ganancia es simbólica y radica en demostrar la lealtad al grupo de pertenencia, asegurando su propia pertenencia y seguridad, asegurando, incluso, su propia vida. Si mi afán fuera colocarlos como “clientes” políticos, serían, al fin de cuentas, clientes de las bandas de pertenencia, no de los partidos, pues responden (y se juegan la existencia) a su líder y a su agrupación, no a partidos ni mediadores políticos determinados.

No responder a un llamado de la banda puede implicar un acto de deslealtad que puede ser cobrado de diferentes formas, que van desde el no permitir más la pertenencia de ese joven a la banda, solicitándole dinero que tiene que pagar, negándole el apoyo cuando lo requiere, ser señalado como el próximo chivo expiatorio que terminará en manos de la policía, hasta una golpiza que puede llevar a la muerte o al menos a una visita al hospital. Los jóvenes acceden a “paros” apoyados por sus bandas teniendo que responder con un “paro” para la banda. Cabe señalar que tales “paros” no son directamente proporcionales respecto a la magnitud y alcances de los actos a realizar. Por ejemplo, el “paro” que solicita un joven puede ser amenazar a otro joven por algún conflicto no resuelto en la escuela o en la calle; mientras que el “paro” que la banda solicitará como pago por esto, puede ir desde destruir automóviles o saquear comercios mientras se realiza una protesta ciudadana, hasta entregar algún paquete (regularmente drogas) en algún punto específico de la ciudad.

Las formas de reciprocidad, siguiendo a Sahlins (1974), no se dan solamente a través del intercambio de servicios y bienes, sino que abarca una serie de intercambios y relaciones sociales constantes que vinculan a ambas partes y les dan sentido en el tiempo y espacio determinados. Así es posible ver cómo las relaciones de los jóvenes de El Aguaje con los agentes institucionales se dan más allá del mero y puro intercambio de bienes o información, tratándose más bien de un entramado histórico de prácticas y discursos que se han ido forjando a través de intercambios diversos en relación a los intereses y sentidos otorgados por los actores involucrados. Esto repercute también en la forma en la que el territorio

mismo se ha ido configurando y, por ende, en las socializaciones y subjetividades que los jóvenes han ido construyendo.

No se trata entonces de encuentros ocasionales, tampoco planeados a detalle, sino de un saber forjado en el tiempo acerca de los usos e intercambios que pueden suscitarse en ese contexto determinado.

Conclusiones

Emergencias y Procedencias en la Condición de Juventud

Pensar a los jóvenes y a las juventudes ha obligado, desde el siglo pasado, a verlas como una construcción social y cultural, acompañadas de parámetros biológicos y psicológicos asociados a la edad. Como toda construcción social, no está exenta de una base histórica social y personal que condiciona la experiencia y, por tanto, los modos de vida que adoptarán y adaptarán los jóvenes de acuerdo a sus entornos sociales y culturales.

En la introducción de esta tesis presenté las percepciones e imaginarios que los jóvenes protagonistas de la investigación tienen respecto a su propia experiencia de juventud: los ideales globales frente a sus propias realidades locales. Sobre estas percepciones e imaginarios configuran las maneras de ser y reconocerse como jóvenes, así como las maneras en las que el espacio habitado delimita su experiencia. A lo largo de los capítulos, fui dando cuenta de cómo, en el entramado de relaciones en las que están inscritos, reproducen prácticas y discursos, pero también producen prácticas y discursos propios desde donde se reconocen y se viven como jóvenes.

El análisis de sus realidades y de sus modos de ser y vivirse como jóvenes me llevó a ubicar la mirada en la condición de juventud, más que como una etapa o cuestión de identidad, como condición de vida, una condición mediada por la experiencia social. Mi interés no sólo es dar cuenta de cómo emergen los jóvenes como sujetos sociales en determinados contextos - en un enclave de pobreza urbano para este caso-, o cómo han trascendido sus trayectorias, sino cómo elaboran, producen y reproducen las prácticas y discursos que dan contenido a sus experiencias desde los ámbitos social y emocional. Para ello comprendo a la experiencia de ser joven como sujeta a las emergencias y procedencias – siguiendo a Foucault (2002)- de las subjetividades, delineadas por las condiciones

de posibilidad que definen ventajas y desventajas, marcadores y referentes de identificación, ideales y modelos a seguir o renunciar, así como oportunidades y constreñimientos que dan forma a patrones de socialización.

Las emergencias remiten a la multiplicidad de huellas que al imbricarse conforman al sujeto joven: lo que vemos, lo emergente, lo palpable, lo que lo hace (y nos hace) consciente de su existencia. Las procedencias remiten, por su parte, a las fuerzas, condiciones, emociones desde donde emerge el sujeto. Sin este entramado de procedencias no es posible comprender la emergencia de los sujetos.

Para rastrear las procedencias y emergencias de los jóvenes de El Aguaje recurrí a la socialización como herramienta de análisis, con la finalidad de dar cuenta sobre (algunas) de las condiciones de posibilidad que dan forma a las fuerzas de procedencias, a las disposiciones -en términos de Lahire-, así como a los modos en los que estas condiciones son incorporadas y encarnadas en la configuración subjetiva.

Las condiciones de vida que marcan las trayectorias de los jóvenes devienen en un proceso de emergencias y procedencias. Sus modos de ser, que engloban prácticas y discursos, muestran los entramados de fuerzas que al implantarse en el espacio y socializarse crean entramados de verdad que determinarán la procedencia de los jóvenes en dichos entramados. Al socializarse, al encontrarse esos discursos con otros, al cruzarse interdependencias y reciprocidades, las fuerzas chocan y los jóvenes emergen como tales, con formas, gustos, preferencias, posturas similares, pero también disímiles entre sí. La heterogeneidad deviene de este proceso, del encuentro de las fuerzas, de la gestión de las condiciones de posibilidad que pautan los procesos de socialización por los que transitan los sujetos y emergiendo con estilos determinados.

Los entramados de procedencias equivalen a los marcos de reconocimiento (Lahire, 2015) y de reconocibilidad (Butler, 2010) desde los cuales los sujetos emergen y se posicionan socialmente. La socialización es crucial en el proceso de subjetivación, puesto que permite la trasmisión de normas y formas sociales y

culturas de vida permitidas y prohibidas en los diferentes contextos. La socialización dinamiza las condiciones de posibilidades, las traslada y comunica entre sujetos, quienes las incorporan como marcos desde donde se reconocen e identifican entre o contra sí.

Comprender la emergencia de las juventudes nos remite necesariamente a comprender sus procedencias, de dónde y cómo surgen, qué las posibilita, cómo han adquirido el modo que reconocemos en su emergencia. En esta manera de abordar a las juventudes es preciso, entonces, incorporar las condiciones de posibilidad que demarcan el contexto geográfico y social en el que emergen los sujetos, entendiendo que las condiciones que demarcan a los espacios no aparecen al azar o son producto de una especie de generación espontánea, sino que resultan de una gestión, no siempre explícita, entre los dispositivos gubernamentales y la población. Así mismo, las prácticas y los discursos que regulan el comportamiento de los actores, también se ven influidas por esas gestiones y por imperativos normativos que marcan pautas de interacción.

Tanto las condiciones materiales como las simbólicas configuran un entramado de procedencia en el que los sujetos se inscriben y transitan, desde donde emergen y desde donde se relacionan bajo lógicas y dinámicas específicas entre ellos y los otros actores; entramado creado por las relaciones sociales, las cuales no se fundan en sí mismas, sino que responden también a un proceso de gestión que tiene el fin de “establecer, mantener, transformar los mecanismos de poder” que configuran el espacio. Es decir, a partir de las relaciones sociales, de las interacciones cotidianas más ínfimas, se gestiona el dispositivo espacial que transitamos (Foucault, 2006: 16).

Aunque el entramado de condiciones sea el mismo, las relaciones que se tejen a partir de él adquieren connotaciones diferentes de acuerdo a los sujetos que las establecen. De esta manera, las diferencias respecto a condiciones como el género, la edad, el territorio, la clase, marcan trayectorias distintas en las relaciones sociales y en las formas en las que emergen los sujetos. La

socialización no es única, como tampoco únicas son las condiciones, las relaciones y las tramas de procedencia.

En la introducción de esta tesis presenté lo que los jóvenes decían sobre su propia experiencia de juventud, intentando plasmar los referentes desde donde se identifican y significan sus vivencias. Como mostré, los jóvenes de El Aguaje piensan al ser joven a partir de referentes globales que muestran imágenes estereotipadas de cómo debe ser, comportarse y sentir un joven. No obstante, en un intento de reflexión mayor, ellos mismos ponen en entredicho tales referentes, ya que sus realidades locales no concuerdan del todo con las imágenes sobre qué y cómo deben ser los jóvenes.

Ser joven es, por tanto, experiencia. Tal experiencia se configura a partir de las prácticas y discursos que conforman los entramados de posibilidad desde donde emergen los actores sociales reconociéndose y siendo reconocidos como jóvenes. A lo largo de esta tesis he mostrado cómo operan las prácticas y discursos que dan forma y contenido a estas experiencias particulares de ser joven en un enclave de pobreza urbana.

El proceso de socialización ha sido la herramienta base para el análisis de estas juventudes actuales, basándome principal, que no exclusivamente, en los planteamientos realizados por Lahire (2004, 2007, 2015), quien abona a la discusión teórica sobre el tema planteando la socialización como un proceso dinámico, múltiple y plural. Así mismo, cuestionando la noción de habitus que sugiere que, una vez que se han establecido los esquemas que estructuran el devenir subjetivo, es casi improbable modificar los patrones que regulan el comportamiento, el gusto, la expresión de la subjetividad. Lahire (2015) sugiere que, dado el carácter dinámico y procesual de las socializaciones, lo adquirido en la primera infancia puede ser revalorado, sometido a juicio, reelaborado, en las etapas subsecuentes de las trayectorias de vida. Ello lo explica mediante la noción de “resocializaciones”.

Siguiendo a Lahire, es preciso pensar a los jóvenes como sujetos inmersos en constantes dinámicas que ponen a prueba y juicio los valores, normas e incluso

sus posiciones y condiciones de clase. Las resocializaciones son cruciales durante las etapas de adolescencia y juventud dado que permiten a los sujetos jóvenes adquirir diversas experiencias en la búsqueda de su lugar en el mundo, consolidar sus preferencias, incorporar nuevos o reelaborar los viejos referentes de identificaciones, al margen de las condiciones de posibilidad.

A lo largo de la tesis, fueron tomando forma las subjetividades de los jóvenes de El Aguaje, dando cuenta de los conflictos con los que tienen que lidiar en su emergencia como sujetos jóvenes, viendo su experiencia limitada, acotada, por los bloques que se crean como efecto de las condiciones de precariedad y violencia, reproducidas en las prácticas y discursos que conforman sus entramados de relaciones. Lo anterior lleva a cuestionar el carácter plural y múltiple de la socialización (al menos para ciertos contextos), tal como Lahire nos lo presenta, puesto que esta tesis muestra precisamente cómo, en espacios acotados, las posibilidades de multiplicar y pluralizar las experiencias y los encuentros con diferentes agentes socializadores que otorguen referentes de identificación diversos, son también acotadas.

De esta manera, las cualidades del espacio habitado, las condiciones que lo demarcan, así como los discursos y prácticas que lo configuran, tienen efectos y consecuencias en las pautas que dan forma a los procesos de socialización. Lo acotado del espacio se traslada a la experiencia social de los jóvenes que habitan un enclave. Con ello, no quiero decir que no tengan oportunidad de ampliar sus repertorios sociales, sino que tales oportunidades son restringidas debido, entre otras cosas, a las cualidades del espacio que les generan bloques que obstaculizan el encuentro con los otros. Tales bloques son movilizados (eliminándolos o colocándolos), en las relaciones sociales. Así vimos cómo las relaciones entre pares, con las instituciones y con el espacio pueden generar bloques que limitan las trayectorias, como también abrir grietas que posibilitan la emergencia de nuevos referentes que permiten las resocializaciones.

Estos bloques se van apilando para formar paredes que se van fijando en los caminos que los jóvenes transitan, impactando en los procesos de socialización,

las condiciones de procedencia y, por su puesto, las condiciones para la emergencia subjetiva. Dada la información analizada, los procesos de socialización que experimentan los jóvenes se caracterizan por tres cuestiones fundamentales:

- 1) Están delimitados por las condiciones del espacio habitado, en los que predomina lo acotado como cualidad. Son procesos acotados que redundan en experiencias sociales acotadas.
- 2) Se ciñe al proceso de encapsulamiento debido a lo acotado del espacio, por lo que las relaciones son también acotadas, estando constantemente a pruebas de lealtad y confianza.
- 3) Se ven condicionados a otros procesos sociales que priman, en muchos casos, sobre las relaciones sociales que establecen. En este sentido, la negociación de la existencia se erige como un proceso que se sobrepone en la socialización, puesto que la búsqueda de reconocimiento y legitimación de su existencia motiva a que busquen o privilegien tipos de relaciones que les limita aún más la pluralidad y multiplicidad de sus experiencias.

Las cualidades mencionadas pueden rastrearse a partir de las particularidades expresadas en las relaciones que los jóvenes establecen con los diferentes actores en su vida cotidiana. Estas cualidades no son exclusivas de un tipo de relación o con un tipo de agente, de los tres analizados. Ellas están presentes en las tres categorías de relaciones analizadas en esta investigación.

En relación al espacio habitado es prioritario caracterizar a este dadas las especificidades que lo demarcan social y territorialmente. El espacio que se habita es una condición fundamental en la vida de los jóvenes de sectores pobres y populares ya que, siguiendo a Saraví (2014)- constituye el espacio central de socialización, una fuente importante para la adquisición de normas sociales y un lugar primordial para la formación de identidad. Aunque los procesos de socialización no se limitan al espacio habitado, los patrones que se generan en él

predeterminan la adquisición, adopción y apropiación de los diferentes espacios que configuran a la ciudad.

La gubernamentalidad establece la gestión del sí mismo, difundiendo el mandato a través de los agentes del Estado, mediante las instituciones que establecen parámetros de referencia para poblaciones específicas, desde los cuales enmarcan sus relaciones, los códigos que norman las reciprocidades, los imaginarios respecto a sí mismos como habitantes de una ciudad determinada, así como los símbolos y significados que transitan y operan en el territorio y dotan de sentido a la cotidianidad. No se trata de pensar que el Estado deja a la deriva totalmente a la población, sino que la integra a partir del despojo, fracturando los vínculos externos al territorio a fin de parecer el único proveedor que puede cumplir las necesidades y expectativas. Es en las necesidades y expectativas en donde se enclava la importancia de los vínculos con el Estado, de ahí la permanencia constante y cíclica de las condiciones en las que habita y vive la población.

En primera instancia, la colonia surge de un asentamiento presuntamente ilegal, en donde se pesaron las fuerzas entre la población organizada y el Estado represor. Después de vaivenes infortunados, la regularización del asentamiento no fue llevada a cabo en los términos que el movimiento urbano popular buscaba, ni tampoco persistió el ideal de autonomía como bandera de resistencia. El Estado, haciendo uso de su fuerza represora, legal y extralegal, logró aplacar la resistencia, disolviendo a la organización popular, pero también –y resulta aun más trágico- incorporando a la población a las filas del partido político dominante. Así, la población pasó de la lucha por la dignidad y la esperanza a las negociaciones por la gestión del reconocimiento y legitimidad de la existencia.

Este hecho marcó un precedente que aún opera, incluso se da por hecho, como si la emergencia de las afiliaciones partidistas, las negociaciones con los agentes políticos y el reconocimiento social fincado en las relaciones que se establecen con un Estado ambivalente, no fueran resultado de condiciones de

procedencia que marcaron la base en la que el asentamiento irregular se sostuvo para desarrollarse como colonia regularizada.

Las tecnologías de gobierno que se establecen en el espacio habitado guían el rumbo y las formas apropiadas de gestión de las condiciones de existencia, regulan las conductas y los comportamientos, establecen normas y códigos sociales aceptables, reproducen formas y estilos de vida, regulan los cuerpos y emociones al incorporarse, mediante prácticas y discursos, a la política cultural que impera en el espacio; pero también dan pie a la generación de resistencias que ponen en duda los órdenes establecidos, pues los bloques pueden representar también una oportunidad para el riesgo de asumir la vida.

Estas prácticas y discursos marcan las pautas de regulación y autorregulación para la ocupación, apropiación o exclusión del espacio público y privado, gestionando formas “adecuadas” e “inadecuadas” de ser y estar que tienen implicaciones en la configuración de subjetividades y en la experiencia urbana. Es así como, algunas prácticas inscritas en la informalidad o la ilegalidad se convierten en habituales, pues las lógicas que regulan la conducta no las sancionan, al contrario, es probable que las fomenten, ya que constituyen vías que posibilitan la negociación de la existencia.

Lo anterior queda de manifiesto en las relaciones de los jóvenes con las instituciones locales, en donde algunas prácticas ilegítimas, desapegadas de la ley o contraviniendo a la justicia y transparencia, se presentan como un *continuum*. De esta manera, los procesos de socialización de los jóvenes están sometidos a las prácticas constantes de ilegalismos. El actuar cotidiano de las instituciones contribuye, como ya lo he referido antes, a desdibujar las líneas que separan lo ilegal de lo legal, lo permitido de lo prohibido, la autoridad y el abuso de autoridad, con lo que se refuerzan las formas violentas para resolver conflictos y potencializa las posibilidades de conducirlos, como señala Pontes Fraga (2010), a ser sujetos “practicantes de ilegalidades” (Pontes Fraga, 2010). Estando ante a la puerta de la Ley, como en el cuento de Kafka, los jóvenes son instados por el cuidador

(representado por las instituciones) a bordear esa puerta, a rodearla, limitándoles el acceso y apego a ella.

Al estar configurado como un enclave de pobreza, las condiciones de precariedad son el sello que predomina en el imaginario de la ciudad respecto al espacio, así como en la realidad cotidiana de los jóvenes que lo habitan. La trama urbana que se produce a partir de la pobreza y la violencia que demarcan al espacio, es irregular y desvinculada en algunos procesos de la dinámica regular de la ciudad, marcada por la segregación residencial socioeconómica.

Las cualidades del enclave se convierten en referentes que sostienen la emergencia social de los jóvenes, los modos en los que ellos se presentarán frente al mundo, los referentes desde donde se identifican y se ubican en relación al resto social. Esto es importante puesto que vemos cómo, las cualidades del espacio son, en muchos casos, incorporadas como referentes de sí mismos, incluso son encarnadas como si fueran parte constituyente de lo que son. Como Pancho lo mencionaba: “somos los feos, los pobres, los delincuentes”.

Lo dicho por el joven mencionado, da un ejemplo de la manera en la que los referentes de la colonia (como fea, peligrosa y pobre) no se limitan a la mera descripción, sino que se incorporan como referentes de sí mismos. Así, el plano general desde donde se proyectan y reconocen se compone de tres condiciones: la pobreza, la violencia y la estética. Estas condiciones se expresan como atributos: es pobre, es peligrosa y es fea.

El ser pobre, el ser feo y el ser peligroso llegan a constituir los referentes de identificación de los jóvenes en relación al mundo exterior, al afuera, el plano general desde donde se identifican. El plano emocional que acompaña estas condiciones y atributos está representada, aunque no limitada, a una tríada emocional que funciona como diques sociales para regular su comportamiento: la pobreza, la violencia y la estética se vivencian a través de la vergüenza, la culpa/el miedo y el asco/repugnancia, tanto por ellos como por los de afuera.

Tanto los referentes generales como las emociones que los acompañan coadyuvan a la instauración y reforzamiento de estigmas que, comienzan siendo

estigmas por el territorio para encarnarse como estigmas del ser, ante la falta de otros recursos que les permitan lidiar con la estigmatización. Saraví (2015: 137) señala que los estigmas territoriales “condicionan el uso que los individuos hacen de la ciudad y las prácticas urbanas” y, al ser apropiados por los residentes de ciertos espacios, tienen un “efecto determinante sobre la forma que asumen las relaciones e interacciones urbanas”. Por lo tanto, la ciudad es vivida y andada desde una posición de inferioridad por los jóvenes de El Aguaje, quienes al encarnar la figura del pobre, el feo y el peligroso consienten que las relaciones que primen en el exterior estén cargadas de violencia, rechazo e, incluso, consienten que sobre ellos recaigan mecanismos de control cuando se encuentran fuera del lugar que les corresponde.

Vivir en un enclave de pobreza lleva a los jóvenes a forjar su subjetividad a partir de eslabones de desventajas, que tienen implicaciones materiales y emocionales; siendo estas últimas las mediadoras en las relaciones de poder, pues tienen un efecto de jerarquización de los espacios y los cuerpos (Ahmed: 2105). El enclave conlleva un efecto de poder que deviene en un efecto de lugar, puesto que habitarlo les recuerda constantemente su lugar de pertenencia; mientras que las emociones, dado su efecto de jerarquización, los ubica respecto a su condición de clase.

Vivir en un enclave somete a los jóvenes a una condición de despojo material y emocional que determina las maneras en las que emergen en el plano social. El despojo material y emocional no sólo los hace carentes de bienes materiales y les limita el consumo, también los mutila de la posibilidad de experimentar y expresar sus propias emociones en ámbitos y códigos que no reconocen como propios.

Este despojo se convierte en malestar, los arrastra a una crisis de su seguridad al no proveer certezas, transitan en la incertidumbre al ser despojados de espacios públicos, calles, actividades recreativas, oportunidades de empleo, incluso de la posibilidad de verse y reconocerse como bonitos o guapos, iguales a los otros, como parte de la ciudad. Este despojo en el que viven se cristaliza en los

modos de existencia y la autoestima de los jóvenes, teniendo matices en relación al género.

La falta de servicios públicos es una condición que marca al espacio y lo determina, puesto que este es el origen de aquella lucha desvanecida y, 30 años después se sigue padeciendo. Los jóvenes han incorporado las cualidades del enclave a su vida cotidiana, haciéndose gestores de sus vidas a partir de dichas condiciones. De esta manera, ante la falta de algunos servicios públicos regulan su andar por el espacio y tiempo, pero estas regulaciones, si bien demuestran estrategias de sobrevivencia, también representan constreñimientos para la socialización.

El espacio habitado representa un recurso que nos provee de oportunidades o de constreñimientos de acuerdo a las características que lo configuran. El Aguaje, al configurarse como un enclave, provee más constreñimientos que oportunidades para la socialización de los jóvenes. Entre más amplio sea nuestro universo espacial, más amplias, múltiples y plurales serán nuestras experiencias y, por lo tanto, mayores recursos podremos obtener de nuestro espacio de pertenencia. Entre más acotado sea ese universo espacial, menores serán los recursos para nutrir el proceso de socialización y, por lo tanto, habrá mayor tendencia a una experiencia social más acotada.

Habitar refiere a la acción de “interpretar, utilizar y significar el espacio que nos rodea, estableciendo y reconociendo en él un conjunto de puntos de referencia” que brindan significados de uso colectivo y compartidos entre los sujetos que lo habitan, haciendo posible entablar una relación con el lugar (Giglia, 2010: 2). Al habitar un enclave se crea un efecto de encapsulamiento en la experiencia de los jóvenes, quienes viven una especie de encierro, sin rejas ni paredes reales, pero sí simbólicas que limitan su acceso y su andar fuera de la colonia al no compartir los códigos y normatividades que rigen a los otros espacios, pero también al interior del enclave, dadas las condiciones de violencia y precariedad del espacio.

El encapsulamiento como efecto, acota las posibilidades de ampliar la socialización hacia otros agentes y espacios que promuevan otros tipos de referentes. De esta manera, el enclave acota la socialización de los jóvenes y los somete a una condición de auto-referenciamiento al convivir y socializar casi siempre entre los mismos actores. Esta situación conlleva consecuencias como que las carencias, faltas y vacíos, tanto materiales como emocionales, son normalizadas y reproducidas al estar en constante referencia.

Después de acompañar a los jóvenes en recorridos por la colonia y en la ciudad, comprendí que sus maneras de andar y experimentar la ciudad se dan a partir de circuitos espaciales. Es decir, cada espacio de la ciudad conocido por ellos es recorrido o evitado de acuerdo a cómo se sienten: si se sienten parte o rechazados del espacio, dentro o fuera de él. Así mismo, cada espacio está marcado por las emociones que dieron sentido a la experiencia espacial, por lo que estos circuitos son también emocionales

Este “sentirse dentro - sentirse afuera” tiene una base explicativa en un proceso de exclusión más amplio relacionado con el espacio habitado que no es del todo absoluta, sino transitoria. El transitar dentro-fuera lleva a los jóvenes a, por un lado, contar con menores oportunidades de educación y ocupacionales coartando sus formas de sociabilidad y emotividad, y, por otro lado, a acumular experiencias de rechazo y discriminación devenidas de su presencia, los sentidos que asignan y los usos que hacen de los espacios públicos, guiándolos a interpretarse y sentirse fuera de lugar en algunos espacios y como parte de otros.

Los jóvenes de El Aguaje, sin estar del todo aislados, transitan por circuitos espaciales acotados, limitados por las mismas condiciones del espacio habitado que se convierten en signos que los distingue como parte o fuera de lugar. Vivir enclavados, regidos por una noción de que hay un adentro y hay un afuera que no está delimitado por paredes reales, lleva a incorporar tales atributos asignados al espacio habitado no sólo como estigmas, sino como límites o fronteras que obstaculizan el tránsito libre y la manera en la que se anda y vive la ciudad y la colonia misma. Simmel (2014: 601) menciona que los límites que contienen al

espacio tienen dos funciones que recaen sobre el grupo social que lo llena: lo incomunica (con el mundo circundante) y lo encierra (en sí mismo).

Así, la pobreza y la violencia al constituirse como condiciones que marcan la procedencia de quienes habitan la colonia, se convierten en dos grandes bloques que limitan el desenvolvimiento y andar de los jóvenes, se convierten en los bloques que conforman las paredes del enclave y sobre los que se sostiene su emergencia social.

Los jóvenes emergen en un espacio compuesto por bloques que frenan su andar libre. Estos bloques son simbólicos, algunos emocionales, puesto que, aquellas emociones que los jóvenes experimentan como negativas para su vida (la vergüenza, el asco, la culpa), se convierten en diques que limitan su actuar, incluso su sentir.

Lahire (2008) sugiere que durante la adolescencia y juventud, los sujetos ponen a prueba algunos de los referentes adquiridos en las socializaciones anteriores. Esta idea se plantea pensando en que, es en la juventud cuando los sujetos tenemos más acceso a otras instituciones y agentes de socialización que pueden mostrarnos otros referentes y modos de vida. De esta manera, la escuela, los amigos y algunos referentes culturales, nos abren panoramas desde donde identificarnos desde otras posiciones. Por ello, es una etapa con tanta tensión, puesto que se ponen a crítica y juicio los referentes adquiridos en nuestra red de interdependencias primarias.

Para el caso de los jóvenes de El Aguaje, al encontrarse en procesos de socialización acotada, estas posibilidades de replantear los referentes adquiridos en una etapa primaria se ven limitadas a pocos referentes que les permitan poner en duda las lógicas de vida que siguen, los repertorios adquiridos, así como la oportunidad de integrarse a otros. Por ello cobran tanta relevancia las relaciones de amistad y de pareja, puesto que les brindan la posibilidad de ampliar el abanico de relaciones que mantienen con otros jóvenes, compartir experiencias y adquirir referentes que puedan servir para sobre pasar los bloques impuestos.

En el espacio habitado transitan ideales de ser joven, mediante los cuales toman referentes de identificación o rechazo para moldear el devenir de su yo. Así mismo, en otros espacios con sujetos con condiciones de posibilidad diferentes, también transitan ideales de ser joven. Si bien, existen ideales globales, estos se adaptan a las condiciones locales, gestionándose de acuerdo a las condiciones sociales y culturales que priman en los espacios.

La socialización acotada de los jóvenes de El Aguaje los mantiene dentro de circuitos espacio-emocionales que limitan las oportunidades de acceder a espacios con ideales y referentes diferentes a los suyos. La posibilidad de ampliar el rango de relaciones sociales también se ve acotada, lo que lleva a que se encuentre y desencuentre con los mismos actores, problemas similares, referentes casi iguales que, los ideales y referentes previos carecen de oportunidad para ser puestos en duda. Al entrar en una dinámica de encapsulamiento social, las amistades se reciclan y los referentes se refuerzan mutuamente.

Un efecto de este encapsulamiento es, como ya mencioné, el auto-referenciamiento, el cual lleva a los jóvenes a suprimir dudas, incluso emociones de rechazo y odio, hacia condiciones y experiencias que podría catalogar como negativas, sometiéndolas a un proceso de normalización debido a que encuentran que es algo que se repite constantemente también entre los otros. Así, las cuestiones de abuso y violencia física, que en el caso de las mujeres jóvenes escala a dimensiones sexuales, por efecto del encapsulamiento y una socialización acotada se convierten en experiencias por las que todos pasan y se asimilan como hechos normales.

Los discursos y prácticas que instauran la violencia y la pobreza como condiciones “para” la existencia, se ven reproducidos por las voces institucionales que, al constituir figuras de autoridad, oficializan tales discursos y prácticas. Las condiciones de procedencia sobre las que emergió el enclave sugieren un vínculo casi estricto con el Estado, el cual acompaña los procesos sociales del espacio, teniendo una constante presencia para no perder el poder local y la legitimidad

que obtiene al administrar los riesgos que la pobreza y la violencia (implementados desde ese espacio de poder político) conllevan.

La socialización, si bien no está limitada a la gestión de la gubernamentalidad, a las tecnologías de poder desplegadas sobre el territorio, sí se ve atravesada por los dispositivos y técnicas desplegados en este, al gestionar las condiciones de posibilidad en las que opera el reconocimiento de la existencia. La gestión de los recursos o condiciones de posibilidad configuran subjetividades específicas, aunque no exclusivas.

Al analizar la conformación de las subjetividades juveniles a partir de la socialización de los jóvenes en sus relaciones con las instituciones locales con las que tienen contacto en su vida cotidiana, es posible dar cuenta que los jóvenes no se mantienen aislados ni apáticos a los procesos políticos, económicos y culturales en los que están inmersos. Contrario a eso, se constituyen como sujetos esenciales en la permanencia y vigencia de las instituciones. Pese a que existe un desmoronamiento institucional que apunta a la pérdida de vigencia respecto a ciertas prácticas y discursos que han dejado de ser eficientes frente a los contextos actuales, es posible ver en el análisis de las interfaces entre los jóvenes y los agentes institucionales cómo se mantiene la interdependencia que sostiene, en parte, la existencia de estas y qué implicaciones tienen, no sólo en la conformación subjetiva, sino en el sostenimiento moral de los jóvenes que, aunque está cargado de prácticas ilegales e ilegítimas, funcionan en una lógica que tiene sentido para ellos y su entorno.

El ejercicio de poder desde las instituciones, tendiente a la dominación territorial, recae sobre los sujetos jóvenes como reguladores de sus emociones, incluso las llegan a reprimir. La negación de los problemas de los jóvenes o su señalamiento como “boberas”, se convierte en un mecanismo de control de las emociones hacia los jóvenes desde la voz de los agentes institucionales, el cual contribuye a minar su subjetividad, ya que en el discurso y práctica de los agentes estatales, cargados de un arraigado racismo, machismo y clasismo, reafirman el lugar social que los signa: sujetos con una importancia menor y con emociones

poco valoradas, incluso acalladas para que no irrumpían el orden establecido. Esto cobra mayor relevancia si nos enfocamos en los mecanismos de control que regulan el comportamiento y cuerpo de las mujeres. En las emociones se establecen políticas sostenidas por la cultura y reproducidas en los social que coloca los cuerpos de las mujeres jóvenes como cosas hipersexualizadas.

En la tarea por lograr el control del territorio y los cuerpos, se despliegan una serie de mecanismos que tienden a minimizar, menospreciar y poner en *su* lugar a los jóvenes, quienes llegan a ser vistos como figuras que existen para acatar órdenes y a quienes hay que reprender si no las llevan a cabo como se esperaba, pero no sujetos a quienes hay que conocer y reconocer como iguales, saber cómo viven y cuales son los problemas que enfrentan, a la vez que se les inculca como lógica de vida, que la gestión de sus vidas depende de sí mismos. Así, las prácticas y discursos emanados desde los agentes estatales establecen bloques que limitan el desenvolvimiento social y emocional de los jóvenes, quienes se ven inmersos en una espiral de abandonos por parte de las principales instituciones, aunado a los desprendimientos propios del proceso de vida por el que atraviesan, encontrándose, por tanto, ante un desamparo subjetivo que mina su proceso de integración y subjetivación.

Otra situación de conflicto que emerge del análisis de las relaciones es cómo se posicionan frente a la autoridad. Los jóvenes asumen que los agentes estatales son figuras de autoridad a quienes hay que respetar y reconocer, se someten al poder que estas figuras dinamizan en las relaciones que establecen, reconocen que ellos se encuentran en una posición más elevada respecto al ejercicio del poder y la dominación. Empero, esta autoridad no es incorporada como total en lo extenso del territorio habitado, en donde otros agentes disputan esta facultad, muchas veces mediante la violencia.

El sometimiento y el descrédito son dos formas en las que la autoridad es incorporada a la vida de los jóvenes. La reconocen, la respetan y la acatan, pero también la retan e intentan vencerla. No son ambivalencias, sino diferentes formas

de resolver la tensión que se origina en las interfaces de los encuentros con esas figuras que ostentan la autoridad.

Los jóvenes encuentran en sus relaciones con los agentes institucionales espejos hacia el exterior, ventanas hacia otros mundos, y reconocimiento de su existencia, aunque sea desde una posición de inferioridad, pero son legitimados y, ellos en respuesta, legitiman a las instituciones. Cuando nadie te otorga nada, recibir una mirada de complacencia, un favor o hasta un insulto, bastan para sentirse alguien.

La promoción de una integración social restringida al espacio y el reforzamiento de una posición inferior conferida a los jóvenes responden al atributo fundamental del espacio social como acotado, que se ancla a un mecanismo de control que emerge y condiciona los intercambios entre los agentes institucionales y los jóvenes. Este atributo del espacio social como acotado que promueve una integración también acotada, es resultado de la propia gestión gubernamental, de las técnicas de control que se establecen y condicionan las interacciones entre los agentes institucionales y los jóvenes. La permisividad es posible si se limita al espacio de pertenencia. Las formas de convivencia conocidas y asumidas por los jóvenes pueden ser sancionadas, pero también toleradas dentro de ese espacio. Vemos, en las experiencias expuestas de los jóvenes de El Aguaje que las prácticas y discursos que modelan a los dispositivos de gobierno se mantienen en concordancia, como si se coordinaran entre los agentes para reforzar ciertos mandatos y modificar otros. De esta manera, las interacciones con estas instancias se presentan como una gran pared que limita el desenvolvimiento libre de los sujetos jóvenes.

El Estado mantiene la imagen de protector y apoyo mas no de responsable de las condiciones de vida, se convierte en un facilitador que asiste y acompaña a las instituciones y sus sujetos, quienes asumen como propia la responsabilidad y la solución de lo que entienden como sus propios problemas. Entonces, “el rebaño se vuelve pastor de sí mismo; la vigilancia, autovigilancia; el gobierno de la

conducta, autogobierno. No implica la desaparición del Estado sino la aparición de sus nuevas tecnologías de poder” (Dafuncho y Grinberg, 2013: 262).

La internalización de los mecanismos de control conlleva a asumirse como autodispositivos que mantienen el orden impuesto, que posibilitan que las tecnologías de poder se concreten en como formas de gobierno de sí y gobierno de los otros (Foucault, 2006). Así, cuando la autoridad (escolar, policial, política) no está presente para controlar el territorio, observando las conductas, moldeando comportamientos, despersonalizando los cuerpos; son los jóvenes mismos quienes asumen esta función. Ello, en conjunto con la normalización de la violencia, lleva a los jóvenes a someterse a un proceso de encapsulamiento, en donde ellos mismos se vuelven referencias de sí, reforzando con esto las líneas de demarcación del enclave que habitan (Mbembe, 2011).

Entre los ideales normativos que gestionan la vida de los jóvenes se encuentran, además de las normas y códigos que rigen el espacio habitado y la ciudad, los cuales son reproducidos en sus relaciones sociales, los ideales que se establecen mediante las imágenes globales que dictan modelos aceptados de ser y existir. Estos imperativos se socializan mediante prácticas y discursos, reforzándose o negándose cuando se experimentan como contradictorios. Un imperativo global que transita como regulador de la emergencia subjetiva es la idea de ser gestor de sí mismo, empresario de sí mismo; es decir, que las experiencias, situaciones, tragedias que se acumulan en la vida son producto de la gestión que uno hace sobre sí mismo.

Este imperativo se implementa mediante las tecnologías de poder instaladas en el espacio habitado. Así, los jóvenes escuchan constantemente que son dueños de sí mismos, de sus actos, que deben “echarle ganas” para salir adelante, que depende de sí mismos alcanzar las metas que se propongan, que ellos son responsables de sus actos, e incluso de los actos y abusos que los otros cometen contra de sí, y una serie de enunciaciones que individualizan a los sujetos y desvinculan las experiencias sociales de las condiciones de posibilidad,

como si las primeras no estuvieran en una franca relación de causa-efecto con las segundas.

Este “ser empresario de sí mismo” se ha colocado como un paradigma social que convence a la población de que “sí se quiere se puede”, pues “todo depende de uno mismo” (Han, 2010). Para su implementación se ha recurrido al optimismo como una emoción impuesta y socialmente aceptable que bloquea la posibilidad de cuestionar las condiciones de existencia para el logro de las expectativas. Contrario a eso, el optimismo se instala como un referente de actitud positiva que debe mantenerse para que (mágicamente, tal vez), las cosas mejoren o salgan bien, animando a los jóvenes a ser creativos y tener iniciativa. Sin embargo, el espacio inmediato presenta restricciones desde las más básicas necesidades que hacen que, los proyectos, las iniciativas emprendidas por ellos encuentren muchas dificultades para concretarse y para reconocerse como parte de un entramado de desventajas, viviéndose como una falta en el entusiasmo (“no le echaste ganas”), o una cuestión de fe (creer en uno mismo) o una causa astral (el universo no conspiró a favor tuyo).

Si la socialización primaria y las resocializaciones se han dado bajo el refuerzo de la violencia como respuesta, de la carencia como realidad, entonces las iniciativas estarán mediadas por dichas condiciones. No trato de pasar por alto o menospreciar la creatividad e iniciativas de estos jóvenes, sino de mostrar cómo, a pesar de todo lo que tienen en contra, pueden elaborar expresiones creativas de resistencia que, encauzadas bajo otros referentes, pueden llevar al límite las condiciones de existencia que hasta ahora marcan su procedencia y emergencia.

Frente al ser gestor de sí mismo, los jóvenes emprenden ideas que asumen los “sacarán adelante”. Sin embargo, en la empresa de llevar a cabo las ideas, el fracaso se impone como realidad, acompañándoles constantemente. Metidos en la sensación de fracaso, de frente a las exigencias sociales que pueden resultar abrumadoras, contando con pocos recursos, los jóvenes se ven enfrentados, no con las condiciones sociales, no con las exigencias sociales, no con los ideales e

imperativos, no con la normatividad y lógicas de vida de enclave, sino con ellos mismos.

En la ardua tarea de hacerse empresario de sí mismo se asumen como propios tanto el optimismo por emprender proyectos que lleven al éxito (en los términos impuestos y que rigen sobre el espacio habitado), como los riesgos que devengan del fracaso. Estas condiciones de existencia ponen en juego la estabilidad emocional de los jóvenes quienes, al no contar con más referentes que los impulsen en el logro de sus expectativas, así como tampoco cuentan con más recursos ni habilidades que puedan orientarlos a elaborar el fracaso o el éxito sin llegar al agotamiento emocional, pueden verse inmersos en situaciones de desesperación y depresión al encarnar el fracaso como parte del sí mismo.

Para Ehrenberg (1998), la depresión se presenta en el instante en el que el modelo o ideal que guía la conducta y regula los comportamientos y roles de los sujetos a partir de las condiciones de clase y género, es reemplazado por un nuevo ideal que induce al individuo a la iniciativa personal, que lo obliga a devenir él mismo, enfrentado a sus carencias como si fueran propias, a sus frustraciones como si fueran resultado sólo de sus actos, al fracaso en el cometido de encontrar el éxito.

Quizás resulte extremo pensar a los jóvenes desde la depresión, como un estado emocional permanente y constante. Sin embargo, es posible que este estado emocional aparezca de vez en vez, no necesariamente sea externalizado, sino disfrazado por emociones más aceptables socialmente, pero opera intercediendo en la toma de decisiones que los jóvenes realizan. De esta manera, quizás, detrás de una decisión de deserción, detrás de una decisión de casarse y formar una familia desde adolescentes, detrás de la renuncia al mérito y hacerse camino por vías ilegales e informales, se encuentre la depresión apuntalando esas decisiones, no tan certeras para el resto de la sociedad, pero sí eficaces para las experiencias propias de vida de estos jóvenes.

Las tensiones que se originan en la emergencia subjetiva de los jóvenes respecto a los ideales a seguir y las condiciones de posibilidad, los lleva por

caminos inciertos, de incertidumbre y desamparo. Como vimos en la introducción de la tesis, la imagen que impera del joven ideal es la de hacer lo que se quiere, del rebelde que no sigue reglas, que disfruta, goza, se divierte. Pero el desencanto sobreviene de inmediato cuando los jóvenes son interpelados por sus propias condiciones de existencia. En este sentido, sí es pertinente pensar en la depresión como un estado emocional permanente que acompaña el ciclo de vida de las juventudes actuales en contextos de precariedad.

El imperativo social de ser gestor de sí mismo lleva a un encapsulamiento del sentir que se elabora como un “pertenecerse sólo a sí mismo”, que acarrea estados de depresión continuos al vivenciar el fracaso y la fatiga de ser todo el tiempo uno mismo, auténtico, la mejor versión de sí (Ehrenberg, 1998). La pertenencia es un sentimiento anhelado, una forma de estar, una manera de ubicarse en un lugar donde uno se sienta parte de un todo, deseado, querido, añorado. Por lo tanto, el pertenecer se convierte en un imperativo a alcanzar.

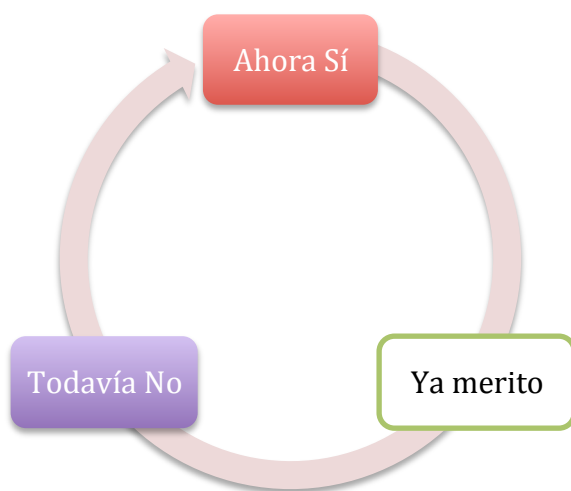
La pertenencia que ofrecen las instituciones es deseable, pues legitima una existencia carente de otros referentes, carente de reconocimiento social. Las experiencias de algunos de estos jóvenes los llevan a experimentar la renuncia, la deserción, la exclusión de algunos espacios, entonces la pertenencia se convierte en renuncia constante, en exclusión permanente, en la vivencia constante del fracaso, donde el “todavía no”, el “ya merito”, se convierte en el pesado fracaso que se sostendrá en cada comienzo nuevo. Para Han (2012) detrás de la depresión, detrás de la pertenencia, detrás del rendimiento, detrás del alcanzar un “ser alguien”, se encuentran las tecnologías de poder que gestionan los recursos e ideales a alcanzar, frente a los que los sujetos van dirigiendo sus vidas, ya sea asimilando lo dado o resistiéndole.

Ahora bien, si frente al fracaso asumido como propio los jóvenes contaran con espacios que les permitieran reflexionar sobre sus condiciones de vida, si sus posibilidades de socialización les abrieran caminos regidos por normatividades y lógicas diferentes, quizás, esto podría llevarlos a vincular el fracaso con la falta de recursos tanto materiales como simbólicos que obstaculizan el éxito de su

empresa. Pero, al momento del duelo por la experiencia de fallar, de fracasar, el optimismo opera para que, en lugar de dar un paso hacia delante, se mantengan en el mismo sitio, pero con la pretensión renovada y el convencimiento de que un nuevo intento, pero con más esfuerzo, podrá acercarlos a la meta.

De esta manera se instalan en un circuito del ser, en donde el inicio está marcado por el “ahora sí” y el final regresa al inicio. Un circuito que cierra en el mismo lugar en donde inicia, un circuito de Ouroboros¹⁴³. Pero este ouroboros no permanece como un círculo exacto, sino que sigue una trayectoria moebiana, que permite a los jóvenes tener la sensación de salir del círculo, sin darse cuenta que su paso por el afuera es realizado desde el mismo camino que lo llevará de regreso al adentro, en un transitar la vida, dentro y fuera del espacio habitado, dentro y fuera de los imperativos y normas del espacio, dentro y fuera de las condiciones del espacio.

Imagen 11: Circuito de Ouroboros



Fuente: Elaboración propia, 2019.

Cuando creen estar fuera, se dan cuenta que siguen dentro, volviendo constantemente al inicio, probando el sabor del fracaso y asumiéndolo como individual, como propio, como merecido, más no como resultado de las condiciones que los constriñen. Pasando del inicio del “ahora sí” al punto

¹⁴³ Serpiente mitológica que avanza en giros mordiéndose la cola.

intermedio en donde el circuito gira para comprender que nunca salieron, la estación del “todavía no”. Ese regreso a morderse la cola, el volver al “ahora sí”, les bloquea la oportunidad de buscar otros caminos que no sean los conocidos para poder romper con el circuito y dejar de morderse la cola.

La socialización acotada produce que los jóvenes avancen en esos circuitos entre el “ahora sí” y el “todavía no”, guiados por el optimismo que bloquea el camino a la tragedia, a experimentar la esperanza de forma trágica, sin optimismo, en su forma de fracaso: una trágica esperanza que “en virtud de la cual se les pueda otorgar nuevo significado, interpretar de otra manera, introducir una narración que ellos no habían imaginado” sobre lo que acontece (Eagleton, 2016: 134). Una trágica esperanza que los lleve a experimentar emociones de rechazo a sus condiciones de vida, pero no para asumirlas como propias o merecidas, sino para canalizar un reclamo generalizado hacia los actores, principalmente con las instituciones que representan al Estado, con quienes generan alianzas, con quienes caminan negociando la existencia.

Ampliar sus espacios de socialización, de encuentro con el otro, de intercambio de experiencias podrá llevar a los jóvenes a reflexionar sobre la constitución moral de su yo, de su espacio, de las normas que regulan su comportamiento, su cuerpo y sus emociones. Podrían, quizás, llegar a experimentar la tragedia de vivir como uno mismo, de ser arrastrados al infierno para –como señala Eagleton (2016)- conseguir un poco de bienestar, siendo esta la posibilidad que les permitiría a los jóvenes romper con el circuito de ouroboros.

Bibliografía

AHMED, SARA

2015 *La política cultural de las emociones*. Programa Universitario de Estudios de Género-UNAM, México.

ALVARADO, ARTURO

2014 *Violencia Juvenil y Acceso a la Justicia en América Latina*. Tomo I, América Latina. Colegio de México, México.

ARGÜELLES LEÓN, BEATRIZ Y ARGÜELLO MÉNDEZ, TERESA

2012 “La movilidad urbana: indicador de la fragmentación espacial y segregación social”, ponencia, en X Seminario de Investigación Urbana y Regional: Políticas de vivienda y derechos habitacionales. Reflexiones sobre la justicia espacial en la ciudad latinoamericana, s/f, ACIUR-Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

ARGÜELLES LEÓN, BEATRIZ

2014 *Fragmentación espacial y movilidad laboral en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas*. Universidad Autónoma de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, México.

ARIZA, MARINA

2016 “La sociología de las emociones como plataforma para la investigación social”, en Marina Ariza (Coord.), *Emociones, afectos y sociología: diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, México, p.p 7-34.

ARTEAGA BOTELLO, NELSON

2017 *Sociologías de la Violencia. Estructuras, sujetos, interacciones y acción simbólica*, Flacso México, México.

ASOCIACIÓN DE CRONISTAS DEL ESTADO DE CHIAPAS

2010 *Tuxtla y sus barrios: historia, crónica y vida cotidiana*, Ediciones y Sistemas Especiales, México.

AUYERO, JAVIER

2001 *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Editorial Manantial, Buenos Aires

1997 *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo*, Editorial Losada, Buenos Aires.

1997 "Evita como performance. Mediación y resolución de problemas entre los pobres urbanos del Gran Buenos Aires", en Javier Auyero (coord.), *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo*, Editorial Losada Buenos Aires, pp. 167-232.

AUYERO, JAVIER Y BERTI, MARÍA FERNANDA

2013 *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbado bonaerense*, Katz Editores, Buenos Aires.

BARRERIA, CÉSAR

2009 "Representaciones sobre la violencia entre jóvenes. Estigma, miedo y exclusión", en *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología*, Vol. 18, no. 2, abril-junio, 2009, Venezuela, pp. 219, 234.

BAYÓN, MARÍA CRISTINA

2015 *La integración excluyente. Experiencias, discursos y representaciones de la pobreza urbana en México*, primera edición, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM- Bonilla Artigas Editores, México.

BELLATO, LILLIANA

2015 *Traigo el deseo a flor de piel. Espacio, corporalidad y experiencia erótica en un grupo de personas mayores de sectores medios en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas*, tesis de doctorado, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-Universidad de Alicante, Alicante-México.

BERGER, PETER Y LUCKMANN, THOMAS

2003 *La Construcción Social de la Realidad*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.

BOURDIEU, PIERRE

2012 *La distinción*, Editorial Taurus, México.

2010 *La miseria del mundo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

2000 *La dominación masculina*, Editorial Anagrama Barcelona.

BOURGOIS, PHILIPPE

2010 *En busca de respeto. Vendiendo Crack en Harlem*. Siglo XXI editores, Buenos Aires.

2009 “Apertura. Treinta años de retrospectiva etnográfica sobre la violencia en las Américas”, en J. López García, Santiago. Bastos, & Manuela. Camus (coords.), *Guatemala: Violencias desbordadas*, Universidad de Córdoba-Servicio de Publicaciones, Córdoba, pp 28-62.

2005 “Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador”, en Francisco Ferrándiz y Carles Feixa (eds.), *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*. Anthropos Editorial, Barcelona, pp. 11-34.

BUTLER, JUDITH

2010 *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Editorial Paidós, Madrid.

CALDEIRA, PILAR

2007 *Ciudad de Muros*. C. Solans (trad.), Editorial Gedisa, Barcelona.

CALDERÓN RIVERA, EDITH

2017 “El papel de la dimensión afectiva en la adquisición del lenguaje materno”, en *Alteridades*, 27 (53), UAM, México, p.p: 11-22.

2012 *La afectividad en antropología. Una estrucutra ausente*. CIESAS-UAM Iztapalapa, México.

CAMPS, VICTORIA

2011 *El gobierno de las emociones*, Herder Editorial, Barcelona.

CARBALLEDA, ALFREDO

2008 *Los cuerpos fragmentados: la intervención en lo social en los escenarios de la exclusión y el desencanto*, Paidós, Buenos Aires.

CASAHONDA, JOSÉ

1974 *Cincuenta años de revolución en Chiapas*, Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, México.

CASTAÑÓN, FERNANDO

1992 *TUCHTLAN. Documentos y datos inéditos para la historia particular de Tuxtla Gutiérrez*, UNACH-Instituto Chiapaneco de Cultura-Congreso del Estado de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez.

CASTRO AGUILAR, JOSÉ LUIS

2015 *Bosquejos históricos de Tuxtla Gutiérrez*, Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez.

2017 "Historia del Escudo de Chiapas", en <https://www.oem.com.mx/oem/>, *El Heraldo de Chiapas*, 21 de enero de 2017.

CASTRO GÓMEZ, SANTIAGO

2010 *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Siglo del Hombre Editores-Pontificia Universidad Javeriana -Instituto Pensar, Universidad Santo Tomás, Bogotá.

CHINOY, ELY

2012 *La sociedad: una introducción a la sociología*, F. L. Cámara (trad.), Fondo de Cultura Económica, México.

CLOUGH, PATRICIA

2011 *Beyond Biopolitics: Essay on the Governance of Life and Death*, Duke University Press, Londres.Durham.

CLOUGH, PATRICIA., Y HALLEY, JEAN

2007 *The affective Turn: Theorizing the Social*. Duke University Press, Londres.

CONCHA-EASTMAN, ALBERTO Y CONCHA, NATALIA

- 2014 “Entre la desesperanza y la supervivencia. Realidades de los adolescentes y jóvenes de barriadas populares, en Cali, Colombia, 2011”, en Arturo Alvarado (editor), *Violencia Juvenil y Acceso a la Justicia en América Latina*, Tomo I: América Latina, EL Colegio de México, México.

CONTRERAS, IRMA

- 2001 *Las etnias del Estado de Chiapas: castellanización y bibliografía*, Instituto de Investigaciones Bibliográficas-UNAM, México.

CORCUFF, PHILIPPE

- 2013 *Las nuevas sociologías. Principales corrientes y debates, 1980-2010*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- 2005 “Lo colectivo en el desafío en el desafío de los singular: partiendo del habitus”, en Bernard Lahire (edit.), *El trabajo sociológico de Pierre Bourdieu: deudas y críticas*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, pp: 113-142.

COSER, LEWIS

- 1966 *Nuevos Aportes a la Teoría del Conflicto Social*, Amorrortu, Buenos Aires.

CRESSWELL, TIM

- 1996 *In Place/Out of Place. Geography, ideology and transgression*, University of Minnesota Press, Estados Unidos de América.

CRUZ MAYORGA, JOSÉ MARTÍN

- 2002 *Cultura, espacio y modo de vida en la periferia metropolitana de Tuxtla Gutiérrez: un estudio en cuatro asentamientos irregulares*, tesis de licenciatura, UNACH, San Cristóbal de Las Casas.

DAFUNCHIO, SOFIA Y GRINBERG, SILVIA

- 2013 “Biopolítica y experiencias de la escolaridad en contextos de extrema pobreza urbana y degradación ambiental”, en *Magistro*, (7) 14, Buenos Aires, pp. 245-269.

DELEUZE, GILLES Y GUATTARI, FÉLIX

1997 *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Editorial Pre-Textos, Valencia.

DELEUZE, GILLES

2016 *Foucault*. Ediciones Culturales Paidós, México.

2006 *Spinoza: filosofía práctica*. Tusquets Editores, Buenos Aires.

DE VOS, JAN

1992 *Los enredos de Remesal. Ensayo sobre la Conquista de Chiapas*, Colección Regiones-Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, México.

1988 “El sentimiento chiapaneco. Cuarteto para piano y cuerdas, opus 1821-1824”, en *Revista ICACH*, Tercera Época (3), Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, pp: 31-50.

DUBET, FRANÇOIS

2011 *La experiencia sociológica*, Editorial Gedisa, Barcelona.

DUBET, FRANÇOIS Y DANILO MARTUCCELLI

2000 *¿En qué sociedad vivimos?*. Editorial Lozada, Buenos Aires.

DUHAU, EMILIO

2008) “División social del espacio y exclusión social”, en Rolando Cordera, Patricia Ramírez Kuri y Alicia Ziccardi (coords.), *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI*, Instituto de Investigaciones Sociales- UNAM- Siglo XXI Editores, México, pp:199-211.

DUHAU, EMILIO Y GIGLIA, ANGELA

2016 *Metrópolis, espacio público y consumo*. Fondo de Cultura Económica, México.

2008 *Las reglas del desorden: Habitar la metrópoli*. Siglo XXI Editores-Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco, México.

DURKHEIM, ÉMILE

1975 *Educación y sociología*, Homo sociologicus-Ediciones Península, Barcelona.

DUSCHATZKY, SILVIA Y COREA, CRISTINA

2006 *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*, Editorial Paidós, Buenos Aires.

ELIAS, NORBERT

2009 *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, México.

2000 *La sociedad de los individuos*. Ediciones Península, Barcelona.

ELIAS, NORBERT Y SCOTSON, JOHN

2016 *Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*. Fondo de Cultura Económica, México.

ESCOBAR ROSAS, HÉCTOR

2000 *Espacio y Sociedad en Tuxtla Gutiérrez: la producción social de una ciudad media*, Universidad Autónoma de Chiapas-Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez.

EAGLETON, TERRY

2016 *Esperanza sin optimismo*, Penguin Random House Grupo Editorial, México.

EHRENBERG, ALAIN

2000 *La fatiga de ser uno mismo*, Nueva Visión, Buenos Aires.

FELTRAN, GABRIEL

2011 *Fronteiras de tensão: política e violência nas periferias de São Paulo*, E. I. López-Caparrós (trad.), UNESP-CEM, São Paulo.

FEIXA, CARLES

1999 *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*, Ariel, Barcelona.

FERNÁNDEZ-KELLY, PATRICIA

2015 *The Hero's Fight: African Americans in West Baltimore and the Shadow of the State*, Princeton University Press, Estados Unidos de América.

FOUCAULT, MICHEL

- 2014 *Del gobierno de los vivos. Curso en el Cóllege de France (1979-1980)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- 2006 *Seguridad, territorio y población*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- 2005 *La Hermenéutica del Sujeto*, Ediciones Akal, Madrid.
- 2002 *Nietzsche, la genealogía y la historia*, Editorial Pre-textos, Valencia.
- 2000 *Los Anormales. Curso en el Còllege de France (1974-1975)*, Fondo de Cultura Económica, México.

FREUD, SIGMUND

- 1999 [1909] “Cinco conferencias sobre psicoanálisis (1910 [1909])”, en Sigmund Freud, *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- 1995[1905] “Tres ensayos de teoría social”, en Sigmund Freud, *Obras completas Vol. VII*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, pp:109-122
- (1992 [1925]), “Inhibición, síntoma y angustia”, en *Obras Completas Vol. XX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

GARZA P., JAQUELINE

- 2015 “Sociedad civil organizada en la vigilancia y defensa de los derechos humanos ante la violencia en México (2006-2012)”, tesis de doctorado, CIESAS, México.

GARCÍA, SERGIO Y ÁVILA, DÉBORA

- 2015 *Enclaves de riesgo: gobierno neoliberal, desigualdad y control social*, Traficantes de Sueños, Madrid.

GIGLIA, ANGELA

- 2012 *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*, Editorial Anthropos, Barcelona.
- 2010 “Producir y habitar la ciudad informal. Reflexiones desde la antropología”, en Alfie M., Azuara I., Bueno C., Pérez Negrete M. y Tamayo, S., (coords.),

Sistema mundial y nuevas geografías, Universidad Iberoamericana-
Universidad Autónoma Metropolitana-Editorial Porrúa, México.

GRINBERG, SILVIA, MACHADO, M. Y DAFUNCHIO, SILVIA

2015 “Jóvenes y escuelas secundarias en contextos de extrema pobreza urbana: entre el desencanto y la utopía”, en R. Unda Lara, L. Mayer, D. LLanos Erazo, (coords.), *Socialización escolar. Procesos, experiencias y trayectos*, CINDE-Universidad Politécnica Salesiana- CLACSO, Quito, pp: 221-244.

HAESBAERT, ROGEIRO

2011 *El mito de la desterritorialización. Del "fin de los territorios" a la multiterritorialidad*. Siglo XXI Editores, Ciudad de México.

HAN, BYUNG-CHUL

2014 *La agonía del Eros*. Herder Editorial, Barcelona.

2012 *La sociedad del cansancio*. Herder Editorial, Barcelona.

HEVIA, FELIPE E ISUNZA, ERNESTO

2010 “Perspectiva de Interfaz aplicada a las relaciones sociedad civil- Estado en México”, en Alberto Olvera (coord.), *La democratización frustrada*, Universidad Veracruzana-CIESAS, Xalapa, pp: 59-128.

ISUNZA, ERNESTO Y HEVIA, FELIPE

2006 *Relaciones Sociedad Civil-Estado en México. Un ensayo de interpretación*, CIESAS-Universidad Veracruzana, Xalapa.

JIMENO SANTOYO, MYRIAM

2004 *Crimen pasional. Contribución a una antropología de las emociones*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

KAËS, RENÉ

2012 *Las teorías psicoanalíticas del grupo*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.

KESSLER, GABRIEL

2015 “¿Disminuye la desigualdad pero no el delito?”, en *Voces en el fénix. Revista del Plan Fénix*, Año 6, Núm. 51, Buenos Aires.

2004 *Sociología del delito amateur*. Paidós, Buenos Aires.

KESSLER, GABRIEL Y DIMARCO, SABINA.

2014 “Los jóvenes, la violencia y la interacción con la policía en Buenos Aires”, en Arturo Alvarado (ed.), *Violencia Juvenil y Acceso a la Justicia en América Latina*. Tomo I: América Latina, El Colegio de México, México.

2013 “Jóvenes, policía y estigmatización territorial en la periferia de Buenos Aires”, en *Espacio Abierto*, Vol. 22, núm. 2, Universidad del Zulia, Venezuela, pp: 221-243.

LACAN, JAQUES

2009 [1949] “El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se revela en la experiencia psicoanalítica”, en *Escritos 1*. Editorial Siglo XXI, México.

1974 *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud/ Clase 11. Ideal del yo y Yo – Ideal*. Editorial Paidós, Buenos Aires.

1972 *Seminario 20. Aún*. Editorial Paidós, Buenos Aires.

LAGARDE, MARCELA

2008 “Antropología, feminismo y política: violencia feminicida y derechos humanos de las mujeres”, en Margaret Louise Bullen y María Carmen Díez Mintegui (coords.), *Retos teóricos y nuevas prácticas*. Ankulegi- Antropología Elkartea, España.

LAHIRE, BERNARD

2015 “A fabricação social dos indivíduos: quadros, modalidades, tempos e efeitos de socialização”, en *Educação e Pesquisa*, 41 (spe), Brasil, pp: 393-1404.

2007 “Infancia y Adolescencia: de los tiempos de socialización sometidos a constricciones múltiples”, en *Revista de Antropología Social*, 16, pp: 21-38.

2004 *El hombre plural. Los resortes de la acción*. Ediciones Bellaterra, Barcelona.

LAPLANCHE, JEAN Y PONTALIS, JEAN-BERTRAND

1996 *Diccionario de Psicoanálisis*, Fernando Gimeno (trad.), Editorial Paidós, Barcelona.

LE BRETON, DAVID

2015 “Por una antropología de las emociones”, en *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 4 (10), diciembre 2012-marzo 2013, Buenos Aires, pp: 69-79.

2011 *Conductas de riesgo. De los juegos de la muerte a los juegos de vivir*, Topía, Buenos Aires.

2005 *Cuerpo sensible*, A. M. Zan, Ed y A. Zan (trad.), Ediciones Metales Pesados, Santiago de Chile.

LOMNITZ, LARISSA

2005 “Los usos del miedo. Pandillas de porros en México”, en Francisco Ferrándiz y Carles Feixa (eds.), *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*. Anthropos Editorial, Barcelona.

MACÓN, CECILIA

2016 “Los destellos de la pérdida: víctimas resilientes”, en *Mora*, 22(1), Buenos Aires, recuperado en 00. http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-001X2016000100003&lng=es&tlng=es, 22 de agosto de 2018.

MALO, CLODOVEO

1997^a *El proceso de urbanización de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, de 1940 a 1990*, tesis de maestría, Universidad Autónoma de Chiapas, San Cristóbal de Las Casas.

1997^b “La dinámica de crecimiento demográfico de la ciudad de Tuxtla Gutiérrez”, en Héctor Escobar Rosas (coord.), *Apectos urbanos y arquitectónicos de Tuxtla Gutiérrez*, Vol. 3, Facultad de Arquitectura-Universidad Autónoma de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez.

MARGULIS, MARIO

2002 "La ciudad y sus signos", en *Estudios Sociológicos*, 20 (60), COLMEX, México, pp: 515-536.

MARTÍNEZ POSADA, JORGE. E

2014 "El dispositivo como grilla de análisis de las subjetividades", en Claudia Pidrehita, et. al. (comp.), *Acercamientos metodológicos a la subjetivación política: debates latinoamericanos*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas- CLACSO, Colombia.

MARTUCCELLI, DANILO

2007 *Gramáticas del individuo*. Losada, Buenos Aires.

MATURANA, HUMBERTO Y VARELA, FRANCISCO

2003 *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano*, Grupo Editorial Lumen, Buenos Aires.

MATZA, DAVID

2014 *Delincuencia y deriva. Cómo y por qué algunos jóvenes llegan a quebrantar la ley*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

MAUSS, MARCEL

1979 *Antropología y Sociología*, Tecnos, Madrid.

MAYOL, PIERRE

2010 "Habitar", en De Certeau, Michel (ed.), *La invención de lo cotidiano. 2. Habitar, cocinar*, Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente, México.

MBEMBE, ACHILLE

2011 *Necropolítica*, Editorial Melusina, Barcelona.

MÍGUEZ, DANIEL E ISLA, ALEJANDRO

2003 "Conclusiones: El Estado y la Violencia Urbana. Problemas de Legitimidad y Legalidad", en *Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*, Editorial de las Ciencias- FLACSO, Buenos Aires.

MÜLLER, MARKUS-MICHAEL.

2012 *Public Security in the Negotiated State: policing in Latin America and beyond*. Palgrave Macmillan, Berlín.

NATERAS, ALFREDO

2013 "Los lugares de las violencias: cuerpos juveniles; la "pandilla" del Barrio 18 (B-18) y la Mara Salvatrucha (MS-13)", en M. Á. (Coords.), *Cuerpos, espacios y emociones. Aproximaciones desde las ciencias sociales*, Porrúa-UAM Iztapalapa, México, pp:169-195.

NÚÑEZ, PEDRO Y LITICHEVER, LUCÍA

2015 *Radiografías de la experiencia escolar. Ser joven (es) en la escuela*, Grupo Editor Universitario-Clacso, Buenos Aires.

NUSSBAUM, MARTHA

2014 *Las emociones políticas. ¿Por qué el amor es importante para la justicia?*, A. S. Mosquera (trad.), Paidós, Barcelona.

NUIJTEN, MONIQUE

2003 *Power, Community, and the State. The Political Anthropology of Organization in México*, Pluto Press, Londres.

PALERM, ÁNGEL

s/f *Aspectos socioeconómicos del proyecto La Angostura*, (Vol. 1), CIESAS, México.

PARSONS, TALCOTT

1974 *El sistema de las sociedades modernas.*, Trillas, México.

1968 *La estructura de la acción social: Estudio de la teoría social en referencia a un grupo de recientes escritores europeos*, Guadarrama, Madrid.

PEREA RESTREPO, CARLOS MARIO

2004a "Joven, crimen y estigma", en *Jóvenes. Revista de Estudios sobre Juventud*, 8 (20), Instituto Mexicano de La Juventud, Ciudad de México, pp: 140-168.

2004b "El que la debe la paga. Pandillas y violencias en Colombia", en *El Cotidiano (en línea)*, 20 (126), 0.

PÉREZ ISLAS, JOSÉ ANTONIO

2008 "Juventud: un concepto en disputa", en José Antonio Pérez Islas, Mónica Valdez, M. Suárez (coords.), *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*, UNAM-Porrúa, México, pp: 9-33.

PONS, ANA

1994 "La formación colonial del estado de Chiapas". En M. Arméndariz, *Chiapas, una radiografía*, Fondo de Cultura Económica, México, pp: 129-138.

PONTES FRAGA, PAULO CÉSAR

2010 "Criminalidad urbana, proceso de socialización y delincuencia en Río de Janeiro: estudios con historias de vida", en *Estudios sociológicos*, 28 (82), pp. 85-112.

REGUILLO, ROSSANA

2008 "Sociabilidad, inseguridad y miedos. Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea", en *Revista Alteridades*, 18 (36), Universidad Autónoma Metropolitana, Ciudad de México, pp: 63-74.

2007 *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Cultura Libre-Grupo Editorial Norma, Bogotá.

1995 *En la calle otra vez. Las Bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), Guadalajara.

ROCHA, JOSÉ LUIS Y RODGERS, DENNIS

2008 *Bróderes descubijados y vagos alucinados. Una década con las pandillas nicaragüenses (1997-2007)*. Revista Envío-Universidad Centroamericana, Managua.

ROMERO MOÑIVAS, JESÚS

2013 *Los Fundamentos de la Sociología de Norbert Elias*. Tirant Humanidades, Valencia.

ROSE, NIKOLAS.

1989 *Governing the Soul: The Shaping of the Private Self*, Routledge, Londres.

ROSE, NIKOLAS, O'MALLEY, PAT Y VALVERDE, MARIANA

2012 "Gubernamentalidad (Governamentality)", en *Astrolabio Nueva Época* (8), <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/article/viewFile/2042/1037>.

RUS, JAN

(2004) "¿Guerra de castas según uién? Indios y ladinos en los sucesos de 1869", en Juan Pedro Viqueira y M. Ruz (eds.), *Chiapas, los rumbos de otra historia*, tercera reimpresión, UNAM-CIESAS, México, pp: 145-174.

SABIDO RAMOS, OLGA. Y ZABLUDOVSKY, GINA

2014 "Sociología: estudios sobre las formas de socialización de Georg Simmel. La riqueza de una herencia sociológica. (Estudio Introductorio)", en George Simmel (autor), *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, pp. 11-93.

SAHLINS, MARSHALL

1974 *Stone age economics*, Tavistock Publications Londres.

SALINAS, ADÁN

2017 "El consentimiento como función estratégica. Del modelo ideológico al análisis tecnológico", en *Gobierno, Hegemonía y regímenes de verdad*, Dorsal, Revista de Estudios Foucaultianos (3), Cenaltes ediciones, Viña del Mar, pp:11-29.

SALVIA, AGUSTÍN

2008 *Jóvenes promesas. Trabajo, educación y exclusión social de jóvenes pobres en la Argentina*, Miño y Dávila Editores, Buenos Aires.

SALVIA, AGUSTÍN Y DE GRANDE, PABLO.

2008 “Segregación residencial socioeconómica y espacio social: deserción escolar de los jóvenes en el área metropolitana del Gran Buenos Aires”, en *Jóvenes promesas. Trabajo, educación y exclusión social de jóvenes pobres en la Argentina post-crisis*, Editorial Miño y Dávila, Buenos Aires.

SARAVÍ, GONZALO

2018 “Jóvenes y vulnerabilidad: riesgos y exclusión en la experiencia de transición a la adultez”, en Mercedes González De La Rocha y Gonzalo Saraví (coords.) *Pobreza y vulnerabilidad. Debates y estudios contemporáneos en México*. Colección México. CIESAS, Ciudad de México.

2015 *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. FLACSO México-CIESAS, Ciudad de México.

2014 “Youth experience or urban inequality: Space, class and gender in Mexico”, en Wyn, J. y Cahill, H. (eds.), *Handbook of children and youth studies*, Springer, Londres.

2009 *Transiciones vulnerables: Juventud, desigualdad y exclusión en México*, CIESAS, Ciudad de México.

2006 *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*, CIESAS-Prometeo Libros, Buenos Aires-Ciudad de México.

2004 “Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural”, en *Revista de la CEPAL* (83), Santiago de Chile, pp: 33-48.

SAVENIJE, WIM

2007 “Las pandillas transnacionales o "maras": violencia urbana en Centroamérica”, en *Foro Internacional*, XLVII, julio-septiembre, COLMEX, Ciudad de México.

SCHEPER-HUGHES, NANCY Y BOURGOIS, PHILIPPE

2004 *Violence in war and peace: An Anthology*, Blackwell, Oxford.

SCRIBANO, ADRIÁN

- 2013 “Sociología de los cuerpos/emociones”, en *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 4 (10), Buenos Aires, pp: 93-113.

SERRANO, JOSÉ FERNANDO

- 2005 “La cotidianidad del exceso. Representaciones de la violencia entre jóvenes colombianos”, en Francisco Ferrándiz y Carles Feixa (eds.), *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*, Anthopos Editorial, Barcelona.

SIMMEL, GEORGE

- 2014 *Sociología: Estudios sobre las formas de socialización*, primera edición en español, J. P. Bances (trad.), Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.
- 2002 *Cuestiones fundamentales de Sociología*, primera edición, E. Vernik y Á. Pilári (trad.), Gedisa, Barcelona.

SPINOZA, BARUJ

- 2000 *Ética demostrada según el orden geométrico*, A. Domínguez (trad.), Trotta, Madrid.

TREVIGNANI, VIRGINIA, VIDEGAIN, KARINA

- 2016 “Explorando emociones en cuentos escritos por niños sobre la escuela, la familia y el barrio”, en Marina Ariza (coord.), *Emociones, afectos y sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*, Insitituo de Investigaciones Sociales-UNAM, Ciudad de México, pp: 37-68.

URTEAGA, MARITZA

- 2014 “Habitar juveniles en la Ciudad de México. Diferencia y Desigualdad”, en *Revista Desidades*, Núm. 3, Año 2, junio de 2014, Revista electrónica de divulgación científica de la infancia y la juventud, Visto en: http://desidades.ufrj.br/es/featured_topic/habitar-juveniles-en-la-ciudad-de-mexico-diferencia-y-desigualdad/
- 2011 *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*, UAM Iztapalapa-Juan Pablos Editor, Ciudad de México.

2004 "Imágenes juveniles en el México Moderno" en José Antonio Pérez Islas y Maritza Urteaga (coords.), *Historia de los jóvenes en México. Su presencia en el Siglo XX*. SEP-IMJ-AGN, Ciudad de México.

VALENZUELA AGUILERA, ALFONSO

2011 *Ciudades Seguras. Cultura ciudadana, eficacia colectiva y control social del espacio*, Miguel Ángel Porrúa, México.

VALDEZ GIL, RAÚL

2012 "Programa de Investigación del Cambio Climático de la Universidad Autónoma de México", Pincc/unam: http://www.pincc.unam.mx/congresonacional2013/documentos_descargables/PDF/unach/ValdezGilRaul%20.pdf, recuperado el 07 de marzo de 2018.

VIQUEIRA, JUAN PEDRO

2011 "Indios y ladinos, arraigados y migrantes en Chiapas: un esbozo de historia demográfica de larga duración", en Andrew Roth (ed.), *Caras y máscaras del México étnico. La participación indígena en las formaciones del Estado Mexicano*, Vol. II, Soberanías y esferas ritualizadas de intercambio, El Colegio de Michoacán, Zamora, pp: 221-270.

2009 "Cuando no florecen las ciudades: la urbanización tardía e insuficiente de Chiapas", en L. Vázquez, y A. Rodríguez Kuri (coords.), *Ciudades mexicanas del siglo XX. Siete estudios históricos*, El Colegio de México-Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco- Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Ciudad de México, pp: 59-178.

VIRNO, PAOLO

2003 *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Traficantes de Sueños, Madrid.

WACQUANT, LOÏC

2010^a *Las dos caras de un gueto. Ensayos sobre marginalización y penalización*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires.

2010b *Las cárceles de la miseria*. Editorial Siglo XXI, Buenos Aires.

WEBER, MAX

2002 *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.

1972 *Fundamentos metodológicos de la Sociología*, Anagrama, barcelona.

WHYTE, WILLIAM FOOTE

1971 *La sociedad de las esquinas*, Editorial Diana, Ciudad de México.

WILLIS, PAUL

2008 *Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*, Editorial Akal, Madrid.

WIEVIORKA, MICHEL

2001 "La violencia: destrucción y constitución del sujeto", en *Espacio Abierto*, 10 (3), pp: 337-347.

ZAVALA, JOSÉ

1971 *Estudio geológico del Proyecto Hidroeléctrico "Cañón del Sumidero", Río Grijalva, Estado de Chiapas*, Universidad Autónoma de México, Ciudad de México.

ZEBADÚA, EMILIO

2010 *Chiapas. Historia breve*, COLMEX- Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.

Referencias electrónicas

ANIMAL POLÍTICO

- 2017 “26 detenidos, el saldo tras invasión de cancha y disturbios en el estadio de jaguares de Chiapas”, recuperado en 2017:
<https://www.animalpolitico.com/2017/05/chiapas-jaguares-detenidos/>

AMNISTÍA INTERNACIONAL.

- 2018 “Informe México 2017/2018”, recuperado en 2018:
<https://www.amnesty.org/es/countries/americas/mexico/report-mexico/>

ATLAS DE RIESGOS MUNICIPAL

- 2015 <https://tuxtla.gob.mx/Atlas-de-riesgos-actualizacion-2015>

BLOG ÉMULA

- 2012 “Remodelación. El centro de Tuxtla Gutiérrez”, recuperado en 2018:
<http://emulafanzine.blogspot.com/>

BLOG MÉXICO EN FOTOS

- 2017 <https://www.mexicoenfotos.com/antiguas/chiapas/tuxtla-gutierrez>

CHIAPAS EN CONTACTO.

- 2014 “Califican de inseguro el centro de Tuxtla Gutiérrez”, recuperado en:
<http://www.chiapasencontacto.com/califican-de-inseguro-el-centro-de-tuxtla-gutierrez/>

INEGI

- 2015 Encuesta Intercensal: “Principales resultados de la Encuesta Intercensal 2015”:
http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/Productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva_estruc/inter_censal/estados2015/702825079727.pdf

2015 “Estadísticas a propósito del día de la Juventud. Datos Nacionales”. recuperado en: <http://www.inegi.org.mx/saladeprensa/aproposito/2015/juventud0.pdf>

H. AYUNTAMIENTO MUNICIPAL DE TUXTLA GUTIÉRREZ

2015 “Plan Municipal de Desarrollo 2015-2018”, recuperado en 2017, de Plan Municipal de Desarrollo : <http://tuxtla.gob.mx/admin/archivos/tuxtla/documentos/PDM2015-2018.pdf>

NVI NOTICIAS

2018 “Las Granjas, colonia donde más se agrade a las mujeres”, recuperado en : <https://www.nvinoticias.com/nota/64604/las-granjas-colonia-donde-mas-se-agrede-las-mujeres>

REVISTA MILENIO

2016 “SEGOB elimina programa de prevención del delito”, recuperado en: <http://www.milenio.com/politica/segob-elimina-programa-de-prevencion-del-delito>

REVISTA PROCESO



2013 “Chiapas: epidemia feminicida”, recuperado en: <http://www.proceso.com.mx/349522/chiapas-epidemia-feminicida>

Anexo 1

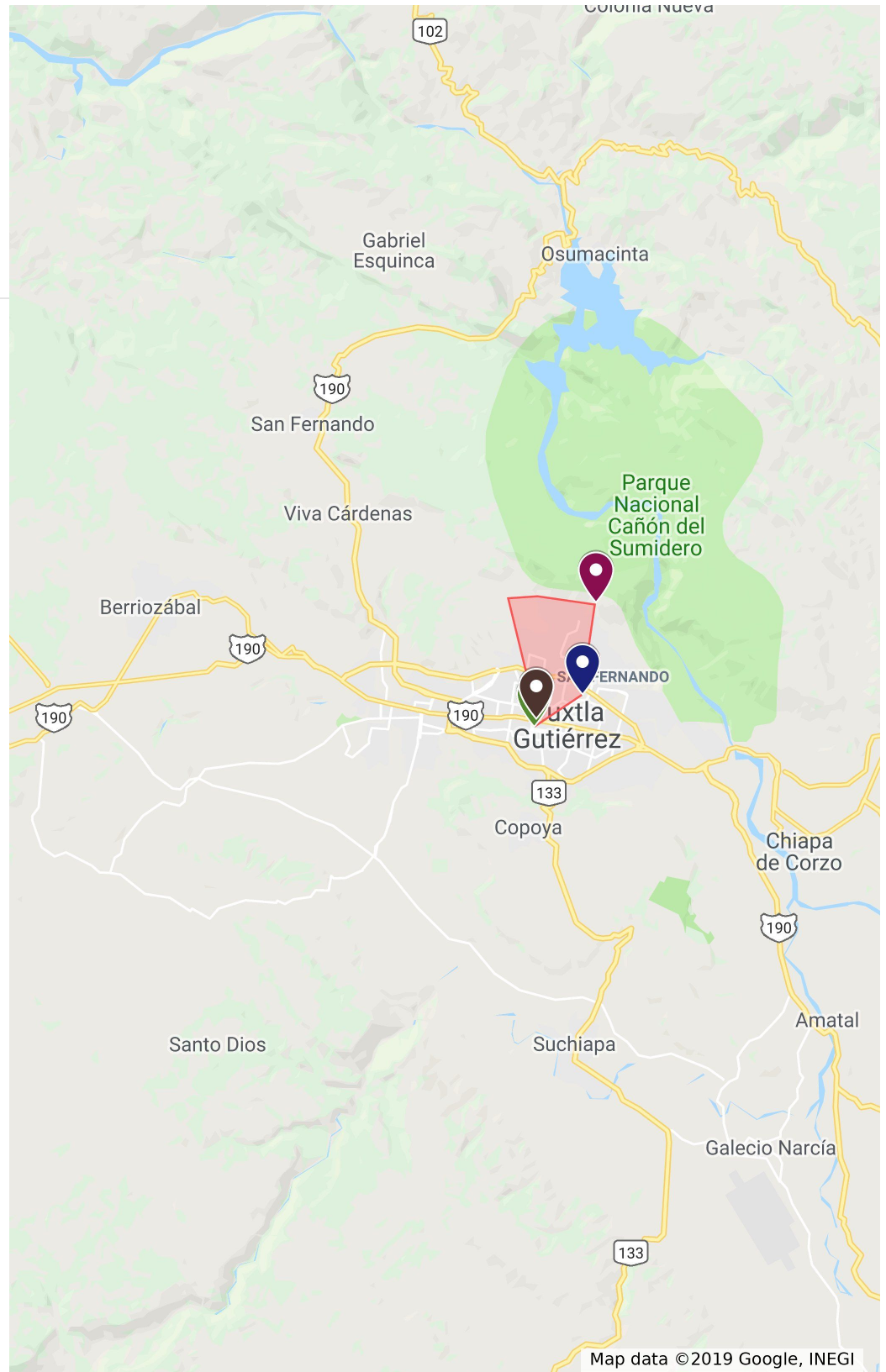
Circuitos Espaciales de los Jóvenes por la Ciudad

Circuito Frecuente.

Lugares que componen el circuito

-  Miradores del Cañón
-  Mercado Público
-  Parque Central
-  Estadio de Fútbol
-  Circuito Frecuente

Circuito que presenta los puntos frecuentes que visitan los jóvenes de El Aguaje. El circuito incluye colonias de la zona que no se especifican. Fuente: Elaboración propia (2018)



Circuito Esporádico

Lugares que componen el circuito



Supermercado (cadena comercial)



Parque Infantil



Parque 5 de Mayo



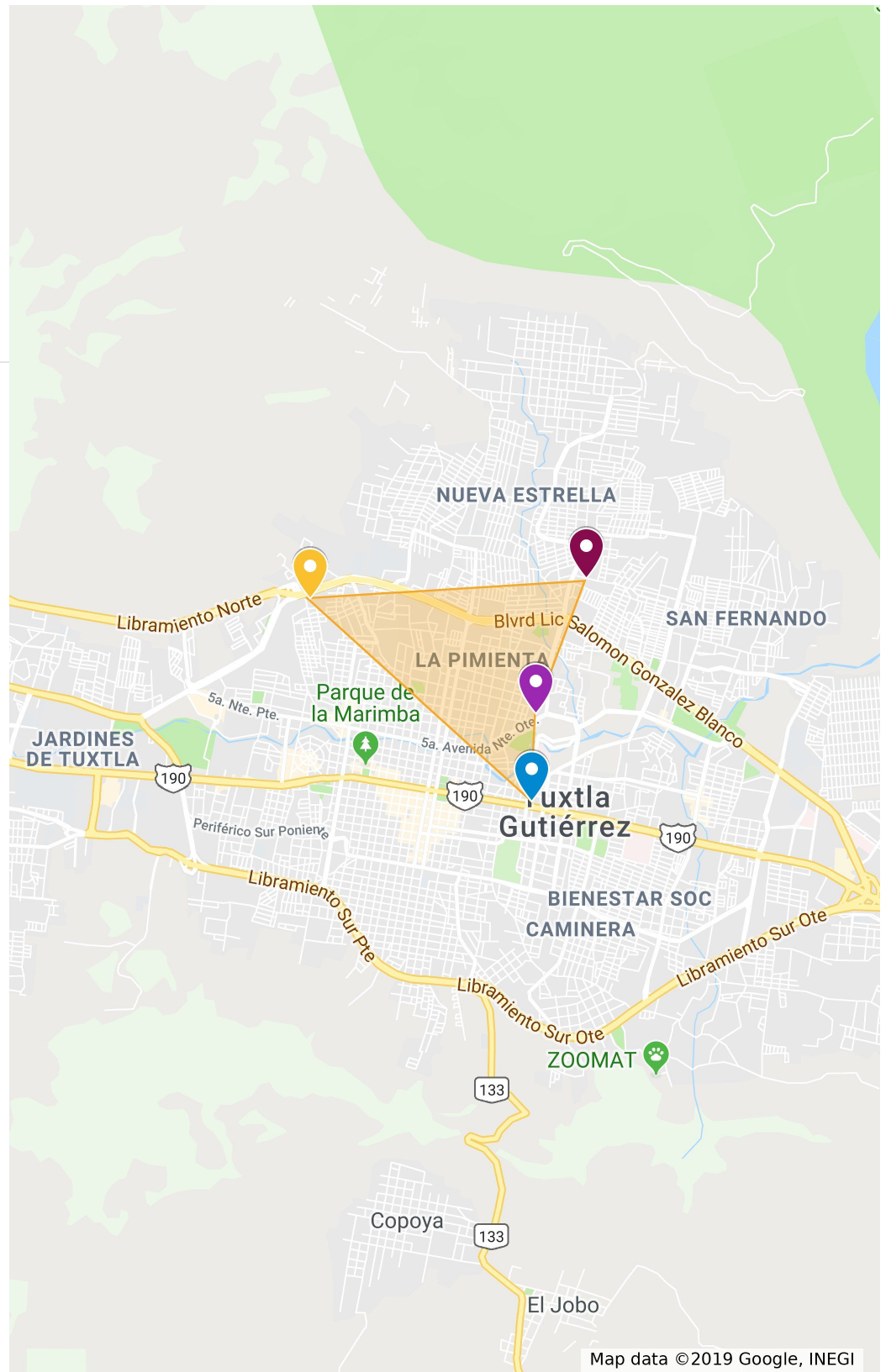
Plaza Comercial



Circuito Esporádico

Circuito que presenta los puntos de la ciudad que los jóvenes de El Aguaje visitan de manera esporádica. El circuito incluye colonias de la zona que no se especifican.

Fuente: Elaboración Propia (2018)



Circuito del Deseo

Lugares que componen el circuito

-  Parque de la Marimba
-  Parque de la Juventud
-  Plaza Comercial
-  Parque Caña Hueca
-  Oarque Joyo Mayu
-  Circuito del Deseo

Circuito que presenta los puntos de la ciudad que los jóvenes de El Aguaje mencionan en sus relatos como lugares que desean visitar en la ciudad. Fuente: Elaboración Propia (2018)

